

Una exposición de
Apocalipsis



Luis de Miguel

Apocalipsis - Introducción	21
El título del libro	22
Autor	22
1. El Autor divino	22
2. El autor humano: Juan	22
Estilo literario	23
Fecha de redacción	24
Lugar de escritura	25
Destinatarios	25
Aceptación en la Iglesia	26
Propósito	26
1. Revelarnos a Cristo en su gloria celestial	26
2. Enseñarnos a adorar a Dios	27
3. Animar a los creyentes frente a la persecución	28
4. Llenar el corazón de los creyentes de gozo y de un nuevo cántico	29
5. Mostrarnos el programa de Dios para el establecimiento de su Reino	29
6. Exhortar a la Iglesia para que esté vigilante ante la Segunda Venida de Cristo	30
7. Iluminar la verdadera naturaleza del conflicto espiritual en el que nos encontramos	30
8. Anunciar los juicios de Dios y un llamamiento al arrepentimiento	31
Métodos de interpretación	31
1. La interpretación preterista	32
2. La interpretación historicista	32
3. La interpretación futurista o escatológica	33
4. La interpretación idealista	33
Algunas características del libro de Apocalipsis	34
1. El uso del Antiguo Testamento	34
2. Los símbolos en Apocalipsis	34
Reflexión	35
La revelación de Jesucristo (Ap 1:1-3)	36
Introducción	36
Título	36

Autoría	37
1. El autor del libro de Apocalipsis es Dios	37
2. El mediador de esta revelación fue “su ángel”	37
3. El escritor de esta revelación fue “su siervo Juan”	37
Los destinatarios	38
El contenido	39
Propósito	40
Una bienaventuranza	41
Gracia y paz de parte de la Trinidad (Ap 1:4-5)	42
Introducción	42
El remitente y los destinatarios	42
El saludo	43
El origen del saludo	43
1. El Padre	44
2. El Espíritu Santo	45
3. El Hijo	45
La primera y la segunda venida del Señor (Ap 1:5-8)	49
Introducción	49
Tres beneficios para los creyentes	49
Un cántico de alabanza a Dios	51
Una promesa	51
Una palabra final del Señor	53
Las circunstancias de Juan al escribir Apocalipsis (Ap 1:9-10)	54
Introducción	54
¿En qué circunstancias fue dada esta visión?	55
1. “Yo Juan, vuestro hermano”	55
2. “Copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo”	55
3. “Estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo”	57

4. “Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor”	57
El Señor Jesucristo en gloria en medio de las iglesias (Ap 1:10-16)	60
Introducción	60
Cristo está hablando	60
Cristo en medio de las iglesias	61
Una visión de Cristo en la gloria	62
1. Su identidad: “el Hijo del Hombre”	62
2. Su vestimenta	64
3. Una descripción del Señor Jesucristo en la gloria	64
Conclusión	66
La reacción de Juan a la visión de la gloria de Jesús (Ap 1:17-20)	68
“Cuando le vi, caí como muerto a sus pies”	68
Palabras de consuelo del Señor para Juan	69
1. “Diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último”	69
2. “Y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén”	70
3. “Y tengo las llaves de la muerte y del Hades”	70
Una misión para Juan	71
Una aclaración sobre la visión que había tenido	71
1. “Las siete estrellas”	71
2. Los siete candeleros	72
El mensaje a Éfeso (Ap 2:1-7)	73
Introducción al estudio de las siete cartas	73
La ciudad de Éfeso	74
El destinatario de la carta	75
El remitente de la carta	75
Cristo alaba a su iglesia	75
Cristo reprende a su iglesia	77

Un llamamiento al arrepentimiento	78
Un llamamiento a escuchar la voz del Señor	79
Una promesa para el que venciere	79
Los recursos para la renovación	80
El mensaje a Esmirna (Ap 2:8-11)	81
Introducción	81
La ciudad de Esmirna	81
Cristo alaba a la iglesia	82
1. Habían sufrido tribulación de parte de los judíos	82
2. Era una iglesia pobre pero rica	83
Una exhortación del Señor	83
Una promesa del Señor	84
1. ¿Cómo vencer el temor?	84
2. “Se fiel hasta la muerte”	84
3. “Y yo te daré la corona de la vida”	84
4. “Seréis probados”	85
5. “Se fiel hasta la muerte”	85
6. “Y yo te daré la corona de la vida”	85
Los recursos del Señor	86
Una promesa para el que venciere	86
Reflexión final	86
El mensaje a Pérgamo (Ap 2:12-17)	87
La ciudad de Pérgamo	87
El remitente de la carta	88
Cristo alaba a su iglesia	88
Cristo reprende a su iglesia	89
Un llamamiento al arrepentimiento	91
Conclusiones	93
El mensaje a Tiatira (Ap 2:18-29)	94

La ciudad de Tiatira	94
El remitente de la carta	94
1. “El Hijo de Dios”	95
2. “El que tiene ojos como llama de fuego”	95
3. “Y pies semejantes al bronce bruñido”	95
Cristo alaba a su iglesia	95
Cristo reprende a su iglesia	96
1. “Toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe”	96
2. “Enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos”	97
3. “Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación”	98
Un llamamiento al arrepentimiento	98
1. Todavía había posibilidades de arrepentimiento para algunos	98
2. Sería un castigo ejemplar	99
3. Sería un castigo justo	99
Una exhortación	99
1. La exhortación se dirige al resto fiel	99
2. Se advierte que es una doctrina diabólica	100
3. Una exhortación a retener lo que tenían	100
Una promesa a los vencedores	100
1. “Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin”	100
2. “Yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre”	100
3. “Y le daré la estrella de la mañana”	101
Reflexión final	101
El mensaje a Sardis (Ap 3:1-6)	102
La ciudad de Sardis	102
El remitente de la carta	102
1. “El que tiene los siete espíritus de Dios”	102
2. “Y las siete estrellas”	103
Cristo reprende a su iglesia	103
1. “Yo conozco tus obras”	103
2. “Tienes nombre de que vives”	103

3. “Estás muerto”	103
Un llamamiento al arrepentimiento	104
1. “Se vigilante”	104
2. “Afirma las otras cosas que están para morir”	105
3. “Porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios”	105
4. “Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete”	105
5. “Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti”	106
Una promesa a los vencedores	106
1. “Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras”	106
2. “Y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”	106
3. “El que venciere será vestido de vestiduras blancas”	107
4. “Y no borraré su nombre del libro de la vida”	107
5. “Y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles”	107
Un llamamiento a oír	108
El mensaje a Filadelfia (Ap 3:7-13)	109
Introducción	109
La ciudad de Filadelfia	109
El remitente de la carta	110
1. “Esto dice el Santo, el Verdadero”	110
2. “El que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre”	110
Cristo alaba a su iglesia	111
1. “He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar”	111
2. “Porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre”	112
Varias promesas a la iglesia en Filadelfia	113
Una exhortación	114
Una promesa para el que venciere	115
1. “Yo le haré columna en el templo de mi Dios y nunca más saldrá de allí”	115
2. “Y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.”	116
Un llamamiento a escuchar la voz del Señor	116

El mensaje a Laodicea (Ap 3:14-22)	117
La ciudad de Laodicea	117
1. “He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero”	118
2. “El principio de la creación de Dios”	118
Cristo reprende a su iglesia	119
1. “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente”	119
2. “Por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”	119
3. “Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”	120
4. “Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”	121
Un llamamiento al arrepentimiento	122
1. “Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico”	122
2. “Y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez”	122
3. “Y unge tus ojos con colirio, para que veas”	123
4. “Yo reprendo y castigo a todos los que amo”	123
5. “Sé, pues, celoso, y arrepíentete”	124
Una exhortación	124
Una promesa para el que venciere	124
Un llamamiento a escuchar la voz del Señor	125
Conclusiones	126
La adoración celestial (Ap 4:1-11)	127
Introducción	127
Una puerta abierta en el cielo	127
Una visión del Trono	128
1. Hay un trono establecido en el cielo que gobierna sobre todos	129
2. ¿Qué sabemos del que está sentado en el trono?	130
3. La disposición de otros elementos en relación al trono	130
4. Alrededor del trono: el arco iris y veinticuatro tronos	130
5. Del trono salían relámpagos y truenos y voces	132
6. Delante del trono: siete lámparas y un mar de vidrio	132
7. En medio del trono y alrededor: cuatro seres vivientes	133
Reacciones de los seres vivientes y los ancianos	134
1. La reacción de los seres vivientes	134

- 2. La reacción de los ancianos 135
- 3. La dignidad de Dios 135

El rollo y el Cordero (Ap 5:1-7) 137

Introducción 137

Un libro con siete sellos 137

“¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?” 138

- 1. “¿Quién es digno?” 138
- 2. “Ninguno podía” 139
- 3. “Y lloraba yo mucho” 139

“El León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro” 140

- 1. “El león de la tribu de Judá” 140
- 2. “La raíz de David” 140
- 3. “Ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos” 140

“Un Cordero como inmolado” 141

“Vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono” 142

La adoración al Cordero (Ap 5:8-14) 143

Introducción 143

La adoración celestial 143

- 1. ¿Quiénes son los que adoran? 143
- 2. ¿Qué hacen los adoradores? 144

“Y cantaban un nuevo cántico” 145

- 1. El “nuevo” cántico 145
- 2. El tema del nuevo cántico: la redención 145

Los adoradores 147

Una declaración unánime 148

Los cuatro jinetes del Apocalipsis (Ap 6:1-8) 150

Introducción 150

El primer sello - El caballo blanco 151

El segundo sello - El caballo bermejo 153

El tercer sello - El caballo negro	154
El cuarto sello - El caballo amarillo	155
Reflexión	156
El quinto y sexto sello (Ap 6:9-17)	158
El quinto sello - Las almas de los mártires	158
1. ¿Quiénes son?	158
2. ¿Dónde estaban?	158
3. ¿Cuál es su petición?	160
4. La respuesta del Señor	160
El sexto sello	161
Los 144.000 sellados (Ap 7:1-8)	165
Introducción	165
Salvación en medio de la ira	166
1. Salvación en medio de la ira	166
2. Los cuatro ángeles que detienen los juicios de Dios	167
3. La orden de sellar a los siervos de Dios	167
4. El propósito con el que son sellados	167
Los 144.000 sellados	169
1. ¿Quiénes son estos ciento cuarenta y cuatro mil?	169
2. La restauración final de Israel	170
3. ¿Es un número simbólico o literal?	171
4. Algunos detalles sobre las tribus	171
Libres de la ira de Dios (Ap 7:9-14)	172
El propósito de esta visión	172
Quiénes son y dónde están	173
1. Quiénes son	173
2. Dónde están	173
La adoración celestial	174
1. Los adoradores	174
2. La razón por la que adoran	175
3. Un gran coro celestial se une a la adoración	175
4. El contenido de la adoración	175

El origen de la multitud vestida de ropas blancas	176
1. Sus vestiduras	176
2. Han salido de la gran tribulación	177
3. “Y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”	177
¿Cómo será nuestra vida en el cielo? (Ap 7:13-17)	179
Introducción	179
Dos caminos	179
1. La muerte nos conduce al cielo	179
2. El arrebatamiento nos conduce al cielo	180
Estaremos con Cristo	180
Estaremos en la compañía de una gran multitud	181
Estaremos en el cielo	181
Estaremos libres de sufrimiento	182
Estaremos sirviendo al Señor siempre	183
Seremos consolados de todo dolor	184
Seremos cuidados por el Señor	185
Conclusión	185
El séptimo sello (Ap 8:1-13)	186
Introducción	186
“Silencio en el cielo”	186
“Siete ángeles, siete trompetas”	187
“Las oraciones de todos los santos”	187
Los ángeles tocan las trompetas	189
Consideraciones preliminares sobre las siete trompetas	190
1. El esquema de los juicios	190
2. Su similitud con las plagas en Egipto	190
3. Las trompetas anuncian un juicio parcial	191
4. El fuego	191
La primera trompeta	192
La segunda trompeta	192

La tercera trompeta	193
La cuarta trompeta	193
Una pausa	194
Observaciones sobre los juicios de las trompetas	194
¿Cómo será el infierno? - La quinta trompeta (Ap 9:1-12)	195
Introducción	195
“Una estrella que cayó del cielo a la tierra”	196
“Y abrió el pozo del abismo”	197
“Y del humo salieron langostas sobre la tierra”	197
“Y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra”	197
“Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán”	198
El aspecto de las langostas	199
“Tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo”	200
“El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes después de esto”	200
Conclusión	200
Los poderes del infierno sobre la tierra - La sexta trompeta (Ap 9:13-21)	201
Introducción	201
La contestación a las oraciones de los santos	201
“Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates”	202
“A fin de matar a la tercer parte de los hombres”	202
Un ejército de doscientos millones de jinetes	203
Los supervivientes de este juicio	203
El ángel con el librito (Ap 10:1-11)	205
Introducción	205
La descripción del ángel	206

“Un librito abierto”	207
“Los siete truenos”	207
El juramento del ángel	208
Juan debe comer el librito	209
Los dos testigos (Ap 11:1-14)	212
Introducción	212
El templo de Dios es medido	212
1. El templo es medido	213
2. El patio del templo es dejado aparte	214
3. La ciudad santa será hollada por los gentiles durante cuarenta y dos meses	214
Los dos testigos	215
1. Su misión y su duración	215
2. “Dos olivos y dos candeleros”	216
3. La protección divina sobre los dos testigos	217
4. El poder sobrenatural de su ministerio	217
La bestia que sube del abismo	218
1. ¿Quién es la bestia?	218
2. La bestia hace guerra a los dos testigos y los mata	219
3. La exposición de su triunfo	219
4. La alegría del mundo por la muerte de los dos testigos	220
La resurrección de los dos testigos	221
1. Los dos testigos son vindicados por Dios	221
2. El mundo recibe un nuevo testimonio por medio de estos dos testigos	221
3. La respuesta de los hombres al testimonio de Dios	222
4. “El segundo ay pasó”	223
La séptima trompeta (Ap 11:15-19)	224
Introducción	224
La séptima trompeta y el gozo celestial	224
La adoración celestial	225
Cinco eventos relacionados con la venida del Señor	226
El cielo abierto	227

1. La introducción a una nueva sección	227
2. El arca en el cielo es visible a los hombres	227
3. El pacto de Dios	228
4. “Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo”	230

La mujer y el dragón (Ap 12:1-17) 231

Introducción 231

“Una mujer vestida del sol” 231

“Estando en cinta, clamaba con dolores de parto” 232

“Un gran dragón escarlata” 234

El Hijo varón de la mujer 236

La mujer huye al desierto 237

Una gran batalla en el cielo 239

1. Un conflicto espiritual de dimensiones cósmicas	239
2. Satanás y sus ángeles son lanzados fuera del cielo	240
3. La identificación del dragón	240

La victoria de los creyentes sobre Satanás 241

El dragón persigue a la mujer y al resto de su descendencia 243

Las dos bestias (Ap 13:1-18) 245

Introducción 245

La presentación de la bestia que sube del mar 246

1. La procedencia de la bestia	246
2. El carácter de la bestia	247
3. Sus características	248
4. El origen de su poder	248

La bestia herida de muerte que fue sanada 249

1. La bestia cautiva el corazón de los hombres	249
2. El verdadero propósito de la bestia	250

La bestia contra Dios 250

1. La bestia blasfema contra Dios	250
2. Dios pone límite a la actuación de la bestia	251
3. La bestia blasfemia contra Dios, su tabernáculo y los que moran en el cielo	251

4. La bestia hace guerra contra los santos y los vence	251
5. La bestia alcanza autoridad sobre las naciones	252
La bestia es adorada	253
Una exhortación a oír	253
La bestia que subía de la tierra	254
1. La identidad de la segunda bestia	255
2. La trinidad diabólica	255
3. La hipocresía del falso profeta	255
4. La fuente de autoridad del falso profeta	256
5. La misión del falso profeta y los medios para cumplirla	256
6. Los métodos violentos del falso profeta contra los que no adoren a la bestia	257
El número de la bestia	259
El cántico de los 144.000 (Ap 14:1-5)	261
Introducción	261
El Cordero sobre el monte de Sion (Ap 14:1-5)	261
1. “Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion”	262
2. “Y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente”	263
3. “Y cantaban un cántico nuevo delante del trono”	264
4. La dedicación de los ciento cuarenta y cuatro mil a Dios	265
El mensaje de los tres ángeles (Ap 14:6-13)	268
El primer ángel: el anuncio del evangelio eterno	268
El segundo ángel: el anuncio de la caída de Babilonia	269
El tercer ángel: el anuncio de juicio contra los adoradores de la bestia	270
1. “Beberán del vino de la ira de Dios”	270
2. “Serán atormentados con fuego y azufre”	271
3. “Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos”	272
Una promesa de consuelo para los santos de la tribulación	272
Reflexión	273
La tierra es segada (Ap 14:14-20)	274
Introducción	274

La mies es segada	275
1. El Hijo del hombre	275
2. La siega	276
La vendimia de los racimos	276
Los ángeles con las siete plagas postreras (Ap 15)	278
Introducción	278
Siete ángeles preparados para ejecutar los juicios postreros de Dios	278
El gozo de los santos en el cielo	279
El templo del tabernáculo en el cielo es abierto	282
Nadie podía entrar en el templo	283
Las copas de la ira (Ap 16)	284
Introducción	284
La orden para ejecutar los juicios	284
La primera copa	284
La segunda copa	285
La tercera copa	286
1. ¿Es esto justo?	286
La cuarta copa	287
2. Los hombres blasfeman el nombre de Dios	287
La quinta copa	288
La sexta copa	288
1. El gran río Eufrates es secado	289
2. La trinidad diabólica convoca a los reyes de la tierra para luchar contra el Todopoderoso	289
3. “He aquí, yo vengo como ladrón”	289
4. El lugar de la batalla	290
La séptima copa	290
1. El anuncio de la sentencia final	290
2. El juicio divino	290
3. La respuesta de los hombres ante este último juicio	291

Condenación de la gran ramera (Ap 17)	292
Introducción	292
La sentencia contra la “gran ramera”	292
La descripción de la gran ramera	293
La explicación de la visión	296
1. La bestia que has visto, era, y no es	296
2. Las siete cabezas	297
3. Los diez cuernos	297
4. Las aguas sobre las que se sienta la ramera	298
El fin de la ramera	298
La caída de Babilonia (Ap 18)	300
Introducción	300
Anuncio de la caída de Babilonia	301
Un llamamiento a salir de Babilonia ante su inminente caída	302
Lamento por Babilonia	303
1. Los reyes de la tierra hacen lamento	304
2. Los mercaderes hacen lamento	304
3. Los marineros hacen lamentación	305
Alegría en el cielo	305
Destrucción final de Babilonia	306
Las bodas del Cordero (Ap 19:1-10)	307
Introducción	307
Las multitudes celestiales adoran a Dios por sus juicios	307
Exhortación a alabar a Dios	308
La cena de las bodas del Cordero	309
Las bodas del Cordero han llegado	310
Juan intenta adorar al mensajero	311
El jinete del caballo blanco (Ap 19:11-21)	312
Introducción	312

La presentación del Guerrero divino	313
1. “Y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero”	314
2. “Y con justicia juzga y pelea”	314
3. “Sus ojos eran como llama de fuego”	315
4. “Y había en su cabeza muchas diademas”	315
5. “Y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo”	315
6. “Estaba vestido de una ropa teñida en sangre”	315
7. “Y su nombre es: El Verbo de Dios”	315
8. “Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos”	316
9. “De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones”	316
10. “Y él las regirá con vara de hierro”	316
11. “Y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso”	316
12. “Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de Señores”	316
El anuncio de la derrota de los impíos	317
La bestia y el falso profeta son apresados	318
Los mil años (Ap 20:1-6)	319
Introducción	319
1. Amilenialistas	319
2. Postmilenialistas	319
3. Premilenialistas	320
4. Conclusión	320
Satanás es atado por mil años	320
Los santos reinarán con Cristo	321
“Esta es la primera resurrección”	322
El propósito del milenio	323
El juicio final de Satanás y los impíos (Ap 20:7-15)	325
El milenio se termina y Satanás es soltado	325
El juicio ante el gran trono blanco (Ap 20:11-15)	327
La descripción del gran trono blanco	327
Los muertos resucitan para comparecer en juicio	328

1. ¿Quiénes son los que van a ser juzgados?	328
2. ¿Sobre qué base van a ser juzgados?	329
3. Los muertos son resucitados para que puedan comparecer ante el tribunal de Dios	329
4. La muerte y el Hades son destruidos	330
5. El destino eterno de los pecadores	330

Cielo nuevo y tierra nueva (Ap 21:1-8) 331

Introducción	331
El fin del orden antiguo	331
La nueva Jerusalén desciende del cielo	332
Dios morará con los hombres	333
Se terminará el sufrimiento	333
Dios promete dar el agua de la vida a todo el que tenga sed	334
“Hijos y herederos”	334
El destino de los incrédulos	335

La nueva Jerusalén (Ap 21:9-27) 336

Introducción	336
Juan ve descender del cielo la nueva Jerusalén	336
La descripción de la nueva Jerusalén	337
1. Dios manifiesta su gloria en ella	337
2. El muro, las doce puertas y los cimientos	337
3. Las medidas de la ciudad y del muro	338
4. Los materiales de los que estaba hecha	339
La presencia de Dios en la nueva Jerusalén	341
Las naciones llevan su honor y gloria a la nueva Jerusalén	341
Los habitantes de la nueva Jerusalén	342

Un río limpio de agua de vida (Ap 22:1-5) 343

Introducción	343
Un río de agua de vida que sale del trono de Dios y del Cordero	343
El árbol de la vida	344

El trono de Dios y del Cordero estará en ella	345
1. “No habrá más maldición”	345
2. “El trono de Dios y del Cordero estará en ella”	345
3. “Y sus siervos le servirán”	345
4. “Y verán su rostro”	346
5. “Y su nombre estará en sus frentes”	346
6. “No habrá allí más noche porque Dios el Señor los iluminará”	346
7. “Y reinarán por los siglos de los siglos”	346
La venida de Cristo está cerca (Ap 22:6-21)	348
“Estas palabras son fieles y verdaderas”	348
1. La veracidad y fiabilidad de estas palabras	348
2. El origen divino de las visiones de Juan	348
3. El contenido: Cristo viene pronto	348
4. Una bienaventuranza para los que guardan estas palabras	348
5. El autor humano de esta revelación	348
6. Una orden: “No selles las palabras de la profecía de este libro”	349
Diferentes reacciones ante la inminente venida del Señor	349
El Señor recompensará a cada uno conforme a sus obras	350
“Bienaventurados los que lavan sus ropas”	351
La respuesta de la Iglesia	352
Una maldición para los que modifiquen este libro	353
El Señor afirma su inminente venida	353
Bendición final	354

Apocalipsis - Introducción

Todos los libros de la Biblia son importantes, pero Apocalipsis fue el último en ser escrito, y por lo tanto, tiene un valor especial por ser la culminación de la revelación de Dios. Además, despierta una fascinación especial porque en él se predicen los hechos que van a acontecer en este mundo. Por eso, en nuestros días, cuando la humanidad parece presentir que algo importante está a punto de ocurrir, se ha despertado un estado de expectación que ha llevado a muchos a acercarse a este libro. Ahora bien, entre ellos podemos encontrarnos a una legión de falsos profetas que lanzan toda suerte de vaticinios que ni se cumplen ni se cumplirán. Otros utilizan el texto bíblico para trazar un calendario de los acontecimientos que van a ocurrir en este mundo haciéndolo coincidir con su propio pensamiento escatológico. Y no faltan los excéntricos religiosos que ven en Apocalipsis la confirmación a todas sus excentricidades.

En todo caso, cuando nos embarcamos en el estudio de Apocalipsis, tenemos la sensación de entrar en otro mundo. No cabe duda de que es completamente diferente de cualquier otro texto del Nuevo Testamento. Nos encontramos, por ejemplo, con cuatro seres vivientes que tienen aspecto de león, buey, un ser humano y un águila, y que pronuncian un cántico de alabanza de gran contenido teológico. Vemos también a un cordero que ha sido inmolado pero que extiende su mano para tomar un libro. La abundancia de este tipo de lenguaje simbólico hace que su interpretación no sea fácil, y muchos se desaniman de antemano.

Como consecuencia de estas dificultades, han surgido distintas interpretaciones del libro, tan diferentes en muchos casos, que pareciera como si sus promotores estuvieran hablándonos de libros diferentes. Esto también desanima a muchas personas sencillas que sólo quieren conocer la Palabra de Dios sin meterse en esas guerras entre comentaristas bíblicos.

Y si todo esto no fuera suficiente, hay muchas personas a las que el libro de Apocalipsis les produce temor. Cuando escuchan hablar de plagas y juicios, o de la batalla del Armagedón, de la destrucción del mundo y del juicio final, muchos sienten miedo y prefieren no tocar estos temas.

Todo esto nos debe convencer de que entender correctamente el libro de Apocalipsis no será una tarea fácil. No es un libro escrito para ser leído de forma superficial. Requerirá de nosotros grandes esfuerzos antes de que nos dé su bendición y nos descubra sus grandes riquezas. Y para ello, será necesario hacer un estudio serio del texto, respetando en todo momento su mensaje con el fin de captar lo que de verdad dice y no para oír simplemente el eco de nuestras propias ideas.

El mismo autor inspirado parecía ser consciente de que muchos se desanimarían ante tantas dificultades, por esa razón, al comienzo del libro encontramos una bendición que no vemos en ningún otro:

(Ap 1:3) “Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.”

Hoy más que nunca, los hombres y mujeres de este mundo no debemos perder el contacto con las realidades eternas de las que habla Apocalipsis. No tanto para satisfacer nuestra curiosidad, sino para ser renovados y fortalecidos ante el fin que se acerca.

Al fin y al cabo, no vamos a encontrar ninguna otra parte de la Biblia que nos brinde una descripción tan detallada del futuro como lo hace Apocalipsis. Bien podemos decir que este libro es la respuesta de Dios a las inquietudes humanas sobre el futuro.

Ahora bien, cuando comenzamos el estudio de cualquier libro de las Escrituras, siempre es necesario conocer algunas de sus características, lo que nos será de utilidad para una adecuada comprensión de su contenido. Y esto es lo que nos proponemos hacer en el resto de este estudio.

El título del libro

La palabra “*Apocalipsis*” viene del griego “*apokalupsis*” que significa desvelar, poner al descubierto. Y en el caso concreto de este libro, se trata de la revelación de las cosas futuras relacionadas con la consumación del reino de Dios en este mundo.

Autor

Como en cada libro de la Biblia, debemos distinguir el autor divino del humano. Dios inspiró por medio de su Espíritu Santo a algunos hombres para transmitirnos su verdad revelada.

1. El Autor divino

El libro de Apocalipsis comienza con estas palabras: “*La revelación de Jesucristo, que Dios le dio*” (**Ap 1:1**). Las siete cartas a las iglesias de Asia que encontramos en los capítulos 2 y 3 concluyen cada una de ellas con las palabras: “*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*” (**Ap 2:7,11,17,29**) (**Ap 3:6,13,22**). Y termina su escrito con una seria advertencia acerca de no agregar ni quitar nada de este libro, lo que implicaría modificar las Escrituras inspiradas por Dios (**Ap 22:18-19**).

En todo el libro de Apocalipsis se deja constancia una y otra vez de que su autor original es Dios.

2. El autor humano: Juan

Tanto al comienzo como al final del texto aparece el nombre de Juan como la persona que recibió la revelación y la escribió (**Ap 1:1,4,9**) (**Ap 22:8**).

La evidencia parece confirmar con claridad que éste no era otro que Juan el apóstol, autor también del cuarto evangelio y de tres epístolas.

Notamos que debía ser una persona bien conocida entre los destinatarios de su escrito, puesto que sencillamente se llama a sí mismo por el nombre de Juan. Era innecesario añadir que era apóstol de Jesucristo, porque sus receptores ya lo sabían de sobra.

Con esto coincide también el testimonio de los líderes de las primeras iglesias cristianas.

- Justino Mártir, alrededor del 150 d.C. escribió: “Además, un hombre de entre nosotros llamado Juan, uno de los apóstoles de Cristo, recibió una revelación y predijo que los seguidores de Cristo habitarían en Jerusalén por mil años; y que de allí en adelante tendría lugar la resurrección general y eterna y el juicio de todos los hombres” (Diálogo con el judío Trifón, capítulo 81). Este testimonio es especialmente importante porque Justino vivió durante algún tiempo en Éfeso, y formó parte de una de las siete iglesias a las que el libro de Apocalipsis se dirige.

- El autor del Fragmento Muratoriano, fechado aproximadamente en el 175 d.C., atribuyó Apocalipsis a Juan, al que consideraba ser el apóstol.
- Ireneo, alrededor del 180 d.C., en su tratado sobre las herejías, cita frecuentemente el Apocalipsis y atribuye su autoría a “Juan, el discípulo del Señor”, un título que pocos se atreverían a negar que alude al apóstol. Su testimonio tiene especial interés porque en su juventud Ireneo había conocido a Policarpo, quien a su vez mantuvo una estrecha relación con Juan. También mencionó que Juan escribió durante el reinado del Emperador Domiciano (81-96 d.C.).
- Melitón, obispo de Sardis y contemporáneo de Ireneo, escribió un comentario que no se ha conservado, sobre el Apocalipsis de Juan.
- Escritores en las primeras décadas del siglo tercero (Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes, Hipólito y Chipriota) atribuyen al apóstol Juan la autoría de Apocalipsis.

Como vemos, existe un fuerte apoyo de parte de los primeros escritores cristianos a favor de que Juan fue el autor de Apocalipsis. Los ataques o las dudas sobre su autoría surgen bastante tiempo después, lo que hace que no tengan demasiada relevancia. Por ejemplo, Dionisio de Alejandría (231 al 264 d.C.) ponía en duda la autoría de Juan basándose en presuntas diferencias de estilo entre el cuarto evangelio y el Apocalipsis. Después de él, otros más han seguido ese mismo argumento. Ahora bien, aunque puedan ser ciertas algunas diferencias de estilo entre ambos documentos, esto se explicaría con facilidad si tenemos en cuenta las dificultades que Juan encontraba para describir en griego, que no era su lengua materna, revelaciones tan extraordinarias como las que encontramos en Apocalipsis. Además, no hemos de olvidar que el evangelio y Apocalipsis pertenecen a géneros literarios totalmente diferentes, lo que indudablemente debería justificar una parte importante de estas diferencias. Y por otro lado, los que cuestionan la autoría del apóstol Juan usando este argumento, no parecen tener en cuenta las muchas similitudes existentes entre el evangelio y Apocalipsis.

En todo caso, el argumento de las diferencias y parecidos entre libros de la Biblia escritos por una misma persona, es usado constantemente de una forma caprichosa y abusiva por los críticos liberales. Si observan diferencias de estilo dicen que no pueden ser obras del mismo autor, pero si presentan similitudes de estilo, argumentan que está clara la mano de un falsificador que está intentando hacerse pasar por tal o cual apóstol. Pero todo esto, lejos de ser una prueba de rigor científico, lo que nos muestra son los enormes prejuicios con los que ciertas personas se acercan al texto bíblico.

Otros han argumentado que existían diferentes personas con el nombre de Juan, aunque no se sabe nada de los otros, mientras que Juan, el apóstol de Jesucristo, era bien conocido en los círculos cristianos de aquella época.

Estilo literario

Aunque en Apocalipsis encontramos varias cartas (**Ap 2-3**), sin embargo, la mayor parte de su contenido está escrito en estilo apocalíptico.

Podemos encontrar otros libros de la Biblia que incluyen secciones con este mismo estilo, como Daniel, Ezequiel y Zacarías. También entre los judíos fue un género que proliferó mucho durante el período intertestamentario.

Es difícil determinar con exactitud en qué consiste el estilo apocalíptico usado en la Biblia, pero hay algunos rasgos que lo caracterizan:

- Un escrito apocalíptico pretende ser una revelación divina, que por regla general llega mediante un intermediario celestial.
- Esta revelación es comunicada frecuentemente por medio de visiones. En muchas ocasiones un intérprete angélico le revela el significado de las cosas extraordinarias que está viendo.
- Esta revelación promete una intervención divina en el futuro de la historia humana para poner fin a los tiempos de angustia y destruir toda la maldad de la era presente. Su tema tiene que ver con la inauguración del Reino de Dios, que siempre se relaciona con la venida del Mesías de Dios. Podemos decir que contiene un fuerte elemento profético.
- En todos ellos existe la noción de que hay dos mundos; el universo visible actual y el mundo perfecto que existe en el cielo. Estas grandes fuerzas cósmicas que luchan tras la historia humana se describen por medio de símbolos (colores, números, animales, figuras animales con formas humanas, ciudades). Son frecuentes también la presencia de ángeles y demonios.

Algunos han sugerido que uno de los propósitos del género apocalípticos era evitar la persecución, sin embargo, Juan repite en varias ocasiones que él es su autor. Evidentemente no se estaba escondiendo. Seguramente el uso de símbolos tenga el propósito de expresar lo que de otra manera sería muy complicado de hacer con un lenguaje concreto.

Es importante señalar que este género fue usado también por otros autores fuera de la Biblia, y en esos casos apreciamos notables diferencias.

- En el caso del libro de Apocalipsis encontramos las claves para su correcta interpretación en el Antiguo Testamento, que es citado constantemente, cosa que no ocurre con otras obras apocalípticas.
- Los autores seculares usan el nombre de personajes importantes de la historia judía para dar relevancia a sus obras y ganar audiencia. Por ejemplo: Libro de Esdras, el Libro de Enoc, los Testamentos de los doce patriarcas, el Apocalipsis de Baruc, los Salmos de Salomón, la Asunción de Moisés, el Martirio de Isaías, la Apocalíptica de Isaías, la Apocalíptica de Abraham, el Testamento de Abraham. Esto es algo que no ocurre con los autores inspirados, que siempre se identifican diciendo la verdad. Es probable que Juan deje constancia en repetidas ocasiones de que él es el autor a fin de distanciarse de ese otro tipo de obras apocalípticas.
- En los escritos no inspirados resulta prácticamente imposible determinar cuándo, dónde y para quiénes escribían. Por el contrario, en Apocalipsis se nos informa claramente sobre quiénes eran sus destinatarios, dónde y en qué circunstancias fue escrito.

Apocalipsis fue escrito en griego y los expertos nos dicen que tiene un estilo vivo, poderoso y pictórico. Sin embargo, observan también que desde el punto de vista gramatical resulta deficiente y comete incorrecciones que ningún griego cometería. Queda claro que el griego no es la lengua materna de su autor, sino que con frecuencia da la sensación de que aunque escribía en griego, sin embargo estaba pensando en hebreo.

Fecha de redacción

Ireneo escribió que Juan redactó Apocalipsis hacia el final del reinado de Domiciano (81 al 96 d.C.): “Sin embargo, no correremos el riesgo de pronunciar afirmativamente en lo que

respecta al nombre del anticristo; porque si hubiera sido necesario que su nombre se revelara claramente en este tiempo presente, hubiera sido anunciado por aquel que contempló la visión apocalíptica. Porque no hace tanto tiempo de que fue vista, sino casi en nuestro tiempo, hacia el fin del Imperio de Domiciano” (Contra las herejías 5.30.3).

Victorino, escribiendo hacia finales del siglo III d.C., dice en su comentario al Apocalipsis: “Juan, cuando vio estas cosas, estaba en la isla de Patmos, condenado a las minas por el emperador Domiciano. Fue allí donde tuvo la revelación... Cuando fue liberado de las minas más tarde, transmitió esta revelación que había recibido de Dios”. Jerónimo es todavía más detallado: “En el año 14 después de la persecución de Nerón, Juan fue desterrado a la isla de Patmos, y allí escribió el Apocalipsis... A la muerte de Domiciano, al ser revocados sus actos por el Senado a causa de su excesiva crueldad, volvió a Éfeso cuando era emperador Nerva”. Eusebio dice: “El apóstol y evangelista Juan relató estas cosas a las iglesias cuando volvió del destierro en la isla después de la muerte de Domiciano”.

El contenido del libro describe tiempos de persecución, que se corresponderían bien con lo que ocurrió durante el mandato de este emperador.

Otro argumento que confirmaría esta fecha como probable es el declive de las iglesias en Asia, a las que se dirige en los capítulos 2 y 3. Atrás quedaba el fervor de las iglesias fundadas por el apóstol Pablo antes del año 66 d.C. Además, se habían desarrollado también algunas herejías que no se mencionan antes en las cartas que Pablo les había escrito.

Lugar de escritura

Juan dice que se encontraba en la isla de Patmos cuando recibió las revelaciones del libro de Apocalipsis (**Ap 1:9**). Probablemente fue también allí donde las puso por escrito.

La isla de Patmos está ubicada en el mar Egeo, a unos 100 km. al sudoeste de la ciudad de Éfeso. El gobierno romano la utilizaba como un lugar de exilio para los criminales y delincuentes. Juan dice que se encontraba allí *“por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús”*.

Destinatarios

Los tres primeros capítulos tienen forma de carta y están dirigidos a las siete iglesias de la provincia romana de Asia: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Estos fueron los receptores originales de Apocalipsis.

No obstante, el número siete es usado con mucha frecuencia en este libro y siempre simboliza lo que está completo. Esto nos sugiere que la intención final de Dios era que este libro fuera conocido y leído por todas las personas en todas las partes del mundo y en cualquier época. Esto se ve confirmado también por lo que el mismo libro nos dice:

(Ap 1:3) *“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.”*

Por lo tanto, podemos decir que Apocalipsis fue escrito inicialmente para los creyentes de siete iglesias locales de Asia. Estas eran personas sencillas, no teólogos especialistas. Y entre ellos había algunos que estaban experimentando una fuerte persecución y otros que vivían cómodamente satisfechos de sí mismos. Había creyentes que estaban a punto de morir a manos del mundo, y otros que se estaban acomodando peligrosamente al mundo.

Los había que aceptaban las peligrosas herejías que se estaban introduciendo en las iglesias, y también los que las combatían enérgicamente. Había quienes escogían ser fieles a Cristo a costa de perder la reputación, el trabajo, la libertad y hasta la vida, pero había también los que se adaptaban al mundo a fin de librarse de estas cosas.

En todo caso, a lo largo de todo Apocalipsis se percibe un fuerte conflicto de lealtades, y una gran presión política, ideológica y espiritual. Así que, aunque inicialmente fuera escrito para aquellas iglesias de Asia, su mensaje sigue siendo relevante y debe ser escuchado por toda la Iglesia en cualquier época y lugar.

Aceptación en la Iglesia

El libro de Apocalipsis gozó de una rápida distribución, debido en gran medida a que cada una de las iglesias de Asia Menor a las que se dirigió, sirvió probablemente de centro de distribución hacia otras zonas a su alrededor. A esto ayudaría también el hecho de que el mensaje de Apocalipsis anunciaba una gran crisis que la Iglesia universal habría de enfrentar en poco tiempo.

El hecho es que este libro fue rápidamente conocido y leído por creyentes en todas las partes del imperio romano, y esto se debió a que fue reconocido desde el principio como parte de la Escritura inspirada. Prueba de ello es que muchos de los líderes cristianos de los primeros siglos conocían bien este libro y lo citaban reiteradamente en sus escritos.

Otra prueba más de esto es que aparece en el Canon de Muratori (170 d.C.), la lista más antigua de los escritos del Nuevo Testamento.

No obstante, es cierto que en períodos posteriores suscitó dudas en algunas partes de la iglesia oriental. Esto se debió en gran medida al rechazo que suscitaban ciertas interpretaciones del Apocalipsis. En respuesta, algunos decidieron poner en duda que el apóstol Juan fuera su autor y que realmente hubiera sido inspirado por Dios. Desgraciadamente, se llegaron a estas conclusiones por discusiones sobre su interpretación, y sin tener en cuenta el abundante testimonio que la iglesia primitiva había expresado a su favor.

Sin embargo, a pesar de este rechazo parcial en una época tardía, hay que decir que el libro de Apocalipsis aparece en los manuscritos más antiguos que se conservan, como el Sinaitico, el Vaticano y el Alejandrino.

Curiosamente hay que decir también que los principales teólogos de la Reforma Protestante rechazaron el libro de Apocalipsis. A Martín Lutero ni le parecía profético ni apostólico, mientras que Juan Calvino, escribió un comentario sobre cada libro del Nuevo Testamento, a excepción del Apocalipsis.

Propósito

I. Revelarnos a Cristo en su gloria celestial

El propósito principal del libro viene expresado en el primer versículo: *“La revelación de Jesucristo” (Ap 1:1)*. Su intención es revelarnos a Jesucristo de una manera especial. Comienza con una revelación de Cristo en su gloria actual caminando en medio de las iglesias, lo vemos también sentado en el trono de Dios, y regresando triunfante a este mundo para juzgar a sus enemigos. Por lo tanto, el libro quiere presentarnos a Cristo glorificado en contraste con su humilde presentación al mundo en su primera venida.

Jesucristo es el personaje central de todo el libro, pero con frecuencia algunos olvidan esto y parecen estar más interesados en saber más del dragón y la bestia que del Cordero. Y esta es una terrible equivocación, porque es la gloriosa persona del Señor Jesucristo la que llena todo el libro. Él es el Señor de la Iglesia, el Hijo del Hombre, el Cordero inmolado, el León de la tribu de Judá, el Redentor, el Hijo de Dios que se sienta en el trono, el Omnipotente y Soberano Dios, el testigo fiel y verdadero, el principio y el fin, el alfa y la omega, el que tiene las llaves de la muerte y el Hades, el primogénito de los muertos, el soberano de los reyes de la tierra, el invencible guerrero montado en un caballo blanco, el que rige a todas las naciones con vara de hierro, el Juez del mundo, el Señor de la historia, el Verbo de Dios, el Rey de reyes y Señor de señores, la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana, el Esposo, la lumbrera que ilumina la nueva Jerusalén, aquel que es adorado por la creación entera.

Como muy bien dice Apocalipsis:

(Ap 19:10) *“El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.”*

2. Enseñarnos a adorar a Dios

Esta es una de las grandes necesidades del pueblo de Dios en nuestros días, de hecho, muchos creyentes ni siquiera saben lo que es la adoración. Con mucha frecuencia se usa el término “alabanzas” para referirse a las canciones, pero cuando observamos sus letras, muchas de ellas no tienen nada que ver con la alabanza o la adoración.

Para empezar, sería importante que diferenciáramos entre lo que son las acciones de gracias y la adoración. La mayoría de los creyentes expresan sus acciones de gracias a Dios, lo que significa que le manifiestan su gratitud por todas las cosas que les da. Pero cuando adoramos a Dios, lo que hacemos es expresar nuestra admiración por quién es él, por la gloria de su carácter, por la maravilla de su persona. Por supuesto, la gratitud es muy importante, pero hemos de darnos cuenta de que la adoración va mucho más allá.

Usemos una ilustración. Imaginemos que un joven le regala un precioso anillo a su prometida. No hay duda de que ella le manifestará su gratitud con emoción. Y si otro día le regala flores, ella también estará contenta y le dará las gracias. Y lo mismo hará con cada cosa que reciba de él. No nos resulta difícil imaginarnos que para esa señorita todos los regalos de su novio son importantes, pero sería muy triste que, si todo el tiempo que está con él, lo único que hiciera fuera mirar los regalos y hablar de lo contenta que está con todos ellos. Si eso ocurriera, el muchacho fácilmente llegaría a pensar que su novia está más interesada en los regalos que le hace que en él mismo. Y no sería de extrañar que sospechara también que el día en que no pudiera hacerle más regalos, ella dejaría de tener interés en la relación con él. Lo lógico sería que ella se sintiera agradecida por los regalos, pero que su mayor interés estuviera en pasar tiempo con su novio y así poder admirar su personalidad.

Nosotros como creyentes debemos estar agradecidos a Dios por cada cosa que recibimos de él, pero debemos tener cuidado de que nuestra relación con él no consista únicamente en agradecerle lo que nos da y disfrutar de ello. Si eso llegara a ocurrirnos, el día en que Dios no nos diera todo lo que esperamos, o nos quitara algo de lo que nos ha dado, fácilmente nos quejaríamos amargamente de él y nuestra relación se vería seriamente dañada. Ahora bien, no ocurriría lo mismo si esta relación estuviera basada en nuestra admiración de su Persona.

Pensemos ahora en un ejemplo bíblico. Todos recordamos la historia de Abraham. Tal como Dios le había prometido, finalmente le dio un hijo; a Isaac. Pero algún tiempo después, Dios volvió a hablar con Abraham y le mandó que se lo entregara. ¿Cuál fue la reacción de Abraham? La encontramos en **(Gn 22:5)**: *“Entonces dijo Abraham a sus*

siervos: Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros". Esta cita es muy importante porque se trata de la primera ocasión en la que el término "adorar" aparece en la Biblia, y tiene la intención de mostrarnos cuál es su verdadera esencia. Pensemos por un momento en lo que estaba ocurriendo: si la relación de Abraham con Dios consistía únicamente en agradecerle sus dádivas, ¿qué haría en este momento cuando Dios no sólo no le estaba dando nada, sino que de hecho le estaba mandando que le entregara lo más valioso que tenía? Ahora es importante que notemos que es en ese contexto cuando Abraham se propone ir a "adorar" a Dios. Por lo tanto, vemos que su adoración consistía en rendirle a Dios todo lo que tenía. Y otro ejemplo similar lo encontramos en la historia de Job. Veamos lo que él hizo una vez que Dios le quitó todo lo que tenía: "se postró en tierra y adoró, y dijo: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.*" (Job 1:20-21).

¿Donde encontraron Abraham y Job la fortaleza para adorar en esas circunstancias tan adversas? Sin duda en el hecho de que conocían bien a Dios y sabían que era tan maravilloso que aunque les quitase todo lo que tenían, aun así lo reconocerían con gusto y se inclinarían ante él para adorarle.

Nosotros muchas veces también decimos que Dios es maravilloso, pero, ¿sabemos por qué lo es? Sin duda, la respuesta a esta pregunta está relacionada con conceptos doctrinales que tratan acerca del carácter de Dios. Y aquí está el problema de muchos creyentes: les aburre la doctrina.

Ahora bien, el libro de Apocalipsis nos va a ayudar a conocer mejor a Dios, y esto nos permitirá adorarle de una forma mucho más correcta. Veremos, por ejemplo, las razones por las que le adoran los cuatro seres vivientes, los veinticuatro ancianos, millones de millones de ángeles y los redimidos del Cordero que se encuentran delante del trono de Dios (Ap 4:10-11) (Ap 5:8-14) (Ap 7:9-12) (Ap 11:15-18) (Ap 19:1-8).

Siempre es hermoso escuchar a personas que realmente saben adorar a Dios. Es como cuando visitamos un museo de arte y nos paramos ante un cuadro, pero aparte de los bonitos colores y de algún trazo del dibujo, no somos capaces de apreciar nada más. Pero todo cambia cuando nos acompaña un guía que nos va explicando todos los detalles acerca de su composición, las circunstancias en que se realizó, la finalidad que perseguía su autor, las técnicas que utilizó, la colocación de los elementos, la perspectiva, el tratamiento del color... Es probable que al final nos sintamos un poco ridículos por no haber conseguido apreciar antes toda aquella belleza. Y seguramente, algo parecido nos ocurrirá cuando escuchemos a todos estos seres celestiales adorando a Dios. Esto nos ayudará a enriquecer nuestra propia adoración.

3. Animar a los creyentes frente a la persecución

Otro de los propósitos de Apocalipsis tiene que ver con animar a los creyentes a resistir con firmeza frente a la presión de una persecución que iba en aumento. Juan les dice que aunque tuvieran que sufrir hasta la muerte por su fidelidad, sus enemigos serían finalmente destruidos y ellos serían vindicados en la Segunda Venida del Señor Jesucristo. Entonces resucitarán y se sentarán con él a reinar eternamente, además, enjugará sus lágrimas y participarán como la esposa en las bodas del Cordero. En cambio, Satanás y todos sus aliados serán vencidos y sufrirán una eterna condenación en el lago de fuego y azufre. Por el momento Satanás parece invencible, pero Apocalipsis nos revela que su poder es limitado, mientras que el Señor es el Todopoderoso Soberano que siempre tiene la última palabra. Él es el alfa y la omega, el principio y el fin. Los creyentes debían tener grabado esto en sus mentes y corazones para poder soportar las dificultades temporales por las que tendrían que atravesar. Sólo ver su situación presente

a la luz de la perspectiva celestial les podría sostener. Podríamos decir que este mensaje está resumido en la carta que recibió la iglesia de Esmirna:

(Ap 2:10) *“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.”*

Esta esperanza trasciende con mucho cualquier sufrimiento del presente y nos debe llevar incluso al pensamiento de que merece la pena morir por Cristo.

4. Llenar el corazón de los creyentes de gozo y de un nuevo cántico

El libro de Apocalipsis no sólo pretende animar a los creyentes frente a la persecución, también quiere transmitirnos un adelanto del gozo celestial.

Es cierto que a lo largo de todo el libro encontramos la descripción aterradora de los juicios de Dios que han de venir sobre este mundo, pero al mismo tiempo, no hay ningún otro libro de la Biblia en el que aparezcan tantos seres diferentes cantando sus alabanzas a Dios. De hecho, cuando escuchamos cantar a estos innumerables coros celestiales, nuestros propios corazones son animados a unirnos a ellos.

Afortunadamente, han quedado recogidas algunas de las letras de sus canciones. Y aquí es donde probablemente nuestra sorpresa sea aún mayor, porque el tema de sus cánticos tiene mucho que ver con los juicios de Dios **(Ap 5:8-14)** **(Ap 14:1-3)** **(Ap 15:1-4)**. Y nosotros nos preguntamos cómo los espantosos juicios divinos descritos en Apocalipsis pueden causar tanta alegría entre las criaturas celestiales, hasta el punto de que todas ellas unan sus voces en un cántico de alabanza. Seguramente sea difícil encontrar algún cántico entre los muchos que los cantantes cristianos de nuestro tiempo han popularizado, en el que su letra tenga que ver con el tema de los juicios de Dios.

Ahora bien, cada vez que oramos como el Señor Jesucristo nos enseñó: *“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”* **(Mt 6:10)**, estamos pidiéndole que él venga a juzgar a este mundo a fin de que de este modo pueda establecer su Reino de justicia también aquí. Por lo tanto, en Apocalipsis, no sólo encontramos a los santos que ya han partido al cielo rogando a Dios que juzgue a este mundo **(Ap 6:9-10)**, sino que también los vemos alegrándose y cantando cuando Dios se dispone a responder a sus peticiones.

Nosotros debemos dejar que estos cánticos nos enseñen qué es lo que produce el auténtico gozo celestial, y seamos movidos a unirnos a ellos pidiendo que Dios establezca su Reino en este mundo y traiga la justicia permanente.

5. Mostrarnos el programa de Dios para el establecimiento de su Reino

Cualquier lector asiduo de la Biblia ya habrá observado que en ningún momento se trata de un libro en el que se nos revela de forma cronológicamente ordenada los acontecimientos que han de acontecer en el futuro de este mundo. Y el libro de Apocalipsis, que trata como ningún otro sobre los eventos del porvenir, sigue la misma línea.

No obstante, aunque no encontremos todos los detalles que a nosotros nos gustaría tener sobre el orden y el momento en que cada cosa va a ocurrir, sin embargo, sí que tenemos una descripción precisa de aquellos acontecimientos necesarios para que Dios establezca su reino en este mundo. Por lo tanto, debemos dirigir nuestros esfuerzos en buscar la razón por la que determinadas cosas deben ocurrir para que el Señor establezca su reino en este mundo, más que en intentar averiguar el momento exacto en el que van a tener lugar. Aceptando también que hay aspectos de este programa que Dios no ha querido

revelar con la claridad que nosotros pretendemos. En esos casos, debemos mantener una actitud de humildad y centrarnos en aquellas otras cosas que sí ha revelado.

6. Exhortar a la Iglesia para que esté vigilante ante la Segunda Venida de Cristo

El libro comienza presentando a Cristo como el Juez de la Iglesia. Le vemos en medio de siete candeleros de oro que simbolizan a las iglesias (**Ap 1:10-20**). Notamos que de su boca sale una espada aguda de dos filos con la que tiene la intención de separar lo bueno de lo malo. Esto se lleva a cabo en los dos capítulos siguientes (**Ap 2-3**), cuando el mismo Cristo, que había sido presentado en el capítulo anterior, envía cartas a cada una de las iglesias en las que reconoce sus buenas obras y censura las malas conductas. Es importante notar que este juicio de Cristo sobre las iglesias no se refiere a un futuro lejano, sino que ya está ocurriendo en el presente. Por lo tanto, tiene el objetivo de llamar a los cristianos a la fidelidad, y a examinar de manera permanente sus acciones para ver si andan en el camino que agrada a Dios. El resultado de este juicio puede llevar a que Cristo quite el candelero de su lugar si no hay arrepentimiento (**Ap 2:5**), o por el contrario, que reciban *“la corona de vida”* por un servicio fiel (**Ap 2:10**).

Unido a esto, encontramos en repetidas ocasiones la promesa de Cristo: *“¡He aquí, vengo pronto!”* (**Ap 22:7**). Su propósito es que la Iglesia esté preparada para recibirle en su Segunda Venida. Pero es también una seria advertencia para que los cristianos adormecidos y complacientes se despierten, permanezcan vigilantes y se mantengan apartados del mundo ante la inminente venida de Cristo.

En este sentido, es curioso que un libro que fue escrito para transmitir confianza y seguridad a los cristianos de finales del primer siglo, tenga en ocasiones el efecto contrario en nuestros días. Ellos vivían amenazados, y lo recibían como una fuente de esperanza, pero muchos de nosotros, que vivimos tranquilos, lo recibimos a menudo como amenazante, como si Dios viniera a quitarnos la paz con los terribles juicios que el libro anuncia.

Es muy probable que una parte de la Iglesia de Cristo esté viviendo cómodamente en medio del mundo, y a ellos se dirige especialmente la voz celestial que escuchó Juan:

(Ap 18:4) *“Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas”*

7. Iluminar la verdadera naturaleza del conflicto espiritual en el que nos encontramos

Este mundo tiene la habilidad de mostrarse atractivo, seductor y entretenido. Ofrece al hombre satisfacer todas sus aspiraciones al margen de Dios. Pero el libro de Apocalipsis nos muestra el verdadero rostro del mundo.

Saca a la luz que detrás de él está el mismo Satanás. Es él quien controla todo este sistema contra Dios. En (**Ap 17**) es presentado bajo la figura de una gran ramera que embriaga a los moradores de la tierra con el vino de sus fornicaciones, y en (**Ap 18**) se presenta como una ciudad, la gran Babilonia, que con sus hechicerías engaña a las naciones. Es con engaños que logra dominar este mundo, prometiendo siempre a los hombres aquello que nunca podrá cumplir.

Y otro de los medios que usa para establecer su dominio es la crueldad extrema. En (**Ap 13**) vemos que se erige como dios y exige la adoración de todos los hombres. Cualquiera que no lo haga será perseguido y muerto.

La conclusión lógica es que el mundo es mucho más peligroso de lo que con frecuencia pensamos. Primero intenta seducirnos con engaños, y cuando no lo consigue, lo hace por

la fuerza. Todo esto nos debe hacer conscientes de la verdadera naturaleza del conflicto espiritual en el que nos encontramos inmersos y llevarnos a estar alerta.

8. Anunciar los juicios de Dios y un llamamiento al arrepentimiento

El libro de Apocalipsis respira violencia por todos sus poros. Primero son las plagas desencadenadas por la apertura de los siete sellos, luego le siguen las que se producen por el toque de las siete trompetas, y finaliza con las terribles plagas de las siete copas de la ira de Dios. Algunos han dicho que Apocalipsis está muy lejos de la sensibilidad del Sermón del Monte, en el que Jesús exhortaba a sus discípulos a huir de la venganza. En cambio, un tema predominante en Apocalipsis es la venganza de Dios sobre sus enemigos.

Ahora bien, aunque es cierto que los evangelios nos exhortan a renunciar a la venganza personal, la razón que se proporciona para hacerlo es que *“la venganza es del Señor”* (**Dt 32:35**) (**Ro 12:19**) (**He 10:30**). Evidentemente esto no quiere decir que los cristianos deban renunciar a la justicia, simplemente es que confían en que será Dios quien finalmente va a conseguir restablecerla.

Cuando hablamos de restablecer la justicia, nos damos cuenta de que hay muchas causas pendientes. Infinidad de ellas parece que ya han quedado en el olvido para siempre porque las personas han muerto y el tiempo ha pasado. Pero Apocalipsis nos muestra que para Dios la justicia es importante. Finalmente hará que todas las personas resuciten de los muertos, y él mismo se sentará en su trono para juzgarlas. Entonces, su santidad y justicia, tantas veces puestas en duda, quedarán vindicadas definitivamente. Todos comprobarán que el pecado no quedará nunca impune.

Pero es muy importante señalar que, unido a todos esto, hay una invitación permanente al arrepentimiento y la fe como la única forma de ser justificados ante Dios y librados de su ira.

Métodos de interpretación

No es de extrañar que el libro de Apocalipsis, con sus numerosas visiones y símbolos, haya sido interpretado de muy diferentes maneras. Algunos optaron por seguir un método alegórico de exégesis en el que el texto queda en manos de la imaginación del intérprete. Cuando esto ocurre, las verdades de este libro se pierden en un laberinto de invenciones humanas. Pero creemos que no es legítimo hacer tal cosa, puesto que la llave para interpretar el Apocalipsis se encuentra en la misma Biblia. Las múltiples referencias a todo el resto de las Escrituras que encontramos en él nos dan la base para su correcta interpretación. Pero esto exigirá de nuestra parte un conocimiento profundo de todas las Escrituras, especialmente del Antiguo Testamento, algo que muy pocos creyentes poseen.

Y en relación a esto último, es necesario enfatizar que las fuentes que Juan utiliza son bíblicas y no tienen nada que ver con la literatura apocalíptica judía.

Otro detalle que no siempre se ha tenido en cuenta es que este libro trata de asuntos del presente, es decir, del tiempo cuando fue escrito, pero también del futuro:

(Ap 1:19) *“Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas.”*

Olvidar este hecho fundamental ha llevado a muchos a ver en Apocalipsis hechos históricos relacionados exclusivamente con la época en la que Juan vivía.

A continuación hacemos un breve resumen de los cuatro métodos de interpretación más comunes. La mayoría de los comentaristas se identifican con alguno de ellos, aunque hay también algunos que adoptan una combinación de varios de ellos.

1. La interpretación preterista

Entiende el Apocalipsis exclusivamente a la luz del contexto del primer siglo. Sostienen que los eventos referidos en él tuvieron lugar en aquel tiempo, principalmente durante los reinados de Nerón y Domiciano, y en la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. Por lo tanto, vemos que se pone todo el énfasis en el conflicto entre la iglesia y el gobierno romano durante el primer siglo.

Esta interpretación tiene la virtud de hacer una aplicación relevante para los primeros receptores del libro, que se encontraban en un difícil momento debido a la persecución creciente y a las demandas del emperador de ser adorado.

Pero encontramos que presenta graves dificultades.

- No tiene en cuenta el progreso en los eventos que anuncia Apocalipsis. Por ejemplo, interpretan que los relatos de los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas hacen referencia a un mismo evento que es repetido por tres veces y que tuvo su total cumplimiento en el siglo primero.
- En lugar de entender Apocalipsis como un libro profético, lo interpretan como si se tratara de historia pasada. Esto hace que su mensaje no sea significativo para los cristianos de las épocas posteriores al primer siglo.
- Pero el asunto más importante tiene que ver con la interpretación que hacen de cada uno de los eventos proféticos del libro. Por ejemplo, la bestia fue el emperador Nerón, y la persecución a la que se hace referencia en Apocalipsis ocurrió durante su reinado. La Segunda Venida de Cristo ya tuvo lugar en la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 d.C. Y el gran día de la ira de Dios ya ha tenido lugar, lo que transmite a la humanidad que ya no hay nada por lo que preocuparse, y por lo tanto, tampoco la gracia de Dios que nos libra de la ira verdadera es ya relevante y deba ser anunciada.

2. La interpretación historicista

Mientras que el preterista sitúa Apocalipsis dentro del período en el que fue escrito, el historicista lo interpreta como una predicción de los acontecimientos que han de acontecer en este mundo hasta el tiempo en que vive o vivió el exégeta.

Algunas de las dificultades de este sistema de interpretación son las siguientes:

- Asigna muy poca importancia a los primeros lectores.
- Es tremendamente subjetivo, lo que se evidencia por la falta de acuerdo esencial entre sus principales seguidores. De hecho, si los mayores acontecimientos de la historia están esbozados aquí, debería ser posible identificarlos con razonable certidumbre, de otro modo la profecía no tendría ningún valor. Sin embargo, esta forma de interpretación depende enteramente del momento histórico en el que vive el comentarista. Su objetivo es hacer que los eventos del fin se correspondan con su propia época, así que nunca será igual la interpretación que haga de la historia alguien que ha vivido en el siglo XV, en el XVII o en el XXI. Cada nueva generación de interpretes invalidará las conclusiones de la anterior.

- Aunque Apocalipsis es un libro que predice la historia humana, sin embargo, según esta línea interpretativa, queda ignorado todo el mundo situado fuera de la Europa occidental.
- La clave para poder entender Apocalipsis no está en una comprensión del resto de la revelación bíblica, sino en un conocimiento exhaustivo de la historia eclesiástica y política de Europa occidental.

3. La interpretación futurista o escatológica

La mayoría de los futuristas sostienen que los tres primeros capítulos de Apocalipsis describen la dispensación de la iglesia, mientras que los capítulos cuatro y cinco presentan a la Iglesia glorificada después del rapto. A partir de ahí, todo lo que ocurre en los capítulos posteriores tienen que ver con Israel, y describen un periodo de siete años que definen como la gran tribulación, la cual hacen corresponder con la septuagésima semana de Daniel (**Dn 9:24-27**). El capítulo 20 tiene que ver con el reinado milenial de Cristo en la tierra, y los dos últimos capítulos describen el estado eterno.

Se han planteado algunas objeciones a este método:

- Apocalipsis es la revelación de *“las cosas que deben suceder pronto”* (**Ap 1:1**). Sin embargo, según esta interpretación, ya han pasado dos mil años y todavía no han tenido lugar, con lo que parece que el término *“pronto”* pierde todo su sentido. Aunque algunos contestan a este argumento diciendo que Dios no mide el tiempo como nosotros. El apóstol Pedro, hablando del aparente retraso de la venida del Señor dijo: *“para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día”* (**2 P 3:8**).
- Si todo el libro es una predicción de lo que sucederá en los últimos días, no tendría ningún significado para sus primeros receptores.
- Muchos de sus opositores rechazan la idea de un reino terrenal de Cristo durante el milenio. Dicen que Cristo había anunciado que su reino no era de este mundo (**Jn 18:36**), y les parece muy mundano la idea de que los redimidos puedan disfrutar con Cristo en esta tierra. Pero el reino de Cristo en el milenio no será como los reinos de este mundo, y hay un gran número de profecías en el Antiguo Testamento que anunciaban un tiempo de prosperidad para Israel en esta tierra bajo el reinado del Mesías. Así que, esta objeción parece basarse mayormente en prejuicios teológicos.

4. La interpretación idealista

Este método sugiere que el libro de Apocalipsis no tiene relación con ninguna serie de acontecimientos específicos de la historia, sino que es más bien una expresión de los principios esenciales sobre los que Dios actúa a lo largo de la historia. Trata, por ejemplo, del conflicto continuo de la Iglesia y el mundo a través de toda su historia, o de la lucha entre el reino de la luz y el de las tinieblas.

No hay duda de que tanto en Apocalipsis, como en otros libros de la Biblia, encontramos patrones que son aplicables a todas las generaciones. Y esto hace que toda ella sea útil para el cristiano de cualquier tiempo que la lee.

Sin embargo, hay una seria objeción que se debe presentar a este método de interpretación:

- El hecho de negar cualquier cumplimiento histórico específico, implica que la historia de la humanidad no se dirige a ninguna consumación concreta. Por ejemplo, la Segunda Venida personal de Cristo a este mundo, la resurrección final de los

muerdos, el juicio ante el gran trono blanco, no son hechos literales futuros, sino que ocurren constantemente en un ciclo repetitivo en cada generación.

Algunas características del libro de Apocalipsis

1. El uso del Antiguo Testamento

El libro de Apocalipsis hace un uso intensivo del Antiguo Testamento. Algunos estudiosos han contabilizado que en los 404 versículos del libro, hay 278 que contienen alguna referencia al Antiguo Testamento. Esto quiere decir que más de la mitad de este libro depende de nuestra comprensión del Antiguo Testamento.

Ahora bien, Juan estaba exiliado en la isla de Patmos, y difícilmente tendría acceso a alguna copia de los textos bíblicos, por esta razón no hace citas exactas, sino alusiones que dependían de su memoria. En todo caso, resulta evidentemente que Juan estaba muy familiarizado con todo el Antiguo Testamento. Ahora la cuestión es si nosotros lo estamos, porque de otro modo, no entenderemos adecuadamente el Apocalipsis.

2. Los símbolos en Apocalipsis

El uso de símbolos es una característica destacada del libro de Apocalipsis. Un símbolo es el uso de una cosa para representar otra. Nosotros los empleamos constantemente y los entendemos de una forma natural, casi sin darnos cuenta de que se trata de un símbolo. Por ejemplo, una cruz nos recuerda la fe cristiana, un anillo de oro nos hace pensar que la persona que lo lleva está casada, una bandera o un himno nacional, nos recuerdan un país.

En Apocalipsis hay una gran variedad de símbolos. Se emplean colores, números, animales o acciones simbólicas para describir las grandes verdades celestiales. Al usar símbolos, el autor no siempre intenta describir una visión coherente, sino que quiere transmitirnos ideas. En este sentido el símbolo permite mucha más libertad de expresión y riqueza de contenido.

El símbolo es sugerente y evocativo, reta nuestra imaginación, nos sugiere ideas, insinúa conceptos, evoca sensaciones, inspira sentimientos. Juan usa constantemente los símbolos porque el lenguaje tradicional le resulta tremendamente limitado al tener que explicar lo eterno e inefable. Por lo tanto, Apocalipsis es un libro vivo, que según lo vayamos entendiendo creará en nosotros fuertes emociones, en gran medida por su contenido, sin duda, pero también por la forma en la que éste nos es comunicado.

El problema surge a la hora de interpretar estos símbolos. A muchas personas, estos textos llenos de lenguaje simbólico les resultan difíciles y complicados, así que prefieren no leerlos porque se sienten intimidados por ellos.

¿Cómo deben interpretarse los símbolos?

- El primer paso es reconocer un símbolo como un símbolo.
- Al tratarse de un símbolo, no podemos interpretarlo de una forma literal, porque de ese modo perderá su verdadero propósito. Pero tampoco debemos dejarnos llevar por nuestra imaginación, porque esto nos llevará a interpretaciones fantásticas que desgraciadamente son muy frecuentes entre algunos expositores.
- Los símbolos deben entenderse dentro de un contexto determinado. Por ejemplo, una calavera con dos huesos cruzados puede tener un significado muy diferente según el contexto en que lo encontremos. Si estuviéramos navegando por el mar en el siglo XVIII y nos encontráramos este símbolo en la bandera de un barco,

pensaríamos inmediatamente que se trata de un barco pirata. Pero si lo vemos en un frasco automáticamente entenderíamos que su contenido es venenoso. En muchas ocasiones se usó para indicar el lugar de un cementerio, o en torres de alta tensión eléctrica para indicar el peligro de sufrir una descarga. Dependiendo de dónde veamos el símbolo nos transmitirá una idea diferente. Por lo tanto, la primera tarea para entenderlo es determinar su contexto.

- En Apocalipsis contamos con la ventaja de que muchos de los símbolos son interpretados por el mismo mensajero celestial que acompaña a Juan al recibir la revelación **(Ap 1:20) (Ap 11:8) (Ap 12:9) (Ap 17:12,15)**.
- Muchos de los símbolos que encontramos en Apocalipsis vienen del Antiguo Testamento, por lo tanto, en esos casos debemos interpretarlos a la luz de su uso original para determinar su pleno significado.
- En algunos casos Apocalipsis puede usar símbolos nuevos, y debemos ser sumamente cautos en nuestro intento de interpretarlos.

Reflexión

A partir de aquí comenzamos el comentario del texto de Apocalipsis, y lo hacemos con cierto temor e inquietud. Por un lado, temor por añadir o quitar a la profecía expresada en él y atraernos la maldición de Dios expresada de manera muy solemne en sus últimas líneas **(Ap 22:18-19)**. Y por otra parte, inquietud por el nivel de controversia que la interpretación de Apocalipsis ha generado y sigue generando entre el pueblo de Dios. Por todo ello, queremos dejar constancia de que las conclusiones a las que hemos llegado en nuestro estudio del libro y que ahora presentamos, no son dogmas de fe que deben ser asumidos sin discusión alguna, sino que sólo son un intento honesto de acercar la Palabra de Dios a todas las personas, reconociendo siempre nuestras propias deficiencias y limitaciones.

La revelación de Jesucristo (Ap 1:1-3)

(Ap 1:1-3) *“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.”*

Introducción

En estos primeros versículos encontramos el título, los autores del libro, los destinatarios, un resumen de su contenido, su propósito y la bendición que viene como consecuencia de su meditación y aplicación.

Título

(Ap 1:1) *“La revelación de Jesucristo”*

Probablemente esta primera frase cumple la función de título de la obra, pero no por ello debemos pasarla por alto, puesto que nos proporciona información muy importante sobre lo que más adelante vamos a encontrar en este libro.

La primera palabra, *“apokalypsis”*, traducida como *“la revelación”*, significa quitar el velo de algo que permanece oculto para que se pueda ver. Como ya sabemos, el hombre es incapaz de penetrar en el secreto de las realidades espirituales y eternas que se esconden más allá de sus sentidos, y esto seguiría siendo así si Dios no hubiera tomado la iniciativa de darnoslas a conocer. Y el libro de Apocalipsis es una parte de esa revelación escrita que nos permite conocer aquellas cosas sobre el futuro de la historia de la humanidad que de otro modo desconoceríamos por completo. Por lo tanto, nos encontramos ante un libro que no es fruto de la sabiduría humana, sino de la inspiración divina.

En cuanto a la expresión *“de Jesucristo”*, puede ser interpretado de dos formas diferentes.

- Puede referirse al hecho de que esta revelación proviene de Jesucristo. Con esto coincidiría la afirmación que encontramos al final del libro:

(Ap 22:16) *“Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias”*

- Pero también puede entenderse que Jesucristo es el contenido de esta revelación. Esto vendría confirmado por el hecho de que la primera visión que se nos concede en Apocalipsis tiene que ver con el Señor Jesucristo tal como está ahora en su gloria **(Ap 1:13-20)**.

En este punto debemos hacer una observación muy importante. Muchos vienen a Apocalipsis por la curiosidad que les invade por saber qué es lo que ocurrirá en el futuro. Y es cierto que al estudiar este libro encontraremos muchas profecías sobre los eventos del porvenir, pero esto no nos debe hacer perder de vista que su propósito fundamental es darnos a conocer a Jesucristo en la manifestación de su gloria. Jesucristo es el centro de toda la Escritura, y si quitamos nuestra mirada de él, estaremos perdiendo la perspectiva correcta para entender adecuadamente este libro. Al fin y al cabo, lo que la iglesia

necesita hoy más que nunca, es una visión renovada de la gloria de Jesucristo. Por lo tanto, debemos limitar nuestra curiosidad y avivar nuestro amor por el Señor. ¡Tan grande y glorioso como es Cristo! ¡Qué Dios nos ayude a olvidarnos de nosotros mismos para ser enriquecidos por él!

Autoría

(Ap 1:1) *“Que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan”*

1. El autor del libro de Apocalipsis es Dios

Acabamos de considerar que esta revelación proviene de Jesucristo, pero ahora se añade que él la recibió de Dios: *“que Dios le dio”*. Por lo tanto, Dios el Padre es, en última instancia, el responsable de la revelación que Jesucristo ha de entregar a su ángel para que éste, a su vez, la entregue a su siervo Juan.

El hecho de que el Padre había dado esta revelación al Hijo para que la comunicara a los hombres es algo que el mismo Señor Jesucristo había enfatizado en repetidas ocasiones durante su ministerio terrenal:

(Jn 7:16) *“Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió.”*

(Jn 8:28) *“Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo.”*

Esto no quiere decir que el Hijo sea inferior al Padre. Como él mismo dijo, *“todo lo que tiene el Padre es mío” (Jn 16:15)*. Sin embargo, durante su misión en la tierra, él tomó la posición de siervo, obediente en todo al Padre que le había enviado (**Fil 2:5-8**). De este modo consiguió nuestra salvación muriendo por nosotros en la Cruz, y con su vida nos dejó un ejemplo perfecto de lo que significa ser un hombre conforme al corazón de Dios.

2. El mediador de esta revelación fue “su ángel”

Dios no dio esta revelación directamente a Juan, sino que la envió y *“la declaró enviándola por medio de su ángel”*. Este es un hecho que se repite en otras ocasiones en Apocalipsis (**Ap 22:6,16**), y tampoco es el único libro en el que los ángeles participan en transmitir la verdad revelada de Dios. Recordamos que también Moisés recibió la ley por medio de ángeles (**Hch 7:53**) (**He 2:2**).

El papel de los ángeles en el libro de Apocalipsis es muy prominente, ya que no sólo entregan la revelación, sino que también ayudan a Juan a entenderla (**Ap 17:1,7,15**), y en otras ocasiones ellos mismos ejecutan los juicios de Dios sobre este mundo (**Ap 7:2**) (**Ap 8:5**).

3. El escritor de esta revelación fue “su siervo Juan”

El primer hombre que recibió esta revelación fue Juan, que como veremos más adelante, se encontraba en la isla de Patmos (**Ap 1:9**). Él fue el encargado de ponerla por escrito, de tal manera que debe ser considerado como el autor humano del libro de Apocalipsis. Este hecho es confirmado también por varios escritores cristianos de los primeros siglos.

No obstante, es curioso que en Apocalipsis Juan se refiere a sí mismo por su nombre, algo que no hace en el Evangelio ni en las tres epístolas que también escribió. En cualquier caso, se refiere a sí mismo como *“Juan”*, y se describe como *“siervo”*. No hace

mención de que era un apóstol de Jesucristo, porque sin duda sus destinatarios lo conocían bien.

Por otro lado, es importante notar que Juan era una persona idónea para escribir este libro, puesto que él había sido un testigo directo de todo el ministerio público de nuestro Señor Jesucristo, era uno de sus doce apóstoles y además era bien conocido en las iglesias de la época. Miremos lo que él mismo dice al comenzar su primera carta:

(1 Jn 1:1-4) “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido.”

La sencillez y humildad de Juan al hacer referencia a sí mismo son significativas, sobre todo si recordamos que tanto él como su hermano Jacobo habían pedido al Señor el privilegio de sentarse a su derecha y a su izquierda en el reino de los cielos. Ellos, al igual que el resto de los apóstoles, ambicionaban ocupar los primeros puestos, pero el Señor les enseñó una importante lección:

(Mr 10:42-44) “Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos.”

Ahora vemos que Juan había llegado a considerar como un alto honor ser un siervo de Dios y de los hombres.

Los destinatarios

El texto nos dice que esta revelación fue dada “*para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto*”, de donde deducimos que los destinatarios de este libro eran “*sus siervos*”.

Ahora bien, ¿quiénes son estos “*siervos*” a los que se dirige esta profecía? Seguramente debemos pensar que tiene que ver con todo aquel que lee u oye y guarda estas cosas, tal como aclara el versículo 3:

(Ap 1:3) “Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.”

Sin duda, esta es una forma de referirse a los creyentes. Ellos son los que sirven a Dios de acuerdo a lo que él mismo ha revelado de su persona y voluntad. De hecho, es frecuente que el libro de Apocalipsis se refiera a los creyentes como los siervos de Dios: **(Ap 2:20) (Ap 6:11) (Ap 7:3)**. Y sabemos por otras partes de las Escrituras que Dios se complace en revelar sus planes a sus siervos: **(Gn 18:17-18) (Am 3:7) (Jn 15:15)**.

Por otro lado, un poco más adelante, veremos que Juan escribió a las siete iglesias en Asia, quienes seguramente fueron los primeros receptores de Apocalipsis **(Ap 1:4)**.

El contenido

(Ap 1:2) “Que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto”

El contenido de la revelación de la que Juan va a dar testimonio es el siguiente:

- La Palabra de Dios.
- Y el testimonio de Jesucristo, de todas las cosas que vio.

La idea que quiere transmitirnos es que no omitió nada.

Notemos también su afirmación de que lo que estaba escribiendo era *“Palabra de Dios”*. Y hay que recordar esto, especialmente en nuestros días, cuando hay tantos teólogos que critican este libro. Rechazarlo implica necesariamente negar el testimonio de uno de los apóstoles del Señor Jesucristo, pero también, y mucho más grave, implicaría rechazar las profecías que el mismo Señor nos dejó.

En este punto, tal vez sea conveniente reflexionar acerca del porqué a algunos teólogos les desagrada tanto el libro de Apocalipsis y niegan su inspiración divina. Ellos dicen que contiene muchas cosas raras y extravagantes que no se pueden tomar en serio. Por otro lado, les resultan más atractivas las profecías del Antiguo Testamento, donde se denuncian cuestiones sociales muy de moda en nuestros días. Pero en realidad, parece que donde realmente tienen el problema es en aceptar el tema central del libro de Apocalipsis: Dios va a intervenir directamente en este mundo, y lo va a hacer para establecer el reinado universal de su Mesías, y esto no dependerá de ninguna contribución humana, de acuerdos políticos o económicos a los que el hombre pudiera llegar. Y este es el punto que parece molestarles especialmente. Ellos no creen que Dios haya intervenido realmente en este mundo, ni que lo vaya a volver a hacer. Niegan por igual la Encarnación del Hijo de Dios así como la posibilidad de su Segunda Venida. Y todo esto es realmente peligroso, porque la religión que impondrá el anticristo cuando se presente en este mundo, se basará en el mismo principio que ellos sostienen: no hay un Dios ahí afuera, ni nadie a parte de nosotros mismos que pueda cambiar este mundo. Así que no será de extrañar si cuando el anticristo se manifieste, muchos de los teólogos que rechazan el libro de Apocalipsis sean los primeros en ofrecerle su apoyo.

Por otro lado, hay muchos que acuden al libro de Apocalipsis intrigados por lo que va a ocurrir en el futuro. Es un hecho que el hombre siempre ha tenido interés en conocer el futuro. Muchas personas leen fielmente los horóscopos, buscan a los lectores de las cartas del Tarot, dejan que les lean la palma de la mano, se alimentan de películas futuristas de ciencia ficción o se introducen plenamente en el ocultismo intentando inútil y pecaminosamente obtener información sobre el futuro.

Sin embargo, todos estos intentos por conocer el futuro son en vano. Sólo hay uno que conoce y declara el futuro: Dios. Y sólo en las Escrituras puede encontrarse la verdad revelada por él.

(Is 46:9-10) “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero.”

Y Apocalipsis forma parte de la revelación segura de Dios que trata acerca de los acontecimientos futuros que van a ocurrir en este mundo. A lo largo de su estudio

veremos la “hoja de ruta” que Dios ha fijado para establecer el reino de su amado Hijo en este mundo.

Propósito

En cuanto a su propósito, se nos dice que fue dada *“para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto”*.

Ahora bien, los eventos del porvenir de los que habla este libro y que han de suceder pronto, tienen que ver fundamentalmente con la *“manifestación”* futura del Señor Jesucristo en gloria, y esto va a afectar a todo el mundo, por lo que debemos estar bien preparados.

Para entender cómo nos va a afectar esta manifestación gloriosa del Señor Jesucristo, tal vez nos puede ayudar una historia del Antiguo Testamento. En **(1 R 1-2)** se nos relata cómo el rey David preparó la *“manifestación”* del rey Salomón. En aquellos días David era ya muy viejo, y aprovechando la situación, un hijo suyo llamado Adonías se autoproclamó rey en Israel. Cuando David tuvo noticia de esto por medio de su mujer Betsabé y del profeta Natán, reaccionó rápidamente organizando la entronización de su hijo Salomón tal como él había determinado tiempo atrás. Para ello, hizo montar a su hijo sobre su mula, llamó a todos sus siervos para que le acompañaran, también el sacerdote Sadoc y el profeta Natán lo ungieron como rey, e hicieron tocar trompeta diciendo *“¡viva el rey Salomón!”* y finalmente se sentó en el trono de David y reinó. Ante estos hechos, Adonías se puso muy nervioso y la gente que estaba con él comenzó a marcharse. Era peligroso estar en el bando opuesto cuando David estaba manifestando quién era el auténtico rey.

Esta historia sirve para ilustrar lo que Dios va a hacer pronto cuando manifieste públicamente quién es el verdadero Rey de este mundo. Los cielos se abrirán para presentar al Señor Jesucristo en toda su gloria y majestad. Vendrá rodeado de sus santos ángeles en medio de grandes señales cósmicas y reunirá a todos aquellos que han creído en él **(Mt 24:29-31)**. Entonces todos los linajes de la tierra que se han opuesto a él se darán cuenta de que estaban en el bando equivocado y buscarán sin éxito un lugar donde esconderse. Y el Señor nos explica estas cosas para que de antemano nos coloquemos en la posición correcta y no nos mezclemos con el bando opuesto.

Por otro lado, notemos que dice que estas cosas *“deben”* suceder. Esto denota el cumplimiento absolutamente seguro del plan de Dios. La historia no es un mero azar, una sucesión de diferentes épocas que no conducen a ninguna parte, sino que por el contrario tiene un propósito establecido por Dios. Y esa meta tiene que ver con nuestro Señor Jesucristo gobernando este mundo en justicia.

Además, estas cosas deben suceder *“pronto”*. Ahora bien, no olvidemos que se trata del tiempo de Dios y no del nuestro, y *“que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día”* **(2 P 3:8)**. En cualquier caso, aunque debemos entenderlo según el reloj de Dios, y teniendo claro que de ningún modo pretende definir algún límite de tiempo concreto para su cumplimiento, no obstante, la proximidad de estos acontecimientos nos debe motivar a vivir en santidad y obediencia:

(2 P 3:14) *“Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz.”*

Es verdad que ya han pasado muchos años desde que esto fue escrito, y tal vez muchos creyentes han empezado a enfriarse, tal como el Señor Jesucristo advirtió que pasaría en los últimos tiempos: *“y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará”* **(Mt 24:12)**. También en otra ocasión contó la parábola de un siervo infiel que razonaba y

actuaba de la siguiente manera: *“Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse”* (Lc 12:45).

Pero según el libro de Apocalipsis, todo lo que allí se dice va a suceder de forma inminente. Para convencernos de ello, vuelve a repetir la misma idea dos versículos más adelante: *“El tiempo está cerca”*. Esta insistencia nos debe mantener despiertos y alerta en nuestra vida espiritual.

Una bienaventuranza

(Ap 1:3) “Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.”

En Apocalipsis hay un total de siete bienaventuranzas dispersas por todo el libro, de las que esta es la primera **(Ap 1:3) (Ap 14:13) (Ap 16:15) (Ap 19:9) (Ap 20:6) (Ap 22:7) (Ap 22:14)**.

En este caso, la bienaventuranza es para aquellos que leen u oyen y guardan las palabras de esta profecía. Ningún otro libro de las Escrituras contiene una promesa así. Quizás en este caso se deba al hecho de que Dios sabía de antemano que muchos habrían de descuidar el contenido de este libro. O tal vez se deba a que puesto que este es uno de los libros más difíciles de toda la Biblia, por esa razón tiene una bendición especial para aquellos que lo estudian y meditan en él.

La bienaventuranza es para aquellos que leen u oyen. Recordemos que en el mundo antiguo muchos no sabían leer, así que escuchaban durante la lectura pública de las Escrituras. Notemos de paso que en aquel tiempo la lectura pública de las Escrituras ocupaba un lugar central en el culto de la iglesia primitiva y del judaísmo, algo que se ha perdido en muchas iglesias en la actualidad.

Pero la bienaventuranza no era para los que únicamente leen, sino para los que guardan las cosas escritas en ella. Y por supuesto, *“guardar”* no se refiere a la mera custodia del libro, sino a su obediencia en la vida diaria. Y al final del libro se nos advierte muy seriamente acerca de la posibilidad de cambiar su contenido **(Ap 22:18-19)**. Es decir, *“guardar”* implica hacer caso a todo el contenido del libro sin quitar nada de él y sin añadirle.

Todo esto sólo puede ser así porque Juan considera este libro como Escritura Sagrada. Si fuera un libro humano, no podría tener este tipo de bendición.

¿Cómo nos puede bendecir este libro? Siempre que miramos hacia el cielo y al futuro glorioso que Dios describe en Apocalipsis, esto nos apartará del mundo, mientras que si miramos al mundo, nuestra mirada se desviará del cielo.

Y por último, notamos que se refiere a este libro como *“las palabras de esta profecía”*. Sin lugar a dudas la palabra *“profecía”* incluye la idea de predicción, y por cierto, hay muchas en este libro. Pero básicamente esta expresión señala el origen divino de estas palabras.

Gracia y paz de parte de la Trinidad (Ap 1:4-5)

(Ap 1:4-5) “Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra.”

Introducción

En el pasaje anterior vimos que Dios dio una revelación especial a su siervo Juan. Ahora veremos que él cumple con el encargo de transmitirla a otros.

También consideramos que hay una bendición especial para todos aquellos que leen u oyen las palabras de esta profecía y guardan las cosas en ella escritas. Y no deja de sorprendernos que en un libro que trata sobre los juicios que van a venir sobre la humanidad, comience con una bendición de Dios para todos aquellos que tienen en cuenta estas cosas en sus vidas.

Pero no sólo eso, sino que también ahora, al comenzar el estudio de esta nueva porción, vamos a encontrarnos nuevamente con otra bendición de Dios para los receptores de este escrito. De hecho, será la Trinidad; Padre, Hijo y Espíritu Santo, quien nos envíe su gracia y su paz. Este es un hecho que debemos subrayar. Es verdad que debido a su justicia y santidad Dios tiene que intervenir en juicio sobre este mundo, pero antes de comenzar el estudio de Apocalipsis, debemos tener bien presente en nuestras mentes y corazones que el deseo supremo de Dios es bendecir a los hombres. No lo olvidemos.

El remitente y los destinatarios

La forma en la que Juan va a transmitir la revelación que había recibido será por medio de una carta que comienza de esta manera:

(Ap 1:4) “Juan, a las siete iglesias que están en Asia”

Otra vez notamos que el autor humano, Juan, no añade ningún título a su nombre. Como ya dijimos, esto se debe seguramente al hecho de que él era bien conocido entre las iglesias a las que estaba escribiendo.

Luego vemos que dirige su carta a las siete iglesias que estaban en la provincia romana de Asia, lo que hoy sería la región occidental de Turquía. Estas iglesias están relacionadas en **(Ap 1:11)**: “*Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea*”.

Ignoramos las razones por las que sólo se dirigió a estas siete iglesias, habida cuenta de que en esa época había más en aquella zona. Tal vez tiene que ver con el simbolismo del número siete, que a lo largo de todo el libro de Apocalipsis se relaciona con la idea de aquello que está acabado, que es completo. Como más adelante veremos, estas siete iglesias no eran perfectas ni estaban completas, más bien reflejaban muchos defectos que el Señor tuvo que reprender, pero representaban muy bien a toda la iglesia en todo el mundo y en todas las edades. Por lo tanto, Juan se estaría dirigiendo inicialmente a las siete iglesias en Asia, pero su escrito tendría validez finalmente para toda la Iglesia universal.

El saludo

(Ap 1:4) “Gracia y paz a vosotros”

También Juan manda saludos conforme a la costumbre de su tiempo. Emplea dos vocablos para ello: “*Gracia y paz*”. Con ellos desea a sus lectores que reciban toda la abundancia del favor de Dios. El término “*gracia*” pone el énfasis en la bondad inmerecida de Dios hacia el hombre pecador que no merece nada. Y la “*paz*” es el resultado de disfrutar de la gracia en el corazón.

El origen del saludo

Curiosamente, el saludo que el apóstol envía no lo hace en su propio nombre, sino que es una bendición que viene de parte de la Trinidad.

(Ap 1:4-5) “Del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra...”

Si queremos disfrutar de la gracia y de la paz en un mundo que está a punto de enfrentarse con los juicios de Dios, hay que recordar que éstas sólo pueden venir de las Personas de la Trinidad a las que se refiere en estos versículos.

Pero antes de que entremos a considerar la forma en la que el autor describe a cada una de las tres Personas de la Trinidad, hay aquí un hecho sobre el que tenemos que reflexionar. Es verdad que la palabra “Trinidad” no aparece en ninguna parte de la Biblia, sin embargo, sí que encontramos muchas ocasiones en las que se asignan atributos divinos a cada una de las tres Personas que la componen.

Por ejemplo, aquí y en otras muchas Epístolas, los apóstoles invocan a Dios Padre para bendecir a los creyentes, pero lo hacen en unión y colocándolo al mismo nivel que el Señor Jesucristo. Esto sería imposible si el Hijo no fuera Dios al mismo nivel que el Padre.

Sería inconcebible pensar que un apóstol escribiera enviando la gracia y la paz del Padre y del arcángel Gabriel. Esto no es posible. Por muy importante que sea el arcángel Gabriel, nunca puede estar al mismo nivel que Dios. Y por otro lado, nadie sino sólo Dios, puede ser el origen de la gracia y la paz que los hombres tanto necesitan.

Pensemos en una sencilla ilustración. Imaginemos que un importante banco va a absorber a otro. Durante las gestiones, el presidente del primer banco escribe una carta a los accionistas del segundo. Sería una locura pensar que el presidente asociara con él en su escrito a la persona encargada de la limpieza de una sucursal de su entidad. Esto no se corresponde. Por muy digno que sea ese trabajador, no está al nivel del presidente para firmar conjuntamente con él una carta de ese tipo. Y del mismo modo, si Dios Padre ha de asociar a alguien con él en el envío de un escrito tan importante como Apocalipsis, necesariamente ha de compartir su misma dignidad, como de hecho lo hacen el Hijo y el Espíritu Santo.

Ahora bien, aunque la bendición proviene de la Trinidad, no se menciona a las personas divinas como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sino que se las describe por medio de ciertos atributos que sirven para demostrarnos que Dios es el único que puede gobernar este mundo y conducirlo hasta la meta que él mismo ha determinado, trayendo de ese modo la gracia y la paz a este mundo que tanto necesita. Veamos estas descripciones:

- El Padre: *“el que es y que era y que ha de venir”*.
- El Espíritu Santo: *“los siete espíritus que están delante de su trono”*.
- El Hijo: *“de Jesucristo el testigo fiel”*.

Nosotros tenemos la tendencia a reducirlo todo a conceptos simples, pero no debemos perder de vista la grandeza y la riqueza que hay en la Trinidad. Por eso, al acercarnos ahora a estos hermosos conceptos debemos dejar que llenen nuestras mentes y corazones.

I. El Padre

El texto se refiere a él como *“el que es y que era y que ha de venir”*. Y la misma descripción aparece nuevamente en otras partes del libro: **(Ap 1:8) (Ap 4:8) (Ap 11:17) (Ap 16:5)**.

“El que es”

En primer lugar nos dice que Dios es *“el que es”*. La idea que nos trasmite es que él existe permanentemente. Y por supuesto, no hay nadie más de quien se pueda decir lo mismo.

Esta es la misma idea que le comunicó a Moisés cuando se le apareció en la zarza ardiendo:

(Ex 3:14) *“Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.”*

Dios es inmutable y eterno. A pesar de todas las cosas que puedan pasar en este mundo, él siempre seguirá siendo *“el que es”*. Cambiarán o desaparecerán las naciones y sus gobiernos, pero Dios permanecerá siendo siempre el mismo.

“El que era”

Luego añade también que Dios es *“el que era”*. Es decir, por mucho que pudiéramos retroceder en la historia hasta el punto más recóndito de nuestra imaginación, él ya era. Antes incluso de que hubiera tiempo y comenzara el mundo, él ya era.

Aunque nosotros no lo podamos entender, en el caso de Dios, su existencia nunca tuvo comienzo ni ha dependido de nadie para llegar a ser.

Es cierto que a los hombres nos resulta imposible comprender esto. ¿Cómo puede ser que Dios exista sin que nadie lo haya creado? ¿De dónde ha salido entonces? Bueno, no podemos contestar a esto, pero este mismo hecho es sin duda una prueba más de la autenticidad de la Biblia. Si Dios fuera un producto de la imaginación del hombre, nunca habríamos creado a un Dios tan grande que no lo pudiéramos abarcar con nuestras mentes y que nos fuera imposible explicar. No tendría sentido, en tal caso, habríamos creado dioses como los de la mitología griega; seres un poco mayores que los humanos, parecidos a nosotros y que pudiéramos explicar sin dificultad. Pero el Dios de la Biblia es completamente diferente; no es un producto de nuestra imaginación, sino que ha sido él quien nos ha creado a nosotros. Es el Eterno Dios aunque no podamos explicarlo.

“El que ha de venir”

Y por último añade: *“El que ha de venir”*. A primera vista da la impresión de que está hablando de la Segunda Venida, pero esto no es así. Fijémonos que el contexto nos indica que Juan está describiendo la eternidad de Dios. Él siempre será el que ha de

venir. Nunca llegaremos a saber todo acerca de Dios. Nunca nos aburriremos en el cielo durante toda la eternidad.

En este punto, es interesante notar que una descripción similar se hace en Hebreos en relación al Señor Jesucristo: *“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy y por los siglos”* (He 13:8). Esto confirma lo que antes hemos explicado acerca de la Trinidad; no sólo el Padre es eterno, también el Hijo lo es de la misma manera.

Ahora bien, ¿por qué Juan no se ha referido a él sencillamente como *“el Padre”*? Bueno, podemos pensar en una ilustración que tal vez nos ayude a entenderlo. Imaginemos que el presidente de los Estados Unidos tiene unas hijas muy pequeñas con las que pasea y come hamburguesas. Para ellas él es su padre, alguien muy cercano y familiar. Pero un día ellas crecen y descubren que su padre es el presidente de una de las naciones más poderosas del mundo. Por supuesto, él no deja de ser por eso su padre, pero ellas han descubierto que es mucho más que eso.

Y del mismo modo, cuando nosotros llegamos a la salvación, conocemos a Dios como nuestro Padre. Descubrimos que podemos dirigirnos a él de la misma manera que un niño habla con su “papá”. Pero es necesario crecer en nuestro conocimiento de él para darnos cuenta de que es también el Dios soberano que gobierna y dirige los destinos de este mundo desde la eternidad.

2. El Espíritu Santo

En el libro de Apocalipsis Juan nunca usa el término *“el Espíritu Santo”*, sino la palabra *“Espíritu”* en una variedad de combinaciones. Aquí se refiere a él como *“los siete espíritus que están delante de su trono”*. Y la misma expresión la vuelve a emplear en (Ap 3:1) (Ap 4:5) (Ap 5:6).

Lo más probable es que debamos interpretarlo como una referencia al Espíritu Santo, dado que se encuentra entre dos referencias al Padre y al Hijo.

Algunos han pensado que se puede estar refiriendo a seres angelicales, pero esto no puede ser, ya que en el contexto se nos dice que de él proviene la *“gracia y la paz”* para los hombres, y como ya hemos señalado, ninguno de los ángeles puede ser el origen de estas bendiciones.

Por otro lado, notamos nuevamente la aparición del número *“siete”*, que como ya hemos dicho simboliza el concepto de plenitud.

Ahora bien, ¿por qué el autor inspirado eligió esta fórmula en lugar de referirse sencillamente a él como el Espíritu Santo? ¿O por qué no lo mencionó como el que nos regenera, o santifica, o consuela?

Bueno, todos esos atributos son ciertos, pero aquí lo que pretende subrayar es la misión que el Espíritu Santo tiene en relación con el gobierno y la administración de Dios en este mundo. Juan primero nos ha mostrado al Padre como el eterno e inmutable Dios quien desde su trono gobierna el universo entero y a cada criatura. Y ahora nos presenta al Espíritu Santo como el ejecutor de sus planes. Notemos que nos habla del Espíritu Santo en toda su plenitud: *“los siete espíritus”*. Además nos dice que *“están delante de su trono”*, lo que confirma el hecho de que es presentado como el ejecutor de la voluntad del Padre en este mundo. Su presencia nos garantiza que ninguno de los planes de Dios quedará frustrado por falta de poder. Él llega a todas las partes con el poder y la autoridad de Dios.

3. El Hijo

De las tres personas de la Trinidad la que se describe con más detalle es la del Hijo:

(Ap 1:5-7) *“Y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.”*

Por el momento, en este estudio sólo nos vamos a ocupar de las tres descripciones que se hacen de su Persona. Más adelante veremos otros detalles acerca de lo que él ya ha hecho y de lo que hará en un futuro próximo en relación a su pueblo y también a este mundo. Vemos entonces que él es:

- *“El testigo fiel”*.
- *“El primogénito de los muertos”*.
- *“El soberano de los reyes de la tierra”*.

Cada una de estas frases describe quién es él en relación con la historia de la humanidad, tanto en el pasado como en el futuro.

“El testigo fiel” resume su vida en la tierra

Un testigo es esencialmente una persona que habla de algo que conoce de primera mano, y Jesús fue el testigo de Dios por excelencia, porque tenía un conocimiento exclusivo y de primera mano de él. No hay ninguna duda de que todo aquello de lo que nos informa está adecuadamente acreditado.

Cuando Juan comenzó su evangelio se refirió a él como el Verbo de Dios. Veamos lo que dijo de él:

(Jn 1:1-2) *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios.”*

Y luego añade:

(Jn 1:18) *“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”*

Como vemos, el Señor Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, estaba plenamente capacitado para dar testimonio de su Padre. Había estado con él disfrutando de una relación de amor durante toda la eternidad. Nadie como él para dar testimonio del Padre.

Ahora bien, él no sólo tenía el conocimiento íntimo y perfecto del Padre, sino que lo que ahora se nos dice es que dio un testimonio fiel de él. Jesucristo es el *“testigo fiel”*. Y pensando en esto debemos recordar lo que Pablo escribió acerca de cómo él dio testimonio con fidelidad ante Pilato:

(1 Ti 6:13-16) *“Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.”*

Aquí se nos dice que Jesucristo *“dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato”*. La idea finalmente es la misma; Cristo dando testimonio fielmente.

Pero para comprender esta referencia en toda su dimensión, debemos ir necesariamente a los evangelios al momento cuando el Señor dio testimonio del Padre ante Pilato. Esto lo encontramos al comienzo del capítulo 19 del evangelio de Juan.

Como ya sabemos, Pilato era la máxima autoridad del Imperio Romano en aquella zona, y en el pasaje mencionado asistimos al momento en que estaba juzgando al Señor. Durante su interrogatorio tuvieron una interesante conversación a la que aquí se hace referencia y que nos conviene recordar. Pilato amenazaba a Jesús porque éste no le contestaba: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?”. A lo que Jesús le contestó: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba” (Jn 19:10). La cuestión a debate es quién tenía la última autoridad y el poder.

Y en este asunto Pilato estaba equivocado, porque aunque él creía que tenía toda la autoridad, Jesús le aclaró que la que tenía le había sido dada desde el cielo y que nada podría hacer por su propia cuenta. En cambio, el Señor Jesucristo había venido desde el cielo a este mundo con toda la autoridad divina. Por eso, aunque lo condenara a morir crucificado, él volvería a aparecer. Nada ni nadie le podría retener en el sepulcro. De esto le estaba dando testimonio, y eso mismo es lo que claramente dedujo el apóstol Pablo en el pasaje que acabamos de mencionar, y por eso habló de “*la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.*”

Por el momento, ser un testigo fiel en este mundo le costó la vida, pero como estamos diciendo, la historia no terminó en una tumba, y esto nos lleva a la siguiente descripción que Juan hace de él.

“El primogénito de los muertos” nos habla de su resurrección y ascensión al cielo

El Señor Jesucristo resucitó de los muertos de forma plena y gloriosa. No como Lázaro, que volvió a morir. Jesús salió del sepulcro con un cuerpo glorificado, dando así comienzo a una nueva raza de hombres.

(1 Co 15:45) *“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante.”*

Con su muerte y resurrección Cristo hizo algo completamente nuevo: creó nuevos hombres totalmente diferentes a los anteriores, regenerados por su Espíritu Santo para que sean perfectos, iguales que él. Cristo es el nuevo Adán con el que comienza una nueva humanidad.

Este hecho tiene muchas implicaciones para el ser humano. Vamos a pensar en tres de ellas.

En primer lugar, esta descripción del Señor como “*el primogénito de los muertos*” era especialmente apropiada para aquellos creyentes a los que Juan estaba escribiendo y que en poco tiempo tendrían que afrontar la muerte por causa de su fe, y al igual que ellos, otros muchos que en nuestros días sufren persecución de la misma manera. Para todos ellos, el hecho de que Cristo sea el “*primogénito de los muertos*” es una garantía de que todos sus seguidores que mueran también resucitarán (1 Co 15:20), por lo tanto, no tenían que temer, ni siquiera a la misma muerte.

En segundo lugar, el poder de la resurrección de Cristo ya está presente en todos aquellos que creen en él. La Biblia nos enseña que ya nos ha dado vida juntamente con

Cristo y juntamente con él nos ha resucitado (**Ef 2:5-6**). Es interesante ver este pasaje de Efesios en su totalidad, porque nos enseña que Dios nos ha hecho nuevas criaturas, con un corazón nuevo. Ahora ya no somos *“hijos de desobediencia”*, ni andamos *“conforme al príncipe de la potestad del aire”* (**Ef 2:2**), sino que *“somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”* (**Ef 2:10**).

Esto es mucho más grande que lo que cualquier político de este mundo ha logrado soñar. ¡Y qué importante es! Porque si lo pensamos bien, aunque con frecuencia echamos la culpa a nuestros políticos de todo lo malo que ocurre en este mundo, y en muchas ocasiones seguramente la tengan, lo cierto es que es un verdadero problema gobernar a personas tan ingobernables como somos nosotros. Aunque dicten leyes buenas, nosotros ofrecemos una resistencia incomprensible a cumplirlas. Pero cómo cambiaría la situación si llegara un gobernante que además de traer leyes justas, fuera capaz de cambiar nuestros corazones para que deseáramos y además pudiéramos cumplirlas. Pues eso es precisamente lo que Cristo ya ha comenzado a hacer como consecuencia de su resurrección.

Y en tercer lugar, la resurrección de Cristo de entre los muertos fue una victoria que le llevó a lo más alto. Él ganó con su muerte lo que el tentador le había ofrecido como recompensa del pecado. Resucitó y ascendió para recibir el imperio universal, lo que nos lleva a la siguiente descripción.

“El soberano de los reyes de la tierra” se refiere a su futuro glorioso como el Rey de reyes.

Aquí hay una alusión al (**Sal 89:27**) *“Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra”*.

Es cierto que en el libro de Apocalipsis hay muchas referencias a los reyes de la tierra, pero el Señor Jesucristo es *el Rey de reyes y el Señor de señores* (**Ap 17:14**) (**Ap 19:16**).

Sin embargo, para los cristianos que vivimos en la tierra entre la primera y la segunda venida de Cristo, el hecho de que él sea el soberano de todos los reyes de la tierra ha de ser aceptado por la fe. De hecho, las evidencias de nuestra historia frecuentemente parecen ponerlo en duda. Los mismos judíos del tiempo de Jesús no creyeron que él fuera el Mesías prometido porque no quiso dejarse coronar por ellos y dirigir un levantamiento popular contra el gobierno de Roma; por esa razón, primero lo rechazaron y finalmente lo crucificaron.

¿Cómo puede ser el Mesías de Dios alguien que fue crucificado como un vulgar malhechor? ¿Cómo puede ser el *“soberano de los reyes de la tierra”*?

Es verdad que por el momento él no ocupa ningún trono sobre esta tierra, y que la última vez que muchos lo vieron en este mundo, él estaba clavado en una cruz. Pero hay dos cosas importantes que hay que decir al respecto. La primera, es que la resurrección de Jesús fue la respuesta del Padre a la maldad humana, demostrando de ese modo que él sí que era su Hijo amado, el Mesías de Dios (**Hch 4:10-11**). Y en segundo lugar, las Escrituras del Antiguo Testamento afirmaban que en su primera venida a este mundo, él vendría a morir por los pecadores para salvarlos, no a reinar sobre ellos (**Hch 17:2-3**).

Pero aunque el programa del Mesías divino incluía primeramente morir y resucitar, también anunciaba que más tarde regresaría a este mundo desde el cielo para establecer aquí su reino. Porque no lo olvidemos: él es *“el Soberano de los reyes de la tierra”*. Y nosotros seguimos orando: *“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”* (**Mt 6:10**). ¡A él sea la gloria por toda la eternidad!

La primera y la segunda venida del Señor (Ap 1:5-8)

(Ap 1:5-8) “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.”

Introducción

Estamos en la segunda parte de los saludos que Juan estaba enviando a las siete iglesias de Asia. Hasta ahora hemos visto que les había enviado “*gracia y paz*” de parte de las tres Personas de la Trinidad. A continuación va a mostrarles también algunos de los beneficios que el Señor Jesucristo consiguió en su primera venida para aquellos que creen en él, y después declarará solemnemente que va a volver muy pronto una segunda vez para sentarse en su trono de gloria y gobernar este mundo.

Tres beneficios para los creyentes

(Ap 1:5-6) “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”

Todavía dentro de la salutación encontramos tres cosas que nuestro Señor Jesucristo ha hecho a favor de los creyentes y que sin duda han cambiado nuestras vidas y también nuestra esperanza en cuanto al futuro.

- “Nos amó”.
- “Nos lavo de nuestros pecados con su sangre”.
- “Nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”.

Pensemos ahora sobre lo que quiere decir cada una de estas tres afirmaciones en el contexto en el que nos encontramos.

“Al que nos amó”

Es maravilloso saber que es este mismo Jesús, quien es el soberano de todos los reyes de la tierra, el que nos amó y nos ama de una forma constante e invariable.

En todas las circunstancias los santos son más que vencedores mediante Jesús quien nos ama.

(Ro 8:37-39) “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Sin duda, todo esto animaría a los primeros lectores de Juan que estaban sufriendo por causa de su fe, y también a cada uno de los que en la actualidad padecen persecución por causa de su fidelidad al evangelio. Y no sólo eso, sino que también es importante

saber que vamos a ser guardados en el amor del Señor frente a las grandes pruebas por las que este mundo va a pasar de cara a su Segunda Venida a este mundo.

“Nos lavó de nuestros pecados con su sangre”

El amor de Jesús por nosotros se expresó en su muerte a nuestro favor.

A veces, cuando sufrimos, no sentimos que el Dios soberano nos ame, y entonces se hace necesario volver a mirar a la cruz para tener plena certeza del amor de Jesús por nosotros. Allí vemos que Dios mismo ha compartido nuestro dolor porque nos ama.

Y en cuanto a la expresión, *“nos lavó con su sangre”*, es evidente que no debemos interpretarla literalmente. Algunos lo han hecho para intentar ridiculizar el hecho de que somos limpiados por la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Les resulta incomprensible que la sangre pueda ser usada para limpiar algo. Pero aquí la Palabra está haciendo referencia a los sacrificios del Antiguo Testamento en los que la sangre de una víctima inocente servía para perdonar y limpiar al pecador. El término empleado allí era *“expiar”*, y tenía que ver con *“cubrir los pecados”*. Pero este concepto no se usa en el Nuevo Testamento, puesto que el sacrificio de Cristo, el Cordero de Dios, consigue algo mucho más profundo y definitivo que los sacrificios de aquellos animales que eran sacrificados en el antiguo orden, ya que su sangre *“quita y limpia”* todos nuestros pecados (**Jn 1:29**) (**1 Jn 1:7**).

“Nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”

Literalmente en el texto griego dice: *“Y nos hizo un reino, sacerdotes para Dios, su Padre”*.

Esto quiere decir que los santos, aquellos que han sido lavados por la sangre de Jesucristo, forman un reino cuyo Rey es Cristo. Es importante recordar esto, porque anteriormente éramos parte del reino de Satanás, pero Dios nos ha rescatado:

(Col 1:13) *“El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo.”*

Ahora somos un reino de súbditos con acceso sacerdotal directo ante Dios. Y esto también es importante, porque en el Antiguo Testamento los sacerdotes de la familia de Aarón eran los únicos que tenían acceso directo a Dios, pero ahora notamos que a quienes se les llama sacerdotes es a los cristianos comunes y no a alguna jerarquía privilegiada.

Este había sido el propósito de Dios al elegir a su pueblo Israel: *“Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”* (**Ex 19:6**), pero su proyecto no había podido seguir adelante por causa de la rebeldía del pueblo. Fue entonces cuando Dios formó su Iglesia, de la que el apóstol Pedro dice lo siguiente en su primera epístola universal:

(1 P 2:9-10) *“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.”*

Frente a los terribles juicios que vendrán sobre este mundo cuando el Señor regrese, no hemos de olvidar que los creyentes formamos parte de su reino, y su venida implicará que reinaremos juntamente con él. Nosotros no seremos juzgados juntamente con el mundo.

(Ap 5:9-10) *“Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”*

Ahora bien, en el momento presente no debemos olvidar cuál era la misión con la que Dios concibió el sacerdocio. La función sacerdotal, en esencia, consistía en hacer mediación entre Dios y los hombres. Un sacerdote es aquel que habla a Dios en nombre de los hombres y a los hombres en el nombre de Dios.

Este es un gran privilegio, pero también una gran responsabilidad. Tenemos el deber de dar a conocer cómo es Dios a nuestros semejantes. Como acabamos de leer, debemos *“anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable”*. Es necesario que el mundo sepa cómo es Dios y lo que él ha hecho por la humanidad para que puedan ser salvos de la ira venidera. Y por otro lado, también debemos presentar ante Dios en oración a nuestros amigos, conocidos, familiares y hermanos.

Una reflexión en cuanto a esto. A veces tenemos conceptos muy pequeños de la vida: hacer la comida, poner ladrillos, llevar la contabilidad... la vida puede parecer muy pequeña. Pero en realidad, cualquier creyente es un príncipe que puede actuar como sacerdote de Dios para comunicar a otros las grandes verdades acerca de él. Este es un inmenso privilegio que no merecemos y que da a nuestras vidas una nueva dimensión. Pero también es una gran responsabilidad que debemos cumplir con fidelidad, puesto que un día también tendremos que dar cuenta ante Dios por cómo hemos ejercido nuestro sacerdocio.

Un cántico de alabanza a Dios

(Ap 1:6) *“A él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.”*

La obra de Cristo a favor de los creyentes hizo que Juan prorrumiera en una inspirada alabanza hacia él. Y esta no es la única. En Apocalipsis hay muchas expresiones breves como ésta con las que Juan da expresión al gozo que siente al contemplar la bondad y la grandeza del Señor.

Una vez más es curioso notar que esta alabanza no se dirige a Dios Padre, sino a Jesús, el que murió por nosotros y nos hizo reyes y sacerdotes para su Padre. Por supuesto, esto sería una blasfemia si el Señor Jesucristo no fuera Dios.

Una promesa

(Ap 1:7) *“He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén”*

La expresión *“he aquí”* normalmente indica en la Biblia que algo grande o extraordinario va a suceder. Y lo que aquí se nos anuncia es que la gloria y el poder del Señor, que actualmente están ocultos, un día resplandecerán de tal manera que el mundo entero los podrá ver.

Será un suceso de alcance universal, de tal manera que *“todo ojo lo verá”*. Es importante subrayar esto, porque hay muchos que enseñan que Cristo no vendrá en forma visible. Por ejemplo, Charles Taze Russell, fundador de los “Testigos de Jehová”, afirmaba que Cristo no vendría de forma visible, y que de hecho ya ha venido y está reinando en este

mundo de una forma invisible desde el año 1914. ¡Cuidado! La Biblia habla con suficiente claridad y nos ayuda a identificar a los falsos profetas.

En efecto, este Jesús, de quien Juan está escribiendo, “viene”, y como más adelante veremos, el mismo apóstol expresa su vehemente anhelo para que su regreso sea pronto:

(Ap 22:20) *“El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.”*

Ahora bien, ¿por qué es necesario que él vuelva? Pues porque todavía no ha cumplido lo que los profetas del Antiguo Testamento habían anunciado durante siglos acerca de él; que era necesario que él viniera a juzgar y reinar sobre las naciones. En su primera venida fue rechazado, vituperado, ultrajado y ejecutado como un delincuente común. Pero esa no puede ser la forma en la que termine la historia de la venida del Hijo de Dios a este mundo. Así que él va a regresar para revelar su gloria a este mundo que le ha rechazado.

Nuestro texto dice que “viene con las nubes”, lo que nos presenta una escena de divina majestuosidad cuando el Señor regrese triunfante a la tierra con poder y gran gloria (**Mt 24:30**). ¡Qué día más glorioso será cuando Cristo venga! Los creyentes se gozarán intensamente.

Ahora Juan divide en dos grupos a los que verán al Señor Jesucristo en su venida a la tierra: “los que le traspasaron y todos los linajes de la tierra”.

“Los que le traspasaron”

Parece ser una clara referencia a la perforación del costado de Jesús cuando estaba crucificado (**Jn 19:34**). Es una forma de identificar al Señor Jesucristo, aquel que fue crucificado en humillación, con la majestuosa persona que vendrá con poder y gloria.

Pero esta expresión también nos recuerda la profecía de Zacarías (**Zac 12:10**), donde se describe la manifestación del Señor frente a sus enemigos, quienes quedarán desconcertados ante el inesperado y total cambio de papeles. A lo largo de varios pasajes de Zacarías podemos ver que Dios había dado a su pueblo un buen pastor, a quien ellos en su desobediencia y locura despreciaron. Curiosamente Zacarías profetiza que el precio que darían por él sería de “*treinta piezas de plata*”, que como ya sabemos, fue la misma cantidad de dinero por la que Judas vendió al Señor (**Zac 11:12-13**) (**Mt 27:9-10**). Después de esto el pueblo se buscó otros pastores malvados y egoístas. Pero el profeta anuncia que llegaría un día cuando por la gracia de Dios se arrepentirían con dolor, y ese día se acordarían del buen pastor al que habían traspasado, y lamentarían apesadumbrados su pérdida y lo que le habían hecho. Después de ese arrepentimiento futuro de la nación de Israel, el profeta anuncia que el mismo Señor intervendría para restaurar a Israel y elevarle a un lugar de honor entre las naciones (**Ro 11:25-27**).

“Y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él”

Pero no sólo Israel verá la venida en gloria del Mesías al que habían rechazado, sino que “*todos los linajes de la tierra harán lamentación por él*”. Aunque en su caso, este lamento no será probablemente de arrepentimiento, sino por el desagrado que les producirá el regreso en gloria de aquel a quien habían rechazado y del que pensaban que se habían librado para siempre. En su caso, lógicamente, la lamentación que harán será por la desesperación que les producirá ser juzgados por él.

Después de esto Juan concluye con un “*Sí, amén*”. En su exclamación se combinan las formas griegas y hebreas para hacer un asentimiento vigoroso.

A algunos les parece mal esta entusiasta exclamación de Juan, teniendo en cuenta que en ese momento los enemigos de Cristo sufrirán y harán lamentación. Pero lo cierto es que expresiones similares aparecen por todo el libro de Apocalipsis. Por supuesto, no se trata de muestras de un espíritu vengativo. Pero también es cierto que Juan no se muestra como un espectador neutral. El desea ardientemente que la causa de Dios prospere, y el derrocamiento de los inicuos significa el triunfo futuro del bien y la vindicación de los cristianos que tanto han sufrido.

Y así termina este párrafo que concluye con una afirmación contundente de la realidad de la Segunda Venida de Cristo como un acontecimiento literal, visible, universal, judicial y glorioso.

Una palabra final del Señor

(Ap 1:8) “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.”

Ahora parece que Dios Padre interviene nuevamente para dar testimonio de esta profecía, poniendo su sello de garantía sobre todo lo dicho. Es como si Dios mismo tomara la pluma en este momento para firmar todo lo escrito.

Y notemos lo que dice. Para empezar nos encontramos con uno de esos divinos “Yo soy”: “Yo soy el Alfa y la Omega”. Como sabemos, alfa y omega son la primera y última letra del alfabeto griego. Y con ello es como si Dios estuviera diciendo: “yo tuve la primera palabra en este mundo cuando lo cree y tendré también la última cuando reúna todas las cosas en Cristo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos (**Ef 1:10**)”. Ninguna situación puede tomar a Dios por sorpresa.

El libro de Apocalipsis expresa constantemente el hecho de que Dios es soberano y cumple sus propósitos. Él es el legítimo Rey de este mundo y un día muy pronto va a regresar para sentarse en su trono y gobernar a todas las naciones.

Sobre este hecho hay una historia que nos puede servir para ilustrar lo que estamos queriendo decir: Una de las páginas más conmovedoras de la historia inglesa narra las conquistas y cruzadas de Ricardo I, Corazón de León. Mientras Ricardo estaba fuera del país derrotando a Saladino, su reino pasó por tiempos muy malos. Su astuto y falto de gracia hermano Juan, usurpó todas las prerrogativas del rey y gobernó mal en su reino. El pueblo de Inglaterra sufría mientras oraba pidiendo que el rey regresara pronto para poner orden. Por fin Ricardo I regresó, y alrededor de tan deslumbrante llegada se cuentan muchas historias, algunas de ellas entrelazadas entre las leyendas de Inglaterra (una de ellas es la de Robin Hood). Inmediatamente los castillos de su hermano Juan cayeron como naipes. El Gran Ricardo reclamó su trono, y ninguno se atrevió a interponerse en su camino. El pueblo gritó de alegría. Repicaron una y otra vez las campanas. ¡El Rey había regresado! ¡Larga vida al Rey!

Dios va a volver a intervenir en nuestro mundo con la finalidad de establecer su reino, y cuando él venga, nadie podrá impedirlo. Y para que nadie tenga ninguna duda, termina identificándose como “el Todopoderoso”. El tiene todo el poder, de modo que no hay nadie que le pueda resistir. Tiene el dominio sobre todas las cosas. En su mano todas las cosas están absolutamente seguras.

Las circunstancias de Juan al escribir Apocalipsis (Ap 1:9-10)

(Ap 1:9-10) “Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor...”

Introducción

Inmediatamente después de su introducción, Juan pasa a describir la visión que tuvo de Cristo glorificado. Y esto es muy apropiado en este contexto por diversas razones.

Como ya sabemos, el cristianismo estaba siendo duramente perseguido a finales del primer siglo cuando Juan escribió Apocalipsis. Las iglesias sufrían la persecución del Imperio Romano quien consideraba el cristianismo como una depravada y extravagante superstición que se extendía con fuerza por todo el Imperio. Además, consideraban a los cristianos como rebeldes por su negativa a reconocer al César como su autoridad suprema y por no ofrecerle la adoración obligatoria. Tampoco adoraban a ninguno de los dioses del panteón romano, y de hecho, rechazaban toda forma de idolatría. En bastantes ocasiones esta actitud les granjeó el odio de aquellos que vivían de otras religiones, porque vieron peligrar sus negocios al descender la venta de animales para los sacrificios o de los ídolos que los artesanos hacían para el culto y adoración de sus dioses. Además, los cristianos no participaban en las festividades paganas y condenaban los actos inmorales que en ellos se realizaban. A nivel social, enseñaban que todos los hombres eran iguales ante Dios, lo que en ocasiones hizo temer a los romanos que esa actitud pudiera dar lugar a una rebelión de esclavos en el Imperio. Y si todo esto no fuera suficiente, había que añadir un sinfín de falsos rumores que circulaban en aquellos días sobre sus prácticas, entre las que se incluían acusaciones de canibalismo, incesto y otras perversiones sexuales. Todo esto despertó el odio de muchas personas y especialmente de las autoridades romanas contra la Iglesia de Cristo.

Por otro lado, aunque en un principio el cristianismo fue asociado con el judaísmo y gozó de los mismos privilegios que éste tenía como religión lícita, muy pronto la constante oposición de los judíos contra los predicadores cristianos dio lugar a que las autoridades romanas identificaran el cristianismo como una religión distinta, lo que le llevó a perder las libertades que había heredado del judaísmo. A partir de entonces fueron obligados a dar culto al César, algo a lo que se oponían, y por lo tanto llegaron a ser duramente perseguidos.

Con el emperador Nerón comenzaron las primeras persecuciones oficiales contra el cristianismo en Roma. Los siguientes emperadores extendieron esta persecución por todo el Imperio. Al acabar el primer siglo, muchos cristianos habían sido muertos, y de los apóstoles del Señor ya sólo quedaba con vida Juan, que se encontraba desterrado en la isla de Patmos. En estas circunstancias, los creyentes seguían esperando que el Señor viniera a establecer su reino en este mundo tal como él había prometido, pero hasta ese momento no había tenido lugar.

Así que, lo que la iglesia necesitaba urgentemente era ánimo para superar la situación tan sombría que atravesaba. Y la forma en la que el Espíritu Santo lo iba a hacer no era recordándoles que el Señor Jesucristo iba a regresar pronto, aunque sin duda esto también es un motivo de profundo ánimo para cualquier creyente que sufre en este mundo, pero lo que Juan recibió en ese momento no fue una revelación sobre el futuro,

sino sobre el presente. Por eso, lo que vamos a encontrar en los próximos versículos es una descripción del Señor Jesucristo glorificado tal como él está ahora mismo en el cielo. Pero no sólo eso, sino que lo vamos a ver en medio de su Iglesia, que es simbolizada aquí por medio de siete candeleros (**Ap 1:12-13**). El Señor de la gloria no había abandonado a su Iglesia, sino que seguía cuidándola desde el cielo. Esto tuvo que ser un motivo de esperanza y consuelo para aquellos cristianos que estaban sufriendo la persecución de este mundo.

Y por cierto, hay que decir que este es un patrón que se repite en otras partes de las Escrituras. Por ejemplo, el profeta Isaías también tuvo que desarrollar su ministerio profético en una época muy complicada. Y antes de comenzar, el Señor le concedió una visión de su gloria celestial. Él vio *“al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”* (**Is 6:1-3**). Lo mismo podríamos decir del profeta Ezequiel, quien vivió en los días del cautiverio de Israel en Babilonia, él también tuvo una visión de la gloria divina antes de ser llamado a su ministerio profético; lo podemos encontrar en (**Ez 1:1-28**).

La conclusión evidente es que frente a las dificultades del ministerio cristiano, ante la persecución o cualquier otra prueba por la que tengamos que atravesar, lo que nos animará y mantendrá en pie será tener claro en nuestras mentes y corazones la gloria única e inigualable del Señor.

Por lo tanto, lo que vamos a encontrar en los próximos versículos es lo siguiente:

- El apóstol tuvo su visión en la isla de Patmos, estando en el Espíritu en el día del Señor (**Ap 1:9-10**).
- El tema de su visión fue el Hijo del Hombre, de pie en medio de su iglesia (**Ap 1:10-20**).

¿En qué circunstancias fue dada esta visión?

Otra vez Juan vuelve a tomar la palabra y lo hace identificándose a sí mismo y describiendo las circunstancias en las que se encontraba:

1. *“Yo Juan, vuestro hermano”*

Es muy poco lo que dice de sí mismo, sólo se identifica como *“hermano”*. Ningún título especial que le colocara en un plano superior.

2. *“Copartípe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo”*

Ser un *“hermano”* significa correr la misma suerte.

“En la tribulación”

Aquí dice que es *“copartípe en la tribulación”* que las siete iglesias de Asia a las que se va a dirigir estaban sufriendo.

Esta *“tribulación”* no se refiere a la gran tribulación que precederá a la venida en gloria del Señor, sino que tiene que ver con los sufrimientos y dificultades que todos los creyentes experimentan en alguna medida en la vida cristiana, y que aquellos cristianos en Asia estaban sufriendo de manera especial a manos del Imperio Romano. Recordemos las palabras con las que Pablo exhortaba a los creyentes en Listra, Iconio y Antioquía: *“Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios”* (**Hch**

14:21-22). Y en otra ocasión el mismo apóstol escribió desde la cárcel en la que esperaba su ejecución: *“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”* (2 Ti 3:12).

“En el reino”

Luego viene una referencia al *“reino”*, que seguramente debemos interpretar como la manifestación final del Señor Jesucristo cuando venga a juzgar a sus enemigos y se sienta en el trono a reinar de forma visible en este mundo.

“En la paciencia de Jesucristo”

Y por último, el apóstol es copartícipe con ellos en la *“paciencia de Jesucristo”*. Es interesante ver estas tres cosas en su conjunto: *“tribulación”*, *“reino”* y *“paciencia”*. En el presente el creyente sufre un tiempo de *“tribulación”*, pero espera la manifestación futura del *“reino”*. En esta situación los creyentes deben esperar con *“paciencia”*.

Y notemos que el Señor Jesucristo es presentado aquí como el ejemplo supremo de paciencia: *“la paciencia de Jesucristo”*. Esta expresión nos lleva a pensar en el Salmo 110, que es ampliamente citado en el Nuevo Testamento porque resume muy bien el mensaje del evangelio. El Salmo comienza diciendo: *“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”* (Sal 110:1). Aquí el Padre invita al Hijo a sentarse en el trono junto a él, lo que indica sin lugar a dudas su naturaleza divina. Ahora bien, el hecho de que se le diga que se sienta en el trono implica que antes no estaba sentado. Y la Escritura nos enseña que el Hijo siempre había estado sentado con su Padre en el trono hasta que se hizo hombre y vino a este mundo a salvar a los pecadores (Jn 17:5). Aquí vivió y finalmente murió crucificado, siendo rechazado por los hombres a los que había venido a salvar. Pero tres días después el Padre le resucitó y le glorificó sentándole a su diestra en la majestad en las alturas. Allí ocupó nuevamente su lugar en el trono donde está ahora mismo. A partir de ese momento se establece un período de espera: *“Siéntate hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”*. Esto nos indica que en el plan de Dios siempre había habido un intervalo entre la ascensión del Señor Jesucristo a la gloria y su segunda venida. Ahora el Señor está esperando, y esto requiere de una paciencia infinita. Este mundo cometió contra él la mayor injusticia que se ha conocido en esta humanidad, y todavía no se le ha hecho justicia. Él vendrá un día a juzgar a este mundo, pero por el momento tiene paciencia, *“no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”* (2 P 3:9). Y el Señor nos exhorta aquí a que tengamos el mismo tipo de paciencia mientras sufrimos tribulación en este mundo, porque nosotros también seremos vindicados en su venida.

Como cristianos somos tentados constantemente a intentar escapar del sufrimiento. A nadie le gusta sufrir. Pero hemos de aprender que si queremos ser fieles a Cristo, en alguna medida tendremos que sufrir en esta época en que el mundo lo rechaza. El sufrimiento y el reino son partes inseparables de nuestra herencia en Cristo.

Esto choca con lo que en algunas iglesias se enseña cuando se predica el evangelio. Se asegura que aquellos que acepten a Cristo como Salvador, Dios resolverá todos sus problemas y los bendecirá abundantemente. Pero como estamos viendo, esto no era precisamente lo que los apóstoles enseñaban a los nuevos convertidos, ni tampoco lo que ellos mismos experimentaron en sus propios ministerios (1 Co 4:11-12). Con la fidelidad a Dios viene la persecución. Es una equivocación pensar que la aceptación del evangelio nos va a conducir a una vida fácil.

Pero el libro de Apocalipsis nos va a ayudar a soportar este tiempo de aflicción por medio de las promesas que aquí vamos a encontrar.

3. *“Estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo”*

Como acabamos de ver, Juan era copartícipe con sus hermanos en la tribulación. En su caso, estaba sufriendo una severa persecución por la causa de Cristo, habiendo sido desterrado a la isla de Patmos junto con otros delincuentes.

Patmos es una pequeña isla del archipiélago del Dodecaneso en el mar Egeo. Tiene forma de media luna y una extensión de doce por seis kilómetros aproximadamente. Debido a su situación geográfica y a su topografía, el gobierno romano utilizaba la isla como un sitio ideal para desterrar a los criminales. Según el historiador romano Tácito, el destierro a tales islas era una forma común de castigo en el primer siglo.

Quizá el apóstol fue tratado con algo más de consideración que otros presos debido a su edad, pero en cualquier caso, el destierro conllevaba la pérdida del honor, en muchos casos la pérdida de los bienes, distintos castigos físicos y trabajos forzados. Aunque es probable que Juan no experimentara muchas de estas cosas, sin embargo, aun la forma más leve de destierro sería muy dura para un hombre de su edad.

Por lo tanto, cuando Juan animaba a sus hermanos de las iglesias de Asia que estaban sufriendo para que se mantuviesen firmes, no lo hacía desde una posición cómoda y segura, sino que estaba implicado en la misma lucha y corría la misma suerte que ellos.

Muchos creyentes en diversas partes del mundo sufren en el día de hoy la misma vergüenza y persecución que soportaron esos creyentes de la antigüedad por su fidelidad a Cristo. Sin embargo, de momento, la mayoría de quienes vivimos en Occidente somos más probados por el materialismo que por la persecución. Aunque esto no quiere decir que nosotros no vayamos a pasar también por diversas pruebas; tal vez la pérdida de un trabajo, o las calumnias por nuestras convicciones cristianas. Y lo que aún es mucho más doloroso; las críticas dentro de la propia iglesia si nos esforzamos “demasiado” en cumplir la voluntad de Dios. Es triste ver cómo en ocasiones la falta de una persecución externa nos lleva a divisiones y conflictos internos, mientras que aquellos que sufren la oposición del mundo experimentan por lo general una unidad que los lleva a superar las otras barreras.

4. *“Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor”*

La primera cosa que debemos preguntarnos es a qué día se refiere Juan cuando dice que estaba en el Espíritu *“en el día del Señor”*. Las sugerencias de los comentaristas son varias.

Algunos piensan que Juan fue transportado en el espíritu al tiempo de la Segunda Venida del Señor. Esta interpretación se basa en el hecho de que *“el día del Señor”* es una expresión que en el Antiguo Testamento siempre se refiere al día en que el Señor vendrá a juzgar a este mundo, y como ya sabemos, en el libro de Apocalipsis vamos a encontrar muchas referencias a ese día que habían anunciado los profetas de la antigüedad. Sin embargo, aunque esto es completamente cierto, lo que Juan va a ver en el resto del capítulo y en los dos siguientes, es una visión del Señor Jesucristo en su estado actual de gloria en medio de las iglesias.

Por eso, hay otros que creen que Juan estaban en el día domingo adorando al Señor en el espíritu (**Jn 4:24**) cuando tuvo una visión del Señor Jesucristo en su gloria.

Seguramente esta segunda interpretación es más adecuada y nos gustaría pensar un poco más en ella. Sabemos que fue un domingo, el primer día de la semana, cuando el Señor Jesucristo resucitó de los muertos (**Mr 16:9**), y por esa razón los creyentes comenzaron a reunirse en ese día para recordar su muerte y resurrección (**Hch 20:7**).

Esto es especialmente significativo si recordamos que aquellos primeros creyentes eran judíos para los que el día sagrado siempre había sido el sábado. De esta manera estaban dando testimonio sobre el hecho histórico de la resurrección del Señor Jesucristo, y no sólo eso, sino que cada vez que comían del pan y bebían de la copa, estaban anunciando la muerte del Señor hasta que él vuelva (**1 Co 11:26**). Por lo tanto, cuando los cristianos nos reunimos el domingo a participar de la Cena del Señor, lo hacemos para expresar nuestra lealtad hacia el Señor y manifestar nuestro deseo de que venga pronto. Por esta razón, es muy triste ver a creyentes que no dan mucha importancia a estas reuniones y no se congregan con sus hermanos para adorar a Dios.

Fue en ese contexto, cuando Juan estaba buscando la presencia de Dios, y mientras gozaba de la comunión íntima con él en adoración, que tuvo esta visión del Señor que va a describir a continuación. Por lo tanto, de alguna manera, este pasaje nos está diciendo que estaremos más preparados para escuchar a Dios cuando estemos dedicados a adorarlo.

De hecho, la adoración es una de las actividades principales que vamos a ver a lo largo de todo el libro de Apocalipsis. Por eso decimos que la iglesia en la tierra no está nunca más cerca del cielo que cuando le ofrece a Dios la adoración de la que sólo él es digno; es entonces cuando *“en el espíritu”* experimentamos un anticipo del cielo.

Ahora bien, quizá sea importante señalar algunos detalles sobre lo que es la adoración. En nuestros días muchos identifican la adoración con la música, con un buen equipo de sonido y una elegante coreografía. Piensan que todas estas cosas son la adoración, o por lo menos, ayudan a adorar mejor al Señor. Pero es evidente que el apóstol Juan no tenía ninguna de ellas cuando adoraba al Señor en el espíritu y tuvo la visión de la gloria del Señor Jesucristo que a continuación nos va a describir. Y lo mismo podríamos decir de nuestros hermanos en la iglesia perseguida por todo el mundo. La conclusión lógica es que todas estas cosas son accesorias en la verdadera adoración, y en muchos casos, pudieran constituir más una distracción que una ayuda.

El estudio del libro de Apocalipsis nos ayudará a enriquecer nuestra adoración, porque nos mostrará muchos ejemplos de personas y seres que adoran a Dios. Veremos que su adoración es realmente rica porque conocen bien a Dios. Y esta es probablemente el área donde todos nosotros tenemos que mejorar. Con frecuencia decimos que Dios es maravilloso, pero ¿sabemos por qué lo es? ¿Cuáles de sus atributos divinos nos producen admiración y por qué? El libro de Apocalipsis nos llevará a considerar la belleza y riqueza de la adoración celestial. A través de los ojos de estos adoradores podremos ver algo de las maravillas de Dios tal como ellos lo conocen. Veamos un adelanto de algunos ejemplos:

(Ap 4:8-11) *“Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.”*

(Ap 5:11-14) *“Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está*

en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.”

(Ap 7:10-12) *“Y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.”*

Es realmente hermoso escuchar a personas que saben adorar bien a Dios. Es como cuando vamos a un museo de arte y nos colocamos delante de un cuadro pero no conseguimos entender su belleza. Sin embargo, si nos acompaña un guía que nos explica los detalles acerca de su composición, finalidad, técnicas utilizadas, las circunstancias en que se realizó, algunos datos sobre la vida de su autor... finalmente es fácil que quedemos admirados y hasta nos sintamos un poco ridículos por no haber conseguido ver antes tanta belleza.

Así también nosotros, cuando escuchamos a estos seres celestiales adorar a Dios, poco a poco vamos descubriendo que Dios es realmente mucho más maravilloso de lo que nosotros habíamos imaginado en un principio.

Ahora bien, no olvidemos que Juan llegó a disfrutar de estas visiones de la adoración celestial cuando él estaba adorando al Señor aquí en la tierra en medio de grandes dificultades y pruebas. Y así ocurrirá también con nosotros si seguimos su ejemplo. Lo uno conduce a lo otro.

El Señor Jesucristo en gloria en medio de las iglesias (Ap 1:10-16)

Introducción

El apóstol Juan acaba de describirnos cuáles eran sus circunstancias personales cuando recibió la visión que ahora va a describir. Como ya vimos, tanto él como las iglesias de Asia a las que estaba escribiendo pasaban por distintas tribulaciones que podrían hacerles tambalear de su fe, por eso era necesario que tuvieran una visión renovada de la gloria del Señor Jesucristo y supieran que él seguía cuidando de ellos.

Cristo está hablando

(Ap 1:10-12) *“...Y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo...”*

Mientras Juan estaba en el espíritu en el día del Señor oyó una fuerte voz como de trompeta detrás de él. Es interesante que empezamos por notar que esa voz era “como de trompeta”.

En el Antiguo Testamento las trompetas servían para convocar al pueblo para algún acontecimiento especial (**Nm 10:1-10**), y en el Nuevo Testamento encontramos que el Señor dijo que cuando él volviera a este mundo sus ángeles le precederían con gran voz de trompeta y juntarían a sus escogidos desde un extremo del cielo hasta el otro (**Mt 24:31**). Por otro lado, en el libro de Apocalipsis las trompetas se relacionan frecuentemente con el anuncio de los juicios finales del Señor sobre este mundo.

Llegamos a la conclusión, por lo tanto, de que la gran voz de trompeta que Juan escuchó tuvo que ser una voz fuerte y clara que le estaba avisando de algo muy importante que estaba a punto de ser revelado.

Todo esto se vio confirmado inmediatamente cuando la voz se identificó: “Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último”. Sin duda no podía tratarse de nadie más que del Dios Todopoderoso que ya se había presentado al enviar sus saludos a las siete iglesias (**Ap 1:8**). Toda la escena se reviste de una intensa solemnidad.

Y a continuación viene el mandato: “Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea”. Esta es la primera de las doce veces en que a lo largo del libro de Apocalipsis Juan recibe la orden de escribir lo que estaba viendo (**Ap 1:19**) (**Ap 2:1,8,12,18**) (**Ap 3:1,7,14**) (**Ap 14:13**) (**Ap 19:9**) (**Ap 21:5**). Y es un detalle importante, porque vemos que el Señor Jesucristo está mandando a uno de sus apóstoles que escribiera lo que que vio de él.

Juan no podía conformarse con ver la gloria del Señor y aprender de él lo que va a acontecer en este mundo. Estaba recibiendo una visión y tenía el deber de compartirla con todos sus hermanos en las iglesias. Y, por supuesto, también todos nosotros que leemos la Biblia y hemos conocido estas mismas cosas, debemos comunicarlas a todos aquellos que no las conocen y que se encuentran en grave riesgo ante la venida del inevitable juicio de Dios.

Pero la escena no termina ahí. Sin duda la voz divina llamó la atención de Juan, y de forma instintiva se volvió para ver quién era el que hablaba con él de esa forma. Quería saber cómo era la persona que le estaba hablando.

En este punto, tanto Juan, como también nosotros, estamos expectantes por ver al Señor de la gloria.

Cristo en medio de las iglesias

(Ap 1:12-13) “Y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre...”

Lo primero que Juan vio fue “siete candeleros de oro”. Y como ya sabemos, en el tabernáculo del Antiguo Testamento, que era una representación de la morada celestial de Dios (**He 8:5**), había un candelero de oro de siete brazos (**Ex 25:31-40**). Ahora Juan no va a ver la morada terrenal de Dios, sino que le es permitido mirar en el mismo cielo, en el verdadero templo de Dios.

Podríamos especular mucho sobre lo que simbolizan estos candelabros, pero el Señor mismo nos da su interpretación al identificarlos como “*las siete iglesias*” (**Ap 1:20**). Podemos decir que del mismo modo en que los creyentes ya estamos sentados en los lugares celestiales con Cristo (**Ef 2:6**), también las iglesias locales están en su presencia.

Por otro lado, es interesante detenernos a pensar en algunos detalles sobre estos candeleros. En primer lugar nos dice que son “*de oro*”, el metal más precioso, y con ello nos da a entender que desde la perspectiva de Dios las iglesias son lo más bello y valioso que hay en esta tierra. Y en cuanto a su uso, es importante notar que los candeleros servían para colocar en ellos la luz. Y del mismo modo las iglesias son el soporte donde en la parte más alta se coloca a Cristo, la auténtica Luz del mundo, para que alumbré a todos los hombres.

Pero lo más significativo de la visión de Juan es que en medio de los siete candeleros está “*uno semejante al Hijo del Hombre*”. Aunque luego explicaremos algo más acerca de lo que significa la expresión “*Hijo de Hombre*”, en este momento podemos adelantar que se trata de una referencia al Señor Jesucristo. Él mismo utilizó esta expresión en muchas ocasiones en los evangelios para referirse a sí mismo.

Lo que debemos notar es que el Señor Jesucristo está ahora mismo en medio de su iglesia tal como él prometió antes de ascender al cielo (**Mt 28:20**). Y sólo Cristo está allí en medio de las siete iglesias. No aparece ningún santo ni la virgen. Todo esto nos recuerda que la Iglesia no necesita de otros intermediarios, sólo de Cristo.

Y él está en medio de su Iglesia guardándola, pastoreándola, corrigiéndola, llamándola al arrepentimiento y ayudándola para que siga adelante con fidelidad. La idea que nos sugiere aquí es como si estuviera cuidando los candeleros para que su luz no se apague.

Por supuesto, Cristo no sólo estaba presente entre las siete iglesias de Asia a las que Juan va a escribir más tarde, sino en medio de todas sus iglesias. No importa su tamaño, la calidad del edificio donde se congreguen o el lugar, Cristo están en medio de su pueblo allí donde dos o tres se reúnen en su nombre (**Mt 18:20**). Es verdad que las iglesias no son perfectas, y que en muchos casos necesitan corrección, pero Cristo sigue en medio de ellas. Recordemos por ejemplo a los cristianos en Corinto, “*santificados en Cristo Jesús*” (**1 Co 1:2**), pero tan carnales, inmaduros e inmorales (**1 Co 3:2-3**) (**1 Co 5:1-2**). Sin embargo, Cristo estaba en medio de ellos. No obstante, es posible que un día una iglesia se pueda apartar tanto del Señor que deje de ser considerada como tal por parte

del Señor. Este fue un serio aviso que recibió la iglesia en Éfeso: *“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido” (Ap 2:5).*

Pero como decimos, a pesar de los defectos, Cristo sigue en medio de su Iglesia conduciéndola a la perfección. Tal vez nosotros, cuando vemos los defectos de las iglesias locales, tenemos la tendencia a reaccionar con cierto desprecio, sin embargo, el Señor sigue amándolas y andando entre ellas. Nosotros debemos tener también este mismo aprecio por ellas, y no dejarnos de reunir por eso.

Una visión de Cristo en la gloria

(Ap 1:13-16) “Vi a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza.”

Después de haber introducido el trasfondo de su visión, Juan pasa a describir la visión en sí. Lo que vamos a estudiar a continuación es la única descripción física de Cristo que encontramos en toda la Biblia. Sin embargo, hay que observar dos cosas; la primera es que se trata de una descripción de su actual estado en gloria, y la segunda, que el autor usa diferentes símbolos para describir el carácter y los atributos de Cristo, no su aspecto físico.

Tal vez en este momento estemos impacientes esperando el anuncio de los juicios que van a venir sobre este mundo, pero antes de que todo eso ocurra, es imprescindible que conozcamos bien a la persona que los va a ejecutar. Veamos algunos detalles sobre él.

I. Su identidad: *“el Hijo del Hombre”*

Juan comienza diciendo que vio a *“uno semejante al Hijo del Hombre”*. Podría haber dicho que vio al Señor Jesucristo en gloria, pero no lo hace. En su lugar utiliza esta fórmula un poco más complicada, pero que inmediatamente nos recuerda a la visión que tuvo el profeta Daniel y que describió en su libro (**Dn 7**). Es importante ver la relación que este capítulo de Daniel tiene con el pasaje que ahora estamos estudiando.

En este capítulo, Daniel tuvo una visión acerca del futuro. Él vio el poderío de cuatro grandes imperios gentiles que habrían de venir. Cada uno de esos imperios es representado por una bestia monstruosa y terrible. De la cuarta de estas bestias surgió un *“cuerno pequeño”* que *“hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley” (Dn 7:25)*. Se trata del anticristo que aparecerá al final de los tiempos. Pero Daniel también vio cómo ese malvado personaje era destruido por *“uno como hijo de hombre”* que sería el heredero legítimo de todos los reinos de este mundo por toda la eternidad.

Todo esto nos lleva a preguntarnos quién es este *“Hijo de Hombre”* que hará tan grandes cosas. Afortunadamente la Biblia nos da la respuesta, puesto que el mismo Señor Jesucristo usó con mucha frecuencia ese título para referirse a su propia persona. Lo hizo en distintos contextos, y aquí resumimos algunos de ellos que pueden ser útiles para nuestro estudio.

- La primera ocasión que vamos a considerar tuvo lugar cuando Jesús y sus discípulos se acercaban a Cesarea de Filipo, y allí en el camino preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”. Por supuesto, se estaba refiriendo a su propia persona. Las respuestas fueron variadas, pero aunque todos tenían un elevado concepto de él, ninguno de ellos logró ver quién era él realmente. Sin embargo, cuando a continuación repitió la misma pregunta a los discípulos, Pedro contestó inspirado por una revelación divina diciendo: “*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (**Mt 16:13-17**). El Señor le confirmó que estaba en lo cierto y le bendijo. De aquí sacamos varias conclusiones. La primera es que la expresión “*Hijo de Hombre*” era un título mesiánico: “*Tú eres el Cristo*”. La segunda es que describía a una persona divina, “*el Hijo del Dios viviente*”.
- Otra vez en la que el Señor usó este título la encontramos en (**Jn 5:27**) y dice: “*el Padre le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre*”. Como decíamos, este título se origina a partir de la visión de Daniel que vemos en (**Dn 7:13**), y en el contexto de esa cita nos encontramos ante los juicios de Dios sobre los reinos de este mundo y también del anticristo (**Dn 7:9-11**). Ese juicio es ejecutado por el “*Hijo del Hombre*”, a quien el “*Anciano de días*” le ha dado el “*dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido*” (**Dn 7:14**). Por lo tanto, deducimos de esta asociación que el título “*Hijo del Hombre*” se refiere al Juez supremo de este mundo a quien le corresponde juzgar y reinar eternamente y sobre todos.
- Cuando Jesús fue arrestado y estaba siendo juzgado por el Sanedrín judío, el sumo sacerdote que le interrogaba le preguntó directamente: “*Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios*”, a lo que Jesús contestó: “*Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo*”. El sumo sacerdote y el resto del tribunal se escandalizaron por estas palabras y dijeron que era una blasfemia terrible que debía ser castigada con la muerte (**Mt 26:63-66**). Para ellos, Jesús era un simple hombre que se estaba haciendo Dios. ¿Cómo se atrevía a apropiarse de la profecía de Daniel para sí mismo? Pero el Señor ya sabía lo que se proponían y que ese juicio era simplemente un trámite para intentar cubrir de legalidad el asesinato que de antemano ya habían acordado. Pero era precisamente ese rechazo de los líderes judíos lo que daría cumplimiento a la profecía de Daniel. Porque después de su muerte, resucitaría y ascendería al cielo donde sería glorificado a la diestra de la Majestad en las alturas. Con esto se corresponde la visión que tuvo Daniel cuando vemos que en las nubes del cielo se acercaba uno que era llevado hasta el Anciano de días y al que se le daban todos los reinos (**Dn 7:13**). Por supuesto, la visión de uno que venía en las nubes del cielo, no se refiere aquí a la segunda venida de Cristo, sino a su ascensión (**Hch 1:9-11**).
- Y la última referencia que queremos notar en este resumen la encontramos en el sermón profético del Señor. Allí anunció su segunda venida en gloria: “*y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria*” (**Mt 24:30**). Es interesante ver cómo este pasaje se relaciona con la visión de Daniel. El Señor dijo que su segunda venida tendría lugar “*inmediatamente después de la tribulación de aquellos días*” (**Mt 24:29**), y Daniel hace notar que el “*Hijo del Hombre*” recibiría el reino después de que el anticristo, que había perseguido a los santos, fuera derrotado. Y esto es lo que hará el Señor en su venida.

Por lo tanto, el título *“Hijo de Hombre”* describe al Señor Jesucristo como Mesías, Juez supremo, Dios y Rey soberano. Según hemos visto en Apocalipsis, él está ahora entre las iglesias que sufren la persecución de los reinos de este mundo, pero va a venir un día a establecer su reino de forma visible y definitiva en este mundo, trayendo la justicia y vindicando a su pueblo.

Ahora bien, hasta aquí sólo hemos hablado del título *“Hijo de Hombre”* en cuanto a su dignidad divina, pero no podemos terminar ahí. Porque lo más obvio en cuanto a esta expresión es que describe a un *“Hombre”*. No a un hombre cualquiera, sino al Dios que se hizo Hombre por medio de la Encarnación. Hemos querido subrayar primero su naturaleza divina, porque eso es lo que ha sido desde la eternidad, pero con el fin de salvarnos, llegó a asumir la misma naturaleza de los hombres que él mismo había creado (**Jn 1:1,14**).

Pero lo más maravilloso de todo esto es que el Señor no dejó de ser hombre cuando regresó al cielo. Juan nos confirma que en la visión que tuvo de él vio que seguía siendo el *“Hijo del Hombre”*. Y con esa misma naturaleza volverá a este mundo para establecer su reino de gloria: *“Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”* (**Hch 1:11**).

2. Su vestimenta

Por el vestido de una persona se puede deducir la posición que ocupa y a qué se dedica. En el caso del Señor, el pasaje nos dice que estaba *“vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro”*.

Esto nos recuerda al sumo sacerdote en el Antiguo Testamento, que llevaba un vestido hasta los pies y también estaba ceñido con un cinto (**Ex 28:4**) (**Lv 16:4**). Si asociamos la vestimenta del Señor Jesucristo con la del sumo sacerdote, y recordamos que cuando Juan lo vio estaba en medio de los candeleros que simbolizan a las iglesias, tendríamos que decir que él está actuando como sumo sacerdote a favor de su pueblo intercediendo constantemente por él.

3. Una descripción del Señor Jesucristo en la gloria

Después de identificar al Señor y hablarnos de su vestimenta, ahora pasa a describirnos su aspecto físico. Para hacerlo emplea diferentes comparaciones y símbolos que finalmente nos permitirán una comprensión más profunda de su persona en la actualidad.

Es interesante notar que en cada una de las cartas a las siete iglesias que aparecen en los dos próximos capítulos, con la sola excepción de la carta a Laodicea, empieza con una descripción del Señor Jesucristo tomada de esta porción (**Ap 2:1**) (**Ap 2:8**) (**Ap 2:12**) (**Ap 2:18**) (**Ap 3:1**) (**Ap 3:7**).

Veamos los detalles:

“Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve”

Esta descripción de su cabeza y cabellos nos recuerda a la que Daniel vio del Anciano de días en (**Dn 7:9**) *“el pelo de su cabeza como lana limpia”*.

La descripción sugiere la sabiduría, dignidad y pureza del Señor Jesucristo. Y el parecido con el Anciano de días confirma que comparte estos atributos con él.

“Sus ojos como llama de fuego”

Una de las ideas que trasmite esta frase es que no hay nada que se pueda esconder de la mirada penetrante del Señor. Se trata de su omnisciencia que todo lo examina de forma minuciosa y exacta. Como dijo el autor de Hebreos:

(He 4:13) *“Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.”*

Los ojos del Señor Jesucristo no sólo ven, sino que *“saltan”* como llama de fuego para destruir toda maldad. A muchos les resulta incompatible pensar que el mismo Señor Jesucristo, del que salían lágrimas de sus ojos al ver el sepulcro de su amigo Lázaro (**Jn 11:35**), sea capaz de expresar ira y enojo con su mirada. Pero no nos engañemos, sus ojos no estaban rojos de llorar, sino como un anuncio del juicio que él va a ejecutar sobre todo aquello que se opone a su santa voluntad.

“Y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno”

Si sus ojos eran como llama de fuego, ahora pasa a describir sus pies como de *“bronce bruñido, refulgente como en un horno”*. La idea es que el bronce estaba resplandeciente como si aún retuviera todo el calor del horno, como si estuvieran al rojo vivo.

Este imagen continúa en la línea de la anterior, mostrando al Señor dispuesto para juzgar. Recordemos que estos pies pisarán el gran lagar de la ira de Dios (**Ap 14:19-20**), y que un día todos sus enemigos serán puestos por estrado de sus pies (**1 Co 15:25**).

Resulta paradójico que aquellos pies que recorrieron las aldeas de Judá y Galilea llevando misericordia y consuelo a todos los necesitados, aquellos mismos pies que María ungió con un caro perfume y que enjugó con sus cabellos, aquellos mismos pies que fueron clavados a una cruz en el Calvario, sean ahora los pies que traen el juicio y la ira de Dios.

“Y su voz como estruendo de muchas aguas”

Seguramente esta frase quiere decir que su voz era muy potente, como el sonido de una gran catarata. Imaginemonos el sonido de miles de litros de agua cayendo por una cascada. Su ruido se puede oír a varios kilómetros de distancia. Y así es la voz de Cristo.

Podemos imaginarnos la potencia de su voz. Esto nos sugiere la autoridad de todo lo que dice, que sobresale por encima de todas las demás voces.

Y en esto también notamos una gran diferencia con el ministerio terrenal de nuestro Señor Jesucristo. Mientras estuvo en la tierra, él no levantaba su voz (**Is 42:1-2**), e incluso callaba (**Is 53:7**) (**Jn 19:9-10**). Pero ahora todo ha cambiado, porque esa voz irresistible, clara y autoritaria va a silenciar las ruidosas e insistentes voces de los poderes inicuos y de las autoridades malignas de la tierra.

“Tenía en su diestra siete estrellas”

La mano derecha es el lugar de honor, y el Señor tiene en ella *“siete estrellas”*. Por supuesto, no se trata de estrellas literales, sino que como explica más adelante, son un símbolo de *“los ángeles de las siete iglesias”* (**Ap 1:20**). Ahora no podemos detenernos a considerar quiénes eran estos *“ángeles de las iglesias”* a los que más adelante se les va a enviar las cartas que encontramos en los capítulos 2 y 3. Solamente podemos deducir que tenían alguna función importante dentro de las iglesias, puesto que el mensaje de las cartas se dirige en primer lugar a ellos (**Ap 2:1**).

En cualquier caso, la frase que tenemos delante nos permite entender que es el Señor el que tiene en su diestra estas siete estrellas, lo que nos sugiere cuidado, protección, autoridad, posesión, seguridad, control y preservación. Como dijo el Señor Jesucristo acerca de sus ovejas:

(Jn 10:27-28) *“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.”*

“De su boca salía una espada aguda de dos filos”

Por supuesto, tampoco podemos interpretar esta expresión de una forma literal. Aquí se combinan dos elementos; la boca y la espada. Esperaríamos que en su boca hubiera una lengua que sirviera para hablar, pero no una espada que sale y se mueve para todos los lados.

Quizá lo más probable es que debamos interpretar esta imagen combinando el pronunciamiento de su boca de un veredicto en el juicio contra sus enemigos, junto con su capacidad para ejecutarlo con su espada afilada de dos filos.

Por otro lado, esta espada de dos filos puede referirse también a su propia Palabra que sale de su boca, tal como nos recuerda el autor de Hebreos:

(He 4:12) *“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”*

“Y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza”

Como todos sabemos, resulta imposible mirar al sol cuando está en su máximo resplandor. Así es el rostro de Cristo en su gloria actual. Algo parecido a lo que algunos apóstoles pudieron ver en el monte de la transfiguración **(Mt 17:2)**.

Seguramente debamos asociarlo con la descripción que Malaquías hace de Cristo como el *“Sol de justicia”* **(Mal 4:2)**. Un sol abrasador del que los hombres tratarán de esconderse cuando venga a juzgarlos y al que nadie se atreverá a mirar a la cara por su gloria y santidad.

¡Qué diferente de cuando estuvo en la tierra! En su humillación el rostro de Cristo fue desfigurado más allá de toda apariencia humana **(Is 52:14)**. Los hombres impíos se atrevieron a escupir sobre él y a abofetearlo **(Mt 26:67)**. Pero eso no volverá a ocurrir.

Conclusión

En resumen, podemos decir que hay un marcado contraste entre el Cristo que aparece en los evangelios y el que aparece en el Apocalipsis. El Cristo de los evangelios se manifiesta en ternura y amor, es el varón de dolores que es humillado e insultado, su gloria está velada y muere por el pecado del hombre. Pero en el Apocalipsis, por el contrario, aparece en poder y juicio, se revela como el sol cuando brilla con toda su fuerza y aparece como el guerrero divino, el vencedor deslumbrante, el Rey de reyes y Señor de señores.

Ahora bien, nos preguntamos si esta descripción de Cristo que acabamos de considerar debe ser relacionada con su Iglesia o con las personas del mundo que le rechazan.

- Lo primero que deducimos de la combinación de todos los pensamientos anteriores es que Cristo está calificado para juzgar tanto a la Iglesia como al mundo.
- En segundo lugar, el hecho de que esta visión que tuvo Juan se produjo en un momento cuando el Señor estaba en medio de las iglesias, nos sugiere que él tiene interés en purificar a su iglesia. El apóstol Pedro confirmó esto: *“es tiempo que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?”* **(1 P 4:17)**.

- Pero como acabamos de ver en esta última cita, el juicio también se extenderá a *“los que no obedecen al evangelio de Dios”*. El juicio sobre las iglesias será para su purificación y también para la distribución de recompensas, pero el juicio sobre el mundo será con vistas a su castigo.

La reacción de Juan a la visión de la gloria de Jesús (Ap 1:17-20)

(Ap 1:17-20) *“Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas. El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.”*

“Cuando le vi, caí como muerto a sus pies”

Juan responde a la visión que acababa de tener del Señor Jesucristo glorificado cayendo a sus pies *“como muerto”*. Y Juan no era el primero al que le ocurría esto; todos los que en algún momento han podido ver directamente algo de la gloria y majestad del Señor han tenido la misma reacción: Ezequiel (**Ez 1:28**) (**Ez 3:23**) (**Ez 43:3**) (**Ez 44:4**).

El hecho de que Juan quedara completamente abrumado, como muerto, a sus pies, se debió a que ante la santidad deslumbrante del Señor, cualquier hombre sentiría su indignidad. Recordemos las palabras de Isaías cuando vio *“al Señor sentado sobre un trono alto y sublime”*:

(Is 6:5) *“Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.”*

Job también tuvo una reacción similar después de que Dios habló con él:

(Job 42:5-6) *“De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza.”*

Y tal fue la impresión que Juan tuvo en ese momento que debió de pensar que moriría de inmediato. Y lo mismo nos pasaría a nosotros si el Señor se nos presentase en toda su gloria.

Es importante que tengamos presente esta perspectiva del Señor Jesucristo en su gloria actual y que no olvidemos que él está en medio de las iglesias. Y tenemos que estar preparados, porque un día cada uno de nosotros tendremos que comparecer ante esta persona cuyo rostro es como el sol cuando resplandece con toda su fuerza.

Al considerar todo esto, nos damos cuenta que Juan había llegado a conocer al Señor de una forma totalmente nueva. Mientras él estaba en esta tierra, su presencia no le aterraba, todo lo contrario, recordamos que en la última cena Juan se recostó con toda confianza sobre su pecho (**Jn 13:25**). Pero ahora, ante este mismo Jesús, él cae como muerto a sus pies.

Esto nos lleva a pensar que si bien es importante conocer al Señor como hombre y valorarlo como tal, también es necesario no perder de vista su gloria después de su exaltación y entronización.

El apóstol Pablo llega a decir que *“de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así”* (**2 Co 5:16**). Lo que quiere decir es que su estimación acerca de *“Jesús de Nazaret”* había cambiado totalmente a partir del momento en que lo vio exaltado en gloria, y ese conocimiento es el que verdaderamente cuenta.

Y por lo tanto, nuestra adoración debe estar dominada por este mismo pensamiento, y debemos ofrecerla a Dios con *“temor y reverencia”*, porque como explica el autor a los Hebreos, *“nuestro Dios es fuego consumidor”* (He 12:28-29). Es importante recordar esto en nuestros días cuando hay muchos que parecen creer que en la adoración todo vale. Esto es una terrible equivocación.

Palabras de consuelo del Señor para Juan

En ese momento el Señor puso su diestra sobre Juan y le animó con varias verdades consoladoras sobre las que se fundamenta nuestra fe y esperanza. A continuación vamos a considerar cada una de esas frases, pero antes sería interesante ver el paralelismo que existe entre este pasaje y aquel otro cuando el Señor se transfiguró delante de algunos de sus apóstoles, de los cuales Juan era uno de ellos. Leemos en el evangelio:

(Mt 17:6-7) “Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis.”

Evidentemente el Señor quiere que sus hijos no tengan temor ante la presencia de su gloria. Pero, ¿cómo puede ser esto posible si somos hombres pecadores y sucios? ¿Cómo podemos estar de pie ante el Señor de la gloria que ve todas nuestras faltas? Sin duda, esto sólo es posible por medio de su gracia.

Juan sintió el tacto de la mano del Señor tocándole mientras le hablaba. El texto dice que *“puso su diestra sobre él”*. Y seguro que cada uno de nosotros hemos pasado también en algún momento de nuestra vida por situaciones difíciles y hemos sentido el tacto del Señor sosteniéndonos y animándonos. ¡Qué experiencia más maravillosa este contacto directo de Dios con su pueblo!

A continuación vamos a ver que el consuelo que Jesús ofrece se basa en quién es él, en la obra que ha hecho y en la autoridad que posee.

I. “Diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último”

Lo primero que le dice es que no tema. Es lo mismo que le diríamos a un niño asustado: “no tengas miedo”.

Este pasaje guarda mucha relación con el capítulo 44 de Isaías. Para empezar vemos las mismas palabras de consuelo:

(Is 44:2) “Así dice Jehová, Hacedor tuyo, y el que te formó desde el vientre, el cual te ayudará: No temas, siervo mío Jacob, y tú, Jesurún, a quien yo escogí.”

La primera razón por la que el pueblo de Dios en la antigüedad no debía temer era porque Dios era su *“Hacedor”*, el que le había formado, y por lo tanto, siempre le ayudaría. Y ahora también cada creyente es *“hechura suya, creado en Cristo Jesús”* (Ef 2:10).

Pero si esto no fuera suficiente, tanto en el texto de Apocalipsis como en el de Isaías se añade que quien dice estas palabras es *“el primero y el último”*.

(Is 44:6) “Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios.”

Esto es una declaración de la deidad única de Dios, aplicada en Isaías a Jehová y en Apocalipsis al Señor Jesucristo como dos Personas de la Trinidad.

Juan no debía temer, porque tanto el Padre como el Hijo estaban cuidando unidos de su pueblo. El Señor explicó esto durante su ministerio terrenal:

(Jn 10:27-30) *“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos.”*

2. “Y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén”

El Señor continúa dando razones a Juan por las que no debería temer ante su presencia gloriosa. En esta ocasión se presenta como *“el que vivo y estuve muerto”*. Esto nos lleva necesariamente a pensar en su muerte y resurrección. Y debemos entender que cuando Cristo salió del sepulcro había triunfado sobre la muerte y estaba en condiciones de garantizar la vida eterna a todos los que creyeran en él. Y no sólo eso, también consiguió quitar nuestra culpabilidad y borrar nuestros pecados, de tal manera que ahora podemos estar en la presencia del glorioso Señor del cielo sin temor. Pablo expresó el consuelo que sentía por este hecho en:

(Ro 8:34) *“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.”*

Antes estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, alejados de Dios, y del mismo modo que Adán y Eva se escondieron de la presencia de Dios después que hubieron pecado porque tuvieron miedo (**Gn 3:10**), así también nosotros huíamos de Dios avergonzados y atemorizados. Pero Dios vino a buscarnos y salvarnos por medio de la muerte de su propio Hijo. Ahora podemos estar nuevamente en su presencia con seguridad y paz.

3. “Y tengo las llaves de la muerte y del Hades”

A raíz de su muerte y resurrección Cristo ahora tiene *“las llaves de la muerte y del Hades”*. Estas llaves simbolizan autoridad, dominio, victoria sobre el reino de la muerte. Pero ¿qué va a hacer con estas llaves? ¿Nos va a encerrar? No, son para sacarnos del poder de la muerte. Jesucristo venció a Satanás en la cruz y le quitó las llaves de la muerte:

(He 2:14-15) *“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.”*

Sobre esta base pudo anunciar a sus discípulos que iba a fundar su iglesia, y las puertas del Hades no podrían prevalecer contra ella:

(Mt 16:18-19) *“Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.”*

Jesucristo ha abolido la muerte y sacado a luz la inmortalidad por el Evangelio:

(2 Ti 1:10) *“Pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.”*

Los emperadores romanos podían emplear su fuerza para matar a los cristianos, pero Cristo tiene la llave para sacarlos de la muerte. Y la *“segunda muerte”*, la condenación eterna, no les podrá dañar (**Ap 2:11**).

Una misión para Juan

La visión de Cristo glorificado junto con sus palabras de consuelo, produjeron en Juan una saludable tensión entre confianza y reverencia. Ahora estaba listo para llevar a cabo la misión que el Señor le iba a encomendar:

(Ap 1:19) *“Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas.”*

En ese momento Juan se había convertido en un testigo autorizado que podía dar testimonio de lo que había visto personalmente (**1 Jn 1:1-2**). Pero no sólo eso, también podía escribir a sus hermanos para transmitirles consuelo y ánimo porque él mismo lo había experimentado antes en su propia vida. El conocía bien el secreto para estar de pie, seguro y feliz, delante del Señor glorificado.

Es verdad que muchas de las cosas que tendrá que escribir a las iglesias en los siguientes capítulos son duras amonestaciones, pero antes de eso quiere reforzar la fe del pueblo de Dios en su gracia. Siempre debemos recordar esto al exhortar a la iglesia.

En cuanto a las cosas sobre las que tiene que escribir son: *“Las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas”*.

- *“Las cosas que has visto”* se referirían a la visión de Cristo glorificado.
- *“Las que son”* tendrían que ver con el estado presente de las siete iglesias que veremos en los dos próximos capítulos.
- *“Las que han de ser después de estas”* abarcaría el resto del libro donde se explican los acontecimientos futuros que conducirán finalmente al establecimiento definitivo del reino de Dios en este mundo.

Una aclaración sobre la visión que había tenido

Ahora el Señor le explica una parte de la visión que acababa de ver:

(Ap 1:20) *“El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.”*

I. *“Las siete estrellas”*

En cuanto a los *“siete candeleros”*, está claro que se refiere a las *“siete iglesias”*. Más difícil es interpretar a qué se refiere las *“siete estrellas”* que son *“los ángeles de las siete iglesias”*. ¿Quiénes son estos ángeles? Hay diferentes opiniones:

- Algunos piensan que se refiere a ángeles literales. Creen que cada iglesia local tiene un ángel que la cuida del mismo modo que en el Antiguo Testamento vemos que por ejemplo el arcángel Miguel tenía a su cuidado el pueblo de Israel (**Dn 10:20-21**). El problema con esta interpretación es que no se puede mandar una carta a un ángel, y por otro lado, veremos que casi en todas las cartas hay un llamamiento al arrepentimiento, algo que los ángeles no pueden hacer.
- Otros alegan que el término griego utilizado en este versículo significa simplemente *“mensajero”*, y aunque normalmente se aplica a los ángeles, podría tratarse también de ciertas personas que cada una de las iglesias destinatarias de esas cartas habían enviado a encontrarse con Juan en Patmos y que a su regreso llevarían las cartas hasta sus congregaciones respectivas. Y algunos matizan que estas

personas serían los ancianos de las distintas iglesias. En ese caso, ellos sí que serían responsables de lo que estaba ocurriendo en sus congregaciones y tendrían que arrepentirse por ello.

Ahora bien, aunque es difícil determinar con exactitud quiénes son estos “*ángeles*”, aun así es posible saber algo acerca de ellos. En nuestro texto son representados como “*siete estrellas*”. ¿Para qué sirven las estrellas? El relato de la creación nos dice que Dios las colocó como señales en el firmamento que indicarían las estaciones, días y años (**Gn 1:14**). También sabemos que en el mundo antiguo la gente que viajaba se orientaba mirando las estrellas (**Hch 27:20**).

Esto podría confirmar la segunda interpretación, la de aquellos que piensan que pueden ser los ancianos o pastores de las iglesias. Ellos son los encargados de guiar a las iglesias. Los creyentes fijan en ellos sus miradas para buscar guía y dirección.

Si nuestras deducciones son correctas, tenemos que concluir que es una gran responsabilidad ser pastor en una iglesia. Y la experiencia nos dice que es un trabajo duro y difícil, pero estas palabras sirven también de ánimo para todos ellos, porque deben saber que están en la mano derecha del Señor, sostenidos y cuidados por él. De otro modo, sería imposible llevar a cabo un ministerio así.

2. Los siete candeleros

Ya hemos visto que los siete candeleros simbolizan a las siete iglesias. Y se añade que esos candeleros eran de oro. Muchos creyentes no ven a sus iglesias locales como “*candeleros de oro*”, sino que más bien hablan de ellas como si fueran un montón de chatarra vieja e inservible.

No cabe duda que los creyentes y las iglesias tienen todavía muchos defectos. Esto lo veremos con claridad en las amonestaciones que el Señor envió a la mayoría de las siete iglesias de Asia. Y nosotros hoy en día no somos muy diferentes.

No obstante, Cristo da un gran valor a las iglesias locales. Quizá no tanto por lo que son hoy en día, sino por lo que están llamadas a ser en el futuro. No dejemos que los roces y problemas de la vida en la iglesia nos haga olvidar la gloria que un día cada creyente y toda la iglesia manifestarán cuando lleguen a su presencia. De ese modo podremos tratarlos con respeto.

Quizá Juan, como apóstol de Jesucristo, se sentía decepcionado también por el rumbo que habían tomado algunas iglesias de Asia, pero el Señor le muestra que son como candeleros de oro de mucho valor para él.

El mensaje a Éfeso (Ap 2:1-7)

(Ap 2:1-7) *“Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto: Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no los son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido. Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaitas, las cuales yo también aborrezco. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.”*

Introducción al estudio de las siete cartas

Los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis forman una unidad bien diferenciada dentro del libro. Están compuestos por siete cartas dirigidas a siete iglesias de la provincia romana de Asia. Esta serie de siete es la primera que vamos a encontrar en este libro, que será seguida por otras: los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas de la ira de Dios.

En cuanto a su contenido, tiene que ver con *“las cosas que son”* que ya vimos en **(Ap 1:19)**, y que sirve de esquema general del libro de Apocalipsis. Es verdad que algunas personas tienen mucha prisa por llegar a la sección de Apocalipsis donde se tratan las cosas *“que han de ser”* y casi ignoran estas cartas, pero es imprescindible ver cómo el Señor corrige a su Iglesia, le anima y le enseña para que viva de un modo que sea influyente en su tiempo y pueda estar así preparada para las cosas que van a acontecer en el futuro.

Entendemos que cada una de estas cartas está dirigida a una iglesia real que existía en aquel momento. Ahora bien, ¿por qué el Señor eligió sólo a estas siete iglesias para enviarles una carta? Es verdad que en aquel momento había más iglesias en esa zona, pero seguramente estas fueron elegidas por ser representativas de todas las iglesias en todos los tiempos. Observamos que forman una colección muy interesante porque cada una es diferente, sus circunstancias son distintas y también lo son sus virtudes y defectos. Veamos algunos contrastes entre ellas:

- A la iglesia en Éfeso Dios le felicita porque odiaban las cosas que él odiaba, pero sin embargo, les reprocha que habían dejado su primera amor. Eran por lo tanto una iglesia que odiaba lo malo pero no amaba lo bueno. En cambio, en la iglesia en Tiatira ocurría todo lo contrario; en ella había amor, pero no expresaban ningún tipo de odio frente al pecado. Y por último, encontramos la iglesia en Laodicea, en la que no había ni amor ni odio, no eran ni fríos ni calientes.
- En Esmirna el diablo iba a echar a algunos en la cárcel y serían encerrados por diez días. En cambio, en Filadelfia Dios se presenta ante ellos como el que tiene la llave y abre y ninguno cierra.
- Los creyentes de la iglesia de Pérgamo retenían el nombre de Cristo y no habían negado su fe, llegando alguno de ellos a dar su vida por su testimonio fiel. En

cambio, en Sardis encontramos que los creyentes ya estaban muertos aunque tenían nombre de que vivían.

Esto nos lleva a preguntarnos cómo debemos interpretar estas cartas. Algunos han sugerido que cada una de estas iglesias representan distintos periodos históricos, sin embargo, desde el nacimiento de la Iglesia en Pentecostés, los rasgos descritos en cada una de estas iglesias han existido en todas las épocas. Por lo tanto, creemos que es más correcto entender que estas siete iglesias son representativas de todas las iglesias en todos los tiempos. Fijémonos bien, siempre ha habido iglesias que:

- Como Éfeso han dejado su primer amor.
- Como Esmirna han sufrido persecución y han tenido temor al sufrimiento.
- Como Pérgamo han sido tolerantes y se han apartado de la pureza doctrinal.
- Como Tiatira han contemporizado con el mundo y se han vuelto inmorales.
- Como Sardis están moribundas.
- Como Filadelfia sólo tienen un poco de fuerza.
- Como Laodicea son autocomplacientes.

Las amonestaciones del Señor a cada una de estas iglesias nos sirven de advertencia también a nosotros en este tiempo. Su propósito en esta sección preliminar es hacernos notar que el juicio de Dios va a comenzar siempre por su propia casa (**1 P 4:17**). Él quiere que su iglesia sea purificada del pecado para que pueda soportar las pruebas venideras y también para que no sea condenada junto con el mundo (**1 Co 11:32**).

Al estudiar cada una de las cartas veremos que hay un esquema general que puede resumirse en estos puntos:

- Un saludo: *“Al ángel de la iglesia que está en ...”*
- Un título del Cristo glorificado tomado del capítulo 1.
- Una sección encabezada con las palabras *“Yo conozco”* con la que se inicia la alabanza de aquello que la iglesia tiene de bueno (salvo en el caso de Laodicea).
- Una crítica de la iglesia (salvo en los casos de Esmirna y Filadelfia).
- Una advertencia.
- Una exhortación que comienza con las palabras *“El que tiene oído, oiga...”*.
- Una promesa que comienza con la expresión *“Al que venciere yo le daré...”*.

La ciudad de Éfeso

Aunque Pérgamo era oficialmente la capital de la provincia de Asia, Éfeso era su mayor ciudad. En ella se encontraba la sede de los tribunales y del gobierno proconsular (**Hch 19:38**).

En el tiempo en que Juan escribía, era un gran puerto de mar, situado cerca de la desembocadura del río Caístro. Este hecho la convertía en la puerta de Asia.

Desde la perspectiva religiosa se destacaba el culto que se rendía a Artemisa (*“Diana de los efesios”*) (**Hch 19:35**). Su templo fue el templo griego más grande jamás construido, llegando a ser considerado como una de las siete maravillas del mundo. Pero entre los efesios tenían también mucho arraigo las artes mágicas (**Hch 19:19**).

En Éfeso se celebraban los juegos atléticos más famosos de Asia, que atraían a personas de toda la provincia.

En cuanto a la iglesia en Éfeso debemos decir que tuvo grandes privilegios espirituales. Fue establecida por el apóstol Pablo, que pasó en aquella ciudad más de dos años (**Hch 19:8-10**). Por ella pasaron grandes predicadores y maestros de la época: Timoteo residió allí por algún tiempo (**1 Ti 1:3**); también estuvieron Aquila, Priscila y Apolos (**Hch 18:24-26**); y una antigua tradición asegura que el apóstol Juan vivió allí en su ancianidad. El apóstol Pablo les escribió una carta y ahora en el libro de Apocalipsis vemos que el Señor mismo les envió otra por medio del apóstol Juan.

Pero esta metrópoli, una vez poderosa, es hoy un montón de ruinas que sólo sirven para la distracción de los turistas.

El destinatario de la carta

El saludo está dirigido “*al ángel de la iglesia en Éfeso*” (**Ap 2:1**), aunque en realidad, no hay duda de que la carta está destinada a toda la iglesia en general.

El remitente de la carta

El mensaje proviene del Cristo glorificado a quien se describe como “*el que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro*”.

Jesucristo se nos presenta aquí “*andando*” entre las iglesias. En (**Ap 1:13**) no se menciona que estuviera caminando entre los candeleros, pero aquí se añade este detalle para darnos a entender que él está recorriendo las iglesias examinando con ojos de fuego su condición espiritual. Y mientras se mueve en medio de las iglesias, Cristo sostiene con firmeza a los pastores en su mano.

Como ya hemos mencionado, él juzga a sus iglesias antes de proceder a juzgar al mundo. Y al fin y al cabo, lo que nos debe importar es su veredicto. De nada sirve que una iglesia sea alabada o despreciada por los hombres. Lo que realmente importa es lo que Cristo piensa de cada iglesia.

Cristo alaba a su iglesia

En estas cartas, siempre que es posible, se alaba a aquellas iglesias que más tarde van a ser reprendidas por algún defecto.

Lo primero que nos dice es que el Cristo exaltado conoce lo que sucede entre su pueblo: “*Yo conozco...*” (**Ap 2:2-3**). ¿Cuáles eran estas cosas que el Señor conocía de la iglesia en Éfeso y por las que le alaba?

- “*Tus obras y tu arduo trabajo*”. Ellos habían tenido que hacer un gran trabajo, llegando a estar exhaustos, para enfrentar a algunos falsos apóstoles. Esto les había llevado a agotar todas sus reservas de energía. Luchar contra ellos les había exigido tal concentración mental que había acabado con sus fuerzas.
- “*Tu paciencia*”. No se trata de la resignación que acepta lo que venga y agacha la cabeza sin oponer resistencia, sino más bien, lo que aquí se describe, es una actitud valerosa que acepta el sufrimiento y las pérdidas sin hundirse ni abandonar.
- “*Que no puedes soportar a los malos*”. Expresa el celo de los efesios en su cuidado de la disciplina dentro de la iglesia.

- “Y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos”. No eran crédulos, sino que por el contrario probaban a aquellos que pretendían ser apóstoles. Esto implica que conocían bien la sana doctrina y esto les permitía diferenciar el error.
- “Y has sufrido y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor a mi nombre y no has desmayado”. En toda esta lucha los cristianos efesios se habían mostrado trabajadores incansables, a quienes las dificultades no les habían hecho desmayar de su celo por el Señor.
- “No puedes soportar a los malos”. Una vez que los impostores eran puestos al descubierto, mostraban su absoluto rechazo hacia ellos.

Algunas consideraciones acerca de esto:

Como ya hemos visto, la iglesia de Éfeso aborrecía ciertas cosas: “No puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos”, “aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco”. Esto nos lleva a preguntarnos si los cristianos debemos sentir odio hacia ciertas cosas. Y aquí vemos que esta es una de las virtudes que el Señor alaba de esta iglesia. Lo importante es que aquellas cosas que aborrecemos sean las mismas que el Señor aborrece. Y un detalle importante es que los efesios aborrecían las “obras de los nicolaítas”, y aunque no sabemos exactamente en qué consistían, si que notamos que el objeto de ese odio no eran las personas sino sus obras.

Observamos también que los creyentes en Éfeso habían cuidado de poner en práctica la exhortación que Pablo les había hecho en Mileto (**Hch 20:17-38**). El apóstol se refirió a dos dificultades que los pastores tendrían: de fuera entrarían lobos rapaces, hombres impíos, emisarios de Satanás que no perdonarían el rebaño de Dios (**Hch 20:29**); y de dentro se levantarían hombres que hablarían cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos (**Hch 20:30**). Ante estos peligros, Pablo les rogó que guardaran el rebaño que el Señor había ganado al precio de su propia vida (**Hch 20:28**). Y en esta carta de Apocalipsis vemos que los ancianos de Éfeso había seguido fielmente las instrucciones de Pablo. Ellos se habían entregado totalmente a librar a la iglesia de esas falsas doctrinas y prácticas.

Aunque no conocemos la naturaleza específica del error de los nicolaítas, aquí aprendemos que hemos de guardarnos de los falsos maestros. Para ello será necesario que pongamos a prueba a aquellos que pretendiendo ser siervos de Dios llegan a la iglesia y desconocemos su doctrina. Pero esto, a decir verdad, es realmente difícil e impopular en nuestros días. El clima de relativismo que se respira a nuestro alrededor ha entrado en la iglesia, y nos ha influido de tal manera que ya prácticamente no hay nada que se considere una herejía o un error doctrinal. Es extraño escuchar que una iglesia tache de falso maestro a un enseñador. Resulta curioso que aunque es posible encontrar varias alternativas totalmente opuestas sobre cada doctrina bíblica, sin embargo, prácticamente nunca se habla de falsos maestros. Y esto es aún más extraño si tenemos en cuenta que el Señor y sus apóstoles nos advirtieron de que vendrían y estarían entre nosotros. El problema no es que no los haya, sino que se asume la postura cómoda del relativismo, en que lo moderno es que cada uno piense lo que quiera y que todos nos respetemos. Otros afirman, sin demostrarlo nunca con las Escrituras, que hay doctrinas fundamentales y otras que son importantes pero no fundamentales o esenciales. A partir de ahí, es fácil aceptar cualquier doctrina extraña simplemente catalogándola de no fundamental. No hay duda de que el cristianismo moderno tiene un serio problema en este punto, algo que por otro lado, la iglesia en Éfeso había resuelto con éxito.

Cristo reprende a su iglesia

Sin embargo, todo lo que los cristianos de Éfeso estaban haciendo bien no excusa lo que hacían mal, y el Señor les iba a hacer un serio reproche por ello. El problema era que ellos se habían concentrado tanto en odiar lo malo, que se habían olvidado de amar lo que el Señor ama.

Lo que les dice exactamente es que ellos habían “dejado su primer amor” (Ap 2:4). ¿A qué se refiere por el “primer amor”?

- Tal vez se refiere al primer entusiasmo que tenían cuando descubrieron el amor de Dios y se convirtieron.
- Quizá con el paso del tiempo la primera generación de creyentes habían muerto y los nuevos convertidos ya no tenían el mismo celo por las cosas de Dios. Podríamos pensar que muchos eran hijos de creyentes que se habían “criado” en la iglesia y habían llegado a asumir el evangelio sin tener una experiencia de conversión auténtica.
- Puede referirse también a que ya no se amaban entre ellos como lo hacían antes.
- O que no amaban a las almas perdidas ni se preocupaban por predicarles el evangelio.

Sin duda, todas estas posibilidades podrían ser ciertas e indicarían que algo grave estaba ocurriendo entre ellos. Pero pensando en la causa principal del problema debemos recordar lo que Jesús respondió cuando le preguntaron cuál era el mayor mandamiento de la ley de Dios. Él dijo: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento*” (Mt 22:37-38). Probablemente, a lo que se refiere el texto de Apocalipsis cuando dice que habían dejado su primer amor, era a que habían dejado de amar a Dios por encima de todas las demás cosas. Fijémonos que no dice que habían dejado de amar, sino que habían dejado su “primer amor”. Su amor por el Señor había quedado relegado a otra posición, ya no era lo más importante en sus vidas.

¿Cuál pudo ser la causa por la que llegaron a esta situación?

- Como hemos visto, ellos habían luchado mucho para mantener la sana doctrina frente a los falsos apóstoles. Y uno de los peligros de esta lucha es que los creyentes pueden acabar centrando sus energías en amar más la doctrina que la persona de Cristo.
- La oposición constante a los falsos apóstoles y maestros, algo totalmente legítimo, pudo haberles llevado a tener un espíritu constante de censura y de crítica hacia todas las demás personas. Al tener que disciplinar a los herejes, es fácil desarrollar un espíritu duro y crítico que destruye el amor.
- Habían trabajado arduamente por mantener la santidad dentro de la iglesia, pero esto puede derivar en ocasiones en un legalismo externo que sin duda mata el “primer amor”.
- El mucho trabajo y tensión que genera estar constantemente pendiente de personas impías que se introducen en la iglesia con la intención de hacer daño, puede quitarnos el tiempo y el deleite para estar a solas con el Señor.

Veamos algunos de los síntomas que nos permiten identificar si hemos perdido el primer amor:

- La vitalidad espiritual que es fruto de una comunión viva con el Señor es reemplazada por una rutina ortodoxa. La espontaneidad y frescura espiritual es sustituida por las frases aprendidas. Hay una pérdida de gozo en el servicio al Señor. La vida de iglesia se convierte en algo monótono, mecánico, aburrido, carente de interés. Las predicaciones de la Palabra ya no nos dicen nada.
- Se coloca todo el énfasis en la sana doctrina y se olvida el amor al Señor y a los hermanos, lo cual no sirve de nada (**1 Co 13:2-3**). El amor por los hermanos es sustituido por un espíritu crítico que nos lleva a censurar todo lo que hacen. Nos cuesta trabajo amarles, perdonarles o mostrarles misericordia. Nos relacionamos únicamente con aquellos que nos caen bien y nos dan la razón en lo que pensamos.
- Hay un enfriamiento en la vida espiritual que se manifiesta en la falta de oración y comunión auténtica con el Señor. Esto nos lleva a centrarnos en nosotros mismos y en lo que a nosotros nos complace. Hay un olvido de los demás y sus necesidades. Se abandona la evangelización. Se pierde la sensibilidad y somos incapaces de soportar la más mínima crítica. Finalmente, en muchos casos, todo esto da lugar a divisiones dentro de las iglesias.

Es fácil entender esto. Por ejemplo, si miramos a una pareja de enamorados, nos damos cuenta de que sólo tienen ojos el uno para el otro, sienten admiración mutua y sólo desean estar juntos. En cambio, podemos encontrarnos con un matrimonio que después de los años siguen juntos por inercia, pero cada uno de ellos tiene sus propias aficiones y amigos, y ya no disfrutan de estar juntos. Han perdido su primer amor.

Un llamamiento al arrepentimiento

(Ap 2:5) “Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido.”

En primer lugar les hace un llamamiento al arrepentimiento, y a continuación les advierte de las consecuencias que tendría para la iglesia si no obedecían.

Para llegar a un correcto arrepentimiento debían seguir tres pasos:

- *“Recuerda de dónde has caído”*. Debían recordar su primer estado. El primer paso para llegar al arrepentimiento es darnos cuenta de que hemos perdido algo, y para ello es útil recordar dónde estábamos. Quizá se habían ido deslizando poco a poco sin advertir lo que les estaba sucediendo, por eso les ayudaría volver a pensar en su primera situación. Todavía estaba en sus memorias el íntimo compañerismo que habían disfrutado en el pasado con Dios y con los hermanos. Tendrían que hacer como el hijo pródigo, quien después de haberlo malgastado todo, recordó cómo vivía en el hogar de su padre y tomó la decisión de volver a él (**Lc 15:17-18**).
- *“Arrepíentete”*. Debían arrepentirse. Esto implicaría una terminante ruptura con el mal que les llevara a hacer las primeras obras. De nada sirve reconocer un problema si no se hace algo concreto para resolverlo, y el arrepentimiento es el primer paso en la dirección correcta.
- *“Haz las primeras obras”*. Debían cambiar. El arrepentimiento que no nos conduce a un cambio de vida no es auténtico.

La iglesia debía saber que podía arrepentirse y volver a su estado inicial, pero si no lo hacía genuinamente, Dios le dice: *“Vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar.”*

La seriedad de estas palabras nos hacen ver la peligrosa situación en la que se encontraban. No podían continuar por más tiempo por la misma senda, de otro modo, sería un desastre espiritual que les llevaría a perder su condición de iglesia del Señor.

Notemos que el Señor les dice, *“vendré pronto a ti”*, y aquí no se refiere a su Segunda Venida, sino a una venida para traer un juicio local sobre esa iglesia. El juicio consistiría en *“quitar el candelero de su lugar”*. Al fin y al cabo, en el estado espiritual en que se encontraban, ya habían perdido su capacidad para extender la luz de la verdad del evangelio. Habían perdido su influencia sobre la comunidad que tenían a su alrededor y Dios iba a juzgar esa situación quitándoles ese privilegio.

Seguramente ellos seguían ocupados en sus actividades religiosas mostrando una total ortodoxia, pero sin amor por el Señor y por las demás personas. Se reunirían domingo tras domingo para cantar sus himnos y escuchar los sermones, pero sin poder causar un impacto espiritual en las personas. La luz se habría apagado definitivamente, y aunque el cartel en la puerta del edificio siguiera identificándola como una iglesia cristiana, el Señor dice que habrían dejado de serlo.

¡Cuántos locales de iglesias que en otro tiempo fueron fieles al Señor, hoy han sido convertidos en salas de baile, de juego, en museos, o sencillamente están cerrados! Es triste ver que esto está ocurriendo en muchas partes de Europa.

Un llamamiento a escuchar la voz del Señor

(Ap 2:7) “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”

Todavía había solución, pero era imprescindible que escucharan urgentemente la voz de Dios. Esta misma frase se repite en cada una de las otras cartas y nos muestra la continua actividad del Espíritu Santo llamando la atención a las iglesias.

Ahora bien, debían escuchar de verdad, de una forma diferente a como lo estaban haciendo desde hacía tiempo.

Una promesa para el que venciere

(Ap 2:7) “Al que venciere, le daré de comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios”

Esto nos recuerda nuevamente que la vida cristiana es una vida de lucha continua. Ahora bien, ¿quiénes son los que logran vencer y a quién o qué es lo que hay que vencer?

Entendemos que se trata de vencer al pecado, y en el caso concreto de los efesios, ellos debían arrepentirse de su estado de esterilidad espiritual para recuperar su primer amor.

Pero ¿quién puede vencer el pecado? En este versículo encontramos una referencia a los primeros capítulos de Génesis. Allí, en el huerto del Edén (llamado en griego *“paraíso”*), estaba el árbol del conocimiento del bien y del mal, del cual Dios les había mandado que no comiesen. Pero nuestros primeros padres desobedecieron y por ello fueron expulsados del Edén. Después de esto, y para que no pudieran comer de otro árbol que también había allí, el árbol de la vida, Dios puso querubines y una espada encendida que impedía su acceso a él. A partir de ese momento empezaron a morir. Podrían haber comido del árbol de la vida, pero Dios no quería mantener una aberración así eternamente sobre la tierra, así que se lo impidió y los hombres comenzaron a morir.

Ahora, en cambio, vemos que al que venciere Dios le dará de comer del “árbol de la vida”. ¿Qué es lo que ha cambiado para que ahora Dios sí que esté dispuesto a que el hombre viva eternamente sobre la tierra? Bueno, Dios no permite que todos los hombres coman de ese árbol, sino sólo los que han vencido. Y estos vencedores no son aquellos que se han esforzado lo suficiente y han logrado vencer por sí mismos al pecado, sino que se refiere a aquellos que han creído en Cristo porque se han dado cuenta de que por ellos mismos son incapaces de cumplir totalmente con la ley de Dios. El apóstol Juan confirma esto: “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Jn 5:5). Los creyentes nacidos de Dios pueden comer de ese árbol y vivir por toda la eternidad. Y por supuesto, ese árbol de la vida sólo puede ser Cristo mismo, quien no sólo nos da una nueva vida, sino también una vida eterna.

Los recursos para la renovación

Al llegar a este punto, es interesante que volvamos a ver la forma en la que Cristo se presentó a los efesios al comienzo de su carta, porque allí se recoge un aspecto concreto de su ser que está pensado para ayudarles en sus dificultades. Volvemos a leer:

(Ap 2:1) “El que tiene las siete estrellas en su diestra”

En nuestro estudio anterior dijimos que estas siete estrellas probablemente se referían a los ancianos o pastores de cada iglesia. Y es interesante volver a notar que no son las estrellas quienes apoyan a Cristo, sino Cristo quien sostiene a las iglesias y a sus pastores.

Hay muchas personas que tienen prisa por llegar a ser pastores, pero esa es una labor muy complicada. Una persona de mucha experiencia en la vida cristiana decía que el ser pastor le quita a la persona diez años de su vida en muy poco tiempo.

Podemos pensar por ejemplo en los ancianos en Éfeso; ellos tuvieron la enorme responsabilidad de mantener la pureza doctrinal en la iglesia. ¡Cuántas noches pasarían sin poder dormir pensando en la dificultad de tener que cuidar de las almas de hombres y mujeres de las que un día tendrían que rendir cuentas ante Dios (**He 13:17**)! Realmente es una tarea muy difícil que puede sobrecargar por completo a una persona. Y por eso es imprescindible no olvidar que todo depende de Cristo y no de los pastores. Es Cristo quien sostiene las estrellas en su mano y no al revés. Cuando se pierde esto de vista y se empieza a pensar que es sobre algún hombre que descansa esta enorme responsabilidad, es fácil quedar hundido y abrumado frente a tal carga. Por eso es imprescindible que cada pastor aprenda a descansar en la mano omnipotente de Cristo.

Y en segundo lugar leemos:

(Ap 2:1) “El que anda en medio de los siete candeleros de oro”

Es probable que el apóstol Juan estuviera preocupado por las noticias que le podrían estar llegando sobre la marcha de algunas iglesias que él había tenido que dejar al ser encarcelado, y que ahora no podía ir a pastorear personalmente. Es fácil sentirse frustrado en una situación así, y quizá por eso Cristo tuvo que confortarle explicándole que él seguía andando en medio de los candeleros.

Los siervos de Dios van y vienen, hoy están y mañana ya no, pero las iglesias no dejan de existir por eso, puesto que en último término no dependen de ningún hombre, sino de Cristo, que nunca deja de andar en medio de los candeleros.

Aunque nuestras responsabilidades sean muy grandes, aprendamos a descansar en la mano de Cristo y dejar la responsabilidad final sobre él.

El mensaje a Esmirna (Ap 2:8-11)

(Ap 2:8-11) “Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto: Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás. No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.”

Introducción

La iglesia de Esmirna nos ha sido dejada como un ejemplo de fidelidad al Señor en medio de la persecución y el sufrimiento, y de hecho, a diferencia de las demás cartas que el Señor envió a las otras iglesias de Asia, sólo en el caso de Esmirna y Filadelfia no encontramos palabras de condenación para ellas.

En el mensaje que recibió se ponen de relieve algunos contrastes: presenta al Señor como aquel que es el primero y el último, el que estuvo muerto pero volvió a vivir; de los creyentes se dice que son pobres pero en realidad son ricos; de sus perseguidores se dice que son judíos pero en realidad no lo son, sino que son sinagoga de Satanás. A lo largo de nuestro estudio tendremos que meditar en cada uno de estos aspectos.

La ciudad de Esmirna

Esmirna disputaba a Éfeso su posición como primera ciudad de Asia. Su importancia se debía en gran medida a la posición de su excelente puerto, que la convertía en un privilegiado centro comercial en la ruta directa que mantenía India y Persia con Roma. La gran variedad de monedas encontradas por los arqueólogos en la ciudad nos hace pensar que fue una ciudad rica y próspera.

Otro detalle en el que Éfeso y Esmirna se parecían era en que ambas ciudades eran importantes centros del culto imperial en Asia. En el año 26 d.C., durante el reinado de Tiberio César, se había erigido en Esmirna un templo en honor de este emperador, y una vez al año, todos los ciudadanos, a excepción de los judíos, tenían la obligación de reconocer públicamente que César era el Señor, algo a lo que los verdaderos cristianos se negaban, puesto que ellos sólo confesaban que “*Jesús es el Señor*”.

Como acabamos de decir, los judíos estaban exentos de la obligación de adorar al emperador, puesto que Roma toleraba que fueran monoteístas. Durante un tiempo el cristianismo fue considerado por las autoridades romanas como una parte del judaísmo, y por lo tanto, también fueron excluidos de la adoración imperial. Pero las autoridades judías de Jerusalén y los dirigentes de muchas sinagogas hicieron todo lo posible para que Roma hiciese una distinción entre el judaísmo y el cristianismo, de tal manera que finalmente lo consiguieron y los cristianos fueron obligados a rendir adoración al César, algo a lo que se negaban y por lo que tuvieron que sufrir una terrible persecución. Quizá algo de todo esto está en el fondo de la situación por la que estaba atravesando la iglesia en Esmirna cuando el Señor le escribió.

En cuanto a la fundación de la iglesia en aquella ciudad, no sabemos nada, aunque lo más probable es suponer que tuvo lugar cuando Pablo estuvo predicando en Éfeso. En **(Hch 19:10)** se nos dice que el apóstol prolongó su estancia en Éfeso *“por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos oyeron la palabra del Señor”*. Fue seguramente durante ese periodo cuando se fundaron varias de las iglesias de esta provincia como fruto de la labor de Pablo o de sus colaboradores.

Más tarde Esmirna fue conocida en el cristianismo primitivo por la figura de Policarpo, un discípulo del apóstol Juan. Él fue obispo en la iglesia en Esmirna y fue entregado por algunos judíos a las autoridades romanas en el año 155 d.C. La historia nos cuenta que fue fiel hasta la muerte, de tal manera que cuando fue llevado al circo para ser ejecutado, vino el procónsul romano y le dio a elegir entre maldecir el nombre de Cristo y ofrecer sacrificio a César, a lo que él contestó: *“Ochenta y seis años hace que le sirvo y Él no me ha hecho nunca ningún mal; al contrario, me ha colmado de bienes, ¿cómo puedo odiar a aquel a quien siempre he servido, a mi Maestro, mi Salvador, de quien espero mi felicidad, el que castiga a los malos y es el vengador de los justos?”*.

Cristo alaba a la iglesia

(Ap 2:9) *“Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico, y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás.”*

Como ya hemos dicho, en esta carta no se dice que esta iglesia tuviera alguna cosa de la que arrepentirse, sino que de hecho se le alaba por varias cosas.

El versículo comienza haciéndonos notar que Jesús conoce bien, no sólo a los suyos, sino también la maldad de sus enemigos. Veamos cuáles son estas cosas que el Señor conocía de ellos:

I. Habían sufrido tribulación de parte de los judíos

La iglesia en Esmirna había sufrido la tribulación, que parece que en su caso había venido de parte de los judíos. Fijémonos en la descripción que se hace de ellos: *“se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás”*. Esto no sería de extrañar, puesto que ya a lo largo de todo el libro de los Hechos de los Apóstoles vemos cómo desde el principio de la extensión del evangelio, fueron los propios judíos y no los paganos, quienes con sus Biblias en la mano, intentaron impedir el avance de la predicación del evangelio de Jesucristo. Notemos una vez más que Satanás no tuvo problemas en emplear al pueblo y a la religión que debería haber aceptado a Cristo para intentar acabar con él.

Vemos también el fuerte lenguaje que el Señor emplea en cuanto a los judíos, de los que dice que realmente no son judíos, sino *“sinagoga de Satanás”*. Esta insólita expresión nos da a entender que su culto de adoración no congregaba al pueblo de Dios, y que a quien realmente servían era a Satanás.

Ahora bien, para los cristianos del mundo occidental nos resulta fácil pasar por encima de este tipo de textos considerándolos irrelevantes para los asuntos que afrontamos en el día a día. Pero la situación puede cambiar, y de hecho cambiará, por lo que sería importante plantearnos algunas preguntas hipotéticas del tipo *“¿qué sucedería si...?”*. El martirio de nuestros hermanos y hermanas en el pasado, así como el de muchos otros que lo sufren actualmente en diversos lugares del mundo, ha de retornos a calcular el coste: ¿Cuán valioso es Jesús para nosotros?

En este sentido, el sufrimiento tiene su peculiar manera de recordarnos cuáles son las cosas realmente importantes, forzándonos a depender radicalmente de Dios y purificando así nuestra obediencia a la voluntad de Dios.

En todo caso, para estar adecuadamente preparados para enfrentar el sufrimiento, es imprescindible que previamente conozcamos el corazón de Dios, para que cualquiera que sea nuestro dolor, podamos entenderlo en vista de su amor por nosotros al verle compartiéndolo en la cruz.

2. Era una iglesia pobre pero rica

Seguramente los creyentes en Esmirna eran personas de condición humilde, que al profesar la fe cristiana fueron despedidos de sus trabajos. ¿Quiénes eran ellos frente al sector poderoso de la sociedad? Pero una vez más, aunque los hombres se fijan y juzgan por el exterior, Dios penetra en la realidad interior, de tal manera que Cristo les dice: *“pero tú eres rico”*. ¡Qué consuelo!

Como decíamos antes, la ciudad de Esmirna disfrutaba de cierta riqueza material, pero espiritualmente era pobre, justo lo contrario que los creyentes allí. Ellos tenían una abundancia de bendiciones espirituales que nada tenía que ver con la riqueza del mundo, y que por otro lado, eran eternas y nadie les podría quitar.

Su situación nos lleva a pensar en varias cuestiones:

- La primera, es que la fidelidad a Cristo comporta no sólo tribulación, sino también en muchos casos, pobreza material. Sin embargo, esta pobreza material no es un factor que pueda impedir o limitar una vida cristiana en plenitud, más bien, en muchas ocasiones sirve para fortalecerla. Con frecuencia, tener abundancia de bienes materiales, es un impedimento en la vida espiritual, como más adelante nos demostrará la carta a la iglesia en Laodicea (**Ap 3:17**).
- Y el pensamiento anterior nos debe llevar necesariamente a darnos cuenta de hasta qué punto el cristianismo nominal se ha apartado de esta norma. En muchos de sus templos por todo el mundo se manifiesta la riqueza, la pompa y el lujo de la que hacen gala en sus grandes eventos, quizá para intentar ocultar su verdadero estado de pobreza espiritual.

Una exhortación del Señor

(Ap 2:10) *“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días.”*

La tribulación iba a aumentar aún más en Esmirna, puesto que Satanás iba a echar a algunos de ellos en la cárcel. Quizá esta situación se debía a que algunos miembros de la comunidad judía estuvieran colaborando con las autoridades locales para terminar con la minoría cristiana. Tal vez fuera así, pero no se puede afirmar con seguridad. En cualquier caso, sí que hay dos cuestiones claras sobre las que tenemos que reflexionar.

En primer lugar, vemos que el Señor no esconde a los suyos el coste que puede llegar a tener el servicio a Dios en un mundo bajo la influencia de Satanás. Y hay que seguir recordando esto en nuestros días, cuando hay muchos predicadores que presentan un mensaje triunfalista que niega el dolor y el sufrimiento del pueblo de Dios, para hablar sólo de prosperidad y triunfo.

Y en segundo lugar, es interesante notar que a la iglesia en Filadelfia se le promete todo lo contrario; para ellos Dios pondría una puerta abierta la cual nadie podría cerrar, y entregaría de la sinagoga de Satanás a los que se decían judíos pero que no lo eran (**Ap 3:8-10**). Esto nos lleva a preguntarnos por qué Dios actuaba de forma tan diferente en estas dos iglesias. De hecho, la historia de la Iglesia ha revelado estas mismas diferencias en infinidad de ocasiones, y aún hoy podemos seguir viéndolas. La cuestión es que no todos tienen el mismo “examen” de parte de Dios, quien conoce bien a sus alumnos y sabe cuáles son sus necesidades concretas.

Una promesa del Señor

(Ap 2:10) *“No temas en nada lo que vas a padecer... Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.”*

En estas palabras de consuelo de Cristo para su iglesia en Esmirna hay varios puntos importantes en los que debemos meditar.

1. ¿Cómo vencer el temor?

El Señor anuncia de antemano a la iglesia lo que iba a padecer, pero le anima diciéndole: *“No temas”*. Ahora bien, ¿cómo es posible vencer el temor al sufrimiento? Hay varias cosas que nos pueden ayudar:

- Dios fija de antemano el límite de las pruebas: *“tendréis tribulación por diez días”*. Con esto vemos que el Señor siempre está en el control de todo lo que nos pueda ocurrir. Satanás no puede hacer lo que quiera con los creyentes. Por ejemplo, tuvo que pedir permiso al Señor para poder tentar a Pedro: *“Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo” (Lc 22:31)*; lo mismo ocurrió en el caso de Job: *“Y Jehová dijo a Satanás: He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida” (Job 2:6)*; y volvemos a ver lo mismo en las palabras de Dios a Abraham: *“Entonces Jehová dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza” (Gn 15:13-14)*.
- El sufrimiento es el camino a la gloria. El apóstol Pablo lo explicó claramente en su carta a los Romanos: *“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro 8:18)*.

2. “Se fiel hasta la muerte”

La ciudad de Esmirna se había distinguido por su fidelidad al emperador romano, y del mismo modo la iglesia que se reunía en aquel lugar debía ser fiel a su Señor, y esto a pesar de los intensos sufrimientos y pérdidas que esto les pudiera traer.

Ahora bien, ¿en qué consiste ser fiel hasta la muerte? En el contexto de esta carta hemos de pensar necesariamente que tenía que ver con sufrir el martirio por causa de la fe, pero no debemos limitarlo exclusivamente a eso, sino que debemos pensar también en la fidelidad al Señor en toda nuestra manera de vivir hasta el día en que él decida llevarnos de este mundo a su gloria eterna.

3. “Y yo te daré la corona de la vida”

Esmirna era conocida también por sus pruebas atléticas en las que se premiaba a los ganadores con una guirnalda o corona de flores. Pero esta distinción deportiva se

marchitaba en poco tiempo, algo que no ocurrirá jamás con la corona que el Señor dará a los creyentes por su servicio fiel hasta la muerte.

El premio que el Señor les daría sería la “vida”, que aunque en primer lugar se refiere a la vida eterna, también implica un premio o recompensa especial en la vida eterna.

Aunque al considerar todo esto nunca debemos olvidar que para que el Señor nos pudiera dar esta “*corona de la vida*”, él tuvo que llevar una corona de espinas y morir por nosotros en la cruz.

4. “*Seréis probados*”

Muchas veces nos preguntamos por qué Dios permite que los creyentes pasemos por tribulaciones y sufrimiento. Si Dios tiene el poder para evitarlo, ¿por qué lo permite? Este texto nos enseña que su propósito es probarnos. El verbo griego utilizado aquí se empleaba para poner a prueba los metales en el fuego, y de ese modo librarlos de la escoria. Y de igual manera nuestra fe debe ser probada. Dios nos está preparando para el cielo, y allí no hay ninguna cosa que no sea genuina y pura.

Las pruebas ponen al descubierto si nuestra fe es genuina. Los falsos creyentes no permanecen al enfrentar la persecución, en cambio, para el verdadero cristiano, la persecución o el sufrimiento fortalecen y refinan su fe.

Y después de esto, una vez que se ha comprobado que nuestra fe es genuina, entonces Dios nos dará la corona de la vida.

5. “*Se fiel hasta la muerte*”

¿Hasta dónde puede llegar la prueba? Este texto nos dice que “*hasta la muerte*”. Pero esto no quiere decir que ese sea el precio que todos los creyentes tendrán que pagar por su fidelidad a Cristo. En algunas ocasiones puede ser la pérdida de posesiones, en otras puede suponer la marginación, el desprecio o la burla. Lo cierto es que con frecuencia puede llegar a ser más difícil vivir toda la vida para Cristo que morir por Cristo en un momento determinado.

La iglesia del Señor en todas las épocas ha sido perseguida de maneras que resultan absolutamente increíbles: cuerpos destrozados sobre el potro de tormento; envueltos en pieles de animales y echados a los toros para que les golpearan de un lado a otro; personas cubiertas de alquitrán y quemadas vivas para servir de iluminación en las festividades paganas, y un sinnúmero de atrocidades similares. Muchas de estas historias de sufrimiento son narradas en el “Libro de los mártires”.

Pero de igual modo que Jesús venció al morir, los santos también vencen a este mundo siendo fieles hasta la muerte.

6. “*Y yo te daré la corona de la vida*”

Esta es una exhortación con promesa. Es verdad que el Señor no promete a su pueblo ser librado de la muerte o el sufrimiento en este mundo, más bien les exhorta a ser fieles hasta el punto de llegar a morir por su causa, pero juntamente con ello, les promete una recompensa: “*la corona de la vida*”. Este es el premio por la perseverancia. Veamos cómo lo expresó Santiago:

(Stg 1:12) “*Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.*”

Es interesante notar que la palabra “*tentación*” utilizada en este versículo por Santiago es la misma que la palabra “*probados*” empleada aquí en Apocalipsis.

Los recursos del Señor

(Ap 2:8) *“Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto”*

¿Cuáles son los recursos para enfrentar la tribulación?

- *“Yo soy el primero y el postrero”*. Dios se presenta utilizando estas palabras del Antiguo Testamento para decirnos que aparte de él no hay ningún otro dios, y que él tiene el control último y absoluto sobre todo el universo. Es bueno saber esto al entrar en un periodo de prueba, ya que saber que estamos en sus manos es una fuente infinita de consuelo que aliviará el dolor de nuestras heridas.
- *“Yo soy el que estuve muerto y vivió”*. Y a continuación el Señor les dice que él ya había pasado por esa misma experiencia que ellos iban a atravesar. Por un lado se identifica con su iglesia sufriente, pero por otro, le muestra su propia victoria sobre la muerte. El énfasis aquí está en el triunfo de su resurrección, que al fin y al cabo, es compartido también por todos aquellos que creen en él.

Una promesa para el que venciere

(Ap 2:11) *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.”*

Esta promesa viene precedida nuevamente por una exhortación a prestar atención al mensaje de manera personal: *“el que tiene oído, oiga”*.

Y en cuanto a la promesa, dice lo siguiente: *“el que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte”*. Ya explicamos en el comentario al mensaje a la iglesia en Éfeso, que los vencedores son aquellos que han creído en Cristo.

A ellos se les dice ahora que *“no sufrirán daño en la segunda muerte”*. ¿Qué significa la expresión *“la segunda muerte”*?

Debemos notar que la Biblia habla de dos muertes; la primera es la muerte física que tendrá lugar en la tierra, la segunda, es la muerte eterna, la separación eterna de Dios en un lugar de tormento y sufrimiento conocido como el infierno (**Mt 10:28**) o el lago de fuego y azufre que arde eternamente (**Ap 20:14-15**) (**Ap 21:8**). No se trata de la aniquilación de la personalidad, sino de una separación de Dios, la fuente de toda vida, en un estado de consciencia en el que se sufrirá una eterna condenación (**2 Ts 1:6-9**).

Es muy triste pensar que va a haber muchas personas en el infierno, sufriendo eternamente por sus pecados, pero Dios no puede hacer otra cosa. Sería tremendamente injusto que Dios obligara a personas que durante toda su vida han dicho que no quieren saber nada de Dios, a que pasen la eternidad entera adorando a un Dios a quien no aman ni reconocen. Finalmente tendrán lo que han deseado, teniendo que vivir durante toda la eternidad separados de la gracia, la misericordia y el amor de Dios. Y por supuesto, la muerte segunda es muchísimo peor que la primera.

Reflexión final

Oremos para que el Señor nos libre de la prueba si así le complace, pero pidámosle también que él prepare nuestros corazones de antemano si su deseo es que tengamos que glorificarle con nuestra muerte.

El mensaje a Pérgamo (Ap 2:12-17)

(Ap 2:12-17) “Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco. Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.”

La ciudad de Pérgamo

Pérgamo era la capital de la provincia romana de Asia, por lo tanto, tenía una gran importancia desde el punto de vista administrativo. Algunos de sus reyes tuvieron la gran ambición de convertir a Pérgamo en una ciudad de la categoría de Atenas, y en gran medida lo consiguieron.

Entre sus muchos edificios sobresalía su gran biblioteca, que competía en importancia con la de Alejandría. Se decía que contaba con más de 200.000 rollos de pergamino. Por cierto, nuestra palabra “pergamino” proviene del nombre geográfico “Pérgamo”, puesto que en aquella ciudad se perfeccionó el proceso de preparar las pieles de cabras y ovejas para poder ser usadas en la producción de libros, sustituyendo de ese modo al papiro, que era fabricado a partir de grandes hojas de juncos que crecían en las orillas del Nilo y que eran un material más perecedero que las pieles, razón por la que con el tiempo fue sustituido.

Otro imponente edificio era el gran altar de Zeus, con una superficie aproximada de 36 por 34 metros, fue erigido por Eumenes II, y se caracteriza por sus enormes escalinatas, sólidas columnas y un friso que representa la lucha entre los gigantes y los dioses de la mitología griega. Una parte de este altar fue reconstruido y enviado a Alemania. Actualmente se puede ver en el Museo de Pérgamo en Berlín.

Pérgamo era centro del culto al emperador y en época tan temprana como el año 29 a.C. ya contaba con un templo dedicado a Roma y a Augusto.

A las afueras de la ciudad se encontraba un templo curativo consagrado a Asclepio, dios de la medicina. Muchas personas acudían a este tipo de templos para ser sanados, y el de Pérgamo era especialmente famoso. Las técnicas usadas para sanar a los enfermos se basaban en su mayor parte en la magia y la superstición. Es curioso que el símbolo del dios griego Asclepio (Esculapio para los romanos), era una serpiente, la misma que perdura hasta nuestros días y es usada en la medicina y las farmacias.

En cuanto a la iglesia cristiana en la ciudad de Pérgamo no se nos dice en la Biblia nada en cuento a su fundación, y es probable que fuera fruto del trabajo de Pablo y de sus colaboradores mientras estuvo en Éfeso durante su tercer viaje misionero (**Hch 19:10**).

El remitente de la carta

(Ap 2:12) *“Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto:”*

Como en el resto de las cartas, el Señor Jesucristo se presenta con una descripción tomada del primer capítulo **(Ap 1:16)**.

En este caso, la frase usada es muy enfática en el original griego: *“Esto dice el que tiene la espada, la aguda, la de dos filos”*.

Como sabemos, la espada corta, divide y separa. El libro de Hebreos se refiere a la Palabra de Dios como la espada de dos filos **(He 4:12)**. En este contexto el Señor la iba a usar contra su propia iglesia **(Ap 2:16)**.

Cristo alaba a su iglesia

(Ap 2:13) *“Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás.”*

Lo primero que el Señor dice es que él sabía bien donde moraba esta iglesia. Era un lugar especialmente difícil para una iglesia, ya que allí estaba *“el trono de Satanás”*. No era simplemente que Satanás estaba en aquella ciudad, sino que allí había establecido el centro de su poder. El Señor, y suponemos que también los creyentes en Pérgamo, eran muy conscientes de la realidad de la guerra espiritual que se estaba llevando a cabo en aquel lugar.

Algunos han pensado que esta referencia al *“trono de Satanás”* tenía que ver con el gran altar de Zeus que se erguía en la acrópolis dominando la ciudad. Otros lo relacionan con la adoración a Esculapio, el dios de la medicina muy prominente también en Pérgamo y que era representado por una serpiente, algo que los cristianos asociarían con Satanás. Y aún hay otros que piensan que tenía que ver con el hecho de que Pérgamo era centro de culto al emperador romano, lo que provocaba la constante persecución contra los cristianos que se negaban a participar en él.

En cualquier caso, lo que sí que quedaba claro es que los creyentes en Pérgamo vivían en una zona especialmente marcada por el poder de Satanás.

Y no deja de sorprendernos que una ciudad tan culta desde un punto de vista humano, centro del saber y del conocimiento, fuera vista por el Señor como el *“trono de Satanás”*. Pero no debemos olvidarnos que la sabiduría de este mundo nada tiene que ver con la sabiduría de Dios. Al fin y al cabo, los más de 200.000 pergaminos de su biblioteca sólo habían conseguido llevarles a servir al mismo Satanás y a desatar la persecución contra la iglesia del Señor.

Pero a pesar de sus dificultades, la iglesia en Pérgamo había retenido el nombre del Señor y no había negado su fe. Veamos lo que le dice el Señor: *“Pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás”*. El Señor reconoce la fidelidad de su iglesia en medio de las difíciles circunstancias en las que se encontraba. Era un hecho que la oposición no había logrado debilitar el celo de los cristianos, ni siquiera cuando Antipas fue muerto entre ellos. En este sentido es interesante notar la forma en la que el Señor se refiere a él: *“Antipas mi testigo fiel”*. Esa era la misma descripción con la que Cristo mismo se presentó a las iglesias en **(Ap 1:5)** **(Ap 3:14)**. Es como si el Señor compartiera su propio

título de honor con sus siervos fieles que están dispuestos a llegar al sacrificio por su fidelidad a él.

Cristo reprende a su iglesia

(Ap 2:14) “Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.”

Pero aunque fueron fieles y estuvieron dispuestos a sufrir la persecución que Satanás dirigió contra ellos, ahora vemos que el enemigo de nuestras almas usa más de una táctica en su lucha para vencernos. De hecho, aunque la persecución física siempre es muy dolorosa para la iglesia, rara vez consigue su propósito. Cuando el creyente atraviesa por periodos difíciles de prueba, es cuando más depende del Señor y se acerca a sus hermanos. Y en muchos casos, es entonces cuando su testimonio ante el mundo es más valiente y osado.

Con frecuencia, los periodos de tranquilidad son más peligrosos que los tiempos de persecución. Algunas veces hemos visto a hermanos que nos visitan de países donde el cristianismo es perseguido y se quedan sorprendidos al ver el descuido y la superficialidad en las que a veces caemos por tener unas circunstancias mucho más fáciles que las suyas. Pero lo curioso es que cuando ellos mismos han pasado un tiempo entre nosotros, entonces se van dando cuenta de que es más difícil vivir para el Señor en circunstancias fáciles que con dificultades.

Pero como decíamos, Satanás tiene otras tácticas, que tal como nos dice aquí el Señor, ya había usado en el pasado. La referencia nos lleva nuevamente al Antiguo Testamento, y a una de las experiencias que los israelitas tuvieron en el desierto. Cuando el pueblo llegó a los campos de Moab, su rey Balac encargó a un falso profeta llamado Balaam que maldijera a Israel. Pero aunque éste lo intentó varias veces, le resultó imposible maldecir a aquellos a los que Dios había bendecido (**Nm 22-24**). Esto enfadó mucho a Balac, y también Balaam vio con tristeza cómo se esfumaban las riquezas que el rey le había prometido. Fue entonces cuando Balaam dijo a Balac que aunque un enfrentamiento directo contra ellos nunca podría funcionar, había otras opciones que él le podía enseñar.

Así que, un día cuando los israelitas estaban relajados y tranquilos, aparecieron un grupo de señoritas jóvenes vestidas de forma muy seductora. A ellos les debió parecer muy agradable la visita de aquellas mujeres tan bellas en medio de un lugar tan árido como el desierto. Y aunque claro está que se dieron cuenta de que eran moabitas, ellos creyeron que no había nada malo en socializar con ellas. Al fin y al cabo, la soledad del desierto es muy dura, y si había la posibilidad de relacionarse con alguien, era una oportunidad que no había que perder. Es verdad que ellos eran peregrinos que estaban de paso hacia la tierra prometida que Dios les iba a dar, una tierra hermosa llena de bendiciones, pero parece que aquellas mujeres moabitas pronto les convencieron de que también allí había cosas hermosas que podían disfrutar. Así que pronto empezaron a establecer vínculos con ellas, asistiendo a sus fiestas, comiendo de lo que antes habían sacrificado a sus ídolos y finalmente teniendo relaciones sexuales con ellas. ¿Qué había de malo en ir a algunas de sus fiestas sociales o en tomar parte en alguno de sus cultos idolátricos? ¿Por qué no podían comer de aquella carne que parecía tan deliciosa? ¿Qué podía haber de malo en tener relaciones sexuales con aquellas bellas jóvenes que estaban más que dispuestas a ello? Así que empezaron a cuestionarse por qué debían hacer caso a lo que Moisés les había mandado, si al fin y al cabo, él era un hombre muy mayor que no

entendía de los disfrutes de la vida y de las inquietudes de los jóvenes. Parece que las tácticas de Balaam estaban funcionando (**Nm 25:1-3**).

Y parece ser que esta doctrina de Balaam había logrado introducirse en la iglesia en Pérgamo y que ellos también habían comenzado a comer cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer fornicación.

En aquel tiempo, los cultos a los dioses paganos iban acompañados de comidas en las que se servían los animales que previamente habían sido ofrecidos a la divinidad pagana, y de fiestas donde se practicaba la inmoralidad sexual.

No participar de esas celebraciones implicaba separarse de casi toda actividad social, y esto era muy mal visto por la gente inconversa, por lo tanto, la presión para conformarse a la vida social de los incrédulos era muy fuerte. Quizá ante esa situación, en la iglesia en Pérgamo había algunos miembros que aconsejaban adaptarse a las costumbres paganas a fin de evitar la persecución, o razonaban que para poder acercarse a ellos y predicarles el evangelio era necesario hacer algunas concesiones, o simplemente usaban el argumento de que hay que adaptarse a los nuevos tiempos.

Pero todo esto es una trampa, eso es lo que significa la expresión usada por el Señor: *“poner tropiezo”*. Esto se refiere al palo que activaba el mecanismo de la trampa cuando un pájaro se posaba sobre él.

Las consecuencias de hacer concesiones en el cristianismo lo pudimos ver con claridad durante los siglos cuatro al siete. En el año 313 d.C. el emperador Constantino promulgó el Edicto de Milán, concediendo libertad a los cristianos y poniendo fin a dos siglos y medio de salvaje persecución. El adoptó el cristianismo y lo convirtió en la religión del imperio. Aquí comenzó el proceso por el cual el cristianismo se fusionó con el imperio romano. A partir de ese momento los sacerdotes paganos se convirtieron en sacerdotes cristianos; los templos paganos se convirtieron en iglesias cristianas; las fiestas paganas se convirtieron en fiestas cristianas. El cristianismo se mezcló con el paganismo perdiendo su identidad y su valor.

Otro ejemplo nos lo proporcionaba el caso de un líder religioso que escribía en un periódico de Inglaterra acerca de una situación que se había dado en su familia. Un día vino su hijo a casa con su novia, y su mujer preparó dos habitaciones para ellos. Sin embargo, ellos descubrieron que sólo habían utilizado una de ellas, así que, la siguiente vez que vinieron, les prepararon sólo una. Su razonamiento era que hay que adaptarse a los tiempos.

Todo esto puede parecer una actitud muy moderna, pero la Palabra de Dios nos sigue exhortando a no seguir tales conductas. Recordemos lo que el apóstol Pablo le dijo a la iglesia en Corinto ante una situación parecida:

(1 Co 10:6-8) “Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil.”

Una gran parte de nuestro cristianismo occidental ya no se distingue de nuestra cultura; muchos de nuestros esfuerzos “evangelísticos” sólo pretenden convencer al mundo de que somos aceptables, porque somos como ellos. Y en ese caso, ¿cómo vamos a invitarles a la conversión?

Pero el problema en la iglesia en Pérgamo no era sólo su participación en las prácticas del mundo, sino también la aceptación de ciertas doctrinas heréticas. Veamos lo que les dice el Señor:

(Ap 2:15) *“Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco.”*

Aunque la tolerancia está de moda en nuestra cultura moderna, la iglesia no puede permitir ni actitudes pecaminosas ni enseñanzas heréticas. Y parece que este era el segundo problema que tenía esta iglesia. Ellos no ejercían una sana disciplina en la iglesia, lo que les llevaba a aceptar aquello que el Señor aborrecía.

En cuanto a la pregunta de en qué consistía *“la doctrina de los nicolaítas”*, o *“las obras de los nicolaítas”* **(Ap 2:6)**, no lo sabemos. No obstante podemos observar que una vez más una falsa enseñanza lleva a una mala práctica, y también que la falsa enseñanza es una de las principales armas de Satanás contra la iglesia.

Un llamamiento al arrepentimiento

(Ap 2:16) *“Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.”*

El único remedio para cualquier conducta pecaminosa es arrepentirse: *“Por tanto, arrepíentete”*, le dijo el Señor a la iglesia en Pérgamo, porque de otro modo, Dios mismo intervendría con la espada de su boca para acabar con aquellas cosas que no le agradan.

Recordemos que en el pasado Dios castigó severamente a Israel por el pecado originado por causa de Balaam. El texto bíblico nos dice que murieron veinticuatro mil **(Nm 25:9)**. Esta drástica acción detuvo el pecado en medio de Israel, impidiendo que fuera a más. Incluso al mismo Balaam lo *“mataron a espada”* **(Nm 31:8)**.

Debemos recordar que los niveles de exigencia de Cristo no han cambiado y que él sigue teniendo su espada de dos filos para cortar cualquier actitud pecaminosa que comprometa el testimonio de su iglesia. Por eso era necesario que los creyentes en Pérgamo se arrepintieran, porque de otro modo el Señor mismo intervendría para hacerlo. Recordemos las serias palabras de Pablo a los corintios:

(1 Co 11:28-32) *“Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen. Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.”*

En el caso de la iglesia en Pérgamo, para que su arrepentimiento fuera auténtico, tendrían que abandonar las malas prácticas que habían adquirido y también rechazar las falsas doctrinas que se habían introducido en la iglesia.

Un llamamiento a escuchar la voz del Señor

(Ap 2:17) *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.”*

De nuevo encontramos la misma fórmula que introduce esta sección final: *“el que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”*. Es un llamamiento a escuchar la voz del Señor, pero también puede ser entendido como un reproche a aquellos que teniendo oídos no oyen la voz del Señor. ¡Cuántos cristianos no leen ni estudian la Biblia!

Luego viene la recompensa para *“el que venciere”*, que como ya hemos señalado en ocasiones anteriores, tiene que ver con los creyentes. En primer lugar se le promete que el Señor le daría *“a comer del maná escondido”*. Ahora bien, ¿a qué se refiere con esto? ¿en qué consistía esta bendición?

El maná fue el alimento que el Señor proveyó para el pueblo de Israel a lo largo de su peregrinaje por el desierto hacia la tierra prometida (**Ex 16:14-15**), por lo tanto, nos habla de alimento, de sustento. Y también los creyentes en Pérgamo necesitaban encontrar fuerzas para seguir su peregrinaje por este mundo sin ser vencidos por sus múltiples tentaciones.

El contraste no puede ser más claro: ellos estaban comiendo *“de cosas sacrificadas a los ídolos”* y deberían dejar esa “dieta” para nutrirse del verdadero alimento espiritual que Dios les había de dar. Y, por supuesto, el verdadero maná no puede ser otro que el mismo Señor Jesucristo (**Jn 6:31-35**). Y en cuanto a qué es un maná “escondido”, quizá debemos pensar en una relación personal e íntima con él, algo que el mundo ni ve ni entiende.

Y en segundo lugar, el Señor les hace otra promesa: *“Y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe”*. Acerca de esto han surgido un buen número de interpretaciones:

- Se dice que se daba una piedrecita blanca al triunfador en los juegos olímpicos. Esta llevaba en sí ciertas distinciones y privilegios.
- También se daba una piedra como evidencia de absolución y llevaba inscrito el nombre de la persona absuelta.
- Se dice que en las cortes de justicia se utilizaban pequeñas piedras: una piedra negra era señal de que el reo era condenado, mientras que una blanca era indicación de absolución.
- La piedra blanca también era símbolo de amistad: la piedra se quebraba en dos pedazos y cada uno de los dos amigos se quedaba con la parte que contenía el nombre de la otra persona, en prueba de unión y comunión permanentes.

En todos los casos parece ser una señal de privilegio y favor especial. Y notemos también que la persona tendría *“un nombre nuevo, que ninguno conoce sino aquel que lo recibe”*.

En cuanto *“al nombre nuevo”*, debemos recordar que en la antigüedad el nombre era considerado como la suma de todo aquello que la persona representaba, y no sólo como una característica distintiva. El nombre equivalía a la personalidad entera, y lo que aquí promete el Señor, es que tendría una nueva personalidad, una nueva naturaleza. Y esa nueva esencia está por el momento escondida, esperando el momento en que será manifestada. El apóstol Pablo lo explicó muy bien:

(Col 3:3-4) *“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.”*

Por otro lado, esto nos habla también de la intimidad y comunión entrañable que el Señor tiene con cada uno de sus hijos. El nos trata de una forma que el mundo desconoce.

Una ilustración nos puede ayudar a entender esto. Un día escuché a una mujer pronunciar el nombre de una persona a la que yo no conocía. Más tarde me di cuenta que se estaba refiriendo a su marido (al que sí conozco), pero lo hizo con el nombre que habitualmente empleaba en su trato íntimo con él.

Conclusiones

De la iglesia en Pérgamo aprendemos que hay lugares en este mundo donde resulta especialmente difícil ser cristiano.

Nos damos cuenta que sufrir por la causa de Cristo no valida automáticamente todo lo que hacemos o creemos.

También vemos que el Señor reprende con dureza la amistad con el mundo. Aunque pueda parecer inocente, y pretendamos justificarla con la excusa de intentar atraer a los incrédulos al evangelio, esto siempre da malos resultados y es desaprobado por el Señor. Al final, en la mayoría de las ocasiones, los incrédulos no nos permiten hablar del evangelio y en cambio arrastran al cristiano a sus vicios. La iglesia no puede hacer concesiones al mundo. Y cada creyente debe tener cuidado en distinguir convenientemente entre lo que es una apropiada interacción con la cultura circundante y las componendas con ella.

Vemos también una clara reprensión del Señor para aquellas iglesias que no disciplinan el pecado y en las que se permiten cosas que él aborrece.

Y por último, hemos considerado también que Satanás tiene varias tácticas en su lucha contra la iglesia. A veces usa la persecución física, pero en otras muchas se vale de la seducción por medio de cosas que en un principio pueden parecer inocentes.

El mensaje a Tiatira (Ap 2:18-29)

(Ap 2:18-29) “Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto: Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras. Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga. Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

A través de cada una de las cartas que el Señor envió a las siete iglesias en Asia podemos ver que todas ellas eran diferentes. Hasta ahora hemos visto que la iglesia de Éfeso mantenía la pureza doctrinal pero habían dejado su primer amor; por su parte, la iglesia en Esmirna se tenía que preparar para la tribulación y el sufrimiento; y la iglesia en Pérgamo había aceptado en su seno diferentes prácticas pecaminosas que ofendían al Señor. Ahora vamos a estudiar el mensaje a la iglesia en Tiatira, y vamos a ver que aunque también tenía algunas cosas que el Señor alababa, sin embargo, estaban haciendo componendas con el mundo que desagradaban a Dios.

La ciudad de Tiatira

De las siete ciudades a las que se dirige una carta, Tiatira era la más pequeña de todas (aunque se le dirige la carta más larga). Estaba construida en una zona llana, por lo que no había fortificaciones importantes ni tampoco una acrópolis. Su importancia fundamental radicaba en su posición estratégica que unía las rutas comerciales entre varias ciudades. Por lo tanto, Tiatira se distinguía por ser un gran centro comercial. De hecho, en ella se han encontrado inscripciones que mencionan numerosas corporaciones: de la lana, del lino, de fabricantes de ropa, tintoreros, talabarteros, curtidores, alfareros, panaderos, traficantes de esclavos, forjadores de bronce. Recordamos que Lidia, la vendedora de púrpura, había llegado a Filipos procedente de Tiatira (**Hch 16:14**).

Al estudiar la carta notaremos que no se dice que hubiera persecución contra los cristianos en aquella ciudad.

El remitente de la carta

(Ap 2:18) “Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto”

El remitente es en todos los casos el mismo Señor Jesucristo, pero como ya hemos visto en las cartas anteriores, en cada una se presenta señalando alguna característica especial de su persona, apropiada para el caso particular de la iglesia a la que se dirige. En esta ocasión nos sorprenden los términos especialmente severos que usa.

1. *“El Hijo de Dios”*

Esta expresión constituye una clara afirmación de la deidad de Cristo. Es verdad que muchas personas no creen en esta importante doctrina del cristianismo y algunos llegan a afirmar que Jesús nunca dijo que él fuera el Hijo de Dios, sino que fue un título inventado por sus seguidores, pero aquí tenemos un claro ejemplo de que no fue así, y en los evangelios podemos encontrar numerosas ocasiones en las que repitió lo mismo, de hecho, la razón por la que el Sanedrín lo condenó a muerte fue precisamente por afirmar que él era el Hijo de Dios (**Mt 26:63-66**) (**Jn 19:7**).

Pudiera ser que la razón por la que el Señor escogió este título al dirigirse a la iglesia en Tiatira fuera porque allí había algunos que negaban su divinidad, bien en su enseñanza o porque con su comportamiento estaban comprometiendo esta importante verdad.

2. *“El que tiene ojos como llama de fuego”*

La siguiente descripción nos lleva a pensar en la capacidad que el Señor tiene para penetrar en los secretos más escondidos del corazón humano. Sus ojos pueden leer los motivos y los pensamientos más íntimos del hombre. Delante de él estamos completamente desnudos, no sirve de nada aparentar, porque él nos ve tal como realmente somos.

Además notamos que sus ojos son *“como llama de fuego”*, lo que nos recuerda su ira ardiente contra el pecado.

Nos preguntamos si tal vez la iglesia en Tiatira sólo estaba preocupada por lo que aparentaba ser frente al mundo y de ahí esta sería advertencia del Señor para recordarles que él veía lo que realmente eran.

3. *“Y pies semejantes al bronce bruñido”*

Y por último se refiere a sus pies, una imagen ligada también con el juicio de Dios. Recordemos que sus enemigos serán puestos por estrado de sus pies (**Sal 110:1**).

Además, sus pies son *“semejantes al bronce bruñido”*, es decir, tenían un brillo deslumbrante y parecen describirle como viniendo victorioso en juicio, dispuesto a someter bajo su autoridad a todos sus enemigos.

Finalmente, lo que la iglesia en Tiatira debía entender es que el Señor no da por buenas todas las cosas, tal como algunos parecen creer, y que su juicio sobre ellos se avecinaba.

Cristo alaba a su iglesia

(Ap 2:19) *“Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras.”*

A pesar de que había cosas en la iglesia en Tiatira que desagradaban al Señor, aun así, también tenían algunas cualidades encomiables que el Señor reconoce en ellos.

- *“Amor”*. Se trata del *“ágape”*, el amor divino implantado en el corazón humano, que se manifiesta en el servicio abnegado y listo para sacrificarse por otros.

- “*Servicio*”. La evidencia de que amamos queda manifestada en nuestra disposición a servir al Señor y a nuestro prójimo. Por supuesto, este tipo de servicio cristiano no se refiere a hacer lo que nos gusta, sino a aquello que nos supone cierto sacrificio.
- “*Fe*”. Tiene que ver con la confianza en Cristo, no sólo como medio para nuestra salvación, sino también como nuestra fidelidad constante al Señor.
- “*Paciencia*”. La evidencia de la verdadera fe se manifiesta en la perseverancia al afrontar las pruebas y dificultades de la vida sin abandonar al Señor.

Y por último el Señor reconoce que sus “*obras postreras son más que las primeras*”. Es decir, observaba un progreso en la vida espiritual de esa iglesia. Esto es interesante porque hay muchas iglesias y creyentes que comienzan con mucho ánimo pero que poco a poco se van desinflando. La misma iglesia en Éfeso era un ejemplo de cómo el primer amor había ido disminuyendo hasta desaparecer (**Ap 2:4**).

Cristo reprende a su iglesia

(Ap 2:20-21) “Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación.”

Aunque había cosas en esa iglesia que habían progresado muy bien, sin embargo, había otras que desagradaban profundamente al Señor.

Lo que vamos a ver es que la iglesia en Tiatira había permitido que personas malvadas dañaran la iglesia desde dentro.

I. “*Toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe*”

En la carta a Pérgamo vimos que Balaam seducía al pueblo desde fuera, pero en Tiatira vemos que esta seducción se estaba llevando a cabo desde el mismo liderazgo de la iglesia. Esto hacía que fuera especialmente grave.

Una de las principales dirigentes de la iglesia es llamada aquí Jezabel por el Señor Jesucristo.

En primer lugar, el que una mujer enseñara o ejerciera liderazgo en la iglesia ya era algo que el Señor desaprobaba:

(1 Ti 2:12) “Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio.”

(1 Co 14:33-37) “Como en todas las iglesias de los santos, vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice. Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos; porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación. ¿Acaso ha salido de vosotros la palabra de Dios, o sólo a vosotros ha llegado? Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor.”

En segundo lugar, notamos que era ella misma quien se decía profetisa, aunque el Señor dice claramente que no lo era de verdad. Estas cartas nos revelan que el mundo espiritual está lleno de falsedad y mentira. Ya hemos visto que en Éfeso algunos pretendían ser apóstoles y no lo eran (**Ap 2:2**); en Esmirna y Filadelfia otros pretendían ser judíos sin

serlo (**Ap 2:9**) (**Ap 3:9**); los cristianos en Laodicea pretendían ser ricos pero eran pobres (**Ap 3:17**); y ahora, esta Jezabel pretendía ser profetisa pero era una mentirosa.

En tercer lugar, aunque es llamada “*Jezabel*”, lo más probable es que ese no fuera su nombre real, sino que nuevamente la intención del Señor es comparar a esta falsa profetisa con un conocido personaje del Antiguo Testamento.

Aquella Jezabel de la antigüedad era hija de un rey pagano de Sidón que se casó con Acab, el rey de Israel. Así que ella llegó a ser la reina, y por lo tanto, tenía la oportunidad y el derecho para influir en el gobierno según sus antojos. Y la historia del Antiguo Testamento nos confirma que efectivamente ejerció una notable influencia sobre su marido.

Por supuesto, el hecho de que Acab se casara con una mujer pagana era algo que Dios había prohibido. Y el mismo principio encontramos en el Nuevo Testamento (**2 Co 6:14**). Y parece que este era el problema en la iglesia en Tiatira; ellos también se habían unido en un yugo desigual con el mundo.

Jezabel representa la unión de iglesia y estado. Esto nos recuerda inevitablemente el momento cuando en el siglo IV la iglesia se unió al Imperio Romano. Aunque eso puede parecer que supuso un importante avance para el evangelio, lo cierto es que a partir de ese momento la iglesia introdujo enseñanzas que provenían de los cultos paganos que finalmente destruyeron su identidad como iglesia de Cristo.

No lo olvidemos, aunque pudiera parecer inocente o moderno tener una mujer como Jezabel en la iglesia, esto terminaría siendo totalmente destructivo. Hay varias cosas que debemos aprender de esta mujer en el Antiguo Testamento que nos deben poner sobre aviso:

- Ella destruía a los profetas del Señor e intentó eliminar el culto a Jehová en Israel (**1 R 18:4,13**).
- También se propuso matar a Elías (**1 R 19:1-2**).
- Introdujo el culto a Baal en Israel y mantenía a sus profetas (**1 R 18:19**).
- Ella misma era dada a las fornicaciones y las hechicerías (**2 R 9:22**).
- Tramó el asesinato de Nabot con mentiras para quitarle su herencia (**1 R 21:1-15**).

Por supuesto, teniendo en cuenta todos estos hechos, es claro que la Jezabel de la iglesia en Tiatira no era una auténtica creyente un poco despistada. Era una mujer incrédula y altamente peligrosa. Pero lo peor del caso es que en la iglesia le permitían enseñar.

2. “*Enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos*”

A continuación nos explica cuáles eran sus métodos. Se nos dice que enseñaba y seducía a los siervos de Dios a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Lo más probable es que no se trate aquí de una seducción sexual, sino que les estaba engañando en cuanto a su fidelidad a Dios para que cometieran fornicación espiritual.

Podemos imaginar que los cristianos en Tiatira tendrían grandes dificultades para formar parte de las poderosas corporaciones comerciales de artesanos de la ciudad. Recordemos que ser miembro de esas organizaciones requería asistir a los banquetes organizados por las mismas, lo que implicaba participar de ciertos cultos paganos en honor a la deidad protectora del mismo y a comer después la carne que antes le había sido ofrecida. Además, esas comidas degeneraban frecuentemente en libertinaje sexual,

lo que aún agravaba más el problema. ¿Qué harían los cristianos en esa situación? Si no transigían, lo más seguro es que quedaran privados de trabajo.

Y parece que Jezabel estaba persuadiendo a los miembros de la iglesia a participar en ese tipo de celebraciones. Si fuera así, la iglesia en Tiatira habría sacrificado ciertos principios espirituales a cambio de obtener beneficios económicos y sociales, lo que finalmente habría llevado a la iglesia a la relajación moral.

Finalmente, cada nueva generación de cristianos tiene que enfrentarse con esta complicada cuestión: ¿Hasta dónde puedo aceptar y adoptar las prácticas del mundo en los negocios, el trabajo, la familia, los estudios...? Algunos cristianos en nuestros días se comportan como si pensarán: Los negocios, la vida social, la política, las diversiones... no tienen nada que ver con mi fe cristiana. Pero cada creyente tendrá que preguntarse hasta qué punto su participación en la sociedad compromete alguno de los principios cristianos. Ese debe ser el límite del que no debemos pasar. Y no olvidemos la advertencia de Dios:

(Stg 4:4) *“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.”*

Pero no sólo la participación de la iglesia en el mundo era un problema, de hecho, lo que el Señor reprende es que esto se estaba enseñando desde el mismo púlpito. La iglesia había permitido que personas no creyentes tuvieran posiciones de responsabilidad y que además enseñasen a la congregación. La iglesia era responsable por ese hecho.

3. “Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación”

La Jezabel del Antiguo Testamento tuvo la oportunidad de arrepentirse cuando Dios envió al profeta Elías a encontrarse con Acab y los profetas de Baal. Allí se demostró que Jehová era el único Dios verdadero. Después de esto Elías hizo un llamamiento a todo el pueblo para que se arrepintiera, pero Jezabel no quiso hacerle caso, de hecho, en aquel momento mandó cortar la cabeza de Elías.

Y al parecer, también la Jezabel de la iglesia en Tiatira había recibido las mismas advertencias para que se arrepintiera, pero no había querido hacerlo. Por lo tanto, el Señor se disponía a tratarla con severidad.

Un llamamiento al arrepentimiento

(Ap 2:22-23) *“He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.”*

I. Todavía había posibilidades de arrepentimiento para algunos

El juicio contra Jezabel estaba ya determinado de parte del Señor, pero todavía había posibilidades de arrepentimiento para los creyentes.

- *“He aquí, yo la arrojo en cama”*. Debemos interpretar la *“cama”* como el lecho de la enfermedad y el dolor. Por lo tanto, la cama que había sido el lugar de su pecado, ahora lo sería de su castigo.
- *“Y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella”*. Los que *“con ella adulteran”* debe referirse al adulterio espiritual con aquellos que aceptaron su enseñanza y permitían ese pecado dentro de la iglesia.

Quizá se trate de los mismos líderes. Pero todavía tenían la posibilidad de arrepentirse y de ese modo detener el juicio sobre ellos.

- *“Y a sus hijos heriré de muerte”*. La falsa doctrina enseñada por Jezabel había producido una prole de individuos contaminados que se habían convertido en sus “hijos espirituales”. Ellos seguían los caminos de su madre y terminarían del mismo modo que ella a no ser que se arrepintieran. Notemos las graves consecuencias que tiene una falsa enseñanza en la iglesia y también la responsabilidad que cada miembro tiene si la acepta.

Hoy en día nos asombra este lenguaje de condenación y castigo tan severo dentro de la iglesia. Desgraciadamente nos hemos vuelto demasiado tolerantes.

2. Sería un castigo ejemplar

Después de juzgar a la iglesia de Tiatira, todas las demás iglesias serían advertidas del mal de tolerar el pecado: *“Y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón”*.

Además, cuando el juicio y la disciplina se aplica a la iglesia, ésta se purifica, fortalece y recibe ayuda. Las personas comienzan a tomar conciencia del pecado y tienen más cuidado en dejarse arrastrar por las malas costumbres de la sociedad que las rodea.

Por otro lado, debían entender también que no puede haber nada que quede oculto ante la penetrante mirada del Señor de las iglesias.

3. Sería un castigo justo

Finalmente el Señor les dice: *“Y os daré a cada uno según vuestras obras”*. Encontramos aquí un eco de las palabras del profeta Jeremías:

(Jer 17:10) “Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras.”

En las palabras del Señor vemos que sería un juicio personal: *“a cada uno”*. Aunque los líderes pudieran estar enseñando malas prácticas en la iglesia en Tiatira, cada miembro sería juzgado por su implicación en el asunto. Los líderes no son los únicos responsables de lo que ocurre en la iglesia.

Una exhortación

(Ap 2:24-25) “Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga.”

I. La exhortación se dirige al resto fiel

Hay ahora un mensaje para los creyentes fieles, aquellos que no se habían descarriado como consecuencia de la mala enseñanza: *“Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina”*.

Estos creyentes se encontraban en medio de una iglesia claramente mundana que aceptaba el pecado. Esta situación era triste, ya que creaba una división en la iglesia.

Notamos también que Tiatira, como en todas las iglesias, siempre hay una mezcla de verdaderos creyentes y de falsos creyentes, de creyentes espirituales y creyentes carnales.

2. Se advierte que es una doctrina diabólica

En cuanto a la doctrina que enseñaba “Jezabel” está claro que provenía del mismo Satanás: *“Y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás”*. Detrás de la fachada atractiva de la mujer, se escondía toda la maldad diabólica de Satanás. Y aunque pudiera parecer que participar de esos actos paganos era algo intrascendente, para el Señor implicaba adentrarse en el oscuro mundo de Satanás.

Parece que para dar cierto aire de misterio y superioridad a esas doctrinas, las presentaban como un conocimiento superior, reservado exclusivamente para algunos elegidos o iniciados. Pero entrar en *“las profundidades de Satanás”* siempre es muy peligroso y es ingenuo pensar que se puede salir de ahí ileso espiritualmente.

Muchas personas sienten cierta fascinación por las cosas secretas, los poderes espirituales superiores, o incluso por el mundo de las tinieblas, pero no nos cansamos de repetir que es un terreno prohibido por Dios y altamente peligroso.

3. Una exhortación a retener lo que tenían

Como decimos, debían huir de aquella enseñanza y permanecer fieles a las prácticas cristianas que el Señor había alabado en un comienzo: el amor, el servicio y la paciencia. Veamos lo que les dice: *“Yo os digo: No os impondré otra carga; pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga”*. Esto lo tenían que guardar en vista del glorioso día cuando el Señor vuelva.

Una promesa a los vencedores

(Ap 2:26-29) “Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

1. “Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin”

Una vez que se ha señalado con claridad que *“las obras de ella” (Ap 2:22)* son diabólicas, se exhorta a los verdaderos creyentes para que se aparten de ellas. Entendemos, por lo tanto, que los vencedores serán aquellos creyentes a los que Dios exhorta a guardar *“mis obras hasta el fin”*.

Un verdadero creyente no es el que hace concesiones al mundo y se adapta a él, sino aquel que se aparta y sigue fiel al Señor conforme a su voluntad revelada en su Palabra.

2. “Yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre”

A estos vencedores, el Cristo glorificado les hace una promesa muy grande; compartiría con ellos su autoridad en su gobierno terrenal. Es interesante notar que esto era algo que Dios Padre había dado a su Hijo, pero que ahora comparte con los suyos:

(Sal 2:8-9) “Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.”

En cuanto a la *“vara de hierro”* con la que regirá las naciones, nos transmite la idea de firmeza frente al mal, algo que ellos debían empezar a aprender en la situación actual en la que se encontraban, si más adelante querían compartir este privilegio con el Señor.

Y por último, también se describe la suerte de las naciones impías: *“Serán quebradas como vaso de alfarero”*. Aquí son comparados con un frágil vaso de barro que es hecho pedazos con facilidad. Así será cuando el Señor se presente de nuevo en este mundo para juzgarlo.

3. *“Y le daré la estrella de la mañana”*

Esta estrella de la mañana se refiere al mismo Señor Jesucristo:

(Ap 22:16) *“Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.”*

Y la recompensa final para el cristiano será la plena comunión con él:

(2 P 1:19) *“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones”*

En ese día, los creyentes reflejarán también la gloria de Cristo:

(Dn 12:3) *“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.”*

(Mt 13:43) *“Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.”*

Y la carta termina con un nuevo llamamiento a oír la voz del Señor: *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”*.

Reflexión final

Mientras que el mensaje a la iglesia en Éfeso nos advierte sobre los peligros de la ortodoxia carente de amor, la carta a Tiatira nos avisa de los riesgos de un amor “blando” que lo tolera todo y no juzga nada.

El mensaje a Sardis (Ap 3:1-6)

(Ap 3:1-6) “Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

La ciudad de Sardis

Más de seiscientos años antes de que se escribiera esta carta, Sardis había sido la capital del reino de Lidia, siendo una de las mayores ciudades del mundo antiguo. Además, la estratégica posición que ocupaba le había convertido en una activa ciudad comercial. A lo que hay añadir las enormes cantidades de oro que se extraían del cercano río Pactolos. Su riqueza era proverbial, y desde los tiempos de Creso, su más famoso gobernante, se había acuñado la frase “tan rico como Creso”. Sin embargo, en el momento de escribirse Apocalipsis, de aquella gloria del pasado sólo quedaba el recuerdo, ya que el estancamiento y la decadencia se habían apoderado de ella. El contraste entre lo que había sido y lo que era no podía ser mayor. Pareciera que la facilidad con la que Sardis podía enriquecerse era la razón de su debilidad.

Otro detalle interesante es que la ciudad estaba edificada sobre una colina tan pendiente que sus defensas parecían inexpugnables, sin embargo, fue capturada por Ciro el persa (549 a.C.) y por Antíoco (218 a.C.). Curiosamente en ambas ocasiones esto fue posible porque sus pobladores fueron sorprendidos por sus enemigos al estar excesivamente confiados en la resistencia de su fortaleza. El hecho de que una ciudad que parecía tan poderosa fuera conquistada tan fácilmente, la había convertido en objeto de burla.

En cuanto a su religión, en Sardis se daba culto a Artemisa, un diosa pagana asociada con la fertilidad y la caza. De su templo quedan algunas ruinas que nos permiten hacernos una idea de sus colosales dimensiones.

También había una importante comunidad judía, que a diferencia de lo que sucedía en Esmirna y Filadelfia, no parecía molestar a los creyentes.

El remitente de la carta

(Ap 3:1) “Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto:”

I. “El que tiene los siete espíritus de Dios”

Como más adelante veremos, el Señor le dice a la iglesia de Sardis que está muerta (**Ap 3:1**). Seguramente por esto el Señor se presenta como “*el que tiene los siete espíritus de Dios*”. Esta expresión describe los infinitos recursos espirituales que tiene el Señor, y que eran precisamente los que esta iglesia necesitaba para volver a la vida.

Esto nos recuerda que ni nosotros como creyentes, ni tampoco la iglesia en su conjunto, podemos mantener nuestra vida espiritual por nosotros mismos, necesitamos el poder del Señor Jesucristo que nos viene por su Espíritu Santo.

2. “Y las siete estrellas”

A continuación nos dice que también tiene “*las siete estrellas*”, que como recordamos, eran los ángeles o mensajeros de las iglesias, probablemente una referencia a sus líderes (**Ap 1:20**). Ellos también aparecen aquí bajo el control de Cristo. Podemos decir que tanto el Espíritu Santo como los líderes espirituales de la iglesia están en la mano de Cristo y son cauces de bendición para la iglesia.

Cristo reprende a su iglesia

(**Ap 3:1**) “*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.*”

1. “Yo conozco tus obras”

Nuevamente se nos recuerda que no hay nada que pueda permanecer oculto para los ojos de Cristo. Además, como veremos a continuación, él no se fija en el exterior de las personas, sino que ve sus corazones.

En cuanto a esta iglesia, es de notar que a diferencia de otras, aquí el Señor no comienza diciendo nada bueno de ella, de hecho, pasa directamente a hacer la condenación más severa que escuchamos en estas cartas.

2. “Tienes nombre de que vives”

A la iglesia de Sardis le ocurría lo mismo que a la ciudad: vivían de sus recuerdos del pasado, de lo que habían sido en algún momento de su historia, pero todo eso había quedado atrás y no se correspondía con su momento presente.

Quizás era una iglesia que gozaba de una buena reputación en medio de la sociedad, pero eso al Señor no le importaba. Al fin y al cabo, la iglesia no existe para agradar a los hombres sino a Dios.

Tampoco tenemos razones para dudar de que sus cultos fueran ordenados, estuvieran bien asistidos, la música sonara con ánimo, tuvieran un buen número de programas, e incluso sus líderes ocuparan posiciones prominentes dentro de la vida social de Sardis. Pero todo esto no sirve de nada si falta lo más importante, la vida del Espíritu. Al final, lo único que realmente tenían era el “*nombre*” de iglesia del Señor.

3. “Estás muerto”

¡Qué terrible posibilidad! Tener fama de estar vivo pero que el Señor diga: “*¡Estás muerto!*”. La iglesia en Sardis era lo que conocemos como “cristianos nominales”. Y es triste decirlo, pero cada vez es más fácil encontrarse en las iglesias con evangélicos nominales que rara vez piensan en el Señor Jesucristo y que, sin embargo, suponen que están en el camino al cielo.

Otro ejemplo de este cristianismo nominal lo encontramos en la Iglesia Católica, y más tarde en la Iglesia luterana, que con el tiempo fueron degenerando en un mero formalismo carente de auténtica vida espiritual. En muchos casos, la asistencia a los servicios religiosos en estas confesiones se reduce a una cuestión social: bautismos, bodas, entierros y fiestas locales. Por eso no es difícil escuchar decir a sus participantes: “Yo soy católico, pero no practicante”. Aun así, estas religiones son respetadas por los estados de muchos países, pero delante del Señor eso no cuenta. Como el mismo Señor advirtió:

(Lc 6:26) *“¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas.”*

Quizá por esta razón la iglesia en Sardis, a diferencia de otras iglesias de la zona, no había sufrido persecuciones como las de Esmirna o Pérgamo. Ellos eran un perfecto ejemplo de un cristianismo “inofensivo”. Se habían acomodado al mundo y no tenían que pagar ningún precio por su fe en Jesucristo. ¿Por qué había de molestar a Satanás en perseguir a una iglesia muerta? Pero una iglesia que esté viva y que predique la Palabra del Señor siempre estará bajo los ataques del enemigo.

Pensemos en algunos posibles síntomas de una iglesia o un creyente moribundo:

- Estar satisfechos y descansar en los logros del pasado.
- Estar más preocupados en las formas que en la realidad espiritual.
- Estar más centrados en solucionar problemas sociales que en atender las necesidades espirituales de las personas por medio de la predicación del evangelio de Jesucristo.
- Tener más interés por las cosas materiales que en las espirituales.
- Estar más atentos a lo que los hombres piensan de nosotros que a lo que Dios dice.
- Hacer más énfasis en la denominación que en la Palabra de Dios.
- Perder la convicción de que cada palabra de la Biblia es Palabra de Dios.

Varias ilustraciones que describen bien el estado de la iglesia en Sardis:

- Eran como un museo de animales disecados.
- Usando la expresión que el Señor aplicó a los judíos de su tiempo, eran “*sepulcros blanqueados*”.
- Flores artificiales sin olor.

Un llamamiento al arrepentimiento

(Ap 3:2-3) *“Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.”*

I. “Se vigilante”

Ahora Cristo se dirige al remanente fiel de los verdaderos cristianos en Sardis que estaban en grave peligro de extinción.

El Señor comienza con una exhortación a “*ser vigilante*”. Esta recomendación tenía un sentido especial para la iglesia en aquella ciudad, porque como ya hemos comentado, dos veces había sido capturada debido precisamente a la falta de vigilancia. Quizá a la iglesia le pasaba como a sus antepasados en Sardis, que se sentían seguros confiando en la protección que les ofrecían sus muros. Y es verdad que el creyente está protegido por unas defensas mejores que las que cualquier ciudad pueda levantar, pero esto no nos debe llevar a la relajación o al descuido en nuestra vida espiritual, sino a estar prevenidos constantemente, puesto que la tentación puede aparecer en cualquier momento por donde menos la esperamos.

La falta de alerta espiritual puede resultar muy costosa. El apóstol Pedro exhortaba en este sentido a los creyentes:

(1 P 5:8) *“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.”*

2. “Afirma las otras cosas que están para morir”

Parece que no todo estaba completamente perdido, aún había cosas que *“estaban para morir”*. Pero si las ascuas no eran pronto avivadas para que surgiera nuevamente la llama, terminarían por apagarse.

En aquella iglesia había algunos auténticos creyentes, pero aun éstos corrían el peligro de languidecer por completo en medio de ese ambiente asfixiante. En esa situación no podían ser indiferentes o dejarse llevar por la corriente. Debían empezar por evaluar correctamente la situación desde la perspectiva que el Señor les estaba dando, después tendrían que confrontar el pecado y el error, e influir con su ejemplo y palabra en la comunidad.

Es interesante notar que el Señor no manda a esos cristianos fieles que se vayan de la iglesia y comiencen una obra nueva en otra parte de la ciudad. Dios los dejó allí a fin de llamar al resto que se había extraviado para que volvieran a la fidelidad al Señor. No obstante, si una iglesia deja de serlo (**Ap 2:5**), la separación puede ser la única alternativa (**Ap 18:4**).

3. “Porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios”

En Sardis la queja del Señor Jesucristo a su iglesia es porque sus obras no se conformaban con el criterio de Dios. No habían perseverado en desarrollarse espiritualmente, se habían enfriado y habían perdido el entusiasmo por avanzar en la madurez cristiana. Y al fin y al cabo, lo que de verdad importa en una iglesia no es si los cultos de los domingos se llenan y discurren de una forma animada, sino si cada creyente está avanzando hacia la madurez, pareciéndose cada vez más al modelo que tenemos en Cristo.

Este versículo nos hace ver que Cristo espera algo concreto en la vida de cada uno de sus hijos. Está buscando evidencias de nuestra lealtad y amor hacia él.

Debemos tomar esto muy en serio, porque normalmente el creyente tiene la tendencia en centrarse en sí mismo y espera que Dios le ayude, apoye y consuele en cada circunstancia de la vida, y con frecuencia olvidamos que él también está esperando de nosotros pruebas que demuestren nuestro amor, lealtad y servicio hacia él.

4. “Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete”

El resto fiel en Sardis debía *“acordarse”*, *“tener en cuenta”* o *“recordar”* lo que había recibido y oído. Es decir, necesitaban volver a las verdades de la Palabra de Dios que habían escuchado y les habían llevado a su conversión. Era imprescindible que lo *“guardaran”* en sus corazones y lo practicaran en sus vidas.

Seguramente habían dejado de leer sus Biblias y de alimentarse con la verdad. En ese caso, la falta de una buena dieta espiritual les habría llevado a estar débiles para poder hacer frente a la situación que tenían delante. Era necesario que comenzaran por nutrirse adecuadamente y fortalecerse espiritualmente si querían llevar a cabo lo que el Señor les mandaba.

Sin duda, el haber llegado a esta situación de desidia espiritual era algo de lo que se tenían que *“arrepentir”* urgentemente.

5. *“Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti”*

Una vez más tenemos una llamada del Señor a “velar”, algo que como ya hemos señalado, ellos entenderían muy bien después de lo que había ocurrido en su historia, cuando sus enemigos habían venido literalmente como ladrones en la noche y los habían sorprendido.

También encontramos una advertencia acerca de la venida del Señor: *“vendré sobre ti”*. Seguramente no debemos entenderla como una alusión a su Segunda Venida, sino como una venida anticipada en juicio sobre la iglesia en Sardis. Esta venida podía producirse de diferentes maneras. Sabemos que en la iglesia en Corinto algunos que estaban viviendo desordenadamente estaban enfermos y otros habían muerto (**1 Co 11:30**).

Por lo tanto, tenemos aquí otra de las grandes faltas de esta iglesia: no estaban esperando la Segunda Venida de Cristo. Su vida se había vuelto descuidada y no estaban mirando hacia el futuro glorioso con Cristo. Esto es muy peligroso, porque como cristianos debemos saber que con tener un solo punto débil podemos caer víctimas de alguna astuta estrategia de Satanás.

Una promesa a los vencedores

(Ap 3:4-5) *“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.”*

1. *“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras”*

Aunque la iglesia tenía reputación de estar viva, en realidad, sólo un pequeño número de sus miembros lo estaban. Ellos formaban el remanente fiel. Y este es un concepto que una y otra vez se repite en la Biblia: Sólo ocho personas se salvaron en el diluvio; de los doce espías que Moisés envió a reconocer la tierra, sólo dos llegaron a poseerla; de los cinco mil que comieron del milagro de multiplicación de panes y peces que hizo Jesús, sólo doce se quedaron con él cuando los demás lo abandonaron.

Este remanente fiel eran los *“que no han manchado sus vestiduras”*. En el Antiguo Testamento, si alguien tocaba un cuerpo muerto, la persona quedaba contaminada o manchada. Hay muchas formas de contaminarse con los “muertos”. Aquí debemos entenderlo como una figura para expresar que se habían contaminado con el paganismo de su cultura y se habían extraviado siguiendo doctrinas o prácticas que desagradaran al Señor. No olvidemos que es fácil contaminarse espiritualmente cuando entramos en comunión con el mundo, y esto no le agrada al Señor.

2. *“Y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”*

Este remanente fiel *“andará con el Señor”*, lo que sugiere comunión íntima y personal con él. Realmente este era el problema de esta iglesia: habían dejado de andar con el Señor y esto es lo que nos mantiene con vida en nuestro andar diario.

Podemos pensar en la historia de los dos que andaban por el camino de Emaús (**Lc 24:13-35**). Ellos estaban desanimados por la muerte del Señor. Tal era su frustración que cuando el mismo Señor se acercó a ellos y les acompañó en el camino no le reconocieron. Entonces él les abrió las Escrituras y el corazón de aquellos dos caminantes volvió a arder con una nueva ilusión y ánimo. Más tarde le invitaron a entrar y a sentarse a su mesa. Aquí está el secreto de una vida cristiana victoriosa: la comunión con Cristo resucitado y su Palabra.

Luego añade que tendrán *“vestiduras blancas, porque son dignas”*. Estas vestiduras blancas sugieren la pureza y santidad que produce la justificación de los pecados por medio de la obra de la Cruz. Estas personas son aquellas a quienes el Cordero lavó de sus pecados con su sangre **(Ap 1:5) (Ap 7:14)**. De ninguna otra manera podemos alcanzar esta dignidad; no nos engañemos, ningún hombre puede vivir de una manera totalmente santa. Recordemos las grandes palabras de Isaías:

(Is 1:18) *“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.”*

Por otro lado, esta pureza es necesaria para poder estar en la presencia de Dios. La necesitaremos para entrar en el cielo, porque los invitados a las bodas del Cordero van vestidos de *“lino fino, limpio y resplandeciente” (Ap 19:7-9)*. Son las vestiduras obligadas para entrar a la fiesta de bodas del hijo del rey que contó el Señor en **(Mt 22:1-14)**.

A fin de estar bien preparados para ese momento, debemos empezar ya ahora a vestirnos *“de Cristo”*, como nos exhortaba el apóstol Pablo:

(Ef 4:22-24) *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.”*

3. “El que venciere será vestido de vestiduras blancas”

El Señor sigue hablando del remanente fiel, aquellos verdaderos creyentes que estaban dentro de la iglesia en Sardis. Ahora se los describe como *“vencedores”* y a ellos el Señor les promete que los vestirá con *“vestiduras blancas”*. Aquí vemos con mayor claridad lo que decíamos más arriba; que estas vestiduras nos son dadas por el Señor y que no las conseguimos por nuestros propios méritos.

Aquí las vestiduras blancas representan la victoria que el Señor da a los creyentes juntamente con él. Cuando el Señor se presente en este mundo para juzgarlo vendrá rodeado de los ejércitos celestiales vestidos de lino finísimo, blanco y limpio para disfrutar juntamente con él de su victoria **(Ap 19: 14-15)**.

4. “Y no borraré su nombre del libro de la vida”

El nombre de los verdaderos creyentes está registrado en el *“libro de la vida” (Fil 4:3) (Ap 13:8) (Ap 17:8) (Ap 20:12) (Ap 21:27)*.

Y en este versículo se garantiza que el nombre de los verdaderos creyentes no será borrado del libro de la vida. Es cierto que algunos ven aquí la posibilidad de la pérdida de la salvación, cuando lo que realmente se afirma es todo lo contrario. Este *“no borraré”* equivale al *“no vendrá a condenación”* de **(Jn 5:24)**.

5. “Y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles”

Y por último, una nueva promesa del Señor Jesucristo que garantizaba la plena aceptación de este resto fiel delante del Padre y de sus ángeles.

Cristo se presenta aquí como un Abogado que intercede por los creyentes.

El versículo nos recuerda otras palabras de Cristo acerca de aquellos que le confiesan en este mundo sin avergonzarse:

(Mt 10:32) *“A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.”*

(Mr 8:38) “Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.”

Un llamamiento a oír

(Ap 3:6) “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Esta frase recurrente en todas las cartas enfatiza la responsabilidad de oír. De nuevo se llama a los hombres a que presten atención a esta solemne advertencia en contra de tener una profesión religiosa sin jamás haber nacido de nuevo.

El mensaje a Filadelfia (Ap 3:7-13)

(Ap 3:7-13) *“Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”*

Introducción

Cada una de las iglesias a las que el Señor se dirigió en estas cartas era diferente de las otras. Por un lado, su fidelidad no era la misma en todos los casos, pero tampoco lo eran las circunstancias en las que tenían que dar testimonio. Es especialmente llamativo lo opuestas que eran las iglesias de Esmirna y la de Filadelfia a pesar de que sólo estaban a unos 160 kilómetros de distancia la una de la otra. Veamos algunos de estos contrastes:

- A la iglesia en Esmirna se le dice que algunos iban a ser encerrados en la cárcel (**Ap 2:10**), mientras que en Filadelfia Dios iba a abrir una puerta que nadie podría cerrar (**Ap 3:8**).
- A Esmirna se le dice que iba a pasar por una tribulación de diez días (**Ap 2:10**), mientras que en Filadelfia el Señor les iba a librar de la hora de prueba (**Ap 3:10**).
- En Esmirna la iglesia tenía que sufrir la oposición que les venía de parte de algunos que profesaban ser judíos pero que en realidad eran sinagoga de Satanás (**Ap 2:9**), mientras que en Filadelfia el Señor iba a hacer que los que se decían ser judíos, aunque eran sinagoga de Satanás, vendrían y se postrarían delante de los pies de los creyentes y reconocieran que Dios los había amado (**Ap 3:9**).

Esto sigue siendo una característica muy común en las iglesias de hoy en día. Hay países donde las iglesias tienen las puertas abiertas de par en par para predicar el evangelio, mientras que en otros lugares los creyentes son terriblemente perseguidos. Finalmente todo depende de los propósitos de Dios para con su pueblo. En cada caso él permite que seamos probados de diferentes maneras, como él cree más conveniente.

La ciudad de Filadelfia

Filadelfia fue fundada en el 189 a.C. por el rey Eumenes II de Pérgamo en la ruta que unía Sardis con Colosas. Era conocida como “la puerta de oriente” por estar situada en la ruta principal del correo imperial desde Roma al Este.

La ciudad estaba ubicada encima de una placa tectónica que le llevó a sufrir continuos terremotos. En el año 17 d.C. Filadelfia fue destruida por completo a causa de uno de ellos, siendo reconstruida por Tiberio. Como resultado de esto, quienes sobrevivieron tenían miedo, y la mayoría vivían fuera de sus murallas y otros emigraron.

La ciudad cambió tres veces de nombre. Primeramente se llamó Filadelfia, que en griego significa “el que ama a su hermano”. Esto se debió a su fundador, Eumenes II, que de ese modo quiso honrar a su hermano Átalo II, cuya lealtad le hizo ganarse este epíteto. Más tarde, después del terremoto del año 17, cuando la ciudad fue destruida, Tiberio prestó una generosa ayuda para reconstruirla, y por eso recibió el nombre de Neocesarea en su honor. Y medio siglo más tarde, bajo Vespasiano, volvió a cambiar el nombre por el de Flavia.

El remitente de la carta

(Ap 3:7) “Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre”

Aunque en todas las otras cartas el Señor se vale de símbolos para describirse a sí mismo y éstos proceden de la visión que tuvo Juan de él en el capítulo 1, sin embargo, en esta carta usa otros títulos diferentes que no encontramos allí.

1. “Esto dice el Santo, el Verdadero”

Nuestro Señor Jesucristo se presenta en primer lugar como “el Santo”, título que vuelve a emplearse en **(Ap 6:10)**, pero en ese caso aplicado a Dios. En realidad, esta era una de las formas en las que Dios era conocido en el Antiguo Testamento **(Hab 3:3)**. Por ejemplo, el profeta Isaías se refiere al “Santo de Israel” no menos de veinticinco veces **(Is 54:5)**. Podemos concluir entonces que la identificación de Jesucristo como “el Santo” es una clara confirmación de su deidad.

El segundo título, “el Verdadero”, sirve para indicar que Cristo es digno de completa confianza. Él es real y genuino en todo lo que dice. No es un producto de la imaginación humana, ni tampoco falsea de ninguna manera la verdad.

2. “El que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre”

Como en ocasiones anteriores, el Señor se sirve de un personaje del Antiguo Testamento para expresar su mensaje a una iglesia. En esta ocasión la cita proviene del profeta Isaías:

(Is 22:22) “Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá.”

Debemos comenzar entendiendo a quién se refería inicialmente esta profecía para luego pensar en cómo se aplica al Señor Jesucristo.

En los días del profeta Isaías gobernaba el rey Ezequías, quien tenía un cortesano llamado Sebna que actuaba como mayordomo **(Is 22:15)**, una especie de jefe de personal que se encargaba de controlar la entrada del palacio real, una posición que comportaba la autoridad más elevada en el reino. Este hombre había actuado de forma impropia de su cargo, buscando su propio beneficio personal. Como consecuencia, el profeta le anuncia que sería transportado por Dios en duro cautiverio **(Is 22:17)** y que sería reemplazado en su puesto por un hombre justo y honrado llamado Eliaquim **(Is 22:20-21)**. Es acerca de él

que Dios dice que *“pondré la llave de la casa de David sobre su hombre; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá”*.

Cuando leemos el pasaje de Isaías nos damos cuenta de que el pecado de Sebna había sido su autosuficiencia y la pomposa importancia que se daba a sí mismo. Por ejemplo, había esculpido una tumba para él en un lugar alto con la intención de perpetuar su nombre (**Is 22:16**). También se había hecho de carros para su gloria (**Is 22:18**). Pero ninguna de esas cosas le iban a aportar seguridad ni impedirían que fuera llevado en cautiverio. Este juicio de Dios vino sobre él porque su comportamiento era inapropiado en un miembro tan importante de la casa real de David, por eso es llamado *“vergüenza de la casa de tu señor”*. Su pecado consistió fundamentalmente en aprovecharse de los beneficios que su cargo le otorgaban para promover su propia persona, intentando dejar una huella perdurable de sí mismo en la historia. Por lo tanto, era un hombre al que le gustaba hacer ostentación de sí mismo y que se sentía confiado frente al futuro. Pero Dios cambió todos sus planes y le destituyó de su puesto, colocando en su lugar a Eliaquim.

A diferencia de Sebna, Eliaquim era un hombre íntegro, responsable, que inspiraba confianza y respeto entre el pueblo. Un hombre del que se dice que sería *“asiento de honra a la casa de su padre”* (**Is 22:21**). Es decir, no sería un hombre como Sebna, que buscaba su propia honra, sino que serviría con fidelidad a la casa de David.

Sin duda, fue un honor muy grande para él que fuera ascendido de ese modo, pero ahora vemos que aún recibió un honor más grande, porque en Apocalipsis, el mismo Señor Jesucristo usó las palabras que Isaías dijo acerca de Eliaquim para aplicárselas a sí mismo. Esto es lógico, porque el Señor tampoco estaba buscando su propia gloria, sino la de su Padre celestial (**Jn 17:4**). Por eso Cristo es digno de toda autoridad y confianza.

Por lo tanto, ahora es el Señor Jesucristo quien tiene la llave de David, y él mismo es el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre. Esta llave es sin duda un símbolo de autoridad. Nadie puede interferir en lo que él decide o hace. Sólo Jesús determina quién puede entrar en su casa.

Y aunque aquí no se nos dice qué es lo que él cierra y lo que abre, sin embargo, ya se nos ha dicho anteriormente que *“él tiene las llaves de la muerte y el Hades”* (**Ap 1:18**). Cristo ha abierto el camino a la salvación y nadie podrá cerrarlo. Pero también es él quien cuando las personas rechazan su Palabra, cierra la puerta de la salvación y nadie podrá abrirla. En relación a esto último debemos recordar la forma en la que Dios mismo cerró la puerta del arca de Noé para que nadie más pudiera entrar en ella (**Gn 7:16**).

En cualquier caso, en el contexto inmediato de esta carta, vamos a ver a continuación que el Señor usa esta llave para cerrar la puerta de la persecución contra ellos y les abre nuevas oportunidades.

Cristo alaba a su iglesia

(Ap 3:8) *“Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.”*

I. *“He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar”*

¿A qué *“puerta abierta”* se refiere?

- Algunos creen que se refiere a que las autoridades judías habían excluido a los creyentes en Filadelfia del pueblo de Dios, cuando en realidad, es sólo el Señor Jesucristo quien en verdad proporciona el acceso a la nueva Jerusalén.
- Otros interpretan esta *“puerta abierta”* como una oportunidad para extender el evangelio por medio de la predicación. Y esto no sería de extrañar, puesto que la misma expresión se usa de esa forma en otros lugares (**Hch 14:27**) (**1 Co 16:9**) (**2 Co 2:12**) (**Col 4:3**).

Según esta última interpretación, tendríamos que como recompensa por el fiel servicio que la iglesia había llevado a cabo a pesar de sus pocas fuerzas y recursos, sería bendecida con la posibilidad de un servicio mayor. Por supuesto, el diablo intentaría cerrar esa puerta, pero como ya hemos visto, la llave la tiene el mismo Señor Jesucristo, y nada ni nadie podría oponerse a lo que él hace.

En este punto hemos de notar que la forma de progresar en la vida espiritual es siendo fieles en las pequeñas cosas que el Señor pone en nuestras manos. ¡Qué importante es ser fiel en lo poco!

2. *“Porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre”*

“Porque aunque tienes poca fuerza”

Parece que la iglesia de Filadelfia era pequeña, y tal vez sus miembros pertenecían mayormente a las clases más pobres. Nada de esto sería de extrañar en una ciudad que constantemente sufría violentos terremotos. Sin embargo, reconocer la falta de recursos propios y confiar en el Señor y en su poder, es el requisito fundamental para que él abra la puerta de nuevas oportunidades.

Que los cristianos tengan poco poder es algo positivo ante Dios; el poder es fácilmente objeto de abuso; sin embargo, la debilidad lleva muy a menudo a la dependencia del poder de Dios.

“Has guardado mi palabra”

De los creyentes en Filadelfia el Señor Jesucristo dice que habían *“guardado su palabra”*. Al fin y al cabo, lo que debe caracterizar al pueblo de Dios es su obediencia a la Palabra.

Ellos habían permanecido fieles al mensaje del evangelio, sin alterar su contenido ni abrazar enseñanzas heréticas. Por supuesto, este es uno de los propósitos principales de Satanás al atacar la iglesia: quitar de ella la Palabra de Dios o diluirla mezclándola con otras cosas. Esta iglesia se nos presenta como un ejemplo de pureza en este sentido.

“Y no has negado mi nombre”

Parece que en algún momento los creyentes allí habían sido tentados a negar el nombre de Cristo, pero no habían caído en ella.

En relación a esto, es interesante recordar que la ciudad de Filadelfia había cambiado tres veces de nombre para dar honor a sus distintos benefactores, pero la iglesia se había mantenido fiel al nombre de Cristo.

Una ilustración del Antiguo Testamento

En los tiempos del rey Ezequías vino Senaquerib rey de Asiria contra todas las ciudades fortificadas de Judá y las conquistó (**Is 36:1**). Después de esto envió a Jerusalén al Rabsaces, el principal general asirio, para decirle a Ezequías y a su pueblo que se rindieran. La situación era dramática. Jerusalén era una ciudad muy pequeña en

comparación con las fuerzas asirias, y rápidamente fue completamente rodeada. El Rabaces se acercó a la muralla para decir a los hombres de Ezequías que no valía la pena resistirse, y que no pusieran su confianza en Jehová, porque no era mayor que los otros dioses de las naciones a las que ellos ya habían conquistado. ¿Qué hacer? Si se rendían sería como decir que Jehová era igual que los dioses de las otras naciones. Pero Ezequías tenía poca fuerza en comparación con el poderío de los asirios...

En aquellos momentos Dios ya había quitado a Sebna como mayordomo de la casa de David y había puesto en su lugar a Eliaquim, tal como le había profetizado Isaías (**Is 22:15**) (**Is 36:3**). Este Eliaquim, personaje principal en la corte de Ezequías y responsable de la mayoría de las decisiones que en ella se tomaban, era aquel a quien Dios había dicho que le daría la llave de la casa de David y que abriría y nadie podría cerrar, y cerraría y nadie podría abrir (**Is 22:22**). Era el momento de comprobar hasta dónde llegaba esa promesa. Ellos tuvieron fe en Dios y decidieron quedar firmes en el nombre de Dios. Lo cierto es que humanamente hablando era una situación imposible, pero en esa misma noche el ángel de Jehová visitó el ejército de los asirios y mató a ciento ochenta y cinco mil de ellos. Senaquerib tuvo entonces que regresar a Nínive y allí lo mataron sus dos hijos (**Is 37:33-38**). Los asirios nunca volvieron, porque el pueblo de Dios, aunque era débil, mantuvo su fe en el Señor y no negó su nombre, y por eso les concedió la victoria. Como consecuencia de esto todas las naciones tuvieron que admitir que realmente eran pueblo de Dios y que él los amaba. Es por esto que el Señor alude aquí al Antiguo Testamento.

Es cierto que la iglesia de Filadelfia tenía poca fuerza y carecía de grandes dones. No tenían evangelistas de estatus mundial, ni grandes recursos económicos. Eran gente sencilla, pero que osaron permanecer firmes en el nombre del Señor, y él los protegió y les dio nuevas oportunidades para seguir adelante.

Varias promesas a la iglesia en Filadelfia

(Ap 3:9) “He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado.”

La iglesia en Filadelfia había encontrado la oposición de los judíos. Aquí se explica que eran judíos sólo de nombre, quizá racial, cultural y ceremonialmente, pero no espiritualmente. Al fin y al cabo, los verdaderos judíos son aquellos que creen que el Señor Jesucristo es el Mesías (**Ro 2:28-29**) (**Ro 9:6-9**). Pero como la mayoría de la nación judía rechazó a su Mesías, sus sinagogas se convirtieron en fortalezas desde las que se combatía el cristianismo y que Satanás usaba con ese propósito.

Ahora este versículo parece indicar que algunos de esos judíos se convertirían al cristianismo y la iglesia crecería con algunos de sus más declarados y encarnizados adversarios: *“He aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado”*.

Esto es realmente muy curioso, porque la esperanza judía era que los gentiles serían sometidos por ellos, pero aquí la Palabra promete todo lo contrario; serían los judíos quienes se postrarían ante los creyentes gentiles. Esto sería así porque después de haber rechazado a su Mesías, eran los gentiles quienes tenían que enseñar a los judíos el camino para acercarse a Dios. Y además tendrían que sujetarse a la iglesia porque Cristo está en ella y los ama.

Sin duda, estos judíos tampoco mostrarían ninguna predisposición para aceptar que Cristo amara a los gentiles cristianos de Filadelfia. Los judíos consideraban que sólo ellos eran el pueblo de Dios, y por lo tanto, los únicos a quienes amaba. Esto les había llevado a despreciar a los gentiles como personas ajenas a los pactos de Dios. Pero ahora Cristo reivindica a los creyentes como pueblo suyo amado.

(Ap 3:10) *“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.”*

En el caso de esta iglesia, el guardar *“la palabra de mi paciencia”* puede ser entendido como que habían obedecido al mandato del Señor a ser pacientes, o también como que habían seguido el ejemplo de Cristo (**2 Ts 3:5**), quien fue paciente con los hombres pecadores durante todo su ministerio terrenal (**He 12:1-3**), y aun lo es hoy día, cuando sigue esperando que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (**He 10:13**). En cualquier caso, de una o de otra manera, los cristianos de Filadelfia habían perseverado fielmente a través de sus pruebas y dificultades.

Como consecuencia de esto, dice el Señor, *“yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero”*. Esto puede significar que el Señor los guardaría de tal manera que no tendrían que pasar por la prueba, o que serían guardados por él en medio de la prueba.

En cuanto a *“la prueba que había de venir sobre el mundo entero”*, no sabemos a qué se refiere. Probablemente tenga que ver con alguna tentación que iba a ocurrir en ese tiempo y que afectaría al mundo entero.

Algunos quieren ver aquí que el Señor está prometiendo a la iglesia universal que será librada de la gran tribulación que tendrá lugar antes de la Segunda Venida de Cristo, pero lo cierto es que no hay indicios en el pasaje para pensar así. Más probablemente tenga que ver con la persecución del Imperio Romano contra el cristianismo que en poco tiempo si iba a extender sobre todo el Imperio.

En cuanto al propósito de esta prueba era *“para probar a los que moran sobre la tierra”*. Los habitantes de este mundo tendrían una nueva oportunidad para demostrar cuál era su posición frente al Cristo de Dios.

Una exhortación

(Ap 3:11) *“He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.”*

“He aquí, yo vengo pronto”

Ahora, el Señor resucitado habla de su regreso: *“He aquí, yo vengo pronto”*. Su propósito es animar a su pueblo para que esté preparado para el encuentro con él y de ese modo *“ninguno tome su corona”*.

Pero puede ser que el Señor no se refiera aquí a su Segunda Venida, sino a una intervención personal anticipada sobre esa iglesia. Así ha sido en las ocasiones anteriores, cuando en estas cartas el Señor ha dicho a algunas iglesias que el vendría. En cada caso, la iglesia sufriría distintas consecuencias:

- A la iglesia en Éfeso les dijo que les quitaría el candelero (**Ap 2:5**).
- A la iglesia en Pérgamo, les dijo que pelearía contra ellos (**Ap 2:16**).

- Y a la iglesia en Sardis les dijo que vendría sobre ellos como ladrón en la noche (**Ap 3:3**).

En estos tres casos la venida del Señor sobre su iglesia sería con el propósito de juzgarla, pero en el caso de la iglesia en Filadelfia ocurre lo contrario, su venida sería para protegerles en la hora de la prueba.

“Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”

Cristo exhorta a cada creyente a mantener firme lo que tiene frente a las tentaciones y atracciones del mundo. En realidad, lo que Dios nos ha dado ahora, si lo conservamos con fidelidad, es lo que constituye nuestra corona en el futuro.

Esto no quiere decir que el cristiano pueda perder su salvación, pero sí que puede dejar de recibir su galardón.

Servir a Dios es un alto privilegio, pero es un privilegio que nos puede ser retirado si no somos fieles y dado a otro. Así fue con Esaú que perdió su primogenitura a favor de Jacob, o a Rubén con Judá, y Saúl ante David.

Recibir esta corona implica una victoria, pero también la posibilidad de prestar un mayor servicio en la eternidad.

Una promesa para el que venciere

(Ap 3:12) *“Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.”*

¿Qué incentivos le da Cristo a esta iglesia?

I. “Yo le haré columna en el templo de mi Dios y nunca más saldrá de allí”

Esto quiere decir que no sólo serán bienvenidos a la casa de Jesús, el templo de Dios, sino que formarán parte de él, y por lo tanto, nunca tendrá que salir de allí. Esta es una promesa que da seguridad a los creyentes. En especial a los creyentes en Filadelfia, que a causa de los frecuentes terremotos estaban acostumbrados a tener que salir huyendo constantemente de su casas buscando espacios abiertos para salvar la vida.

Pero el hecho de ser columna en el templo de Dios también podía implicar otra cosa. Los templos antiguos tenían grandes columnas, a veces para apoyar el edificio, pero otras se usaban para ornamento. Por ejemplo, en el templo de Salomón había dos grandes columnas que se llamaban Jaquín y Boaz y que estaban en el pórtico del templo (**1 R 7:21**). Su misión era sostener dos grandes capiteles que se encontraban encima de ellas y que habían sido hermosamente decorados. Estaban allí para que la gente pudiera admirar la belleza de esos capiteles.

Pensando en esto debemos recordar lo que Pablo le dijo a Timoteo:

(1 Ti 3:15) *“... Para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.”*

Aquí el apóstol está diciendo que la iglesia es como una columna que sirve de base de la verdad. No es la iglesia misma la verdad, sino que está allí para presentar la verdad delante del mundo. Este es el privilegio que la iglesia tiene; presentar la verdad de Dios delante del mundo para que puedan descubrir algo de la belleza de Dios y se sientan atraídos a su presencia. Pero para eso es imprescindible aprender a estar firmes. No es

posible cumplir con esta importante misión si nos vamos tambaleando. Tampoco podremos cumplirla fuera de la iglesia, la columna tiene que estar en el templo de Dios.

2. *“Y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.”*

La idea es que ahora los verdaderos creyentes pertenecen a Dios, y si una persona se acerca a ellos podrá ver algo del carácter de Dios y de su ciudad eterna, la nueva Jerusalén, *“escrito en ellos”*. Por supuesto, no se trata sólo de unos nombres escritos, sino que como columnas vivientes los creyentes pueden hablar de forma personal de su experiencia en la casa de Dios.

En cuanto al *“nombre nuevo”* de Dios, posiblemente se refiera al nuevo estado de cosas producido por la consumación de la redención. Ahora Dios aparece de una forma nueva que no había sido posible antes de que se consumara la obra de la cruz. Seguramente este nuevo nombre tenga relación con el cántico nuevo que los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos cantaban y que tenía que ver con la redención conseguida por medio de la sangre del Cordero que fue inmolado **(Ap 5:8-10)**.

Un llamamiento a escuchar la voz del Señor

(Ap 3:13) *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”*

Y finalmente una nueva exhortación a prestar atención a este mensaje y a aplicarlo de forma personal en la vida de cada verdadero creyente.

El mensaje a Laodicea (Ap 3:14-22)

(Ap 3:14-22) *“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”*

La ciudad de Laodicea

Laodicea fue fundada por Antíoco II (261-245 a.C.), y llamada así en honor de su esposa Laodice.

Fue una próspera ciudad debido a su ubicación en la intersección de dos importantes rutas. En aquellos días era uno de los centros comerciales más ricos de Asia Menor, además de un famoso centro bancario. Tal era su riqueza, que cuando la ciudad fue destruida por un terremoto en el 60 a.C., sus habitantes fueron capaces de llevar a cabo su reconstrucción por sus propios medios, sin necesidad de apelar a la ayuda de Roma.

La ciudad era famosa por sus manufacturas de ropas confeccionadas con la lana negra de la región. También se enorgullecía de contar con una famosa escuela de medicina donde se llegó a producir un ungüento con propiedades para curar enfermedades de los oídos y un colirio para las enfermedades de la vista.

Otro detalle interesante es que en el año 62 a.C., allí había una importante colonia compuesta por más de siete mil judíos a quienes se les había concedido el derecho de conservar sus propias costumbres. Estos convivían con otros muchos grupos étnicos sin mayores dificultades.

En la ciudad se levantaban muchas y preciosas mansiones, cuyas ruinas todavía son visibles. Y dada la riqueza de la ciudad, sus habitantes se caracterizaban por la búsqueda del placer, por eso, entre sus edificios había un gran estadio, un hipódromo, tres grandes teatros, baños termales y se celebraban famosas ferias de mercadería.

En este ambiente había también una iglesia cristiana, establecida allí por la predicación de Epafras (**Col 1:7**) (**Col 4:12-13**) o de algún otro discípulo de Pablo. El apóstol les escribió una carta que se extravió (**Col 4:16**), y que se debía leer también en la iglesia de Colosas, y la que se escribió a los colosenses debía ser leída en Laodicea. La relación entre ambas iglesias no es de extrañar, puesto que Colosas se encontraba a tan solo 15 kilómetros al este de Laodicea.

En cuanto a la iglesia en la época en la que Juan escribió el Apocalipsis, no se registra que sufriese algún tipo de persecución o tuviera herejías. Su problema era el orgullo y la

ignorancia, provocados por su autosuficiencia y complacencia. Por esta razón recibió la condenación más severa de todas las que encontramos en estas siete cartas.

El remitente de la carta

(Ap 3:14) *“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto”*

Como en ocasiones anteriores, el remitente de la carta es el Señor Jesucristo, quien se vuelve a presentar con algunas de las frases con las que fue descrito en el capítulo 1.

1. *“He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero”*

Esta expresión subraya la fidelidad del Señor Jesucristo. En él todas las promesas son firmes e inconvencibles. Él es el que garantiza todos los pactos de Dios para con el hombre.

(2 Co 1:20) *“Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén”*

Al mismo tiempo es *“el Dios de verdad”* (Is 65:16), quien nunca miente ni se equivoca. En este sentido, debemos relacionar esta expresión con la frase usada frecuentemente por el Señor en los evangelios: *“De cierto, de cierto os digo”*, que literalmente sería: *“Amén, amén os digo”*.

Complementando lo anterior, Cristo es *“el testigo fiel y verdadero”*, como en (Ap 1:5). El hace exactamente lo que ha prometido y sostiene la verdad de Dios hasta el fin, sin importarle las consecuencias.

Como veremos más adelante, el carácter del Señor contrasta con el carácter y la infidelidad de los cristianos en Laodicea. Ellos deberían recordar esto a la luz de lo que Pablo escribió a Timoteo:

(2 Ti 2:13) *“Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo.”*

2. *“El principio de la creación de Dios”*

Esto no quiere decir, por supuesto, que Cristo fue creado antes que todo lo demás, tal como enseñaron los arrianos en el pasado, o los Testigos de Jehová y los Mormones en el presente.

Por el contrario, lo que se subraya aquí y en otros lugares, es la suprema autoridad y dominio que Cristo tiene sobre toda la creación por haber sido su creador (Jn 1:3) (Col 1:15-17) (He 1:2).

En el libro de Apocalipsis debemos entender la palabra *“principio”* como un título divino idéntico a *“el Primero y el Último”* (Ap 21:6) (Ap 22:13). Y del mismo modo fue usado por el profeta Isaías para aplicarlo a Jehová (Is 41:4) (Is 44:6) (Is 48:12).

Cristo es la fuente, el origen, de todo lo que existe, y por esa razón en él encuentran sentido todas las cosas. Como escribió el apóstol Pablo:

(Col 1:16) *“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él”.*

Por eso, aunque tuviéramos todas las cosas que pudiéramos desear de este mundo, pero si no le tenemos a él, entonces seríamos inmensamente pobres, tal como le estaba pasando a la iglesia en Laodicea.

Cristo reprende a su iglesia

(Ap 3:15-17) *“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.”*

A diferencia de otras iglesias, en el caso de la de Laodicea no hay ninguna palabra de alabanza.

1. *“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente”*

El Señor conoce nuestras obras, lo que siempre muestra el verdadero estado espiritual de las personas. Las palabras pueden indicar otra cosa, pero el Señor afirma que es *“por sus frutos”* que se conoce un árbol **(Mt 7:16)**.

En este caso, lo que Cristo reprocha a esta iglesia es que no eran *“ni fríos ni calientes”*. Ni amaban ni odiaban. No se apasionaban por nada, ni por lo bueno ni por lo malo. Eran indiferentes. El agua caliente es útil para el baño, y el agua fría sirve para calmar la sed en un día caluroso, pero beber agua tibia es muy desagradable.

En este sentido es interesante notar el contraste con las iglesias de Éfeso y Tiatira. Observamos que en Éfeso los creyentes odiaban las falsas doctrinas pero no amaban, mientras que en Tiatira amaban a las personas pero no odiaban el error doctrinal, y en Laodicea ni amaban ni odiaban.

Con frecuencia, muchos de nuestros problemas nos vienen por irnos a los extremos y no guardar el necesario equilibrio. Pero aquí vemos que al Señor le desagrada que no seamos *“extremistas”*, que no seamos ni fríos ni calientes. Bueno, en realidad quiere que seamos calientes en el amor por él y que su obra arda continuamente en nuestros corazones. Como diría Judas, *“que contendáis ardientemente por la fe que una vez ha sido dada a los santos”* **(Jud 1:3)**. ¿Cómo podemos ser tibios en este asunto? ¿Cómo podemos ser cristianos y no ser afectados por su fuego? Esto describe muy bien a aquellos que sólo han hecho una profesión de labios, pero sin implicarse de corazón.

2. *“Por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”*

La iglesia en Laodicea estaba en una grave peligro, porque si persistían en esa actitud, el Señor los vomitaría de su boca. Literalmente le dice a la iglesia: *“estoy al punto de vomitarte”*. La implicación es que si no había un arrepentimiento genuino, la amenaza se iba a cumplir inmediatamente.

Como en anteriores ocasiones, el Señor vuelve a hacer una alusión al Antiguo Testamento para explicar lo que quería decir con esta fuerte expresión. Antes de que Israel entrara en la Tierra Prometida, el Señor les dio un solemne aviso que encontramos en **(Lv 18:24-28)**. Allí se les advirtió que iba a *“vomitar”* a los cananeos que vivían allí por causa de las abominaciones con que habían contaminado la tierra. No podía tolerarlos más, le hacían sentir enfermo. Pero a continuación, les advirtió a los propios israelitas que también haría lo mismo con ellos si seguían las costumbres abominables de esas naciones que Dios estaba expulsando delante de ellos. ¿Qué ocurrió? Al cabo del tiempo se olvidaron del Dios vivo y verdadero, no quisieron escuchar a los profetas que el Señor les envió para llamarles al arrepentimiento, y finalmente fueron arrojados fuera de la tierra y llevados en duro cautiverio a Babilonia. Era un asunto al que tenían que prestar atención.

La iglesia en Laodicea hacia enfermar al Señor. Su tibieza le resultaba insoportable. Podemos pensar en lo que sería beber agua tibia en pleno verano. Esta acción sugiere rechazo y disgusto. El Señor no tolera la tibieza.

Debemos preguntarnos entonces en qué consiste la tibieza.

- Implica indiferencia por las cuestiones espirituales. La persona no se preocupa por la enseñanza bíblica. No le importa si hay errores doctrinales y tampoco se preocupa por combatirlos.
- Falta de compromiso por la obra del Señor y despreocupación por el crecimiento espiritual personal.
- Frente al mundo hay una pérdida del sabor y los efectos que el creyente tiene que tener como sal. Se llega a un punto donde el creyente se confunde con el mundo y tampoco actúa como luz.
- Describe a un cristianismo sin entrega verdadera, hipócrita, falso, mecánico, mezclado con el materialismo.

Esta es una condición muy peligrosa en la que no hay ninguna garantía de auténtica vida espiritual, puesto que lo mismo puede describir a un cristiano mundano como a un profesante no nacido de nuevo.

La situación es grave. En el pasado, el cristianismo no negó la divinidad de Cristo, su encarnación, la redención de Cristo conseguida en la Cruz, ni su segunda venida... pero vivimos en una época cuando encontramos que en muchos seminarios teológicos se están negando estas cosas que son pilares fundamentales del cristianismo. ¿Dónde va a terminar todo esto? Cristo los vomitará.

3. *“Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”*

Otra pregunta que nos debemos hacer es cómo habían llegado a esta situación.

La respuesta la encontramos en las propias palabras de la iglesia en Laodicea: ella decía de sí misma que era rica y que no tenía necesidad de ninguna cosa. En esta frase parece entreverse que ellos mismos se felicitan a sí mismos por su situación. No veían ningún problema en su situación, de hecho, parecen rechazar el diagnóstico del Señor Jesucristo. El problema, por lo tanto, es que se negaban a verse tal como eran realmente, y para colmo, tenían un exceso de confianza en sí mismos.

Pero, ¿en dónde habían puesto su confianza?

Notemos que comienza diciendo: *“Yo soy rico, y me he enriquecido”*. En otras palabras, estaba expresando su orgullo y satisfacción por lo que habían ganado por sus propios esfuerzos. Seguramente los miembros de la congregación pertenecían a la clase alta de la sociedad, gozaban del respeto de la comunidad y tendrían dinero de sobra. Es probable que su lugar de reuniones fuera un edificio maravilloso, con muchas comodidades. Pero toda su riqueza se reducía a recursos materiales y humanos, pero esa no es la riqueza que el Señor valora. De hecho, habló de ese tipo de riqueza como *“el engaño de las riquezas”*, que impide que la Palabra sembrada en el corazón llegue a producir fruto (**Mt 13:22**).

Habían sido vencidos por el materialismo, creían que eran ricos, y en ese proceso de enriquecerse, su corazón se había enfriado en su relación con el Señor. Seguramente habían dejado también de asistir con regularidad a los cultos. Al fin y al cabo, ahora tenían tantas cosas bellas que disfrutar en esta vida que apenas les quedaba tiempo para orar, tener comunión con el Señor y con los hermanos. El materialismo les había vencido. Sin

duda, no hay ninguna cosa mala en muchas de las cosas materiales que podemos llegar a tener, y al Señor le gustaría darnos mucho más, pero él sabe que con frecuencia esas cosas nos alejan de él y nos llevan al desastre espiritual. ¿Qué hará un creyente materialista cuando llegue al cielo? ¿Se quedará ensimismado mirando las calles de oro y no será capaz de contemplar la gloria del Señor, ni disfrutar de su comunión? Por supuesto, eso no será posible, pero es importante comenzar ahora a poner las cosas en su verdadero lugar.

El caso de la iglesia en Laodicea era realmente grave. Miremos lo que dicen a continuación: *“Y de ninguna cosa tengo necesidad”*. Era verdad que la ciudad de Laodicea había sufrido un devastador terremoto que la destruyó, y sus habitantes habían logrado reconstruirla con sus propios recursos sin necesidad de pedir ayuda a Roma. Pero esta actitud, que puede resultar muy loable para ciertas cosas, no se puede aplicar a la vida cristiana. El orgullo espiritual que manifestaban no sólo era insensato, puesto que en estos asuntos nadie puede ser autosuficiente, sino que también era peligroso, porque como la Escritura señala, *“antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu”* (Pr 16:18).

En lugar de la dependencia del Señor, ellos habían llegado a sentirse tan seguros de sí mismos y de sus recursos, que hasta habían excluido al Señor de sus vidas, razón por la que luego lo veremos fuera, llamando a su puerta (Ap 3:20).

4. *“Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”*

Los creyentes en Laodicea no tenían una percepción adecuada de su verdadera situación. Su riqueza les había dado una falsa sensación de seguridad. Pero su riqueza material no era un reflejo de su salud espiritual. Tal vez creían que se les debía envidiar, pero la realidad es que eran dignos de compasión.

Pero era difícil que cambiaran, porque para ello, en primer lugar, tendrían que ver la gravedad de su verdadero estado espiritual. Y aquí estaba el problema: la opinión de la iglesia difería radicalmente de lo que el Señor decía sobre ellos. Mientras que ellos se creían “ricos” y pensaban que no tenían necesidad de nada, el Señor los veía como *“desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos”*. Aquí radicaba uno de sus más graves problemas; estaban *“ciegos”*.

Según el diagnóstico divino eran merecedores de lástima, al fin y al cabo, sólo tenían dinero, ¡pobres ricos! Espiritualmente estaban en bancarrota y eran mendigos. Incapaces de ver su propia condición. Es la condición de una persona que se encuentra grave pero que se niega a ir al médico para ser tratada.

En este punto nos puede servir como ilustración el cuento de Hans Christian Andersen titulado “El traje nuevo del emperador”, también conocido como “El rey desnudo”. Hace muchos años vivía un rey que era comedido en todo excepto en una cosa: se preocupaba mucho por su vestuario. Un día oyó a Guido y Luigi Farabutto decir que podían fabricar la tela más suave y delicada que pudiera imaginar. Esta prenda, añadieron, tenía la especial capacidad de ser invisible para cualquier estúpido o incapaz para su cargo. Por supuesto, no había prenda alguna sino que los pícaros hacían creer que trabajaban en la ropa, cuando en realidad se quedaban con los ricos materiales que solicitaban para tal fin. Sintióse algo nervioso acerca de si él mismo sería capaz de ver la prenda o no, el emperador envió primero a dos de sus hombres de confianza. Evidentemente, ninguno de los dos admitieron que eran incapaces de ver la prenda y comenzaron a alabar a la misma. Toda la ciudad había oído hablar del fabuloso traje y estaba deseando comprobar cuán estúpido era su vecino. Los estafadores hicieron como que le ayudaban a ponerse la inexistente prenda y el emperador salió con ella en un desfile, sin admitir que era

demasiado inepto o estúpido como para poder verla. Toda la gente del pueblo alabó enfáticamente el traje, temerosos de que sus vecinos se dieran cuenta de que no podían verlo, hasta que un niño dijo: “¡Pero si va desnudo!”. La gente empezó a cuchichear la frase hasta que toda la multitud gritó que el emperador iba desnudo. El emperador lo oyó y supo que tenían razón, pero levantó la cabeza y terminó el desfile.

Un llamamiento al arrepentimiento

(Ap 3:18-19) *“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.”*

1. *“Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico”*

Estaban tan ocupados en la vida ganando dinero y comprando cosas, que habían desatendido el principal “negocio” en la vida, que es la compra del verdadero “oro divino”. Ellos no lo sabían, pero sus ilusorias riquezas no eran dignas de ser comparadas con todos los tesoros y sabiduría que están escondidos en Cristo (**Col 2:3**).

Ahora el Señor les hace una oferta de gracia: *“Por lo tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado”*. Este sería un lenguaje que entenderían bien en una ciudad mercantil como Laodicea. Sin embargo, el problema era que en realidad la iglesia estaba en bancarrota espiritual, ¿cómo podrían comprar? Pero la oferta del Señor aquí es la misma que encontramos en Isaías:

(Is 55:1) *“A todos los sedientos; Venid a las aguas; y lo que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche”.*

Esta es la única manera en que cualquiera de nosotros puede comprar de Dios. Pero para ello tendrían que abandonar previamente su estado de autocomplacencia y su egocentrismo. A cambio de eso, el Señor les prometía sus verdaderas riquezas: *“Oro refinado en fuego”*. Oro puro, sin mezcla de impurezas.

2. *“Y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez”*

Como ya hemos comentado, Laodicea era famosa por las ropas confeccionadas con lana negra que allí se producían. Pero en contraste con eso, el Señor les ofrece *“vestiduras blancas”*. Estas últimas hacen referencia a la justicia de Cristo imputada al creyente. Recordemos que a la iglesia en Sardis el Señor prometió a los creyentes que irían vestidos de *“vestiduras blancas”* (**Ap 3:5**).

Está claro que no se refiere a vestiduras literales, sino a ser revestidos de Cristo (**Ga 3:27**), a manifestar el carácter de Cristo (**Ef 4:22-32**). Al fin y al cabo, ¿de qué vale estar vestido con ropa muy bonita si debajo hay una personalidad mala y desagradable? La ropa más bella del mundo no puede cubrir un carácter irascible, mezquino, crítico, sarcástico, amargado... La auténtica belleza consiste en tener una personalidad humana como la de Cristo. Solamente así podremos entrar al cielo (**Mt 22:11-13**). De otro modo, si lleváramos al cielo aquellas cosas que pertenecen a nuestro viejo hombre, el cielo ya no sería cielo.

En Laodicea necesitaban vestiduras blancas para *“que no se descubra la vergüenza de tu desnudez”*. Es verdad que en nuestra desvergonzada sociedad moderna, hay muchos que abogan por imponer el nudismo en diferentes lugares públicos, pero desde la perspectiva divina, esto es una vergüenza. Así lo sintieron también Adán y Eva una vez

que pecaron (**Gn 3:7**). Ellos intentaron cubrir su desnudez con una hojas de higuera, pero Dios les proporcionó túnicas de pieles (**Gn 3:21**). Para esto fue necesario la muerte de un animal inocente. Y esto nos recuerda que para que nosotros podamos ser revestidos de Cristo y su justicia, fue necesario que previamente él muriera como “*el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*” (**Jn 1:29**).

3. “*Y unge tus ojos con colirio, para que veas*”

El colirio que también se producía en Laodicea, nunca lograría mejorar su visión espiritual. Por eso, lo que aquí les ofrece el Señor es el verdadero discernimiento espiritual que viene a través del Espíritu Santo. Sólo de ese modo podrían ver las cosas tal como Cristo las ve. Sólo Cristo nos puede dar la verdadera vista (**Jn 9:39**), porque él es la “*Luz del mundo*” (**Jn 8:12**).

No cabe duda que es muy importante tener una buena vista. Por otro lado, hay personas que no sólo ven bien, sino que además tienen “buen ojo” para el arte, los negocios, la comida... Pero de lo que se trata aquí, lo que de verdad es importante que veamos bien y lo sepamos apreciar, es la belleza que hay en la persona de Cristo. Y este era el problema de la iglesia en Laodicea; sólo tenían ojos para ver las cosas materiales. Pero si en este momento no somos capaces de percibir la belleza que hay en Cristo, ¿qué haremos cuando vayamos al cielo? Ellos necesitaban comprar colirio para que pudieran ver las cosas bellas y de valor eterno que se encuentran en Cristo.

Haciendo un resumen de este versículo, podemos decir que Cristo es todo lo que el hombre necesita:

- Riquezas divinas para nuestra pobreza espiritual.
- Vestiduras blancas de justicia para nuestra pecaminosidad.
- Vista espiritual para nuestra ceguera.

4. “*Yo reprendo y castigo a todos los que amo*”

Tal vez la iglesia en Laodicea no había ejercido la necesaria disciplina y corrección sobre sus miembros, y por eso habían llegado a esta lamentable situación. Pero si una iglesia rehusa ejercer la disciplina sobre el pecado, Dios mismo lo hará (**1 Co 11:27-32**).

Este castigo es una manifestación del amor y la misericordia divinas.

(Pr 3:12) “*Porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere.*”

(He 12:5-11) “*Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.*”

Los canteros cortan las grandes piedras a base de golpear con la maza en sus punteros; el escultor va quitando trozos de piedra con martillo y cincel para elaborar su figura; para

elaborar el vino hay que pisar las uvas; para extraer el aceite de las aceitunas es necesario exprimirlas, y un buen atleta debe someterse primero a rigurosos entrenamientos. No hay método más seguro para conseguir que un chico acabe en la ruina que dejarle hacer lo que le dé la gana. Y por supuesto, la disciplina y el sufrimiento son necesarios también para producir un carácter santo.

5. “Sé, pues, celoso, y arrepiéntete”

El mal fundamental de la iglesia en Laodicea era su tibieza en los asuntos espirituales, algo que manifestaba en su ausencia de celo y entusiasmo en todo lo que hacían para el Señor. Por eso, la exhortación del Señor es: “Sé, pues, celoso, y arrepiéntete”. Sólo así recuperarían el fervor.

Una exhortación

(Ap 3:20) “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”

Como hemos visto, la situación era realmente grave. Tal era así, que el Señor ya no estaba “en medio de la iglesia” (**Ap 1:12-13**), sino que estaba fuera, llamando a la puerta para poder entrar. Esto describe una situación insólita, una iglesia que piensa que no necesita a Cristo y lo deja fuera.

Así que, como no podía ser de otra manera, el Señor los trata como incrédulos, y desde fuera, en su inmensa misericordia, los llama al arrepentimiento. Sigue buscándolos porque sabe que sin él seguirán estando desnudos y no dejarán de ser pobres y ciegos. Constantemente los llama esperando una respuesta, porque la puerta ha de ser abierta desde dentro, el Señor nunca entra por la fuerza en la vida de nadie.

Notemos que dice “si alguno”. Hasta este momento el Señor se había dirigido a la iglesia en su conjunto, pero la conversión es una cuestión personal, por eso aquí apela a cada individuo. Para el Señor no hay distinción de personas, todos por igual son llamados.

El Señor quiere entrar para tener una cálida comunión con cada persona: “Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”. Todo esto sugiere una relación familiar, disfrutando con calma de una buena cena después del duro día de trabajo. Quizá como un anticipo del glorioso banquete celestial que tendrá lugar en las bodas del Cordero (**Ap 19:7-9**).

Una promesa para el que venciere

(Ap 3:21) “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.”

Cristo venció al pecado y ahora está sentado en el trono celestial. Esto nos recuerda que al principio de su ministerio el mismo Satanás le tentó ofreciéndole todos los reinos de este mundo a cambio de su adoración. Por supuesto, el Señor rechazó esta tentación. Él contestó diciendo: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (**Mt 4:8-10**). Con su respuesta dejó claro que si para llegar a tener el mundo entero eso implicaba dejar de adorar a Dios, entonces no lo quería. ¡Qué ejemplo para nosotros! ¡Qué el Señor nos ayude a entender que él es el Creador de todo, y que teniéndole a él lo tenemos todo, y que sin él, nada de lo que podamos llegar a tener vale la pena ni tiene sentido!

Cristo venció por el camino de la cruz, dejando de ese modo un ejemplo a sus seguidores. Es verdad que como consecuencia de su fidelidad al Padre fue crucificado desnudo y en pocas horas murió, pero tres días después resucitó victorioso de la muerte y ascendió al

cielo, donde ha sido “*coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte*” (He 2:9). Aquello que parecía la derrota de Cristo, fue en realidad su victoria.

Ahora, desde esa posición de supremo honor, quiere que aquellos que también vencen al mundo por medio de la fe en él (1 Jn 5:5), se sienten con él en su trono, un privilegio que no merecemos y que recibimos por la gracia de Dios. Pero ¿cuál es la finalidad de esto? Pues no puede ser otra que la de reinar con Cristo sobre este vasto universo de Dios. Esto es lo que Dios desea para cada creyente.

Sin embargo, mientras estamos en este mundo, él probará nuestra fidelidad. Al fin y al cabo, gobernar el universo es una inmensa responsabilidad que no se puede dejar en las manos de cualquiera. Pensemos ahora en los creyentes de Laodicea, y en nosotros mismos, por supuesto. Quizá ellos eran como muchos otros que empezaron su carrera cristiana con ilusión, no faltaban a ningún culto y se esforzaban en crecer espiritualmente. Pero tal vez empezaron a ser atraídos por los placeres del mundo, de tal modo que dejaron de leer la Biblia porque preferían ver la televisión o navegar por internet. Cuando iban a los cultos, empezaban a mirar con inquietud el reloj si el predicador se alargaba un poco porque querían regresar rápido a casa para ver el partido de fútbol de su equipo favorito. Otras veces no iban a la iglesia porque se habían comprado una casita en la montaña y querían disfrutarla. Al final trabajaban tanto para pagar todos sus caprichos que ya no les quedaba tiempo ni para leer la Biblia, orar, ir a la iglesia, o compartir el evangelio con otras personas. En el caso de que estas personas fueran auténticamente creyentes, ¿qué ocurrirá con ellas cuando lleguen al cielo? ¿Qué puede poner el Señor en sus manos para que lo administren? La respuesta la encontramos en la parábola que el Señor contó sobre las diez minas (Lc 19:11-27). A aquellos que habían negociado hábilmente con el dinero recibido y lo habían hecho producir, el Señor les dio autoridad sobre varias ciudades, a cada uno en función de cuánto habían aumentado el capital inicial, pero a uno de ellos que no había producido nada, se le quitó incluso lo que le había sido dado.

Aquí encontramos un eco de la promesa que Jesús hizo a sus doce apóstoles:

(Lc 22:28-30) “Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.”

Gobernar con Cristo es el más alto honor al que un ser humano puede aspirar. Ser dirigente por algunos años en una ciudad como Laodicea habría resultado algo de mucho prestigio para cualquiera de los creyentes allí, pero no comparable con lo que Cristo promete a sus hijos fieles.

Un llamamiento a escuchar la voz del Señor

(Ap 3:22) “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Esta expresión que encontramos al final de cada carta tiene el propósito de que cada persona, de forma individual, recapacite sobre lo leído y lo aplique correctamente a su propia vida. Esto es importante, porque muchas veces oímos un mensaje de la Palabra y pensamos en cuánto le hace falta a los demás, pero no a nosotros mismos. Solemos hacer esto con las amonestaciones, sin embargo, no dudamos en aplicarnos inmediatamente a nosotros cualquier promesa de bendición que escuchamos.

Al final, cada una de las iglesias que recibieron estas siete cartas eran diferentes unas de otras, y la razón estaba en que cada una de ellas tenía una disposición diferente a escuchar la Palabra de Dios.

Ahora bien, en el caso de Laodicea, la pregunta que queda en el aire es si había alguien que todavía estaba dispuesto a escuchar la voz del Señor.

Conclusiones

La iglesia en Laodicea refleja una parte importante del cristianismo del siglo veintiuno. Aquí se describe una iglesia respetable, pero superficial y anémica. Como muchos cristianos en nuestros días, que sólo parecen emocionarse con los deportes, el cine o la política, pero no por conocer más del Señor o por compartir el evangelio con otros. Cristianos que se entregan por completo a los negocios o a los estudios, pero poco o nada a la causa de Cristo. Cristianos obsesionados con sus cuerpos y su apariencia física, pero despreocupados por su vida espiritual. Cristianos entregados a los placeres de este mundo y que no ven la necesidad de negarse a sí mismos y crucificar el yo. Cristianos solícitos en la búsqueda de nuevas experiencias, pero sin un verdadero anhelo de conocer más de la Palabra de Dios. Cristianos que ya no defienden la doctrina bíblica porque no la conocen y porque han abrazado el relativismo de este mundo. Iglesias con una perfecta organización y atractivos programas que pueden funcionar muy bien sin la presencia del Señor Jesús. Un cristianismo, por lo tanto, que ha dejado de ser relevante para el mundo.

Cuentan la historia de una iglesia que en la puerta de su local habían escrito un versículo bíblico que decía: *“Nosotros predicamos a Cristo crucificado”*. Con el tiempo, una parra había ido creciendo a su lado, y poco a poco empezó a tapar las palabras del versículo empezando por el final. Primero cubrió la palabra *“crucificado”*, y curiosamente, también la iglesia que se reunía en aquel local había dejado de predicar la Cruz de Cristo. Luego la parra siguió creciendo y también ocultó la palabra *“Cristo”*; algo que una vez más también guardaba relación con lo que ocurría dentro: ellos habían dejado de hablar de Cristo para centrarse en otro tipo de mensajes más sociales y del gusto de la sociedad moderna. Y finalmente, la parra creció hasta tapar la palabra *“predicamos”*, lo que también se correspondía con la realidad de esa iglesia: habían cambiado la predicación por otras actividades más entretenidas. ¿Qué quedó al final? Pues sólo la palabra *“nosotros”*. Cristo ya no estaba allí, sólo estaban ellos. Algo parecido a esto era lo que le había ocurrido a la iglesia en Laodicea. Roguemos al Señor que nos libre de ir por ese camino.

La adoración celestial (Ap 4:1-11)

Introducción

Hasta ahora hemos visto el juicio del Señor sobre su Iglesia, y a partir de aquí vamos a considerar los juicios del Señor sobre este mundo impío que le ha rechazado. Este orden es lógico, el juicio debe comenzar por la casa de Dios.

(1 P 4:17) “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?”

Hay diferentes formas de dividir el libro de Apocalipsis en función de distintos elementos. En estos estudios vamos a guiarnos por un detalle que encontramos de forma repetida y que parece indicar una división en secciones. Podemos observar que en ciertas ocasiones el autor comienza un nuevo relato con una visión del cielo, normalmente llamando nuestra atención con algún detalle del tabernáculo. Estas secciones comienzan en: **(Ap 1:12) (Ap 4:1) (Ap 8:1-3) (Ap 11:19) (Ap 15:5) (Ap 19:11)**. Otro detalle común en cada una de estas secciones es que todas ellas terminan con un acto de adoración a Dios.

La primera sección que ya hemos considerado **(Ap 1:12-3:22)**, tuvo que ver con la visión del Hijo del Hombre en medio de los siete candeleros de oro, que tal como se nos explica en el propio texto, eran símbolos de las siete iglesias. Y así comenzó una serie de siete cartas a las siete iglesias en Asia.

La segunda sección **(Ap 4:1-7:17)**, comienza con una puerta abierta en el cielo y una visión del trono de Dios. Después de esto veremos una serie de siete sellos que simbolizan los juicios de Dios sobre este mundo. La sección terminará con la alabanza celestial de aquellos que han salido de la gran tribulación.

¿Cuál es el propósito de esta sección? En principio, lo que más llama nuestra atención son los juicios que van a venir sobre esta tierra, simbolizados por los siete sellos, pero si nos fijamos bien, veremos que aún más importante que esto, es la razón por la que estos terribles juicios han de venir sobre la humanidad y quién es digno de ejecutarlos. Finalmente, toda esta actividad tiene como propósito que el nombre de Dios sea glorificado.

Por lo tanto, la sección comienza con una presentación del trono de Dios del que provienen los juicios. Detenernos a pensar en este trono nos ayudará a entender cómo es Dios y qué tipo de gobierno es el suyo.

Al acercarnos al capítulo cuatro de Apocalipsis, veremos que está dividido en dos partes:

- **(Ap 4:1-7)** Una visión del Trono de Dios.
- **(Ap 4:8-11)** Las reacciones de los cuatro seres vivientes y de los veinticuatro ancianos ante el Trono de Dios.

Una puerta abierta en el cielo

(Ap 4:1) “Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas.”

La visión de Juan comienza con una puerta abierta en el cielo. Esto contrasta con la puerta cerrada de la iglesia de Laodicea a la que Cristo estaba llamando mientras esperaba para poder entrar (**Ap 3:20**). Pero la puerta del cielo está abierta, invitando a entrar. Esta puerta celestial no ha estado siempre abierta para los hombres pecadores, de hecho, fue Cristo quien se presentó como *“la puerta”*, y quien prometió que todo el que entrare por él sería salvo (**Jn 10:9**). Esto lo consiguió mediante su obra en la Cruz.

Además de ver una puerta abierta, Juan también escuchó una voz como de trompeta. Sin duda, esta es la voz de Cristo glorificado que ya había escuchado al comienzo de la primera sección (**Ap 1:10**). También en aquella ocasión la voz se asemejaba al sonido de trompeta, y servía para destacar la autoridad del Señor Soberano que hablaba con Juan. Y otro detalle más de este paralelismo se encuentra en el hecho de que en ambas ocasiones Juan estaba *“en el Espíritu”* (**Ap 1:10**) (**Ap 4:2**).

La voz del Señor llamó a Juan al cielo para que desde un punto elevado pudiera contemplar con una perspectiva mucho más amplia los acontecimientos futuros que van a tener lugar sobre este mundo. Algunos han interpretado esta invitación como una alusión al arrebatamiento de la iglesia, pero no hay tal cosa aquí, sino sólo un llamamiento al apóstol para ir al cielo a recibir una nueva revelación, algo similar a lo que le ocurrió al profeta Ezequiel en el pasado, cuando también vio los cielos abiertos y tuvo una visión de la gloria de Dios (**Ez 1:1**).

El Señor promete mostrarle *“las cosas que sucederán”*. Esta declaración pone de relieve el carácter ineludible de los acontecimientos que está a punto de ver. No habrá acción humana ni fuerza diabólica que puedan impedirlo. Pase lo que pase en la tierra, Dios tiene la última palabra.

Otro detalle importante es que lo que le iba ser revelado serían *“las cosas que sucederán después de estas”*. Seguramente debemos entender esta frase en conexión a (**Ap 1:19**), donde a Juan se le ordenó escribir *“las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas”*. Si *“las cosas que has visto”* se refieren a la visión que tuvo del Señor Jesucristo glorificado que vimos en el capítulo 1, y *“las que son”* tienen que ver con la iglesia en su estado actual, reflejado en las distintas cartas que encontramos en los capítulos 2 y 3, entonces *“las cosas que han de ser después de estas”* se refieren a los acontecimientos futuros que han de ocurrir en este mundo y que son descritos en el resto del libro.

Entonces Juan fue transportado al cielo *“en el Espíritu”*, en referencia al Espíritu de Dios que inspiró a los profetas. Seguramente su experiencia fue similar a la del apóstol Pablo:

(2 Co 12:2-4) *“Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo... donde oyó palabras inefables que no es dado al hombre expresar”*

Curiosamente, a Pablo no se le permitió contar lo que vio en el cielo, pero por el contrario, a Juan se le dijo que lo escribiera (**Ap 1:19**). A continuación tenemos una descripción de lo que vio.

Una visión del Trono

(Ap 4:2-7) *“Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas”*

blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando.”

I. Hay un trono establecido en el cielo que gobierna sobre todos

(Ap 4:2) “Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado.”

Lo primero sobre lo que se llama nuestra atención es sobre el hecho de que hay un trono establecido en el cielo y que ese trono no está vacío.

Es verdad que viendo las injusticias que constantemente se cometen a nuestro alrededor, muchos llegan a dudar de que realmente haya un Dios que continúe rigiendo los asuntos de este mundo.

No cabe duda de que Satanás se ha hecho fuerte en nuestro mundo desde el momento en que el hombre decidió pecar y se unió de ese modo a la rebelión contra Dios. Pero Dios nunca ha abdicado ni lo va a hacer. Él es el único que tiene el derecho legítimo para ocupar ese trono, y como veremos en el resto del libro de Apocalipsis, él va a establecer su reino de justicia, terminando así con Satanás y con todos aquellos hombres que se han negado a deponer su actitud de rebeldía y no han querido acogerse a su oferta de gracia.

Si bien es cierto que la historia de la humanidad puede parecer el resultado de una serie de decisiones humanas, sin embargo, lo que Juan va a ver en esta revelación es algo muy diferente. Dios, el Creador y Señor del universo, sigue conduciendo la historia hacia la meta que él ha fijado. Él está sentado en su trono en el cielo, en el centro de mando supremo, y desde allí gobierna los negocios de la tierra. No estamos abocados a un destino ciego producido por fuerzas incontroladas.

Y a los primeros lectores de Juan, acostumbrados a pensar en el trono de César como el más elevado de este mundo, también debía recordárseles que hay un trono que estaba por encima del suyo y de todos los que a lo largo de la historia han surgido o pueden llegar a surgir. El trono de Dios está en el cielo, y reina sobre todos los demás. Esta fue la lección que Nabucodonosor tuvo que aprender cuando se enorgulleció contra Dios y no le quiso dar gloria:

(Dn 4:32) “Y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere.”

Por lo tanto, la visión del futuro que Juan tiene comienza con Dios en el control, y en el resto del libro veremos cómo sus enemigos son castigados finalmente mientras él establece su reino de justicia y paz.

Por lo tanto, este trono va a tener un papel muy importante a lo largo del libro. Frente a él se desatarán los siete sellos y se tocarán las siete trompetas que traerán los juicios de Dios sobre este mundo. Ante él adorará la gran multitud de redimidos de todas las naciones (**Ap 7:9-10**). Desde el trono se pronuncia la sentencia “*Hecho está*” que anunciará la caída de las ciudades de las naciones y el juicio de la gran Babilonia (**Ap 16:17-19**). Allí se celebrará la victoria final de Dios (**Ap 19:1-8**). Ante él se juzgará a todos los hombres (**Ap 20:11-15**). Y de él saldrá el río de agua de vida (**Ap 22:1**).

2. ¿Qué sabemos del que está sentado en el trono?

(Ap 4:3) *“El aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina”*

Por supuesto, no se hace una descripción del aspecto físico del que estaba sentado en el trono, sino que se usan ciertas sugerencias que nos transmiten una idea de su belleza.

La expresión *“semejante a piedra de jaspe y de cornalina”* es difícil de determinar debido a la carencia de una terminología científica entre los antiguos, y por lo tanto, los nombres que ellos usaban no se corresponden exactamente con los nuestros. Sin embargo, podemos entender que Juan fue atraído por la belleza del color y el resplandor de la luz que surgía del que estaba sentado en el trono, y ante la dificultad de describir adecuadamente la gloria del que estaba sentado en el trono, la compara con las piedras preciosas más bellas que conocía.

3. La disposición de otros elementos en relación al trono

(Ap 4:3-7) *“... Y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando.”*

Juan nos da muchos detalles sobre todo lo que rodea ese trono. Fijémonos en algunos de ellos:

- Alrededor del trono había dos cosas: Un arco iris que daba completamente la vuelta al trono **(Ap 4:3)**, y también veinticuatro tronos en los que estaban sentados veinticuatro ancianos con ropas blancas y coronas de oro en sus cabezas **(Ap 4:4)**.
- Del trono salían relámpagos y truenos y voces **(Ap 4:5)**.
- Delante del trono había dos cosas: Siete lámparas de fuego **(Ap 4:5)** y también un mar como de vidrio semejante al cristal **(Ap 4:6)**.
- Junto al trono y alrededor de él: Cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás **(Ap 4:6-7)**.

A continuación vamos a pensar en lo que quiere decir cada uno de estos detalles.

4. Alrededor del trono: el arco iris y veinticuatro tronos

Empecemos por notar la disposición de estos dos elementos. El trono está en el centro y a su alrededor dos círculos, uno vertical, con el arco iris, y otro horizontal en el que estaban colocados los veinticuatro tronos.

Estos elementos y su disposición alrededor del trono son importantes, porque cualquier cosa que proceda del trono pasará por estos dos círculos. Dentro de muy poco se nos va a decir que de ese trono saldrán los terribles juicios que van a venir sobre este mundo, y de alguna manera, se nos va a enseñar que vienen caracterizados por lo que estos dos círculos simbolizan.

Primer círculo: el arco iris

El arco iris nos conduce directamente a la historia del diluvio y al momento cuando Noé salió del arca y erigió un altar a Dios. Fue entonces cuando Dios le hizo una promesa que afectaría a toda la humanidad en el futuro: nunca más destruiría este mundo por medio del agua (**Gn 9:8-17**). La señal de este pacto sería el arco iris. Así que, cada vez que Noé viera que el cielo se nublaba con la intención de llover, él estaría tranquilo recordando el pacto de Dios que garantizaba que no vendría otro diluvio.

Esta historia nos recuerda dos cosas muy importantes:

- Primero, que Dios limita sus juicios por su misericordia. Dios tiene que juzgar a este mundo, pero le duele enviar sus terribles juicios, así que, en su misericordia retrasa el momento de hacerlo dando nuevas oportunidades de arrepentimiento para los hombres.
- Y por otro lado, el arco iris es también un símbolo de la ofrenda aceptada (**Gn 8:20-22**). Dios aceptó el sacrificio que Noé presentó, y como sabemos, también ha aceptado el sacrificio que Cristo ofreció en la Cruz. Este último garantiza a todos los que creen en él que serán librados de la ira venidera (**1 Ts 1:9-10**).

Segundo círculo: veinticuatro tronos

Es interesante notar que ya en este momento hay tronos alrededor del trono de Dios. Ahora bien, ¿quiénes son las personas que están sentadas en esos tronos? El texto no nos dice quiénes son, pero sí que nos dice mucho acerca de ellos. Aquí son descritos como *“veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas”*. De esto podemos deducir algunas cosas:

- Eran *“ancianos”*. No se trata de seres angelicales, porque no tenemos noticias de que los ángeles envejezcan. Debemos entender que son hombres de madurez, conocedores de los propósitos del Rey y capaces de comunicarlos (**Ap 7:13-17**). Algo similar a los ancianos de Israel que cooperaban con Moisés en la dirección del pueblo (**Ex 24:1**) (**Nm 11:16-17**).
- Sus *“ropas blancas”*, sus *“coronas de oro”* y los *“tronos”* que ocupan, nos recuerdan también a los vencedores de las iglesias (**Ap 3:5**) (**Ap 3:11**) (**Ap 3:21**). Estos vencedores son aquellos que han creído que Jesucristo es el Hijo de Dios (**1 Jn 5:5**). Como más adelante veremos, estos ancianos adoran a Dios porque los ha redimido por medio de la sangre del Cordero y los ha hecho reyes y sacerdotes (**Ap 5:8-10**).
- Tenían *“coronas de oro en sus cabezas”*. Esto implica que les ha sido concedido el derecho de gobernar porque son justos.

Es interesante notar que Dios ha querido asociar consigo a sus criaturas en el gobierno del universo. La idea de que Dios es un gobernador solitario es falsa. Él no es un tirano, sino que desea delegar su autoridad en otros. El Señor Jesucristo anunció que en el futuro Dios invitará a los creyentes a sentarse en tronos y juntarse a él en el gobierno de este universo:

(Mt 19:28) *“Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.”*

Todas las decisiones que salen del trono de Dios pasan por ellos. Entendemos que no son autómatas que simplemente hacen lo que se les dice de una forma mecánica. Son seres

con libre albedrío que han rendido su voluntad a Dios y han aprendido de él a gobernar los destinos de este mundo. En realidad, cada uno de los creyentes nos estamos preparando en este tiempo para ese destino final. Las decisiones que tomamos, la forma en la que administramos nuestro tiempo y los dones que Dios nos ha dado, van formando en nosotros un carácter que perdurará por la eternidad.

5. Del trono salían relámpagos y truenos y voces

Los relámpagos, voces y truenos que salen del trono nos hacen pensar en la manifestación de Dios en el Sinaí cuando dio la ley (**Ex 19:16-19**). Fue una escena aterradora, de tal manera que los que oían, *“rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba”* (**He 12:18-20**). En realidad, era lógica su reacción, pues Dios estaba descendiendo del cielo para dar su justa ley, que manifiesta nuestro pecado y nos señala como culpables.

Y aquí en Apocalipsis ocurre algo similar. Aunque el terror en esta ocasión es mayor, puesto que en todas las veces en que aparecen los relámpagos, truenos y voces en el libro de Apocalipsis, siempre se relacionan con los juicios de Dios que salen del trono (**Ap 8:5**) (**Ap 11:19**) (**Ap 16:18**). Es decir, si en el monte Sinaí Dios dio a conocer las justas demandas de su ley, en Apocalipsis se presenta trayendo el juicio por toda desobediencia de los hombres. Por esto, la escena que aquí se nos presenta inspira terror. Aunque en este punto es interesante notar que mientras que todo esto ocurre, los veinticuatro ancianos permanecen impassibles en sus tronos, como si ellos no fueran afectados por estos juicios. La razón es que ellos forman parte de los que han sido redimidos por la sangre del Cordero y no temen su ira (**Ap 5:8-10**).

6. Delante del trono: siete lámparas y un mar de vidrio

Ahora nos tenemos que situar delante del trono. Esto sería lo primero que vería cualquiera que se acercara a él.

Por ejemplo, recordamos el trono que había diseñado el rey Salomón. Cualquiera que se acercara a él se habría encontrado con doce leones en las escaleras que subían hasta el trono (**1 R 10:18-20**). Y no cabe duda de que estaban colocados allí con la finalidad bien calculada de hacer entender a todos de qué tipo de trono se trataba.

“Ardían siete lámparas de fuego”

Ahora, cuando nos acercamos al trono de Dios nos encontramos con siete lámparas ardiendo para dar luz. Esto nos recuerda al candelero de oro con siete lámparas que era usado en el tabernáculo para iluminarlo (**Ex 25:31-40**). Estos detalles nos indican que el gobierno de Dios es el del reino de la luz.

Como creyentes recordamos que antes estábamos bajo la potestad de Satanás y su reino de tinieblas (**Col 1:12-13**). Él había cegado nuestro entendimiento para que no apreciáramos *“la luz del evangelio de la gloria de Cristo”* (**2 Co 4:4**), y de esta manera el diablo sigue controlando a las personas para mantenerlas en oscuridad e ignorancia. Pero ahora Cristo nos ha liberado de él para trasladarnos a su reino de Luz.

(1 Jn 1:5) *“Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él”*

El gobierno de Dios es “transparente”. No hay nada oscuro que el hombre pueda descubrir en él. Sin embargo, no a todo el mundo le atrae esta idea, porque lo primero que él va a hacer es sacar a la luz nuestros propios pecados. Por esta razón muchos huyen y se apartan porque no quieren ser reprendidos.

(Jn 3:19-20) *“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”*

En cuanto a las siete lámparas que están delante del trono, el autor nos explica que son *“los siete espíritus de Dios”*. Y probablemente, aquí como en **(Ap 1:4)**, la expresión se refiere a la plenitud del Espíritu Santo.

Esto es muy apropiado en este contexto, ya que la luz y el conocimiento de Dios es una obra del Espíritu Santo tanto en los creyentes como en los inconversos.

(1 Co 2:11-12) *“... Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”*

“Había como un mar de vidrio semejante al cristal”

Encontramos un antecedente de este *“mar de vidrio”* en el templo de Salomón **(1 R 7:23-26)**. Estaba colocado en el atrio de afuera y era un lavacro tan grande que lo llamaban en aquel entonces *“el mar”*. Los sacerdotes lo utilizaban para lavarse y purificarse. El Nuevo Testamento se refiere a él como *“el lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo”* **(Tit 3:5)**.

Ahora en Apocalipsis notamos nuevamente que este mar de vidrio estaba delante del trono, lo que sugiere que todos los que se acercan a él son limpiados y regenerados. En este poder regenerador del Espíritu Santo radica el triunfo del gobierno de Dios. Y por supuesto, todos los que han sido limpiados en este mar serán librados de los juicios de Dios.

Otro detalle que podemos notar es que este mar de vidrio es descrito como *“semejante al cristal”*, algo que nos recuerda al momento cuando Moisés, Aarón y los ancianos tuvieron una visión de la gloria de Dios **(Ex 24:10)**. En ambos casos la idea es que el suelo de la sala del trono era tan claro que hacía que la gloria de Dios resplandeciera a través de él.

Para ello, era necesario que fuera un *“mar”* en calma, lo que nos transmite la idea de serenidad y quietud, en contraste con el caos y el desorden de este mundo.

7. En medio del trono y alrededor: cuatro seres vivientes

Ahora nos encontramos con cuatro seres vivientes de los que nuevamente la Palabra no nos aclara quiénes son. Sin embargo, sí que nos dice lo que son. Son seres vivientes de toda clase de vida: uno semejante a un hombre, otro a un águila, otro a un becerro y otro a un león. En cualquier caso, por la descripción que se hace de ellos, podemos decir que no se corresponde con ninguna especie animal que nosotros conozcamos en nuestro mundo.

En la visión que Ezequiel tuvo de la gloria de Dios al comienzo de su ministerio, vio también cuatro seres vivientes que guardaban un parecido innegable con los que ahora encontramos en Apocalipsis **(Ez 1:5-14)**. Y más adelante nos explica que eran querubines **(Ez 10:1-22)**.

Un detalle interesante son sus ojos: Están *“llenos de ojos delante y detrás”* **(Ap 4:6,8)**. De este modo pueden mirar hacia todos los lados; hacia Dios y hacia la creación. No hay nada que les esté oculto, y además, siempre están alerta.

También se nos dice que *“tenían cada uno seis alas”*, aunque no se nos dice nada acerca de su función. Quizá podemos conjeturar que son emblemas del continuo servicio que

rinden a Dios, particularmente en lo que respecta a la adoración. En **(Is 6:2)** se nos habla de querubines que estaban ante el trono de Dios y que también tenían seis alas. Ellos las usaban para cubrirse sus rostros en señal de reverencia, seguramente porque no podían mirar directamente a la gloria del que estaba sentado en el trono.

Estos cuatro seres vivientes aparecen con frecuencia en Apocalipsis y vemos que además de tomar parte activa en las terribles manifestaciones de la ira de Dios, siempre se encuentran cerca de él rindiéndole su adoración.

Reacciones de los seres vivientes y los ancianos

(Ap 4:8-11) *“Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.”*

I. La reacción de los seres vivientes

Encontramos ahora que lo que los cuatro seres vivientes hacen sin cesar *“día y noche”*, es adorar a Dios. No olvidemos que la adoración es la actividad principal en el cielo y que allí tendremos la capacidad de hacerlo sin descanso. Por lo tanto, la adoración centrada en la dignidad de Dios que se manifiesta en su carácter y en sus obras, es la experiencia del cielo más real que podemos tener en esta vida presente.

En cuanto a los seres vivientes, notamos que están *“llenos de ojos”*, lo que les permite observar todas las maravillas de las obras de Dios, y como consecuencia pueden adorarle continuamente por ellas.

Quizá de esto tendríamos que aprender mucho los hombres. El diablo ha introducido en nuestro mundo el interés por disfrutar de todas las cosas que la vida nos ofrece pero sin tener en cuenta a la Fuente de esa vida. Pero ¿qué sentido tiene el interés por la música y no desear conocer al que nos ha dado la capacidad para poder disfrutar de ella? ¿Por qué querer descubrir los maravillosos mecanismos que mueven este mundo y no tener interés en conocer a su Diseñador? Esta actitud hace perder al hombre el disfrute pleno de cada una de estas cosas. Deberíamos buscar a través de cada una de ellas la comunión con Dios y adorarle consecuentemente por la maravilla de su propio ser.

Aquí vemos algunas de las razones de la adoración de los cuatro seres vivientes. Fijémonos que la adoración consiste en reconocer quién es él, y en expresarlo con admiración y sumisión.

“Santo, santo, santo”

Su canto nos recuerda al de los serafines que vio el profeta Isaías **(Is 6:1-3)**. Aquí estos cuatro seres vivientes expresan la misma idea: Dios es santo, absolutamente puro y diferente de todo cuanto existe. Quizá el hecho de que la palabra *“santo”* se repita tres veces tiene como objeto abarcar a la Trinidad.

“Es el Señor Dios Todopoderoso”

También identifican a Dios como el ser más poderoso que existe. Él puede hacer sin esfuerzo cualquier cosa que su santa voluntad se proponga, tanto en relación con la creación, la redención o los juicios. Nadie puede oponerse a él.

“El que era, el que es, y el que ha de venir”

Como seres vivientes, lo que ellos aprecian del que está sentado en el trono es el hecho de que él es *“el que era, el que es, y el que ha de venir”*. Ellos son seres vivientes y entienden que no se han hecho a sí mismos, ni son la fuente de su propia existencia. Por esta razón alaban a Dios por su eternidad, porque él es el único que tiene completa autonomía, es siempre el mismo y sus años nunca se acabarán.

Dios es Santo, Todopoderoso y Eterno. No hay nadie que se pueda comparar a él. En el tiempo en que se escribió Apocalipsis, los emperadores romanos reclamaban ser adorados como dioses, pero sus pretensiones se desvanecen en lo absurdo cuando las miramos a la luz de quién es realmente Dios. Ni los Césares, ni ningún otro hombre después de ellos, por muy importante que haya sido, ha creado el universo, no es eterno y tampoco tiene ningún control sobre el futuro de este mundo.

2. La reacción de los ancianos

Desde sus tronos, los veinticuatro ancianos ven a los cuatro seres vivientes adorar a Dios. A ellos esta actitud les parece completamente justa, así que ellos mismos abandonan sus tronos, se quitan sus coronas, y las colocan delante del trono de Dios mientras le adoran diciendo: *“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”*.

De este modo, ellos también reconocen que la vida y la autoridad que tienen, expresada aquí por sus coronas, la han recibido de Dios. Así que, reconocen el poder y la dignidad que sólo le corresponden a él. Así que, mientras que los seres vivientes adoran a Dios por sus atributos, los veinticuatro ancianos lo hacen por sus hechos en la creación.

Sería razonable que todos los hombres reconociéramos que no nos hemos hecho a nosotros mismos ni somos productos de la casualidad, sino que todo lo que somos y tenemos se lo debemos a él.

En cuanto a los términos utilizados en la adoración resumimos lo siguiente:

- *“Gloria”*: el reconocimiento de los atributos y las perfecciones de Dios.
- *“Honra”*: la reverencia, respeto y temor debido a Dios.
- *“Acción de gracias”*: gratitud a Dios por su creación y providencia.

3. La dignidad de Dios

Como estamos viendo, en este capítulo se subraya la dignidad de Dios como Creador: *“Porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”*. ¿Cuál es la razón por la que Dios hizo todas las cosas? Algunos creen que fue hecho primordialmente para el disfrute y placer del hombre. Pero aunque al hombre le gusta colocarse en el centro de todo, el universo fue hecho para Dios: *“por tu voluntad existen y fueron creadas”*.

Ahora bien, si este mundo fue hecho para servir a la voluntad de Dios, entonces está claro que algo está funcionando muy mal. ¿Cuál es el problema? Pues que siendo criaturas, debemos nuestra existencia a Dios, y no queremos reconocer que hemos sido creados

para hacer su voluntad. En lugar de eso el hombre no quiere tener en cuenta a Dios y ha trazado su propio camino. El profeta Isaías lo describió perfectamente:

(Is 53:6) *“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino...”*

Nos hemos descarriado, hemos elegido un camino equivocado y peligroso. No se trata necesariamente de pecados como el asesinato, la violación o el robo, sino el pecado de no querer reconocer los derechos legítimos que Dios tiene sobre nuestras vidas. Y nuestra vida no podrá funcionar correctamente en tanto que vaya por un camino diferente para el que Dios la diseñó, es decir, para vivir de acuerdo a su voluntad.

Cuando los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes adoran a Dios reconociendo estos hechos, de alguna manera están reclamando que el universo debe regresar a la voluntad de Dios. Para ello es necesario que el hombre se arrepienta. ¿Pero que ocurrirá si se sigue negando a hacerlo? Esta pregunta será contestada en próximos capítulos. Allí veremos que Dios no sólo tiene la autoridad suprema sobre este mundo por ser su Creador, sino que veremos también la dignidad del Cordero en la esfera de la redención y del juicio. Porque es necesario que este mundo sea juzgado, y que Dios tome el control absoluto sobre él como la única forma posible para que pueda volver a funcionar correctamente.

El rollo y el Cordero (Ap 5:1-7)

(Ap 5:1-7) “Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo.

Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.”

Introducción

En muchos sentidos el capítulo cinco está íntimamente unido al anterior. La acción sigue discurriendo alrededor del trono, aunque aquí se introduce un hecho muy importante; la aparición del Señor Jesucristo. Él es presentado como el legítimo Gobernador de la tierra, quien ha dado su vida por la redención de los pecadores, pero también quien va a ejecutar los juicios que van a venir sobre este mundo. Es de este modo como él va a conseguir establecer el Reino de Dios en este mundo.

Un libro con siete sellos

(Ap 5:1) “Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.”

La primera cosa que llama la atención de Juan en este momento es que el que estaba sentado en el trono tenía en su mano un libro escrito por dentro y por fuera. En cuanto a este “libro”, debemos recordar que en aquel tiempo los libros no eran como los nuestros de hoy, sino que se usaban rollos confeccionados con hojas de papiro unidas entre sí. En estos libros antiguos normalmente sólo se escribía por uno de los lados del papiro, pero en este caso estaba escrito por los dos, lo que nos da a entender que estaba completamente lleno. La escena nos recuerda a otra que encontramos en **(Ez 2:9-10)**.

En cuanto al contenido del libro; no se nos dice, aunque iremos viendo que en la medida en que se van abriendo sus sellos, son revelados los juicios de Dios sobre la tierra. En todo caso, no debemos perder de vista que la acción que comienza con la apertura del primer sello en **(Ap 6:1)** no termina hasta **(Ap 21:6)**, cuando Dios anuncia “Hecho está”. Leamos el pasaje completo:

(Ap 21:5-6) “Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.”

Es fácil perderse dentro del libro de Apocalipsis viendo como la apertura de los siete sellos da lugar después al toque de las siete trompetas y a que las siete copas de la ira de Dios sean derramadas sobre la tierra. Pero aunque es importante fijarnos en todos estos

detalles, no debemos perder de vista el propósito con el que todo esto ocurre, y que no es otro que la sustitución del viejo orden por uno completamente nuevo, fruto del plan redentor del Cordero.

Por lo tanto, en cuanto al contenido del libro sellado con siete sellos, debemos pensar que se trata del programa divino para establecer el reino de Dios en este mundo. Y el hecho de que esté sellado, no tiene tanto que ver con que no se pueda leer, sino con el hecho de que no se había hallado a nadie capaz de ejecutarlo.

Y por otro lado, el que esté sellado con siete sellos, nos hace pensar que se trata de un documento oficial de gran importancia que conserva su contenido con total integridad. Por ejemplo, tenemos el caso de la compra de una propiedad que hizo el profeta Jeremías (**Jer 32:6-15**). El documento se redactó por duplicado, siendo una copia sellada y guardada en lugar seguro, mientras que la otra permaneció abierta para cualquier trámite. Y en cierto sentido, podríamos decir que el contenido de este libro sellado que Juan vio en la mano derecha del que estaba sentado en el trono, también está duplicado y hay una copia abierta a disposición de todas las personas que quieran leerlo, puesto que pueden encontrarla en los anuncios proféticos de la Biblia y especialmente en Apocalipsis.

Por lo tanto, este libro contiene, por así decirlo, la “hoja de ruta” de aquellos acontecimientos proféticos finales que han de acontecer en los últimos tiempos, y que tienen como meta el establecimiento del reino de Dios en este mundo; un plan que de ninguna manera puede fracasar.

Y debemos alegrarnos de que por tanto tiempo este libro ha estado cerrado, porque cuando se abra, comenzarán los juicios y las oportunidades de entrar en el Reino de Dios se terminarán para la humanidad.

Esto nos recuerda el episodio que tuvo lugar en la sinagoga de Nazaret, cuando al Señor se le dio a leer en el profeta Isaías. Justo antes de que comenzara la lectura en el lugar donde se anunciaba el “*día de la venganza del Dios nuestro*”, él se detuvo y cerró el libro (**Lc 4:18-19**) (**Is 61:2**). Y podríamos decir que desde entonces la paciencia de Dios lo ha mantenido cerrado, hasta el momento en que nos encontramos en este pasaje en Apocalipsis, cuando el Señor Jesucristo lo abrirá y el “*día de la venganza del Dios nuestro*” se ejecutará sobre este mundo rebelde.

“¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?”

(Ap 5:2-4) “Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo.”

I. “¿Quién es digno?”

A continuación aparece un “ángel fuerte” al que se le había encomendado la gran responsabilidad de encontrar a un ser digno de desatar los sellos del rollo para que el plan de Dios se pudiera poner en marcha.

El pregón se hizo “a gran voz”, de tal manera que llegó a todo “el cielo, la tierra y debajo de la tierra”, es decir, a los puntos más lejanos de la creación.

Notemos bien lo que el ángel estaba buscando: “¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?”. Lo que se buscaba no era alguien poderoso (el ángel era “fuerte”), sino alguien “digno”; porque los juicios de Dios son de naturaleza moral. Hoy en día no sería difícil encontrar algún hombre que, si Dios se lo permitiera, pudiera hacer

desaparecer este planeta con sus bombas atómicas. Pero tener el poder para apretar un botón y lanzar bombas, no le legitima moralmente para hacerlo. Y aquí la cuestión fundamental tiene que ver con la dignidad de alguien que pueda ejecutar los justos juicios de Dios sobre este mundo impío y de ese modo haga volver el universo a la voluntad de Dios. Al fin y al cabo, se trata de juzgar el pecado, que es el obstáculo para que en este mundo se pueda instaurar el reino de Dios en toda su plenitud. Pero, ¿quién puede enfrentarse con el pecado a este nivel?

En este punto es importante notar que no se trata únicamente de que Dios destruya a los pecadores que se oponen a él de la misma manera que nosotros haríamos con un mosquito que se coloca en nuestro cuello con el fin de chuparnos la sangre. El planteamiento no es ese. Por supuesto que Dios podría haber acabado con la humanidad en el mismo momento en que Adán y Eva pecaron, incluso podría haber destruido este universo y creado otro en el mismo instante sin esfuerzo alguno. Pero la cuestión no era tan simple. No debemos olvidar que lo que Satanás había hecho creer a la humanidad es que era mejor para el hombre que viviera siguiendo su propio camino y no obedeciendo a la voluntad de Dios. Según él, Dios era un tirano que no amaba a sus criaturas y que los esclavizaría haciéndoles seres infelices. Ahora bien, con toda reverencia decimos, que si Dios hubiera destruido este mundo con su poder en el primer momento que el pecado entró en él, Satanás habría ganado la batalla, porque de alguna manera Dios le habría dado la razón a Satanás. En ese supuesto caso Dios habría demostrado su poder, pero también su falta de amor por el ser humano.

Entonces la cuestión que se plantea en este momento es si hay alguien que no sólo tenga el poder para juzgar a este mundo, sino también que tenga la dignidad y calidad moral para hacerlo. Y aún más, que sea capaz también de establecer un orden nuevo donde las personas vuelvan a una relación correcta con Dios.

2. “Ninguno podía”

La cuestión es que *“ninguno podía abrir el libro, ni aun mirarlo”*. Después de buscar en cada región, todas las criaturas se mostraron completamente impotentes para poner en marcha los planes eternos de Dios. Ni ángeles ni hombres pueden conseguirlo. Ni la ciencia, ni tampoco los mejores deseos de los hombres pueden conducir este mundo al establecimiento del reino de Dios en esta tierra.

3. “Y lloraba yo mucho”

Ante esta situación Juan lloraba mucho. Sin duda, lo que a él le preocupaba no era quedarse sin saber lo que había escrito en el libro acerca de los acontecimientos futuros, sino el hecho de que los planes de Dios permanecieran sin cumplirse. Eso implicaba que esta tierra seguiría bajo la maldición del pecado, sufriendo sus desgraciadas consecuencias por los siglos de los siglos. Significaba igualmente que este mundo seguiría en las manos de Satanás y la soberanía de Dios continuaría siendo puesta en duda. Igualmente toda la maldad quedaría sin ser juzgada y los justos nunca serían vindicados.

Por lo tanto, Juan lloraba porque él quería ver el mundo libre de maldad, de pecado y de muerte. Quería ver a Satanás vencido y el reino de Dios establecido en la tierra. Quizá los creyentes nos hemos acostumbrado a ver este mundo bajo la maldición del pecado y lloramos poco, como si en realidad no tuviéramos deseos de que Dios intervenga en este mundo para establecer su reino y cambiarlo todo. Nosotros sí sabemos lo que un poco más adelante tuvo ocasión de ver Juan, que el Cordero que fue inmolado es digno de abrir el libro y desatar sus sellos, pero parece que no tenemos mucha prisa por que lo haga. Como si no tuviéramos deseos de que Dios sea vindicado. Tal vez tenemos que

preguntarnos si seguimos orando como nos enseñó el Señor: *“Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”* (Mt 6:9-10). O si por el contrario, somos como aquellos que han perdido la fe y ya han dejado de orar a Dios clamando constantemente para que se haga justicia en este mundo (Lc 18:8).

“El León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro”

(Ap 5:5) *“Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.”*

En este momento, *“uno de los ancianos”* presenta al único que es digno de abrir el libro y ejecutar los propósitos de Dios para este mundo. Se trata del *“León de la tribu de Judá, la raíz de David”*. ¿A quién se refiere? Como vamos a ver usa diferentes descripciones sacadas de las profecías del Antiguo Testamento para finalmente presentarnos al Señor Jesucristo.

1. “El león de la tribu de Judá”

Por ejemplo, el título, *“el León de la tribu de Judá”*, proviene de la bendición que Jacob dio a la tribu de Judá (Gn 49:8-10) y que anticipaba que sería de ella de donde procederían los reyes de Israel y de donde finalmente vendría el Mesías de Dios. Y como sabemos, nuestro Señor Jesucristo vino de la tribu de Judá (Mt 1:1-3).

Además, es un título apropiado, porque la imagen del león nos sugiere dignidad, poder, dominio, victoria. Y el Señor Jesucristo encarna perfectamente en su persona todos estos valores.

2. “La raíz de David”

El Antiguo Testamento no sólo anunciaba de qué tribu vendría el Mesías, sino también de qué familia. El Mesías sería un descendiente del rey David. Recordemos que esto fue anunciado cuando Dios estableció un pacto con el rey David por medio del cual le garantizaba que de su descendencia vendría uno que se sentaría en su trono y que haría que su reino fuera estable eternamente (2 S 7:8-16). Y lo mismo había confirmado el profeta Isaías (Is 11:1).

Por lo tanto, aquí tenemos dos importantes títulos con los que el Antiguo Testamento describió al Mesías y que se cumplieron perfectamente en el Señor Jesucristo.

3. “Ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos”

El Señor Jesucristo realizó victoriosamente la labor que se le había encomendado como Mesías, lo que ahora le capacitaba para llevar a cabo la realización del programa de Dios en este mundo.

Ahora bien, el hecho de que *“venció”* sugiere necesariamente que hubo una lucha en la que él fue el vencedor. ¿Cómo venció? ¿A qué lucha se refiere?

Aunque resulta paradójico, Cristo venció muriendo en una cruz. Sin duda, esto desafía nuestra forma de hacer las cosas. A diferencia de nosotros, él no eligió el camino del poder y la gloria, sino el de la humillación y el sacrificio. De este modo venció:

- Porque demostró que el diablo había engañado a la humanidad cuando les hizo creer que Dios no los amaba. ¿Puede haber una prueba mayor del amor de Dios hacia la humanidad que entregar a su propio Hijo?

- Porque al precio de su vida consiguió la redención de todos aquellos que ahora creen en él, teniendo la posibilidad de ser librados del reino de Satanás.
- Porque adquirió el derecho de juzgar a los hombres, porque él mismo fue un hombre, aunque sin pecado. Por lo tanto, es el único con capacidad moral para juzgar los pecados de otros por cuanto es inocente y puro.

“Un Cordero como inmolado”

(Ap 5:6) “Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra.”

Cuando Juan miró, quizá esperaba ver a un león que con sus rugidos hiciera temblar a todo el mundo, y de miedo, todas las fuerzas hostiles fueran sometidas. Todos sabemos cómo andan los leones; conscientes de su superioridad, sin ningún temor, rugiendo mientras los demás animales guardan silencio. Pero lo que Juan ve en su lugar en el centro de la escena celestial, es a un “Cordero como inmolado”. El contraste no puede ser mayor.

Este es uno de los momentos más importantes del libro de Apocalipsis, cuando el Cordero aparece por primera vez en el trono. Sin duda, se trata de una referencia al Señor Jesucristo, quien murió en una cruz como el “Cordero de Dios que quita el pecado” (**Jn 1:29**) (**1 P 1:19**) (**Is 53:7**). Esta mención al Cordero se repite treinta veces en el libro de Apocalipsis y es la forma más usual que el autor tiene para referirse al Señor Jesucristo.

En este punto es posible que algunos se pregunten: ¿es así como Dios piensa resolver los problemas de este mundo; por medio de un “Cordero como inmolado”?

Es verdad que cuando los hombres buscan símbolos de poder, inmediatamente evocan poderosas bestias o aves de presa. Por ejemplo, Rusia exhibe el oso, Gran Bretaña muestra el león, India el tigre de Bengala, España el toro bravo y los Estados Unidos el águila. Sólo Dios se atrevería a usar como símbolo de poder a un indefenso cordero. ¿Nos imaginamos qué podría hacer un inocente cordero en medio de los políticos de este mundo? No duraría nada antes de que acabaran con él, bueno, de hecho, eso fue exactamente lo que pasó cuando vino el Señor Jesucristo a este mundo.

Pero aquí se destaca la paradoja central del libro de Apocalipsis y de la fe cristiana: Jesús no venció por medio de la fuerza, sino por su muerte.

Ahora bien, ya sabemos que es el Señor Jesucristo quien va a desatar los siete sellos, por lo tanto, es conveniente que nos preguntemos cómo es él.

- En primer lugar debemos notar que la palabra que Juan utiliza aquí es “corderito”, lo que nos sugiere la inocencia y ternura de Cristo. Sirve también para establecer un fuerte contraste con el anticristo, quien más adelante será presentado como una “bestia”.
- Otro detalle importante que debemos observar es que él aparece “como inmolado”, es decir, tiene todas las marcas de haber sido muerto. Lo que nos recuerda su muerte en la cruz a favor de los pecadores, del mismo modo que en el Antiguo Testamento los corderos morían en el orden levítico en sustitución de los culpables. Y notemos, que aunque ya está en el cielo, sigue manteniendo las marcas de su muerte, garantizándonos eterna salvación a todos los que hemos creído en él. La

eficacia de su sacrificio estará vigente con todo poder durante la eternidad, y nosotros le adoraremos por ello por los siglos de los siglos.

- Pero este Cordero está *“en pie”*, lo que implica que está vivo. Y la referencia es sin duda a su resurrección de los muertos. Pero también tiene otra implicación. En el libro de Hebreos Cristo aparece sentado, indicando de ese modo que la obra de redención ha sido completada (**He 10:12**), pero aquí está de pie, como si se hubiera levantado y estuviera listo para comenzar pronto el juicio de este mundo.
- Además tiene *“siete cuernos”*, algo que no ocurre con los corderos que nosotros conocemos en este mundo. Pero aquí, una vez más, el número siete viene a representar el concepto de plenitud. Y los cuernos, en la Biblia, aparecen frecuentemente como símbolos de poder y fortaleza. Por lo tanto, a pesar de su aparente debilidad, este Cordero tiene un poder perfecto.
- Y por último, tiene *“siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra”*. Seguramente esté relacionado con el Espíritu Santo (**Ap 1:4**) y (**Ap 4:5**). Esto sugiere un conocimiento pleno de todo lo que ocurre en este mundo. Nada pasa inadvertido para él; algo muy apropiado teniendo en cuenta que él va a ser el Juez de este mundo.

Ahora bien, ¿cómo puede combinar tanto poder con tanta debilidad? Ese es precisamente el secreto de la Cruz (**1 Co 1:22-25**); allí vemos al Hijo de Dios muriendo en debilidad, pero al mismo tiempo, venciendo a las fuerzas del mal y consiguiendo para el hombre la victoria final sobre el pecado y la misma muerte. Dios ha querido salvarnos por la aparente debilidad de la cruz, por un Cordero que fue llevado al matadero y que enmudeció ante aquellos que le mataban. Puede parecer un mensaje absurdo, pero es precisamente la Cruz del Señor Jesucristo el medio por el que Dios ha conseguido que millones de personas se rindieran a él en adoración, entregándole sus vidas.

Pero esto no nos debe llevar a olvidar que también es el *“León de la tribu de Judá”* que hará tambalearse los mismos fundamentos de la tierra. Para aquellos que se acogen a su oferta de perdón, Cristo es el Cordero pascual que nos libra de la ira (**Ex 12:23**), pero para quienes la rechazan, él es el Rey de reyes, el Señor de señores, que viene a este mundo como vencedor para dar su justa retribución a todos los que no han creído en él.

“Vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono”

(Ap 5:7) “Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.”

Tenemos ahora una escena de máxima solemnidad. El Cordero se acerca hasta el trono y toma el libro de la mano de Dios. Esto ya había sido profetizado en el libro de Daniel (**Dn 7:13-14**).

Primero notemos que cuando el Cordero se acerca al trono, no se postra ni se inclina como lo hacen los demás. Esto es porque tiene la misma autoridad y poder que el que está sentado en el trono. En segundo lugar, a partir de este momento el cumplimiento de los propósitos de divinos para este mundo están en sus manos porque él es digno de ello. Y no debemos olvidar que esto es un resultado de su victoria sobre Satanás por medio de su muerte y resurrección. La obra de la redención ya está completa, pero queda que sus enemigos sean derrotados (**He 10:13**), y cuando lo haya hecho, entonces él entregará el reino a su Padre (**1 Co 15:24-28**).

La adoración al Cordero (Ap 5:8-14)

(Ap 5:8-14) *“Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.”*

Introducción

Inmediatamente después de que el Cordero tomara el libro, se formó un impresionante coro celestial para alabarle. Es verdad que en ese momento el libro todavía no había sido abierto, pero nadie en el cielo dudaba de la dignidad y poder del Cordero para abrirlo, así que todos los habitantes del cielo unieron sus voces para alabarle.

Con esto nos encontramos una vez más en el libro de Apocalipsis con una bella escena de adoración. Al fin y al cabo, la actividad más importante que se lleva a cabo en el cielo es la adoración, razón por la que ya debemos empezar a ocuparnos en ella mientras todavía estamos en esta tierra. Ahora bien, el escuchar a estos seres celestiales adorar a Dios nos ayudará a aprender cómo adorar de una forma correcta a Dios.

La adoración celestial

I. ¿Quiénes son los que adoran?

(Ap 5:8) *“Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos;”*

Este coro celestial estaba compuesto por los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos, al que también se unieron millones de ángeles.

En cuanto a los cuatro seres vivientes, ya hemos considerado que podrían ser representantes de otras formas de vida espiritual desconocidas para los hombres. En cualquier caso, el hecho de que ellos entonen este cántico de alabanza al Cordero subraya que la acción salvadora de Cristo tiene una extensión cósmica más allá de la humanidad.

Y sobre los veinticuatro ancianos, ya comentamos que son seres humanos redimidos por el Cordero. Esta idea se ve reforzada porque en este pasaje actúan como representantes de la humanidad cuando presentan ante el trono de Dios sus *“copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos”*.

2. ¿Qué hacen los adoradores?

“Se postraron delante del Cordero”

De repente toda la atención que había sido dada al Padre se le da al Cordero. Los ancianos y los seres vivientes se postran ante él y reconocen que tiene la misma dignidad que el que está sentado en el trono. Y un poco más adelante veremos que ambos comparten por igual la adoración celestial (**Ap 5:13**). Esto es una prueba más de la divinidad del Hijo. No olvidemos que en toda la Biblia la adoración es reservada únicamente a Dios (**Ap 22:9**).

“Todos tenían arpas”

El arpa era el instrumento tradicional que los judíos usaban para cantar los salmos:

(Sal 33:2) “Aclamad a Jehová con arpa”

(Sal 98:5) “Cantad salmos a Jehová con arpa; con arpa y voz de cántico.”

(Sal 147:7) “Cantad a Jehová con alabanza, cantad con arpa a nuestro Dios.”

Es un hecho que en el Antiguo Testamento para la adoración se usaban con frecuencia distintos instrumentos musicales (**1 Cr 13:8**) (**1 Cr 15:16**). Y aquí en Apocalipsis encontramos que también acompañaban sus cánticos con instrumentos musicales.

En cualquier caso, conviene aclarar que no siempre que hay alegría, cánticos e instrumentos musicales, esto quiere decir que hay adoración, ni siquiera cuando son creyentes los que lo hacen. Como veremos en un momento, la esencia de la adoración consiste en proclamar la majestad de Dios y la grandeza de sus obras, es decir, expresar la verdad acerca de él con admiración sentida.

“Y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos”

El relacionar las oraciones de los santos con el incienso, procede también de los Salmos:

(Sal 141:2) “Suba mi oración delante de ti como el incienso”

En relación con esto, un detalle que inmediatamente llama nuestra atención es que en el cielo las oraciones de los santos son consideradas preciosas y llevadas a la presencia del mismo Dios en copas de oro. Esto nos debe animar a perseverar siempre en la oración, sabiendo que Dios las escucha y llegan hasta su trono.

Por otro lado, el incienso funcionaba como un perfume que agradaba a Dios, lo que nos hace pensar que a Dios le gusta escuchar nuestras oraciones, que son como perfume que sube hasta su presencia.

Entendemos que estas oraciones son mencionadas aquí porque su tema está relacionado con lo que a continuación va a ocurrir. De hecho, es una forma de decir que lo que los santos habían pedido por tanto tiempo estaba a punto de cumplirse. ¿A qué se referirá? Pues creemos que recoge el ruego de millones de oraciones acumuladas durante siglos pidiendo que venga el reino de Dios a esta tierra y se establezca la justicia.

En este punto no debemos pasar por alto la relación que se establece entre las arpas que eran usadas en la alabanza y las copas de oro que representan las oraciones de los santos. La conclusión es evidente: la alabanza y la oración deben ir juntas.

“Y cantaban un nuevo cántico”

(Ap 5:9-10) *“Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”*

1. El “nuevo” cántico

Aquí encontramos que los coros celestiales cantaban un “nuevo” cántico. En el libro de Apocalipsis hay otras ocasiones en que esta misma palabra vuelve a aparecer en otros contextos. Por ejemplo, se habla de un “nombre nuevo” (**Ap 2:17**) (**Ap 3:12**), de la “nueva Jerusalén” (**Ap 3:12**) (**Ap 21:2**), de los “cielos nuevos y la tierra nueva” (**Ap 21:1**), y finalmente, Dios afirma que hace “nuevas todas las cosas” (**Ap 21:5**). Sacamos la impresión de que Apocalipsis es el libro de las cosas nuevas que surgen de la Obra del Cordero.

En cuanto al creyente, el apóstol Pablo había escrito que *“si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (**2 Co 5:17**). Sin duda esto es una realidad que todavía no se ha cumplido en toda su plenitud y sigue esperando a que lleguemos al cielo. Y esto nos lleva a pensar en cómo será nuestra experiencia en el cielo. Sin duda, allí será todo completamente nuevo y diferente a lo que hemos conocido en este mundo. Cristo nos dará una vida completamente nueva en todos los sentidos, con una nueva naturaleza completamente santificada, un nuevo gozo, una nueva paz, nuevas fuerzas, nuevas emociones, una nueva personalidad...

Pensemos ahora en el “nuevo cántico”. ¿Por qué es “nuevo”? La frase aparece con frecuencia en los Salmos y allí se relaciona con las misericordias del Señor que son nuevas cada mañana. Los salmistas recogían en sus canciones estas experiencias nuevas de la misericordia de Dios. Por ejemplo, cuando eran liberados del “pozo de la desesperación y del lodo cenagoso” (**Sal 40:2-3**), o porque Dios había “hecho maravillas” y había salvado a su pueblo en alguna situación concreta (**Sal 98:1**) (**Sal 96:1**). Y aquí en Apocalipsis tenemos una nueva manifestación de esa misericordia. En este caso se relaciona directamente con la obra salvadora del Cordero y la nueva situación que ésta ha creado en la historia del cielo y también para todos aquellos que creen en él. Por lo tanto, los motivos de adoración que se expresan en este cántico no podrían haberse cantado antes de la ascensión triunfante de Cristo al cielo. En este sentido, es un “nuevo cántico”.

2. El tema del nuevo cántico: la redención

Podríamos decir que este cántico se centra en la Obra redentora de Cristo y en sus resultados para el hombre.

“Porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios”

Ahora la dignidad del Cordero no es reconocida en base a quién es él; su poder o su majestad, sino por su Obra en la Cruz a favor de los hombres.

Y lo que notamos inmediatamente es que con su sangre, es decir, con su vida de valor incalculable entregada en el Calvario, ha conseguido redimirnos para Dios.

El término redención era muy conocido en el mundo antiguo y se utilizaba para liberar a un esclavo. En la Biblia implica un cambio de propietario; el hombre redimido pasa de ser esclavo del pecado y del diablo para ser propiedad del Señor. Por esta razón nuestro texto dice: *“nos has redimido para Dios”*. Ahora somos suyos:

(1 Co 6:20) *“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.”*

El propósito con el que este mundo fue creado y con el que Cristo lo redimió fue para que sirviera y glorificara a Dios. Por lo tanto, la redención tenía como objetivo restaurar la relación perdida entre Dios y el hombre. Esto implicaba necesariamente pagar el precio de nuestra culpabilidad. Y eso fue precisamente lo que Cristo hizo en la Cruz:

(Col 2:13-14) *“Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz”*

Sólo de ese modo podía redimirnos de la maldición del pecado:

(Ga 3:13) *“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”*

En cuanto al precio de nuestra redención, vemos que fue la misma vida de Cristo:

(1 P 1:18-19) *“Sabendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación”*

(Mr 10:45) *“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”*

Como alguien ha dicho: “Nunca se ha pagado un precio tan alto por algo que valía tan poco”. Dios pagó con la vida de su propio Hijo el rescate de los hombres pecadores.

“De todo linaje y lengua y pueblo y nación”

En cuanto al alcance de los beneficios de esta redención vemos que es universal: *“de todo linaje y lengua y pueblo y nación”*. El murió por hombres y mujeres de todas las razas, no sólo por los judíos. La muerte de Cristo no fue solamente por un grupo de escogidos, sino por todo el mundo.

(Jn 3:16) *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”*

El profeta Daniel utiliza una fórmula similar a la de Apocalipsis para anunciar que el reinado del Hijo del Hombre sería universal.

(Dn 7:13-14) *“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”*

De hecho, la Iglesia, el cuerpo de Cristo, fue desde el principio un organismo multicultural que rápidamente se extendió por todo el mundo **(Mt 28:19) (Hch 1:8)**.

“Y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes”

Como decíamos, el propósito de la redención tiene que ver con la restauración del hombre a su posición inicial antes de que se introdujera el pecado en el mundo. Y lo ha conseguido, porque ahora hay hombres y mujeres por todo el mundo redimidos por Cristo

que han sido hechos *“reyes y sacerdotes”* para Dios. Esto quiere decir que ahora le obedecen y adoran nuevamente.

Esto tenía que ser necesariamente así, porque para que la redención fuera válida, no sólo debía librarnos de nuestros pecados y de su penalidad, también tenía que conseguir que volviéramos a Dios para obedecerle y servirle. Por eso, en estos dos versículos se repite dos veces la expresión *“para Dios”*. Somos de él, pero también debemos recordar que hemos sido redimidos para servirle a él.

En cuanto al servicio para el que hemos sido redimidos, nos dice que nos ha hecho *“sacerdotes”*. Este es un enorme privilegio. Recordemos que dentro del pueblo de Israel, sólo los sacerdotes de la tribu de Leví tenían acceso a la presencia de Dios. Pero ahora, este sacerdocio es universal, de tal manera que Cristo ha abierto a todos los que creen en él el camino de acceso hasta el mismo trono de Dios.

En cuanto al hecho de ser sacerdotes, esto implica una vida entregada completamente a Dios, apartados de las cosas de este mundo para rendirle continuamente nuestra adoración y alabanza. Por supuesto, esto no es incompatible con una vida ocupada en los quehaceres normales de cualquier persona, pero necesariamente, como sacerdotes, cada cosa que hagamos será dedicada y hecha para el Señor, siguiendo su voluntad. Este fue el propósito original con el que Dios nos creó.

Pero por otro lado, el sacerdote también se caracterizaba por ser alguien que intercedía delante de Dios a favor del pueblo. Esto nos recuerda nuestro deber de preocuparnos por otras personas que todavía no conocen el amor de Dios y guiarles hasta él por medio de nuestras palabras y también del testimonio de nuestras vidas.

También nos ha hecho *“reyes”* y a continuación añade que *“reinaremos sobre la tierra”*. Esta es una enorme responsabilidad para la que debemos prepararnos. No podemos gobernar a otros si previamente nosotros mismos no hemos aprendido a obedecer la voluntad de Dios.

Los adoradores

(Ap 5:11) *“Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones,”*

Después de esto Juan mira quiénes son los que cantan a una sola voz, y lo que vio fue *“muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos”*.

En primer lugar notamos que la adoración celestial sigue girando alrededor del trono donde está también el Cordero que fue inmolado. Y notamos que junto a los seres vivientes y los ancianos, había también *“muchos ángeles... y su número era millones de millones”*. Esta innumerable multitud de seres celestiales y terrenales se unen en una sola voz para adorar al Cordero por su obra de redención.

Estos ángeles no son beneficiarios de la Obra de la Cruz, porque ellos jamás pecaron, pero sí que entienden la grandeza de lo que Dios ha hecho. Es más, según Pablo, cuando él predicaba el evangelio a los gentiles, al mismo tiempo estaba anunciando a todas las potencias celestiales la sabiduría de Dios:

(Ef 3:8-10) *“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme*

sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”

Una declaración unánime

(Ap 5:12) *“que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.”*

Como parte de la adoración celestial, encontramos esta declaración unánime por la que se reconoce que el Cordero que fue inmolado es digno de tomar el control de este mundo, ya que sólo en sus manos alcanzará la meta propuesta por Dios desde el principio.

Una historia del Antiguo Testamento nos puede ayudar a ilustrar lo que tenemos aquí. Todos recordamos a José en Egipto. En aquel tiempo se avecinaban en el horizonte grandes problemas económicos para Egipto y los países a su alrededor, aunque nadie se estaba dando cuenta de ello. Pero Dios había preparado de antemano un hombre que traería la solución y en el que finalmente Faraón pondría en sus manos todo el poder, las riquezas y la gloria de Egipto. Este hombre era José. Ahora bien, ¿cómo fue preparado José para esta importante misión? Bueno, en primer lugar es importante señalar que sus hermanos *“lo aborrecían y no podían hablarle pacíficamente”* porque él denunciaba ante su padre el mal comportamiento de ellos. Además, José tuvo varios sueños en los que se daba a entender con claridad que Dios tenía grandes planes para él. Y si esto no fuera suficiente, percibían que su padre Jacob sentía un aprecio especial por José. Así que, en una ocasión, cuando estaban lejos de su padre, lo vendieron como esclavo para Egipto pensando que nunca serían descubiertos (**Gn 37:2-36**). Una vez que José estuvo allí, su suerte no mejoró. En Egipto fue puesto al servicio de Potifar, un oficial de Faraón, pero aunque él sirvió con total integridad y fidelidad, fue por esa razón que la mujer de Potifar lo denunció falsamente consiguiendo que le llevaran a la cárcel (**Gn 39:1-23**). Y estando en la cárcel fue olvidado de todos, aunque él siguió sirviendo con fidelidad en aquellas tareas que se le asignaron allí (**Gn 40**). Podemos resumir esta etapa en la vida de José diciendo que fue fiel y se esforzó en servir a Dios en todo aquello en lo que tuvo oportunidad, aunque lo único que recibió a cambio fueron injusticias y malos tratos. El demostró que era alguien en quien se podía confiar. Pero un día todo cambió para él cuando Faraón lo llamó para que interpretase un sueño. José lo hizo, y además sugirió cuáles deberían ser las medidas que habrían de tomar al respecto. Fue entonces cuando Faraón puso en sus manos todo cuanto había en Egipto.

Y podemos decir que esto fue exactamente lo que ocurrió con nuestro Señor Jesucristo. Por amor a su Padre el Hijo le sirvió con fidelidad en este mundo, recibiendo a cambio el odio de su propio pueblo, de aquellos a los que él había venido a salvar. A él también le metieron en una cárcel y poco después le crucificaron. Pero en todo ello demostró su fidelidad a Dios. Unas horas antes de ir a la cruz él estaba diciendo: *“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”* (**Mt 26:39**). En las manos de alguien con esa disposición y grado de compromiso con la voluntad de Dios sí se puede colocar el universo entero.

Y ahora, por esta razón, los coros celestiales cantan a una voz que él *“es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”*.

- *“El poder”*. Cristo es digno de recibir el poder porque nunca lo utilizará de un modo orgulloso ni desobediente. Tiene todo el derecho a recibirlo, no sólo en nuestra vida, sino también en la iglesia, en el mundo y el universo entero. Porque él utilizará este poder para llevar a cabo con fidelidad los proyectos de Dios.

- “*Las riquezas*”. Cristo estuvo dispuesto a hacerse pobre, siendo rico, por amor a nosotros (**2 Co 8:9**). Podemos estar seguros de que él nunca va a utilizar las riquezas de una forma egoísta. Podemos darle todo lo que tenemos confiadamente.
- “*La sabiduría*”. Cristo ha recibido también toda la sabiduría, de tal modo que podemos estar seguros de que llevará a cabo el programa divino en relación al destino de este mundo de la mejor manera.
- “*La fortaleza*”. Cristo es el único que puede desarmar al mal y despojarlo de su poder (**Lc 11:21-22**).
- “*La honra*”. Cristo es el único que debe ser estimado y considerado por su dignidad y poder para establecer el reino de Dios en este mundo. Se acerca el día en que toda rodilla se doblará ante él y confesará que es el Señor (**Fil 2:11**).
- “*La gloria*”. Cristo es la expresión máxima de la gloria de Dios puesto que en él se manifiestan con total claridad todos los atributos de la divinidad. Y por esta razón, es digno también de recibir todo el reconocimiento de sus criaturas.
- “*La alabanza*”. Aquí llegamos al clímax de todo lo anterior. La única respuesta posible de parte de la creación ante la plenitud de sus atributos divinos es alabarle y bendecir su nombre.

Finalmente, toda la creación se une a esta declaración de alabanza:

(Ap 5:13) *“Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.”*

No habrá nada ni nadie que deje de reconocer la excelsa dignidad del Creador. Esto incluye a los hombres que ya hayan muerto como a los que estén vivos, a los creyentes como a los inconversos, a los hombres como a todas las criaturas celestiales. Toda la creación elevará su voz para reconocer que Dios tiene el derecho legítimo de ser adorado. Por supuesto, habrá muchos que no lo querrán hacer por su propia voluntad, pero no tendrán otra opción que postrarse ante él. Esto nos recuerda el texto de Filipenses:

(Fil 2:9-11) *“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”*

Notemos también que esta adoración que recorre el universo entero es dirigida tanto “*al que está sentado en el trono*” como “*al Cordero*”.

Y por último se subraya la actitud de los cuatro seres vivientes y de los veinticuatro ancianos:

(Ap 5:14) *“Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.”*

Ante la exhibición de poder y sabiduría que Dios ha realizado por medio del sacrificio del Cordero, triunfando sobre el pecado y devolviendo la creación entera al gobierno de Dios, hay un cántico unánime de alabanza al que los cuatro seres vivientes se unen diciendo su “*Amén*”. Y acto seguido, los veinticuatro ancianos abandonan sus tronos para postrarse sobre sus rostros y adorar al eterno Dios “*que vive por los siglos de los siglos*”.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis (Ap 6:1-8)

Introducción

Al estudiar los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis, hemos tenido el privilegio de entrar en el cielo para ver los preparativos que allí se hacían de cara a establecer el reino de Dios en este mundo. Ahora, a partir del capítulo 6, nuestra atención se dirige a la tierra, donde veremos inmediatamente que el programa divino comienza con diferentes juicios.

Debemos notar que estos juicios son enviados por Cristo, quien en todo momento está en el control y siempre tiene la última palabra. Nosotros haremos bien en aferrarnos a él, el único Dios soberano que gobierna la historia, porque fuera de él no hay nada más que sea firme y permanente.

Ahora veremos que según el Cordero va abriendo los siete sellos del libro, tienen lugar diferentes juicios. Y la primera pregunta que debemos hacernos es en qué momento tendrán lugar estos juicios. Para contestarla correctamente es fundamental que notemos el paralelismo entre el pasaje que ahora estamos estudiando y el sermón profético de nuestro Señor Jesucristo que encontramos en Mateo 24. Consideremos algunos de los detalles paralelos entre ambos textos:

- Los cuatro primeros sellos describen juicios similares a aquellos de los que habló el Señor Jesucristo en el evangelio: *“guerras y rumores de guerras... se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares” (Mt 24:6-7).*
- El quinto sello centra nuestra atención sobre aquellos que *“habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían” (Ap 6:9)*. Y también el Señor anunció en su sermón profético que habría persecución contra los creyentes **(Mt 24:9-14)**.
- La apertura del sexto sello trae un gran terremoto y los cuerpos celestes son conmovidos **(Ap 6:12-14)**. Y una vez más, el Señor también hizo referencia en su sermón a estos mismos acontecimientos: *“E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas” (Mt 24:29)*.
- Por último, en la segunda parte del sexto sello, vemos a la humanidad pecadora y rebelde escondiéndose de la presencia aterradora del Cordero que viene a juzgar a los hombres **(Ap 6:15-17)**. Y así termina también el sermón profético del Señor: *“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mt 24:30)*.

Es importante notar el paralelismo entre ambos pasajes porque esto nos ayudará a interpretar nuestro texto correctamente. El Señor nos da ciertas claves de gran utilidad para ello. Por ejemplo, hablando de los primeros juicios dice: *“pero aún no es el fin” (Mt 24:6)*; *“Todo esto será principio de dolores” (Mt 24:8)*. Aquí el Señor utiliza la figura de una mujer embarazada que empieza a tener dolores de parto, pero todavía no ha llegado el momento del alumbramiento. Será necesario que las contracciones sean más seguidas y los dolores más intensos, entonces el niño estará listo para nacer. Y del mismo modo, estos juicios que son descritos en ambos pasajes siempre han estado presentes en este

mundo, pero irán ganando en intensidad según se acerque el momento de la Segunda Venida del Señor.

Otro detalle importante acerca de estos juicios es que son acumulativos, es decir, cuando comienza el juicio del segundo sello no se termina el del primero, sino que ambos tienen lugar al mismo tiempo. Por lo tanto, no es difícil ver en la historia de nuestro mundo escenarios en los que al mismo tiempo han convivido la guerra, el hambre y las pestes. Así que, en lugar de ver en estos juicios un orden cronológico, más bien debemos apreciar aquí el tipo de juicios característicos que precederán la venida en gloria del Señor, aunque como ya hemos señalado, serán juicios que irán ganando en intensidad según se acerque ese momento.

Algunos comentaristas bíblicos piensan que estos juicios sólo tienen que ver con la última parte del período de la gran tribulación, y que para ese tiempo la iglesia ya no estará aquí. Sin embargo, no hay suficientes evidencias en el texto bíblico para sustentar esta afirmación. Y por otro lado, la realidad histórica confirma que tanto los juicios descritos en los cuatro primeros sellos, como la persecución de los creyentes que vemos en el quinto sello, han sido la nota dominante a lo largo de toda la historia de la iglesia hasta nuestros días en el presente.

Ahora bien, antes de comenzar a considerar los diferentes juicios que encontramos en este pasaje, tal vez debemos pensar en algo que constantemente escuchamos a muchas personas: “Si Dios existe, ¿por qué permite que haya guerras, que la gente pase hambre y que haya terremotos que acarreen desgracias sin fin?”. Con frecuencia, los creyentes contestamos a esta pregunta intentando eximir a Dios de toda responsabilidad en este tipo de desgracias, pero lo cierto es que el libro de Apocalipsis nos dice todo lo contrario: Dios existe, y por esa misma razón envía sus juicios sobre esta tierra. ¿Qué Dios sería si viendo las continuas injusticias de los hombres les enviara sus más ricas bendiciones? ¿Cómo puede permanecer Dios callado después de que este mundo crucificara a su propio Hijo? Es evidente que a veces enfatizamos tanto el amor de Dios que nos olvidamos por completo de su justicia, de su santidad y también de su justa ira, pero todos estos son también atributos de Dios. Y la Biblia no se avergüenza de hablar de la ira de Dios como un atributo que le honra tanto como su amor.

Por último, antes de empezar a estudiar en detalle cada uno de estos sellos, hemos de decir que el propósito divino con todos ellos es advertir a los hombres rebeldes que se levantan contra Dios, que están viviendo una fantasía, y que finalmente Dios va a explotar su burbuja y los va a traer a la realidad. Y en ese momento, cuando la altivez del hombre haya sido abatida y su soberbia humillada, tendrá que reconocer que sólo Dios será exaltado en aquel día (**Is 2:17**). Y aquí están estos textos para que mientras aún hay tiempo, el hombre se arrepienta y busque a Dios.

El primer sello - El caballo blanco

(Ap 6:1-2) “Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer.”

Cuando el Señor Jesucristo abre cada uno de los primeros cuatro sellos, aparecen cuatro jinetes montando caballos de diferentes colores que traen juicios sobre la tierra. Y debemos darnos cuenta de que es el Señor que está en el trono celestial de quien procede esta orden. Y notamos también que los cuatro seres vivientes están conectados con la ejecución de los juicios divinos.

En este punto quizá sea importante señalar que son preferibles aquellas traducciones que dicen simplemente “*ven*” y no “*ven y mira*”. Aclarado esto, entendemos que lo que encontramos aquí no es una invitación a Juan para que vaya a ver lo que iba a ocurrir, sino una orden a cada uno de los jinetes para que salgan a ejecutar los juicios de Dios.

Como decíamos, el Señor Jesucristo es quien abre cada uno de los sellos, pero son los cuatro seres vivientes quienes con voz de trueno llaman al jinete a salir. Suponemos que lo que quiere decir es que Juan escuchó una voz potente. El hecho de que sean los cuatro seres vivientes quienes hacen este llamamiento a los juicios no nos debe sorprender, puesto que ellos son seres vivientes que aman la vida, así que claman contra todo aquello que la destruye y arruina la paz. Además, ellos tienen un pleno conocimiento de la voluntad divina y se identifican activamente con ella.

En cuanto a los cuatro caballos de diferentes colores que traen los justos juicios de Dios sobre la tierra, encontramos un antecedente parecido en la visión que tuvo el profeta Zacarías (**Zac 6:1-8**). También aquí en Apocalipsis los caballos y sus jinetes son fuerzas de destrucción y agentes de la ira divina.

“Y miré, y he aquí un caballo blanco”

Juan está observando todo lo que ocurre, y el primer caballo que ve aparecer es de color blanco. En el libro de Apocalipsis siempre que aparece el color blanco es símbolo de pureza, santidad, verdad y victoria (**Ap 2:17**) (**Ap 6:11**) (**Ap 7:13**) (**Ap 19:14**) (**Ap 20:11**). De todas estas posibles sugerencias, es probable que el color blanco debamos identificarlo aquí con la victoria, ya que como ahora veremos “*salió venciendo y para vencer*”.

“Y el que lo montaba tenía un arco, y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer”

En cuanto al jinete que lo montaba, no se nos dice quién era, lo que no ha impedido a los comentaristas bíblicos especular acerca de su identidad. Pero si Dios hubiera querido que lo supiéramos, nos lo habría dicho. Notemos que cuando aparece el cuarto jinete se nos dice con claridad que “*el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía*” (**Ap 6:8**). Por lo tanto, si en el caso de los otros tres jinetes no se nos proporciona esta información, es por demás que nosotros hagamos vanas afirmaciones. De hecho, los comentaristas que se empeñan en averiguar su identidad, llegan a enfrentarse entre ellos haciendo conjeturas tan dispares como que se trata del mismo Señor Jesucristo o que por el contrario es el anticristo. Y aunque se pueden llenar innumerables páginas en los comentarios defendiendo cada una de estas posturas, al final nunca llegaremos a nada cierto porque la Biblia guarda silencio.

Lo que sí que se dice es que “*tenía un arco*”, lo que indudablemente nos sugiere que estaba armado para la guerra. Además se añade que “*le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer*”. Tenemos por lo tanto a un guerrero conquistador al que ningún poder militar puede hacer frente: vence y sigue venciendo.

En cualquier caso, no debemos olvidar que en el contexto de los sellos el tema que se está tratando es el de los juicios de Dios. Por lo tanto, aunque aquí tenemos a un jinete que representa la conquista en la guerra, no debemos interpretar esto como una hazaña, sino como una gran tragedia. Es verdad que a veces los grandes conquistadores militares han pasado a la historia con cierta aureola de gloria, pero desde la perspectiva divina, han traído juicios dolorosos sobre la humanidad. Podemos pensar en hombres como Nabudoconosor, Alejandro Magno, Napoleón o Hitler, que aunque llegaron a conquistar naciones y reinos, sembraron el mundo de desolación.

Un detalle importante es que la corona *“le fue dada”*. Es decir, si consigue victorias es porque Dios se lo permite. Y por cierto, esta es una expresión que aparece muchas otras veces en el libro de Apocalipsis. Esto nos recuerda la verdad que el Señor Jesús le dijo a Pilato: *“Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba”* (Jn 19:11). Según esto, Dios interviene en la historia humana permitiendo y dirigiendo determinadas acciones bélicas de los hombres para traer con ellos sus juicios sobre el mundo. Esto queda muy claro en el Antiguo Testamento, donde Dios se refiere a Nabucodonosor como *“su siervo”*, al que dirige a la victoria porque es un instrumento suyo para traer juicios contra su propio pueblo y sobre otras naciones (Jer 27:6) (Jer 43:10). Y lo mismo dice acerca de Ciro, rey de Persia (Is 45:1).

Podemos decir que los juicios de este primer jinete han estado presentes en este mundo durante toda la era cristiana. Sin embargo, cuando el tiempo del fin se acerque, surgirá el anticristo, quien conquistará este mundo para su causa y se enfrentará ferozmente contra Dios y su pueblo. Aun así no debemos olvidar que él mismo estará sujeto a la autoridad divina y aunque consiga ciertas victorias entre los hombres, nunca podrá vencer a Dios.

El segundo sello - El caballo bermejo

(Ap 6:3-4) “Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: Ven y mira. Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada.”

El segundo caballo era *“bermejo”* o rojo, como la sangre. Su misión era quitar la paz de la tierra. Representa, por lo tanto, la rivalidad destructiva que pone a las personas y a las naciones unas contra otras en un caos de trágica destrucción.

La paz es un sueño de la humanidad que nunca se ha llegado a conseguir. Es verdad que en algunos lugares y naciones se ha podido disfrutar ocasionalmente de tiempos de paz y que sus ciudadanos han vivido más o menos *“quieta y reposadamente”* (1 Ti 2:1-2). Por ejemplo, el Imperio Romano consiguió establecer por algún tiempo la *“Pax romana”*, pero no iba a durar para siempre.

En realidad, la misión de este segundo jinete no es difícil, puesto que *“quitar la paz de la tierra”* es algo de lo más sencillo para el ser humano. La ambición, la envidia, el odio, la maldad del corazón humano es causa constante de conflictos de todo tipo que llevan a los seres humanos a matarse los unos a los otros en guerras civiles, raciales, tribales, religiosas o entre naciones. La paz que en ocasiones disfrutamos es ficticia o muy frágil. Todas las páginas de la historia de la raza humana están manchadas de la sangre derramada abundantemente en infinidad de guerras pequeñas y grandes. En ninguna parte ni en ninguna época se ha conseguido disfrutar de una paz indefinida.

No es difícil explicar este fenómeno. Al fin y al cabo, si los hombres rechazan al Señor Jesucristo, *“el príncipe de paz”* (Is 9:6), lo único que les queda es la guerra.

Hoy en día el *“caballo bermejo”* sigue corriendo desbocado por todas las partes de este mundo. Nadie es capaz de controlarlo. Organizaciones tales como las Naciones Unidas no consiguen domarlo. Nuestra civilización moderna que mira hacia el pasado creyendo que ya ha superado los días pasados de barbarie sigue cautiva de los mismos males. El siglo XX que se prometía como el clímax de la civilización, se convirtió en una tumba abierta: en la Primera Guerra Mundial toda una generación de jóvenes sembró con sus cuerpos los campos de batalla de Verdún y Somme, los seis millones de judíos de Hitler, los veinte millones de ciudadanos soviéticos de Stalin, las decenas de millones de

enemigos políticos y campesinos que fueron víctimas del hambre bajo Mao, los dos millones de camboyanos que murieron bajo Pol Pot, el millón de ruandeses tutsis masacrados a manos de los interhamwe, y los millones de vidas pisoteadas durante los cuarenta años del gobierno de apartheid. En lugar de alcanzar la paz, la humanidad sólo ha conseguido desarrollar medios más efectivos para matar a sus semejantes que los que tenían en el pasado.

Como el resto de los juicios, este también irá ganando en intensidad, y cuando se acerque el fin, los hombres estarán hablando de “paz y prosperidad”, y “entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina” (1 Ts 5:3).

Si el primer sello terminaba con la venida del anticristo, aquí tenemos que la aparente paz que él traerá a este mundo será rápidamente sustituida por conflictos de una intensidad nunca antes conocidos.

El tercer sello - El caballo negro

(Ap 6:5-6) *“Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino.”*

Cuando el Cordero que fue inmolado abrió el tercer sello, apareció un “caballo negro”. Curiosamente, a diferencia de los dos anteriores que llevaban armas de guerra en su mano (un arco y una gran espada), este “tenía una balanza en la mano”. Sin duda es un extraño instrumento para un jinete, pero su función consistía en pesar el pan en tiempo de hambre. Por lo tanto, anuncia un tiempo de escasez de los alimentos básicos que provocará racionamientos. El Antiguo Testamento anunciaba que esta sería una maldición fruto de la desobediencia:

(Lv 26:26) *“Cuando yo os quebrante el sustento del pan, cocerán diez mujeres vuestro pan en un horno, y os devolverán vuestro pan por peso; y comeréis, y no os saciaréis.”*

(Ez 4:16) *“Me dijo luego: Hijo de hombre, he aquí quebrantaré el sustento del pan en Jerusalén; y comerán el pan por peso y con angustia, y beberán el agua por medida y con espanto.”*

Comer el “pan por peso” indica tiempos de escasez y hambre. En cierto sentido es el resultado natural de las guerras que ha traído el segundo jinete.

Notemos el precio de los alimentos básicos: “Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario”. Un denario era el jornal diario de un trabajador común (Mt 20:2), y lo que podría comprar con él en tiempos normales sería unos diez kilos de trigo y treinta de cebada. Pero lo que aquí se describe es que un denario apenas daría para una medida de trigo o tres de cebada. Esto sería completamente insuficiente para alimentar a una familia. ¿Y las demás necesidades?

Pero no sólo las guerras son la causa de este tipo de situaciones. La avaricia de los hombres o la mala gestión de los gobernantes, hace que en muchos lugares los alimentos básicos tengan precios prohibitivos. Mientras que los sueldos no suben, los alimentos alcanzan precios desorbitados. En esas circunstancias, llenar la cesta de la compra para dar de comer a la familia resulta imposible y crea una terrible angustia a muchas personas.

Hoy en día una parte muy importante de este mundo se acuesta con hambre y la desnutrición sigue siendo una causa muy importante de mortandad infantil.

Sin embargo, a pesar de esto, el jinete recibe una curiosa orden: *“Pero no dañes el aceite ni el vino”*. Podríamos considerar el aceite y el vino como artículos de lujo en tiempos de hambruna. Así que, al mismo tiempo que es imposible cubrir las necesidades vitales de los pobres, el lujo de los ricos no cesa. Aunque finalmente también ellos sufrirán los estragos del hambre, aunque por el momento, como siempre, la gente pobre es la primera en sufrir.

Estas desigualdades las podemos ver hoy día cuando comparamos el mundo occidental que vive en opulencia y sufre problemas con la obesidad, con el tercer mundo que no deja de padecer hambre. Esta situación no sólo refleja una terrible injusticia, sino también una burla para aquellos que no encuentran la forma de cubrir sus necesidades básicas.

Pero lo más trágico de todo esto es que la naturaleza puede producir lo suficiente para que todas las personas tengan lo necesario. Pero una vez más el egoísmo y la falta de solidaridad llevan a este mundo a la desigualdad, de tal manera que la mayoría de la riqueza se acumula en las manos de unos pocos mientras que los pobres se multiplican. Y esto no es debido a la diligencia en el trabajo, sino a la especulación y las ansias de poder desenfrenado de los hombres.

Pero aunque en muchas ocasiones la maldad humana es la causa de la escasez de alimentos, y con ella las penurias, desnutrición y hambruna mortíferas, también es cierto que Dios permite o envía situaciones especiales que causan estos desastres, como las sequías, fuegos, inundaciones, tsunamis, terremotos.

Este es uno de los métodos de Dios para despertar al mundo impío que se siente autosuficiente (**Dt 11:16-17**). Porque a pesar de toda la tecnología agrícola avanzada que los ingenieros y científicos han desarrollado en tiempos modernos, el hombre sigue dependiendo de Dios para que envíe la lluvia a su tiempo y cuide este planeta. Es en esas circunstancias cuando el hombre se da cuenta de cuán frágil es su existencia y cuánto necesita de su Creador.

No hay duda de que el hombre está bajo este juicio divino, y hoy en día sigue habiendo un billón de personas que sufre desnutrición y hambruna.

En cualquier caso, los creyentes en los países con más recursos económicos no pueden ignorar esta realidad pensando que es un juicio de Dios contra el que no debemos interferir. Es nuestro deber cristiano aliviar en todo lo que esté a nuestro alcance las necesidades de aquellos que nos rodean. Al fin y al cabo, todos estamos sujetos a este tipo de juicios.

El cuarto sello - El caballo amarillo

(Ap 6:7-8) *“Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y mira. Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.”*

El cuarto de los caballos es de color amarillo, y aquí por primera vez se nos dice quién es el que lo montaba: *“tenía por nombre Muerte”*. La palabra griega traducida como *“muerte”* puede significar también *“peste”*, lo que parece estar relacionado con el color amarillento, como de un cadáver, del caballo.

Por otro lado, la muerte es seguida por su compañero inseparable, el Hades: “y el Hades le seguía”. Parece que este segundo iba detrás actuando como “carroza fúnebre” que recogía las víctimas que la muerte iba segando.

Este último juicio sugiere una impresión de profundo horror. Y aunque todavía no ha llegado el momento de la destrucción total de este mundo, aun así, tiene “*potestad sobre la cuarta parte de la tierra*”. Matar al veinticinco por ciento de los seres humanos es algo realmente espantoso, aunque todavía es un juicio parcial.

Sólo cuando regrese el Señor Jesucristo será abolida la muerte, y juntamente con el Hades serán lanzados al lago de fuego (**Ap 20:14**).

Los medios para llevar a cabo su misión son descritos a continuación: “*para matar con espada, con mortandad, y con fieras de la tierra*”. La acumulación de los juicios traídos por los cuatro primeros sellos son los mismos de los que habló el profeta Ezequiel: “*mis cuatro juicios terribles, espada, hambre, fieras y pestilencia*” (**Ez 14:21**).

La “*espada*” representa a todo instrumento de guerra o crimen. La “*mortandad*” se refiere probablemente a la peste, pero también puede representar a cualquier epidemia o plaga que causan gran número de muertes. Y las “*fieras de la tierra*” abarcan a todas las criaturas capaces de matar al ser humano, desde las más grandes y feroces hasta las más pequeñas. En el Antiguo Testamento encontramos que Dios ha usado una gran variedad de animales para traer sus juicios sobre la humanidad: Langostas (**Ex 10:3-6**), serpientes ardientes (**Nm 21:6**), avispas (**Ex 23:28**) (**Jos 24:12**), leones (**2 R 17:25**), osos (**2 R 2:24**), diversas plagas de insectos (**Jl 1:4**). El aumento de las fieras es el resultado de la tierra despoblada por la muerte.

Reflexión

No es necesario tener una gran fe para saber que todas estas cosas vendrán sobre este mundo. Al fin y al cabo, cada uno de los juicios relacionados con estos sellos ya han estado y siguen estando presentes entre nosotros. Aun así, lo que estos sellos nos anuncian es que cada uno de estos juicios llegarán a unos extremos sin precedentes en nuestra historia.

Sin duda Dios quiere llamar nuestra atención y por eso nos muestra anticipadamente las terribles consecuencias a las que nuestro pecado nos llevará si no nos arrepentimos. De este modo Dios nos obliga a enfrentarnos con la realidad. Pero, ¿serán tenidas en cuenta las advertencias que estos juicios nos han presentado?

Todo parece que el hombre no quiere reaccionar, y en un esfuerzo desesperado por negar la verdad, sigue imaginando que pueden solucionar esta situación y que nunca les alcanzarán estos juicios. Pero lo cierto es que ninguna persona o nación puede escapar de las consecuencias de sus propios pecados.

Aun así nunca faltarán “vendedores de humo” que, en contra de todas las evidencias, seguirán anunciando un siglo de oro lleno de paz y prosperidad. Un ejemplo reciente de esto es Yuval Noah Harari, profesor de historia en la Universidad Hebrea de Jerusalén y escritor de éxito que se pasea por medio mundo dando conferencias como si de una estrella de rock se tratara. En uno de sus libros, “Homo Deus: Breve historia del mañana”, con un estilo ameno y entretenido intenta convencer a sus lectores y oyentes del futuro brillante que espera a la raza humana. Y por supuesto, sin la necesidad de recurrir a Dios. Miren cómo se expresa:

En los albores del tercer milenio, la humanidad se despierta, estira las extremidades y se restriega los ojos. Todavía vagan por su mente retazos de alguna pesadilla horrible. “Había algo con alambre de púas, y enormes nubes con forma de seta. ¡Ah, vaya! Solo era un mal sueño”. La humanidad se dirige al cuarto de baño, se lava la cara, observa sus arrugas en el espejo, se sirve una taza de café y abre el periódico. “Veamos qué hay hoy en la agenda”.

A lo largo de miles de años, la respuesta a esta cuestión permaneció invariable. Los mismos tres problemas acuciaron a los pobladores de la China del siglo XX, a los de la India medieval y a los del antiguo Egipto. La hambruna, la peste y la guerra coparon siempre los primeros puestos de la lista. Generación tras generación, los seres humanos rezaron a todos los dioses, ángeles y santos, e inventaron innumerables utensilios, instituciones y sistemas sociales, pero siguieron muriendo por millones a causa del hambre, las epidemias y la violencia. Muchos pensadores y profetas concluyeron que la hambruna, la peste y la guerra debían de ser una parte integral del plan cósmico de Dios o de nuestra naturaleza imperfecta, y que nada excepto el final de los tiempos nos libraría de ellas. Sin embargo, en los albores del tercer milenio, la humanidad se despierta y descubre algo asombroso. La mayoría de la gente rara vez piensa en ello, pero en las últimas décadas hemos conseguido controlar la hambruna, la peste y la guerra. Desde luego, estos problemas no se han resuelto por completo, pero han dejado de ser fuerzas de la naturaleza incomprensibles e incontrolables para transformarse en retos manejables. No necesitamos rezar a ningún dios ni a ningún santo para que nos salve de ellos. Sabemos muy bien lo que es necesario hacer para impedir el hambre, la peste y la guerra, y generalmente lo hacemos con éxito.

El quinto y sexto sello (Ap 6:9-17)

El quinto sello - Las almas de los mártires

(Ap 6:9-11) *“Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.”*

A diferencia de los cuatro sellos anteriores, en los que los acontecimientos tenían lugar en la tierra, el quinto sello nos transporta nuevamente al cielo. Allí vamos a ver a aquellos que habían sido muertos por causa de su testimonio y que todavía seguían clamando por justicia.

1. ¿Quiénes son?

Nuestro texto dice que son los *“muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían”*. No especifica si son judíos o gentiles, ni tampoco si habían sido muertos en una época concreta de la historia. Debemos ceñirnos a lo que nos dice el texto y concluir que se trata de los creyentes de cualquier tiempo que por su fidelidad al Señor han sido muertos de forma violenta.

El Señor Jesucristo no dejó ninguna duda en cuanto a los sufrimientos por los que tendrían que pasar sus seguidores en este mundo hostil. En su sermón profético al que antes nos hemos referido, él lo anunció con toda claridad: *“os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre” (Mt 24:9)*. Y en otra parte dijo que llegaría el día en que aquellos que matasen a sus discípulos creerían que estaban rindiendo un servicio a Dios **(Jn 16:2)**.

Esto se ha cumplido con total exactitud a lo largo de toda la historia. Comenzando con el mismo Señor Jesucristo, que fue condenado a morir en una cruz, sus apóstoles, y también innumerables generaciones de creyentes en diferentes lugares de este mundo hasta nuestros días, han sufrido y muerto por causa de su fe.

Siempre ha habido, y seguirá habiéndola hasta el fin de los tiempos, una tenaz hostilidad contra los cristianos comprometidos **(2 Ti 3:12)**. Este es uno de los temas sobresalientes del libro de Apocalipsis. Más adelante veremos que la gran ramera es descrita como una mujer embriagada por la sangre de los mártires que ella misma mató y persiguió **(Ap 17:6)**.

Ahora los encontramos en el cielo esperando a que se haga justicia con ellos. Y la razón para esta petición es porque su muerte fue injusta. Notemos que fueron muertos *“por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían”*. Es decir, por creer en la Palabra de Dios, obedecerla, predicarla y negarse a rehusar de ella públicamente. Y aunque esto pueda sorprender a algunos, sigue siendo una realidad en muchas partes de este mundo que el ser cristiano es un crimen que es perseguido con diferentes grados de dureza.

2. ¿Dónde estaban?

Estaban en el cielo *“bajo el altar”*. Y esto es interesante por varias razones.

En primer lugar notamos que el alma sobrevive después de la muerte del cuerpo físico y que va al cielo mientras espera la resurrección. Pero mientras eso llega, vemos que el alma está en un estado de completa consciencia. Esto lo confirma también el apóstol Pablo:

(Fil 1:21-23) “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor.”

En segundo lugar, observamos que el lugar en el que están en el cielo es “*bajo el altar*”. Ellos habían sido fieles en la tierra entregando su vida al Señor sin importarles las consecuencias y ahora se encuentran en el santuario celestial en la proximidad de Dios.

En cuanto a este altar celestial, la idea no es nueva, porque cuando Moisés hizo el tabernáculo en el desierto, lo hizo siguiendo el modelo del verdadero tabernáculo celestial que le fue mostrado en visión (**Ex 25:40**) (**Nm 8:4**) (**He 8:5**). Esto quiere decir que el tabernáculo terrenal reflejaba a cierta escala las realidades espirituales del templo celestial. Y a lo largo del libro de Apocalipsis veremos otras referencias a distintos muebles del tabernáculo (**Ap 8:5**) (**Ap 9:13**) (**Ap 14:18**) (**Ap 16:7**).

Ahora bien, en el tabernáculo había dos altares, el del holocausto y el del incienso. ¿A cuál de los dos se refiere aquí? Lo cierto es que no es fácil decidirse por uno o por otro.

- En un sentido armoniza bien con el altar del incienso, que como recordaremos estaba colocado justo al lado del lugar santísimo y era desde donde los sacerdotes hacían sus oraciones mientras quemaban el incienso (**He 9:3-4**). Y en el contexto de Apocalipsis, estos mártires están orando pidiendo a Dios justicia.
- Pero en otro sentido, también armoniza bien con el altar de bronce que había a la entrada del tabernáculo, y en el que eran quemados los animales sacrificados después de que su sangre hubiera sido derramada a los pies de ese altar (**Lv 4:7**). Ahora vemos que los creyentes que han derramado su sangre están debajo del altar. Y el apóstol Pablo expresó en varias ocasiones la idea de que la vida del creyente debe ser ofrecida continuamente a Dios en sacrificio vivo (**Ro 12:1**), y él mismo lo hacía, estando dispuesto a entregar su vida de una forma literal como un sacrificio agradable a Dios (**Fil 2:17**) (**2 Ti 4:6**).

En todo caso, hay aquí una verdad muy alentadora: cada vida que se ofrece al Señor en este mundo, aunque para muchos puede parecer una gran tragedia y un desperdicio, Dios la recoge en el cielo y la considera una ofrenda hecha en su honor.

Este tipo de hombres dedicados y comprometidos, que mantuvieron su testimonio por encima del apego a su propia vida no sólo son agradables al Señor, sino también muy necesarios en este mundo. En muchos países donde en la actualidad los cristianos son libres de vivir y expresar su fe, hay poca inclinación a sacrificarse por el evangelio, y mucho menos a morir por él. Pero mientras no surja una generación de cristianos radicalmente comprometidos por el Señor, dispuestos a perderlo todo por amor a su Nombre, este mundo no llegará a estar correctamente evangelizado.

Y dicho sea de paso, esta es una gran diferencia entre las posturas más radicales del cristianismo y el islam. Mientras que un radical musulmán estará dispuesto a autoinmolarse para matar al mayor número posible de infieles, un cristiano no busca perder su vida, pero estará dispuesto a ello si de ese modo puede llevar a la vida a un mayor número de personas inconversas.

3. ¿Cuál es su petición?

Estos mártires *“clamaban a gran voz diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?”*.

Estos mártires fueron condenados injustamente a muerte por tribunales humanos, ahora esperan su vindicación de parte del tribunal de Dios. Por lo tanto, lo que ellos están pidiendo es un juicio justo.

Este es un clamor muy antiguo que es recogido en los salmos imprecatorios:

(Sal 79:10-13) “Porque dirán las gentes: ¿Dónde está su Dios? Sea notoria en las gentes, delante de nuestros ojos, la venganza de la sangre de tus siervos que fue derramada. Llegue delante de ti el gemido de los presos; conforme a la grandeza de tu brazo preserva a los sentenciados a muerte, y devuelve a nuestros vecinos en su seno siete tantos de su infamia, con que te han deshonrado, oh Jehová. Y nosotros, pueblo tuyo, y ovejas de tu prado, te alabaremos para siempre; de generación en generación cantaremos tus alabanzas.”

Por supuesto, el cristiano no debe vengarse a sí mismo:

(Ro 12:19) “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor.”

Cuando el creyente perdona a sus enemigos, lo que significa es que renuncia a toda idea de venganza personal y que deja su causa en las manos de Dios. Y por supuesto, espera también que se produzca en la persona un arrepentimiento que le libere del juicio final. Pero esto no es incompatible con el deseo de que la justicia de Dios sea manifestada y que aquellos que sufren injustamente sean vindicados (**Lc 18:7**). Es por lo tanto un clamor por el establecimiento de la justicia como un paso previo para el establecimiento del reino de Dios en este mundo. Notemos que ellos reclaman un juicio junto *“para los que moran en la tierra”*, es decir, aquellos enemigos de Dios que persiguen y matan a los cristianos. Esto será una demostración del justo juicio de Dios:

(2 Ts 1:5-10) “Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros).”

4. La respuesta del Señor

¿Hasta cuando va a permitir Dios que los incrédulos hagan sufrir a los creyentes y los maten? Ellos no dudan de la aparente inactividad de Dios, porque saben que él intervendrá finalmente para vindicar a los justos. Pero, ¿cuándo lo hará? La contestación del Señor tiene varias partes.

En primer lugar, aunque la vindicación que ellos esperan no iba a ocurrir inmediatamente, sin embargo el Señor les consuela y recompensa por sus sufrimientos inmediatamente: *“Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo”*. Estas *“vestiduras blancas”* son un regalo del Señor que sirven para manifestar públicamente la aprobación divina. Y también el color blanco puede ser asociado con la

idea de dignidad (**Ap 3:4**) y victoria (**Ap 3:5**). Y en su nueva situación se les dijo “*que descansasen*”. Debían disfrutar de la presencia del Señor teniendo la seguridad de que en el momento oportuno él hará justicia.

En segundo lugar, ellos tendrían que esperar “*hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos*”. Cuando Juan escribía el Apocalipsis el número de los fieles que debían sufrir todavía no se había completado. Es verdad que ya han pasado casi dos mil años desde entonces, aunque el Señor les había dicho que sólo tendrían que descansar “*un poco de tiempo*”. Esto nos recuerda una vez más que la perspectiva del tiempo cambia mucho cuando se ve desde la eternidad. Pensamos también que aquellos mártires no estarían impacientes por ello, puesto que al fin y al cabo disfrutaban ya de una comunión envidiable con el Señor y tenían la plena certeza de que él está sentado en el trono y hará lo correcto en el momento adecuado.

Ahora bien, para entender la razón por la que el Señor permite que otros creyentes sufran injustamente sin que él intervenga, nos ayudará recordar otro caso similar del Antiguo Testamento. Por ejemplo, Dios no permitió que Israel poseyera la Tierra Prometida hasta que la maldad de los cananeos llegó a su colmo. Y es verdad que mientras que eso ocurría Israel tuvo que pasar varios siglos de esclavitud en Egipto (**Gn 15:13-16**). Por lo tanto, una de las razones que movían a Dios a retrasar su juicio era dar oportunidad de arrepentimiento a aquellas personas. Y en otro sentido, los creyentes perseguidos tendrían numerosas oportunidades para dar testimonio del Señor (**Mt 24:9-14**). Con frecuencia se ha recordado que la sangre de los santos es la semilla de la iglesia. Seguramente nunca ha crecido tanto la iglesia como en las épocas en las que ha enfrentado una dura oposición.

Pero finalmente el clamor de los mártires será contestado. Esto lo veremos más adelante cuando al derramar la tercera copa el agua de las fuentes y los ríos es convertida en sangre y dada a beber a aquellos que habían perseguido a los creyentes (**Ap 16:4-7**). Y también la gran ramera será juzgada por la sangre de los siervos de Dios (**Ap 19:2**).

El sexto sello

(Ap 6:12-17) “Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?”

El sexto sello describe el juicio final de este mundo: “*porque el gran día de su ira ha llegado*”. Por lo tanto, mientras que los cuatro primeros sellos hacían referencia a diferentes juicios que caracterizarían el periodo de ausencia del Señor y que irán ganando en intensidad según se acerca su Segunda Venida, ahora nos encontramos con la manifestación final de la ira de Dios sobre la humanidad rebelde.

Se trata, por lo tanto, de un juicio único e irrepetible que consiste en la disolución de los cielos y el reconocimiento final por parte del mundo rebelde de la autoridad del Cordero.

Estas señales en el cielo y en la tierra son las mismas de las que el Señor habló en su sermón profético y que precederían a su venida en gloria:

(Mt 24:29-30) *“E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.”*

Pero no sólo el Señor o el libro de Apocalipsis hablan en este lenguaje de estos acontecimientos futuros; también los profetas del Antiguo Testamento describieron con frecuencia estos mismos acontecimientos que precederían a la venida en gloria del Señor **(Is 13:10-13) (Is 34:4) (Ez 32:7) (Ez 38:19) (Am 8:8-9) (Jl 2:10) (Jl 2:31)**.

El cuadro final que todas estas porciones bíblicas nos dibujan es realmente aterrador. Es probable que el lenguaje simbólico y literal estén entrelazados con la finalidad de darnos una impresión lo más vívida posible de lo que ocurrirá al final del tiempo de este mundo tal como lo conocemos ahora bajo el dominio del hombre.

Quizá el terremoto en toda la tierra al que se refiere provoque tremendas erupciones volcánicas, arrojando enormes cantidades de polvo, humo y gases hacia la atmósfera que haga que el sol se oscurezca y que la luna parezca roja como la sangre. También podemos pensar que la referencia a las estrellas que cayeron del cielo se puede referir a una lluvia de meteoritos. Y el cielo que como un pergamino se enrolla y es quitado de en medio no debemos entenderlo en sentido literal. El caos resultante es de tales dimensiones que ya no es posible reconocer la superficie de la tierra; las montañas y las islas habrán desaparecido de su lugar.

El caos producido por estos cataclismos hacen que el hombre llegue al convencimiento interior de que se enfrenta con su propia destrucción. Todo esto anticipa la inminente venida de Cristo en juicio contra todas las naciones, que como ya hemos visto, había sido profetizada ampliamente por el Antiguo Testamento.

Y en ese día de la ira de Dios, los hombres se darán cuenta de que este no es su mundo. Ahora el hombre se muestra orgulloso y hace lo que quiere, sin tener en cuenta a Dios en ningún momento. Pero sólo será necesario que Dios empiece a sacudir un poco el mundo para que todos los hombres se den cuenta de que este no es su mundo, sino que están aquí con el permiso de Dios.

Pero esto tiene también un mensaje para los creyentes. Nos recuerda que este mundo tal y como lo conocemos va a desaparecer:

(He 12:25-29) *“Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos. La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmovaré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconmovibles. Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor.”*

Este mundo no es permanente y va a desaparecer. Lo único que quedará entonces es el reino eterno de Dios. Por lo tanto, sólo podremos llevarnos aquello que hemos invertido aquí en el reino de Dios, bien sea un nuestro propio carácter, tiempo o recursos; todo lo demás desaparecerá.

(2 P 3:11-14) *“Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz.”*

En aquel día el terror se apoderará de todos los hombres:

(Sof 1:14) *“Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo; es amarga la voz del día de Jehová; gritará allí el valiente.”*

Y entonces la gente dirá a los montes que caigan sobre ellos para esconderlos de la ira del Cordero: *“Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero”.*

En ese día todo el mundo estará aterrado, el dolor y la angustia se apoderará de ellos como de la mujer de parto. Aunque lo que más terror le producirá al hombre no serán los disturbios físicos en el cielo y en la tierra, ni tampoco la misma muerte, sino la visión de Cristo viniendo a juzgarles.

(Is 13:5-8) *“Aullad, porque cerca está el día de Jehová; vendrá como asolamiento del Todopoderoso. Por tanto, toda mano se debilitará, y desfallecerá todo corazón de hombre, y se llenarán de terror; angustias y dolores se apoderarán de ellos; tendrán dolores como mujer de parto; se asombrará cada cual al mirar a su compañero; sus rostros, rostros de llamas. He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores.”*

En aquellos momentos de terror no sabrán a dónde huir. En vano se esconderán en las cuevas esperando que caigan sobre ellos y así sean librados del juicio que se avecina sobre ellos. Pero no habrá lugar en el que ocultarse de Dios.

Además, este juicio será universal. Aquí se menciona a los reyes, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, los siervos y los libres. Nadie estará exento del juicio de Dios: gobernantes, políticos, militares, personas influyentes, los oprimidos, o las personas corrientes. Ni las riquezas, ni el valor, ni la fuerza les podrán sostener en aquel momento. No hay refugio en el que librarse del verdadero Rey de este mundo cuando venga a juzgarlo.

El único lugar en el que podrían haber encontrado un refugio seguro habría sido en la misericordia del Cordero, pero eso lo rechazaron, así que ahora suplican a las cuevas y a los montes que caigan sobre ellos. A pesar de la magnitud de su calamidad, los hombres siguen sin humillarse delante de Dios. En ningún momento se escucha un clamor de arrepentimiento en medio de las atemorizadas multitudes.

La conciencia le dice a los hombres que sin duda el juicio de Dios ha de venir sobre este mundo, sin embargo, viven como si eso nunca fuera a ocurrir. En nuestros días, la indiferencia humana por el día del juicio final es comparable a la de los días en que Dios juzgó a la humanidad por medio del diluvio (**Mt 24:37-39**). Pero cuando el momento llegue, el terror y el pánico se apoderan de ellos. Una sensación de impotencia les sobrecogerá y su orgullo se desplomará. Sus conciencias les acusan, saben que son culpables y buscan desesperadamente cómo ocultarse del Cordero que viene a juzgar el mundo. Entonces descubrirán que el Salvador del mundo es también su Juez. Aquel a

quien el mundo a ignorado y perseguido, ahora es el Juez supremo ante el que tienen que rendir cuentas. Es el momento en que toda rodilla se doblará ante él.

Lo curioso es que la gente huirá de la *“ira del Cordero”*. ¡Qué difícil es imaginar un cordero iracundo! El cordero es un animal que normalmente asociamos con la ternura o la benignidad, pero nunca con la ira. Pero la revelación bíblica nos quiere recordar que quien en ese momento manifestará la ira de Dios es el mismo que antes ha expresado todo su amor. Es el Cordero de Dios que fue sacrificado por los pecados de los hombres, expresando el infinito amor que Dios tiene por este mundo (**Jn 3:16**). Pero el Cordero también tiene *“siete cuernos”* (**Ap 5:6**), que nos recuerdan su poder.

En este punto, Apocalipsis se hace eco de las palabras de los profetas de la antigüedad:

(Ap 6:17) *“porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?”*

(Nah 1:6) *“¿Quién permanecerá delante de su ira? ¿y quién quedará en pie en el ardor de su enojo? Su ira se derrama como fuego, y por él se hienden las peñas.”*

(Mal 3:2) *“¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores.”*

Las catástrofes que los cuatro primeros sellos anuncian son el preludio para el día de *“la ira del Cordero”*, un día de juicio sobre toda la humanidad. Y queda la pregunta: *“¿Y quién podrá sostenerse en pie?”*. La respuesta la encontramos en el siguiente capítulo, cuando veremos a ciento cuarenta y cuatro mil de todas las tribus de Israel y a una multitud que nadie podía contar de todas naciones y tribus delante del Cordero. Estos son los creyentes que son librados de la *“ira venidera”* (**1 Ts 1:10**).

Los 144.000 sellados (Ap 7:1-8)

Introducción

En el libro de Apocalipsis Dios arroja luz sobre el fin de los tiempos de la humanidad. Es verdad que no se nos dan todos los detalles con precisión, sino sólo una serie de trazos rápidos que nos sirven para perfilar los importantes acontecimientos que van a tener lugar en nuestro mundo cuando el Señor Jesucristo vuelva por segunda vez en gloria para establecer su reino de paz y juzgar a este mundo. Por todo eso, es importante estudiarlo con atención y precaución.

En el capítulo anterior vimos cómo el Cordero abrió los seis primeros sellos que traerán los juicios de Dios sobre este mundo. Terminamos considerando que con el sexto sello vendrán una serie de desastres sin precedente sobre la tierra:

(Ap 6:12-14) “Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar.”

Se trata de los acontecimientos que tendrán lugar en este mundo al final del tiempo conocido como la Gran Tribulación, cuando esta tierra caiga en manos del anticristo, el gran usurpador. Será entonces cuando en medio de estas terribles señales aparecerá el Señor Jesucristo para poner fin a su impío reinado **(Mt 24:29-30)**.

Es probable que el mundo se niegue a reconocer que los juicios asociados a los primeros sellos vengan de parte de Dios. Pero al abrirse el sexto sello, nadie tendrá duda de que “*el gran día de su ira ha llegado*”. Es entonces cuando surgirá la pregunta que da lugar a la explicación del capítulo siete, y que detiene momentáneamente la apertura del séptimo sello. La pregunta en cuestión es: ¿Quién podrá sostenerse en pie cuando el Cordero manifieste su ira? **(Ap 6:17)**.

Por lo tanto, el capítulo 7 es un paréntesis que sirve para responder a la cuestión de si habrá alguien que podrá estar en pie cuando Cristo venga a juzgar el mundo. Y vamos a encontrar que sí que habrá dos grupos de personas que serán librados de la ira del Cordero. En la primera parte del capítulo vemos a un grupo de ciento cuarenta y cuatro mil personas relacionadas con el pueblo de Israel que serán libradas de la ira del Cordero **(Ap 7:1-8)**, y en la segunda parte vemos a un grupo de gentiles que también lo serán **(Ap 7:9-17)**.

Podríamos decir que el capítulo siete de Apocalipsis es un paréntesis de gracia, en el que encontramos a dos grupos de redimidos que serán librados de la ira de Dios. En este punto es importante que notemos que la cuestión principal de la que se trata aquí no es quién será salvo de la gran tribulación, sino quién será salvo de la ira de Dios que vendrá cuando aparezca el Cordero a poner fin al gobierno del anticristo y a establecer el día del Señor.

Otro asunto en el que debemos fijarnos con atención es en las diferencias que hay entre los dos grupos de los que vamos a tratar a continuación:

- En primer lugar, los ciento cuarenta y cuatro mil proceden de las doce tribus de Israel (**Ap 7:4**), mientras que el segundo grupo está formado por personas de *“todas naciones y tribus y pueblos y lenguas”* (**Ap 7:9**).
- Los primeros son descritos como un grupo específico formado por ciento cuarenta y cuatro mil (**Ap 7:4**), mientras que los segundos son *“una gran multitud, la cual nadie podía contar”* (**Ap 7:9**).
- El grupo de los ciento cuarenta y cuatro mil están en la tierra y son sellados para ser librados del juicio de Dios que ha de venir con la apertura del sexto sello (**Ap 7:3**). A diferencia de ellos, el segundo grupo está en el cielo delante del trono y en la presencia del Cordero (**Ap 7:9**), y se nos dice que han salido de la gran tribulación probablemente después de haber sufrido el martirio (**Ap 7:14**).

Salvación en medio de la ira

(Ap 7:1-3) *“Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soprase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.”*

I. Salvación en medio de la ira

Como estábamos comentando, la historia de los juicios de Dios es interrumpida momentáneamente para hablarnos de su salvación. Este es un patrón que se repite una y otra vez a lo largo de todas las Escrituras: Dios no puede hablar por mucho tiempo de sus juicios sin hablar también de su salvación. Así que, la apertura del séptimo sello, con los juicios que vendrán sobre los impíos, es detenida por el momento con el fin de mostrarnos el cuidado especial que Dios tiene de los creyentes. Aquí tenemos la respuesta a la oración de Habacuc: En la ira, Dios se acuerda de la misericordia (**Hab 3:2**).

Tenemos otros ejemplos de este mismo principio a lo largo del Antiguo Testamento. Cuando Dios destruyó la tierra por medio del diluvio, preservó a Noé y a su familia. Cuando destruyó a Sodoma y Gomorra, preservó a Lot y a sus hijas. Cuando destruyó Jericó, preservó a Rahab y a su familia. Cuando destruyó Egipto, preservó a la nación de Israel (**Ex 8:22**) (**Ex 9:4,26**) (**Ex 11:7**).

En todos estos casos, Dios estableció una línea de demarcación entre su pueblo y el mundo, de tal manera que los creyentes fueron preservados de la destrucción que aniquilaba a los demás.

De este modo, frente al desamparo y desesperación de los impíos sobre la tierra, se contraponen la preservación y gozosa esperanza de los fieles. Y en medio de la atmósfera de ruina y pánico descrita por el sexto sello, aún se aprecia más la gracia y la misericordia de Dios.

Por lo tanto, sí que hay algunas personas que podrán sostenerse en pie cuando el Cordero comience a manifestar su santa ira (**Ap 6:17**). Estos son aquellos que *“han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”* (**Ap 7:14**).

2. Los cuatro ángeles que detienen los juicios de Dios

Ahora nuestro texto nos dice que hay *“cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra”*, y que han sido encargados de retener *“los cuatro vientos de la tierra, para que no soplaste viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol”*.

Ahora bien, ¿qué es lo que retienen exactamente estos cuatro ángeles? El texto nos dice que son *“los cuatro vientos”*. En otras porciones de las Escrituras encontramos que los vientos son agentes de los juicios de Dios (**Jer 49:36**) (**Jer 51:1**) (**Os 13:15**). El profeta Nahum había anunciado que en el día de Jehová él marcharía *“en la tempestad y el torbellino”* (**Nah 1:3**).

De todos es sabido que el viento en forma de huracanes, tornados o ciclones puede ser tremendamente dañino para el ser humano. Algunos sostienen que estos cuatro vientos vendrán como consecuencia de los cambios climáticos que hoy se están produciendo en el mundo, pero aunque es cierto que Dios puede servirse de ciertas causas naturales, lo que tenemos aquí son juicios extraordinarios enviados por Dios mismo. Aunque también cabe la posibilidad de que no se trate de un viento literal sino de espíritus personales como en (**Zac 6:1-5**) o de imperios (**Dn 7:2-3,17**) o potencias militares como en (**Jer 4:11-13**).

En cuanto al hecho de que los cuatro ángeles estaban en pie sobre *“los cuatro ángulos de la tierra”*, ha servido de motivo a los críticos para que una vez más intenten ridiculizar la Biblia. Según ellos, esto expresa un desconocimiento del hecho de que la tierra es redonda y presenta una concepción arcaica de un planeta plano con cuatro esquinas. Sin embargo, hay que decir que en el día de hoy todavía se representan en los mapas los cuatro puntos cardinales: norte, sur, este y oeste.

Pero dejando a un lado a los críticos, quizá la razón por la que se hace referencia aquí a los cuatro ángulos de la tierra tiene que ver con el hecho de que el pueblo de Israel, al que inmediatamente se va a hacer referencia en nuestro capítulo de Apocalipsis, fueron esparcidos por *“los cuatro confines de la tierra”* como consecuencia de su rebeldía (**Is 11:12**), pero allí donde estén, Dios volverá una vez más a tener misericordia de ellos en el tiempo del fin.

3. La orden de sellar a los siervos de Dios

Ahora debemos notar que los juicios de Dios debían ser detenidos momentáneamente con el fin de sellar a los siervos de Dios. Esto sería llevado a cabo antes de que tuvieran lugar los juicios del sexto sello (**Ap 7:3**) (**Ap 6:12-14**).

Con este propósito ahora entra en la escena *“otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo”*.

Este ángel distinguido se relaciona aquí con la salida del sol, quizá en alusión a la profecía de Malaquías, quien había anunciado que para aquellos de su pueblo que temían su nombre *“nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación”* (**Mal 4:2**).

4. El propósito con el que son sellados

Este ángel *“tenía el sello del Dios vivo”*. Recordamos que cuando Faraón nombró a José como su primer ministro y representante, le dio su anillo de sellar como señal de la autoridad que delegaba en él (**Gn 41:42**). En cuanto al sello, suponemos que se refiere a alguna marca con el nombre de Dios (**Ap 14:1**). Y el significado de la acción de sellar puede ser interpretada de diferentes maneras:

- El sello se usaba como una señal de autenticidad cuando se imprimía su imagen sobre la cera derretida con la que se cerraba un documento.

- El sello era también una señal de propiedad. Así se usaba cuando se marcaba a animales y esclavos. En este caso, lo que se va a sellar son los “*siervos de Dios*” (**Ap 22:3-4**). Esto los diferenciará de los siervos de la bestia que en una vulgar imitación también serán sellados (**Ap 13:16-18**).
- Otra posibilidad es que como pueblo suyo, éstos son un reino de sacerdotes, lo que nos recuerda la inscripción “*como grabadura de sello*” en la frente del sumo sacerdote que tenía escrito: “*Santidad a Jehová*” (**Ex 28:36-38**). De este modo se establecería un oportuno contraste con la gran ramera en cuya frente tenía escrito: “*Babilonia la grande, la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra*” (**Ap 17:5**).
- Y aquí en (**Ap 7:2-3**) y en (**Ez 9:1-6**), ser sellados significa pertenencia a Dios y una promesa de su protección y preservación en medio de la manifestación de la ira divina. Quienes carezcan de este sello no serán librados de los juicios del sexto sello ni tampoco serán protegidos de las langostas que han de ser desatadas al tocarse la quinta trompeta (**Ap 9:1-5**).

Otro detalle importante es que el sello era el del “*Dios vivo*”, lo que de alguna manera viene a garantizar la máxima autoridad posible. En la Biblia se identifica a Dios como el Dios vivo para diferenciarlo de los ídolos muertos a los que adoraban los paganos y que no podían hacer nada (**Is 44:9-20**). Esta idea del Dios viviente se usaba para dar ánimo a su pueblo en medio de las luchas. Por ejemplo, Josué recordó a su pueblo que con ellos estaba el Dios viviente, quien mostraría su poder en los duros enfrentamientos que se disponían a tener con sus enemigos (**Jos 3:10**). Su eternidad garantiza que él cumplirá toda su voluntad.

Los “*cuatro ángeles*” controlan los “*cuatro vientos*”, lo que implica que a través de ellos Dios desata o retiene sus juicios. Y ahora se nos da la razón por la que los juicios del sexto sello son retenidos: “*Y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios*”.

Ningún juicio de la ira de Dios podrá venir hasta que estos siervos de Dios de los que va a hablar a continuación hayan sido sellados en sus frentes. Este ha sido un patrón constante a lo largo de todo el Antiguo Testamento:

- La ira de Dios vino sobre todos los primogénitos de Egipto, pero el ángel exterminador no tocó las casas de los israelitas marcadas con la sangre del cordero pascual.
- Jericó fue totalmente destruida, a excepción de Rahab y su familia que colocó un cordón de grana en su ventana como señal para que los israelitas no la tocaran.
- En la visión que tuvo Ezequiel del juicio de Dios sobre Jerusalén, antes de que empezara la destrucción acordada, un escribano debía poner una señal en la frente de los verdaderos creyentes (**Ez 9:1-6**). Este es un pasaje que guarda un enorme paralelismo con el texto que estudiamos en Apocalipsis.

Podemos afirmar que ningún juicio de la ira de Dios va a venir sobre aquellos creyentes que han sido sellados por Dios. Y aunque es cierto que en este pasaje esto se afirma acerca de los ciento cuarenta y cuatro mil, sabemos por otras partes de la Escritura que ningún creyente sufrirá la ira de Dios:

(1 Ts 5:9) “*Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo*”

La razón para ello es que todos los creyentes hemos sido sellados con el Espíritu Santo:

(Ef 1:13-14) “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.”

(Ef 4:30) “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”

(2 Co 1:22) “El cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.”

En cualquier caso, es evidente que aquí no está hablando del sello del Espíritu Santo, puesto que como acabamos de leer, todos los verdaderos creyentes son sellados por él en el mismo momento de su conversión. Y, además, somos sellados por el Señor, no por un ángel. El sello que recibieron estos ciento cuarenta y cuatro mil es diferente. Esto se aprecia también porque ellos son sellados en sus frentes, un lugar escogido con la finalidad de que pueda ser visto por todos, mientras que cuando somos sellados con el Espíritu Santo lo somos en nuestros corazones, algo que en algunos creyentes resulta difícil observar.

Debemos aclarar en este punto que el propósito con el que son sellados no es el de protegerles de las persecuciones del anticristo, sino de los juicios que Dios va a derramar sobre la tierra.

Los 144.000 sellados

(Ap 7:4-8) “Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá, doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil sellados. De la tribu de Gad, doce mil sellados. De la tribu de Aser, doce mil sellados. De la tribu de Neftalí, doce mil sellados. De la tribu de Manasés, doce mil sellados. De la tribu de Simeón, doce mil sellados. De la tribu de Leví, doce mil sellados. De la tribu de Isacar, doce mil sellados. De la tribu de Zabulón, doce mil sellados. De la tribu de José, doce mil sellados. De la tribu de Benjamín, doce mil sellados.”

I. ¿Quiénes son estos ciento cuarenta y cuatro mil?

Es mucho lo que se ha dicho sobre quiénes son estos ciento cuarenta y cuatro mil, en muchas ocasiones sin tener en cuenta lo que el propio texto nos dice. Con frecuencia los comentaristas fuerzan las Escrituras con el fin de hacerlas coincidir con sus propios esquemas escatológicos, pero esto es algo que no debemos hacer. Veamos qué es lo que nos dice el texto:

- Aunque haya muchos que lo nieguen, el pasaje nos habla de Israel y se mencionan específicamente doce de sus tribus. Cada vez que en la Biblia aparece una lista de las tribus de Israel, siempre hace referencia a los descendientes físicos de Israel, y aquí no hay ninguna razón para hacer una excepción e interpretarlo de una forma alegórica.
- Otra cosa que sabemos es que estaban en la tierra, a diferencia del siguiente grupo que está en el cielo. Además, sabemos que han pasado por la gran tribulación y se encuentran aquí en el momento en que el Cordero viene a manifestar su ira sobre este mundo impío.

- También sabemos que son “*siervos de Dios*” (**Ap 7:3**). Y en (**Ap 14:1-5**) vuelven a aparecer cantando un cántico nuevo, y se nos dice de ellos que “ *fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios*”. Podemos decir, por lo tanto, que son creyentes fieles en el Señor Jesucristo.

Es conocida la interpretación de los llamados Testigos de Jehová, quienes afirman que los 144.000 son los miembros más consagrados de su congregación que ya están en el cielo. El resto de los Testigos estarán en la nueva tierra. Es difícil entender qué criterios siguen en la interpretación de este pasaje para llegar a estas conclusiones.

Los Adventistas afirman que 144.000 es un número simbólico, y que se refiere a todos los Adventistas del mundo, que han sido fieles a Dios, y tienen la señal de guardar el sábado.

2. La restauración final de Israel

Es cierto que el pueblo de Israel rechazó a su propio Mesías y lo crucificó. Y esa misma actitud de rechazo es la que han mantenido sus descendientes desde entonces.

Cuando el apóstol Pablo analizaba esta situación en los capítulos 9 al 11 de Romanos, se preguntaba: “*¿Ha desechado Dios a su pueblo?*” (**Ro 11:1**). Y esta cuestión se revestía de mucha importancia, porque a lo largo de todo el Antiguo Testamento Dios había hecho muchas promesas a Israel que todavía no habían sido cumplidas. Si Dios desechaba a Israel, entonces la Palabra de Dios fallaría y no se cumpliría. Así que Pablo enfrenta este delicado asunto desde diferentes ángulos, para anunciar finalmente que Dios volverá a tener misericordia de su pueblo y en ese momento llegarán a creer en el Señor Jesucristo.

El apóstol nos dice que esta restauración plena de Israel tendrá lugar una vez que “*haya entrado toda la plenitud de los gentiles*” (**Ro 11:25**), una expresión que en el contexto hace referencia a la iglesia del Señor que en este tiempo es de mayoría gentil. Pero después de eso, y coincidiendo con la Segunda Venida del Señor, Israel será salvo:

(Ro 11:25-27) “*Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.*”

Y esto es precisamente lo que nos está diciendo también el texto de Apocalipsis 7. Habrá un momento al final cuando la nación de Israel creerá en su Mesías, y entonces Dios cumplirá todas las promesas que le fueron hechas en el Antiguo Testamento sin faltar una de ellas.

En cuanto al momento en que ellos se convertirán al Señor, acabamos de ver en Romanos que esto tendrá lugar cuando venga “*el Libertador*”. Y el profeta Zacarías añade que coincidirá con un momento de angustia para Israel cuando se vea completamente cercada y atacada por las naciones gentiles:

(Zac 12:9-10) “*Y en aquel día yo procuraré destruir a todas las naciones que vinieren contra Jerusalén. Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.*”

Será el momento cuando se cumpla lo que les dijo el Señor:

(Mt 23:38-39) *“He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.”*

Por lo tanto, estos judíos se convertirán en algún momento durante la gran tribulación, probablemente hacia el final de ella, después de haber padecido mucho.

Esto implica necesariamente que Israel ha de ser preservado hasta entonces, algo que hasta ahora ha ocurrido milagrosamente a pesar de todos los salvajes esfuerzos de Satanás por destruirlo. Recordemos que el Imperio Romano los expulsó de su tierra en el año 70 d.C., que los españoles los persiguieron y expulsaron de sus territorios, y Hitler los masacró en los campos de concentración. Sin embargo, contra todo pronóstico, ellos regresaron a su tierra en el año 1948 y se constituyeron en una nación.

3. ¿Es un número simbólico o literal?

Otro asunto que ha creado cierta controversia es el que tiene que ver con si debemos entender los 144.000 sellados como un número literal o simbólico.

En **(Ap 14:4)** se nos dice que *“estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero”*. Podemos asegurar, por lo tanto, que habrá muchos más aparte de estos ciento cuarenta y cuatro mil que serán salvados de la nación judía, puesto que éstos son sólo las *“primicias”*. Seguramente sean un *“remanente escogido por gracia”* **(Ro 11:4-5)**.

Aun así, no sabemos si este número debemos interpretarlo literalmente. Parece, sin embargo, que quiere transmitirnos la idea de que se trata de un número perfecto, completo, como si representara la plenitud del pueblo judío. Tal vez escogidos entre muchos otros con una finalidad concreta, como cuando en la antigüedad eran escogidos cierto número de israelitas de cada tribu para una misión especial **(Nm 31:4-6) (1 Cr 27:1-15)**.

4. Algunos detalles sobre las tribus

Aunque los sellados se reparten homogéneamente entre las doce tribus de Israel, sin embargo observamos algunos detalles curiosos.

Por ejemplo, se omite la tribu de Dan, y se incluye la de José en lugar de su hijo Efraín, aunque sí que se menciona a Manasés, el otro hijo de José.

Entendemos que si Juan quería cuadrar su lista a doce tribus, debería dejar una fuera, puesto que los dos hijos de José, Efraín y Manasés recibieron una bendición especial de Jacob, y en ese caso serían trece tribus. En otras ocasiones, Leví era contada aparte, puesto que ellos se ocupaban del sacerdocio, pero aquí es incluida. Por lo tanto, había que excluir a una tribu para que fueran doce. Se toma la decisión de dejar fuera a Dan, algo que algunos comentaristas justifican diciendo que fueron ellos los que introdujeron la apostasía en Israel. Sea como fuere, parece que el propósito final de estos cambios es presentar el número doce como un símbolo de la plenitud de la nación.

Libres de la ira de Dios (Ap 7:9-14)

(Ap 7:9-14) *“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.”*

El propósito de esta visión

Aunque ahora vamos a estudiar una visión muy diferente de la anterior, sin embargo, no debemos perder de vista que el Señor todavía está contestando a la pregunta que encontramos al final del capítulo anterior: cuando llegue el gran día de la ira del Cordero, ¿quién podrá sostenerse en pie? **(Ap 6:16-17)**.

Esta pregunta es contestada por medio de dos visiones muy diferentes. En la primera, se le mostró a Juan que en el tiempo del fin, y antes de la venida en gloria del Señor Jesucristo, el pueblo de Israel creerán en él como su Mesías. Esa visión de Juan tiene lugar en la tierra al final del período de la gran tribulación, y por lo tanto, es muy posible que aquellos creyentes judíos tengan que sufrir la persecución del anticristo, sin embargo, sí que serán librados de la ira del Cordero.

Pero después de esto, Juan tiene otra visión en la que describe a un segundo grupo muy diferente del primero, pero que también estarán en pie cuando el Cordero manifieste su ira. En contraste con los ciento cuarenta y cuatro mil del primer grupo, lo que Juan ve ahora es *“una gran multitud, la cual nadie podía contar”*. Además, lo que se enfatiza es que no son descendientes de Israel, sino que provienen de *“todas naciones y tribus y pueblos y lenguas”*. Y tampoco se encuentran en la tierra, sino que *“estaban delante del trono y en la presencia del Cordero”*.

Por lo tanto, hay evidencias suficientes para pensar que estamos ante un grupo de personas diferente al anterior, pero que igualmente será librado de la ira del Cordero.

Es importante notar que el texto no nos dice cómo este segundo grupo ha llegado a estar en el cielo. Más adelante se nos explica *“que han salido de la gran tribulación”* **(Ap 7:14)**, y quizá debamos entender esto como una alusión al martirio. Esto sería comprensible, porque sabemos por otras partes de este mismo libro, que el anticristo ejercerá una severa persecución contra todos los creyentes. En ese caso, tendríamos que identificar a estas personas como aquellos *“hermanos que también habían de ser muertos”* por *“causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían”* y añadidos al número de las almas que estaban esperando debajo del altar a que su sangre fuera vengada **(Ap 6:9-11)**. Notemos que a ellos también se les dieron *“vestiduras blancas”* **(Ap 7:9)** y *“se les dijo que descansasen”*, algo que vemos cumplido con este grupo que ya disfruta de la paz de Dios **(Ap 7:15-17)**. Aunque es verdad que esta multitud de redimidos no están bajo el altar sino

delante del trono, por lo que quizá debamos pensar en un momento posterior al descrito en la apertura del quinto sello.

En todo caso, puesto que el texto no nos dice expresamente cómo han “*salido de la gran tribulación*”, es posible interpretarlo también como una referencia al arrebatamiento de la iglesia, que podría ser llevado a cabo en algún momento anterior o durante el período de la gran tribulación.

Otro detalle que debemos considerar es que aunque el texto nos dice que todos en esta multitud son creyentes que “*han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero*”, sin embargo, no se nos explica cómo ni cuándo llegaron a convertirse. Afirmar que conocerán el evangelio por medio del testimonio de los ciento cuarenta y cuatro mil es ir más allá de lo que este pasaje nos dice, lo mismo que afirmar que en el período final de la gran tribulación habrá un avivamiento espiritual como nunca antes lo ha habido. Así pues, dado que el texto guarda silencio sobre muchas de las cuestiones que a nosotros nos gustaría saber con precisión, debemos evitar ser dogmáticos en las conclusiones a las que llegamos a base de hacer conjeturas.

Con frecuencia, ponemos mucho interés en determinar aspectos que el texto no nos revela, y al hacerlo, perdemos de vista lo que Dios nos está diciendo con claridad. Y lo realmente importante aquí es que hay un grupo incontable de personas que ya están en el cielo y han sido librados de la ira del Cordero.

Quiénes son y dónde están

(Ap 7:9) “*Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos*”

1. Quiénes son

Cuando el apóstol Pablo recorría el mundo predicando el evangelio, siempre seguía este orden: “*al judío primeramente y también al griego*” (**Ro 1:16**) (**Ro 2:9-10**). Es verdad que en la antigüedad Israel fue designado como el pueblo de Dios, pero eso no quería decir que sólo ellos iban a disfrutar de sus bendiciones. Serían los primeros, pero no los únicos. De hecho, Dios deseaba hacer llegar sus bendiciones a todas las naciones a través de ellos. Y aunque es cierto que fracasaron una y otra vez en cumplir ese propósito, sin embargo, Dios lo hizo. Y ahora lo estamos viendo. Siguiendo el mismo orden que el apóstol Pablo seguía, en la primera visión de este capítulo se nos ha presentado un grupo de creyentes descendientes de las doce tribus de Israel, y ahora vamos a ver otro grupo incontable “*de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas*” que también están delante del trono de Dios disfrutando de sus bendiciones. De este modo se cumplirá plenamente la promesa que Dios había hecho a Abraham: “*En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra*” (**Gn 22:18**).

2. Dónde están

En cuanto a la cuestión de dónde están, una vez más la acción vuelve a discurrir en torno al trono de Dios. Así que se nos dice que esta gran multitud “*estaban delante del trono y en la presencia del Cordero*”. Ya antes hemos visto a los veinticuatro ancianos “*alrededor del trono*” (**Ap 4:4**), y ahora estos aparecen también “*delante del trono*”. El trono de Dios es el centro de todo, y estos están aquí de pie después de haber sido librados de la ira del Cordero. Sin duda, es una gran maravilla que hombres pecadores puedan ocupar esa posición.

La adoración celestial

(Ap 7:10-12) *“y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.”*

Todos en esta multitud, sobrecogidos por la gloria, majestad y esplendor del que está sentado en el trono, se postran sobre sus rostros y le adoran.

El texto nos dice que *“clamaban a gran voz”*. Está claro que no adoraban de forma desganada, como tantas veces ocurre con nosotros. Además, lo hacían a una sola voz, aunque la multitud provenía de todas las naciones y lenguas. No cabe duda de que la escena que se nos describe a continuación tiene que ver con la celebración de una victoria.

Como ya vimos en los capítulos 4 y 5, esta es la ocupación constante de todos los que están en el cielo. En aquella ocasión la adoración se relacionaba con el hecho de que Dios era el Creador de todo y también el único digno de juzgar a este mundo. Pero en este momento, después de que los primeros sellos han sido abiertos, y los juicios de Dios han comenzado a venir sobre este mundo, la adoración que resuena en el cielo tiene un nuevo colorido. Para entenderlo debemos fijarnos en algunos detalles.

I. Los adoradores

En primer lugar se nos dice que estaban *“vestidos de ropas blancas”*. Como en otras ocasiones, esto nos sugiere que estas personas habían sido justificadas de sus pecados y por lo tanto sus ropas simbolizaban su pureza e inocencia.

Luego se añade que tenían *“palmas en sus manos”*. Las palmas se asocian en las Escrituras con celebración, liberación y gozo. Recordamos la entrada triunfal del Señor Jesucristo en Jerusalén y cómo las multitudes le recibieron con palmas en las manos:

(Jn 12:12-13) *“El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!”*

Fue un acto por el que reconocían que él era el Mesías esperado que venía a librarles de la esclavitud. En realidad, en ese momento, ellos se disponían a celebrar la fiesta de la pascua en la que se recordaba la forma milagrosa en la que Dios había liberado a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Así que, cuando aclamaron de este modo a Jesús, lo que estaban queriendo decir es que él era aquel que esperaban de parte de Dios para llevar a cabo su liberación.

Si relacionamos ambos pasajes, podríamos decir que esta escena en el cielo es el cumplimiento de esa gran liberación que los judíos celebraron anticipadamente cuando el Señor Jesucristo se presentó en Jerusalén al comienzo de la fiesta de la pascua.

Pero las palmas eran también características de la fiesta de los tabernáculos. En **(Lv 23:39-43)** se nos dice que los israelitas debían cortar ramas de palmeras y hacer con ellas tabernáculos en los que habitaran durante siete días para recordar su peregrinaje por el desierto después de que el Señor los liberó de Egipto.

Y aquí en Apocalipsis encontramos también el cumplimiento de aquella fiesta, cuando el Señor *“que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos”* (Ap 7:15). Este será el fin de su peregrinaje y la entrada a su morada definitiva en el cielo.

2. La razón por la que adoran

Más adelante se nos hará saber que esta multitud ha *“salido de la gran tribulación”* (Ap 7:14). Ese será un período especialmente difícil para los creyentes, porque durante ese tiempo del régimen de la bestia nadie podrá comprar ni vender si no tiene la marca de la bestia y adora su imagen (Ap 13:15-17). Pero estas multitudes han salido de la gran tribulación y ahora están en el cielo delante del trono de Dios, por eso le adoran diciendo: *“La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”*.

Su gozoso cántico de alabanza es un reconocimiento de la fidelidad de Dios, quien ha cumplido sus promesas y les ha salvado del diablo. Además, les dio las fuerzas necesarias para no doblar sus rodillas delante de la bestia ni de su imagen.

3. Un gran coro celestial se une a la adoración

Aunque los ángeles de Dios no disfrutaban de esta salvación como los hombres pecadores, sin embargo, se interesan en ella (1 P 1:12), entienden la maravillosa gracia de Dios manifestada en la salvación de los pecadores y se gozan (Lc 15:10). Así que, junto con los ancianos y los cuatro seres vivientes, estos ángeles se unen a la multitud que había salido de la gran tribulación, y juntos se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios. Todos estaban de acuerdo en expresar su alabanza con motivo de su salvación.

El hecho de que hombres pecadores hayan sido salvados, es un triunfo de la gracia de Dios, que hace que los ángeles todavía glorifiquen más a Dios.

4. El contenido de la adoración

Las expresiones son casi idénticas a las que encontramos en (Ap 5:12), aunque allí la alabanza iba dirigida al Cordero y aquí a Dios. Finalmente viene a ser lo mismo.

Notemos también que toda la alabanza celestial se centra en la exaltación de los atributos de Dios. Y haremos bien en meditar y aprender de ello.

(Ap 7:12) “Diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.”

Notemos cuáles son estos atributos que deben ser reconocidos en Dios y por los que su pueblo le debe adorar:

- *“La bendición”*. Dios es la fuente de toda bendición, tanto en el ámbito de la creación como también de la salvación.
- *“Y la gloria”*. Se trata de la majestad esplendorosa que acompaña la presencia de Dios. *“Excelso sobre todas las naciones es Jehová, sobre los cielos su gloria”* (Sal 113:4), *“su gloria llena toda la tierra”* (Nm 14:21) (Is 6:3), *“los cielos cuentan la gloria de Dios”* (Sal 19:1), *“él es el Rey de la gloria”* (Sal 24:10). En consecuencia, todos los hombres deben reconocer su gloria.
- *“Y la sabiduría”*. Dios es la fuente de toda ciencia y sabiduría. El salmista decía: *“¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría”* (Sal 104:24). Y Pablo afirmaba que en Cristo *“están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”* (Col 2:3). Cuando Dios salvó a los

hombres no lo hizo conforme a la sabiduría de los hombres, que es locura (**1 Co 1:18-25**).

- “*Y la acción de gracias*”. A Dios debemos dar las gracias por sus muchos beneficios para con los hombres. El salmista decía: “*Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios*” (**Sal 103:1-6**).
- “*Y la honra*”. Dios tiene un honor y una dignidad únicas que deben ser reconocidas por el hombre. El salmista decía: “*Dad a Jehová la honra debida a su nombre*” (**Sal 96:8**).
- “*Y el poder*”. Dios es el Todopoderoso, todo lo que se propone hacer, lo hace. Así se presentó a Abraham: “*Yo soy el Dios Todopoderoso*” (**Gn 17:1**).
- “*Y la fortaleza*”. Dios es el único refugio seguro frente al enemigo. El salmista escribe: “*Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio*” (**Sal 18:2**).

El carácter de Dios nunca cambia, por eso, esta adoración debe ser dada “*a nuestro Dios por los siglos de los siglos*”.

El origen de la multitud vestida de ropas blancas

(Ap 7:13) “*Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?*”

Ahora uno de los ancianos hace esta pregunta a Juan con la finalidad de enfocar su atención sobre la identidad de la gran multitud. Y el detalle que se subraya es el hecho de que están “*vestidos de ropas blancas*”. Juan tiene que admitir que no sabe quiénes son, y es entonces cuando le es revelada su identidad:

(Ap 7:14) “*Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.*”

El hecho de que Juan no supiera quién era esta multitud, puede ser debido a diferentes razones. Una de ellas es que los creyentes seremos muy diferentes cuando seamos glorificados en el cielo. Entonces no será tan fácil reconocernos.

En todo caso, aunque el Señor se podría haber referido a esta multitud como la Iglesia, evita hacerlo porque quiere subrayar ciertos aspectos de ellos.

I. Sus vestiduras

En primer lugar se hace referencia a sus vestiduras. Ese detalle sirve con frecuencia en las Escrituras para representar la pureza y dignidad de la persona. Veamos cómo lo empleaban los profetas:

(Is 64:6) “*Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.*”

(Zac 3:1-5) “*Me mostró al sumo sacerdote Josué, el cual estaba delante del ángel de Jehová, y Satanás estaba a su mano derecha para acusarle. Y dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio? Y Josué estaba vestido de vestiduras viles, y estaba delante del ángel. Y habló el ángel, y mandó a los que*

estaban delante de él, diciendo: Quitadle esas vestiduras viles. Y a él le dijo: Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala. Después dijo: Pongan mitra limpia sobre su cabeza. Y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y le vistieron las ropas. Y el ángel de Jehová estaba en pie.”

Puede simbolizar también triunfo y victoria.

2. Han salido de la gran tribulación

Estos fieles han salido de la gran tribulación y ahora están en perfecta paz en la presencia del Señor. Notamos aquí cierto tono de triunfo. Se cumple lo que la Palabra dice:

(Ro 8:33-39) “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Es verdad que todos los cristianos deben pasar a través de muchas tribulaciones (**Hch 14:22**), pero esta “*gran tribulación*” será un tiempo único de prueba en toda la historia de la humanidad que demandará una fe absoluta de parte de los creyentes. En muchos casos tendrán que sufrir el martirio por causa de su fe. No olvidemos que en el tiempo de la gran tribulación el anticristo estará en el clímax de su carrera y la persecución contra los santos será mucho más intensa. El Señor Jesucristo se refirió a ella de la siguiente manera: “...*gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá*” (**Mt 24:21**).

Pero en todo caso, aunque estos creyentes sufran la persecución del anticristo, sin embargo, serán librados de los efectos directos de la ira de Dios.

Este será un período especialmente difícil para aquellos cristianos que están acostumbrados a un estilo de vida cómodo, que se sienten a gusto en el mundo. En especial para ellos, este tiempo será muy difícil, porque ni están acostumbrados al sufrimiento por el nombre de Cristo ni tampoco lo consideran un privilegio. Es muy probable que aquellos otros creyentes que en esta hora ya están sufriendo algún tipo de persecución en uno de los muchos países donde el cristianismo es perseguido, cuando llegue este momento de prueba estarán mucho mejor preparados para soportarla.

Para estar debidamente preparados para ese momento debemos vivir buscando siempre glorificar a Cristo, y debemos considerar un privilegio si también con nuestra muerte podemos darle la gloria a él.

3. “Y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”

Podríamos pensar que estos mártires han ganado el derecho a estar en el cielo por su propio sacrificio o fidelidad, pero la realidad es muy diferente; han obtenido el triunfo por medio del sufrimiento y la victoria de Cristo en la cruz.

Por lo tanto, el triunfo sobre el anticristo no es por medio de la lucha armada, sino por la sangre de Cristo.

Ahora bien, la idea de lavar y emblanquecer las ropas en la sangre del Cordero nos puede resultar extraña y hasta contradictoria. La sangre no limpia, sino que mancha la ropa, diría alguno. Pero el lenguaje empleado aquí no lo debemos interpretar literalmente, sino de la misma forma simbólica en la que es usado por toda la Biblia.

(Lv 17:11) “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.”

Lo que vemos en este versículo es que la sangre representaba la vida. Esta idea es fácil de entender: cuando una persona se desangra, pierde la vida. Por lo tanto, Cristo, el Cordero de Dios, ha quitado nuestro pecado entregando su vida por la nuestra. Por eso es representado como *“un Cordero como inmolado” (Ap 5:6)*.

En todo caso, aquí hay una verdad universal: nadie podrá ser limpiado de sus pecados si no es por el sacrificio de Cristo en la cruz. Veamos algunos versículos que confirman el valor salvífico de la sangre de Cristo:

(Ro 3:25) “a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”

(Ro 5:9) “Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.”

(Col 1:20) “y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.”

(Ef 1:7) “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”

(He 9:14) “¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

(1 Jn 1:7) “pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.”

(Ap 1:5) “y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”

(Ap 5:9) “y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”

Notemos también que estas personas *“han lavado”* y *“han emblanquecido”* sus ropas. Y nos preguntamos cómo han podido hacerlo. Parece evidente que no han sido lavadas automáticamente por el hecho de que Cristo muriera en la cruz, sino que ellos tuvieron que hacer algo. Y efectivamente, la única forma de apropiarse de los beneficios de la obra de Cristo es por medio del arrepentimiento y la fe. De otro modo, no nos podremos beneficiar de la salvación que nos ofrece.

¿Cómo será nuestra vida en el cielo? (Ap 7:13-17)

(Ap 7:13-17) “Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.”

Introducción

El cristiano que no piensa con frecuencia en el cielo, necesariamente ha de tener una vida muy terrenal e incluso mundana. Mientras estamos en esta tierra debemos considerarnos peregrinos en el camino hacia nuestra patria celestial, pero si perdemos de vista nuestro destino eterno, con facilidad nos convertimos en “turistas” por el mundo. Es cierto que podemos encontrar ciertos parecidos entre un peregrino y un turista; al fin y al cabo, ambos están lejos de su casa, pero mientras que el turista se entretiene admirando cada cosa a su paso, el peregrino tiene su mirada puesta en su destino final, y fuera de eso, nada le interesa. Probablemente entre los cristianos de hoy hay muchos más que encajan en el perfil del turista que en el del peregrino. Si ese fuera el caso, aún se hace mucho más urgente volver a mirar las glorias del cielo y anticipar por la fe cómo será nuestra entrada y estancia en el hogar eterno que Cristo ha ido a prepararnos.

Ahora bien, las religiones paganas a menudo imaginan el cielo como un lugar donde se satisfacen todos los apetitos. Los seguidores de Mahoma sueñan que si son fieles en este mundo serán recompensados con muchas mujeres en el paraíso. Otros sueñan con grandes comilonas y abundancia de vino. Pero todo esto es fruto de la mente carnal. Sólo hay una fuente de información fiable para saber cómo es el cielo y qué es lo que nos espera allí, y esa la encontramos en la Biblia. Y en este sentido, el pasaje que ahora estamos estudiando es uno de los más claros y alentadores que el cristiano puede encontrar sobre este tema.

Dos caminos

El Señor Jesucristo dijo que cada hombre tiene dos caminos delante de él: uno ancho y muy transitado que lleva a la condenación eterna, y otro estrecho y difícil que lleva al cielo (**Mt 7:13-14**). Las personas que encontramos en este pasaje han elegido la senda estrecha que lleva a la vida eterna. Lo sabemos porque se dice de ellos que *“han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”* (**Ap 7:14**). Esta es otra forma de decir que han confiado enteramente en el sacrificio de Cristo a su favor como único medio posible para su salvación.

Ahora bien, para ellos, igual que para cada uno de nosotros, hay dos formas posibles de llegar al cielo: una es por medio de la muerte y otra por el arrebatamiento.

I. La muerte nos conduce al cielo

Algunas personas preguntan qué es lo que ocurre cuando un creyente muere. Y una vez más la respuesta la tenemos en la Biblia. Allí se nos dice que en el mismo instante en el

que morimos ya estamos en la casa del Padre disfrutando plenamente de todas las glorias del cielo. Podríamos decir que no hay un viaje más largo que éste y al mismo tiempo tan breve. Veamos lo que el apóstol Pablo enseñó al respecto:

(Fil 1:21-23) “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor”

(2 Co 5:8) “Confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.”

En estos pasajes la muerte se presenta como “ganancia” porque nos lleva inmediatamente a la presencia del Señor, “lo cual es muchísimo mejor” que estar en este mundo.

Es evidente que el apóstol no se aferraba desesperadamente a esta vida como a veces hacen los creyentes. Él tenía claro que la vida en este mundo no es comparable con la gloria eterna que allí disfrutaremos. Cuando entremos en el cielo dejaremos atrás las tinieblas de este mundo para gozar plenamente de la luz admirable de Dios; terminará la lucha y disfrutaremos de la victoria que Cristo ganó para nosotros; acabaremos nuestro peregrinaje para entrar por fin en nuestra morada eterna; las lágrimas y el dolor serán sustituidas por el gozo y la paz; será el fin de una larga jornada de trabajo y entraremos a nuestro reposo eterno.

Cuando vemos la forma en la que la Biblia nos presenta la muerte de los creyentes, no es difícil entender por qué el apóstol Pablo no quería permanecer en este mundo ni un segundo más de lo estrictamente necesario por causa de la obra de Dios, aunque su partida fuera por medio de la muerte.

2. El arrebatamiento nos conduce al cielo

El mismo apóstol Pablo hablando también por inspiración divina reveló algo que hasta ese momento no se conocía. Él dijo que hay una segunda forma en la que los creyentes pueden abandonar este mundo para ir al cielo, y ésta es por medio del arrebatamiento.

(1 Ts 4:14-17) “Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.”

En nuestro estudio anterior vimos que la enorme multitud que adoraba a Dios estando en el cielo delante del trono, “habían salido de la gran tribulación” (Ap 7:14). Y ya dijimos que esto puede referirse tanto al arrebatamiento de la iglesia como al hecho de que hubieran muerto bajo el régimen del anticristo.

Estaremos con Cristo

Sin lugar a dudas, lo que hace del cielo un lugar maravilloso y único es la presencia del Señor. Recordemos lo que él mismo dijo acerca de en qué consiste la vida eterna:

(Jn 17:3) “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.”

Si lo pensamos bien, parece difícil que pueda haber algo en lo que nos podamos ocupar toda la eternidad sin llegar a aburrirnos. En esta vida presente aun las actividades que más nos gustan llega un momento en que nos cansan. ¿En qué podremos invertir el tiempo sin fin de la eternidad sin llegar a tener esa sensación? La única cosa es conocer al “*único Dios verdadero y a Jesucristo*”. Él es un ser tan increíblemente grande y glorioso que aun la eternidad será insuficiente para poder llegar a admirar y disfrutar todo lo que él es. Sin lugar a dudas, ésta es la mayor gloria del cielo.

Hay muchas personas a las que les gustaría ir al cielo simplemente porque les horroriza la idea del infierno, pero no porque amen y deseen estar con Cristo. Pero es imposible que una persona pueda llegar a ser salva sólo porque tenga temor al infierno. Quizá ese pensamiento pueda despertar a la persona para que busque una alternativa, pero nunca estará lista para ir al cielo hasta el momento en que su mayor deseo sea estar con Cristo. La conversión implica necesariamente unir nuestra vida a la de él para siempre.

Ahora bien, el pasaje que estamos estudiando nos dice que estos creyentes que ya han llegado al cielo no sólo están “*en la presencia del Cordero*”, sino que también están “*delante del trono*” (**Ap 7:9**). Esto quiere decir que tendremos la ocasión de ver al Rey en toda su hermosura. Seguramente en ese momento nos lamentemos de no haberle amado más, de no haberle servido mejor, de no haber vivido más para él cuando estábamos en el mundo.

En todo caso, mientras esperamos con impaciencia el momento de estar allí, nos inunda una profunda sensación de gratitud y admiración. ¿Cómo es posible que hombres pecadores e indignos puedan estar de pie ante el mismo trono de Dios sin ser consumidos? La única explicación posible la encontramos en la gracia de Dios.

Estaremos en la compañía de una gran multitud

Como ya comentamos, en el cielo habrá redimidos de “*todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas*” (**Ap 7:9**), pero a esa innumerable compañía de hombres redimidos se añadirán también “*todos los ángeles*” y “*los cuatro seres vivientes*” (**Ap 7:11**).

Será hermoso volver a encontrarnos con las personas que amamos en este mundo y que nos precedieron en su llegada al cielo. Otros querrán sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob (**Mt 8:11**). Y más de uno buscará a algún apóstol o profeta para hacerle alguna pregunta pendiente.

Pero además de esto, compartiremos también nuestra estancia en el cielo con seres angelicales que por el momento desconocemos. La comunión espiritual con ellos será indudablemente muy enriquecedora.

Estaremos en el cielo

El lugar en el que los creyentes pasarán la eternidad es conocido como el cielo. Ahora bien, ¿cómo será ese lugar donde moraremos con el Señor?

En la Biblia encontramos diferentes ilustraciones del cielo. La más antigua probablemente sea el tabernáculo que Moisés levantó en el desierto. Era conocido también como “*el tabernáculo de reunión*” (**Ex 33:7**), puesto que allí estaba la morada de Dios y era el lugar donde el hombre se podía encontrar con él.

Precisamente a esto se hace referencia en este pasaje que ahora estudiamos: “Y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos” (Ap 7:15). No olvidemos que un tabernáculo era una tienda que servía de morada, y de alguna manera lo que aquí se nos está diciendo es que Dios iba a ampliarla para poder acoger a todos los creyentes. Algo similar dijo el Señor Jesucristo antes de despedirse de sus discípulos:

(Jn 14:1-2) “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.”

Ahora bien, volviendo al tabernáculo en el desierto, vemos que aunque fue hecho por mandato de Dios para que el hombre pudiera tener comunión con él, sin embargo se hacía evidente una y otra vez las grandes dificultades que había para que esto fuera posible. Por un lado, tal como vemos en (Ex 33:7), Moisés tuvo que levantar el tabernáculo fuera del campamento debido al pecado del pueblo, lo que indicaba una de las razones por las que se hacía difícil la comunión. Pero por otro lado, en cuanto a la posibilidad de acceder a su interior, también había muchas otras limitaciones, de hecho, sólo podían entrar los sacerdotes y levitas, quedando restringido el lugar santísimo al sumo sacerdote una vez al año. Todo esto indicaba las dificultades que incluso el pueblo de Dios tenía para entrar y permanecer en su presencia.

Pero la visión que ahora nos ofrece Apocalipsis es completamente diferente. Por un lado ya no son sólo los sacerdotes levitas quienes tienen acceso al tabernáculo, sino todos los creyentes sin distinción alguna de “nación, tribu, pueblo o lengua”. Pero por otro lado, ya no tienen la necesidad de salir de allí, sino que tienen el privilegio continuo de estar en su misma presencia en el lugar santísimo ante su trono.

En todo caso, la referencia al tabernáculo que encontramos en este pasaje de Apocalipsis se usa para enfatizar la estrecha comunión que los redimidos tendrán con Dios en su morada celestial. Pero más adelante en este mismo libro veremos otras descripciones maravillosas de cómo será esa nueva morada celestial presentada en ese caso como la nueva Jerusalén que desciende del cielo (Ap 21:9-27). Allí notamos las grandes dificultades que Juan tenía para comunicar con palabras toda la belleza que vio. Porque no olvidemos lo que Dios ha prometido:

(1 Co 2:9) “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, Ni han subido en corazón de hombre, Son las que Dios ha preparado para los que le aman.”

Sólo cuando llegemos allí se verá plenamente realizada la esperanza de todos los creyentes:

(2 Co 5:1) “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciera, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.”

Estaremos libres de sufrimiento

Nuestro texto dice: “Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno” (Ap 7:16). Esta bienaventuranza parece haber sido tomada del profeta Isaías:

(Is 49:10) “No tendrán hambre ni sed, ni el calor ni el sol los afligirá; porque el que tiene de ellos misericordia los guiará, y los conducirá a manantiales de aguas.”

Por lo tanto, el efecto de que Dios extienda su tabernáculo sobre los redimidos traerá sobre ellos protección perfecta sobre las fuerzas destructoras de la naturaleza y también la promesa de satisfacer definitivamente toda hambre y sed del alma humana.

Ambas cosas son importantes. Por un lado, el mundo en el cual vivimos fácilmente se vuelve en contra nuestro. Por ejemplo, el sol puede llegar a ser abrasador y necesitamos ser protegidos de él. Y por otro lado, tenemos necesidades físicas como el hambre y la sed que si no satisfacemos morimos.

Podemos interpretar estas palabras literalmente, y pensar en el alivio que traerían a aquellos esclavos que en los días de Juan trabajaban bajo un sol despiadado sin apenas poder aplacar su sed o satisfacer su hambre. O aquellos creyentes que sufrían hambre bajo el régimen de la bestia porque no podían comprar ni vender por no tener su marca. Pues todos aquellos que son redimidos por Cristo disfrutarán de esta promesa literalmente. Por fin se les hará justicia:

(Mt 5:6) “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.”

Pero también podemos ver aquí una promesa espiritual que encuentra su pleno cumplimiento en Cristo. Porque el hombre no sólo vive de pan material, también tiene importantes necesidades espirituales que satisfacer. Podemos interpretar, por lo tanto, el hambre y la sed en un sentido espiritual, como lo hizo el mismo Señor Jesucristo. Y una vez más, él mismo es la solución:

(Jn 6:35) “Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.”

(Jn 4:14) “El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”

Estaremos sirviendo al Señor siempre

El cielo será un lugar de servicio: *“Y le sirven día y noche en su templo” (Ap 7:15).*

Como decíamos, ahora ya no son sacerdotes de la tribu de Leví los que sirven en el templo de Dios en el cielo, sino personas de todos los pueblos. Cada verdadero creyente es un sacerdote de Dios que puede entrar y servir en su santuario.

Pero quizás esto resulte extraño a algunos que han imaginado el cielo como un lugar de santa inactividad; como una especie de jubilación ganada después de largos años de trabajo; o como unas vacaciones que nunca se terminan. Pero nada más lejos de la realidad. Nuestro texto nos dice que los redimidos *“le sirven día y noche”*.

Ahora bien, este servicio en el templo celestial no se basa ya en el sacrificio de animales, sino en la adoración al que está sentado en el trono. Esa es la meta y el propósito con el que el ser humano ha sido creado. Pero lo importante será que en ese momento le adoraremos libres ya del pecado y disfrutando plenamente de su presencia.

En cuanto a las características de este servicio podemos decir que:

- Será un servicio voluntario realizado por amor. Estará libre de motivos mezclados, de envidia, competitividad, interrupciones, remordimientos, preocupaciones o cualquier sombra de pecado.
- Estará estrechamente relacionado con la adoración, aun así, habrá muchas áreas en las que tendremos la oportunidad de demostrar nuestro amor por el Señor.

Seguramente mucho de este servicio tendrá que ver con la administración y gobierno dentro del Reino de Dios (**Lc 19:11-27**). Y de lo que podemos estar totalmente seguros es de que nunca será algo monótono o aburrido.

- Será un servicio llevado a cabo sin sudor ni fatiga. Ya habrá terminado la maldición que vino sobre Adán: *“Con el sudor de tu rostro comerás el pan”* (**Gn 3:19**). Por esa razón le podremos servir *“día y noche”* sin cansancio. Y sin duda, toda la eternidad será demasiado corta para hacer lo suficiente por Aquel que dio su vida por nosotros.

No obstante, nuestra capacidad de servicio en la eternidad estará condicionada por nuestro servicio en la vida presente. Recordemos nuevamente la parábola de las minas en la que quedaba claro que nuestro servicio en el presente está íntimamente relacionado con las posibilidades de servicio en el futuro. También en otra ocasión el Señor exhortó a que nos hagamos ya *“tesoros en el cielo”* (**Mt 6:19-20**). Esto implica invertir el presente en la vida futura. Sin duda muchas de las cosas por las que nos afanamos ahora no podremos llevarlas con nosotros al cielo, pero lo que siempre nos acompañará será aquel carácter que hemos dejado que el Señor desarrolle en nosotros a la imagen de su Hijo.

Nuestras decisiones del presente determinarán nuestra capacidad de servicio en el futuro y también del disfrute de nuestra herencia. Por supuesto, ningún creyente sufrirá en el cielo, pero no todos seremos iguales. Ahora bien, ¿qué criterios seguirá el Señor para valorar nuestro servicio presente? Aquí ofrecemos algunas consideraciones:

- Se premiará la fidelidad a Dios y a su Palabra en todo lo que hayamos hecho y no el éxito (**Mt 25:21,23**) (**1 Co 4:2**).
- No se valorará el don, la habilidad o los recursos que tengamos, sino cómo la hayamos empleado (**Mt 25:15-28**). Recordemos que la pequeña ofrenda de la viuda pobre recibió la más alta consideración de parte del Señor (**Lc 21:4**).
- Recibirá recompensa todo aquello que haya sido hecho como para el Señor, aunque haya sido hecho a los hombres (**Col 3:22-24**). Para el Señor no tiene ningún valor aquello que se hace únicamente para ser vistos por los hombres (**Mt 6:2,5,16**).
- Lo que importa no es cómo nosotros evaluamos nuestro servicio, ni siquiera cómo lo valoran otros, sino cómo lo considera el Señor (**1 Co 4:1-5**).
- El Señor premiará la perseverancia (**Lc 8:15**). No basta con comenzar bien; es necesario proseguir hasta el final.

Seremos consolados de todo dolor

Nuestro texto añade: *“Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”* (**Ap 7:17**).

Dios hará olvidar y consolará a su pueblo de todas las experiencias amargas por las que habrán tenido que pasar en este mundo. Y cuando estén en su presencia, ya no habrá ninguna cosa que les producirá tristeza. Experiencias que ahora nos resultan familiares como el dolor físico, mental o espiritual, se terminarán. En su lugar sentiremos descanso y gozo perpetuo en la presencia de Dios.

Atrás habrán quedado para siempre las sirenas de las ambulancias o de la policía. Será una vida libre de tensión o agitación. No habrá hospitales, ni tampoco alarmas de epidemias. Nunca más nadie tendrá que mirar cómo una persona se hunde en la enfermedad de Alzheimer.

¡Cuánto gozo tuvo que experimentar esta multitud al ser sacada de la gran tribulación e introducida en el cielo de Dios! De repente se terminó el sufrimiento, y fue sustituido por la gloria ante el mismo trono de Dios. ¿Podemos imaginarnos un contraste mayor? En este momento se cumple perfectamente lo dicho por el apóstol Pablo:

(Ro 8:18) *“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.”*

Seremos cuidados por el Señor

(Ap 7:17) *“Porque el Cordero que está en medio de ellos los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida”*

Esta frase llama nuestra atención: el Cordero es el Pastor. Con esta cambio de papeles Dios quiere que notemos que quien nos va a proveer todas estas bendiciones es el “Cordero que fue inmolado”. Sólo él puede guiarnos hacia la satisfacción plena y eterna. Además, entiende bien las necesidades del rebaño, porque él mismo es el Cordero, pero además de eso, tiene también el corazón de un pastor. No se puede esperar más.

En cuanto a la figura del pastor, encontramos varias referencias en el Antiguo Testamento:

(Sal 23:1-2) *“Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará.”*

(Is 40:11) *“Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas.”*

Esto se cumple perfectamente en Cristo:

(Jn 10:11) *“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.”*

Además, él no sólo guía, sino que satisface toda sed del hombre:

(Jn 4:13-14) *“Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”*

Conclusión

Los creyentes estarán “*delante del trono*”: Nos habla de la victoria conseguida por Dios para ellos que los ha conducido de forma segura hasta la consumación de su salvación, cumpliendo así su promesa de que nada ni nadie los podría separar de su amor.

“*Le sirven día y noche en su templo*”. Nos habla del ministerio más sublime y de mayor dignidad al que el hombre puede aspirar.

“*El Cordero que está en el trono los pastoreará*”. Nos habla de la seguridad eterna de la que disfrutaremos bajo su protección.

“*Ya no tendrán hambre ni sed*”. No habla de satisfacción plena y eterna.

“*Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos*”. Nos habla de un gozo perfecto.

“*Los guiará a fuente de aguas de vida*”. Nos habla de inmortalidad perfecta.

El séptimo sello (Ap 8:1-13)

Introducción

Al final del capítulo 6 vimos que al abrirse el sexto sello fue anunciado por medio de grandes señales cósmicas la llegada del día de la ira del Cordero (**Ap 6:12-17**). El capítulo 7 constituye un paréntesis en el que se nos han presentado a dos grupos de personas que serán libradas de la ira del Cordero; en primer lugar, ciento cuarenta y cuatro mil descendientes de las doce tribus de Israel, y en segundo lugar, una multitud incontable de personas de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas. Ahora, en el capítulo 8, tiene lugar la apertura del séptimo sello, y con ella se desencadenarán los juicios del día de Jehová con el que se preparará la Segunda Venida del Señor. En realidad, al abrirse el séptimo sello, surge una nueva serie de juicios contenidos en siete trompetas.

No debemos perder de vista que todos estos juicios tienen como finalidad establecer el reino de Dios en este mundo. El hombre no quiere reconocer los derechos que Dios tiene como Creador y Propietario de esta tierra, y también rechaza la gracia de Dios manifestada por medio de la muerte del mismo Hijo de Dios ofrecido como sustituto por los pecados del hombre. En esa situación, lo único que Dios puede hacer para establecer su reino es juzgar a este mundo. Así que, a lo largo de estos pasajes, estaremos viendo al Señor Jesucristo en su faceta de Juez soberano.

En nuestros días, muchos hombres manifiestan su arrogancia ignorando o ridiculizando a Dios. Algunos llegan incluso a proferir insultos contra su Creador, y en su insolente atrevimiento, se preparan en su imaginación para enfrentarse a Dios en el día del juicio. Quizá usted ha tenido que escuchar a personas que dicen: “Cuando llegue al cielo, voy a decirle un par de cosas a Dios”. Estas personas culpan a Dios de todos los males que ocurren en este mundo, mientras que ignoran convenientemente los efectos de sus propios pecados. Pero en ese día, sus insolentes bocas se cerrarán y sus rodillas se doblarán ante la gloria y majestad del que está sentado en el trono.

“Silencio en el cielo”

(Ap 8:1) *“Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora.”*

Cuando el Cordero abre el último de los sellos, todas las huestes celestiales que hasta ese momento le estaban adorando, de repente guardan silencio *“como por media hora”*. Tengamos en cuenta que se trataba del último sello del libro, y que al abrirlo, todo su contenido sería revelado y el plan salvífico de Dios sería manifestado, llegando a su conclusión. Este silencio repentino de los coros celestiales nos hace sentir la tensión del momento. Todo el cielo está expectante por lo que va a ocurrir a continuación.

Pero el contenido del séptimo sello, contrariamente a lo esperado, todavía revelará nuevos juicios. Aunque este lapsus de media hora sirve una vez más para que los hombres reflexionen y lleguen al arrepentimiento antes de que Dios continúe con sus juicios.

“Siete ángeles, siete trompetas”

(Ap 8:2) “Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas.”

La apertura del séptimo sello muestra a siete ángeles con siete trompetas, de modo que se da lugar así a una nueva serie de siete juicios que se irán ejecutando en el momento en que cada uno de los ángeles toque su trompeta.

Una vez más en el libro de Apocalipsis vemos que los ángeles participan de forma muy activa en la administración de los juicios de Dios sobre este mundo (**Mt 13:39-42**) (**Mt 13:47-50**) (**Mt 16:27**) (**Mt 25:31**). Por supuesto, Dios no necesita de su colaboración, pero le complace delegar su autoridad en ellos, como también lo hace y lo seguirá haciendo durante toda la eternidad con los creyentes.

En relación con esto, debemos notar que a estos siete ángeles “se les dieron” siete trompetas. Este hecho subraya que la autoridad final proviene de Dios, y que todo lo que sucede en la tierra ha sido preparado y fijado en el cielo, en el trono de Dios.

En cuanto a las “trompetas”, debemos decir que son usadas con frecuencia a lo largo de todas las Escrituras, normalmente anunciando un evento especial. Por ejemplo, las usaban los sacerdotes para reunir a la congregación de Israel o cuando se había de mover el campamento (**Nm 10:2**); también en sus fiestas solemnes (**Lv 25:9**) (**Nm 10:10**) o cuando iban a la batalla para que fueran recordados por Dios (**Nm 10:9**). Los profetas se servían de ellas para advertir al pueblo de sus pecados y del juicio inminente (**Is 58:1**) (**Jer 4:5**) (**Ez 33:1-7**) (**Os 8:1**) (**Jl 2:1**) (**Sof 1:15-17**) (**Zac 9:14**). En el Nuevo Testamento se asocia con el tiempo del fin (**Mt 24:30-31**) (**1 Co 15:51-52**) (**1 Ts 4:16**).

Pero tal vez el uso de trompetas en el Antiguo Testamento que guarda un paralelismo más claro con este pasaje de Apocalipsis lo encontramos en (**Jos 6:1-27**), cuando Josué recibió instrucciones sobre la forma en la que debía conquistar Jericó. Los sacerdotes deberían ir delante del arca de Jehová provistos de trompetas o cuernos de carnero, y durante seis días deberían dar una vuelta a la ciudad en silencio mientras los sacerdotes tocaban las trompetas, advirtiendo a los habitantes de Jericó de la proximidad del juicio de Dios sobre ellos. Pero el séptimo día deberían dar siete vueltas, y al final los sacerdotes tocarían prolongadamente las trompetas y gritarían con fuerza; entonces las murallas de Jericó caerían y la ciudad sería conquistada, dando lugar a que el arca de Dios, que simbolizaba su presencia, tomara posesión de ella.

Aquí en Apocalipsis nos encontramos con seis ángeles que tocan seis trompetas anunciando los juicios de Dios. Al tocar la séptima trompeta surgen siete copas con las siete plagas postreras en las que se consumaba la ira de Dios. Después de esto caería la gran Babilonia y el Señor vendría a reinar.

“Las oraciones de todos los santos”

(Ap 8:3-5) “Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos. Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto.”

Antes de que los ángeles hagan sonar las trompetas, hay un incidente preliminar. Otro ángel debe presentar una ofrenda de incienso sobre el altar. Esto guarda una similitud exacta con lo que hacían los sacerdotes en el templo en el día de las expiaciones:

(Lv 16:12-13) *“Después tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar de delante de Jehová, y sus puños llenos del perfume aromático molido, y lo llevará detrás del velo. Y pondrá el perfume sobre el fuego delante de Jehová, y la nube del perfume cubrirá el propiciatorio que está sobre el testimonio, para que no muera.”*

Como vemos, el sacerdote debía llenar el incensario de brasas de fuego del altar del holocausto donde se quemaban las víctimas animales. Tomaría en sus puños perfume aromático molido y lo llevaría todo al altar del incienso que se encontraba en el lugar santo y allí lo haría arder, haciendo subir un olor grato a la presencia del Señor. La idea es que las oraciones por sí solas eran imperfectas y debían ser acompañadas por el fuego del altar del holocausto en el que se quemaban las víctimas de los sacrificios. En nuestro caso diríamos que nuestras oraciones son escuchadas por los méritos del Señor Jesucristo que se ofreció en la cruz para salvarnos.

Quedaba claro que había una relación entre el acto de quemar el incienso y hacer subir las oraciones ante la presencia de Dios. El salmista lo expresaba de esta manera:

(Sal 141:2) *“Suba mi oración delante de ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde.”*

Y encontramos una ilustración de esto en la historia de Zacarías, el padre de Juan el Bautista:

(Lc 1:8-10) *“Aconteció que ejerciendo Zacarías el sacerdocio delante de Dios según el orden de su clase, conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte ofrecer el incienso, entrando en el santuario del Señor. Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso.”*

Todo esto ocurre en el cielo durante la media hora de silencio previa a que los siete ángeles empiecen a tocar las trompetas. Algunos han llegado a sugerir que el silencio en el cielo tiene como propósito que las oraciones de los santos puedan ser escuchadas. En todo caso, podemos estar seguros de que para el Señor las oraciones de los santos son importantes, y de hecho, lo que aquí vemos es que se establece una relación directa entre las oraciones de los santos y la ejecución de los juicios que vendrían con el toque de las trompetas. Es en este momento cuando la petición de los mártires que estaban debajo del altar pidiendo justicia y venganza comienza a recibir respuesta **(Ap 6:10)**.

En cierto sentido, son estas oraciones las que ponen en marcha los juicios de Dios. Encontramos un caso similar en Exodo, cuando los israelitas que se encontraban en esclavitud en Egipto pedían la intervención de Dios para que se les hiciera justicia.

(Ex 2:23) *“Aconteció que después de muchos días murió el rey de Egipto, y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre.”*

(Ex 3:7-8) *“Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel.”*

La deducción lógica de todo esto es que como dijo Santiago, *“la oración eficaz del justo puede mucho”* **(Stg 5:16)**. Y aquí, el efecto acumulativo de las incontables oraciones de hombres justos resulta ser muy poderoso.

En cuanto al hecho de que fuera necesario añadir más incienso a las oraciones de los santos, es probable que debamos entenderlo como que Dios mismo se identifica y toma parte en el clamor de los santos que llega hasta su presencia. Aunque también podemos pensar que quizá los creyentes no han orado mucho por la venida del reino de Dios a este mundo y que por esa razón hubiera que añadir más incienso. Es un hecho que los creyentes que viven sufriendo persecución por causa de su fe son más proclives a orar para que se les haga justicia y que el reino de Dios venga, que aquellos otros que disfrutaban de la relativa paz que ofrece este mundo en otras partes.

En todo caso, después de que las oraciones y el incienso han subido hasta el cielo, el ángel vuelve a llenar el incensario con fuego del altar y lo derrama sobre la tierra: *“Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra”*. Encontramos mucha similitud con la visión que tuvo Ezequiel de un varón vestido de lino que tomaba brasas entre los querubines y las derramaba sobre la ciudad como parte del juicio divino **(Ez 10:2)**.

Aquí en Apocalipsis vemos que los juicios de Dios son manifestados en respuesta directa a las oraciones elevadas por los creyentes. Entonces se rompió el silencio *“y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto”*. Como en ocasiones anteriores, estos acontecimientos se asocian con la gloriosa majestad del trono de Dios **(Ap 4:5) (Ap 11:19) (Ap 16:18)**. Y sirven como señal a los siete ángeles que tenían las siete trompetas para que se dispongan a tocarlas.

Al llegar a este punto debemos hacernos algunas reflexiones. En primer lugar, vemos que cualquier persona que haya orado alguna vez diciendo *“venga tu reino”*, no ha orado en vano, porque aunque el reino de Dios no ha venido todavía a este mundo de forma visible, eso no quiere decir que Dios no ha escuchado sus oraciones, y al terminar estas series de juicios veremos establecido el reino de Dios en este mundo de forma definitiva y las oraciones de los santos contestadas. Además, nos daremos cuenta que la maldad humana no ha pasado inadvertida para Dios y que finalmente será juzgada en un día futuro.

Ahora bien, ¿debemos orar pidiendo que Dios intervenga para juzgar a los pecadores? ¿No deberíamos orar más bien para que se conviertan? Por supuesto, deseamos que todos los hombres sean llevados al arrepentimiento, pero también tenemos un fuerte deseo de que Dios haga justicia en este mundo. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene que deseemos su arrepentimiento si no hay ningún juicio del que puedan ser librados?

Pero ¿realmente oramos para que venga el reino de Dios? El Señor Jesucristo contó una parábola de una viuda y un juez injusto que se encuadra en el contexto de la Segunda Venida, y al final preguntó: *“Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”* **(Lc 18:1-8)**. Sin duda, el propósito del Señor era exhortarnos a ser perseverantes en la oración, pidiendo sin cesar que venga su reino, sin desanimarnos por su aparente tardanza. La viuda de la parábola fue perseverante, a pesar de que sabía que el juez era injusto, lo que nos deja a nosotros en evidencia si nosotros no oramos a Dios pidiendo justicia, porque en ese caso estaremos dando a entender que tenemos menos esperanzas en Dios que aquella mujer en el juez injusto.

Los ángeles tocan las trompetas

(Ap 8:6) *“Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.”*

Con la apertura del sexto sello, los hombres trataron inútilmente de esconderse en las cuevas y entre las peñas de los montes de la ira del Cordero. Los primeros sellos no habían producido en ellos ese espanto que se percibe ahora. De alguna manera, el hombre se ha acostumbrado a ver como “natural” que haya guerras, hambre, epidemias y muerte por todas partes. En cierto sentido, en muchos casos son la consecuencia directa de su propio comportamiento egoísta. Y el hombre siempre tiene la idea de que puede mejorar la situación. Pero el sexto sello era muy diferente. Los fenómenos cósmicos anunciaban juicios de otro tipo y el temor se apoderó inmediatamente de ellos. Con esto coincide lo anunciado por el mismo Señor Jesucristo:

(Lc 21:25-26) *“Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas.”*

Podríamos decir que hasta ese momento Dios había dejado que el hombre recibiera las consecuencias de su propio pecado, del mismo modo que alguien que siembra trigo recoge trigo. Pero a partir de aquí, Dios va a intervenir directamente con sus juicios, marcando un antes y un después. Romperá su silencio para comenzar a juzgar directamente el pecado del hombre, y por supuesto, también será vindicada la fe de todos aquellos que han orado y sufrido mientras esperaban la venida del reino de Dios a este mundo.

Así pues, los siete ángeles conocían la señal, y en el momento en que *“el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra”*, ellos se dispusieron a tocar las trompetas.

Consideraciones preliminares sobre las siete trompetas

1. El esquema de los juicios

Los primeros cuatro juicios de las trompetas forman un grupo, del mismo modo que lo hicieron los primeros cuatro sellos. Y con ellas se desatan diferentes juicios sobre la naturaleza. Luego, con el toque de la quinta y sexta trompetas, los juicios tendrán que ver con la actividad demoníaca sobre la humanidad. Y la séptima trompeta traerá otra serie de siete juicios contenidos en siete copas. Como vemos, el esquema es muy parecido al de los sellos (cuatro, dos y uno que se despliega en siete).

2. Su similitud con las plagas en Egipto

Como decimos, los cuatro primeros juicios no afectan directamente a los hombres, sino a su espacio vital, a la naturaleza. Y todos ellos guardan una clara similitud con las plagas que Dios envió sobre Egipto por medio del ministerio de Moisés. Veamos algunas de las similitudes:

- En ambos casos las plagas vienen como respuesta de Dios al clamor de su pueblo que sufre y ora pidiendo su intervención. Y en ambos casos las plagas preceden a su liberación definitiva.
- Las plagas en Egipto se desencadenaron por la negativa de Faraón a dejar ir al pueblo de Dios a adorarle (**Ex 7:16**). Y las plagas que surgen del toque de las trompetas surgen para vindicar a los creyentes muertos por causa de la oposición de este mundo contra el cristianismo (**Ap 6:9-11**).
- Cuando Dios derramó sus plagas sobre Egipto, el pueblo de Israel fue preservado milagrosamente, sin que fueran afectados por ellas (**Ex 8:22**) (**Ex 9:26**) (**Ex 11:7**).

Aquí en Apocalipsis hemos visto que también las doce tribus de Israel fueron selladas con el fin de no sufrir el daño de los juicios que iban a venir (**Ap 7:3-4**) (**Ap 9:4**).

- Las plagas de Egipto solo sirvieron para endurecer el corazón de Faraón. En las seis primeras plagas fue Faraón quien se endureció (**Ex 7:13**) (**Ex 7:22**) (**Ex 8:15**) (**Ex 8:19**) (**Ex 8:32**) (**Ex 9:7**), pero a partir de la séptima, fue Dios quien endureció su corazón y el de sus siervos para mostrar en ellos sus señales y para que todos supieran que Jehová es Dios (**Ex 10:1-2**). Y del mismo modo, los juicios de las siete trompetas tendrán un efecto similar sobre los pecadores, tal como se describe en (**Ap 9:20-21**).
- Las plagas en Egipto fueron también un juicio sobre sus dioses (**Ex 12:12**). Y las plagas de las trompetas no sólo servirán para juzgar a aquellos que no dan la gloria a Dios, sino también a aquellos objetos que el hombre adora en su lugar (**Ro 1:25**).

Nada de todo esto debería extrañarnos, puesto que el profeta Miqueas ya había anunciado que en el día de Jehová Dios mostraría maravillas como las que hizo en Egipto, para que todos los hombres sepan que sólo él es Dios:

(Miq 7:15-17) “Yo les mostraré maravillas como el día que saliste de Egipto. Las naciones verán, y se avergonzarán de todo su poderío; pondrán la mano sobre su boca, ensordecen sus oídos. Lamerán el polvo como la culebra; como las serpientes de la tierra, temblarán en sus encierros; se volverán amedrentados ante Jehová nuestro Dios, y temerán a causa de ti.”

De aquí surge también nuestra convicción de que si las plagas de la época de Egipto fueron literales, lo más lógico y razonable es pensar que estas plagas anunciadas en Apocalipsis también lo serán.

Y por otro lado, el hecho de que Dios ya haya intervenido en el pasado haciendo cosas similares a las que aquí se anuncian, nos dan una firme certeza de que efectivamente también estas se van a cumplir.

3. Las trompetas anuncian un juicio parcial

En cada uno de los cuatro primeros juicios se especifica que sólo será afectada la “tercera parte”, lo que indica que todavía no son los juicios finales. Sin embargo, sí que notamos que hay un aumento en las consecuencias de estos juicios en relación a lo que ocurrió con el cuarto sello, cuando sólo una “cuarta parte” de los hombres fueron muertos (**Ap 6:8**).

En todo caso, que lo aquí tenemos son juicios parciales, se aprecia con total claridad cuando comparamos sus efectos con los que tendrán las siete copas que contienen las siete plagas postreras con las que se consuma la ira de Dios y que podemos ver en (**Ap 16**).

Podríamos decir que los juicios de las trompetas, con todo y ser muy severos, son todavía avisos y advertencias.

4. El fuego

Notamos también que en los juicios de las tres primeras trompetas aparece el fuego. Diríamos que el fuego es el instrumento usado por Dios. Recordemos que en el primer juicio universal, en el diluvio, Dios usó el agua, pero dijo que ya no volvería a hacerlo del mismo modo, así que, como dice el apóstol Pedro:

(2 P 3:6-7) *“El mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.”*

La primera trompeta

(Ap 8:7) *“El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde.”*

Cada juicio se divide en dos partes; primero está la descripción del juicio y después sus consecuencias para los hombres.

El primer juicio consistió en *“granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra”*. Podemos buscar la forma de explicar científicamente este y los demás juicios, pero no debemos olvidar que son intervenciones sobrenaturales de Dios que están más allá del comportamiento normal de la naturaleza, aunque en ciertas ocasiones guarden algún parecido con otros fenómenos conocidos. Esto nos recuerda que Dios puede usar, y de hecho usa, las catástrofes naturales en sus juicios contra el hombre.

En cuanto a la plaga de granizo y fuego, vemos que también ocurrió una similar en Egipto (**Ex 9:22-24**). Y en cuanto al fuego mezclado con sangre nos recuerda a la profecía de Joel que describe el día del Señor (**Jl 2:30**).

Sobre las consecuencias de este juicio se nos dice que *“la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde”*. Esto afectará a los cultivos, los pastos y la fruta, causando un grave daño para las bestias y el hombre. Sin duda será un desastre ecológico sin precedentes, faltará el oxígeno, habrá cambios climáticos desconocidos hasta ese momento.

La segunda trompeta

(Ap 8:8-9) *“El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida.”*

Si el juicio de la primera trompeta afectó a la vegetación, el de la segunda lo hará sobre el mar. Juan vio *“como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar”*. Algo *“como una gran montaña”*, quizá un gigantesco meteorito o asteroide que cayó al mar. Imaginamos que el enorme impacto generaría grandes tsunamis terriblemente destructivos.

En cuanto a las consecuencias se nos dice que *“la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida”*. El hecho de que las aguas se convirtieran en sangre y que los peces murieran nos recuerda una vez más a las plagas de Egipto (**Ex 7:20-21**).

Notamos que aquí también se produce la muerte de la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, lo que afectará gravemente a la economía mundial y a la alimentación de millones de personas. A eso hay que unir el hundimiento de la tercera parte de las naves, incluyendo barcos de pesca, cruceros, barcos de carga... lo que causará una alteración del comercio, el transporte mundial y un terrible perjuicio en la economía.

La tercera trompeta

(Ap 8:10-11) “El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas.”

De las aguas marinas la atención cambia ahora hacia las aguas terrestres: *“Cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo”*. Se trata de un enorme objeto celeste que quizá se desintegre al entrar en contacto con la atmósfera de la tierra y al caer contamine los ríos y las fuentes de las aguas. El nombre de esta estrella es “Ajenjo”, una planta que aunque no es venenosa resulta tremendamente amarga. En la Biblia, siempre que se utiliza el ajenjo se relaciona con amargura, veneno y muerte (**Jer 9:15**).

Y las consecuencias fueron que *“la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas”*. Así pues, este juicio afecta al suministro de agua dulce en la tierra, algo parecido a la contaminación del agua potable como consecuencia de los juicios en Egipto (**Ex 7:21**). Esto causará la muerte de muchos, que buscarán desesperadamente un poco de agua para calmar su sed. Notemos que esta es la primera vez que se anuncia la muerte de personas como consecuencia de los juicios de las trompetas, aunque podemos suponer que los juicios anteriores también produjeron este efecto.

La cuarta trompeta

(Ap 8:12) “El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche.”

La cuarta trompeta tiene que ver con los cuerpos celestes: *“Fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos”*. Algo que nuevamente nos recuerda la plaga de tinieblas en Egipto (**Ex 10:21-22**).

La consecuencia es que *“no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche”*. Esto implica la pérdida de luz, pero también de calor, con una disminución radical de las temperaturas. Imaginamos que cambiará el clima, produciéndose violentas e imprevisibles tormentas y mareas. También afectará a la vegetación y al crecimiento de los frutos, produciendo la muerte de animales y personas. El hambre mundial se intensificará.

En todo caso, estas señales en el cielo habían sido anunciadas también por los profetas del Antiguo Testamento como características del día de Jehová: (**Is 13:9-10**) (**Ez 32:7-8**) (**Jl 2:10,31**) (**Jl 3:15**) (**Am 8:9**).

Una pausa

(Ap 8:13) *“Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!”*

Antes de que los ángeles hagan sonar las trompetas restantes se hace una pausa con el fin de advertir a los moradores de la tierra sobre la gravedad de los juicios que todavía están por venir. Esto resulta muy serio, especialmente si se tiene en cuenta lo destructivos que han sido los castigos de las primeras trompetas. Es momento, por lo tanto, para que los hombres reflexionen y se arrepientan de su rebeldía contra Dios.

Estos próximos juicios vienen precedidos por un triple “¡Ay!”, que es anunciado por “*un ángel*” (o como traducen otras versiones, “*un águila*”). En todo caso, se trata de un testimonio sobrenatural, dirigido a vencer la resistencia de los hombres a creer en la Palabra de Dios. Por medio de él, todos sabrán que los trastornos ocurridos en el mundo se deben al juicio de Dios. Está claro que Dios busca nuevas maneras de vencer nuestra falta de atención e indiferencia hacia su Palabra.

Los próximos juicios afectarán al hombre directamente en vez de hacerlo a través del medio ambiente. Además, serán juicios claramente demoniacos, que torturarán sin piedad a los que no tengan el sello de Dios en sus frentes (**Ap 9:4**). Estos son descritos aquí como “*los que moran en la tierra*”, quizá por ser personas caracterizadas por vivir para el mundo presente sin preocuparse por la vida venidera.

Observaciones sobre los juicios de las trompetas

En cierto sentido, estos juicios no deberían extrañarnos lo más mínimo, puesto que serían las consecuencias lógicas de la forma de obrar del hombre en relación con la creación. Lo único que los detiene es el poder de Dios. Por lo tanto, lo que aquí vemos es que Dios cesará en un momento futuro de intervenir a favor del hombre, dejándole expuesto a todas las consecuencias de sus pecados. De hecho, a lo largo de toda la historia humana hemos conocido erupciones volcánicas, han caído meteoritos del cielo y también lluvias rojas, las aguas han sido envenenadas y contaminadas en muchos lugares. El mismo hombre ha lanzado bombas nucleares y químicas con efectos devastadores sobre la humanidad. No se trata de nada nuevo, pero los espantosos desastres que anuncia Apocalipsis, aunque guarden cierta similitud con cosas que pueden estar ocurriendo ahora mismo, sin embargo, serán mucho mayores en su intensidad y poder destructivo. Y todo ello, porque Dios no estará limitando las consecuencias del pecado, sino todo lo contrario, lo mostrará en toda su crudeza y gravedad.

Sin duda, estos juicios obligarán al hombre a enfrentarse con el hecho de que él no es el señor de este mundo, y se verá forzado a reconocer que Dios es quien tiene todo el poder y controla la historia de la humanidad llevándola hacia el fin que él mismo ha establecido. Entonces el orgullo del hombre será abatido, se dará cuenta de que no es un ser autónomo, y que no puede actuar como si fuera un dios que hace lo que le place. Con frecuencia el hombre de nuestro tiempo siente que tiene el control del futuro, pero eso es un espejismo, y estos juicios le despertarán a la terrible realidad de su auténtica condición.

¿Cómo será el infierno? - La quinta trompeta (Ap 9:1-12)

(Ap 9:1-12) *“El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo. Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes. Y les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre. Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos. El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro; sus caras eran como caras humanas; tenían cabello como cabello de mujer; sus dientes eran como de leones; tenían corazas como corazas de hierro; el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla; tenían colas como de escorpiones, y también aguijones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses. Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión. El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes después de esto.”*

Introducción

En el capítulo 6 de Apocalipsis vimos que cuando el Cordero comenzó a abrir los sellos del libro se desataron una serie de juicios que consistían en guerras, hambre, peste y muerte. Ahora bien, estos juicios no sólo tienen que ver con el futuro, sino que ya en el presente los vemos constantemente en nuestro mundo. La razón es que Dios ha diseñado al hombre y a toda la creación de tal manera que el pecado le afecta y trae consigo este tipo de consecuencias. En cierto sentido podríamos decir que esta es la primera forma en la que Dios juzga al mundo y con ella llama la atención de los hombres sobre la necesidad que tiene de arrepentirse de sus pecados.

No obstante, siempre hay en el hombre posibilidades latentes para hacer mucho más mal del que hace, y desgraciadamente hemos tenido demasiadas ocasiones para comprobarlo. Pero Dios actúa constantemente no permitiendo que el hombre llegue a desarrollar todo el potencial de maldad que hay dentro de él, sino que le pone freno, de otro modo, este mundo sería un lugar insufrible. Pero ahora, lo que estamos viendo en estos capítulos de Apocalipsis es que Dios va a quitar aquello que retiene al hombre de manifestar toda su maldad, y este mundo llegará a sufrir juicios mucho más severos por causa de su pecado.

Viendo las terribles consecuencias del pecado del hombre, queda fuera de toda duda que se trata de algo realmente muy grave. De hecho, en el capítulo 8 de Apocalipsis vimos que estas consecuencias afectan también a toda la creación. Allí se nos presentaron una serie de juicios que se desarrollaban en el ámbito de la naturaleza: la vegetación, el mar, los peces, el agua potable y el firmamento. Con ellos el Señor buscaba enseñar dos cosas fundamentales al hombre: por un lado, como ya hemos señalado, nuestros pecados

no sólo nos afectan en nuestras relaciones interpersonales, también tienen nefastas consecuencias sobre la naturaleza. Y es importante enfatizar una vez más este hecho en un momento en el que los hombres piensan que pueden destruir el medio ambiente para alcanzar sus objetivos egoístas y que esto no va a tener graves consecuencias. Y por otro lado, Dios quiere enseñar también al hombre que no es dueño de este mundo, aunque constantemente se comporta como si lo fuera y no tuviera que dar cuentas a nadie.

Ahora bien, los juicios anunciados por las cuatro primeras trompetas son todavía parciales, y sólo afectarán a la tercera parte de la naturaleza, aunque lógicamente, el hombre también sufrirá las consecuencias de sus propios pecados. El hecho de que sean juicios parciales sugiere que todavía hay oportunidad para el arrepentimiento, pero Dios está haciendo sonar por medio de estas trompetas una seria advertencia: el tiempo se acaba.

Ahora llegamos a la quinta y sexta trompeta, y vemos que los juicios de Dios aumentan considerablemente su intensidad, llegando a presentarnos una realidad aterradora. Por un lado, estos nuevos juicios afectarán directamente al hombre, y por otro, veremos que la humanidad será entregada al señorío de fuerzas espirituales oscuras. Dios mandará que el abismo sea abierto y el hombre será expuesto a terrores sobrehumanos. Esto también forma parte de las consecuencias del pecado. Al fin y al cabo, el hombre rechazó la voluntad de Dios para escuchar la voz de Satanás, así que ahora le deja expuesto al control de los demonios. Por mucho tiempo Dios ha frenado también estas malvadas fuerzas espirituales, pero llegará el día en que las soltará. La situación que vivirá el hombre en esos días será un anticipo muy real de lo que será el infierno eterno.

Sin duda, este capítulo contiene advertencias muy serias de parte de Dios. Se trata del *“día grande y terrible del Señor”* que una y otra vez anunciaron los profetas del Antiguo Testamento.

Al final de este capítulo veremos que tristemente la reacción del hombre frente a estos juicios no será el arrepentimiento, lo que no dejará otra opción a Dios que enviar a su Hijo para destruir definitivamente la tierra y establecer su reino.

Por lo tanto, se trata de un capítulo realmente muy serio, que nos debe llevar a tomar conciencia de la realidad que se avecina sobre este mundo. Por esa razón, cuando muchas personas vienen a estos pasajes de Apocalipsis únicamente para satisfacer su curiosidad y entretener sus mentes, esto es un absoluto despropósito. Sería lo mismo que contratar a un comediante para entretener a un reo de muerte durante su ejecución. Debemos enfrentarnos con seriedad a la verdad desagradable de los juicios de Dios sobre la humanidad.

Ahora pues vamos a estudiar los juicios de la quinta y sexta trompeta, que a diferencia de los anteriores, son presentados con una extensión considerablemente mayor y contienen bastantes elementos de difícil interpretación.

“Una estrella que cayó del cielo a la tierra”

Para empezar se nos dice que el juicio de la quinta trompeta fue puesto en marcha por medio de *“una estrella que cayó del cielo a la tierra”*. Y ha sido mucho lo que se ha discutido acerca de la identidad de esta *“estrella”*. Aunque con frecuencia la palabra usada aquí hace referencia a un cuerpo celeste, también es cierto que también se puede emplear con referencia a criaturas inteligentes, normalmente ángeles (**Ap 1:20**). Y lo más probable es que así debamos entenderlo en esta ocasión, ya que se nos dice que *“se le dio la llave del pozo del abismo”*, lo que implica necesariamente que se trata de un ser

con personalidad. Por lo tanto, como en ocasiones anteriores, lo más razonable es pensar en un ángel de Dios, en quien una vez más se delega autoridad para administrar cierta parte de los juicios de Dios. Esto se vería confirmado por el hecho de que más tarde Dios vuelve a dar la llave del abismo a un ángel para que pueda encerrar en él a Satanás durante mil años (**Ap 20:1-3**).

“Y abrió el pozo del abismo”

Como veremos inmediatamente, “*el abismo*” se trata de un lugar donde muchos ángeles malignos son mantenidos en cautividad bajo el control de Dios mientras esperan su juicio. Esto es confirmado por otros pasajes de las Escrituras (**Jud 1:6**) (**2 P 2:4**). No todos los ángeles caídos están allí, porque el Señor Jesucristo se enfrentó con muchas personas endemoniadas durante su ministerio terrenal. En especial nos llama la atención el caso del “*endemoniado gadareno*” que estaba poseído por una legión de demonios, los cuales, cuando se encontraron con el Señor, prefirieron ser enviados a un ato de cerdos antes que ser mandados al abismo (**Lc 8:31**). Probablemente debemos deducir de esto que el abismo es un lugar de tormento para ellos. Sin embargo, debemos diferenciarlo del “*Lago de Fuego*” donde tendrá lugar su tormento definitivo y eterno junto a los hombres que no hayan querido creer (**Ap 20:10,15**).

Ahora el Señor dio autoridad a este ángel para que abriera las puertas del abismo y que todos los seres malvados que en él estaban fueran liberados para actuar en esta tierra. Su efecto sobre la humanidad será muchísimo peor que el que podríamos esperar si en un momento se dejaran libres a todos los presos de nuestras cárceles.

Para empezar, lo primero que ocurrió cuando el ángel abrió el pozo del abismo es que “*subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo*”. Es decir, el mundo quedó en tinieblas. Al fin y al cabo, esto es lo que el hombre quiere, tal como dice el evangelio: “*los hombres amaron más las tinieblas que la luz*” (**Jn 3:19**). Cristo, “*la luz del mundo*” (**Jn 8:12**), vino a liberarnos de “*la potestad de las tinieblas*” (**Col 1:13**), pero ellos no quisieron, así que lo que les queda son las tinieblas.

“Y del humo salieron langostas sobre la tierra”

Estos demonios son simbolizados aquí como terribles langostas. Esto se debe probablemente a la devastación y terror que puede causar una plaga de langostas. Su poder destructivo era temido en el mundo antiguo antes de que existieran los pesticidas. Las langostas se reúnen por millones, llegando a formar nubes que impiden el paso del sol, y una vez que abandonan un lugar, no dejan nada verde en él, sino un escenario parecido al que dejaría un incendio.

Seguramente la visión de Juan que encontramos aquí en Apocalipsis guarda mucha relación con la que tuvo el profeta Joel. En el caso de Joel, él anunció la próxima invasión asiria comparándola con una plaga de langostas, pero Juan vio algo infinitamente más terrible.

“Y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra”

Una vez más tenemos que notar que a estas langostas “*se les dio poder*”, lo que implica que no tienen autoridad independiente y que sólo pueden actuar dentro de los límites impuestos por Dios.

También observamos que no se trata de langostas literales, puesto que no van a dañar la vegetación, que es su alimento natural: *“Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol”*. Por lo tanto, no hicieron lo mismo que las langostas que arrasaron toda la hierba de Egipto (**Ex 10:12-15**).

En lugar de esto debían dañar a los hombres, y sólo a los *“que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes”*, en referencia a los ciento cuarenta y cuatro mil israelitas que fueron sellados por Dios antes de que la ira de Dios comenzara a ser derramada sobre este mundo (**Ap 7:3**). Aquellos serán librados de la ira de Dios del mismo modo en que los israelitas fueron librados de las plagas que cayeron sobre los egipcios desobedientes (**Ex 8:22**).

En cuanto a estas langostas se nos dice que *“se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra”*. Y un poco más adelante se añade que este poder les fue dado sobre los hombres que no tenían el sello de Dios, pero no con el fin de matarlos, sino sólo para atormentarlos durante cinco meses. Esto nos recuerda el caso de Job, a quien Satanás pudo atacar pero sólo hasta el punto en el que Dios le autorizó (**Job 1:12**) (**Job 2:6**).

En cuanto a la razón de este juicio, es lógico que si los hombres han escogido seguir a Satanás en su rebelión contra Dios, ahora experimenten cómo van a ser tratados por él y sus demonios. Podemos pensar en lo cruel que el hombre puede llegar a ser con aquellos a los que logra imponer su dominio. Tenemos ejemplo de esto en los grandes dictadores que han cometido genocidios, o también en aquellos que abusan de niños, mujeres o personas desprotegidas. ¡Cuánto sufrimiento pueden traer los hombres sobre otros hombres! Pero lo que este pasaje nos va a decir a continuación es que aún es mucho peor caer en la mano de estos poderosos demonios. Aquí se nos va a hablar de un sufrimiento infringido sobrenaturalmente.

“Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán”

Otra de las intenciones de este juicio es hacernos una presentación anticipada de lo que será finalmente el infierno. Notemos que se nos dice que *“su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre”*. En cuanto a la picadura de los escorpiones, rara vez es mortal, pero sí que es intensamente dolorosa. Con esto parece que quiere darnos a entender que los hombres atormentados por estas picaduras llegarán a un estado de desesperación y dolor inimaginables, a tal punto que ansiarán morir en busca de una posible liberación, pero no podrán: *“Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos”*. Al fin y al cabo, lo que encontramos aquí es una descripción precisa de lo que será el estado eterno de las almas que vayan al infierno como consecuencia de su negativa a arrepentirse y creer en Cristo.

Sin saberlo, estas personas buscarán la muerte, creyendo que de ese modo podrán encontrar la liberación de sus tormentos, cuando en realidad, eso les conduciría al infierno, un lugar de permanente sufrimiento durante toda la eternidad. Veamos cómo lo describió el Señor Jesucristo:

(Mt 13:42) “Y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujiir de dientes.”

Pero como vemos, Dios en su soberanía no les permite morir por el momento, y además, limita la duración de este tormento a *“cinco meses”*, lo que nos indica con claridad que

todavía está extendiendo su gracia a los hombres, dándoles quizá una última oportunidad de ser salvados de la condenación eterna.

En cualquier caso, a diferencia de los anteriores juicios de las trompetas, la aflicción de la que se nos habla aquí es universal, afectando a todos los hombres, y no sólo a una tercera parte, como había ocurrido anteriormente.

Y en cuanto al tipo de tormento que sufrirán los hombres, no lo podemos saber con seguridad, pero una vez que los demonios sean liberados del abismo, es probable que tomen posesión de los hombres y mujeres inconversos, del mismo modo que lo hacían con los endemoniados que encontramos en los evangelios, produciéndoles todo tipo de trastornos físicos, mentales y espirituales.

El aspecto de las langostas

En cuanto al aspecto de estas langostas demoniacas, vemos a partir de la descripción que Juan nos hace de ellas, que tienen una gran capacidad para destruir. Veamos algunos de los detalles:

- *“El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra”*. Evidentemente su tamaño no era el de una langosta normal, sino mucho más grande. Además, son presentadas como caballos a los que hay que poner freno mientras patean el suelo en sus ansias de ir a la carga contra los hombres.
- *“En las cabezas tenían como coronas de oro”*. Las coronas son símbolo de victoria y dominio, sugiriéndonos que cada uno de ellos saldrá como vencedor a la batalla, y ejercerá su poder sobre los hombres. Aunque tal vez la expresión *“como coronas”* nos quiera dar a entender que este poder del que presumen es sólo aparente y está sujeto realmente al poder soberano de Dios.
- *“Sus caras eran como caras humanas”*. Tal vez tengan algunas de las características propias del ser humano, como la inteligencia o la voluntad.
- *“Tenían cabello como cabello de mujer”*. Esto puede dar a entender cierta belleza o gloria, teniendo en cuenta que en la Biblia el cabello es la gloria de la mujer (**1 Co 11:15**). Quizá en medio de su terrorífico aspecto, todavía haya cierta capacidad de seducción.
- *“Sus dientes eran como de leones”*. Esto tiene que ver con la ferocidad de su carácter y lo destructivo de su poder.
- *“Tenían corazas como corazas de hierro”*. Se nos presentan como un ejército invencible, perfectamente preparado para el combate. Los hombres no podrán oponer resistencia contra estas criaturas.
- *“El ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla”*. Sólo el ruido de sus alas produce temor y pánico, pero además sugiere una cantidad incontable de langostas demoniacas, como si se tratara de una auténtica plaga. Y a esto hay que añadir su movilidad y rapidez.
- *“Tenían colas como de escorpiones, y también agujones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses”*. En su parte trasera era donde tenían el agujón con el que herían a los hombres.

La velocidad y decisión de un caballo en la batalla, la sagacidad de un hombre, el atractivo de una mujer, la fuerza y valor de un león, la voracidad de la langosta y el veneno del escorpión, presentan un ser aterrador, imposible de resistir o de hacerle frente.

No cabe duda de que cuando estas criaturas sean liberadas, el hombre estará a su entera merced.

“Tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo”

Otra diferencia más con las langostas que nosotros conocemos, es que éstas están organizadas y tienen un rey (**Pr 30:27**): *“Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión”*.

“Abadón” es una palabra hebrea que significa *“destructor”*, y *“Apolión”* es su equivalente en griego. No podemos determinar si este personaje se refiere a Satanás, pero lo que sí que vemos claro es que al igual que las langostas lo destruyen todo a su paso, de igual manera este *“ángel del abismo”* y sus huestes demoniacas hacen lo mismo con el hombre a su paso por este mundo.

“El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes después de esto”

Puede ser que una vez que pasen los cinco meses que dura el tormento de la picadura de las langostas, el hombre rápidamente se olvide y piense que lo peor ya ha pasado, pero se trata de una terrible equivocación. El juicio de la quinta trompeta sólo es *“el primer ay”* de una serie de tres. Y lo peor de todo esto es que los dos restantes son mucho peores que el primero.

Llegados a este punto Dios no da tregua al hombre, y sus juicios vienen en una secuencia temporal ininterrumpida.

Conclusión

Cuando los hombres dan su espalda a Dios se convierten en presa de terribles fuerzas demoniacas. Porque no debemos olvidar que en el terreno espiritual no se puede ser neutral; el hombre tiene que escoger entre Dios o Satanás.

Lamentablemente, muchos hombres rechazan a Dios y su verdad, y en este pasaje hemos visto que finalmente tendrán que enfrentarse con las consecuencias de su propia elección, aunque en este momento sólo tendrán una corta demostración de lo que les espera en el infierno durante toda la eternidad. Los hombres que no quieren servir a Dios deben saber lo que implica servir a Satanás. Por el momento puede parecer que el pecado es divertido, pero sus consecuencias finales son aterradoras. Este pasaje nos ha enseñado que los hombres preferirán la muerte antes de seguir soportando tanto dolor, pero en el infierno no es posible morir. Esto es lo que lo hace tan horrible.

Los poderes del infierno sobre la tierra - La sexta trompeta (Ap 9:13-21)

(Ap 9:13-21) “El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates. Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres. Y el número de los ejércitos de los jinetes era doscientos millones. Yo oí su número. Así vi en visión los caballos y a sus jinetes, los cuales tenían corazas de fuego, de zafiro y de azufre. Y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de su boca salían fuego, humo y azufre. Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca. Pues el poder de los caballos estaba en su boca y en sus colas; porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían cabezas, y con ellas dañaban. Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.”

Introducción

Al sonar la sexta trompeta se ponen en marcha fuerzas destructoras mucho más mortíferas que las anteriores. Veremos que mientras que las langostas de la quinta trompeta sólo torturaban a los hombres, los ángeles de la sexta y sus huestes los matan.

Finalmente veremos que el propósito de estos terribles juicios futuros sigue siendo advertir a los hombres de las consecuencias de sus pecados y llamarles nuevamente al arrepentimiento. Pero tal como se nos explicará al final de este pasaje, los hombres no querrán acogerse a la gracia de Dios para ser salvos, sino que resistirán hasta el límite en su rebeldía contra Dios.

La contestación a las oraciones de los santos

Debemos recordar que toda la acción del libro de Apocalipsis tiene su origen en el Santuario Celestial. Aquí vemos que el ángel que tocó la sexta trompeta recibió sus instrucciones por medio de “una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios”. Esta referencia al “altar de oro” nos recuerda nuevamente a “las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían” y que desde allí pedían que Dios les hiciera justicia (**Ap 6:9-10**). Y también que los juicios de las siete trompetas vinieron como consecuencia de las oraciones de los santos presentadas ante el altar (**Ap 8:3-5**). Es evidente que Juan no quiere dejar de animar al pueblo de Dios para que persevere en oración ante la próxima venida del Señor.

“Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates”

La orden que recibió el sexto ángel por medio de la voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro consistía en *“desatar a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates”*.

En cuanto a la identidad de estos *“cuatro ángeles”*, seguramente lo más acertado es pensar que se trata de ángeles caídos, desobedientes a Dios. Notemos que están *“atados”*, del mismo modo en que un día lo será el mismo Satanás (**Ap 20:2**). Quizá debamos pensar que se trata de demonios de una peligrosidad especial, que hasta este momento han sido retenidos por Dios impidiéndoles usar su poder para hacer mal a los hombres.

Estos ángeles están atados *“junto al gran río Eufrates”*. Este río marcaba el límite ideal de la Tierra Prometida por el este (**Gn 15:18**). Más allá estuvieron los grandes imperios de Asiria y Babilonia, que en tiempos antiguos derrotaron a los israelitas y los sometieron. Quizá el que estos cuatro ángeles provengan de allí guarde algún tipo de relación con lo que ocurrió en el pasado, anunciando nuevos problemas para Israel. Esto se vería confirmado por el hecho de que cuando se derrame la sexta copa, las aguas del gran río Eufrates se secarán para que los reyes del oriente puedan pasar con sus ejércitos para la gran batalla de Armagedón (**Ap 16:12-16**).

“A fin de matar a la tercer parte de los hombres”

Vemos también que estos *“cuatro ángeles estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres”*. Esto nos recuerda varias cosas importantes:

- Dios dirige la historia de la humanidad conforme a su plan, cumpliendo cada una de sus etapas en el momento adecuado.
- Ninguna fuerza satánica puede actuar por su propia cuenta, sino sólo dentro de los límites impuestos por Dios.
- Dios en su soberanía puede usar a los ángeles rebeldes para ejecutar sus justos juicios.
- Los juicios de Dios siempre son controlados y precisos.

Como veremos a continuación, estos cuatro ángeles dirigen un numeroso ejército de jinetes demoniacos que tienen como finalidad *“matar a la tercera parte de los hombres”*. Esto quiere decir que el grado de intensidad de los juicios de Dios está aumentando con el toque de cada nueva trompeta. En la anterior vimos que los hombres eran atormentados durante cinco meses, pero aquí la tercera parte de la humanidad morirá. No es todavía su aniquilación total, pero sí una advertencia muy enérgica y severa de parte de Dios. Ese será el juicio más catastrófico que la humanidad ha sufrido desde los días del diluvio, pero tristemente no será el último.

No sabemos en cuánto tiempo se ejecutará este juicio, pero de lo que sí que podemos estar seguros es que dejará un escenario terrible sobre la tierra. Por un lado el dolor de los que sobrevivan y que con toda seguridad habrán perdido a varios seres queridos y que nos recuerda el lamento de los egipcios después de sufrir la muerte de los primogénitos (**Ex 12:29-30**). Y por otro lado, el olor nauseabundo de millones de cuerpos en estado de descomposición, y las dificultades para enterrarlos o quemarlos.

Un ejército de doscientos millones de jinetes

Juan nos dice que oyó que *“el número de los ejércitos de los jinetes era doscientos millones”*. Suponemos que este ejército seguía a los cuatro ángeles. No se nos dice si los jinetes son soldados humanos o legiones de demonios. Lo más probable es que sea lo segundo, dado la descripción que a continuación hace de él. Encontramos otros ejemplos en las Escrituras de ejércitos de ángeles que nos ayudan a confirmar esta idea (**2 R 6:13-17**) (**Ap 19:14**). Por otro lado, se nos dice que este gran ejército avanza contra la humanidad buscando destruirla sin compasión alguna, acercándoles lo que significan los poderes del infierno.

En cuanto a los detalles, en primer lugar se describe a *“sus jinetes, los cuales tenían corazas de fuego, de zafiro y de azufre”*. A Juan le llaman la atención sus corazas, que eran de fuego, zafiro y azufre. Recordamos que el infierno es presentado como *“el lago de fuego y azufre”* (**Ap 20:10**), y que la destrucción de Sodoma y Gomorra fue también por fuego, azufre y humo (**Gn 19:24-28**). Estos detalles parecen sugerir no sólo lo demoníaco, sino también su carácter destructivo; como si por medio de ellos se desplegaran los poderes del infierno. En este sentido, notemos que también de la boca de los caballos salía *“fuego, humo y azufre”*, dándonos a entender que tanto el caballo como su jinete tenían un mismo propósito.

Y de los caballos se nos dice que realmente eran monstruos extraños de los que salía humo y azufre de su boca, sus cabezas *“eran como cabezas de leones”*, lo que añade otro elemento más de ferocidad y poder destructivo, y sus colas eran *“semejantes a serpientes, que tenían cabezas, y con ellas dañaban”*.

Por lo tanto, *“el poder de los caballos estaba en su boca y en sus colas”*. Podríamos decir que tenían capacidad para dañar por delante y por detrás, lo que eliminaría cualquier escapatoria. Notemos también que sus colas eran *“semejantes a serpientes, tenían cabezas, y con ellas dañaban”*. Quizá la referencia a las serpientes evoca una relación más con lo demoníaco.

Su poder destructivo es enorme y parece que se concentraba especialmente en sus bocas. Se nos dice que *“por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca”*. Ya vimos que cuando el Cordero abrió el cuarto sello, la cuarta parte de los hombres murió (**Ap 6:7-8**), ahora la proporción es mayor, ya que de los que sobrevivieron van a morir una tercera parte. Finalmente, sólo por estos dos juicios la población mundial será reducida aproximadamente a la mitad, aunque a esto debemos sumar también los muertos causados por los otros juicios. Nos encontramos, por lo tanto, ante juicios tremendamente severos de Dios que parecen anunciar el fin inminente de este mundo tal como lo conocemos.

Los supervivientes de este juicio

Sería de esperar que en medio de todo este sufrimiento los hombres acudieran a Dios y clamaran pidiendo misericordia, pero incomprensiblemente, en lugar de eso, volvieron a adorar a los mismos seres diabólicos que causaban su ruina y muerte: *“Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar”*.

Su actitud resulta incongruente. Endurecen su corazón del mismo modo que lo hizo Faraón en Egipto después de que las plagas de Dios hubieran arruinado el país, y en lugar de rendirse a Dios siguen luchando inútilmente contra él. Más adelante veremos que

frente a los juicios de Dios las naciones se airaron contra él (**Ap 11:18**), y en lugar de arrepentirse para darle gloria, blasfemaron su nombre (**Ap 16:8-11**). El profeta Amós describe una actitud similar de gente de su tiempo ante los juicios de Dios:

(Am 4:10) *“Envié contra vosotros mortandad tal como en Egipto; maté a espada a vuestros jóvenes, con cautiverio de vuestros caballos, e hice subir el hedor de vuestros campamentos hasta vuestras narices; mas no os volvisteis a mí, dice Jehová.”*

Con esto el hombre se hace culpable de idolatría, adorando las cosas creadas por él mismo y no al Creador. Esto es absurdo, como demuestra la descripción de las imágenes que encontramos aquí: *“las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar”*. Da lo mismo que sus imágenes sean *“de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera”*; están muertas y son absolutamente incapaces de actuar a su favor (**Sal 115:4-8**). Es sorprendente que el hombre abandone al Dios vivo para servir y adorar a objetos inanimados (**Dn 5:23**).

Esta actitud del hombre es muy grave porque quebranta la ley de Dios (**Ex 20:4-6**), pero también porque al adorar a estas imágenes, en realidad están adorando a los demonios (**Sal 106:37**) (**1 Co 10:19-20**).

Finalmente, no quisieron arrepentirse y la sociedad que sobrevivió continuó viviendo en sus pecados: *“Y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos”*. Es aterrador pensar en cómo será el mundo en ese momento. La situación generada por los continuos juicios de Dios producirá el caos y el desorden. Pero en esa situación el hombre no se arrepentirá, sino que seguirá sin tener en cuenta los principios de Dios en sus vidas, entregado por completo a una vida de inmoralidad en todos los órdenes:

- *“Homicidios”*. Seguramente habrá un vacío de autoridad y los asesinatos crecerán de forma incontrolada. Y al estar rodeados de la muerte por todos los lados, será difícil respetar el valor de la vida. Probablemente lo que se nos quiere transmitir aquí es que el mundo se convertirá en una jungla sin ley, donde el más fuerte es el que saldrá adelante.
- *“Hechicerías”*. A pesar de que los demonios han sido los ejecutores de los últimos juicios, el hombre se volverá a la adoración a Satanás y los demonios, practicando de forma abierta y universal todo tipo de ritos prohibidos por las Escrituras. Será una sociedad satanizada.
- *“Fornicación”*. Es un término general que describe cualquier tipo de pecado sexual. En ese tiempo se verán todo tipo de perversiones sexuales sin freno alguno.
- *“Hurtos”*. Probablemente, en medio de la terrible escasez de elementos básicos para la subsistencia que los juicios dejarán, las personas lucharán por conseguir lo que necesitan sin tener en cuenta ningún principio ético o moral. Será una lucha despiadada para hacerse con las cosas necesarias.

El panorama con el que termina es realmente desolador. Pero lo más triste de todo esto es que el hombre sigue en su obstinada rebeldía contra Dios, lo que únicamente puede producir que vengan juicios aún peores sobre él.

El ángel con el librito (Ap 10:1-11)

(Ap 10:1-11) *“Vi descender del cielo a otro ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego. Tenía en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra; y clamó a gran voz, como ruge un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces. Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas. Y el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo, y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas. La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra. Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargaré el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre. Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.”*

Introducción

En los capítulos anteriores hemos visto los de juicios de Dios que vendrán sobre este mundo cuando el Cordero abra los sellos del libro y los ángeles toquen sus trompetas. Cada uno de estos juicios aumentará de dureza en relación con el anterior, dejando al final del toque de la sexta trompeta un escenario sobrecogedor sobre la tierra: el medio ambiente habrá sido destruido en una tercera parte, el hombre habrá sufrido cruelmente bajo terribles poderes demoniacos y más de la mitad de la población mundial será muerta. Pero a pesar de todo eso, los hombres no querrán arrepentirse, sino que se entregarán con más pasión a sus pecados. El mundo estará en ruinas, y el caos, la crueldad, los crímenes y la perversión moral se extenderá por todas partes sin control. La violencia y la injusticia camparán a sus anchas. Podríamos decir que el mundo estará listo para que Dios complete sus juicios y establezca en este mundo el reino glorioso de su Cristo.

Y esto debería llegar previsiblemente con el toque de la séptima trompeta, pero esto no va a ocurrir inmediatamente. Al igual que pasó antes de que se abriera el séptimo sello, aquí también encontramos que se interrumpe el curso de los acontecimientos para mostrarnos dos visiones intermedias que retrasan el toque de la última trompeta, que no tendrá lugar hasta que llegemos a **(Ap 11:15)**.

Por lo tanto, este interludio sirve para presentar el toque de la séptima trompeta como particularmente importante, además de mostrarnos ciertos preparativos necesarios antes de la consumación final del plan de Dios. Así que, se nos mantiene en suspenso, intrigados mientras esperamos el clímax de este ciclo de trompetas.

Pero como en ocasiones anteriores, esta demora de Dios en completar sus juicios proporcionará a los hombres una de sus últimas oportunidades para arrepentirse. De hecho, tanto en el capítulo 10 como en el 11 veremos que Juan tiene que profetizar a *“muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”* **(Ap 10:11)**, y que en esos últimos días

también aparecerán dos testigos de Dios que profetizarán con total inmunidad durante mil doscientos sesenta días (**Ap 11:3**).

La descripción del ángel

(Ap 10:1) *“Vi descender del cielo a otro ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego.”*

Como en otras ocasiones a lo largo de Apocalipsis, Dios utiliza a un ángel para hacer llegar a Juan su revelación (**Ap 1:1**) (**Ap 22:6**). Ahora bien, aunque ya han aparecido diferentes ángeles en lo que llevamos estudiado del libro de Apocalipsis, hasta este momento es muy poco lo que se ha dicho acerca de su aspecto, concentrando toda la atención sobre lo que ellos hacían o decían. En cambio, aquí vamos a encontrar que este ángel es descrito de forma bastante detallada.

Como rápidamente observaremos, muchos de los detalles de su descripción guardan una estrecha relación con la descripción que encontramos de Cristo en el capítulo 1 de Apocalipsis. Por esta razón, algunos han llegado a pensar que se trata del mismo Cristo, aunque el texto especifica claramente que se trata de *“otro ángel”*. En todo caso, el que sus características reflejen el carácter de Cristo no nos debe sorprender; al fin y al cabo se trata de un ángel enviado por él y que le representa. Más bien deberíamos entender estas similitudes como las credenciales de un enviado especial del mismo Cristo.

Notemos también que este ángel desciende del cielo: *“Vi descender del cielo”*. Esto indica que el escenario de esta nueva visión vuelve a ser la tierra. Aunque este detalle es más importante aún porque señala que el ángel es un enviado del cielo de Dios con una misión y una dignidad especiales.

En cuanto a la descripción del ángel, Juan comienza diciendo que era *“otro ángel fuerte”*. Quizá era un ángel que pertenecía a la *“misma clase o rango”* que el mencionado en (**Ap 5:2**) y *“que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?”*. Al fin y al cabo, como más adelante veremos, este ángel fuerte en el capítulo 10 también aparece relacionado con otro *“libro”*. Y el que fuera un ángel *“fuerte”*, nos indica su poder especial para actuar.

El resto de la descripción nos muestra a un ángel absolutamente deslumbrante. Para empezar, venía *“envuelto en una nube”*. Una posible interpretación es que vistiera el ropaje del cielo sobre sus poderosos hombros, lo que nos indicaría su colosal tamaño. Pero también cabe la posibilidad de que dada la importancia de su misión divina, usara el mismo *“vehículo oficial”* de Dios. Recordemos lo que decía el salmista: *“El que pone las nubes por su carroza, el que anda sobre las alas del viento”* (**Sal 104:3**). Y otra tercera posibilidad es que relacionemos esta nube con aquella otra en la que Cristo vendrá a juzgar a este mundo en su segunda venida en gloria (**Ap 1:7**) (**Ap 14:14-16**) (**Mt 24:30**).

A Juan también le llama la atención *“el arco iris sobre su cabeza”*, lo que sin duda le daba un glorioso esplendor. Como ya recordaremos, esta no es la primera vez que el arco iris aparece en el libro de Apocalipsis; ya lo encontramos en (**Ap 4:3**) rodeando el mismo trono de Dios. En aquella ocasión dijimos que el arco iris evoca el pacto de Dios con Noé, por medio del cual Dios manifestó su gracia y prometió no volver a destruir la tierra mediante un diluvio (**Gn 9:8-17**). La combinación de la nube como un símbolo de juicio y el arco iris como una señal de la fidelidad de Dios a sus promesas, nos recuerdan una vez más la misericordia de Dios en medio del juicio.

Otro detalle con el que se describe la singular gloria exhibida por este ángel fuerte lo encontramos en su rostro. Juan nos dice que *“su rostro era como el sol”*. Su gloria radiante y luminosa era sin duda un reflejo de la del Señor Jesucristo (**Ap 1:16**).

Y por último, *“sus pies como columnas de fuego”*; firmes, estables, resplandeciendo de hermosura y fuerza. Además, si lo relacionamos con la *“columna de fuego”* con la que Dios acompañó a Israel en su peregrinaje por el desierto, nos sugiere la presencia de Dios con su pueblo y su protección (**Ex 13:21-22**).

“Un librito abierto”

(**Ap 10:2**) *“Tenía en su mano un librito abierto”*

Después de describir el aspecto del ángel, Juan nos dice que *“tenía en su mano un librito abierto”*. Un poco más adelante, en (**Ap 10:8-11**), una voz del cielo le mandó a Juan que tomara ese librito y que se lo comiese, después de lo cual debería profetizar *“sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”*. Por lo tanto, podemos pensar que el contenido de ese librito estaba relacionado con el mensaje de la Palabra de Dios para los hombres de ese tiempo, quizá de los juicios que todavía estaban por venir.

Por otro lado, este *“librito”* contrasta con el *“libro”* que encontramos en (**Ap 5:1**). Al menos hay dos diferencias. En primer lugar, para describir el que el ángel tenía en su mano se usa un diminutivo, *“librito”*, indicándonos claramente que era de menor tamaño, quizá porque sólo contenía una parte de la revelación del programa de Dios para el establecimiento de su reino en este mundo. Y en segundo lugar, a diferencia del primer libro, este *“librito”* no estaba sellado, dándonos a entender que su contenido no estaba oculto, o que estaba listo para ser revelado.

Quizá no sea descabellado pensar que el contenido de este librito guarde relación con la parte del libro de siete sellos que ya había sido abierto pero que todavía no había sido completamente revelado.

“Los siete truenos”

(**Ap 10:2-4**) *“Y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra; y clamó a gran voz, como ruge un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces. Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas.”*

Después nos dice que el ángel *“puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra”*. Su posición, unida a la descripción hecha de él, nos da una idea de su tamaño colosal. A algunos podría recordarles a los dioses de la mitología griega, pero se trata simplemente de un ángel que sirve obedientemente al único Dios Todopoderoso.

Un poco más adelante se vuelve a repetir que tenía su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra, pero se añade que también *“levantó su mano al cielo”* (**Ap 10:5**). Por lo tanto, estaba tocando las tres partes del universo: la tierra, el mar y el cielo. Con todo esto se nos quiere mostrar la autoridad de este ángel, y por supuesto, de su mensaje.

Estando en esta posición, el ángel fuerte *“clamó a gran voz, como ruge un león”*. La potencia de su voz estaba en consonancia con su enorme tamaño. Pero no sólo eso, el que rugiera como un león nos transmite el poder, majestad y autoridad de su mensaje.

Inmediatamente, *“cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces”*. El número *“siete”* nos habla nuevamente de plenitud, de algo finalizado. Y los *“truenos que emitieron sus voces”* nos sugieren dos cosas. Por un lado, podemos interpretarlo como la aprobación divina a la misión que este ángel fuerte estaba llevando a cabo, tal como ocurrió con el mismo Señor Jesucristo durante su ministerio terrenal (**Jn 12:28-33**). Pero también podemos asociar estos truenos con el juicio de Dios, tal como aparece en otras partes de la Escritura (**Sal 18:14**) (**Sal 29:3-11**) (**Jer 25:30-31**).

En su conjunto, toda la escena; con el gigantesco ángel descrito como un ser majestuoso, su posición de pleno dominio y autoridad, su potente rugido de león, y las voces de los siete truenos, todos estos detalles, tienen el propósito de transmitirnos una fuerte impresión de terror ante el mensaje de Dios que está a punto de entregar. Por lo tanto, nadie tendrá excusa, porque sus advertencias son anunciadas de una forma potente y clara, y nadie debería ignorarlas (**Am 3:8**).

Estos siete truenos *“emitieron sus voces”*, lo que implica que pronunciaron palabras con significado y que Juan las entendió. Sin embargo, rápidamente se le dio una orden: *“Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas”*. Nosotros no conocemos la naturaleza de estos juicios porque Dios no ha querido revelárnosla, por lo tanto, es inútil especular sobre lo que dijeron. Tampoco se nos explica la razón por que a Juan se le prohibió escribir el mensaje de los siete truenos. Esto nos recuerda que hay verdades acerca del futuro que Dios ha decidido no revelar y que nosotros debemos aceptar que sea así:

(Dt 29:29) “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley.”

El juramento del ángel

(Ap 10:5-7) “Y el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo, y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas.”

Aunque las cosas que los siete truenos habían dicho fueron selladas y no nos han sido reveladas, ahora nos encontramos con un solemne juramento del ángel que nos comunica un mensaje de gran importancia.

Para empezar, notemos el gesto del ángel al hacer el juramento: *“Levantó su mano al cielo, y juró”*. Este era el ademán común en la antigüedad para acompañar un juramento (**Gn 14:22**), Dios mismo lo hacía así (**Dt 32:40**), y también nos recuerda la postura del ángel mencionado por Daniel mientras hacía otro juramento (**Dn 12:7**).

Luego vemos también que el juramento adquiere extrema solemnidad debido a la prolongada descripción que en él se hace de Dios: *“Juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él”*. Notemos que Dios es descrito como el creador del cielo, la tierra y el mar, exactamente los tres elementos que el ángel fuerte estaba tocando con sus pies y su mano.

Por otro lado, hacer un juramento así implicaba que lo que se estaba a punto de decir era de suma importancia, y que además se invocaba a Dios como garante de que lo que se

iba a decir era verdad. Dios quedaba comprometido en que lo que se estaba diciendo era verdad, y también en que se cumpliría el juramento. De otro modo, si lo que el ángel estaba diciendo en su juramento no fuera cierto, Dios mismo tendría que intervenir para castigarle.

En cuanto a la invocación que se hace de Dios en el juramento, se destaca su carácter eterno y también sus actividades creadoras en este mundo. Reconoce de ese modo que Dios es el soberano y dueño absoluto del universo, y tiene todo el poder y derechos para garantizar el cumplimiento final del contenido del juramento. Él es totalmente suficiente por sí mismo, y no depende de nadie para hacer lo que se propone.

Y llegamos por fin al contenido de su juramento: *“Que el tiempo no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas”*. Esto significa que los juicios de Dios sobre esta humanidad que él ya había anunciado previamente por medio de sus profetas, se iban a cumplir sin más dilación desde el momento en que el séptimo ángel comenzara a tocar su trompeta.

Esta será la última señal de aviso antes de que Dios ponga fin al estado caótico en que este mundo se encuentra. En ese momento Dios derramará su ira sobre todos aquellos que no quisieron creer en el evangelio de la gracia sino que vivieron en rebeldía contra él. También se dará respuesta al clamor de los mártires cuyas almas reposaban bajo el altar y preguntaban insistentemente: *“¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?” (Ap 6:9-10)*. Entonces tendrá lugar también el juicio de todo tipo de maldad cometida en este mundo y que por el momento no ha sido castigada. Y por fin prevalecerá la justicia, porque el mismo Señor Jesucristo volverá a este mundo a gobernarlo. Entonces el nombre y el carácter de Dios será vindicado plenamente.

En esto consiste *“el misterio de Dios que él anunció a sus siervos los profetas”*, y que el apóstol Pablo resumió de esta manera:

(Ef 1:9-10) “Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.”

En la consumación del plan de Dios que él había anunciado por sus profetas, su Cristo vendrá a castigar a todos los malvados y a establecer su glorioso reino. Puede parecernos que son profecías muy antiguas, pero Dios no ha olvidado ninguna de ellas.

Juan debe comer el librito

(Ap 10:8-11) “La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra. Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre. Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.”

Por tercera vez en este pasaje Juan vuelve a mencionar al *“ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra”*. Sin duda debió haber quedado profundamente impresionado por su poder y autoridad. Es probable que incluso sintiera cierto temor de acercarse a él, por lo

que necesitó escuchar la voz del cielo hablando otra vez con él y diciéndole: *“Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel”*.

Este librito iba a tener una gran importancia en el ministerio inmediato del apóstol. En obediencia a la voz celestial, Juan fue *“al ángel, diciéndole que le diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo”*.

El librito estaba abierto, pero a Juan no se ordenó que lo leyera, sino que se lo comiera. En otras ocasiones la Palabra de Dios se presenta como el alimento para el alma, y es seguro que el ángel deseaba que Juan se nutriera de ella. Pero aquí la idea tiene que ver mayormente con el hecho de que ese librito contenía un mensaje que Juan tendría que transmitir a otros, y para hacerlo correctamente, primero tendría que *“comerlo”*, haciéndolo así completamente suyo, introduciéndolo en lo más íntimo de su ser. Y dicho sea de paso, asimilar de ese modo el mensaje de la Palabra es un requisito imprescindible para todo predicador. La Palabra debe afectar primero a la propia persona antes de comunicárselo a otros. En este sentido es interesante considerar también el caso del profeta Ezequiel (**Ez 3:3-4**).

El ángel le advirtió antes de que Juan lo comiera de que el contenido de ese librito tendría un doble efecto sobre él: *“Te amargaré el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel”*.

El sabor amargo seguramente tenía que ver con el hecho de que el mensaje que contenía el librito estaba relacionado con los juicios inminentes que se cernían sobre los impíos a causa de su rebeldía y desobediencia. Pero al mismo tiempo le resultaría dulce, puesto que también trataba del amor de Dios manifestado por su Hijo Jesucristo cuando murió en la cruz por los pecadores, y porque anuncia la inminente victoria y el establecimiento definitivo del reino de Cristo en este mundo. También sería dulce para Juan porque el hecho de ser partícipe de los pensamientos e intenciones divinas, y ser designado para ser un portavoz de su Palabra en este mundo, es el más alto honor que el hombre puede tener, pero le resultaría amargo porque también tendría que experimentar en su propia persona que muchos hombres desprecian y persiguen a los mensajeros de Dios. El profeta Jeremías tuvo una experiencia similar a la de Juan, y dice que después de haber comido sus palabras, se sentó solo, porque Dios le llenó de indignación (**Jer 15:16-17**). Él también sufría la oposición de los hombres de su tiempo a quien fue encargado de llevar el mensaje de Dios (**Jer 11:21**) (**Jer 15:10**) (**Jer 20:7-10**).

Cada creyente siente esta mezcla de sensaciones dentro de su propio ser. Por un lado anhela la venida de Cristo en gloria para la destrucción de Satanás y el establecimiento de su glorioso reino en la tierra, pero se entristece pensando en el juicio y la condenación eterna de los que no han querido creer en él.

Como consecuencia de todo esto, el predicador de la Palabra de Dios proclamará fielmente los juicios contra la maldad humana contenidos en ella, pero no lo hará con alegría. Tampoco serán como los hombres vanos que sólo se acercan a la Palabra con el fin de satisfacer su curiosidad acerca del futuro de este mundo. Ni como muchos expositores bíblicos que sólo parecen interesados en poner en orden todos los acontecimientos futuros para que cuadren con su sistema teológico. No, el verdadero profeta de Dios sufre amargamente viendo las cosas terribles y espantosas que muchos hombres van a sufrir cuando se desaten los juicios de Dios sobre este mundo. Es importante subrayar esto porque muchos creyentes se sienten prácticamente insensibles cuando leen estos textos de Apocalipsis creyendo que los últimos tiempos no tienen nada que ver con ellos, que como forman parte de la iglesia, serán arrebatados antes de estos días. Pero una actitud así no refleja el corazón de Dios, ni tampoco tiene en cuenta que *“ya está en acción el misterio de la iniquidad”* (**2 Ts 2:7**).

Cada creyente debe seguir el ejemplo de Juan y proclamar el mensaje de Dios, aunque nos resulte amargo a nosotros y a los que nos escuchen. Porque es un hecho que a ellos tampoco les va a gustar. El mundo está esperando oír cosas agradables, predicadores que les anuncien paz y prosperidad, pero como estamos viendo, el mensaje de Dios contiene muchas advertencias serias y amargas.

Juan obedeció la orden celestial, y efectivamente experimentó lo que se le había dicho de antemano: *“Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre”*.

Una vez que lo hubo hecho, el ángel le dijo: *“Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”*. Habiendo digerido la Palabra de Dios, debía profetizar nuevamente a todas las naciones. Un encargo muy parecido al que recibió en otro tiempo el profeta Jeremías (**Jer 1:5-10**). El fin no había llegado todavía, pero el anuncio que el ángel acababa de hacer sobre su inminente llegada, debía hacer que Juan siguiera profetizando con mayor insistencia si fuera posible.

En realidad, Juan ya había recibido un llamamiento similar de parte del mismo Señor Jesucristo cuando lo constituyó como uno de sus doce apóstoles, por lo tanto, lo que aquí tenemos podría decirse que es una renovación de su misión profética, enfocada especialmente ahora en anunciar el inminente juicio que a de venir sobre este mundo, y que contiene descripciones notablemente más duras de las que leemos en otras partes de las Escrituras.

En cuanto a su auditorio, observamos que no debería hacer distinción alguna de clase social, cultural o étnica. Al fin y al cabo, las profecías recibidas por Juan iban a afectar a todo el mundo en todo lugar, razón por la que todos los hombres deben conocerlas. Aunque cabe también la posibilidad de que la idea no sea que debía “profetizar a” sino “profetizar sobre”, es decir, que su profecía iba a tener como contenido lo que habría de ocurrir con todas las personas de este mundo sin distinción alguna. Esta interpretación se vería confirmada por el contenido de los restantes capítulos de Apocalipsis. Aunque finalmente, ya sea que la profecía sea dirigida a todas las naciones, o sea que trate de ellas, en cualquier caso, cada persona debe conocerlas, porque la copa del juicio de Dios ha de ser bebida por todas ellas (**Jer 25:15-28**).

No obstante, cuando Juan recibió este encargo, era ya muy mayor, y además se encontraba exiliado en la isla de Patmos (**Ap 1:9**), así que parecía muy difícil que su profecía pudiera llegar muy lejos. Sin embargo, él las escribió y Dios se encargó de darlas a conocer en todos los extremos de este planeta hasta nuestros días. Podemos decir que Juan cumplió fielmente con el llamamiento recibido de Dios.

Los dos testigos (Ap 11:1-14)

(Ap 11:1-14) *“Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra. Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera. Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran. Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado. Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados. Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra. Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron. Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron. En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo. El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto.”*

Introducción

Este pasaje, junto con el capítulo anterior, forman un paréntesis previo al toque de la séptima trompeta. Y aunque ambos no parecen tener ninguna relación entre sí, están conectados por el hecho de que tanto Juan, como los dos testigos que encontramos en este capítulo, son llamados a profetizar en los últimos tiempos de acuerdo a lo que los profetas de la antigüedad ya habían anunciado para esta época **(Ap 10:11) (Ap 11:3)**.

Por otro lado, es interesante notar también que la acción descrita en estos versículos se desarrolla en Jerusalén, la “*ciudad santa*”, y se menciona de forma especial la presencia del templo judío, que en ese período habrá sido reconstruido y estará nuevamente en funcionamiento. Además, los dos testigos que profetizarán allí durante mil doscientos sesenta días guardan una clara relación con el ministerio profético que en el pasado habían llevado a cabo otros profetas de Israel como Elías o Moisés. Por lo tanto, la suma de todos estos detalles nos hace pensar en el interés que el Señor seguirá teniendo por Israel hasta el final, y que de acuerdo a lo que sus profetas habían anunciado, aún serán restaurados espiritualmente y creerán en el Señor Jesucristo como su Mesías.

El templo de Dios es medido

(Ap 11:1-2) *“Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él.”*

Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses.”

I. El templo es medido

Es probable que el “ángel fuerte” del capítulo anterior sea quien sigue tratando con Juan: *“Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él”*.

Si tenemos en cuenta que el libro de Apocalipsis fue escrito alrededor del año 90 d.C., y que el templo de Jerusalén fue destruido en el año 70 d.C., tenemos que suponer necesariamente que el templo que Juan vio en su visión y que debía medir sería un templo nuevo.

Ahora bien, pensar en que los judíos puedan volver a reedificar su templo en Jerusalén, parece algo imposible en el día de hoy. Es verdad que en la actualidad muchos judíos ortodoxos sueñan con esta idea, pero el lugar está ocupado por la Cúpula de la Roca, que según la tradición musulmana, fue el lugar desde el que Mahoma ascendió al cielo, y es por lo tanto considerado el tercer lugar sagrado para el mundo islámico. Actualmente está bajo el control musulmán y pensar en que los israelitas pudieran llegar a arrebatárselo para construir allí su templo, es inconcebible en el actual ambiente político.

Algunos expertos judíos han investigado recientemente sobre la ubicación exacta del antiguo templo, y han llegado a la conclusión de que estaba localizado justo al norte de la Cúpula de la Roca, en un área donde sí sería posible su reconstrucción. Según ellos, el atrio del templo coincidiría con la Cúpula de la Roca, algo que estaría de acuerdo con lo que nuestro texto en Apocalipsis dice; que el atrio que está fuera del templo debería ser dejado aparte porque había sido entregado a los gentiles. Esta es una idea interesante, pero no hay nada seguro en ella.

Cómo podrán los israelitas volver a construir su templo allí es un misterio. Algunos sugieren que esto tendrá lugar bajo el patrocinio y protección del mismo anticristo. En todo caso, este pasaje nos dice claramente que habrá nuevamente un templo en Jerusalén, y por otros pasajes de la Escritura sabemos que será en él donde el anticristo se sentará como si fuera Dios (**2 Ts 2:3-4**), hará cesar los sacrificios (**Dn 9:27**), profanará el santuario (**Dn 11:31**) (**Dn 12:11**) y demandará sacrificios para sí mismo (**Dn 8:11-12**).

Es muy probable que la reedificación del templo despierte un gran interés por la vida espiritual en Israel. De hecho, Juan no sólo debía medir el templo, sino también a los adoradores. ¿Quiénes son estos? No lo sabemos, pero quizá representen al futuro remanente de Israel que adorará a Dios en el templo reconstruido. Y en ese caso, el hecho de medirlos puede tener que ver con saber cuántos y quiénes son. En cierto sentido, se establece un contraste entre estos que adoran a Dios en su templo y aquellos que más adelante serán presentados adorando a la bestia. Dios mide a sus adoradores aquí para saber quiénes son suyos, y más tarde, la bestia hará algo parecido a fin de sellar a los que son suyos (**Ap 13:15-17**). Tal vez debamos asociar esta acción de “medir” a los adoradores aquí con el “sellado” de los ciento cuarenta y cuatro mil israelitas de (**Ap 7:4**).

En cuanto a la orden de medir el templo, es curioso que después de hacerlo Juan no nos proporciona ningún dato estadístico, por lo tanto, el propósito de esta orden divina debía ser otro, quizá Dios quería comprobar el estado de la construcción del templo y de lo que allí se hacía, o tenía la finalidad de marcarlo para preservarlo ante sus juicios. En este último caso, Dios estaría reconociendo como suyo aquello que había sido medido y se comprometería a cuidarlo.

Esta última idea sería confirmada por un pasaje similar que encontramos en el profeta Ezequiel. Él también tuvo una visión en la que se le mandaba medir el templo en Jerusalén, y es significativo que después de hacerlo, la gloria de Dios llenó el templo y estableció allí el lugar de su trono (**Ez 40-43**).

2. El patio del templo es dejado aparte

En el antiguo templo de Herodes había un patio exterior que estaba destinado como lugar de oración para los gentiles. Seguramente sea a este patio al que se refiere la prohibición que Juan recibió: *“Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles”*.

La idea de *“dejarlo aparte”* implica cierto rechazo de parte de Dios hacia ese patio exterior. Siguiendo con la misma idea que hace un momento expresábamos, Dios no reconocía esa parte como suya, sino que estaba fuera de la parte medida, por lo tanto, no era santa, sino profana. Y la razón era porque había sido entregada a los gentiles, es decir, a aquellos que no eran judíos, e iba a ser hollada por ellos.

3. La ciudad santa será hollada por los gentiles durante cuarenta y dos meses

Sin duda, todos los detalles de este pasaje están relacionados con el futuro de Israel. Dios no se ha olvidado de su pueblo, sino que todavía tiene planes gloriosos para ellos. Pero para que se puedan llegar a realizar, es necesario que primero *“los tiempos de los gentiles se cumplan”*, tal como señaló el Señor Jesucristo en su sermón profético:

(Lc 21:24) *“Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.”*

Estos *“tiempos de los gentiles”* tienen que ver con la dominación gentil sobre Jerusalén, y comenzaron cuando en el año 70 de nuestra era los romanos destruyeron la ciudad de Jerusalén y el templo, y se llevaron cautivos a los judíos a todas las naciones.

Es verdad que en el año 1948 la nación de Israel fue nuevamente constituida como tal, y volvió a tener algunos de los territorios que en el pasado habían sido suyos, pero todo esto fue conseguido por medio de maniobras políticas, y de hecho, Israel no tiene pleno dominio sobre Jerusalén, sino que es compartido con los musulmanes, habiendo quedado la zona donde estaba el templo de Herodes bajo el control de estos últimos.

Nuestro pasaje en Apocalipsis nos presenta todavía a Jerusalén hollada por los gentiles, lo que implica que *“los tiempos de los gentiles”* todavía no se habrán cumplido en este momento. Es cierto, sin embargo, que se aprecia un importante avance, y es que de forma milagrosa el templo habrá vuelto a ser edificado y los cultos en él funcionarán nuevamente, aunque eso sí, en medio de la hostilidad gentil a su alrededor. Y esta situación, nos dice nuestro texto que se prolongará *“durante cuarenta y dos meses”*.

En cuanto a este período de *“cuarenta y dos meses”*, es equivalente a *“mil doscientos sesenta días”* (calculando meses de 30 días), y a tres años y medio, o a *“un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo”* (un años, más dos años, más medio año).

Este período de tiempo, en sus diferentes modalidades, aparece varias veces en estos capítulos de Apocalipsis, mostrándonos que de algún modo hay cierta relación entre ellos. Vemos que los gentiles *“hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses”* (**Ap 11:2**), los dos testigos de Dios profetizarán por mil doscientos sesenta días (**Ap 11:3**), la mujer será sustentada en el desierto por Dios durante mil doscientos sesenta días (**Ap 12:6**), o lo que es lo mismo, por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo (**Ap 12:14**), y a la bestia se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses (**Ap 13:5**),

Este período de tiempo aparece por primera vez en el profeta Daniel en relación con las cosas que acontecerían a su pueblo Israel en el futuro. Aunque Daniel recibió información de un período de tiempo bastante extenso, que abarcaba desde la restauración y edificación de Jerusalén hasta la muerte del Mesías (**Dn 9:25-26**), para nosotros es interesante la mención que hace de la última semana de años, es decir, los últimos siete años (**Dn 9:27**). Allí aparece un personaje muy siniestro que durante la primera mitad de esa semana, es decir, durante los tres años y medio primeros, hará pactos con todos, pero cambiará drásticamente en la segunda mitad de la semana haciendo cesar el sacrificio y la ofrenda en el templo. Seguramente el período de mil doscientos sesenta días descritos en (**Ap 11:1-2**) en los cuales el templo en Jerusalén estará en funcionamiento, debemos asociarlos con la primera parte de esa semana de años descrita en Daniel. Quizá el hecho de que Israel pueda levantar nuevamente su templo al comienzo de ese período se deba a alguno de los pactos que este personaje logre hacer.

Los dos testigos

(Ap 11:3-6) *“Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra. Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera. Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran.”*

I. Su misión y su duración

Juan introduce de repente a dos testigos que tendrían la misión de profetizar: *“Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio”*.

El Antiguo Testamento terminaba anunciando que Dios enviaría a un mensajero especial preparando la llegada del día del Señor.

(Mal 4:5) *“He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible.”*

Ahora bien, en nuestro pasaje en Apocalipsis se nos dice que hay *“dos testigos”*, y no uno solo. Esto tampoco sería de extrañar, ya que el Señor mismo, durante su ministerio terrenal, envió a sus discípulos a predicar de dos en dos a las ciudades a donde él debía ir (**Lc 10:1**), y también, porque según decía la ley, para que un testimonio tuviera valor legal debía ser corroborado al menos por dos testigos (**Dt 17:6**). Por lo tanto, el doble testimonio de estos dos testigos debía ser tenido en consideración por quienes les escucharan.

Estos dos testigos tenían la misión de profetizar. Esto significa que tenían que anunciar la Palabra de Dios. Seguramente sea correcto relacionarlo con el mandato que el mismo apóstol Juan acababa de recibir para que profetizara *“sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”* (**Ap 10:11**). En su caso, el mensaje que debía transmitir tenía que ver con la inminente venida del día de Jehová tal como la habían anunciado los profetas de la antigüedad (**Ap 10:6-7**). Y no sería descabellado pensar que la predicación de estos dos testigos fuera similar a la de Juan.

La misma vestimenta de los dos testigos reflejaba de alguna manera que el contenido de su mensaje tenía relación con esto. Se nos dice que estaban *“vestidos de cilicio”*, una vestimenta que indicaba lamentación y duelo. Y sería muy apropiada si estaban denunciando el pecado de los hombres y anunciando el día de la ira de Dios.

Y aunque la mayoría de los comentaristas parecen tener un interés especial por descubrir cuál es la identidad de estos dos testigos, la Palabra de Dios sólo nos proporciona datos sobre su misión. Por ejemplo, se nos dice que duraría *“mil doscientos sesenta días”*, que es el equivalente a los *“cuarenta y dos meses”* en los que el templo estaría en funcionamiento en Jerusalén mientras la *“santa ciudad”* y el patio del templo eran hollados por los gentiles. Por lo tanto, es muy probable que estos testigos estuvieran profetizando en Jerusalén durante ese mismo período, en la primera mitad de los siete años finales de los que habló el profeta Daniel. Como más adelante veremos en este mismo capítulo, su testimonio terminará cuando aparezca la bestia y haga guerra contra ellos y los mate, quedando sus cadáveres expuestos en la plaza de Jerusalén. Con este acto se daría comienzo a la segunda parte de estos siete años finales.

2. *“Dos olivos y dos candeleros”*

Como acabamos de decir, no se revela la identidad de estos testigos, pero a cambio se nos dan numerosos detalles sobre su obra, todos ellos relacionados con otros personajes del Antiguo Testamento. En esta ocasión son descritos simbólicamente como dos olivos y dos candeleros: *“Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra”*. Evidentemente este simbolismo es tomado del profeta Zacarías (**Zac 4:1-14**).

En la visión de Zacarías, los dos olivos proveían el aceite para que la lámpara que estaba en medio de ellos pudiera alumbrar. Allí los dos olivos son identificados como *“los dos ungidos que están delante del Señor”*, en una referencia a Zorobabel, el gobernador civil, y a Josué, el sumo sacerdote. Recordemos que en la antigüedad, tanto los reyes como los sacerdotes eran ungidos con aceite, de ahí probablemente la relación con los dos olivos. En cuanto a su contexto histórico, ellos vivieron en los días en que Israel acababa de regresar de su cautiverio en Babilonia, y tenían la difícil misión de reedificar el templo y restaurar la vida religiosa de la nación para que volviera a ser un testigo resplandeciente del Señor en medio de la oscuridad de las naciones paganas. Su misión no era fácil, puesto que en ese momento eran muy pocos y estaban rodeados de numerosos enemigos que con frecuencia apelaban al gran poder imperial persa con el fin de hacerles cesar de su misión. En ese contexto, el profeta Zacarías recibió una visión del Señor que debía transmitir a estos dos ungidos para animarles a seguir adelante con su tarea.

Como Zacarías explica, el poder necesario para llevar a cabo esa obra, no estaba en ellos mismos, sino en el Espíritu Santo: *“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”*. Este mensaje fue de mucho ánimo para el pueblo que finalmente concluyó la tarea de reedificar el templo.

La labor de estos dos testigos que encontramos en Zacarías, que ejercían su autoridad como representantes delegados por Dios mismo, son ahora asociados con los dos testigos de Apocalipsis. Y aunque en este último caso no se nos ofrecen más detalles sobre ellos, el Espíritu Santo espera que por medio de esta asociación nos demos cuenta de que ellos también tenían una misión similar a la de sus antecesores. Ellos también serían pocos, estarían rodeados de poderosos enemigos, y sin embargo, tendrían que animar al pueblo de Israel para la reconstrucción del templo y de la vida religiosa de la nación.

El poder necesario para llevar a cabo su ministerio vendría únicamente del Espíritu Santo, y no de sus recursos económicos o militares, y sería muy bendecido, no sólo en relación a Israel, sino también como portadores de la luz de la verdad de Dios a todas las naciones. En relación a esto es interesante que notemos que estos dos testigos *“están en pie delante del Dios de la tierra”*, lo que indica que cuentan con su aprobación y también que son sostenidos por su poder y autoridad.

Por lo tanto, lo que estamos viendo es que al final de los tiempos Dios levantará a dos testigos especiales de dentro del mismo pueblo de Israel con el fin de hacer volver a la nación a su fidelidad a Dios, y especialmente para prepararlos para la venida de su Mesías, el Señor Jesucristo. Porque no lo olvidemos, sólo él podrá poner fin al *“tiempo de los gentiles”*.

3. La protección divina sobre los dos testigos

Para que puedan desempeñar su misión en un mundo hostil, Dios los equipará con poderes milagrosos para su propia protección: *“Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera”*.

Ningún poder humano podrá detenerles. Como otros profetas en tiempos pasados, ellos también serán preservados milagrosamente hasta que hayan cumplido su misión. Recordamos, por ejemplo, cómo Moisés fue protegido frente a Faraón, o Elías frente a la malvada Jezabel.

Es más, todos aquellos que pretendan dañar a estos dos testigos, serán juzgados en el acto. El pasaje dice que sale fuego de su boca que devora a sus enemigos. Otra vez el profeta Elías es un buen ejemplo de esto, cuando dio la orden con su boca y cayó fuego del cielo sobre sus enemigos (**2 R 1:10-12**). Seguramente debemos entender el fuego que sale de su boca como un lenguaje figurativo para aludir al poder real que en su caso tendrán sus palabras (**Jer 5:14**).

Podemos imaginarnos la ira de sus enemigos, que tendrán que escuchar el mensaje de la Palabra de Dios sin poderlos silenciar de ninguna manera.

4. El poder sobrenatural de su ministerio

Pero el poder divino que les será concedido a estos dos testigos no sólo tiene como finalidad protegerles de la hostilidad de sus enemigos, sino también acreditar su predicación: *“Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran”*. Una vez más las referencias al Antiguo Testamento resultan evidentes.

Estos testigos estarán capacitados para realizar tres clases de milagros o señales:

- *“Tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía”*. Esta mención nos recuerda inmediatamente a Elías en los días del rey Acab (**1 R 17:1**) (**Stg 5:17-18**).
- *“Tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre”*. En este caso la referencia es a Moisés, quien fue dotado de un poder semejante (**Ex 7:17-19**).
- *“Y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran”*. Y nuevamente recordamos las plagas en Egipto que vinieron por medio del ministerio de Moisés.

Como vemos, este tipo de milagros fueron propios de épocas de gran hostilidad contra Dios y sus siervos. Hemos recordado el ministerio de Moisés ante Faraón en Egipto y el de Elías ante Acab y su malvada esposa Jezabel. Pero no encontramos nada parecido en el Nuevo Testamento durante el ministerio de los apóstoles. Esto nos indica que en el futuro que describe el libro de Apocalipsis habrá nuevamente enemigos muy poderosos, y será necesario este tipo de milagros para vencer su resistencia. Eso no quiere decir, por supuesto, que no se predique la gracia y el amor de Dios, pero tal mensaje es muy probable que apenas logre tener alguna influencia sobre las personas. Aunque como ya hemos visto en otras ocasiones, tampoco los juicios de Dios logran conseguir el

arrepentimiento de los hombres. En todo caso, el mundo impío no podrá pasar por alto el testimonio de estos dos testigos.

Por último, aunque el pasaje no nos revela la identidad de estos dos testigos, como hemos visto, mucho de lo que se nos dice de ellos se corresponde con lo que en el pasado hicieron Moisés y Elías. De hecho, como más arriba hemos señalado, Elías debería venir preparando a los israelitas para “*el día de Jehová, grande y terrible*” (**Mal 4:5-6**), y el mismo Señor Jesucristo confirmó que así debía ser (**Mt 17:11**). No obstante, esta última profecía, como muchas otras, tendría un doble cumplimiento: Elías aparecería antes de la primera venida del Señor y también de la segunda. Ahora bien, todos sabemos que el primer cumplimiento tuvo lugar con la venida de Juan el Bautista, quien según nos dice la Palabra, vino “*con el espíritu y el poder de Elías*” (**Lc 1:17**). El Señor confirmó que fue así (**Mt 11:10-14**) (**Mr 9:11-13**). Esto quiere decir que Elías y Juan el Bautista eran personas diferentes, pero que compartían el mismo espíritu y poder. Y apreciamos que efectivamente fue así cuando comparamos sus ministerios. Por lo tanto, no debemos pensar que estos dos testigos que encontramos ahora en Apocalipsis han de ser Elías y Moisés que regresarán del cielo para llevar a cabo esta misión y morir después, sino que serán otras personas diferentes que compartirán el mismo espíritu y poder que ellos tenían. Y como estamos viendo, la obra que realizarán estos dos nuevos testigos, guarda notables paralelismos con la de sus predecesores.

La bestia que sube del abismo

(Ap 11:7-10) “*Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado. Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados. Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra.*”

Como acabamos de ver, la misión de los dos testigos no podrá ser frustrada por ningún hombre hasta que “*hayan acabado su testimonio*”. Y sólo después de eso, la “*bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará*”.

I. ¿Quién es la bestia?

Esta es la primera referencia que tenemos a la bestia en el libro de Apocalipsis, pero a partir de aquí aparecerá con cierta frecuencia, así que es oportuno que nos preguntemos quién es.

El término “*bestia*” describe a un animal de presa semejante a un león o una pantera. Y contrasta claramente con el “*Cordero*”, quien como ya sabemos, sirve en Apocalipsis para designar al Señor Jesucristo. Por lo tanto, podemos decir que es su antítesis.

Notamos también que “*sube del abismo*”, lo que nos recuerda a los otros seres diabólicos que también salieron del “*pozo del abismo*” en (**Ap 9:2-3**). Por lo tanto, si provenía de ese lugar, la bestia tenía que estar relacionada necesariamente con las fuerzas del mal. Lo más probable es que sea el rey de todos los espíritus demoniacos que salieron del abismo, y que es descrito en (**Ap 9:11**) como el destructor, es decir, Satanás, el rey de todos los demonios.

2. La bestia hace guerra a los dos testigos y los mata

No cabe duda de que a la bestia le hubiera gustado acabar con estos dos testigos mucho antes. Los mil doscientos sesenta días que estuvieron profetizando sin ninguna limitación le tuvieron que resultar eternos. Pero una vez más, queda claro que los tiempos los marca Dios desde su trono celestial.

Cuando ellos concluyan su testimonio, entonces sí, la bestia *“hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará”*.

Esto nos recuerda nuevamente la profecía de Daniel cuando hablaba del último período de siete años antes de la venida del Mesías a reinar en este mundo. Allí la bestia es presentada como un *“cuerno”* que *“hacía guerra contra los santos, y los vencía”* (Dn 7:21). Entendemos que con esto se termina la primera parte de esos siete años. La bestia romperá el pacto con Israel y hará cesar el culto del templo, llegando incluso a sentarse en él y exigir ser adorado. Es entonces cuando comenzará a manifestar su verdadero carácter e intenciones.

3. La exposición de su triunfo

Sólo él pudo acabar con los dos testigos, creando el asombro y gozo de los incrédulos. Sin duda, esta actuación le hará ganarse el aplauso, el apoyo, la simpatía y la admiración de mucha gente.

Por todo esto, querrá que todo el mundo vea los cadáveres de los dos testigos: *“Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado. Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados”*.

Ante los cadáveres de los dos testigos, la bestia se exhibirá como vencedora absoluta, y en muy poco tiempo exigirá que le adoren. Hará creer a los hombres que no hay nadie más fuerte que ella, ni tampoco hay ningún Dios ahí afuera, así que ella se erigirá como el único poder absoluto.

Pero el hecho de no permitir que los dos testigos sean sepultados, no sólo tendrá como objetivo que todas las personas admiren su triunfo contra aquellos que parecían invencibles, sino que también pudiera servir de escarmiento a otros. Cualquiera que se atreva a enfrentarse con la bestia terminará del mismo modo que estos dos testigos. Era, por lo tanto, una exposición de fuerza.

Pero también había mucho odio. En casi todas las culturas es una enorme indignidad que los cuerpos queden expuestos a la vista de todos sin ser sepultados. Pero aunque estuvieran muertos, la bestia quería seguir humillándolos. Odiaba con todas sus fuerzas quiénes eran y lo que habían predicado. Y no sólo ella, sino que también las gentes de todos los lugares sentirán el mismo resentimiento contra ellos, así que continuarán desfogándose sobre sus restos exánimes.

Por eso se nos dice que las personas de todos *“los pueblos, tribus, lenguas y naciones”* querrán ver sus cadáveres. Será un espectáculo a nivel mundial. Habrá una gran expectación por ver a aquellos que por tres años y medio habían estado profetizando de parte de Dios sin que nadie pudiera impedirselo. Seguramente será retransmitido por las televisiones de todo el mundo y circulará ampliamente por internet. Y frente a aquellos impotentes cadáveres, la bestia aparecerá como el único poder supremo.

Otro detalle importante es el lugar en el que todo esto tendrá lugar. Se nos dice que *“sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado”*.

Una vez más Juan da un amplio rodeo para explicarnos el lugar exacto al que se refiere. De hecho, no llega a mencionar su nombre, sino que tenemos que deducirlo a partir de los datos que nos proporciona. Pero con esto tiene también una intención concreta: quiere mostrarnos el estado espiritual y social del lugar donde esto ocurre. ¿A qué ciudad se refiere?

Empecemos por notar que la identifica en sentido espiritual con Sodoma y con Egipto. Ambas son conocidas en la Biblia por su maldad y por haber experimentado los juicios de Dios. Sodoma representa la soberbia, perversión y corrupción moral (**Gn 19:4-11**) (**Ez 16:49-50**), mientras que Egipto nos recuerda la esclavitud, opresión y tiranía a la que el pueblo de Dios estuvo sujeto en el pasado.

La verdad es que hay muchas ciudades en este mundo a las que Juan podría estar refiriéndose con estas características, pero sólo hay una donde *“nuestro Señor fue crucificado”*. Esta es una referencia inequívoca a Jerusalén. Y esta descripción que aquí se hace de ella, por mucho que nos sorprenda, no era nueva. El profeta Isaías se había referido en el pasado a los príncipes y al pueblo de Judá en términos muy parecidos: *“príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra”* (**Is 1:10**).

Aparentemente Jerusalén podría parecer una *“ciudad santa”*, pero a los ojos de Dios era símbolo de persecución. Durante siglos persiguió a los siervos de Dios (**Mt 23:37**) (**Hch 7:52-58**), y finalmente, en un acto de maldad sin parangón, allí fue crucificado el mismo Hijo de Dios. Ahora, siguiendo con esa misma tradición homicida, era el lugar en el que murieron y fueron expuestos los cadáveres de estos dos fieles testigos.

4. La alegría del mundo por la muerte de los dos testigos

La muerte de los dos testigos originará una jubilosa celebración por todo el mundo: *“Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros”*.

Resulta incomprensible, pero la causa de tanto regocijo se debía a que finalmente aquellos dos hombres de Dios habían sido silenciados. Este comportamiento resulta extraño, porque normalmente, cuando alguien muere, aunque haya sido un adversario político o religioso, siempre sus oponentes intentan expresar conceptos o recuerdos positivos sobre él. Pero en este caso se trataba de profetas de Dios que habían cumplido fielmente con la misión recibida, y esto siempre despierta el odio de las personas. Como alguien ha dicho, los únicos profetas que la gente quiere son aquellos que están muertos.

Así que, por fin, la verdad de Dios había sido acallada y las personas se sentían liberadas: *“porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra”*. Ya no condenarían sus pecados y podrían vivir como les diera la gana sin tener que escuchar sus reprensiones. Pero sin darse cuenta, al mismo tiempo que se habían liberado de los profetas de Dios, la bestia iba adquiriendo cada vez más dominio sobre los hombres.

Realmente todo esto ya está ocurriendo en nuestro mundo hoy. El evangelio del amor de Dios resulta ser un tormento para la humanidad, y celebran fiesta cuando por fin consiguen silenciar a Dios y a sus mensajeros. La predicación fiel del evangelio siempre incomoda a los que no quieren convertirse a Cristo. Un profeta que condene el pecado, siempre será un tormento para quienes le escuchen. Es así ahora y lo será siempre.

Si esto es cierto, tal vez debamos preguntarnos entonces por qué en muchas partes la iglesia de Cristo vive tan tranquila en medio de este mundo sin que nadie se sienta incómoda por su presencia. ¿Quizá se deba a que hemos dejado de ser fieles a la Palabra de Dios y a nuestra misión en este mundo?

La resurrección de los dos testigos

(Ap 11:11-14) *“Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron. Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron. En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo. El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto.”*

1. Los dos testigos son vindicados por Dios

La alegría del mundo duró poco, y una vez más, la victoria de Satanás fue más aparente que real. Miremos lo que pasó: *“Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies”*. Ellos habían sellado su testimonio con su propia sangre, y ahora el Señor los vindicó confirmando su testimonio cuando los levantó de entre los muertos.

Estos hechos nos recuerdan inevitablemente la historia del Señor Jesucristo. El también sufrió la muerte allí mismo, en Jerusalén, y por la misma razón, por ser *“el testigo fiel”* (**Ap 1:5**). También en su caso los que le crucificaron aprovecharon la ocasión para menospreciarle y humillarle todo cuanto pudieron. Y cuando pensaban que ya habían acabado con él, su Padre lo resucitó de entre los muertos a los tres días, haciendo enmudecer el triunfo de sus enemigos y vindicándole ante el mundo.

Es verdad que Cristo había muerto, pero había vencido. Y no sólo había vencido a la muerte, sino que había acabado para siempre con el *“que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo”* (**He 2:14**). Y aquí vemos que hace partícipes de esa victoria a todos aquellos que creen en él. Por lo tanto, los siervos de Dios no temen ser muertos. Aquí hemos visto que nadie puede hacerles daño en tanto que Dios no lo permita, pero si después son muertos, también vemos que Dios tiene el poder de resucitarlos. Por eso el Señor Jesucristo exhortó a sus discípulos con estas palabras:

(Mt 10:28) *“Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.”*

2. El mundo recibe un nuevo testimonio por medio de estos dos testigos

La resurrección de Cristo sólo fue vista por sus discípulos, quienes más tarde dieron testimonio de este transcendental hecho a todo el mundo, pero en este caso, todos tuvieron la ocasión de ver con terrible asombro cómo los dos testigos resucitaban, y también escuchar la voz del cielo que les llamaba a subir a su hogar celestial: *“Y cayó gran temor sobre los que los vieron. Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron”*. Tal vez en ese momento todo esto estaba siendo retransmitido por televisión o por internet.

Como bien dijo Job, *“la alegría de los malos es breve, y el gozo del impío por un momento”* (**Job 20:5**). De repente, la alegría de los enemigos se convirtió en un *“gran temor”*. El triunfo de los dos testigos de Dios implicaba su propia derrota final.

Otra vez más había quedado en evidencia que el poder de Dios es infinitamente mayor que el de la bestia. Suponemos que este nuevo acontecimiento despertaría muchas dudas sobre la autoridad de la bestia, ¿qué haría para aplacarlas? La respuesta la veremos más adelante, en el capítulo 13, cuando la misma bestia hará todo lo posible por imitar lo que Dios había hecho por medio de estos dos testigos.

En cuanto a los dos testigos que acababan de ser resucitados, tal vez esperaríamos que reanudaran su ministerio de predicación, pero Dios tenía otros planes para ellos: los llamó al cielo. Su misión había terminado, y como hemos visto, los hombres de todas las naciones los habían aborrecido. En esa situación no tenía mucho sentido seguir insistiendo en lo mismo, así que Dios iba a hacer algo diferente, que serviría no sólo para mostrar la aprobación divina sobre estos dos testigos, sino también para dar nuevamente testimonio acerca de la victoria final de Cristo y de los suyos. Esto transmite un claro mensaje de ánimo a todos aquellos que sufren persecución en este mundo por causa de su fe en Cristo. Pablo lo resumió de esta manera:

(Ro 8:36-39) *“Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”*

Pero Dios iba a hacer algo más después de la ascensión de sus siervos al cielo: *“En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres”*.

Dios ha usado los terremotos en otras ocasiones de la historia bíblica para convencer a los hombres de su pecado y vindicar su Palabra para que los hombres vuelvan a él. Por ejemplo, se produjo un terremoto cuando Cristo murió en la cruz (**Mt 27:54**) y también cuando resucitó (**Mt 28:2**).

Por otro lado, la destrucción de la décima parte de la ciudad y la muerte de siete mil hombres, anunciaban la indignación de Dios y su juicio.

3. La respuesta de los hombres al testimonio de Dios

No había ninguna duda de que todos estos acontecimientos procedían de Dios. ¿Cuál fue la respuesta de los hombres ante ellos? Se nos describe a continuación: *“y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo”*.

Aquellos que no habían muerto como consecuencia del terremoto, sintieron un profundo terror, y el texto nos dice que *“dieron gloria al Dios del cielo”*. ¿Significa esto que se arrepintieron y se convirtieron en verdaderos adoradores de Dios? Mucho nos gustaría que fuera así, y que la muerte de los dos testigos pudiera servir para que finalmente y a pesar de todo, las personas llegaran a conocer a Dios.

Pero cabe también la posibilidad de que su confesión fuera superficial y pasajera. Como ya hemos visto anteriormente, el temor a los juicios de Dios no produce en los hombres un auténtico arrepentimiento (**Ap 9:20-21**). No sería la primera vez que los hombres reconocen la gloria de Dios ante sus hechos portentosos, pero sin llegar a rendirse a él. Así fue con los magos de Egipto (**Ex 8:19**), o con los filisteos (**1 S 6:5**).

Lo cierto es que la impresión que el pasaje nos ofrece es la de una humanidad que está pronta a vitorear al último vencedor y humillar al vencido. Cuando los testigos fueron vencidos por la bestia se sentían felices con ella, y ahora cuando el Señor los resucita, todos parecen reconocer la gloria de Dios. Pero ante personas tan superficiales y

carentes de sentido, es de esperar que pronto vuelvan a cambiar de opinión, y de hecho, así será. Un poco más adelante veremos a la humanidad rendida nuevamente ante la bestia:

(Ap 13:3-4) “Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?”

4. “El segundo ay pasó”

El “primer ay” pasó cuando el quinto ángel tocó su trompeta (**Ap 9:12**). Aquí termina el “segundo ay” que comenzó con el toque de la sexta trompeta (**Ap 9:13**). Y “*he aquí, el tercer ay viene pronto*”. Este vendrá con la séptima trompeta.

La séptima trompeta (Ap 11:15-19)

(Ap 11:15-19) *“El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo.”*

Introducción

Llegamos por fin a la séptima trompeta, y tal como había anunciado el “ángel fuerte” en su solemne juramento (**Ap 10:6-7**), esperaríamos el clímax final con la llegada en gloria del Señor Jesucristo para reinar en este mundo de una forma visible y definitiva. Pero rápidamente vamos a ver que aunque en el cielo se celebra esto como si ya hubiera ocurrido, lo cierto es que con el toque de la séptima trompeta comienzan una serie de sucesos que nos van a obligar a esperar todavía hasta que veamos el deseado desenlace final. No obstante, como iremos viendo en los próximos pasajes, cada una de las cosas que han de acontecer mientras tanto, son necesarias antes de que pueda ser establecido el reino de Dios en este mundo.

La séptima trompeta y el gozo celestial

(Ap 11:15) *“El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.”*

A diferencia de las trompetas anteriores, la séptima no anuncia ningún juicio, sino la sustitución de los reinos de este mundo por el de nuestro Señor Jesucristo. Y aunque se trata de un hecho que todavía ha de acontecer en el futuro, aquí es presentado como si ya hubiera sido consumado. Esto no nos debe extrañar, puesto que todo lo que dice el Dios Todopoderoso se cumplirá. Por esa misma razón, los profetas del Antiguo Testamento que hablaron en su nombre, también se expresaban de esta misma manera, puesto que para ellos era completamente seguro que lo que anunciaban iba a tener su cumplimiento exacto.

Por lo tanto, cuando el ángel toque la séptima trompeta tendrá lugar lo anunciado por el ángel fuerte, esto es, que el “*misterio de Dios se consumará*” sin más dilación (**Ap 10:6-7**). Como ya vimos, esto tiene que ver con el establecimiento definitivo del reino de Dios en este mundo para toda la eternidad. Por esta razón escuchamos un potente grito de júbilo que recorre el cielo celebrando la inminente derrota de Satanás y el perfecto restablecimiento de la soberanía de Dios de forma claramente perceptible y para siempre en este mundo.

Por fin, la pregunta que muchos se han hecho a través de los siglos con respecto a quién es el verdadero soberano del universo, será contestada de forma rotunda. La rebelión de

Satanás y sus seguidores será aplastada con la llegada de Cristo a establecer su reino en este mundo. El deseo de los santos, tantas veces expresado en oración, pidiendo la venida del reino de Dios, será cumplido y la voluntad de Dios será hecha en la tierra del mismo modo que se hace en el cielo (**Mt 6:10**). Por fin este mundo conocerá la paz y la justicia que los hombres han sido incapaces de conseguir a lo largo de toda su historia.

En cuanto a esto, debemos recordar que al principio del ministerio terrenal del Señor Jesucristo, Satanás le ofreció todos los reinos de este mundo a cambio de su adoración, pero él de ningún modo quiso aceptarlos bajo esas condiciones (**Mt 4:8-10**). La base sobre la que él iba a conseguir reinar sobre los hombres rebeldes sería su obra redentora en la Cruz. Por eso, cuando murió, resucitó y ascendió al cielo, el fundamento de su reino en este mundo había sido colocado de forma inamovible. Desde entonces sólo es cuestión de tiempo que él venga a reinar, y si él no lo ha hecho todavía, su espera se debe a que en su misericordia todavía está dando a muchos la oportunidad de que se arrepientan y sean salvos. Dios es paciente y cada etapa de su programa para establecer su reino es llevada a cabo conforme al horario previsto.

Por lo tanto, en los próximos capítulos vamos a ver que el establecimiento de su reino no ocurrirá de manera inmediata, sino que será necesario que primero acabe con la bestia y su reino. Esto es lógico; antes de que Dios pueda establecer su propio reino y descienda del cielo la nueva Jerusalén, primero tendrá que destruir el reino de Satanás, que más adelante en Apocalipsis será representado como un poderoso movimiento que se levantará contra Dios al final de los tiempos y que será presentado como un resurgir de la antigua Babilonia. Y en segundo lugar, para que la iglesia de Dios pueda ocupar el lugar de dignidad al que ha sido llamada dentro de su reino como la esposa del Cordero, será necesario también que la falsa esposa, la gran ramera, sea condenada.

Por todo esto, con el toque de la séptima trompeta no debemos esperar que los acontecimientos necesarios para el establecimiento de su reino ocurran de forma súbita, sino que se irán sucediendo a lo largo de un período de cierta duración. Entonces Cristo reinará sobre todos los reinos de este mundo que en el presente están bajo el control de Satanás. Y a pesar de que los hombres no quieran, todos los reinos vendrán *“a ser de nuestro Señor y de su Cristo”*. Esta última expresión nos recuerda el lenguaje del Salmo 2 cuando las naciones desafían a Dios y a su Ungido, siendo finalmente sometidas (**Sal 2:2**).

No es de extrañar, por lo tanto, que una gran sinfonía de voces canten en el cielo el triunfo de Cristo. Un acontecimiento de tal importancia no podría dejar de ser aclamado con gran júbilo por todas las huestes celestiales. Todas ellas sienten un gozo incontenible porque Satanás será vencido para siempre, por fin el bien triunfará sobre el mal, y la historia de la redención humana llegará a su cumplimiento definitivo. Una perspectiva tan sublime demanda la adoración de los seres celestiales, pero también de todos aquellos que anhelamos la venida de Cristo a este mundo.

La adoración celestial

(Ap 11:16-17) “Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado.”

Las reacciones se suceden rápidamente en cadena. A las huestes celestiales se unen inmediatamente *“los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus*

tronos". Ellos probablemente representan a los redimidos, y por lo tanto, *"se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios"*.

En su adoración, comienzan por enfatizar el carácter de Dios, notando especialmente su soberanía, omnipotencia y eternidad: *"Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir"*. Y en segundo lugar, subrayan sus obras, exaltando su triunfo sobre el maligno: *"Porque has tomado tu gran poder, y has reinado"*. Este es un buen ejemplo para todos nosotros de lo que significa la adoración que agrada a Dios.

Cinco eventos relacionados con la venida del Señor

(Ap 11:18) *"Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra."*

A continuación se nos da un resumen gráfico de cinco eventos que van a acontecer en relación con la llegada del reino de Dios.

En primer lugar, *"se airaron las naciones"*. No es de extrañar que a las naciones les desagrade profundamente que Cristo venga a reinar en este mundo. Cuando los magos de oriente llegaron a Jerusalén preguntando dónde estaba el rey de los judíos que había nacido, Herodes se llenó de ira y mandó matar a todos los niños de Belén (**Mt 2:1-18**). Y cuando el Señor regrese nuevamente a este mundo, aun el anuncio de este hecho, será considerado por todas las naciones como una invasión enemiga que hay que resistir con todas las fuerzas. De hecho, esto ya está ocurriendo en nuestros días, y lo comprobamos cada vez que intentamos predicar el evangelio en este mundo. Así que, no nos debe extrañar que esta hostilidad universal contra Dios llegue a su clímax ante la segunda venida de Cristo.

En segundo lugar, *"tu ira ha venido"*. Frente a la ira de las naciones, Dios está a punto de descargar su ira sobre este mundo. En esta confrontación de fuerzas el hombre no puede hacer nada contra Dios. Recordamos el caso de Faraón intentando "echar un pulso a Dios"; pero ni siquiera el hombre más poderoso del mundo pudo hacer nada contra él (**Ex 15:9-16**). Las naciones se unirán para impedir la coronación de Cristo, pero Dios se reirá de ellos desde los cielos (**Sal 2:2-6**). Aun así, es importante señalar que mientras que la ira del hombre es malvada y pecaminosa, la de Dios es santa porque actúa de acuerdo a su justicia.

En tercer lugar, *"el tiempo de juzgar a los muertos"*. Seguramente se refiere a la resurrección de los muertos con miras a su juicio (**Ap 20:11-15**). En ese momento las oportunidades de arrepentimiento se habrán terminado y llegará el momento de rendir cuentas ante el Dios soberano de cielos y tierra.

En cuarto lugar, *"y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes"*. Dios reconocerá generosamente todo servicio realizado para él (**He 11:6**). Desde los creyentes más sencillos, todos los santos recibirán las recompensas que Dios en su gracia otorgará a quienes él considere, reconociendo diferentes grados y posiciones de honor (**Ap 22:12**) (**1 Co 3:11-15**) (**2 Co 5:10**).

En quinto lugar, *"y de destruir a los que destruyen la tierra"*. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, dotándole de autoridad sobre la tierra y todos los seres que en ella habitan, y cuando Dios venga a establecer su reino en este mundo, será el momento en el

que pedirá cuentas al hombre por el uso que ha hecho de los recursos naturales puestos bajo su mano (**Gn 1:26-28**). Será juzgado por la extinción de miles de seres vivientes y por la contaminación del medio ambiente, pero también por la fabricación de armamento y las guerras que dejan tras de sí el caos y la desolación. A esto hay que añadir a quienes se esfuerzan por destruir todo principio moral y espiritual. A los que persiguen y matan a los creyentes por causa de su fe (**Ap 16:5-7**). A la Babilonia de la antigüedad que destruía toda la tierra (**Jer 51:25**), y a la del futuro (**Ap 18**). Y finalmente, al ángel del abismo, cuyo nombre es “Destructor” (**Ap 9:11**).

El cielo abierto

(Ap 11:19) *“Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo.”*

I. La introducción a una nueva sección

Como estamos viendo, el toque de la séptima trompeta dará comienzo a una nueva sección en la que entramos en la recta final para el establecimiento del reino de Dios en este mundo, y como en ocasiones anteriores, esto viene precedido de una visión del cielo abierto en la que se puede ver otro mueble del templo.

Hagamos un breve repaso de las visiones anteriores:

- En (**Ap 4:1**) Juan vio la primera puerta abierta en el cielo, y en esa ocasión pudo admirar el trono de Dios. A raíz de esa visión comenzaron los juicios de Dios sobre este mundo, y la razón que vimos es que Dios está sentado en su trono y tiene derechos sobre este mundo como consecuencia de ser su creador, pero estos derechos no son reconocidos, sino que su nombre es despreciado por todas partes.
- En (**Ap 8:1-5**) tuvo su segunda visión del templo en la que vio los altares. Y en relación con estos altares encontramos las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Todos ellos oraban pidiendo que Dios les hiciera justicia. Así que, los juicios de esa segunda sección vinieron como consecuencia de las oraciones de los santos.
- Y ahora, en (**Ap 11:19**), tiene su tercera visión en la que su atención se fija en el arca del pacto. Dios va a traer nuevos juicios sobre este mundo, pero ahora la razón guarda relación con el “*arca del pacto*”.

2. El arca en el cielo es visible a los hombres

Para empezar, debemos notar que este capítulo comenzó con una referencia al templo en Jerusalén que debía ser medido por Juan (**Ap 11:1**), y ahora acaba con una visión del templo celestial. Ambos templos estaban relacionados, puesto que Moisés tuvo que construir el primer tabernáculo de acuerdo al modelo del templo celestial que le fue mostrado en una visión (**Ex 26:30**) (**Nm 8:4**) (**Hch 7:44**) (**He 8:5**).

Y ahora lo que Juan ve dentro del templo es el “*arca del pacto*”. Este arca era un símbolo de la presencia de Dios con su pueblo en este mundo. Representaba el estrado de su trono y se encontraba en el lugar santísimo, una zona restringida a la que sólo podía acceder el sumo sacerdote en el día de las expiaciones (**Lv 16**). Pero ahora notamos un cambio importante, porque Juan dice que “*el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo*”. Y entendemos que no sólo Juan podía ver el arca, sino que de alguna manera, quedará visible a la mirada de otras personas. Esto podría estar relacionado con lo que el Señor Jesucristo les dijo a los judíos mientras le juzgaban:

“desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Mt 26:64).

Los moradores de la tierra, en especial los enemigos de Cristo, podrán ver el trono de Dios en el cielo, y al mismo Señor Jesucristo sentado en él. Y como ya vimos, esta escena les producirá un insoportable terror (**Ap 6:14-17**).

3. El pacto de Dios

Otro detalle en el que nos debemos fijar es que el arca es descrita aquí como *“el arca del pacto”*, lo que llama nuestra atención sobre el *“el pacto”* que Dios hizo con su pueblo en el pasado. Dios no lo ha olvidado, y esa es la razón por la que ahora es necesario que vengan sus juicios. Pero para entenderlo debemos detenernos a considerar en qué consistía el pacto de Dios con su pueblo.

Para empezar debemos notar que Dios no sólo hizo un pacto con Israel, sino que hizo varios que resultaban complementarios. Hagamos un breve resumen de ellos y su importancia.

El pacto de Dios con Abraham

Dios hizo un pacto con Abraham y su simiente que le garantizaba la posesión de cierto territorio, lo que nosotros conocemos como la Tierra Prometida.

(Gn 15:18) “En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates.”

Siglos después el apóstol Pablo comentó la promesa que había recibido Abraham, explicando dos detalles muy importantes. Este pacto no incluiría sólo a los judíos, sino a todos los descendientes de la fe de Abraham, es decir, también a los creyentes gentiles. Y en segundo lugar, aunque la promesa original sólo incluía ciertos territorios, aquí se extiende esta promesa y se habla de todo el mundo.

(Ro 4:13-16) “Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe. Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa. Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros.”

Y otro detalle muy importante que explica el apóstol Pablo, es que cuando Dios le dijo a Abraham que en su *“simiente”* serían benditas todas las familias de la tierra, esta simiente no se refería en último término a su hijo Isaac, sino a Cristo.

(Ga 3:16) “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo.”

Por lo tanto, según este pacto, el dominio universal de este mundo le corresponde a Cristo, y todos aquellos que hemos creído en él, sin distinción alguna de raza, pueblo o nación, somos hechos sus herederos:

(Ga 3:27-29) “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.”

Así pues, si Cristo es el heredero legítimo de este mundo, Dios tendrá que juzgar a este mundo porque, de hecho, le han rechazado y le han echado fuera. Y esto lo tendrá que hacer para honrar su palabra y su pacto, porque él es *“fiel y verdadero”*.

El pacto de Sinaí y el nuevo pacto

Siglos después de Abraham, Dios hizo otro pacto con su pueblo Israel en el monte Sinaí, un pacto que estaría basado en la Ley.

(Ex 19:5-8) “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel. Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo.”

Desgraciadamente Israel rompió muy pronto su parte de las condiciones de este pacto, y de ese modo perdió todos los derechos que podía tener de parte de Dios, porque no olvidemos que esa bendición dependía del cumplimiento perfecto de su parte del pacto.

Por esta razón Dios tuvo que hacer un nuevo pacto, muy distinto del que hizo en el Sinaí. La diferencia fundamental se encontraba en el hecho de que mientras que el primero dependía de la obediencia absoluta del pueblo a la Ley, es decir, era un pacto que se basaba en las obras de los hombres, el nuevo pacto dependía de la gracia de Dios.

(He 8:7-13) “Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, Y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer.”

Ahora bien, este nuevo pacto no tiene que ver exclusivamente con los judíos. Es cierto que los gentiles estábamos excluidos de los pactos de Dios, pero en Cristo, hemos sido hechos partícipes **(Ef 2:13-22)**. Y esto es precisamente lo que recordamos cuando participamos del pan y del vino: *“Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt 26:27-28)*.

Estos dos pactos nos recuerdan que Dios tiene que juzgar a este mundo como consecuencia de su incumplimiento de su santa Ley, pero al mismo tiempo nos recuerda que hay un nuevo pacto de gracia al cual todos los pecadores sin distinción se pueden acoger, llegando de ese modo a tener una relación íntima y personal con Dios.

El pacto de Dios con David

Por medio de este pacto Dios prometió a David que un hijo suyo se sentaría en el trono del mundo y reinaría eternamente **(2 S 7) (1 Cr 17:1-27) (Sal 89)**. No reinaría exclusivamente sobre Israel, sino sobre todo el mundo. Además, para poder cumplir con

algo así, no sólo sería descendiente de David, sino que también sería Hijo de Dios (**Sal 110:1**) (**Mr 12:35-37**). Y Cristo es el heredero legítimo del pacto que Dios hizo con David (**Ro 1:1-4**).

También por causa de este pacto tienen que venir los juicios de Dios sobre este mundo. Si el Mesías de Dios ha de sentarse en el trono de este mundo, antes tendrá que ser destruida la bestia que se levantará en los últimos días alcanzando poder mundial y que gobernará con engaños usurpando el trono al legítimo Cristo de Dios.

4. “Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo”

De nuevo aquí, como al comienzo del pasaje en el que Juan vio una puerta abierta en el cielo y el trono de Dios en medio de él (**Ap 4:5**); o como cuando en su segunda visión del cielo vio los altares (**Ap 8:5**); también aquí, después de que el cielo se abriera nuevamente y que Juan viera el arca del pacto (**Ap 11:19**); una vez más “hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo”.

Son claras señales que anuncian los juicios que todavía están por venir de parte de Dios.

La mujer y el dragón (Ap 12:1-17)

Introducción

Después del toque de la séptima trompeta, Juan hace un alto nuevamente en su narrativa para presentarnos a diferentes personajes que van a tener un papel importante en la consumación final de la historia. Se trata de una mujer vestida del sol, un dragón escarlata, un niño varón que está a punto de nacer, una tercera parte de las estrellas del cielo, Miguel y sus ángeles y un gran águila.

Siguiendo el estilo apocalíptico usado en todo el libro, Juan se refiere a estos personajes por medio de numerosos símbolos extraídos del Antiguo Testamento. En algunos casos el propio pasaje nos confirma su identidad, pero en otros tenemos que llegar a nuestras conclusiones estudiando las referencias que la propia Palabra nos proporciona.

“Una mujer vestida del sol”

(Ap 12:1-2) “Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento.”

Debemos comenzar preguntándonos quién es esta “mujer vestida del sol”. Y para contestar adecuadamente esta pregunta, lo primero que debemos determinar es si se trata de una mujer concreta o si por el contrario utiliza el término “mujer” para referirse a un grupo de personas.

Para decidir esta cuestión debemos observar que en Apocalipsis tenemos otras mujeres que claramente se refieren a una entidad superior. Por ejemplo, en el capítulo 17 nos encontramos con la “gran ramera” que representa un sistema religioso corrupto que persigue a los siervos de Dios. Por otro lado, en el capítulo 19 se nos presenta a la esposa del Cordero, y allí la referencia tiene que ver con la Iglesia de Cristo. Por lo tanto, no es descabellado pensar que la mujer vestida del sol tenga que ver también con un colectivo de personas.

Ahora bien, para poder llegar a determinar a quién se refiere esta mujer, Juan nos ofrece una visión con varios símbolos: el sol, la luna y doce estrellas. Curiosamente, estos mismos elementos los encontramos en el sueño que José, el hijo de Jacob y Raquel, tuvo en los días cuando aún vivía con su familia en Canaan (**Gn 37:9-11**). En la interpretación que Jacob hizo del sueño, vemos que las once estrellas simbolizaban a los once hermanos de José, y el sol y la luna se referían al mismo Jacob y su esposa. Es decir, el sol es aquí un símbolo del patriarca Jacob, el padre de las doce tribus de Israel. Notemos también que se trataba de un sueño que anticipaba el futuro. En aquel momento Israel todavía no era una nación, sino simplemente un clan familiar que se movía por las tierras de Canaan buscando pastos para sus ganados. Pero el sueño de José anticipaba su entrada en Egipto y la protección milagrosa que Dios tendría con ellos allí por medio del mismo José. Varios siglos después los descendientes de Jacob volverían de Egipto a Canaan, pero no ya como una familia, sino como una nación; la nación de Israel. Por lo tanto, el sueño de José tenía que ver con Israel y también con su formación como nación en medio de las condiciones adversas que más tarde encontró en Egipto.

Ahora, en la visión que Juan tiene en Apocalipsis, nuevamente se nos presenta a Israel en los tiempos postreros, como si de algún modo volviera a resurgir de en medio de las

adversidades. Esto concuerda perfectamente con la enfática promesa de Dios con relación a la continua existencia de Israel como nación (**Jer 33:20-26**) (**Jer 46:28**) (**Am 9:8**).

(Jer 31:35-37) “Así ha dicho Jehová, que da el sol para luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche, que parte el mar, y braman sus ondas; Jehová de los ejércitos es su nombre: Si faltaren estas leyes delante de mí, dice Jehová, también la descendencia de Israel faltará para no ser nación delante de mí eternamente. Así ha dicho Jehová: Si los cielos arriba se pueden medir, y explorarse abajo los fundamentos de la tierra, también yo desecharé toda la descendencia de Israel por todo lo que hicieron, dice Jehová.”

Y en cuanto a los símbolos usados en nuestro pasaje de Apocalipsis para describir a la nación de Israel, son también muy sugerentes. Por ejemplo, el hecho de que sea representada como una mujer “*vestida del sol*”, sugiere gloria, resplandor celestial, dignidad y una posición exaltada, detalle este último que viene confirmado por la alusión a “*la luna debajo de sus pies*”.

Israel fue escogido por Dios para ser su pueblo especial, más que todos los demás pueblos de la tierra (**Dt 7:6**) (**Sal 33:12**). Y en la visión de Juan son representados como “*una corona de doce estrellas*”. Esto nos recuerda no sólo la gloria de las doce tribus de Israel, sino también el dominio que Dios les ha prometido en el reino venidero.

En su conjunto, toda la visión sugiere gloria y luminosidad, sobre todo si tenemos en cuenta que el sol, la luna y las estrellas son todas las fuentes de luz física que los hombres tenemos.

“Estando en cinta, clamaba con dolores de parto”

En segundo lugar, notamos que esta mujer es presentada como una madre que “*estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento*”. Y unos versículos más adelante se nos dice que “*ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones*” (**Ap 12:5**). Es importante que notemos que Juan está usando aquí una referencia al Salmo 2 que todos los autores del Nuevo Testamento asociaron con el Señor Jesucristo (**Sal 2:7-9**) (**Hch 13:33**) (**He 1:5**) (**He 5:5**).

El apóstol Pablo, explicando los enormes privilegios que Dios había dado a la nación de Israel, dice que uno de ellos era que de ella vendría el Cristo:

(Ro 9:4-5) “...Son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.”

Por otro lado, la figura de Israel como una mujer encinta no es nueva, ya que la encontramos con frecuencia en el Antiguo Testamento: (**Jer 4:31**) (**Is 66:7-9**) (**Is 13:8**) (**Is 21:3**) (**Os 13:13**).

Ahora bien, ¿a qué momento se refiere esta visión?

Una lectura rápida nos llevaría a pensar que tiene que ver con la primera venida del Señor Jesucristo cuando nació en Belén en días del rey Herodes. Y, por supuesto, no faltan detalles para pensar de ese modo. Recordemos, por ejemplo, la ira de Herodes cuando recibió la noticia de que unos magos venidos de oriente estaban preguntando en Jerusalén dónde estaba el rey de los judíos que había nacido. Esto despertó inmediatamente la ira de Herodes, que sintió amenazado su trono, así que, después de

hacer ciertas averiguaciones dio la orden de matar a todos los niños de Belén con la intención de acabar así con el Mesías de los judíos que acababa de nacer (**Mt 2:1-18**). No hay duda de que Herodes se comportó como una auténtica bestia, dando rienda suelta a sus más crueles instintos asesinos. Y en esto coincidiría con la crueldad del gran dragón escarlata que se nos describe a continuación y que de igual manera quería matar al hijo de la mujer nada más que naciera.

Sin embargo, aunque todo esto es correcto, seguramente su significado no se agota aquí, sino que en este contexto tiene que ver mayormente con la Segunda Venida del Señor Jesucristo.

Notemos para empezar que Juan usa aquí una parte del Salmo 2 en la que Dios establecía a su Cristo como el rey soberano de este mundo:

(Sal 2:7-9) “Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídemelo, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.”

Comentando este salmo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, el apóstol Pablo explicó que se refería a la resurrección y ascensión del Señor a su trono en la gloria (**Hch 13:32-33**). Desde allí él ha de regresar a este mundo para recibir “*por herencia las naciones*” y gobernarlas “*con vara de hierro*”. Esto es algo que tendrá lugar en la Segunda Venida del Señor Jesucristo a este mundo.

Otro pasaje relacionado con este texto de Apocalipsis lo encontramos en el profeta Isaías:

(Is 26:17-27:1) “Como la mujer encinta cuando se acerca el alumbramiento gime y da gritos en sus dolores, así hemos sido delante de ti, oh Jehová. Concebimos, tuvimos dolores de parto, dimos a luz viento; ninguna liberación hicimos en la tierra, ni cayeron los moradores del mundo. Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos. Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él; y la tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos. En aquel día Jehová castigará con su espada dura, grande y fuerte al leviatán serpiente veloz, y al leviatán serpiente tortuosa; y matará al dragón que está en el mar.”

Este pasaje es interesante por la estrecha relación que guarda con el texto de Apocalipsis que estamos considerando. Notamos que Isaías no sólo se refiere a Israel como una mujer encinta, sino que como en Apocalipsis, nos la presenta también en el mismo momento de dar a luz. De manera muy vívida nos describe sus gemidos y gritos cuando le vienen los dolores de parto. Sin embargo, todo eso no sirvió de nada, y con sentida tristeza, el profeta concluye: “*dimos a luz viento; ninguna liberación hicimos en la tierra*”. Estos dolores tenían que ver con el castigo de Dios por la reiterada infidelidad de su pueblo (**Is 26:16**). En el contexto se relacionan con el cautiverio de Israel en Babilonia, desde donde el resto fiel clamaba a Dios pidiendo su restauración. Entonces Dios les contesta diciendo que sus “*muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán*”, en alusión a su restauración como nación después de un tiempo de cautiverio. Pero antes de que “*dieran a luz*”, sería necesario que previamente Babilonia fuera juzgada por Dios, tal como el mismo Isaías anuncia: “*Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él*”. Pero no sólo Babilonia sería castigada; Dios

también *“matará al dragón que está en el mar”*. Esta última referencia nos recuerda al dragón que Juan vio en Apocalipsis persiguiendo a la mujer y a su hijo.

Por lo tanto, vemos que desde la antigüedad Dios había prometido a su pueblo Israel que aunque castigaría su pecado, nunca se olvidaría de ellos, y volvería a tratar con ellos como nación al final de los tiempos, liberándoles de sus enemigos, entre los que se incluían poderosas naciones y el mismo Satanás.

Estas mismas ideas fueron explicadas en términos similares por el profeta Miqueas. Él también habló del futuro reinado universal del Mesías en el monte de Sion:

(Mi 4:1-2) “Acontecerá en los postreros tiempos que el monte de la casa de Jehová será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos. Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.”

Pero una vez más, antes de que Israel pudiera disfrutar de esta promesa, sería necesario que ellos mismos fueran juzgados y redimidos de Babilonia:

(Mi 4:9-10) “Ahora, ¿por qué gritas tanto? ¿No hay rey en ti? ¿Pereció tu consejero, que te ha tomado dolor como de mujer de parto? Duélete y gime, hija de Sion, como mujer que está de parto; porque ahora saldrás de la ciudad y morarás en el campo, y llegarás hasta Babilonia; allí serás librada, allí te redimirá Jehová de la mano de tus enemigos.”

Y aunque Israel regresó de su cautiverio en Babilonia, no hay duda de que todavía no se ha cumplido plenamente lo que los profetas anunciaron acerca del reinado universal del Mesías en Jerusalén. Por lo tanto, no es de extrañar que nos volvamos a encontrar con estas promesas en el libro de Apocalipsis. Así pues, en este contexto debemos entender los *“dolores de parto”* y *“la angustia del alumbramiento”* en relación al resurgimiento o *“resurrección”* de Israel al final de los tiempos; un período que los profetas describieron como de *“gran tribulación y angustia”* (**Jer 30:7**) (**Dn 12:1**); y en el que se encuadra también el anuncio de la Segunda Venida del Mesías. Como ya sabemos, parte de todo esto se está cumpliendo en nuestros días desde que en 1948 Israel volvió a ser reconocida internacionalmente como nación y regresaron a su tierra, pero aún falta su *“resurrección”* espiritual cuando reconozcan al Señor Jesucristo como su Mesías.

“Un gran dragón escarlata”

(Ap 12:3-4) “También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese.”

Juan vio una segunda señal en el cielo que introdujo a un nuevo personaje en la escena: *“Un gran dragón escarlata”*. En este caso, la identificación es sencilla porque nos es facilitada por el mismo texto: *“El gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás”* (**Ap 12:9**) (**Ap 20:2**).

A su vez, también debemos asociar a este gran dragón con la bestia que vio el profeta Daniel en su visión profética, y que tenía que ver con el cuarto rey o reino que se levantará en la tierra en los últimos tiempos, y que será diferente de todos los anteriores y espantoso en gran manera:

(Dn 7:7) *“Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos.”*

En ambos casos, tanto en Daniel como en Apocalipsis, esta bestia se caracteriza por ser el enemigo mortal de la mujer, que como ya hemos señalado anteriormente, se refiere a la nación de Israel. Y notemos que una vez más será por la intervención directa del Señor que los santos recibirán el reino:

(Dn 7:21-22) *“Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino.”*

Por otro lado, el hecho de que Satanás sea descrito como una bestia terrible o como un gran dragón espantoso, tiene la clara finalidad de presentarlo en clara oposición con el *“Cordero que fue inmolado” (Ap 5:6)*. El Señor Jesucristo y Satanás son radicalmente distintos, no hay en ellos ningún parecido posible, del mismo modo que tampoco lo hay entre un cordero y un dragón.

Ahora bien, Satanás no siempre fue un dragón espantoso o una serpiente que se arrastraba por la tierra; hubo un tiempo en que él fue descrito como *“Lucero, hijo de la mañana” (Is 14:12-14)*; *“el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura” (Ez 28:12)*; *“querubín grande, protector” (Ez 28:14)*. Sólo después de su caída y rebelión su belleza suprema fue desfigurada hasta el extremo de lo grotesco. Pero aun así, sigue conservando mucho de su poder.

En todo caso, Satanás será finalmente desenmascarado y todo el mundo acabará viendo su verdadero carácter. Ya no podrá seguir *“disfrazándose como ángel de luz” (2 Co 11:14)*. Aunque lo más trágico de todo esto será que aun sabiendo cómo es en realidad, los moradores de la tierra le rendirán culto.

En cuanto a la descripción que Juan hace de él, notamos en primer lugar que es un dragón *“escarlata”*, es decir, rojo fuego, como el color de la sangre. Al fin y al cabo, es un ser sediento de sangre, que desea eliminar al *“hijo varón de la mujer”* y más adelante a los descendientes de la mujer. En esto es idéntico a la gran ramera, que también aparece vestida de escarlata y ebria de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús **(Ap 17:4-6)**.

También se nos dice que *“tenía siete cabezas y diez cuernos”*, lo que sugiere tanto inteligencia como poder. Además, la presencia de los diez cuernos nos permite asociarla con la terrible bestia que vio el profeta Daniel **(Dn 7:7)**, y con la bestia que surgirá del mar un poco más adelante **(Ap 13:1)**. *“Y en sus cabezas siete diademas”*, como símbolo de su autoridad.

Otro detalle interesante es que el dragón no viene solo, sino que con *“su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra”*. La cita se corresponde con lo anunciado por el profeta Daniel **(Dn 8:10)**. Ahora bien, aquí tenemos un ejemplo de cómo un mismo elemento puede simbolizar distintas cosas. Recordamos que al comenzar este capítulo vimos que las *“doce estrellas”* simbolizaban a las doce tribus de Israel, mientras que ahora debe tener necesariamente un significado diferente.

Para interpretarlo correctamente debemos observar lo que el propio texto nos dice. Vemos que en **(Ap 12:7)** *“Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles”*. Por lo tanto, parece razonable asociar *“la tercera parte de las estrellas del cielo”* con este ejército que acompaña al dragón en la batalla contra Miguel y sus ángeles.

Quizá se trate, por lo tanto, de los ángeles que cayeron junto con Satanás cuando éste se rebeló contra Dios, aunque no sabemos si la cifra se refiere a la totalidad de los ángeles caídos (**Jud 1:6**) (**2 P 2:4**).

Ahora lo que vemos es que estas huestes celestiales son arrastradas por el dragón a la tierra. Un poco más adelante veremos que es Dios quien los arroja del cielo a la tierra (**Ap 12:9**). Ambas cosas son ciertas, aunque quizá el énfasis que encontramos ahora está puesto en la seducción maligna del dragón que esclaviza a los ángeles caídos para que le sigan en su destino. Su nuevo destino en la tierra implica su degradación y la pérdida de su carácter celestial.

En todo caso, aunque desde la entrada del pecado en el huerto del Edén la tierra ha sido un escenario importante de la actividad diabólica, con la llegada de este ejército de ángeles caídos, su actividad se verá incrementada notablemente.

Ahora nos encontramos que este poderoso y malvado ser tiene como principal objetivo en esta tierra acabar con el hijo de la mujer: *“Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese”*. El objetivo de la furia satánica es el Mesías de Dios, pues sabe que es él quien ha sido designado para recuperar el dominio universal usurpado por el maligno. Recordemos nuevamente el pacto de Dios con Abraham: *“En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra”* (**Gn 22:18**). O el pacto que Dios hizo con David: *“Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino”* (**2 S 7:12-13**).

Toda la historia bíblica nos ha dejado testimonio de los múltiples esfuerzos de Satanás por terminar con la nación judía y en especial con la descendencia del rey David. Pensemos, por ejemplo, en el malvado plan de Amán para destruir a todos los judíos en el día de Asuero rey de Persia y de Media, y que encontramos en el libro de Ester. Y antes de él, Faraón rey de Egipto también trató sin éxito de terminar con la descendencia de Israel por medio de las parteras egipcias (**Ex 1:15-16**). Y aquí, el dragón actúa personalmente como una partera esperando para destruir al niño en el mismo momento en que nazca. Otro buen ejemplo de esta misma actitud lo vemos en Herodes y su furia asesina por matar al rey de los judíos que había nacido (**Mt 2:1-16**).

Con todo esto Satanás estaba tratando de impedir el nacimiento anunciado del descendiente de Eva que aplastaría la cabeza de la serpiente (**Gn 3:14-15**). De aquí proviene la enemistad entre Satanás y el descendiente prometido a Eva, que no sería otro que el Señor Jesucristo, el Mesías de Dios.

El Hijo varón de la mujer

(Ap 12:5) “Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono.”

Finalmente el niño nació a pesar de los implacables esfuerzos de Satanás para impedirlo. Israel *“dio a luz”* al Mesías, descendiente de Abraham y de David (**Mt 1:1**). Aunque el profeta Isaías describió a este *“niño”* con claros atributos divinos:

(Is 9:6) “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.”

Ahora bien, como ya hemos comentado anteriormente, parece que el cumplimiento definitivo de este anuncio no se completó en la primera venida del Mesías, sino en la segunda. Como vemos en este pasaje, el énfasis está puesto en “*un hijo varón que regirá con vara de hierro a todas las naciones*”. En esta ocasión no vendrá a morir por los pecadores, sino a reinar sobre ellos. Y más adelante en Apocalipsis veremos la misma expresión justo en el momento en que el Señor regresa a este mundo victorioso para reinar:

(Ap 19:15) *“De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso.”*

La cita es tomada del Salmo 2:

(Sal 2:9) *“Los quebrantarás con vara de hierro; Como vasija de alfarero los desmenuzarás.”*

Si leemos con atención todo el salmo veremos que en la primera parte los príncipes y reyes de la tierra se levantan unidos contra el Ungido del Señor rechazando su gobierno. Esto tuvo su cumplimiento durante la primera venida del Señor, tal como correctamente interpretaron los apóstoles **(Hch 4:24-28)**. Pero la actitud de los hombres, ni cambia ni puede impedir que los planes de Dios se cumplan, así que el salmista dice: *“El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte”* **(Sal 2:4-6)**.

Finalmente Dios gobernará a las naciones, pero lo hará con “*vara de hierro*”, lo que no sólo sugiere firmeza, sino también que será un gobierno impuesto porque las naciones no lo querrán aceptar de buena voluntad.

A pesar de todas las circunstancias adversas con las que Cristo se encontró cuando vino a este mundo, Dios mismo intervino constituyéndole en el Soberano supremo de este mundo y sentándolo juntamente con él en su trono: *“Y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono”*. Esto hace referencia a la exaltación de Cristo a la diestra de la Majestad en las alturas después de su resurrección y ascensión al cielo. Y aunque Juan omite el ministerio terrenal de Cristo así como su muerte en la cruz, no hay que olvidar que la resurrección y ascensión son la respuesta del Padre a esa Obra y su incuestionable aprobación **(He 1:3)**.

Es importante que nos demos cuenta de que el arrebatamiento del Hijo para ser llevado al cielo no tenía el propósito de escaparse de la hostilidad de Satanás, sino que tenía la finalidad de ocupar el puesto que legítimamente le corresponde como Gobernador supremo del universo. Además, dejaría constancia de que Satanás no tiene ninguna capacidad para estorbar el cumplimiento de los propósitos eternos de Dios.

La mujer huye al desierto

(Ap 12:6) *“Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.”*

El versículo anterior hacía referencia a la ascensión del Señor Jesucristo al cielo, un hecho histórico que tuvo lugar hace casi dos mil años. Ahora Juan es trasladado al futuro, en donde ve nuevamente a la nación de Israel bajo la figura de una mujer huyendo al desierto. Es evidente que ante el fracaso del dragón para destruir al hijo varón de la mujer, ahora va a intentar acabar con ella, sabiendo que Dios todavía tiene importantes planes para ella en el futuro.

El período de tiempo que hay entre la ascensión del Señor y los hechos a los que se refiere este versículo, se relaciona estrechamente con el intervalo entre las semanas 69 y 70 de las que habló el profeta Daniel cuando anunció el futuro del pueblo de Israel (**Dn 9:20-27**). Este extenso período que ya casi abarca dos mil años ha estado caracterizado por el rechazo de Israel a su Mesías, lo que dio lugar a la formación de la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios de carácter fundamentalmente gentil. Pero eso no quiere decir que Dios ha olvidado las promesas que durante todo el Antiguo Testamento había hecho a Israel por medio de sus profetas, anunciando un tiempo final de restauración y bendición. El mismo apóstol Pablo habló de ello, reconociendo por un lado la incredulidad de Israel, pero volviéndose a hacer eco de lo dicho por los profetas de la antigüedad:

(Ro 11:25-27) *“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.”*

Notemos que el apóstol afirma que habrá un tiempo en que Israel será salvo y sus pecados perdonados, pero esto no ocurrirá hasta que *“haya entrado la plenitud de los gentiles”*. Y en el contexto de la carta a los Romanos vemos con claridad que *“la plenitud de los gentiles”* tiene que ver con el período de la iglesia de mayoría gentil. Pero después de esto Israel volverá a tomar el protagonismo nuevamente en los planes de Dios, coincidiendo con el regreso a Sion del *“Libertador”*, quien perdonará sus pecados. Y claro está que éste no puede ser otro que el Señor Jesucristo. Por lo tanto, es a ese período final de la historia al que se refiere aquí el autor de Apocalipsis.

Ahora bien, el profeta Daniel anunció que esa última semana de años, es decir, los últimos siete años, serían divididos en dos períodos de tres años y medio, o lo que es lo mismo, mil doscientos sesenta días o cuarenta y dos meses (contando meses de 30 días). Al final de la primera mitad aparecerá un ser terrible descrito como *“el desolador”* que *“hará cesar el sacrificio y la ofrenda”* y traerá durante los últimos tres años y medio un tiempo de desolación contra Israel (**Dn 9:27**).

Apocalipsis ya ha hecho referencia anteriormente a un período de tres años y medio (**Ap 11:1-3**). En esa ocasión vimos que el templo en Jerusalén volvía a estar en pie y que dos testigos de Dios daban testimonio allí durante mil doscientos sesenta días, o lo que es lo mismo, tres años y medio. Pero al acabar ese período, *“la bestia que sube del abismo”* hace guerra contra ellos y los mata (**Ap 11:7**). Es seguramente en ese momento cuando comienzan los tres años y medio últimos de gran tribulación que son descritos ahora en nuestro pasaje. Y con esto coinciden otros muchos textos del Antiguo Testamento que revelaban que la nación de Israel enfrentará días muy difíciles antes de ser bendecida por Jehová (**Dn 7:23-27**) (**Jer 30:7-9**) (**Ez 20:33-38**). A esto hay que sumar el propio testimonio del Señor Jesucristo que describió esos días como una *“gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá”* (**Mt 24:21**).

Sin embargo, durante todo ese tiempo final de angustia para Israel, Dios mismo seguirá preservando a su pueblo. Veamos lo que dice nuestro texto: *“Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios”*.

La alusión al *“desierto”* traería muchos recuerdos a los israelitas. Por un lado fueron protegidos y guiados por Dios en el desierto durante cuarenta años después de que salieron de Egipto (**Dt 2:7**) (**Dt 29:5**). También fue el lugar en donde fueron probados y disciplinados (**Dt 8:2**). Fue en el desierto donde Juan el Bautista llamó al pueblo de Israel para prepararse ante la inminente llegada de su Mesías (**Mt 3:1-3**). Pero pensando en el

futuro, el desierto sería el lugar en donde Dios les hablaría al corazón y ellos se volverían a él (**Os 2:14-20**).

Vemos entonces que la resplandeciente mujer que había aparecido en cielo se convierte ahora en una pobre mujer perseguida que huye al desierto. Este cambio tan radical se debe a su incredulidad. Pero Dios nunca la abandona, sino que la mantiene como nación y la disciplina en la esperanza de que vuelva otra vez a sus caminos, algo que finalmente ocurrirá cuando regrese el Señor.

Una gran batalla en el cielo

(Ap 12:7-9) *“Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.”*

I. Un conflicto espiritual de dimensiones cósmicas

Mientras lo anterior ocurre en la tierra, ahora se nos dice que *“después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles”*. Una vez más el libro de Apocalipsis nos descubre el velo para que podamos ver que en este mundo hay poderosos seres espirituales que participan en el conflicto espiritual en el que los hombres estamos inmersos.

Y aunque aquí no se nos indica cuál es la causa concreta de esta guerra cósmica, por el contexto podemos deducir que el conflicto entre las potencias angelicales leales a Dios y las que se le oponen tiene que ver con los propósitos de Dios en este mundo de cara al establecimiento de su reino. Y en especial con el pueblo de Israel, porque tal como estamos considerando, los planes futuros de Dios se desarrollarán a través de esta nación, de ahí el interés del dragón por acabar con los judíos. A lo largo de la historia de la humanidad Satanás ha inspirado este mismo pensamiento asesino en muchos líderes. Quizá el ejemplo más reciente lo encontramos en Hitler, quien planteó que la “solución final” era acabar con los judíos. Aunque desgraciadamente no ha sido el único ni el último.

Por otro lado, debemos recordar que hombres y ángeles estamos inmersos en un conflicto contra Dios desde el momento en que la primera pareja humana se unió a la causa de la serpiente en el huerto del Edén, cuando dieron crédito a la ilusión con la que el mismo Satanás se había engañado a sí mismo: *“seréis como Dios” (Gn 3:5)*. Y ahora vemos que también los ángeles leales a Dios toman parte en esta guerra espiritual.

En relación a esto, un detalle interesante tiene que ver con el nombre de *“Miguel”*, el cual significa *“quién como Dios”*, lo que se presenta en clara oposición con las pretensiones de Satanás, quien fue destituido de su gloria por querer ser como Dios. Y seguramente aquí encontramos la clave central del conflicto: ¿Qué lugar ocupa Dios dentro de su creación?

En cuanto a Miguel, aparece también en el profeta Daniel luchando a favor del pueblo de Israel como su príncipe (**Dn 10:13,21**). Y nuevamente en (**Dn 12:1**) vuelve aparecer al lado de Israel en los días de la gran tribulación. Así que todo parece encajar.

Por lo tanto, no debemos subestimar los conflictos espirituales que como creyentes tenemos. Estos forman parte de un gran conflicto entre el bien y el mal que va mucho más allá de lo que está ocurriendo en nuestro planeta tierra. Y aunque no sabemos nada acerca de cómo luchan los ángeles ni las estrategias que siguen, sin embargo sí sabemos

que los creyentes sólo podemos vencerle por la fe en Jesucristo y con la espada de la Palabra de Dios.

2. Satanás y sus ángeles son lanzados fuera del cielo

Como resultado de la batalla en el cielo, el dragón y sus ángeles *“no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera... fue arrojado a la tierra”*. Notamos que Satanás y su ejército son derrotados, lo que implica su expulsión del cielo. Se trata lógicamente de un desalojo violento. Y con él se da un nuevo paso en la degradación final de Satanás. Recordemos que la base de su derrota definitiva tuvo lugar cuando nuestro Señor Jesucristo murió en la cruz y resucitó. Justo antes de esto él anunció lo siguiente: *“Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Jn 12:31); “el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (Jn 16:11)*. El siguiente paso lo encontramos aquí, cuando Satanás es echado del cielo a la tierra junto con sus ángeles después de la batalla con Miguel y sus ángeles. Más adelante será atado y encerrado en el abismo por mil años (**Ap 20:1-3**), y finalmente será echado al lago de fuego y azufre donde será su morada eterna (**Ap 20:10**).

Pero aunque nosotros no entendemos por qué Dios ha permitido a Satanás tener algún tipo de acceso al cielo, es un hecho que siguió siendo así aun después de su caída. Por ejemplo, aparece ante Dios para acusar a Job (**Job 1:6**), en el libro de Zacarías se presenta ante Dios para acusar (**Zac 3:1**). Incluso los cristianos de hoy *“no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef 6:12)*. Por lo tanto, a lo largo de la presente edad Satanás sigue teniendo acceso al cielo, y continúa usando esta posibilidad para acusar a los creyentes ante Dios (**Ap 12:10**), aunque ahora tenemos al Señor Jesucristo como nuestro Abogado defensor (**He 7:25**) (**1 Jn 2:1**).

En todo caso, en el presente no debemos olvidar que Satanás sigue activo en este mundo, como muy bien nos recuerda el apóstol Pedro:

(1 P 5:8) *“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.”*

Aunque esta situación empeorará sensiblemente cuando Satanás y sus ángeles sean expulsados del cielo a la tierra. Entonces la actividad diabólica en nuestro mundo aumentará de una forma desproporcionada. Quizá por eso la gran tribulación por la que atravesará Israel en los últimos días será tan dura y difícil de soportar (**Mt 24:21**).

Podemos imaginar el mundo de esos días como un reino completamente satánico, dominado por sus principios. Habrá un desenfreno total de la violencia, el odio, todo tipo de depravaciones sexuales, robos, matanzas, abusos de todo tipo... Las personas podrán comprobar por sí mismas que el pecado no es tan divertido como tantas veces habían pensado.

3. La identificación del dragón

Aunque ya hemos identificado al *“gran dragón”* con anterioridad, Juan quiere dejar constancia de quién es realmente este siniestro personaje, y lo describe en estos términos: *“El gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero”*.

Hoy en día hay muchos que no creen en la existencia de Satanás y miran con desdén a quienes sí creemos en ella. Pero esto forma parte de su estrategia: si una persona no cree que su enemigo existe y está ahí, difícilmente se podrá defender de él. Y esto es lo

que les pasa a todos los que rechazan la existencia del diablo como si fueran mitos de épocas pasadas plagadas de oscurantismo y supersticiones religiosas.

De hecho, cuando escuchamos lo que la Biblia nos dice acerca de él nos damos cuenta de que no se presenta nunca como el ser grotesco ni desagradable que muchos han imaginado, sino que es sutil e inteligente, un enemigo que lleva miles de años de ventaja sobre el hombre y que lo conoce muy bien.

Veamos la descripción que hace aquí Juan de él:

- *“El gran dragón”*. Sugiere su grandeza y poder destructivo.
- *“La serpiente antigua”*. De este modo es identificada con la serpiente que apareció en el huerto del Edén a nuestros primeros padres (**Gn 3:1**) (**2 Co 11:3**). De esta referencia se subraya su sutileza, capacidad de seducción, falsedad, sagacidad y astucia. Y también nos recuerda que su propósito siempre ha sido enemistar al hombre con Dios.
- *“Se llama diablo”*. Esta es una palabra tomada del griego que significa calumniador, acusador, difamador. Con este título se describe no sólo lo que es sino lo que hace. Su propósito es acusar a los hombres ante Dios, a Dios ante los hombres, y a los hombres ante otros hombres.
- *“Satanás”*. Esta es una palabra hebrea que significa adversario, contrincante, antagonista. Él es el mayor opositor de Dios y de los hombres.
- *“El cual engaña al mundo entero”*. El Señor Jesucristo dijo de él que era *“mentiroso y padre de mentira”* (**Jn 8:44**). Él seduce con mentiras a los hombres y los conduce a su destrucción. La mentira es su arma más eficaz. Y nuestro texto nos dice que de hecho él ha conseguido engañar al mundo entero. La sociedad entera yace bajo su perversa influencia (**1 Jn 5:19**). Empezó engañando a Adán y Eva en el huerto del Edén y seguirá haciéndolo hasta el fin de la historia humana (**Mt 24:24**) (**2 Ts 2:7-12**) (**Ap 20:7-8**).

La victoria de los creyentes sobre Satanás

(Ap 12:10-12) *“Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.”*

A continuación Juan escucha una gran voz en el cielo, que aunque no se identifica su origen, pronuncia un bello canto de adoración. Lo más probable es que tenga su origen en los santos vestidos de vestiduras blancas que alaban al Señor en el cielo.

El tema tiene que ver con la autoridad de Cristo y su reino: *“Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo”*. Ha llegado el momento en que el Señor va a reinar sobre todos los reinos de esta tierra tal como habían anunciado los profetas a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Pero no sólo va a reinar, también va a manifestar los plenos efectos de la salvación y la victoria que él ha conseguido para aquellos que creen en él.

Por lo tanto, la razón para esta alabanza es doble. En primer lugar los creyentes ven la proximidad de la venida del reino de Dios, algo que queda garantizado por la expulsión de Satanás y sus ángeles del cielo: *“porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche”*. Es cierto que no es la derrota final de Satanás, pero su expulsión del cielo indica que ya le queda poco tiempo **(Ap 12:12)**.

Y en segundo lugar, en el cielo se celebra la victoria de los creyentes frente a las acusaciones de Satanás: *“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”*. Satanás ha perdido la batalla, pero los creyentes reconocen que esta victoria se la deben al Cordero, quien por medio de su sangre les ha limpiado de todo pecado. De este modo todas las acusaciones de Satanás quedan anuladas. Este es el único fundamento de nuestra victoria sobre el maligno:

(1 Jn 4:4) *“Hijos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.”*

No hay manera de enfrentar las acusaciones de Satanás y evitar la culpa si no es descansando en la obra de la Cruz y en la sangre del Cordero.

Pero hablando de esta victoria de los creyentes sobre Satanás, este coro celestial añade una segunda razón: *“Ellos le han vencido por medio ...de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”*. Este testimonio tiene que ver con la confesión de su fe en Cristo, la cual les condujo a la muerte. Su testimonio fue perseverante y no se detuvo ni aun ante el martirio, sino que de buena gana pagaron el supremo precio por su lealtad a Cristo. De ninguna manera estaban dispuestos a poner su propia vida por delante de su lealtad a Cristo. Como soldados de Cristo estuvieron dispuestos a perder su propia vida a fin de conseguir la victoria sobre el diablo **(Mt 10:38-39) (Mr 8:35) (Jn 12:25)**.

El creyente sabe cuál es el precio que puede llegar a tener que pagar por ser fiel a Cristo. Y especialmente, cuando el anticristo se manifieste en este mundo, el sacrificio será la norma para todos los que confiesen a Cristo. Aun así, el verdadero creyente no se doblega frente a la persecución o las amenazas. Y no porque tenga poder en él mismo para resistir cualquier tipo de sufrimiento, sino por el poder de Dios que sostiene a los creyentes aun en los momentos más angustiosos.

Y este texto en Apocalipsis nos muestra que aunque las torturas, muertes o los martirios atroces pueden parecer derrotas, aquí se presentan como victorias sobre el enemigo. Y lo son porque demuestran que el diablo es un mentiroso y está equivocado. Recordemos cuando Satanás se presentó ante Dios para decirle que Job le servía sólo por los bienes que le daba. Entonces Dios permitió que Satanás le quitará a Job todas sus posesiones, incluso su propia familia, pero aun así, Job siguió adorando a Dios **(Job 1:6-22)**. Ante este primer fracaso, Satanás volvió a la carga afirmando que Job maldeciría a Dios si le quitaba la salud, pero nuevamente se demostró que estaba equivocado también en esto **(Job 2:1-10)**. El punto de vista de Satanás, y con el que ha engañado a millones de personas, es que no vale la pena servir a Dios, pero tanto Job, como estos mártires que se nos presentan aquí en Apocalipsis, estuvieron dispuestos a sellar con sus propias vidas que no hay nadie más grande que Dios, y que por servirle vale la pena hasta perder la vida. Por lo tanto, su martirio era un acto de adoración que cerraba la boca de Satanás y certificaba su victoria sobre él.

A continuación se hace un anuncio que causa alegría y gozo a unos y dolor y tristeza a otros: *“Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la*

tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”.

En primer lugar, la exhortación a regocijarse está relacionada con el hecho de que Satanás ya no tiene acceso al cielo para seguir acusando a los creyentes. Pero en segundo lugar, estas son malas noticias para los moradores de la tierra. El diablo sabe que tiene poco tiempo y viene a la tierra decidido a derramar su ira y a hacer tanto mal como pueda. En este sentido debemos notar que la expresión “*gran ira*” tiene la idea de “*arder o hervir de ira*”. Es como si el dragón fuera una olla hirviendo. Se percibe su furia incontrolada porque Dios ha impuesto limitaciones a su libertad de movimiento.

El dragón persigue a la mujer y al resto de su descendencia

(Ap 12:13-17) “Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca. Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.”

Dado que el dragón ya no tiene acceso al hijo varón de la mujer, el principal objetivo de su ira desde ese momento se dirige hacia el pueblo de Israel: “*Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón*”.

A través de los siglos los judíos han sufrido más odio y persecución que cualquier otro pueblo. Esto confirma lo que aquí se anuncia. Pero debemos notar que detrás de todo este sufrimiento está Satanás, él es el principal promotor. De algún modo, ya que no puede atacar directamente al hijo de la mujer, busca hacer daño al hijo a través de la mujer (**Hch 9:4**).

Pero Dios pondrá a salvo a la mujer: “*Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada*”.

En primer lugar apreciamos aquí una referencia a una metáfora que ya había sido usada en el pasado en relación al pueblo de Israel cuando fueron sacados de forma milagrosa de la esclavitud en Egipto:

(Ex 19:4) “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí.”

Y Dios promete que nuevamente llevará a su pueblo a un lugar seguro donde será cuidado por él durante tres años y medio: “*por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo*”. Esta será exactamente la duración de la segunda parte de la última semana, que como ya hemos visto anteriormente, tiene que ver con la gran tribulación que pasará Israel en el futuro.

Esta huida de los judíos ante las fuerzas de Satanás no es nada nuevo. En el sermón profético del Señor Jesucristo describió una situación similar. El dijo lo siguiente:

(Mt 24:15-22) “Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en

Judea, huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados.”

Ellos deberían estar listos para huir cuando vieran *“en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel”*. Esto tendrá que ver con el momento cuando el anticristo se siente en el templo de Dios haciéndose pasar por Dios.

En ese tiempo Dios intervendrá de forma sobrenatural para sustentar a su pueblo. Ya lo hizo con sus antepasados en el desierto cuando les dio el maná durante cuarenta años (**Ex 16:35**). Del mismo modo cuidó al profeta Elías cuando estuvo en el arroyo de Querit (**1 R 17:1-6**).

Pero cuando Satanás se percata de que la mujer está escapando de su alcance, arroja tras ella agua como un río con el fin de destruirla: *“Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca”*.

Tal vez podemos relacionarlo con lo que le ocurrió al pueblo de Israel cuando salió de Egipto. Entonces también se encontraron en un momento muy delicado porque llegaron a estar atrapados entre el ejército egipcio y el mar, pero Dios intervino para que las aguas del mar se abrieran y pudieran pasar. Ahora en Apocalipsis la referencia puede referirse a aguas literales, pero quizá debe entenderse como un símbolo de los ejércitos o las fuerzas del mal enviadas por el anticristo contra ellos. Por ejemplo, se usa de esa forma metafórica para referirse al ejército de Egipto (**Jer 46:7-8**), al ejército babilonio (**Jer 47:2-3**), o al rey de Asiria (**Is 8:7-8**).

Ante este nuevo fracaso, *“el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”*.

Satanás aparece nuevamente encolerizado, pero en esta ocasión dirige su furia contra un nuevo objetivo: *“el resto de la descendencia de ella”*. Podríamos pensar que se refiere al remanente fiel de Israel, a los ciento cuarenta y cuatro mil, pero seguramente sea más acertado identificarlo con todos aquellos que invocan el nombre del Señor Jesucristo. Fijémonos cómo son descritos: *“los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”*.

La expresión *“se fue a hacer guerra contra ellos”*, sugiere la enemistad de Satanás contra todos aquellos que obedecen a Dios. No soporta a aquellos que mantienen el testimonio de Cristo en medio del mundo. Implica también que habrá un grupo de creyentes que no serán protegidos junto a la mujer. Y en cuanto a la forma en la que les hace guerra podemos pensar en la persecución que será descrita en el próximo capítulo, cuando los creyentes sean privados de la posibilidad de comprar y vender si no tienen la marca de la bestia (**Ap 13:16-17**).

Las dos bestias (Ap 13:1-18)

Introducción

En el capítulo anterior vimos que *“el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Ap 12:9)*. Él sabe *“que tiene poco tiempo”*, así que se esfuerza por hacer todo el daño posible en la tierra. Es entonces cuando toma la iniciativa de delegar su poder en las dos bestias que nos encontramos en este capítulo.

También en el capítulo 12 habíamos visto que el dragón perseguía a la mujer, símbolo de Israel, y también a la descendencia de ella, seguidores fieles del Señor Jesucristo tanto judíos como gentiles. Ahora, en este capítulo, nos va a explicar con detalle cómo se lleva a cabo esta persecución.

Todo esto nos revela con claridad que en los últimos días habrá un poderoso despliegue de todos los poderes diabólicos sobre este mundo. Nosotros normalmente relacionamos todo esto con la figura del anticristo, aunque como veremos, Apocalipsis no se refiere a él de esta manera, y de hecho, nos presenta no a uno, sino a tres personajes diabólicos. Por un lado ya hemos tenido ocasión de ver al *“gran dragón”*, que no es otro que el mismo Satanás. Pero ahora encontramos que él delega su autoridad en dos bestias, una que surge del mar (**Ap 13:1**) y otra que sube de la tierra (**Ap 13:11**).

La primera bestia, la que surge del mar, es descrita en otras partes de la Biblia como *“el hijo de perdición”*, *“el hombre de pecado”*, o el *“inícuo”*. A su lado aparecerá otra bestia que subirá de la tierra y que actuará como una especie de *“ministro de propaganda”* de la primera bestia, y más adelante será descrito como el *“falso profeta” (Ap 16:13) (Ap 19:20) (Ap 20:10)*. Por lo tanto, este capítulo sirve para hacer una presentación de ellos y también de sus actividades.

Pero antes de que entremos a analizar los detalles, es importante que notemos lo que el apóstol Pablo dijo acerca de esta primera bestia:

(2 Ts 2:8-12) “Y entonces se manifestará aquel inícuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inícuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.”

Lo que aquí se nos dice es que ese personaje vendrá por obra de Satanás y manifestará un gran poder que se hará visible por medio de señales y prodigios mentirosos. No cabe duda de que se presentará como un líder fuerte y carismático que ofrecerá soluciones efectivas para una sociedad que agonizará en medio del caos que prevalecerá durante la gran tribulación. Él traerá unidad a las naciones y un sentimiento de seguridad a sus desesperados habitantes. Será un líder populista que ofrecerá soluciones mágicas en el ámbito económico, político y social a un mundo desanimado y sumido en innumerables conflictos de todo tipo.

Vivimos en *“una aldea global”* y tenemos problemas globales. En esta nueva situación, cada vez hay más personas que piensan que tenemos que buscar un gobernante en el

que cada nación ceda poder para que solucione nuestros crecientes problemas de seguridad y también económicos.

Ahora bien, fijémonos en que la Biblia afirma que esa bestia será creída y seguida por la mayoría de este mundo. Y el apóstol nos da la razón de esta conducta: porque *“no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”*. Esto quiere decir que aquellas personas que rechazan la verdad del evangelio quedan a merced del poder de Satanás.

La presentación de la bestia que sube del mar

(Ap 13:1-2) *“Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad.”*

Otras traducciones comienzan este capítulo diciendo *“se paró”*, en alusión al gran dragón que estaba furioso porque no había podido acabar con la mujer ni su descendencia. Fue entonces cuando Juan vio aparecer progresivamente a una bestia que salía del agua.

I. La procedencia de la bestia

La idea parece ser que fue emergiendo del agua poco a poco. Ahora bien, se ha debatido mucho la cuestión de dónde va a surgir realmente esta bestia. Y seguramente no hay una sola respuesta a esta pregunta. Veamos algunas alternativas.

- En primer lugar, en cuanto a su origen espiritual, debemos notar lo que ya dijo el apóstol Pablo, que su *“advenimiento es por obra de Satanás”* (**2 Ts 2:9**).
- En otro sentido, vemos que se nos dice que la bestia sube del mar, y podemos pensar que una vez más este detalle tiene un valor simbólico. En el capítulo 17 veremos que la gran ramera estaba *“sentada sobre muchas aguas”* (**Ap 17:1**), y el mismo texto nos aclara que esas *“aguas”* simbolizan *“pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”* (**Ap 17:15**). También el profeta Isaías se refirió a las naciones enemigas de Israel como *“multitud de muchos pueblos que harán ruido como estruendo del mar, y murmullo de naciones que harán alboroto como bramido de muchas naciones. Los pueblos harán estrépito como ruido de muchas aguas”* (**Is 17:12-13**). Y más adelante vuelve a usar la misma metáfora: *“los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo”* (**Is 57:20**). Por lo tanto, desde esta perspectiva, la bestia surgirá de en medio del mar que simbolizaría a las naciones impías.
- Pero por otro lado, es importante notar también que esta bestia ya ha sido presentada anteriormente en el libro de Apocalipsis. Era ella la que hizo guerra contra los dos testigos de Dios y los mató (**Ap 11:7**). Y allí se nos dice que esta bestia *“sube del abismo”*, que es el mismo lugar de donde salió un ejército de langostas satánicas que durante cinco meses atormentaron a los hombres de la tierra (**Ap 9:1-6**). Y si establecemos una conexión entre ambos pasajes, podemos concluir que esta nueva bestia procede del mismo lugar que las anteriores, y su propósito va a ser similar; destruir a los hombres.
- Y por último, debemos recordar también la visión que el profeta Daniel recibió de Dios y en la que se le reveló el curso que seguiría la historia de los reinos gentiles hasta la aparición del Mesías. Y es interesante notar que del último imperio gentil

aparecería *“un cuerno pequeño”* que surgiría de entre diez cuernos que estarían antes que él (**Dn 7:7-8**). Este cuerno pequeño representaba a una persona, ya que *“tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas”*. Un poco más adelante Daniel recibe la interpretación de estos detalles y Dios le muestra que los diez cuernos primeros representan a diez reyes, y que el cuerno pequeño será otro rey, diferente a los primeros y que cuando surja derribará a tres de los primeros (**Dn 7:23-27**). Cuando leemos el pasaje entero, no hay duda de que este rey o *“cuerno pequeño”*, es la misma bestia que encontramos en nuestro pasaje de Apocalipsis. Así pues, desde esta otra perspectiva, la bestia será un rey que surgirá al final de los tiempos y que aparecerá en el contexto de un gran imperio gobernado por diez reyes, y que se abrirá paso destruyendo a tres de ellos y sometiendo al resto.

Evidentemente, no tenemos que elegir una de estas opciones, puesto que todas ellas son complementarias.

2. El carácter de la bestia

Aunque en último término lo que nos vamos a encontrar aquí es una persona, sin embargo, es presentada como *“una bestia”*. Y la finalidad del autor inspirado es clara; quiere que entendamos que detrás de su apariencia humana hay un ser diabólico, carente de cualquier sentimiento de compasión y con un orgullo que excede los límites de lo humano. Ya hemos tenido ocasión de ver algo de su carácter cuando mató a los dos testigos de Dios y los exhibió públicamente en la plaza de Jerusalén por tres días para regocijo de los moradores de la tierra (**Ap 11:7-10**).

Automáticamente, esta persona que es descrita aquí como una *“bestia salvaje”*, pone en evidencia la gran diferencia que hay con el Señor Jesucristo, que como recordamos, fue presentado al comienzo del libro como *“un cordero”*. Es difícil pensar en un contraste mayor.

En cuanto a la descripción de esta bestia Juan nos dice *“que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león”* (**Ap 13:1-2**).

Empecemos por notar la relación que esta bestia tiene con las bestias que contempló el profeta Daniel en su visión (**Dn 7:2-8**). El profeta vio una sucesión de bestias terribles; primero un león, luego un oso y también un leopardo. Inmediatamente nos damos cuenta de que la bestia descrita en Apocalipsis es una combinación de estas tres bestias descritas por Daniel. Podríamos decir que combinaba todos los horrores distribuidos en ellas para crear una bestia difícil de imaginar y que concentraba las características de todos sus predecesores.

Ahora bien, esto adquiere mayor significado cuando nos damos cuenta de que esas bestias representaban a los grandes imperios gentiles que se iban a suceder desde que el último rey de la dinastía de David perdió el trono de Israel hasta la segunda venida de Cristo, el heredero legítimo de ese trono y quien lo convertirá en un trono eterno, tal como se le reveló al mismo David (**2 S 7**). Ese período es conocido como *“los tiempos de los gentiles”* (**Lc 21:24**).

A Daniel se le presentaron cuatro imperios que se sucederían en el tiempo: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Y aunque algunas veces podemos pensar en la gloria y esplendor que cada uno de estos imperios alcanzó, lo cierto es que se caracterizaron por su brutalidad y crueldad. Con razón fueron descritos como bestias salvajes. Y la bestia satánica que ahora se nos presenta en Apocalipsis concentraría toda esa fiereza y poder implacable que ya se vio en los antiguos imperios.

Por lo tanto, esta bestia representa a un rey, aunque también a un imperio, que tratará de establecer su propio reino en este mundo, en clara oposición con el reino de Cristo.

3. Sus características

Notemos también algunas de las características de esta bestia: *“tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo”*.

En primer lugar nos damos cuenta que tenía la misma apariencia que el dragón que vimos en el capítulo anterior (**Ap 12:3**): *“he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas”*. Y aunque es cierto que el dragón tenía las diademas sobre sus cabezas y la bestia las tiene en sus cuernos, no obstante, la relación entre ambos seres está fuera de toda duda, y queda claro que la bestia que aparecerá en la tierra no será otra cosa que una especie de retrato del mismo Satanás. Y si bien el dragón queda en un segundo plano mientras la bestia actúa, en último término, el propósito de la bestia es dirigir las miradas de los hombres hacia Satanás para que todos lo adoren como su dios.

Por otra parte, la unión de todos estos símbolos con los que es descrita esta bestia (cabezas, cuernos, diademas) nos sugiere a un poderoso gobernante internacional que tendrá pretensiones divinas.

Ahora bien, es cierto que a lo largo de la historia no han faltado gobernadores arrogantes que podríamos relacionar con esta terrible bestia; hombres que se han exaltado a sí mismos hasta el punto de creerse iguales a Dios. La Biblia recoge algunos de estos casos: varios reyes de Babilonia (**Is 14:12-14**) (**Dn 3:5**), y de Tiro (**Ez 28:2,9**), Faraón (**Ez 29:3**) o Antíoco IV Epífanes (**Dn 11:36-37**). Y fuera de la revelación bíblica también podemos señalar a algunos emperadores romanos como Gayo, Calígula, Nerón o Domiciano que hicieron que sus súbditos los trataran como si fueran dioses. Ellos también pusieron *“sobre sus cabezas un nombre blasfemo”* (**Ap 13:1**). Nerón, por ejemplo, exigía ser saludado como “el eterno”, y en sus monedas se llamaba a sí mismo “el salvador del mundo”. Domiciano exigía a sus vasallos que se dirigieran a él como “nuestro Señor y dios” y se les exigía que dieran culto divino a su emperador. No obstante, aunque todos estos personajes han encajado en alguna medida con el patrón que tanto Daniel como Apocalipsis nos presentan de la bestia, sin embargo, estas profecías no han encontrado todavía su cumplimiento final y definitivo. Recordemos que esta bestia aparecerá en la escena mundial en el último tiempo y será destruida por la venida en gloria del Señor (**Dn 7:21-22**) (**Ap 19:11-20**).

4. El origen de su poder

Sin duda, el aspecto de esta bestia es terrible, pero lo que realmente lo hace un enemigo altamente peligroso es el hecho de que *“el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad”*. Nos encontramos ante un ser que encarna al mismo Satanás. De algún modo, la afinidad entre el dragón y la bestia pretende imitar la relación íntima y eterna entre el Padre y el Hijo. Así que, del mismo modo que el Hijo es uno con el Padre y comparten el mismo trono (**Ap 3:21**), también la bestia comparte el trono con el dragón (**Ap 13:2**).

Probablemente esta bestia se trate de un hombre que aceptará la misma proposición que Satanás hizo a nuestro Señor Jesucristo, y que él, por supuesto, rechazó:

(Mt 4:8-10) “Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adores. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.”

En cierto sentido es verdad que todo el mundo está bajo el control del maligno (**1 Jn 5:19**), y aquí vemos que en el tiempo final ejercerá su control sobre él por medio de la bestia.

No obstante, aunque desde la perspectiva de Dios este personaje será una “bestia”, no quiere decir que los hombres lo vean como tal. Recordemos que tanto Daniel como Nabucodonosor tuvieron su propia visión sobre el futuro de los reinos de este mundo, y mientras que para el rey Nabucodonosor esos reinos eran representados por una hermosa estatua de materiales preciosos, para el profeta de Dios eran vistos como bestias salvajes y destructivas.

Y no cabe duda de que los hombres incrédulos de este mundo verán a esta bestia como un hombre que poseerá el talento y el carisma de los grandes conquistadores del pasado. Además, no debemos olvidar que junto a su atractiva personalidad poseerá también el poder de hacer milagros que fascinarán a todo el mundo. No es difícil imaginar que el mundo lo vea como su salvador y ponga en él sus esperanzas.

La bestia herida de muerte que fue sanada

(Ap 13:3-4) *“Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?”*

I. La bestia cautiva el corazón de los hombres

Aunque no se nos dan más detalles, el texto nos dice que esta bestia fue herida de muerte. Más adelante veremos que su herida fue producida por una espada (**Ap 13:14**), pero desconocemos las circunstancias en las que esto pudo ocurrir. Esto se debe a que el interés de Juan no está en cómo se produjo la herida, sino en el hecho de que una herida, que al parecer era mortal, fue sanada, aparentemente de manera milagrosa.

Es interesante notar que la expresión traducida “como herida de muerte” es la misma que se usó anteriormente en relación al Cordero que fue presentado “como inmolado” en (**Ap 5:6**). No hay duda de que Satanás intentará plagiar al verdadero Mesías, haciendo un esfuerzo por simular su muerte y resurrección.

Y aunque el texto no dice que llegara a morir, no cabe duda de que su sorprendente recuperación ayudará a la bestia a consolidar su dominio sobre el mundo. Si había algunos que dudaban, seguramente al verla herida y más tarde sanada, dejarán de oponer resistencia a su control. Será el momento en que su popularidad alcance proporciones sorprendentes. Recordemos que con los sellos y las trompetas la muerte se extenderá por el mundo a una escala sin precedentes, y cuando la bestia se presente como aparentemente invulnerable a sus efectos, conseguirá conquistar al mundo, que probablemente vean en ella su única esperanza.

Todo esto no deja de sorprendernos. Cuando el verdadero Cristo vino al mundo todos gritaron a una voz que le crucificaran, pero cuando se presente este gran impostor todos querrán coronarlo. Los hombres se negaron a creer en la auténtica resurrección de Cristo, sin embargo darán crédito a este engañador. Pero lo más grave de todo este asunto es que la restauración de la bestia no puede traer salvación al mundo, sino que sólo servirá para que aumente su poder y control sobre este mundo y pueda acabar libremente con cualquiera que se le oponga. En cambio, la muerte y resurrección de Cristo, ofrece al hombre pecador perdón y vida eterna.

Pero nada de todo esto debe extrañarnos, puesto que tanto el Señor Jesucristo ya nos advirtió que esto iba a ocurrir:

(Jn 5:43) *“Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis.”*

2. El verdadero propósito de la bestia

El interés de la bestia no será el de dar vida a los hombres, sino conseguir que todos adoren a Satanás. Veamos cuál fue el resultado de esta sanidad: *“y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia”*.

Por fin Satanás conseguirá lo que siempre había deseado, esto es, que los hombres le adoren públicamente. Se sentirá satisfecho cuando escuche a los hombres aclamarle *“diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?”*. El mundo pensará que la bestia es invencible y que podrá derrotar a cualquier enemigo que se enfrente a ella. No serán cautivados por su grandeza moral, sino por su fuerza bruta.

Pero aunque los hombres crean que la bestia es invencible, la pregunta formulada aquí: *“¿quién podrá luchar contra ella?”*, será contestada unos capítulos más adelante, cuando el auténtico Rey de reyes y Señor de señores se presente en este mundo para tomar el reino que legítimamente sólo le corresponde a él y lance a la bestia al lago de fuego y azufre (**Ap 19:19-20**).

Y en cuanto a los gritos de la humanidad rebelde, no cabe duda de que son un claro ataque y una forma de expresar su oposición contra la verdad revelada en la Palabra acerca de Dios:

(Ex 15:11) *“¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?”*

El asunto de a quién adoramos se reviste de una tremenda importancia en toda la Biblia, pero especialmente en el libro de Apocalipsis. No hay duda de que el hombre ha sido diseñado para rendirse y adorar a un Dios absoluto, pero cuando se rechaza al auténtico Dios, sólo quedan impostores que de ninguna manera podrán satisfacer las expectativas del corazón humano. Además, como veremos a lo largo de Apocalipsis, a quién rendimos nuestra lealtad tendrá para cada hombre consecuencias eternas.

La bestia contra Dios

(Ap 13:5-7) *“También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación.”*

I. La bestia blasfema contra Dios

Una de las prioridades de la bestia será la de desacreditar a Dios. Como su amo Satanás, la bestia será también blasfema y arrogante. No dejará de hablar mal de Dios. En realidad, lo que pretende de este modo es ocupar el lugar de Dios (**2 Ts 2:4**). Y no cabe duda de que esto será del agrado de los hombres rebeldes e incrédulos, quienes ya en estos días manifiestan actitudes similares.

En todo esto, este pasaje de Apocalipsis nos recuerda nuevamente al *“cuerno pequeño”* del que profetizó Daniel, el cual hablaba grandes cosas contra el Altísimo.

2. Dios pone límite a la actuación de la bestia

Al igual que al “cuerno pequeño” del que profetizó Daniel, también la bestia de Apocalipsis es limitada por Dios en cuanto al período durante el cual podrá ejercer su poder. En ambos casos se trata de tres años y medio, que en Daniel equivalen a “*tiempo, y tiempos, y medio tiempo*” (Dn 7:24-25); y en Apocalipsis a “*cuarenta y dos meses*” (Ap 13:5).

Este período de tiempo es justo la mitad de la última semana de años de la que también habló el profeta Daniel y que nosotros conocemos como “la gran tribulación”. Veamos lo que profetizó Daniel:

(Dn 9:27) “Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador.”

Estos detalles no los debemos pasar por alto, puesto que nos muestran que la bestia siempre estará bajo el control de Dios. Esto confirma la soberanía de Dios, pero también nos trae consuelo, especialmente en aquellos momentos en los que los creyentes se encuentran bajo pruebas y sufrimientos. Es importante recordar que Dios está en el control y ha puesto límite a todos ellos. Recordemos las palabras del apóstol Pedro: “*aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas*” (1 P 1:6). Siempre es por un “*poco de tiempo*”, y es así porque Dios pone límite a todas ellas.

3. La bestia blasfemia contra Dios, su tabernáculo y los que moran en el cielo

Las desafiantes blasfemias de la bestia son dirigidas principalmente “*contra Dios*” y “*su nombre*”, pero también pronuncia palabras injuriosas contra “*su tabernáculo*” y “*los que moran en el cielo*”. En definitiva, su odio es contra Dios y contra todos aquellos que están de su parte tanto en la tierra como en el cielo.

Notemos que blasfemar contra el tabernáculo de Dios, es decir, la morada de Dios en la que se encontraba con su pueblo en esta tierra. Por esa razón el tabernáculo fue conocido en el Antiguo Testamento como “*el tabernáculo de reunión*” (Ex 33:7).

Por otro lado, “*los que moran en el cielo*” pueden incluir a los hombres redimidos que ya están en el cielo alabando a Dios y dando testimonio de su gracia, pero también puede referirse a los ángeles que sirven a Dios y que encabezados por Miguel causaron la expulsión de Satanás del cielo (Ap 12:7-9).

En todo caso, no hay duda de que lo que mueve a la bestia es la envidia. Tanto la bestia como el dragón tienen envidia de Dios y por esa causa profieren palabras injuriosas contra él. En el fondo de su ser lo que realmente ambicionan es sentarse en el templo de Dios ocupando su lugar. Y esto es lo que la bestia hará cuando llegue al apogeo de su carrera:

(2 Ts 2:3-4) “Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.”

4. La bestia hace guerra contra los santos y los vence

En esto vemos una vez más la relación existente entre el “cuerno pequeño” del que habló el profeta Daniel y la bestia de Apocalipsis. No hay duda de que se trata de una misma persona. Veamos que en ambas profecías persiguen a los santos y los vencen:

(Dn 7:21) “Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía”

Pero en todo caso, debemos notar que la bestia nada podría contra los creyentes si no le fuere “*permitido*”. Aun en el terrible periodo de la gran tribulación, cuando Satanás estará especialmente activo sobre este mundo, todavía estará bajo el control soberano de Dios.

En cuanto al asunto de que la bestia haga guerra contra los santos, vemos que se trata de la continuación de la obra del dragón, quien también hizo “*guerra contra el resto de la descendencia de la mujer, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo*” (Ap 12:17).

Es probable que antes de que tenga lugar la gran tribulación, la iglesia haya sido arrebatada al cielo, pero también es posible que la iglesia tenga que pasar por ella. Cualquiera que sea nuestra postura sobre este tema, debemos observar que aquí la bestia hace guerra contra los creyentes. Es cierto que puede tratarse de personas que se conviertan a raíz del arrebatamiento, pero puede ser también una referencia a la iglesia.

En todo caso nos llama la atención que la bestia no sólo hará guerra contra los santos, sino que también los vencerá. Pero, ¿cómo los vencerá? ¿En qué consistirá su victoria? Todo parece indicar que los matará, tal como hizo con los dos fieles testigos de Dios: “*cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará*” (Ap 11:7). Triunfará sobre ellos físicamente, pero no espiritualmente. La bestia no tiene argumentos para poder destruir la fe de los creyentes, contra ellos sólo puede usar la violencia, lo que manifiesta la ausencia de razones.

Esto nos lleva a considerar que el testimonio de los creyentes en ese tiempo será sellado con su propia vida. Es verdad que a los creyentes nos gusta pensar que el arrebatamiento de la iglesia tendrá lugar antes de la gran tribulación, y que por lo tanto nada de todo esto tendrá que ver con nosotros, pero si por alguna razón esto no fuera así, debemos preguntarnos urgentemente si la iglesia de Cristo del siglo XXI está lista para atravesar un período de sufrimiento y prueba de esta magnitud. Lo cierto es que muchos creyentes en diferentes partes del mundo ya están pagando en el presente un precio así con gozo, pero no parece que la iglesia que se encuentra en países que gozan de libertad y comodidad esté preparada de la misma manera.

En este sentido recordamos la experiencia de un misionero norteamericano que quedó desconcertado por el vibrante testimonio de un cristiano iraní que le dijo: “Para un creyente aquí es una vergüenza morir por causas naturales”. Todo esto nos debe hacer reflexionar a muchos de nosotros.

Ahora bien, ¿por qué permite Dios que sus santos sufran y sean vencidos? Bueno, en primer lugar, no debe sorprendernos que los creyentes seamos perseguidos. El Señor Jesucristo nos lo advirtió y debemos estar preparados para ello: “*El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán*” (Jn 15:20). Y en segundo lugar, esto proporcionará una última oportunidad a muchos para conocer el evangelio de Jesucristo. De esto también habló el Señor Jesucristo: “*os entregarán a los concilios, y en las sinagogas os azotarán; y delante de gobernadores y de reyes os llevarán por causa de mí, para testimonio a ellos*” (Mr 13:9).

5. La bestia alcanza autoridad sobre las naciones

En medio de la tribulación, y como consecuencia de su campaña de desprestigio contra Dios y su guerra contra los creyentes, llegará a conseguir un dominio de alcance mundial: “*También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación*”. La bestia se erigirá como un todopoderoso gobernante mundial. De ese modo logrará unificar la

política mundial y hacer creer a los hombres que puede conseguir solucionar los graves conflictos que este mundo enfrenta.

Pero como nuestro texto enfatiza, esta autoridad por la que llegará a tener un dominio mayor del que ningún ser humano haya jamás recibido, le será dada por Dios. De este modo la bestia usurpará el reino que legítimamente le corresponde sólo a Cristo (**Ap 14:6-7**). Será el último reino anti-Dios que este mundo conocerá.

La bestia es adorada

(Ap 13:8) “Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.”

El gobierno mundial de la bestia logrará crear tal grado de entusiasmo entre las personas que se rendirán ante ella en adoración. Bueno, todos no, sólo aquellos que no han querido creer en Dios. Finalmente no hay más opciones; o adoramos a Dios o adoramos a Satanás; o creemos la verdad o seremos seducidos por la mentira. No hay terreno intermedio. Los que rechazan la verdad sólo les quedará la opción de abrazar la mentira (**2 Ts 2:8-12**).

La bestia será tan persuasiva que conseguirá la admiración del mundo. Sólo los creyentes serán guardados de la seducción engañosa de la bestia y se negarán a rendirle su adoración, lo que sin duda despertará su ira contra ellos.

Notemos que los creyentes son descritos aquí como los que están escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado. La vida del creyente le viene del Cordero que fue inmolado, no hay otro medio.

El texto dice que el Cordero *“fue inmolado desde el principio del mundo”*, lo que destaca el propósito eterno de Dios de salvar a los hombres. El apóstol Pedro expresó bien estas dos ideas:

(1 P 1:18-20) “Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros”

Una exhortación a oír

(Ap 13:9) “Si alguno tiene oído, oiga.”

El hecho de que el deseo de Dios desde la eternidad ha sido siempre la salvación de todos los hombres, y que a tal fin haya preparado un sacrificio perfecto, no anula la responsabilidad del hombre, que debe prestar atención a lo que Dios dice y tiene que tomar al respecto una decisión consciente y responsable de consecuencias eternas.

La frase usada aquí: *“Si alguno tiene oído, oiga”*, fue empleada en repetidas ocasiones por el Señor Jesucristo en los evangelios. Y en este contexto constituye un llamamiento a oír con miras a obedecer y ser fieles aun en medio de las dificultades de la gran tribulación. Es un llamado a resistir en la fe y a no ceder ante el opresor.

Pero no sólo los creyentes deben oír, también deben hacerlo los incrédulos. Ellos también son responsables de sus actitudes y hechos, tal como vamos a ver a continuación:

(Ap 13:10) *“Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos.”*

La primera parte de este versículo nos habla de la justa retribución que Dios dará finalmente a cada persona en función de sus obras. Los creyentes pueden ser llevados en cautividad o ser muertos a espada, y deben estar preparados para estas dos formas de persecución que la bestia ejercerá sobre los creyentes durante la gran tribulación, pero finalmente quienes hagan esto con ellos recibirán una justa retribución.

Y la segunda parte del versículo es una exhortación a los santos para que dependan enteramente de la providencia de Dios y no traten de resolver las cosas por sus propios medios. No hay lugar para la violencia o la venganza en los creyentes. Es una contradicción defender el evangelio del amor de Dios usando la violencia. El apóstol Pedro resumió muy bien cuál debe ser la actitud de los creyentes que sufren injustamente:

(1 P 4:19) *“De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.”*

Y tenemos también el ejemplo supremo de Cristo:

(1 P 2:21-23) *“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente.”*

Esto puede parecer una actitud débil y de perdedores, pero lo cierto es que lo fácil es responder con agresividad cuando somos maltratados. Para lo que se requiere un poder sobrehumano es para poner la otra mejilla cuando somos golpeados y esperar al justo juicio de Dios **(Ro 12:19)**.

En todo caso, este versículo contiene una palabra de gran consuelo para aquellos que sufren cualquier injusticia, y especialmente para aquellos que pasen por la gran tribulación. Los hombres no podrán eludir indefinidamente las consecuencias de sus propios actos porque finalmente Dios hará justicia en el momento oportuno y ninguna causa quedará pendiente. El mal no puede triunfar ni Dios ser burlado:

(Ga 6:7) *“No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.”*

Es importante escuchar la exhortación a oír con atención y tomar las actitudes correctas, porque cada cosa que hacemos será juzgada. Y no lo olvidemos; el castigo por el pecado será eterno. Démonos cuenta de que cuando aquí dice que los que llevan en cautividad a otros ellos también serán llevados en cautividad, esto quiere decir que el cautiverio de estos últimos tendrá lugar en el lago de fuego y azufre que arde eternamente, donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga **(Mr 9:44-48)**.

La bestia que subía de la tierra

(Ap 13:11-14) *“Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra con*

las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió.”

1. La identidad de la segunda bestia

La primera bestia que subió del mar va a ser ayudada en su diabólica misión por otra bestia que subirá de la tierra. El origen terreno de esta segunda bestia parece que la hace menos misteriosa que la primera, aunque no menos dañina. Seguramente el hecho de que proceda de la tierra quiere dar a entender que será un personaje que surgirá de entre la gente ordinaria.

El libro de Apocalipsis se refiere a esta segunda bestia como *“el falso profeta”* (**Ap 16:13**) (**Ap 19:20**) (**Ap 20:10**), lo que nos da una idea precisa de su carácter y cometido. En nuestro lenguaje moderno diríamos que actuará como un ministro de propaganda de la primera bestia, que intentará convencer al mundo de su grandeza, animando a todos para que pongan en ella su confianza como única vía posible de salvación. En este sentido la primera bestia se servirá de ella del mismo modo que los reyes de la antigüedad lo hacían con los falsos profetas que tenían bajo su control.

Por otro lado observamos que se trata de un personaje religioso, que por medio de grandes señales conseguirá convencer a todos para que adoren la imagen de la primera bestia. Su meta fundamental no es atraer a los hombres hacia una nueva religión, sino hacia la persona de la bestia, a fin de que todos lo consideren como un ser divino.

Pero como pronto veremos, esta segunda bestia no sólo se dedicará a convencer a las personas, también ejercerá un férreo control económico dentro del estado, de tal manera que no puedan comprar o vender a menos que previamente hayan aceptado ser sellados por ella.

2. La trinidad diabólica

Por lo tanto, con la aparición de esta última bestia se completa el triunvirato de iniquidad formado por el dragón (Satanás), la bestia que surge del mar (el anticristo), y el falso profeta (la bestia que sube de la tierra).

De este modo, Satanás vuelve a intentar imitar a Dios creando su propia trinidad diabólica. El dragón queriéndose hacer pasar por el Padre, la bestia del mar ocupando el lugar de Cristo, y la bestia de la tierra imitando la labor del Espíritu Santo.

3. La hipocresía del falso profeta

Juan observa que aunque *“tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero”*, sin embargo *“hablaba como dragón”* (**Ap 13:11**).

Seguramente esto quiere decir que intentará imitar al Cordero de Dios, pero en la dureza y maldad de sus palabras se percibía con claridad su origen diabólico. A pesar de parecer bastante inofensivo, no podrá ocultar su verdadera naturaleza y al servicio de quién está. Todas sus palabras, aunque sutiles y suaves, se basarán en los dictados del dragón y la bestia.

Esta hipocresía y falsedad había sido típica de todos los falsos profetas del pasado. El Señor Jesucristo nos advirtió sobre ellos:

(Mt 7:15) “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.”

Y el apóstol Pablo dijo que era una característica de los siervos de Satanás:

(2 Co 11:13-15) *“Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras.”*

4. La fuente de autoridad del falso profeta

Notemos la progresión de la autoridad delegada. Primero estaría el dragón, quien tiene que actuar bajo el control y autoridad de Dios. El da su autoridad a la bestia que sube del mar (**Ap 13:2**), y ésta a su vez da de su autoridad al falso profeta: *“Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella”*.

5. La misión del falso profeta y los medios para cumplirla

El falso profeta no tratará de hacer creer a los hombres que no hay Dios, sino que empleará todos sus recursos para convencer a los hombres de que la autoridad final de este mundo es de la bestia, a fin de que todos la adoren: *“Y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada”* (**Ap 13:12**).

Uno de los argumentos principales usados por el falso profeta será recordar a todos que la herida mortal de la bestia había sido sanada de forma milagrosa. De esta manera intentará que del mismo modo que los creyentes adoran a Cristo por su muerte y resurrección, así adoren a la bestia por la sanidad de su herida.

En todo esto imitará también la labor del Espíritu Santo, quien no se glorifica a sí mismo, sino que busca que todos los hombres miren a Cristo (**Jn 16:13-14**). En su lugar, el falso profeta usará toda su capacidad persuasiva para que el mundo glorifique a la bestia.

Como vemos, Satanás intenta plagiar lo que Dios ha hecho por medio de Jesucristo y lo que sigue haciendo por su Espíritu Santo. Pero lo más triste del asunto es que la humanidad de los últimos tiempos preferirá adorar a la bestia en lugar de acudir al verdadero Mesías.

Como parte de su programa propagandístico *“también hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres”*. Y esto nos recuerda que no siempre que ocurre un milagro eso quiere decir que Dios está actuando. No olvidemos a los hechiceros de Faraón que por medio de encantamientos diabólicos lograron por algún tiempo imitar los milagros que Moisés hacía en el nombre de Dios (**Ex 7:11**) (**Ex 7:22**) (**Ex 8:7**). Y debemos tener especial cuidado con esto, porque del mismo modo que los hechiceros de Faraón imitaron los milagros de Moisés, el falso profeta también hará descender fuego del cielo como hizo el profeta Elías (**1 R 18:36-38**) (**2 R 1:10-12**).

Tal vez sea mucho imaginar, pero es curioso que el tipo de milagro elegido por el falso profeta sea uno por el que el profeta Elías era recordado entre los judíos (**Lc 9:54**). Nos preguntamos si tal vez con esto pretendía ser reconocido como el profeta Elías que había de venir precediendo la venida del Señor a establecer su reino en este mundo (**Mal 4:5**).

Como vemos, el falso profeta es muy sofisticado en su forma de actuar y fácilmente logrará engañar al mundo. Pero los creyentes debemos estar en guardia, recordando la advertencia del Señor, sabiendo que nosotros también podemos ser engañados si no estamos atentos a la Palabra de Dios:

(Mt 24:24) *“Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.”*

Y una de las evidencias que tenemos en la Palabra para saber si un profeta es falso la encontramos en:

(Dt 13:1-3) *“Cuando se levantara en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciare señal o prodigios, y si se cumpliera la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma.”*

Vemos aquí que si un profeta se levantara haciendo señales y maravillas a fin de inducir a la gente para seguir a otros dioses debía ser rechazado. Y este es el caso concreto del falso profeta, puesto que su fin es llevar a las personas a la adoración de la imagen de la bestia: *“mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió”*.

Otro de los pecados condenados por la ley de Dios era la idolatría. Quedaba totalmente prohibido hacer imágenes y adorarlas:

(Ex 20:4-5) *“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen.”*

Y aquí vemos que el falso profeta promueve la creación de una imagen de la bestia con el fin de que todos la adoren. Esto nos recuerda la construcción de la imagen que hizo Nabucodonosor y su exigencia de que todos la adorasen (**Dn 3:1-6**). Sería interesante leer todo ese capítulo de Daniel para ver cuál debería ser la actitud de los verdaderos creyentes ante una exigencia así. Aunque lo más importante ahora es notar que el período que conocemos como *“los tiempos de los gentiles”* comenzó con la adoración obligada de la imagen que representaba el poder y la majestad del gobernante del primer gran imperio mundial de los descritos en (**Dn 2:36-43**), y que ese período concluirá también con la obligación de adorar a la imagen de la bestia, el último gobernante mundial de *“los tiempos de los gentiles”*.

En cuanto al lugar en el que esta imagen de la bestia será levantada, no se nos dice expresamente, pero tal vez, como un acto de provocación más, sea colocada en el templo en Jerusalén. En (**2 Ts 2:4**) leemos que el hombre de pecado se sentará en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. Y quizá con el fin de perpetuar su presencia allí haga colocar en ese lugar su imagen. Tal vez a esto se refiera la *“abominación desoladora”* de la que habla el profeta Daniel (**Dn 11:31**).

6. Los métodos violentos del falso profeta contra los que no adoren a la bestia

(Ap 13:15-17) *“Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase. Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.”*

Otro de los milagros con los que el falso profeta sorprenderá a los hombres consistirá en *“infundir aliento a la imagen de la bestia para que la imagen hable”*. Ya sabemos que el dar *“aliento de vida”* es uno de los atributos del Dios Creador, y aquí parece que este falso profeta intenta imitarle haciendo un milagro que nunca antes había sido visto en este

mundo desde la creación del hombre (**Gn 2:7**). Aunque lo que finalmente crea no es un hombre, sino una burda falsificación diabólica de él.

Ahora bien, esta imagen hablará para condenar a la muerte a todo aquel que no la adore. Por lo tanto, además de hablar, tendrá también capacidad de discernir actitudes, leer pensamientos y dar órdenes. Esta imagen idolátrica de la bestia será completamente diferente a cualquier otro ídolo que se haya conocido en la historia de la humanidad. Ya sabemos que los ídolos aunque tienen boca son incapaces de hablar (**Sal 115:5**) (**Sal 135:15-17**), pero este ídolo diabólico será distinto y tendrá una capacidad increíble para engañar a los hombres.

Como parte del programa totalitario de la bestia, impondrá que todos los hombres sean marcados: *“Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente”*. Esto es lo que popularmente se conoce como la marca de la bestia.

La bestia quiere que todos los hombres y mujeres del mundo manifiesten pública y visiblemente que son adoradores suyos, de ahí que la marca sea puesta en partes del cuerpo que son difíciles de ocultar. En aquella época sólo los animales y los esclavos eran marcados de este modo, indicando así quién era su dueño, y la bestia pretenderá hacer lo mismo con todos los hombres, quienes pasarán inmediatamente a depender de ella.

Esta marca será la imitación que Satanás hará del sello que Dios pondrá sobre su propio pueblo. En (**Ap 7:2-8**) vimos que fueron sellados en sus frentes los siervos de Dios, 144.000 personas de las doce tribus de Israel. Es verdad que en ambos casos la marca o el sello implica pertenencia a aquel que lo pone en ellos. Sin embargo, es importante que notemos algunas diferencias. En primer lugar, el sello de Dios es una señal de que hemos sido redimidos por Dios de la esclavitud al pecado, mientras que la marca de la bestia implica todo lo contrario. Por otro lado, el creyente es sellado por el Espíritu Santo cuando voluntariamente cree en el evangelio (**Ef 1:13**), pero la bestia forzará la voluntad de las personas por medio de métodos coercitivos ilegales. Además, el ser sellados por Dios nos garantiza que podremos disfrutar de las bendiciones del reino eterno de Dios (**Ap 22:3-5**), mientras que aquellos que reciban la marca de la bestia estarán con ella en el lago de fuego y azufre por toda la eternidad (**Ap 14:9-11**).

Finalmente, esta marca de la bestia puesta en la mano y en la frente parece una parodia del mandamiento dado por Dios a los israelitas cuando fueron rescatados de la esclavitud en Egipto. Entonces Dios les exhortó a no olvidarse de sus palabras: *“Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos”* (**Dt 6:8**); *“Y te será como una señal sobre tu mano, y como un memorial delante de tus ojos, para que la ley de Jehová esté en tu boca; por cuanto con mano fuerte te sacó Jehová de Egipto”* (**Ex 13:9**). Y ahora la bestia se siente como el salvador del mundo y quiere que cada persona tenga su marca en su mano o en la frente para que nunca olviden este hecho.

Como parte del programa diabólico de la bestia, quien no tenga esta marca no tendrá la posibilidad de comprar o vender. Esto implica que la bestia llevará a cabo una reorganización de todo el sistema económico mundial unificándolo al igual que también hará con la religión. Pero lo más importante aquí es que quienes no tengan la marca estarán vedados de realizar cualquier transacción comercial. Pero también todos los moradores de la tierra serán sometidos a un rígido control dictatorial de una magnitud nunca antes conocida. Pronto todo el mundo se dará cuenta de que no es posible discrepar con la bestia y se encontrarán que ellos mismos habrán elegido la peor de todas las esclavitudes.

Pero es cierto que por el momento quienes peor lo pasarán serán los creyentes. Ellos serán condenados al ostracismo o la exclusión de la vida social, y lentamente irán muriendo por la imposibilidad de comprar comida, medicamentos u otras cosas necesarias para la supervivencia. Esto será muy duro. Podemos pensar en los padres cristianos que no puedan dar de comer a sus hijos pequeños. Es cierto que en nuestros días muchas veces los cristianos se ven relegados en sus profesiones por causa de su fe, pero la persecución de la bestia será muchísimo peor. Aceptar o rechazar su marca será una cuestión de vida o muerte.

Es probable que muchos acepten con entusiasmo el ser marcados porque estén convencidos del potencial de los planes de la bestia. Otros tal vez lo hagan porque todo el mundo lo hace. Seguramente habrá personas que desconfíen de la bestia, o incluso que se opongan a su sistema, pero no se atreverán a enfrentarse a ella y para no tener problemas optarán por la opción más fácil y se dejarán marcar. Sólo aquellos que de verdad conocen a su Dios serán capaces de negarse ante tal presión (**Dn 11:32**).

Y esto será así porque el precio a pagar será demasiado costoso. Ellos serán los auténticos vencedores, pero como vemos un poco más adelante en el relato de Apocalipsis, ellos se encuentran en el cielo (**Ap 15:2**). Esto es así porque su oposición a la bestia les ha costado la vida. Este será el precio que cada creyente tendrá que pagar para vencer a la bestia.

En otro orden de cosas, es cierto que se ha especulado mucho sobre cómo será la marca de la bestia, aunque la Biblia se enfoca principalmente en hacernos notar lo que significa e implica esa marca. No obstante debemos notar que se refiere a esta marca de la siguientes maneras: *“la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre”*. Parece que el énfasis está puesto en el *“nombre de la bestia”*, que puede aparecer expresado numéricamente. Este es un nuevo intento de la bestia por plagiar al verdadero Cristo. Recordemos que después de su muerte y resurrección el Señor Jesucristo fue exaltado por Dios hasta lo sumo, *“y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”* (**Fil 2:9-11**). Y aquí notamos que la bestia quiere tener ese mismo reconocimiento de parte del mundo en su desquiciada oposición contra el verdadero Mesías de Dios.

En cuanto a la posibilidad de imponer un sistema de este tipo a nivel mundial, podemos estar seguro de que la tecnología actual ya lo permite. Esta es una razón más que nos hace pensar que la aparición de este siniestro personaje está próxima.

El número de la bestia

(Ap 13:18) *“Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.”*

El texto continúa haciendo una pausa que sirve para dar énfasis a lo que viene a continuación: *“Aquí hay sabiduría”*. Sin embargo, la declaración que viene a continuación es realmente muy enigmática y ha dado pie a innumerables especulaciones.

En primer lugar notamos que se nos dice que aquellos que tienen entendimiento serán capaces de contar el número de la bestia. Esto puede querer decir que Dios dará una capacidad especial a los creyentes que vivan en el tiempo de la bestia para identificar a la bestia y su número. Recordemos que esa fue la afirmación que el ser celestial le hizo al profeta Daniel: *“los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán”* (**Dn 12:10**).

Por otro lado, muchos comentaristas entienden que para encontrar el número de la bestia será necesario ejecutar cierta cuenta. Ellos hacen notar que en la antigüedad las cifras no se representaban con números sino con letras. A partir de aquí se puede analizar el valor numérico de cada letra de un nombre y formar o calcular un número. Por supuesto, muchos nombres pueden dar el resultado 666. Al final esto da lugar a innumerables especulaciones que no conducen a ninguna parte.

Otros observan que este número representa el carácter de la bestia. Ellos razonan que mientras en el libro de Apocalipsis el número 7 simboliza aquello que es perfecto o está completo, el número 6 apuntaría hacia aquello que es incompleto. Y la triple repetición del número 6 señalaría hacia la trinidad diabólica totalmente incompleta e imperfecta.

Algunos sugieren que el código de barras que tienen la mayoría de los productos para su identificación consiste en tres grupos de seis cifras cada uno.

En todo caso, en este momento es difícil llegar a una conclusión satisfactoria, pero es seguro que los creyentes que se encuentren bajo la persecución de la bestia no tendrán ningún problema para identificarla. Por lo tanto, tal vez debamos hacer caso de las palabras del ángel a Daniel: *“estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin” (Dn 12:9)*. Sólo entonces será posible identificar correctamente a la bestia.

El cántico de los 144.000 (Ap 14:1-5)

Introducción

En los capítulos 12 y 13 de Apocalipsis se nos presentó lo que hemos dado en llamar la “trinidad satánica”, compuesta por el dragón, la bestia y el falso profeta. Allí vimos su actividad diabólica para establecer su reino de maldad en este mundo. En especial notamos la extrema dureza de su persecución contra los santos de Dios. Tal era la desolación que sentimos al terminar el capítulo anterior que en silencio nos preguntamos qué haría Dios ante esta situación y cuándo actuaría para poner fin a tanta maldad. Con el salmista clamábamos: “¿Por qué estás lejos, oh Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación?” (**Sal 10:1**).

Pero ahora, en el capítulo 14, vamos a encontrar la respuesta de Dios a Satanás y su reino de maldad. En realidad se nos va a presentar un panorama del fin, con una rápida ojeada a los hechos que se irán revelando con mucho más detalle en los próximos capítulos.

Para empezar, veremos aparecer triunfante al Señor Jesucristo sobre el monte de Sión. Y no estará solo, sino que se encontrará en compañía de sus ciento cuarenta y cuatro mil sellados. Ellos son los que vencieron a la bestia no aceptando su sello, sino que eligieron permanecer fieles a Dios. Sufrieron mucho, sin duda, pero ahora van a comprobar que sí que vale la pena seguir al Cordero y mantener un testimonio fiel. Para ellos habrá terminado el período de prueba y podrán unirse a los coros celestiales en su alegre adoración al Cordero. Todos ellos celebran ya la inminente consumación del plan de Dios en relación con los habitantes de la tierra.

Pero luego notamos una segunda aparición del Señor Jesucristo en este pasaje (**Ap 14:14**). Él viene en una nube blanca con toda su majestad y gloria con la clara intención de juzgar a la humanidad rebelde y liberar a los creyentes. Este juicio es descrito de forma muy gráfica al final del capítulo por medio de dos figuras; la siega y la vendimia.

Los hombres de este mundo pueden estar completamente seguros de que el mal no continuará por siempre, y que cada injusticia cometida será justamente juzgada. Dios no ha abandonado este mundo, y cuando llegue el momento establecido por él, intervendrá para terminar con el caos que el pecado ha producido. Y mientras esto ocurre, todavía hay oportunidad de salvación para todos los hombres. Este será el mensaje del evangelio que un ángel publicará por el cielo antes de la segunda venida de Cristo para que todos los moradores de la tierra; de toda nación, tribu, lengua y pueblo puedan escucharlo (**Ap 14:7-8**). El tiempo se acaba y el fin se acerca. Es el momento de tomar la decisión correcta y posicionarse junto al Cordero de Dios, porque quien no lo haga sufrirá las consecuencias de su decisión por toda la eternidad.

El Cordero sobre el monte de Sion (Ap 14:1-5)

(Ap 14:1-5) “Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos

ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.”

En fuerte contraste con las dos terribles bestias del capítulo 13 y el dragón del 12, ahora aparece el Cordero. Y no podemos ocultar nuestra alegría. Tanta crueldad como la que hemos visto en los relatos anteriores deja dolorido el corazón de cualquier creyente genuino. Es verdad que muchos acuden a estos pasajes de Apocalipsis atraídos por su curiosidad, y para ellos todo su interés se reduce a intentar averiguar cuál será el número de la bestia, sin pensar ni entender nada acerca de su diabólico reino de maldad. A estos tampoco les conmueven los sufrimientos y penurias por las que tendrán que pasar aquellos que se nieguen a ser sellados por la bestia. Y del mismo modo, es probable que tampoco se emocionarán cuando ahora en el comienzo de este capítulo aparece el Señor Jesucristo en el monte de Sion para poner fin al reino de la bestia. Pero para los creyentes, este es uno de los momentos estelares del relato de Apocalipsis. Mirémoslo en detalle.

I. “Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion”

Empecemos por notar que el Cordero ha dejado su posición en medio del trono (**Ap 5:6**) y ahora se encuentra sobre el monte de Sion. Pero, ¿por qué elige este lugar?

En primer lugar debemos recordar que el rey David tomó a los jebuseos la fortaleza de Sion que se encontraba en Jerusalén y estableció allí su residencia real (**2 S 5:6-9**). Años después, Salomón, su sucesor en el trono, construyó allí el templo siguiendo las instrucciones que su padre había recibido de Dios. Desde entonces, Sion fue conocida como “*la ciudad del gran Rey*” (**Sal 48:2**), y allí habría de estar la sede del gobierno teocrático de Dios en esta tierra:

(Sal 132:13-14) “Porque Jehová ha elegido a Sion; la quiso por habitación para sí. Este es para siempre el lugar de mi reposo; aquí habitaré, porque la he querido.”

Por lo tanto, era ahí donde el Mesías, cuando viniera, habría de establecer su reino universal. Eso era lo que Dios mismo había decretado, tal como confirman numerosas Escrituras del Antiguo Testamento:

(Sal 2:6-9) “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.”

(Sal 110:1-3) “Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Jehová enviará desde Sion la vara de tu poder; domina en medio de tus enemigos. Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud.”

(Is 2:2-4) “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a

muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra.”

(Is 24:23) *“La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Jehová de los ejércitos reine en el monte de Sion y en Jerusalén, y delante de sus ancianos sea glorioso.”*

Nos encontramos entonces ante un momento largamente esperado. ¡El Rey de Dios se encuentra por fin sobre el monte de Sion!

Pero en segundo lugar hay otro detalle que no debemos olvidar. Cristo volverá a la misma ciudad que una vez le rechazó y donde fue crucificado como un vulgar impostor. Es cierto que Dios lo vindicó cuando lo resucitó de entre los muertos, pero esto apenas había sido visto por un reducido grupo de sus discípulos. El mundo todavía tiene que contemplarle en toda su gloria y majestad. Por esa razón, él volverá al mismo lugar en donde fue coronado de espinas para ser declarado allí mismo como *“Rey de reyes y Señor de señores”*.

2. “Y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente”

El Cordero no está solo, con él hay ciento cuarenta y cuatro mil. Ahora bien, ¿quiénes son estos?

Lo más probable es que se trate de los mismos ciento cuarenta y cuatro mil que ya encontramos en **(Ap 7:1-8)**. Allí vimos que antes de que tuvieran lugar los juicios que desencadenaría la apertura del séptimo sello, este grupo de personas formado por creyentes de las doce tribus de Israel fueron sellados por Dios con el fin de protegerles de la ira del Cordero que iba a ser derramada sobre este mundo. Ahora, estos mismos, los encontramos a salvo en el monte de Sion junto al Cordero.

No sabemos si habrán sido protegidos de los juicios que vinieron sobre este mundo cuando las trompetas fueron tocadas, y tampoco podemos estar seguros de que no sufrieran la terrible persecución que tanto el dragón **(Ap 12:17)**, como la bestia y el falso profeta llevaron a cabo contra los santos de Dios **(Ap 13:7)**, pero en todo caso, ahora los encontramos nuevamente aquí felices y triunfantes junto al Cordero.

Después de la guerra sin cuartel emprendida por los poderes satánicos con toda clase de medios contra los santos de Dios, podríamos preguntarnos si todavía quedará algún creyente en la tierra. ¿Quién podrá enfrentar tal clase de odio infernal y salir victorioso? Pues aquí tenemos la respuesta: ciento cuarenta y cuatro mil que no recibieron el sello de la bestia, sino que tenían el nombre del Cordero y de su Padre escrito en sus frentes. Y parece que no eran los únicos, sino que como más adelante se nos dice, *“estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero”* **(Ap 14:4)**. Parece que se trataba de un grupo especial dentro de una comunidad más amplia.

Al igual que aquellos que portaban el sello de la bestia daban a entender con ello que le pertenecían, del mismo modo, los ciento cuarenta y cuatro mil que tenían el sello con el nombre del Cordero y del Padre, expresaban que eran propiedad de Dios. Y como tal, Dios cuida de aquellos que son suyos, los preserva en medio de las tribulaciones y los lleva a la victoria final con él. Y este pasaje viene a corroborar esta verdad. Los mismos que fueron sellados antes de que la bestia entrara en acción son los mismos que ahora aparecen triunfantes junto al Cordero en el monte Sion. Ni uno sólo de ellos se perdió **(Jn 18:9)**, el número seguía siendo el mismo.

Por último, la mención del *“nombre del Cordero”* es interesante por varias razones. La primera es porque estos ciento cuarenta y cuatro mil son israelitas y auténticos creyentes

en el mismo Señor Jesucristo al que sus antepasados rechazaron. Esto evidencia un cambio importante que ya anunció el apóstol Pablo en cuanto a la conversión futura de Israel (**Ro 11:26-27**). En segundo lugar, recordamos que sólo la fe en Cristo es lo único que nos puede llevar al triunfo final sobre el diablo (**1 Jn 5.5**). Y en tercer lugar, llevar el nombre del Padre y del Hijo implica pertenencia a la familia de Dios, y por lo tanto, compartimos un mismo hogar (**Jn 14:1-3**).

3. *“Y cantaban un cántico nuevo delante del trono”*

Al mismo tiempo que esto ocurría en la tierra, Juan escuchó *“una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas”* (**Ap 14:2**). Parece que esta voz provenía de un gran coro celestial, aunque no se nos dice quiénes lo componen. Juan describe esta voz como potente al mismo tiempo que armoniosa y dulce.

El propósito de todo esto es mostrarnos el gozo que hay en el cielo por la victoriosa venida del Cordero nuevamente a la tierra para establecer su reino. Sin duda que esto hizo palpar con fuerza el corazón de Juan.

Entonces, mientras todavía sonaba la música, se escucharon unas voces que *“cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra”* (**Ap 14:3**).

Como no puede ser de otra manera, estas huestes celestiales siguen de cerca todo lo que ocurre en la tierra y se alegran viendo cómo el conflicto con el dragón, la bestia y el falso profeta llega a su fin por la entrada triunfante de Cristo. Además, contemplan con gozo la redención de hombres pecadores que antes habían sido enemigos, pero que ahora han sido conquistados por la maravillosa gracia de Dios. Este conjunto de cosas les lleva a componer *“un cántico nuevo”* que entonan *“delante del trono”* como una expresión de adoración a Dios. Por cierto, éste no es el primer cántico nuevo en el libro de Apocalipsis, puesto que anteriormente también los veinticuatro ancianos habían cantado el suyo cuando el Cordero tomó el libro de la mano del que estaba sentado en el trono y se dispuso a abrir sus sellos, demostrando así que era digno de ejecutar los juicios de Dios sobre la humanidad con el fin de establecer su reino de justicia en este mundo (**Ap 5:8-9**). En cada nueva etapa del desarrollo del programa divino hay nuevas razones para adorar a Dios, y los seres angelicales no pierden ninguna de estas oportunidades. Ahora el momento tiene que ver con su venida a este mundo para reinar en Sion y se reconoce su dignidad y autoridad como Rey Soberano del universo.

Otro detalle interesante es que sólo los ciento cuarenta y cuatro mil podían aprender este cántico nuevo. A algunos, lo que quizá les sorprenda es que después de la dura tribulación por la que habían pasado todavía tuvieran ganas de cantar, pero vamos a ver que sí. Ellos tienen un profundo gozo en su corazón por la protección divina y el triunfo final otorgado, así que adoran a Dios por ello.

Pero, ¿por qué nadie más podía aprender este cántico? La razón es que sólo aquellos que han tenido una experiencia real de salvación pueden cantarlo. En esas circunstancias, sólo un auténtico creyente podría entonar un cántico al Cordero, mientras que a los falsos profesantes, las aflicciones por el nombre de Cristo sólo pueden producirles resentimiento y amargura. En contraste, para un verdadero creyente, las amargas experiencias de la prueba le capacitan para aprender nuevas lecciones en la escuela del Maestro, que aquí llevan a los redimidos a adorar a Dios con nuevas razones.

Claro está que la limitación para aprender el cántico se refiere a los hombres. Los ángeles, aunque no han experimentado lo que significa la redención, sin embargo sí que pueden regocijarse a causa de ella (**Lc 15:10**).

4. La dedicación de los ciento cuarenta y cuatro mil a Dios

En los próximos versículos nos encontramos con un claro reconocimiento de la plena consagración a Dios de estos ciento cuarenta y cuatro mil. De ellos se nos dice que mantuvieron un estilo de vida totalmente apartado de la corrupción social y espiritual que había a su alrededor.

(Ap 14:3-5) *“fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.”*

La primera cosa que se nos dice de ellos es *“que fueron redimidos de entre los de la tierra”*. Esto quiere decir literalmente que habían sido *“comprados”*. Al final del capítulo anterior vimos que la bestia había prohibido comprar y vender a cualquiera que no tuvieran su marca, pero aun así, Cristo había comprado a estas personas aquí en la tierra. Y aunque en esta ocasión no se nos dice, sabemos por otras partes de la Escritura que el precio pagado fue la sangre de Cristo (**1 P 1:18-19**). Esta es una verdad sobrecogedora. Como alguien ha dicho, *“nunca se ha pagado un precio tan alto por algo que valía tan poco”*.

Luego añade: *“estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes”*. Entender esto de forma literal presenta ciertas dificultades porque toda la Biblia enseña que las relaciones sexuales dentro del matrimonio no producen ningún tipo de contaminación. Quizá por esa razón sea más apropiado entenderlo en el sentido de nuestra unión con Cristo. El apóstol Pablo se refirió de ese modo a la relación de los creyentes con Cristo:

(2 Co 11:2) *“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo.”*

Más adelante, en el mismo libro de Apocalipsis, veremos que Juan contrasta a la iglesia, *“la desposada, la esposa del Cordero”* (**Ap 21:9**), con *“la gran ramera... con la cual han fornicado los reyes de la tierra”* (**Ap 17:1-2**). Por lo tanto, es muy probable que la virginidad de estos ciento cuarenta y cuatro mil se refiera principalmente a su fidelidad espiritual al Señor en medio de las difíciles condiciones impuestas por la bestia. A pesar de tener todo en su contra, ellos no adoraron a su imagen ni se encontró en ellos ningún indicio de apostasía espiritual. A propósito de esto, recordemos también que el adulterio y la fornicación fueron usados frecuentemente por los profetas del Antiguo Testamento para ilustrar el pecado de idolatría en Israel (**Ex 34:15**) (**Dt 31:16**) (**Jue 8:33**) (**Os 9:1**).

Pero después de haber dicho todo esto, todavía debemos admitir que el pasaje puede referirse también al hecho de que estos ciento cuarenta y cuatro mil eran realmente vírgenes en el sentido literal del término. Recordemos que aunque la Biblia no exalta nunca el celibato por encima del matrimonio, no obstante, en determinadas circunstancias, puede ser aconsejable quedarse soltero. Este fue el consejo que Pablo dio a los corintios. Ellos atravesaban una situación especial y el apóstol les dijo: *“Tengo, pues, esto por bueno a causa de la necesidad que apremia; que hará bien el hombre en quedarse como está. ¿Estás ligado a mujer? No procures soltarte. ¿Estás libre de mujer? No procures casarte”* (**1 Co 7:26-27**). Más adelante explica las ventajas lógicas que tendría en una situación complicada el que una persona estuviera libre de las

responsabilidades del matrimonio y del cuidado de una familia. También al profeta Jeremías se le ordenó lo mismo por razones similares: *“Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: No tomarás para ti mujer, ni tendrás hijos ni hijas en este lugar. Porque así ha dicho Jehová acerca de los hijos y de las hijas que nazcan en este lugar, de sus madres que los den a luz y de los padres que los engendren en esta tierra: De dolorosas enfermedades morirán; no serán plañidos ni enterrados; serán como estiércol sobre la faz de la tierra; con espada y con hambre serán consumidos, y sus cuerpos servirán de comida a las aves del cielo y a las bestias de la tierra” (Jer 16:1-4)*. Y, por supuesto, el período de tribulación impuesto por la bestia podría ser también una situación que aconsejara algo similar.

Esta dedicación plena al Señor se observa también en la siguiente frase con la que son descritos: *“Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”*. Ellos no eligen su propio camino, sino que van detrás del Señor Jesucristo. Y todo creyente sabe que ese camino conduce finalmente a la cruz (**Mt 16:24**). Al obedecer de esta forma incondicional, ellos demuestran la plena confianza que tienen en Cristo, pero también su amor y devoción por él.

No cabe duda de que la fidelidad a Cristo siempre es costosa. En el caso de estos ciento cuarenta y cuatro mil, implicaba negarse a someterse a los dictámenes de la bestia, y por lo tanto, enfrentarse también con la mayoría de las personas que sí que se someterán a ella. Esta sensación de soledad, de estar siempre nadando contra la corriente, puede resultar agotadora y muy dolorosa, pero el Señor da fuerza a sus hijos. Además, servir al Señor es un gran privilegio. La otra opción sería ceder a la presión y hacer lo que todo el mundo hace, lo que implicaría necesariamente adorar a la imagen de la bestia. La fidelidad a Cristo siempre tiene un coste muy alto, pero él nunca se lo ocultó a sus discípulos (**Mt 24:9**).

Pero seguir a Cristo con fidelidad es algo que debe caracterizar a cada verdadero creyente, no sólo a estos ciento cuarenta y cuatro mil. Al fin y al cabo, seguir a Jesús y obedecer su voluntad es el llamamiento que Dios hace a todos los hombres. El Señor le dijo a Felipe: *“Sígueme” (Jn 1:43)*, y lo mismo le dijo a Mateo (**Mr 2:14**), al joven rico (**Mr 10:21**), a un discípulo anónimo (**Lc 9:59**).

En muchos sentidos, estos ciento cuarenta y cuatro mil son un ejemplo de lo que debería ser cada verdadero cristiano. Por esa razón se aclara lo siguiente: *“Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero”*. No son los únicos, y tampoco deberíamos considerarlos como una élite. El texto nos dice que son *“primicias”*, es decir, los primeros frutos de una cosecha mucho mayor. En este sentido aparece otras veces en las Escrituras: (**Ro 16:5**) (**1 Co 16:15**).

Una idea complementaria a la anterior, y que también aparece con frecuencia en la Biblia, es que las primicias del campo o del ganado eran entregadas a Dios como una ofrenda (**Ex 23:19**) (**Lv 23:9-10**). Cuando los israelitas presentaban sus primicias, estaban expresando su dedicación simbólica a Dios de toda la cosecha. En este sentido podríamos decir que estos ciento cuarenta y cuatro mil serán los primeros en ser entregados como una ofrenda al Señor.

Luego continúa su descripción diciendo: *“Y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios”*. Aquí el contraste se establece entre los redimidos y Satanás. Frente al diablo que *“es mentiroso, y padre de mentira” (Jn 8:44)*, en las bocas de estos ciento cuarenta y cuatro mil no fue hallada mentira. ¡Qué difícil es hablar sólo la verdad en un mundo lleno de engaño e infidelidad! ¡Qué desagradable resulta para las personas que no les dejen vivir tranquilos con sus mentiras! Por eso, estamos seguros de que cuando estos ciento cuarenta y cuatro mil intenten desenmascarar a la bestia y sus

mentiras lo pagarán con sus propias vidas. Como decíamos, el Señor no ocultó el alto precio que un verdadero siervo de Dios debe pagar por su fidelidad en este mundo (**Lc 11:47-49**).

Quizá la razón por la que añade la expresión “*son sin mancha delante del trono de Dios*”, es pensando precisamente en que su valiente testimonio los llevará a la muerte. Recordemos que esto formaba parte del lenguaje levítico. Los animales que eran ofrecidos en sacrificio a Dios debían ser examinados previamente para comprobar que no tenían ninguna tacha o defecto, sólo así eran actos para el sacrificio. Por eso se nos dice de Cristo que fue ofrecido “*como de un cordero sin mancha*” (**1 P 1:19**). Pero ahora serán los propios creyentes, limpios de toda inmundicia, los que se ofrecerán a Dios como un holocausto u ofrenda del todo quemada por medio de su testimonio fiel.

Cada uno de nosotros debemos pedir al Señor que nos permita pasar por este mundo perverso y malvado sin ser manchados por su pecado. Que como estos ciento cuarenta y cuatro mil podamos ser presentados finalmente sin mancha ante su trono.

El mensaje de los tres ángeles (Ap 14:6-13)

En los próximos versículos vamos a encontrar tres ángeles. El primero predicará el evangelio eterno de Dios, el segundo pronunciará juicio y el tercero prometerá condenación.

En el libro de Apocalipsis hemos visto que los ángeles llevan a cabo un ministerio sobresaliente en relación con los asuntos espirituales de los hombres. Los hemos visto como mensajeros celestiales, dirigiendo la alabanza, ejecutando juicio, luchando contra Satanás y sus huestes, y ahora, advirtiendo a los hombres de la inminencia del juicio de Dios. Esto constituirá una nueva oportunidad, quizá la última, para que los hombres se arrepientan.

El primer ángel: el anuncio del evangelio eterno

(Ap 14:6-7) *“Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.”*

El primer ángel aparece en el cielo, justo en el punto donde el sol alcanza su cenit al mediodía. La escena es parecida a la que encontramos en **(Ap 8:13)**, donde un ángel en la misma posición hizo un aviso igualmente importante. Sin duda, el lugar es elegido con el fin de que todos los hombres puedan verle y oírle.

Este ángel *“tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo”*. De algún modo, este versículo nos sorprende, porque sabemos que la predicación del evangelio no ha sido encomendada a los ángeles, sino que es una responsabilidad y un privilegio de los hombres. Por ejemplo, cuando un ángel se presentó a Cornelio el centurión, lo único que hizo fue indicarle dónde podría encontrar al hombre que le predicaría el evangelio **(Hch 10:3-6)**.

Pero quizá lo que tenemos aquí no sea una predicación del evangelio con el fin de que las personas se conviertan, sino más bien el anuncio de la consumación del juicio de Dios. Sin duda, todavía habrá oportunidad para el arrepentimiento, pero parece que no es ésta la finalidad principal.

En cuanto al contenido de su predicación, notemos que lo que el ángel anunciaba era *“el evangelio eterno”*. Esto es interesante. Quiere decir que son las buenas noticias perdurables de Dios para la humanidad. Aun cuando toda la sociedad se desintegre en el caos, el evangelio no pierde ni un ápice de su valor o relevancia. Da lo mismo si los hombres creen en él o lo rechazan, el evangelio sigue siendo el único medio para la salvación del hombre pecador. El evangelio es el plan eterno de Dios, y por lo tanto, no tiene fecha de caducidad.

Ahora bien, si el evangelio son *“buenas noticias”*, es porque nos libra de las *“malas noticias”*. Nos anuncia salvación, pero también condenación y juicio del pecado. Ambos énfasis los encontramos en las Escrituras. Los profetas anunciaban por igual la salvación de su pueblo como la condenación de sus enemigos. Lo uno sin lo otro no tendría sentido. Y según vamos leyendo lo que este ángel decía, percibimos que su énfasis estaba en esta segunda parte del evangelio, aquella que tiene que ver con el juicio de Dios sobre

sus enemigos. Es como si estuviera anunciando el fin de una etapa para dar comienzo a la siguiente.

Fijémonos en lo que decía *“a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”*. Su voz es potente porque sus palabras deben ser escuchadas por toda la humanidad. Es una última llamada al arrepentimiento antes de que comience el juicio. Las oportunidades se acaban. Es el momento de reconocer que Dios es el Soberano de este mundo; el único que merece la gloria y la adoración de sus criaturas, y que Satanás es sólo un impostor ilegítimo.

Los hombres deben dejar de adorar a la imagen de la bestia para adorar *“a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”*. Este es el punto fundamental; los hombres *“habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible” (Ro 1:21-23)*. El problema del ser humano no es que ignore la verdad, sino que es rebelde y no quiere reconocer a Dios en su vida. Por eso, debe deponer esa actitud y rendirse ante Dios en adoración. No hay otro camino hacia la salvación.

Es importante percibir la nota de urgencia que hay en las palabras del ángel. El tiempo se acaba, y como veremos un poco más adelante, *“la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura” (Ap 14:15)*. Por lo tanto, ¡última llamada para los moradores de la tierra!

El segundo ángel: el anuncio de la caída de Babilonia

(Ap 14:8) “Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación.”

Aquí tenemos la primera mención a *“Babilonia”* en este libro. Y aunque en este momento su caída era todavía futura, sin embargo, era tan cierta que la Palabra habla de ella como si ya hubiera sucedido. Y el hecho de que su caída se repita por dos veces, da cuenta de que se producirá con absoluta certeza.

Ahora bien, ¿a qué Babilonia se refiere? Las alusiones a Babilonia son frecuentes a lo largo de toda la Escritura. Babel (Babilonia) fue fundada por Nimrod (**Gn 10:9-10**). Allí se estableció un centro de idolatría desde el que se desafió la soberanía de Dios (**Gn 11:1-4**). Y a través de toda la historia bíblica, esta ciudad, y el reino que desde ella se gobernaba, aparece como un sistema mundial de corrupción e idolatría que se rebela contra Dios.

En cuanto a la descripción de Babilonia como *“la gran ciudad”*, no hay duda de que es un eco de las palabras de Nabucodonosor cuando se congratulaba contemplando la ciudad que él había edificado: *“habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?” (Dn 4:30)*. En este sentido, Babilonia es símbolo del hombre orgulloso que busca su propia gloria a través de sus obras.

Pero en otro sentido, Babilonia es también a través de todo el Antiguo Testamento el principal enemigo del pueblo de Dios. Fueron los babilonios quienes destruyeron Jerusalén y el templo, y también quienes tuvieron cautivos a los israelitas durante setenta años.

Sin embargo, aquella gran ciudad de la antigüedad fue destruida, tal como habían anunciado de antemano los profetas de Dios (**Is 21:9**) (**Jer 50:2**) (**Jer 51:1-9**). Por lo tanto, lo que tenemos aquí es una nueva Babilonia que se convertirá nuevamente en el centro de un imperio político, económico y religioso gobernado por el mismo anticristo, y desde el que se hace la guerra a Dios y se persigue a su pueblo.

Y como no puede ser de otra manera, su principal meta será la de ejercer su perversa influencia sobre todas las demás naciones: *“porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”*. Babilonia actuará como un agente anti Dios en el mundo, corrompiendo a todas las naciones. Estas palabras son un eco de las del profeta Jeremías: *“Copa de oro fue Babilonia en la mano de Jehová, que embriagó a toda la tierra; de su vino bebieron los pueblos; se aturdieron, por tanto, las naciones”* (**Jer 51:7**).

Esta influencia malvada de Babilonia enfrentando a todas las naciones contra Dios es la causa final de su propia caída. Y aunque todo esto lo veremos en detalle en los próximos capítulos, aquí ya se introduce una nota de alegría por su juicio. Este es un paso imprescindible para el establecimiento del reino de Dios en esta tierra.

El tercer ángel: el anuncio de juicio contra los adoradores de la bestia

(Ap 14:9-11) “Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre.”

Un tercer ángel aparece para anunciar una terrible condenación que sufrirán los adoradores de la bestia. Se trata de un juicio de una severidad inigualable y de un tormento interminable.

El pasaje que estamos estudiando está íntimamente ligado con los juicios que el profeta Jeremías anunció contra Babilonia en (**Jer 51**). Allí se anuncia que Babilonia había sido como copa de vino que había embriagado a toda la tierra (**Jer 51:7**) (**Ap 14:8**), pero finalmente, ella también bebería el juicio de Dios (**Jer 51:56-57**). Entonces su destrucción será total y definitiva (**Jer 51:39-40**). Pero junto a estos anuncios de juicio, el profeta hizo también una exhortación a los creyentes a salir de en medio de ella para no participar de su juicio (**Jer 51:6**). De hecho, el juicio de Babilonia implicaría necesariamente la vindicación del pueblo de Dios (**Jer 51:10**).

Por lo tanto, el propósito del anuncio del tercer ángel es doble. Por un lado, es una seria advertencia para aquellos que adoran a la bestia. Quizá muchos de ellos lo hagan por cobardía o por no ir contracorriente, pero ellos también deben conocer las graves consecuencias que sus actos tendrán. Y por otro lado, tiene la finalidad de motivar a los creyentes para que permanezcan fieles al Señor. Una vez más encontramos que sólo hay dos opciones; o se adora a Dios o se adora a la bestia. Y en ambos casos la decisión que se adopte tendrá consecuencias eternas.

Veamos los términos en los que se expresa este juicio.

I. *“Beberán del vino de la ira de Dios”*

Empezamos por notar que aquellos que adoran a la bestia y a su imagen, *“beberán del vino de la ira de Dios que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira”*. Aquí se compara la ira de Dios con el vino puro, es decir, con el vino que no ha sido mezclado con agua. Y la idea es que la ira de Dios caerá sobre los adoradores de la bestia sin ningún tipo de piedad o misericordia **(Sal 75:8) (Jer 25:15-16,28)**. La ardiente ira de Dios, contenida a través de los siglos, será finalmente desatada sobre la humanidad pecadora. Y en ese momento ya no habrá más esperanza ni consuelo para aquellos que se rebelaron contra Dios.

Con frecuencia escuchamos a algunos hombres indignados contra Dios diciendo en su ignorancia: *“Si Dios existe, ¿por qué no hace justicia en este mundo?”*. No se dan cuenta de que lo único que detiene sus juicios es su misericordia, y muchos de ellos la rechazan de manera insolente. Creen que el día en que Dios juzgue este mundo ellos se librarán porque no son asesinos, violadores o ladrones. Pero la cuestión determinante no es esa, sino que ellos mismo no son adoradores de Dios, y por lo tanto, también están bajo su justo juicio. A todos ellos habría que recordarles las palabras del profeta Amós:

(Am 5:18-19) “¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas, y no de luz; como el que huye de delante del león, y se encuentra con el oso; o como si entrare en casa y apoyare su mano en la pared, y le muerde una culebra.”

Cuando los creyentes tienen en cuenta la gravedad del juicio de Dios, rápidamente se dan cuenta de que los sufrimientos ocasionados por no adorar a la bestia son insignificantes en comparación con aquellos que vendrán cuando la ira de Dios se manifieste en este mundo. Además, Babilonia y el reino de maldad que simboliza, no durará para siempre, sino que muy pronto será destruida. Esta es otra poderosa razón para no formar parte de ella.

2. “Serán atormentados con fuego y azufre”

A continuación, el ángel describe en qué consistirá el castigo para todo aquel que adore a la bestia: *“y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero”*.

El juicio con *“fuego y azufre”* nos recuerda al que tuvo lugar en la destrucción de Sodoma y Gomorra **(Gn 19:28) (Lc 17:28-30)**. Pero nos habla también de la terrible agonía que sufrirán los adoradores de la bestia. Una pequeña cantidad de azufre en el aire hace que sea imposible respirar, y en contacto con la piel produce un dolor indescriptible. Si a esto le sumamos el fuego, podemos empezar a tener una idea del tormento que sufrirán los seguidores de la bestia.

Pero no sólo los no arrepentidos sufrirán este castigo, también la bestia, el falso profeta y Satanás serán arrojados finalmente en el lago de fuego que arde con azufre **(Ap 19:20) (Ap 20:10)**. Allí será su fin.

El anuncio del tercer ángel choca frontalmente con la tendencia moderna de pensar en un Dios de amor que finalmente perdonará a todos los hombres aunque no se hayan arrepentido. Pero lo cierto es que la Biblia afirma una y otra vez que el pecado tiene consecuencias que seguirán al pecador más allá de la muerte si antes no se reconcilia con Dios.

Por otro lado, notamos también que este juicio será llevado a cabo *“delante de los santos ángeles y del Cordero”*. Tal vez debamos pensar en los ángeles como los encargados de ejecutar el juicio bajo la supervisión del Señor Jesucristo. Pero en cualquier caso, su presencia allí indicará la santa aprobación divina de esta sentencia condenatoria.

En los pasajes anteriores vimos cómo los creyentes tendrán que sufrir la humillación pública y la oposición por causa de su fe, pero todos ellos serán vindicados cuando los pecadores rebeldes sean juzgados delante de tan noble tribunal. Y todos ellos serán conscientes de estar siendo observados en su angustia por los ángeles y también por el Cordero a quien menospreciaron y cuya sangre rechazaron como la única forma de limpieza y perdón para sus pecados.

3. *“Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos”*

Con esta expresión se refuerza el carácter eterno y continuo que sufrirán aquellos que no se arrepintieron ni aceptaron la gracia de Dios. Sin duda, lo más duro de su castigo será su duración eterna y que no habrá ninguna posibilidad de apelación. Por toda la eternidad no tendrán *“reposo de día ni de noche”*. No podrán morir ni tampoco dormir. No habrá tregua para su tormento, sino una incesante agonía.

Ahora bien, la idea de un castigo eterno resulta tan repugnante para el hombre moderno, que muchos prefieren no pensar en ello, y otros, buscan la forma de quitarla de la Biblia. Por ejemplo, los llamados “Testigos de Jehová” han sustituido el infierno por la idea de la aniquilación final, donde el hombre deja de existir y también de sufrir.

Pero por mucho que nos empeñemos en lo contrario, la Biblia dice lo que dice. Y no sólo Apocalipsis insiste en esta idea; los profetas del Antiguo Testamento ya incidieron en ello (**Is 66:24**) (**Dn 12:2**), lo mismo que Juan el Bautista (**Mt 3:12**), y el apóstol Pablo (**2 Ts 1:9**). Sin embargo, fue el mismo Señor Jesucristo quien enseñó esta verdad con la mayor claridad. El se refirió al infierno como el *“fuego eterno”* (**Mt 18:8**) (**Mt 25:41**), y explicó que su fuego *“no puede ser apagado”* (**Mr 9:43**). También dijo que el tormento de los perdidos no tendría fin (**Mt 25:46**). Por lo tanto, aunque no nos guste, es lo que la Biblia enseña con claridad.

Esto nos debe llevar a ser más sensibles sobre el futuro eterno que espera a los no creyentes y a esforzarnos por exponer ante ellos las maravillas de la gracia de Dios.

Una promesa de consuelo para los santos de la tribulación

(Ap 14:12-13) “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.”

Después de anunciar cuál será la suerte de los adoradores de la bestia, se intercalan unas palabras de ánimo para los seguidores del Cordero. Estos son *“los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”*. Y por supuesto, debido a esto, saben que tendrán que atravesar por duras pruebas y sufrimientos terrenales (**Ap 12:17**). Pero deben saber también que mientras el castigo de sus torturadores será eterno, los suyos son sólo temporales. Por eso son llamados a tener *“paciencia”*, o lo que es lo mismo, a permanecer firmes sin claudicar en medio de las pruebas.

Sin duda, esa será una prueba de una dureza extrema, pero los verdaderos creyentes la soportarán con paciencia. Esto nos confirma en la idea de que los verdaderos creyentes en Cristo nunca perderán su fe, sino que como el apóstol Pablo afirmaba, *“nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia”* (**Ro 5:3**). Esto no sería posible si hubiera dudas en cuanto a la perseverancia de los verdaderos creyentes.

Y a continuación, una voz desde el cielo le ordena a Juan que escriba una de las siete bienaventuranzas que encontramos en este libro: *“Bienaventurados de aquí en adelante*

los muertos que mueren en el Señor". Esto constituye un paréntesis en medio de los juicios de Dios. Dios quiere que sepamos que en medio de los terribles acontecimientos que van a tener lugar en este mundo, él nunca se olvida de los suyos.

Ahora bien, esta bienaventuranza puede parecer extraña en un principio. ¿Cómo puede ser la muerte una bienaventuranza? Pero si nos cuesta entenderlo así, es porque el hombre natural siempre piensa en términos de la vida presente, pero desde la perspectiva divina, lo realmente importante se encuentra en la eternidad.

Lo que vemos aquí es que los creyentes serán muertos por causa de su fe, pero esto es una bendición, porque los conducirá inmediatamente a la gloria del cielo donde ya no habrá mas tormento ni dolor. Porque la muerte no es el fin, sino el tránsito de lo temporal y pasajero a lo definitivo y eterno.

Seguramente estos creyentes serán los últimos que morirán por causa de su fe, completándose así el número de los mártires de todos los tiempos (**Ap 6:11**). Después de esto, todos serán vindicados y descansarán eternamente junto al Señor.

Y del mismo modo que los incrédulos sufrirán eternamente las consecuencias de su rebeldía contra Dios, también los creyentes disfrutarán eternamente junto a él: "*Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen*". Todo lo que hacemos en esta vida presente tiene su eco en la eternidad; sea bueno o malo, sean grandes cosas o pequeñas.

La Biblia nos enseña que Dios recompensará a los creyentes en el cielo por su servicio aquí en la tierra (**He 6:10**) (**2 Ti 4:7-8**) (**1 Co 3:12-15**).

Para el creyente, su entrada en el cielo implicará descansar de todas las luchas y tormentos que le habrán sobrevenido por causa de su fe, lo que está en marcado contraste con la suerte que les espera a quienes rechazaron a Dios, quienes no conocerán un solo momento de descanso durante toda la eternidad (**Ap 14:11**).

Reflexión

Al terminar este estudio debemos hacernos diferentes preguntas:

- ¿Predicamos el evangelio anunciando el inminente juicio de Dios sobre el mundo pecador?
- ¿Llamamos a las personas a adorar al único Dios verdadero y a apartarse de los ídolos de este mundo?
- ¿Explicamos el Evangelio, las buenas noticias de la gracia de Dios para el hombre pecador, junto con las malas noticias de la ira de Dios que vendrá sobre los hombres impíos?

La tierra es segada (Ap 14:14-20)

(Ap 14:14-20) *“Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda. Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura. Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada. Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda. Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras. Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios.”*

Introducción

En este pasaje encontramos dos escenas de juicio presentadas bajo la ilustración de dos cosechas. La primera es una cosecha de trigo y el Hijo del Hombre es el segador. La segunda es de uvas, y son cosechadas por un ángel. Puesto que se trata de dos cosechas diferentes, parece lógico pensar que también serán llevadas a cabo en momentos distintos.

La primera, la de la siega del trigo (**Ap 14:14-16**), seguramente tenga que ver con la gran siega de la que habló el Señor Jesucristo en (**Mt 13:24-30**). Allí vemos que la cizaña será quemada con fuego y el trigo puesto en el granero de Dios. Esto probablemente tendría que ver con la Segunda Venida del Señor para arrebatarse a su iglesia a fin de llevarla al cielo. En todo caso, una vez más el libro de Apocalipsis no nos da detalles precisos acerca del momento concreto cuando esto va a ocurrir. No olvidemos que el propósito del Espíritu Santo al inspirar este libro no fue el de establecer un orden cronológico de los acontecimientos del futuro, sino mostrarnos aquellas cosas que han de acontecer en relación con el establecimiento final de su reino en este mundo.

Notemos que después viene la vendimia de las uvas, cuando sus enemigos serán pisoteados por el Señor (**Ap 14:17-20**). Es evidente que no se trata de una repetición de la primera cosecha, puesto que tanto las personas a las que se dirige, como el tono empleado son muy distintos. Aquí el énfasis está en la ira de Dios, que viene simbolizada por el “fuego” y “el gran lagar de la ira de Dios”. No hay duda de que se trata del juicio sobre los impíos. Además, en esta ocasión, ya no preside el acto judicial el Hijo del Hombre, sino que es un ángel el encargado de dar la señal para la recolección de la cosecha.

En definitiva, parece que como en el párrafo anterior (**Ap 14:6-13**), el autor inspirado vuelve a contrastar el destino de los justos con el de los impíos. Primero son cosechados los hijos de Dios, y una vez que han sido colocados en su granero celestial, entonces se aplica el juicio a los incrédulos.

El juicio de Dios siempre tiene estas dos caras; una luminosa y otra sombría. Para unos será un día de liberación, de vindicación y de alegría, pero para otros será de perdición y sufrimiento. Pero no olvidemos que el resultado de este juicio ha sido decidido de antemano por cada persona, cuando acepta o rechaza la gracia de Dios.

La mies es segada

I. El Hijo del hombre

(Ap 14:14) *“Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda.”*

La primera cosecha es llevada a cabo por uno “*semejante al Hijo del Hombre*”, título que ya ha sido utilizado en el libro de Apocalipsis para referirse al Señor Jesucristo (**Ap 1:13**). Y como ya hemos señalado en otras ocasiones, este título mesiánico proviene de la profecía de Daniel:

(Dn 7:13-14) *“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”*

El título “*Hijo del Hombre*” está estrechamente relacionado con el juicio. Debido a que el Señor Jesucristo es un Hombre, tiene todo el derecho de gobernar sobre los hombres, pero también está plenamente capacitado para juzgarlos:

(Jn 5:27) *“El Padre le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre.”*

(Mt 25:31-34) *“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.”*

Pero en este contexto, puede que el uso del título “*Hijo del Hombre*” tenga también el propósito de establecer un fuerte contraste con “*la bestia*”, que aparece en los pasajes anteriores como usurpadora de la autoridad de Dios. Pero sólo Cristo tiene el derecho legítimo de gobernar en el mundo de los hombres, entre otras cosas porque él es un hombre auténtico, a diferencia de la naturaleza corrompida y carente de toda humanidad que representa la bestia.

Juan añade un detalle más sobre este Soberano personaje: “*Tenía en la cabeza una corona de oro*”. Con esto se hace hincapié una vez más en su Majestad y soberanía. También en su victoria final sobre todos sus adversarios.

Cuando el Señor Jesucristo estuvo en este mundo sus enemigos lo humillaron colocándole una corona de espinas en su cabeza y le sentenciaron a muerte como si fuera un blasfemo y un impostor. Pero la visión que Juan vio aquí de él es muy diferente. Tiene una corona de oro y viene como vencedor supremo.

Además de los detalles relacionados con su realeza, trae “*en la mano una hoz aguda*”, símbolo de su oficio de Juez. El Señor Jesucristo vino a este mundo la primera vez como un “sembrador de la Palabra”, pero volverá otra vez como el segador.

En la ley de Moisés estaba escrito: “*No aplicarás hoz a la mies de tu prójimo*” (**Dt 23:25**). Pero Cristo se dispone aquí a segar su propio campo y sacar de él a su pueblo, dejando a un lado la cizaña que después será consumida en el fuego (**Mt 13:24-30**).

2. La siega

(Ap 14:15-16) *“Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura. Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada.”*

Este ángel, que es el cuarto que aparece en este capítulo, viene del templo, es decir, de la presencia de Dios. No debemos interpretar que viene dando órdenes al Señor, sino más bien informando de que la mies está madura. Diríamos que este ángel actúa como un mensajero de Dios.

Sólo Dios puede decidir el momento en que la mies está madura para ser cosechada. A los creyentes nos toca la misión de sembrar la semilla y cuidarla para que crezca adecuadamente.

Entonces, *“el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada”*. Sin duda, estar sentado no es una forma apropiada para segar, pero el cuadro completo sugiere que el Señor da las órdenes para que los segadores lleven a cabo la siega. Estos segadores pueden ser los ángeles (**Mt 13:39**).

La vendimia de los racimos

(Ap 14:17-20) *“Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda. Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras. Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios.”*

Al comienzo de esta segunda cosecha aparecen dos ángeles. El primero viene *“del templo que está en el cielo”*, lo que se refiere a la morada celestial de Dios, mientras que el segundo ángel *“salió del altar”*. Este último detalle es muy interesante. Recordemos lo que ocurrió cuando fue abierto el quinto sello:

(Ap 6:9-11) *“Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.”*

Aquí vemos a aquellos que habían sido muertos por causa de la Palabra de Dios pidiendo justicia. A ellos se les dijo que todavía deberían esperar, pero ahora vemos que el tiempo de juzgar a los impíos y contestar a las oraciones de los santos había llegado.

Otra diferencia entre los dos ángeles era que mientras que el primero llevaba *“una hoz aguda”*, del segundo se dice que *“tenía poder sobre el fuego”*. Tanto la hoz como el fuego se relacionan estrechamente con el juicio.

Después de la presentación de los dos ángeles, el segundo exhorta al primero con estas palabras: *“Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras”*. La figura utilizada ahora es la de una vendimia y el lagar para ilustrar el juicio

de Dios sobre los impíos. Las palabras empleadas aquí son similares a las del profeta Joel:

(Jl 3:12-13) *“Despiértense las naciones, y suban al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor. Echad la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descendad, porque el lagar está lleno, rebosan las cubas; porque mucha es la maldad de ellos.”*

Joel emplea las dos metáforas que encontramos en nuestro pasaje en Apocalipsis; la de la mies y también la vendimia de las uvas. Vemos que Dios tiene paciencia hasta que la mies está madura, en referencia al número de los santos; y también a que la maldad de los hombres llegue a su colmo (**Gn 15:16**).

Luego se describe el juicio divino: *“Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad”*. El lagar es un recipiente donde se echan las uvas para ser pisadas con los pies y extraer de ellas el mosto. Aquí se compara el zumo de la uva con la sangre de los impíos. Más adelante veremos que es el Señor Jesucristo en su venida gloriosa quien pisa el lagar de la ira de Dios, cumpliendo así la profecía de Isaías:

(Ap 19:15) *“De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso.”*

(Is 63:3-4) *“He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los pisé con mi ira, y los hollé con mi furor; y sus sangre salpicó mis vestidos, y manché todas mis ropas. Porque el día de la venganza está en mi corazón, y el año de mis redimidos ha llegado.”*

En su primera venida Cristo vino a derramar su sangre por los pecadores, pero fue rechazado por la mayoría. El debe volver una segunda vez para juzgar al mundo impío, y entonces derramará la sangre de ellos.

Este juicio ocurre en la tierra, y se presenta como un anticipo del infierno. Notemos que ocurre *“fuera de la ciudad”*. Puede referirse a la guerra de Armagedón (**Ap 16:13-16**) o del valle de Josafat (**Jl 3:11-15**). Aunque muy probablemente en este momento sólo quiere indicarnos que el juicio será llevado a cabo en el mismo lugar donde Cristo fue muerto, *“fuera de la puerta”, “fuera del campamento”* (**He 13:12-13**).

Por último se nos da una idea de las dimensiones de la destrucción: *“Y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios”*. Los frenos de los caballos estarían a un metro de altura, y los mil seiscientos estadios equivalen a una distancia de unos doscientos ochenta kilómetros. Por lo tanto, el juicio divino generará un río de sangre de un metro de profundidad por doscientos ochenta kilómetros de longitud. Esto nos da una idea de lo tremendo de este juicio.

Los ángeles con las siete plagas postreras (Ap 15)

Introducción

El capítulo anterior trató acerca de la cosecha de los santos para ser llevados a su hogar celestial y del juicio divino que destruirá a los impíos. Ahora vamos a ver con un poco más de detalle lo que ya se había anunciado en:

(Ap 11:18-19) *“Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo.”*

Por un lado vamos a ver el juicio de Dios que concluirá con la siete plagas postreras que comenzarán en el capítulo siguiente, y por otro, tendremos ocasión de ver la alegría de los santos redimidos disfrutando ya en la presencia de Dios en el cielo.

A lo largo del capítulo encontramos tres visiones:

- Siete ángeles preparados para ejecutar los juicios postreros de Dios **(Ap 15:1)**.
- El gozo de los santos en el cielo **(Ap 15:2-4)**.
- El templo del tabernáculo en el cielo es abierto **(Ap 15:5-8)**.

Siete ángeles preparados para ejecutar los juicios postreros de Dios

(Ap 15:1) *“Vi en el cielo otra señal, grande y admirable: siete ángeles que tenían las siete plagas postreras; porque en ellas se consumaba la ira de Dios.”*

Juan ve en el cielo una nueva señal que le produce asombro y admiración. Se trata de los “siete ángeles que tenían las siete plagas postreras”.

En los capítulos anteriores ya se nos ha hablado mucho acerca de los juicios de Dios. Hemos visto los siete sellos y también las siete trompetas. Ahora comienza una nueva serie de siete copas de la ira de Dios, pero debemos notar que son descritas aquí como “las siete plagas postreras”. En ellas vamos a ver un fuerte énfasis en el carácter definitivo de estos juicios, puesto que con ellas, nos dice Juan, “se consumaba la ira de Dios”.

Al terminar el capítulo anterior vimos que los hombres impíos estaban ya como “*uvas maduras*”, listas para ser vendimiadas **(Ap 14:18)**. Habían llegado a un punto de endurecimiento y oposición contra Dios que resultaba imposible su conversión. Lo vamos a ver en el siguiente capítulo, cuando la respuesta de los hombres a cada uno de los juicios de Dios será la blasfemia y la falta de arrepentimiento: “*Y los hombres blasfemaron contra Dios y no se arrepintieron para darle gloria*” **(Ap 16:9,11,21)**.

Su actitud es la que provocó esta nueva serie de siete juicios que vemos aquí. Esto ya había sido advertido por Dios en la ley:

(Lv 26:21) *“Si anduviereis conmigo en oposición, y no me quisiereis oír, yo añadiré sobre vosotros siete veces más plagas según vuestros pecados.”*

Llegados a este punto podríamos decir que a partir de aquí el propósito de Dios no es tanto buscar la conversión de las personas sino traer sobre ellas su justo juicio. Por eso, aunque los juicios simbolizados por los siete sellos y las siete trompetas fueron fuertes, sin embargo, eran juicios parciales. Pero a partir de aquí las limitaciones desaparecen y los juicios afectan al universo entero, y se centran especialmente contra el reino de la bestia.

Sin lugar a dudas, el tema de la *“ira de Dios”* no nos gusta. Se habla muy poco de ello, incluso entre los creyentes. A veces pareciera que el pueblo de Dios se avergüenza de la ira de Dios y las manifestaciones tan terribles que aquí se muestran de sus juicios. Sin embargo, vamos a ver en este pasaje que la manifestación de la ira de Dios produce uno de los cánticos de alabanza más hermosos que se han escuchado en el cielo.

A todos nos agrada pensar en el amor de Dios, y cuando se nos menciona su ira, nos parece que es algo ajeno a su carácter. Ningún creyente dudaría en admitir que el amor es uno de los atributos de Dios, pero pocos se atreverían a decir que la ira es otro de ellos. Evidentemente, esta visión de Dios encaja bien con las preferencias del ser humano. Queremos un Dios que se preocupe por nuestro placer y bienestar, pero no uno que nos reprenda y castigue por lo que hacemos mal.

Pero no olvidemos que en gran medida la belleza de Dios consiste en su odio hacia el pecado. De hecho, si este universo puede llegar un día a ser diferente, sólo será posible por la ira de Dios. Ahora bien, dicho esto, debemos aclarar que la ira de Dios no tiene nada que ver con las manifestaciones humanas de ira. En el hombre se trata de una pérdida de control, de una manifestación de mal carácter, pero en Dios no tiene nada que ver con esto. La ira de Dios es la respuesta anunciada contra toda forma de pecado.

Si lo pensamos bien, dentro de cada uno de nosotros, permanece el anhelo de que Dios actúe y juzgue la maldad de los hombres. Todos queremos ver cómo aquellos que abusan de su poder son juzgados, que Dios escucha el clamor de los oprimidos e interviene. ¡Con cuanta frecuencia escuchamos a las personas decir: “si Dios existe por qué no hace algo ante las injusticias que vemos en este mundo”! El problema surge cuando Dios viene a juzgarnos también a nosotros. En ese momento ya no nos gusta la ira de Dios contra el pecado. Pero si Dios ha de llevar a cabo su proyecto para convertir este mundo en un lugar bueno, es necesario que previamente acabe con todo tipo de pecado; no sólo los que son mal vistos socialmente, sino cualquier transgresión contra la ley de Dios. Es lógico que a los hombres pecadores les desagrade la idea de la ira de Dios, y este debería ser un motivo de preocupación para ellos.

El gozo de los santos en el cielo

(Ap 15:2-4) “Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado.”

La segunda visión que Juan tiene nos presenta a *“los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre”*. Ya no están en la tierra, sino que aparecen en la misma presencia de Dios. Seguramente debamos pensar

que estos son aquellos que en el capítulo anterior habían sido segados para ser llevados a su patria celestial (**Ap 14:14-16**).

Ahora están en pie sobre lo que a Juan le pareció *“un mar de vidrio mezclado con fuego”*. Seguramente sea el mismo *“mar de vidrio semejante al cristal”* que había delante del trono de Dios (**Ap 4:6**). Una visión semejante a la que Moisés tuvo cuando él y los ancianos de Israel *“vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno”* (**Ex 24:10**). Y la que Ezequiel describió como *“una expansión a manera de cristal maravilloso”* (**Ez 1:22**).

Ese mar de vidrio delante del trono reflejaba la gloria de Dios. Sin embargo, aquí está *“mezclado con fuego”*, que como en otras ocasiones es un símbolo del juicio de Dios. Esto tiene sentido si tenemos en cuenta que es el tema principal de todo el pasaje.

Ahora bien, encima de este mar de vidrio se encuentran de pie todos *“los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre”*. Esto es curioso, porque al marcharse de este mundo parecían perdedores más que vencedores. Ya vimos que a la bestia *“se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos”* (**Ap 13:7**). Sus condiciones de vida bajo el régimen de la bestia fueron realmente angustiosas, pero ellos prefirieron ser fieles hasta la muerte antes que negar a Cristo.

(Ap 12:11) *“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte.”*

Ahora todos ellos se encuentran ante el mismo trono de Dios como vencedores. Así se cumplirá lo que dijo el Señor Jesucristo:

(Mt 16:25) *“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.”*

Queda demostrado de este modo que nada puede triunfar sobre el pueblo de Dios cuando éste decide ser fiel al Señor.

A continuación se nos muestra la alegría de estos vencedores. Juan dice que los vio *“con las arpas de Dios”* y que cantaban *“el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero”*.

Parece que el arpa es uno de los instrumentos principales usados en el cielo para acompañar la adoración. Los veinticuatro ancianos tenían arpas (**Ap 5:8**) y también los ciento cuarenta y cuatro mil (**Ap 14:2-3**). Poco a poco el coro celestial se iba completando.

En cuanto al cántico que cantaban, debemos notar que se presenta como un breve paréntesis que anuncia el gozo celestial ante la inminente consumación de la ira de Dios. Notemos cuál era la razón de su adoración: *“Porque tus juicios se han manifestado”* (**Ap 15:4**). Cuando esto empiece a ocurrir, ellos ya estarán a salvo en el cielo con el Señor.

Lo que cantaban era *“el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero”*. De alguna manera aparecen unidas aquí las distintas fases de la revelación. La primera es consumada en la segunda. Lo que Moisés vivió anticipaba el mismo tipo de conflicto y victoria que los seguidores del Cordero experimentarán al final de los tiempos.

Recordamos que en Egipto, en los tiempos de Moisés, Faraón se había levantado desafiando a Dios e intentando aniquilar a su pueblo escogido; exactamente del mismo modo en que la bestia se alzó contra el Cordero de Dios y sus santos, exigiendo ser adorado por ellos y matando a quienes se le oponían.

Pero también en ambos casos, tanto Faraón como la bestia sufrieron las plagas de Dios que fueron enviadas para mostrar la justicia de Dios y conseguir liberar a su pueblo.

Probablemente el cántico de Moisés al que se hace referencia aquí sea el que encontramos en **(Ex 15:1-18)**, justo después de que Moisés y el pueblo hubieran cruzado el Mar Rojo. En ambas escenas, los redimidos se encuentran de pie delante de un mar, mientras que sus enemigos son destruidos. Moisés e Israel estaban delante del Mar Rojo donde sus perseguidores egipcios habían perecido, y los santos de Apocalipsis también están de pie sobre un mar de cristal después de haber vencido a la bestia. En ambos casos habían dejado atrás a sus enemigos y ya disfrutaban de su victoria.

Es también interesante la mención del “Cordero” en el cántico, porque también la victoria de Israel en el pasado tuvo lugar inmediatamente después de que el pueblo sacrificara el cordero pascual.

Veamos ahora el contenido del cántico:

Comienza diciendo: *“Grandes y maravillosas son tus obras”*. En este contexto, las obras a las que se hace referencia tienen que ver con los juicios de Dios. Es algo similar a lo que dijeron los israelitas cuando Dios ahogó al ejército egipcio en el Mar Rojo. Entonces describieron a Dios como *“¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios? (Ex 15:11).”*

Continúa reconociendo la rectitud de Dios en la ejecución de sus juicios: *“Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos”*.

Se enfatiza también su santidad y soberanía, razones por las que se le debe temer y adorar: *“Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre?”*. Es verdad que hoy en día muy pocas personas tienen este temor reverente ante Dios. Incluso muchos creyentes piensan tanto en su amor que olvidan que él odia y rechaza con todas sus fuerzas cualquier forma de pecado. Su santidad le lleva a revelar su ira contra él.

Pero esta santidad absoluta de Dios es también una razón fundamental por la que es digno de ser alabado y reconocido como el Soberano del universo: *“Pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado”*. Esto no quiere decir que todas las naciones le adorarán como consecuencia de una conversión genuina, sino porque no les quedará otra opción que doblar su rodilla ante la gloria y majestad del Creador del universo. Este mismo pensamiento lo encontramos anunciado en otras partes de la Escritura:

(Sal 2:8) *“Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.”*

(Fil 2:9-11) *“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”*

En este mundo no existen naciones cristianas, o al menos no hay ninguna que se comporte como tal, pero en la nueva creación habrá también nuevas naciones que rendirán su adoración a Dios de corazón y voluntariamente **(Ap 21:24)**.

El templo del tabernáculo en el cielo es abierto

(Ap 15:5-7) *“Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio; y del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos.”*

Juan regresa ahora al mismo tema con el que comenzó este capítulo: las siete plagas postreras que serán administradas por siete ángeles. Sin embargo, antes de tratar ese tema, observa un hecho muy importante: *“fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio”*. El hecho de que “fuera abierto” es algo así como si se recorriera una cortina para que podamos ver lo que hay en el otro lado. Ahora bien, con esta apertura del santuario parece querer decir que los pensamientos y planes de Dios comienzan ahora a realizarse abiertamente en la tierra. Los juicios que hasta ese momento han obrado en este mundo como escondidas, ahora se verán claramente como juicios provenientes del Dios del cielo.

Notemos que al templo se le llama también el *“tabernáculo del testimonio”*. El *“testimonio”* se refería a las tablas de la ley que estaban en el arca en el lugar santísimo. Esa ley trata del carácter de Dios y de los requisitos que Dios espera que los hombres cumplan. ¿Qué importancia tiene este detalle en este contexto? Bueno, sirve para aclarar cuál es la causa de los juicios que están a punto de ser manifestados. Cuando los hombres quebrantan la ley de Dios y viven de espaldas a él, le ofenden gravemente. Algunos piensan que como son mayoría los que no creen en Dios, él un día se dará por vencido y cambiará para ser como ellos quieren que sea, pero eso es una equivocación terrible. Dios es perfecto y no va a cambiar su carácter, por el contrario, se dispone a quitar todo aquello que no se corresponde con su santa ley.

Pensemos en una sencilla ilustración. Si yo soy un violinista y soy invitado a tocar en una orquesta, el director me dará una partitura a la que me deberé ajustar. Si cuando todos los músicos comienzan a tocar yo decido tocar otra cosa que a mí me gusta más, el director no tendrá más opción que parar la orquesta y hacerme salir, de otro modo, verá arruinada su propia partitura y todo el sonido. Y del mismo modo, para que este mundo llegue a convertirse en un lugar hermoso, sólo hay una solución; que todos nos sujetemos a la ley de Dios. Es verdad que muchos no quieren hacerlo, por eso Dios se ve obligado a sacarlos de su mundo.

En todo caso, como ya hemos señalado anteriormente, la Biblia no se avergüenza de la idea de un Dios que juzga. Veamos ahora que los siete ángeles que tenían las siete plagas salían del templo de Dios, dando a entender claramente que estaban ejecutando sus órdenes. Y se añade otro detalle más que refuerza esta idea: estaban *“vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro”*. La idea que transmiten sus vestidos es de santidad y pureza. A muchos les puede extrañar que el asunto de la ira de Dios contra el pecado tenga algo que ver con la belleza y pureza de carácter, pero es así. En el cielo no es considerado como algo brutal o como si fuera fruto de una malvada pasión. Tiene que ver con una auténtica inquietud por la justicia, y esto siempre es bueno.

En relación a lo anterior, notemos quién es el que da las copas de la ira de Dios a los siete ángeles: *“Uno de los cuatro seres vivientes”*. Estos seres aparecieron por primera vez en **(Ap 4:6)**, y vimos que ocupan un lugar estratégico alrededor del trono de Dios y que le sirven en su presencia. Su propia descripción como “seres vivientes” nos da a entender

que ellos valoran la vida, y por lo tanto, están en contra de todo aquello que acabe con la vida, como lo es el pecado.

Otro detalle curioso es que la ira de Dios iba contenida en "siete copas de oro". Este tipo de tazón o escudilla poco profunda, se usaban frecuentemente en el templo para verter libaciones sobre los sacrificios que se elevaban en olor grato ante Dios. ¿Hemos de pensar que el sacrificio de los impíos pudiera ser interpretado de esa manera? Veamos lo que dijo el apóstol Pablo:

(2 Co 2:15-16) *"Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida."*

Nadie podía entrar en el templo

(Ap 15:8) *"Y el templo se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles."*

Lo que Juan estaba viendo era un momento muy solemne en el que la gloria de Dios se estaba manifestado de una manera especial. Como consecuencia de ello nos dice: *"Y el templo se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder"*. Momentos similares los podemos encontrar también en el Antiguo Testamento: **(Ex 40:34) (1 R 8:10) (Is 6:4) (Ez 10:4) (Ez 44:4)**.

Tal era la importancia de este momento que *"nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles"*. En todo caso, aunque nadie podía entrar en el templo, los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia ya estaban dentro. Quizá la idea de la puerta cerrada del templo impidiendo la entrada de nadie más, sea similar a lo que ocurrió una vez que comenzó el diluvio y Noé y su familia entró en el arca pero Dios cerró la puerta para que nadie más entrara porque ellos habían llegado al colmo de su maldad y ya sólo cabía para ellos esperar el juicio de Dios que vendría con el diluvio **(Gn 7:16)**.

Las copas de la ira (Ap 16)

Introducción

El capítulo anterior trató sobre la preparación de las siete plagas postreras, y lo que sigue ahora es la consumación de ellas.

Tenemos, por lo tanto, una nueva serie de siete juicios. Esta es la tercera si tenemos en cuenta los sellos y las trompetas. Sin embargo, a diferencia de las anteriores, éstas afectan a todo el mundo sin restricción alguna. Además, su ejecución se lleva a cabo rápidamente, casi sin interrupción alguna. Por otro lado, en las dos series de juicios anteriores, al llegar al sexto juicio, se hacía un paréntesis y comenzaba otra serie de plagas, pero aquí vamos a ver que la serie se completa, no dejando nada pendiente. Se trata por lo tanto de las plagas postreras en las que es consumada la ira de Dios (**Ap 15:1**).

Es un capítulo muy solemne, en el que Dios está interviniendo de formas sobrenaturales para juzgar a este mundo. No debemos buscar, por lo tanto, explicaciones lógicas o científicas a lo que aquí se nos dice.

Y otro detalle que nos asombra y entristece es que a pesar de la dureza de los juicios, no hay evidencia alguna de arrepentimiento, aunque también es cierto que de parte de Dios tampoco hay ya ninguna invitación a él.

La orden para ejecutar los juicios

(Ap 16:1) “Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.”

Aquí cabe señalar que aunque los ejecutores de los juicios son una vez más los ángeles, la orden es dada por una gran voz que provenía del templo.

Juan dice que escuchó una gran voz, lo que sugiere autoridad y firmeza. Y la orden dada fue: “*Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios*”. Notemos el alcance universal de los juicios de las copas.

La primera copa

(Ap 16:2) “Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen.”

El primer juicio consistió en “*una úlcera maligna y pestilente*”, una plaga terrible y repulsiva que dañaba sólo a los hombres. Además del aspecto repugnante de las llagas, estaría también un fuerte olor desagradable.

Esta es una forma de decir cómo ve Dios al pecador. El profeta Isaías usó una descripción similar:

(Is 1:6) “Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.”

El pecado daña gravemente la imagen de Dios en el hombre. Podríamos decir que lo que esta plaga estaba haciendo era sacar al exterior lo que había en el interior de sus corazones y pensamientos.

El pecado desvirtúa al ser humano. Originalmente había sido creado a la imagen de Dios, pero prefirió cambiarla por la marca de la bestia. Había sido creado para tener comunión y adorar a Dios, pero prefirió adorar a una bestia. Esto es un auténtico cáncer que destruye la verdadera humanidad, y Dios no puede callar ante una perversión así.

Por otro lado, esta plaga nos recuerda los sarpullidos y úlceras de Egipto (**Ex 9:8-11**). Es interesante notar que esta fue la sexta plaga. Antes de ese momento, Faraón se había negado a admitir que fuera Dios quien enviaba esas plagas. Quizá pensó que lo que estaba ocurriendo en su país podía ser algo fortuito. Pero la exactitud con la que Moisés anunciaba los juicios y cómo ocurrían, le hicieron descartar esa idea. Parece que en otros momentos pensó que Dios no era más poderoso que sus dioses. Al fin y al cabo, sus hechiceros lograron imitar las tres primeras plagas. Pero cuando llegaron a la cuarta, sus propios hechiceros no pudieron hacer lo mismo, y tuvieron que declarar ante Faraón la increíble superioridad de Jehová (**Ex 8:19**). A partir de ese momento, Faraón no tenía ninguna excusa para seguir endureciendo su corazón, pero el hecho es que siguió haciéndolo. Y cuando llegó la plaga de las úlceras, notamos un cambio importante; ya no era Faraón quien se endurecía, sino que era Dios quien endurecía su corazón (**Ex 9:12**). Faraón había decidido libremente no hacer caso a las evidencias que Dios le mostraba, y llegó a un punto en el que ya no había retorno. Su destrucción había sido decidida. Pero Dios aprovechó la situación para mostrar su gloria de manera imborrable en Egipto y en todo el mundo.

En este caso el juicio vino *“sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen”*. Parece dar a entender que el resto serán librados. Como los israelitas fueron librados de las plagas en Egipto (**Ex 8:22**) (**Ex 9:26**) (**Ex 10:23**) (**Ex 11:7**).

Ahora lo que debemos notar es que la bestia a la que ellos habían adorado no podía hacer nada para librarles de las úlceras.

La segunda copa

(Ap 16:3) *“El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar.”*

Anteriormente ya habíamos visto un juicio similar cuando sonó la segunda trompeta y un tercio de las aguas se convirtió en sangre y murió un tercio de los seres vivientes (**Ap 8:8-9**). Sin embargo, en este nuevo juicio no hay ningún tipo de proporción, sino que *“murió todo ser vivo que había en el mar”*. Esto sugiere el carácter completo y final de estos juicios.

No obstante, Juan quiere transmitirnos también la impresión que este juicio le produjo: *“el mar se convirtió en sangre como de muerto”*. La idea parece ser la de un hombre muerto en medio de un gran charco formado por su propia sangre.

A todo esto debemos añadir el desagradable hedor de un mar de sangre lleno de peces muertos que cubrirán las playas y costas en estado de putrefacción. Atrás quedarán los días cuando los hombres disfrutaban de la refrescante brisa del mar. Será una plaga terrible, porque los océanos ocupan un setenta por ciento de la superficie de la tierra, y proporciona una gran parte de los alimentos usados por el hombre. Y nos imaginamos que también afectará al transporte marítimo de tal manera que se cortarán las rutas comerciales.

Toda esta transformación de los mares del mundo en putrefactos estanques malolientes, será un juicio de Dios contra la maldad humana. Junto con las úlceras de la primera plaga, ofrece una imagen muy vívida de lo que será este mundo bajo la maldición plena de Dios, lo que también nos da una idea de cómo será el infierno.

La tercera copa

(Ap 16:4) “El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre.”

Este nuevo juicio guarda relación también con el juicio que vino con el toque de la tercera trompeta (**Ap 8:10-11**). Entonces la tercera parte de los ríos y de las fuentes de las aguas se convirtieron en ajenjo y muchos hombres murieron. Pero una vez más, la plaga que ahora estamos estudiando no conoce límite y llega a abarcar a toda la tierra. Y otra diferencia entre ambas plagas es que en esta ocasión las aguas se convertirán en sangre.

El agua es un elemento esencial para la vida humana. Después de esta plaga los hombres no podrán beber agua; sólo habrá sangre. Tampoco podrán lavar sus úlceras con agua. La falta de higiene y la transmisión de enfermedades causará estragos. Es una plaga muy severa y dramática, porque la vida sin agua es inviable.

La acumulación de las tres primeras plagas provocará una destrucción sin precedentes de toda forma de vida.

I. ¿Es esto justo?

(Ap 16:5-7) “Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres tú, oh señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen. También oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos”

El escenario que se nos acaba de presentar es tan inimaginablemente horrible, que muchos se preguntan cómo un Dios misericordioso y lleno de gracia puede enviar tales juicios. ¿Son justos?

Lo que vamos a ver es que el castigo se corresponde con el crimen cometido. La causa contra ellos se debía a que *“derramaron la sangre de los santos y de los profetas”*, y Dios, que es justo, debía darles lo que se merecían. El mismo ángel que había derramado esta copa de la ira de Dios concluye: *“les has dado a beber sangre; pues lo merecen”*. Otro ángel, que hablaba desde el altar, quizá en representación de las almas que estaban allí porque *“habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían”* (**Ap 6:9**), también se une para mostrar satisfacción por lo que estaba ocurriendo: *“Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos”*.

El asunto era realmente muy grave, y como acabamos de ver, Dios tiene todo el derecho a juzgar a los hombres, porque él es el *“Señor Dios Todopoderoso”*.

Ahora bien, ¿por qué es tan grave este pecado de matar a los creyentes? En principio la Biblia nos enseña que quitar la vida de un hombre que está hecho a la imagen y semejanza de Dios, es como levantar el puño contra Dios mismo:

(Gn 9:6) “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre.”

Necesariamente Dios tiene que actuar, y lo hace con justicia:

(2 Ts 1:6) *“Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan.”*

Pero en este sentido, todavía hay un crimen infinitamente mayor que todavía no ha sido resuelto: Los hombres mataron injustamente al Cristo de Dios. Es verdad que muchos nos hemos arrepentido y hemos reconocido que no murió porque hubiera hecho algo injusto, sino que siendo perfecto cargó sobre sí la culpabilidad de nuestros pecados. Pero hay otros muchos que siguen pisoteando la sangre de Cristo, atrayendo sobre sí mismos una justa condenación.

(He 10:28-31) *“El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de Gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”*

La cuestión fundamental con la que cada uno de nosotros debemos enfrentarnos tiene que ver con el valor que damos a la sangre de Cristo.

La cuarta copa

(Ap 16:8-9) *“El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.”*

La cuarta plaga afecta al sol. Esto ya había ocurrido en ocasiones anteriores: *“El sol se puso negro como tela de cilicio” (Ap 6:12); “Fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche” (Ap 8:12)*. Pero nuevamente vemos que esta plaga es definitiva y se aplica sin restricciones sobre todos los hombres.

El sol, que siempre ha suministrado al hombre luz, calor y energía, se convertirá en un agente destructivo y mortal. Los hombres no encontrarán la forma de protegerse de un calor tan ardiente que parecerá fuego. Pero un aumento tan importante de las temperaturas también afectará a los glaciares, llegando a derretirlos. Esto ocasionará la subida del nivel de los océanos en unos cuantos metros, la desaparición de los puertos y la inundación de muchas importantes ciudades.

Un juicio similar fue anunciado por el profeta Malaquías:

(Mal 4:1) *“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.”*

Difícilmente podemos imaginarnos el intenso dolor que la acumulación de estas primeras plagas tendrá sobre los hombres: úlceras malignas y pestilentes; el agua de los mares convertida en sangre como de muerto; los ríos y las fuentes también convertidas en sangre; y finalmente un calor ardiente como fuego. Pensemos en la sensación de estar muertos de sed por el intenso calor y no tener nada para beber o con que refrescarse.

2. Los hombres blasfeman el nombre de Dios

Los hombres no tendrán ninguna duda de que esos castigos vienen de parte de Dios, de hecho, reconocerán que *“Dios tiene poder sobre estas plagas”*. Pero su corazón estará

tan endurecido en ese momento, que lejos de reconocer su pecado y clamar a Dios por perdón, harán todo lo contrario: *“Y blasfemaron el nombre de Dios... y no se arrepintieron para darle gloria”*.

Algunos piensan que los hombres se arrepentirían si conocieran el juicio de Dios y cómo es el infierno; pero esto es una equivocación. En esos días los hombres experimentarán de una forma muy real un adelanto de lo que será el infierno, sin embargo, lo único que producirá en ellos será un mayor endurecimiento de su corazón.

La quinta copa

(Ap 16:10-11) “El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.”

La quinta copa se derramó directamente *“sobre el trono de la bestia”*. Es un juicio sobre Satanás y su reino.

Anteriormente vimos que toda la tierra se iba en pos de la bestia y la adoraban. Entonces todos hacían la misma pregunta: *“¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?” (Ap 13:3-4)*.

Ahora, el arrogante desafío de la bestia, que había establecido su trono en imitación del trono de Dios, va a ser juzgado para siempre. El esplendor de su trono se apagará con la plaga de las tinieblas, sin que la bestia pueda hacer nada para impedirlo.

El hombre prefiere las tinieblas a la luz, y esto es precisamente lo que consigue **(Jn 3:19)**. Pero entonces se sentirán inseguros cuando vean oscurecerse aquello en lo que habían puesto su fe y esperanza. Unos a otros no se podrán reconocer y vagarán en la oscuridad sin saber a dónde van.

El resultado será un terrible dolor: *“Mordían de dolor sus lenguas”*. En medio de su intenso sufrimiento morderán sus lenguas, como si producir un dolor distinto lograra aliviar el rigor del que ya estaban padeciendo. Qué terrible es pensar que los hombres llegado el punto de verse morir, prefieren morder sus lenguas antes que clamar a Dios pidiendo perdón. Por el contrario se nos dice que una vez más *“blasfemaron contra el Dios del cielo”*.

Todavía no habían llegado al infierno, pero la acumulación de todos los juicios anteriores, más el hecho de vivir en tinieblas, les daba una idea muy precisa de a dónde se dirigían. Y lo peor de ese estado es que no hay forma de atenuar el dolor.

La sexta copa

(Ap 16:12-16) “El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.”

1. El gran río Eufrates es secado

El juicio de la sexta copa se derrama sobre el río Eufrates de tal modo que se seca y queda preparado el camino para los reyes del oriente.

Este juicio también está relacionado con el de la sexta trompeta (**Ap 9:13-16**). En esa ocasión, cuando la trompeta sonó, fueron soltados los cuatro ángeles que estaban atados junto al gran río Eufrates. Una vez desatados mataron a la tercera parte de los hombres.

Ahora el gran río Eufrates vuelve a estar en el centro de la acción. Tal vez debemos pensar en él como la frontera oriental de Israel (**Jos 1:4**). El hecho de que se seicara, permitiría el avance sin dificultad de los grandes enemigos de Israel; naciones como Asiria, Babilonia o el imperio Medo-Persa.

2. La trinidad diabólica convoca a los reyes de la tierra para luchar contra el Todopoderoso

Seguramente lo que tenemos ante nosotros es una campaña de propaganda diabólica: “*Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos*”.

El asunto parece importante porque la “trinidad diabólica” al completo está implicada en ella: el dragón, la bestia y el falso profeta.

Su actividad se centra en convencer a los reyes de la tierra para reunirse para la gran batalla final contra Dios. Y vemos que finalmente lo consiguen. En realidad van engañados, pensando que pueden vencer a Dios, pero al mismo tiempo, van porque quieren ir y luchar contra Dios.

Sin duda, Satanás, con su gran capacidad para el engaño, no tendrá dificultades para convencer a los reyes de la tierra. En realidad, éstos quedaron desprotegidos ante él en el mismo momento en que rechazaron a Dios (**2 Ts 2:8-12**). ¡Resulta tan fácil engañar a las masas para que vayan contra Dios!

Es curioso que los tres espíritus inmundos que salían de la trinidad diabólica, eran “*a manera de ranas*”. ¡Qué caricatura! Son presentados aquí como ranas que croan toda la noche en los pantanos y ciénagas. Y lo más asombroso de todo es que consiguen convencer a los reyes de la tierra y a sus súbditos.

Es verdad que en su campaña de propaganda usarán también de “*señales*” para persuadir a los reyes de la tierra (**Ap 13:13-14**).

Pero todo esto es absurdo, porque la batalla es contra el “*Dios Todopoderoso*”. Es imposible que sea vencido, así que aquel día será el día de la destrucción de los impíos.

3. “He aquí, yo vengo como ladrón”

En ese momento, cuando nadie lo espera, el Señor viene para la batalla final. Tan sorprendente e inesperada será su venida que dice: “*Yo vengo como ladrón*”. No quiere decir que venga a robar, sino a tomar lo que legítimamente le pertenece. Pero su venida será de tal modo que será imposible de predecir o calcular por adelantado.

Veamos lo que el apóstol Pedro dijo al respecto:

(2 P 3:10) “*Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.*”

Puesto que no sabemos el momento de su venida, hay aquí una exhortación a estar vigilantes en todo momento: *“Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza”*.

Probablemente la figura usada aquí es la de un soldado que está en el frente haciendo guardia. Tiene que estar despierto y alerta. No puede quitarse sus ropas para dormir, porque en ese caso, si el enemigo atacara, sería vencido y sufriría un terrible ridículo.

4. El lugar de la batalla

La reunión de los ejércitos se lleva a cabo *“en el lugar que en hebreo se llama Armagedón”*. Esto significa *“montaña de Meguido”*.

Allí fue donde Débora y Barak derrotaron a las huestes de Jabín, rey de Canaán (**Jue 5:19-20**).

La séptima copa

(Ap 16:17-21) *“El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.”*

1. El anuncio de la sentencia final

Al llegar a la séptima copa nos encontramos ante un momento culminante. Esto viene indicado por varios factores.

En primer lugar, notamos que al ser derramada la copa por el aire, *“salió una gran voz del templo del cielo y del trono”*, lo que nos da a entender que Dios mismo desde su trono estaba interviniendo para poner el broche final a sus juicios.

En segundo lugar, encontramos la expresión: *“Hecho está”*, con la que se culminan sus juicios. Sobre esta frase, debemos recordar que también fue dicha por el Señor Jesucristo instantes antes de morir en la cruz (**Jn 19:30**). Aquello significó la culminación de su obra de salvación, pero ahora el contexto es muy diferente, porque lo que encontramos aquí es que los hombres que rechazaron su oferta de salvación, se han de encontrar ahora con la sentencia final de su juicio condenatorio.

En tercer lugar, debemos observar también cómo este juicio viene acompañado por ciertos elementos que enfatizan la solemnidad del momento: *“Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra”*.

Y en cuarto lugar, vemos que Juan describe esta plaga con una palabra que no usa en ninguna otra parte de este libro: *“su plaga fue sobremanera grande”* (**Ap 16:21**).

2. El juicio divino

La descripción del juicio comienza con un enigmático anuncio: *“Y la gran ciudad fue dividida en tres partes”*. ¿A qué *“gran ciudad”* se refiere?

Hay varias sugerencias, pero quizá lo más coherente sea identificarla con *“la gran Babilonia”*, cuya caída se va a describir con detalle a continuación. Y aquí lo que tenemos es el anuncio de que su unidad y concordia serán rotas.

Parece que la caída de esta gran ciudad provoca también la caída de otras ciudades por todo el mundo: *“Y las ciudades de las naciones cayeron”*. Estamos aquí ante el colapso de la sociedad organizada tal como la conocemos ahora.

Nuevamente el foco de este último juicio se centra en *“la gran Babilonia”*, que recibe de parte de Dios la más enérgica sanción: *“Y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira”*. No obstante, lo que tenemos aquí es sólo un breve anticipo de lo que va a ser el tema de los próximos capítulos **(Ap 17-18)**.

Los juicios sobre Babilonia y las ciudades de las naciones serán acompañados de terribles cataclismos: *“Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento”*. A esto hay que añadir lo que se dijo anteriormente: *“relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra”* **(Ap 16:18)**.

Después de esto las islas y los montes desaparecerán, lo que cambiará toda la topografía de este mundo. Y además caerá un enorme granizo, que los expertos estiman que pesará entre 25 a 50 kilogramos. La destrucción que todo esto causará es inimaginable. La tierra será un lugar irreconocible, devastado y convertido en un montón de escombros. Especialmente Babilonia, la capital del gobierno del anticristo. Y con ella, todo lo que la cultura humana caída había producido, quedará hecho añicos.

3. La respuesta de los hombres ante este último juicio

Los hombres serán conscientes de que están asistiendo al juicio final de Dios sobre su cultura, pero lejos de arrepentirse o pedir perdón, vuelven a repetir la actitud que ya habían manifestado en los juicios anteriores: *“Y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande”*.

En la ley leemos que los blasfemos debían ser apedreados **(Lv 24:16)**, y viendo cómo el granizo caía sobre ellos, pareciera estar dándonos a entender que Dios estaba cumpliendo su sentencia sobre ellos.

Condenación de la gran ramera (Ap 17)

Introducción

En el capítulo 16 vimos las siete plagas postreras que serán derramadas sobre la tierra. Entre ellas encontramos también una rápida referencia a la destrucción de Babilonia (**Ap 16:19**). Ahora, en el capítulo 17 se describe con mucho más detalle quién es la gran Babilonia y la sentencia de Dios contra ella.

Por otro lado, debemos considerar juntos los capítulos 17 y 18 de Apocalipsis, ya que en ambos se tratan diferentes aspectos del juicio divino contra Babilonia. Notaremos que en el capítulo 17 se nos revela el carácter religioso y político de Babilonia. Desde la perspectiva religiosa es presentada como una gran ramera, y en cuanto al aspecto político viene asociada con la bestia. Luego, el capítulo 18 se centra mayormente en el aspecto comercial de Babilonia. Tenemos, por lo tanto, tres áreas que el diablo siempre ha utilizado para controlar al hombre: religión, política y comercio.

Y para tener una visión más amplia de estos capítulos, hemos de ver la relación que tienen con el final de Apocalipsis. Notemos algunos contrastes:

- En el capítulo 17 Babilonia es representada como una gran ramera que viene montada sobre la bestia, mientras que en (**Ap 19:7-8**) (**Ap 21:2**) se establece un claro contraste con la Iglesia, que es presentada como la esposa del Cordero.
- También se contrasta la ciudad de Babilonia, que es “*habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo*” (**Ap 18:2**), con la nueva Jerusalén que desciende del cielo (**Ap 21:2**).

La sentencia contra la “gran ramera”

(Ap 17:1-2) “Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación.”

Como acabamos de decir, hay una estrecha relación entre este capítulo y los últimos de Apocalipsis. Esto queda demostrado por el hecho de que en ambos casos es el mismo personaje, “*uno de los siete ángeles que tenían las siete copas*”, quien introduce con las mismas palabras el futuro que espera a la gran ramera y a la nueva Jerusalén, la esposa del Cordero. Compárese (**Ap 17:1**) y (**Ap 21:9**).

Por el momento, lo que tenemos aquí es “*la sentencia contra la gran ramera*”. Se trata del veredicto judicial de Dios contra ella, así como de su ejecución.

¿Cuál es la razón de su juicio? Notemos que es descrita como una “*gran ramera*”. En principio esto haría referencia a una mujer que vende su cuerpo, pero con más frecuencia este término es usado en la Biblia para referirse a la “prostitución espiritual” (**Is 1:21**) (**Jer 3**) (**Ez 16**). Y de esto es de lo que se le acusa.

Este tipo de fornicación espiritual consiste básicamente en dejar a Dios, el esposo auténtico, para ir detrás de los amantes o dioses falsos.

¿Con quién ha fornicado? ¿Cuál es el área en la que ha ejercido su nefasta influencia espiritual? Para contestar a estas preguntas Juan nos da varios datos: “*está sentada sobre muchas aguas*” y con ella “*han fornicado lo reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación*”. En primer lugar, notamos que Juan no pretende que interpretemos literalmente todos los detalles, porque aquí nos dice que “*está sentada sobre muchas aguas*” y un poco más adelante nos dirá que está “*sentada sobre una bestia escarlata*” (**Ap 17:3**).

Ahora bien, ¿a qué se refieren las “*muchas aguas*” sobre las que está sentada la ramera? La contestación la encontramos un poco más adelante en el mismo pasaje: “*Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas*” (**Ap 17:15**). En todo caso, la expresión no es nueva, sino que ya fue utilizada por el profeta Jeremías para referirse al juicio sobre la antigua Babilonia: “*Tú, la que moras entre muchas aguas, rica en tesoros, ha venido tu fin, la medida de tu codicia*” (**Jer 51:13**). Y podemos pensar también, puesto que el diablo siempre intenta imitar a Dios, que con este hecho intenta copiar el gran trono divino descrito en (**Ap 4:6**) delante del cual “*había como un mar de vidrio semejante al cristal*”.

Así que, es una “*gran ramera*” porque ha extendido su influencia sobre muchos pueblos y naciones. Pero aún más, nos dice que también “*han fornicado con ella los reyes de la tierra*”. Esto nos da una idea de su poder e influencia, que vuelve a ser subrayada en (**Ap 18:3**).

Todo esto nos lleva a pensar que las naciones acogerán el sistema idolátrico de la gran ramera, dando la espalda al Dios verdadero.

Queda claro que las personas son incurablemente religiosas. La razón de esto es porque Dios nos ha creado para que le adoremos. Y si no adoramos al Dios verdadero, entonces nos inventaremos otros dioses falsos para adorarlos. Y esta “*gran ramera*” parece que ofrecerá en el futuro una nueva religión con la que conseguirá atraer y unir a las naciones del mundo una vez que se hayan rebelado contra Dios. Recordemos que esto ya fue descrito en el capítulo anterior, cuando los hombres no se quisieron arrepentir de sus pecados, sino que blasfemaron el nombre de Dios (**Ap 16:9,11,21**).

¿Cómo lleva a cabo su misión la gran ramera? La contestación la encontramos aquí: “*Y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación*”. Ella conseguirá embriagar a los moradores de la tierra con su sistema idolátrico anti-Dios. De ese modo, los hombres andarán como borrachos sin darse cuenta de su estado calamitoso, inconscientes de su verdadera situación, habrán perdido el control de sí mismos bajo los efectos del alcohol y también su dignidad.

Esto ya había sido anunciado por el profeta Jeremías:

(Jer 51:7) “*Copa de oro fue Babilonia en la mano de Jehová, que embriagó a toda la tierra; de su vino bebieron los pueblos; se aturdieron, por tanto, las naciones.*”

Lo curioso aquí es que esta gran ramera también está al servicio del Señor. Podríamos decir que es él quien permite que las naciones sean engañadas y queden entontecidas como consecuencia de haber rechazado al verdadero Dios y su evangelio de salvación (**2 Ts 2:11-12**).

La descripción de la gran ramera

(Ap 17:3-6) “*Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez*

cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro.”

Empecemos por notar cómo y dónde recibió Juan esta visión: “Y me llevó en el Espíritu al desierto”. Dice que fue llevado “en el Espíritu”, igual que en **(Ap 1:10)**, lo que puede apuntar hacia un estado de especial receptividad espiritual. Y añade que la visión tuvo lugar en el desierto. Esto puede ser interpretado como un lugar apartado donde podía disfrutar de la protección divina, como en **(Ap 12:6,14)**. No cabe duda de que las cosas del mundo se ven mejor desde cierta distancia.

Luego comienza la descripción de la mujer haciéndonos notar que estaba “sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos”. ¿Quién es esta bestia? No hay duda de que es la misma que ya nos fue presentada en **(Ap 13:1)**. La descripción de ambas coincide en que tienen siete cabezas y diez cuernos.

Ahora vemos una asociación directa entre la mujer y la bestia. Esta relación puede ser interpretada como que la bestia sustenta a la mujer, o que la mujer controla a la bestia. Lo más probable es que haya un intercambio de favores entre ambos ya que las dos tienen propósitos similares. Esta unión interesada entre el Estado y la religión la hemos podido ver muchas veces a lo largo de la historia de la humanidad.

Notemos que mientras que en **(Ap 13:1)** se nos dijo que la bestia tenía un nombre blasfemo sobre sus cabezas, aquí se añade que toda la bestia estaba “llena de nombres de blasfemia”. Vimos también que la blasfemia era una de las características de la bestia **(Ap 13:5-6)**. Todo esto implica que el gobierno de la bestia estará caracterizado por la blasfemia abierta contra Dios. Esta blasfemia se puede manifestar de dos maneras; por el insulto descarado contra Dios, y también porque la bestia tomará para sí misma los nombres y títulos que legítimamente sólo corresponden a Dios. Con esto coincide lo anunciado por el profeta Daniel:

***(Dn 7:25)** “Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo.”*

***(Dn 11:36)** “Y el rey hará su voluntad, y se ensorbercerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará, hasta que sea consumada la ira; porque lo determinado se cumplirá.”*

En cuanto al significado de las “siete cabezas y diez cuernos” de la bestia, viene explicado con detalle más adelante en **(Ap 17:9-14)**.

A continuación la atención se centra nuevamente en la mujer y en su vestido: “Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro de piedras preciosas y de perlas”. No cabe duda de que los detalles acerca de su vestido nos proporcionan información acerca de quién es esta mujer. En principio notamos que su vestido era de “escarlata”, lo que quiere decir que iba perfectamente conjuntada con la bestia sobre la que iba sentada **(Ap 17:3)** y también con el “gran dragón” **(Ap 12:3)**.

También vemos que iba deslumbrantemente adornada con oro, piedras preciosas y perlas. Como todas las prostitutas, ésta también vestía de tal manera que lograra llamar la

atención. Pero lo que en este caso nos sorprende es la riqueza, ostentación y lujo de su vestido. No hay duda de que esta *“gran ramera”* se había enriquecido mucho a costa de promover su falsa religión, al punto de que vestía como una auténtica reina. Pero no olvidemos que toda esta ostentación exterior sólo tenía el propósito de compensar y ocultar su pobreza y vacío interior.

El siguiente detalle que llama la atención de Juan es que *“tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación”*. El *“cáliz de oro”* podía sugerir que dentro habría una bebida deliciosa, pero la realidad es que estaba lleno de *“abominaciones y de la inmundicia de su fornicación”*, lo que sugiere algo mal oliente y detestable. Sin embargo, muchos beberán de él, fijándose sólo en el exterior de oro sin fijarse en lo que hay en su interior.

Y luego *“en su frente un nombre escrito, un misterio”*. Quizá esto quiera decir que aunque su nombre aparece en la frente de tal modo que todos pueden verlo, sin embargo es *“un misterio”*, algo que debe ser revelado. Tal vez nos esté indicando que hay algo mucho más profundo de lo que se ve a primera vista. Pero el ángel procede ahora a revelarlo: *“Babilonia la grande, la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra”*.

En cuanto a este nombre, empecemos por recordar brevemente lo que Babilonia representa en la Biblia:

- El desafío a Dios, expresado originalmente en la torre de Babel (**Gn 11:1-9**).
- Las falsas religiones y la idolatría. Babilonia era un centro de adoración pagana y su idolatría excedía todo lo imaginable. También la superstición junto con la hechicería, la magia y el culto a los astros eran prácticas comunes entre los babilonios.
- Orgullo, crueldad, opulencia y vicio eran sus señas de identidad (**Hab 1:5-11**).
- Babilonia fue el lugar donde Israel fue llevado en su exilio y fueron quienes destruyeron el templo de Jerusalén.
- Su emperador exigía honores y adoración divina (**Dn 3:1-6**).

Pero la Babilonia de la antigüedad ya había desaparecido, por lo tanto, cabe preguntarnos a qué Babilonia se refiere ahora Apocalipsis. Las interpretaciones han ido cambiando a lo largo del tiempo. Durante los primeros siglos de la Iglesia, fue identificada con el Imperio Romano y la ciudad de Roma. En la época de la reforma protestante, se identificó con la Iglesia Católica y el papado. En épocas más recientes con el Comunismo. Otros han llegado a pensar que la antigua Babilonia será reconstruida. Viendo como la Iglesia ha cambiado su interpretación a lo largo del tiempo, parece muy arriesgado dar una opinión sobre el tema. Quizá lo mejor sería que nos quedemos con el patrón de lo que Babilonia representa para que cuando llegue el momento de su aparición no tengamos problemas en identificarla.

Dicho esto, podemos aceptar que muchos de estos movimientos religiosos del pasado bien pudieron ser *“hijas”* de esta gran ramera, y que en alguna medida imitaban y adelantaban sus formas.

Pero será muy importante que estemos atentos al futuro, porque fijémonos en cómo es descrita: *“La madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra”*. Ella es maestra de las otras ramera, por eso es descrita como su *“madre”*. Y ese hecho, unido a su gran éxito, nos lleva a la conclusión de que tiene una tremenda capacidad para seducir a los hombres y apartarlos de su debida fidelidad a Dios.

Y por último, como parte de su descripción, Juan nos dice: *“Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús”*. Como muchas ramera,

esta mujer estaba ebria, pero no por beber bebidas alcohólicas, sino de la sangre de los santos. Esta vívida expresión se empleaba con frecuencia en el mundo antiguo para describir un cruento deseo de violencia. Ella se deleita en matar a los creyentes de la misma manera que un ebrio lo hace bebiendo vino. Nunca se cansa, siempre quiere más.

En estos propósitos asesinos, aparece asociada a la bestia (**Ap 13:7**). Ambas están unidas por su deseo de acabar con el cristianismo que anuncia al único Dios verdadero. Por lo tanto, esta gran ramera habrá conseguido unir al mundo en una nueva religión de la que su característica dominante es su rechazo violento contra el cristianismo. Y llegados a este punto debemos tener una visión amplia. No podemos asociar a la gran ramera con la Iglesia Católica por el hecho de que durante siglos la “Santa Inquisición” persiguió y mató a miles de cristianos por el hecho de tener un Biblia, porque la persecución contra el cristianismo se extiende en el día de hoy por infinidad de países musulmanes, hindúes, budistas y ateos. Podemos decir que este es un hecho en el que parecen estar de acuerdo muchas culturas muy diversas.

La visión que Juan tuvo fue tan espantosa que dice: *“Y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro”*. Esta es la primera vez que Juan hace una observación así. Y podemos pensar que en este momento ya había presenciado cosas realmente extraordinarias; desde la adoración de millones de seres que alababan al Señor hasta las más terribles y devastadoras plagas que han de venir sobre este mundo impío. Pero ninguna de esas cosas le llevó a exclamar algo como ahora. La obra de la gran ramera en unión con la bestia lo había dejado conmocionado.

La explicación de la visión

(Ap 17:7-8) “Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos. La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será.”

I. La bestia que has visto, era, y no es

Ante el estado de asombro de Juan, el ángel que hablaba con él le dijo: *“Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos”*.

Comienza sus explicaciones con *“la bestia que has visto, era, y no es”*. Con esto establece un claro contraste con la visión que Juan había tenido del Señor al comienzo del libro: *“el que es y que era y que ha de venir”* (**Ap 1:4**). La conclusión es clara: la bestia sólo podrá ejercer su autoridad por un breve espacio de tiempo, mientras que el Señor lo hará por toda la eternidad.

Y dado que su tiempo es breve, el ángel añade: *“Y está para subir del abismo e ir a perdición”*. Este hecho vuelve a ser repetido nuevamente en (**Ap 17:11**). Todos sus malvados esfuerzos contra Dios y su pueblo fracasarán, y la misma bestia irá a la perdición, al lago de fuego y azufre que está preparada para ella (**Ap 19:20**).

Cuando esto ocurra, *“los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán”*. Esta es una forma de referirse a aquellos que no han creído en Cristo. Finalmente serán ellos los que se asombren cuando vean que la bestia, en la que todos ellos habían puesto sus esperanzas en su lucha contra Dios, será destruída y condenada sin poder hacer nada

por librarse. Y claro está, su asombro pronto se convertirá en turbación y espanto cuando ellos mismos le sigan en su perdición eterna.

2. Las siete cabezas

(Ap 17:9-11) *“Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer, y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo. La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición.”*

El ángel sigue con sus explicaciones, pero hace una advertencia: *“Esto, para la mente que tenga sabiduría”*. Con esto anuncia que las verdades que va a revelar a continuación encierran cierta dificultad y que sólo los sabios las podrán desentrañar.

“Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer, y son siete reyes”. Las siete cabezas de la bestia simbolizan tanto montes como reyes. Ahora bien, ¿a qué se refiere?

Con frecuencia se ha interpretado como una referencia a Roma, que en el pasado fue conocida como la ciudad edificada sobre siete colinas. Según este punto de vista, el sistema religioso y político de la bestia establecerá su centro en Roma. Y no hay duda de que esta sugerencia tiene su atractivo.

Pero no hay que olvidar que en el Antiguo Testamento los profetas se referían en ocasiones a los reinos y reyes como montes. Por ejemplo, Babilonia es conocida como *“monte destructor” (Jer 51:25)*, y el profeta Isaías anuncia que *“acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes” (Is 2:2)*. Cabe por lo tanto la posibilidad que estos siete montes sean siete reinos diferentes con sus reyes.

En todo caso, no hay que perder de vista que finalmente todos estos montes o reinos, sea lo que sea que simbolicen, acabarán cediendo su poder y autoridad al *“monte de Sion”*, desde donde el Cordero gobernará finalmente **(Ap 14:1,8)**.

El ángel continúa con sus explicaciones: *“Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo”*. Según esto, parece que los siete reyes no reinarán a la vez. Notemos en primer lugar la referencia a los cinco reyes que han caído. Es difícil interpretar esta alusión porque no sabemos si habían caído cuando Juan vivía o en el momento futuro al que hace referencia la visión. Y el hecho de que habían caído puede apuntar a que habían muerto o a que sus reinos habían desaparecido. Luego anuncia que *“uno es”*, dando a entender probablemente que es el reino que ocupaba el trono en ese momento concreto al que se refiere. Y finalmente, nos dice que *“otro aún no ha venido”*, tratándose, por lo tanto de un reino futuro. En todo caso, la duración de este último reino será breve.

Pero después de los siete reyes, aún aparece un octavo: *“La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición”*. Es difícil entender cómo la bestia puede ser de entre los siete y ser también el octavo. En todo caso, lo que Juan señala con total claridad es su destino: *“va a la perdición”*. Por muy grande que sea el éxito del mal, lleva en sí el germen de la autodestrucción.

3. Los diez cuernos

(Ap 17:12-14) *“Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la*

bestia. Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles.”

Parece que las siete cabezas expresan formas sucesivas de gobierno, mientras que los diez reyes a los que ahora se hace referencia pertenecen todos al mismo período de la bestia. Se trataría, por lo tanto, de diez reyes independientes que unirán sus reinos al de la bestia, cediéndole su autoridad. De este modo la bestia llega a ser “señor de señores”, intentando una vez más usurpar el lugar que legítimamente le corresponde sólo al Cordero.

Intentar identificar a los diez reyes simbolizados por los cuernos es una tarea inútil, puesto que todavía no han llegado a reinar.

En todo caso, su reinado será muy breve. Puede parecer que esta gran unión de fuerzas y reinos es algo grande y está llamado a ser duradero, pero en realidad no será nada.

En cuanto a la finalidad de su unión, el ángel nos explica: *“Estos tienen un mismo propósito y entregarán su poder y su autoridad a la bestia. Pelearán contra el Cordero”*. Lo que les une es su deseo de destruir a Cristo. Esta situación ya fue descrita en el Salmo 2.

(Sal 2:2-3) “Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungiendo, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas.”

Todo esto anticipa lo ya anunciado en **(Ap 16:13-14)**. Allí vimos que de la boca del dragón, de la bestia y del falso profeta, salían espíritus de demonios que hacían señales para ir a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. Y encontramos esa batalla final en **(Ap 19:19)**.

Como no puede ser de otra manera, *“el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes”*. Notemos que estos títulos son una solemne declaración de la deidad y soberanía de Cristo. Esta es la razón de su victoria absoluta. Ante su poder divino, todos los reinos de la tierra no son nada.

La victoria depende enteramente de él, pero participan de ella los creyentes, a los que aquí se hace referencia como *“los que están con él son llamados y elegidos y fieles”*. Estos participan en su triunfo de la misma forma que participaron antes en la persecución y el sufrimiento.

Notemos de paso la descripción que aquí se hace de lo que es un verdadero cristiano: Llamado por Dios para salvación, elegido cuando acepta la salvación ofrecida en Cristo, y fiel en la obediencia a su llamado.

4. Las aguas sobre las que se sienta la ramera

(Ap 17:15) “Me dijo también: Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas.”

Aparentemente la ramera había ganado muchos seguidores con su alianza de civilizaciones contra Dios.

El fin de la ramera

(Ap 17:16-17) “Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego; porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso:

ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios.”

Al comienzo la gran ramera apareció sentada sobre la bestia, como si la controlara, pero finalmente, los diez cuernos de la bestia se levantarán contra ella y la destruirán: *“Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego”*.

En realidad, el diablo se había aprovechado de ella mientras le interesó, pero finalmente la abandonó. El diablo no entiende de fidelidad ni siente amor verdadero hacia nadie. No olvidemos que el Señor Jesucristo dijo de él que *“ha sido homicida desde el principio” (Jn 8:44)*. Además, no está dispuesto a compartir su poder y exaltación con nadie, y destruirá a todo aquel que le pueda hacer sombra.

El juicio de esta ramera nos recuerda el castigo que recibió aquella otra que describe el profeta Ezequiel en **(Ez 23:25-30)**. Por un momento apareció vestida con ropas y joyas lujosas que sus amantes le daban, pero finalmente está desnuda y asolada.

¿Por qué ocurrirá todo esto? Contrariamente a lo que pudiera parecer, Dios está siempre en el control de cada situación: *“Porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios”*.

Dios es soberano y su voluntad no puede ser impedida. El puede mover voluntades y corazones de reyes para llevar a cabo su plan divino. Puede usar a reyes impíos para hacer avanzar sus planes. Tenemos ejemplos de esto en el Antiguo Testamento. Dios usó a Babilonia para castigar a Israel, y más tarde usó a Ciro, rey de los persas, para juzgar a Babilonia **(Is 10:5-15) (Jer 51:11)**.

Y por último, el ángel le dice a Juan:

(Ap 17:18) *“Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.”*

Finalmente la mujer aparece como una *“gran ciudad”* desde donde se dirigirá esta unión religiosa internacional contra Dios. Probablemente esta *“gran ciudad”* hemos de asociarla con la *“gran Babilonia”* de la que se va a tratar en el siguiente capítulo.

La caída de Babilonia (Ap 18)

Introducción

Este capítulo continúa tratando la caída de Babilonia. Se presenta como una “endecha” o canción triste o de lamento. Esta forma literaria fue usada frecuentemente por los profetas del Antiguo Testamento. Por ejemplo, en **(Is 13:19-22) (Is 14) (Jer 50:30-39) (Jer 51)** encontramos otra endecha parecida por la caída de la antigua Babilonia.

Ahora bien, aunque el tema continúa siendo la caída de Babilonia, debemos notar que el énfasis en este capítulo es diferente al que encontramos en el anterior. En esta ocasión no se trata fundamentalmente de los aspectos religiosos y políticos de Babilonia, sino que la atención se dirige hacia su comercio y la acumulación de riquezas.

En este sentido, debemos notar las grandes coincidencias que hay entre este pasaje en Apocalipsis y el que encontramos en **(Ez 26:1-28:19)** anunciando la caída de Tiro. Recordemos que la fama que Tiro llegó a alcanzar en el mundo antiguo no se basaba tanto en su poder militar o en su religión, sino fundamentalmente le venían por su comercio y riquezas materiales. A diferencia de Roma, que se había extendido como un imperio político y militar, Tiro funcionaba como un imperio comercial.

Y en este punto debemos preguntarnos por qué Dios condenó a Tiro en el pasado. ¿Qué había de malo en que extendieran sus lazos comerciales por todo el Mediterráneo? Bueno, el comercio en sí no tiene nada de malo, el problema surgía cuando los bienes materiales con los que ellos negociaban ocupaban el lugar de Dios.

En relación a esto debemos decir que nunca ha habido a lo largo de toda la historia de la humanidad una época como la nuestra, en la que la oferta de cosas bellas y seductoras parece ilimitada. Constantemente somos bombardeados por anuncios comerciales de todo tipo en la televisión, radio, internet, correo... Y tristemente tenemos que admitir que para muchas personas, incluso para algunos creyentes, el amor por las cosas ha sustituido el amor hacia Dios, y no lo olvidemos, esto es una forma más de idolatría.

Acerca de esto, debemos notar un detalle interesante de la caída de Tiro tal como fue anunciada por el profeta Ezequiel. Allí se nos presenta a Satanás como el promotor de todo su sistema comercial, por eso, el profeta anuncia tanto la caída de Tiro como la del mismo Satanás, algo que por otro lado guarda una estrecha relación con nuestro pasaje en Apocalipsis. No lo olvidemos, la sociedad materialista y consumista, que hace de las cosas un fin en sí mismas como si pudieran sustituir a Dios, será finalmente destruido, y quienes siguen ese camino acabarán perdiendo todo lo que tienen.

Por lo tanto, con el capítulo 18 de Apocalipsis queda completado el cuadro de la gran Babilonia que será destruida. Si en el capítulo anterior se enfatizó que su poder se sustentaba sobre una falsa religión que da la espalda al Dios verdadero, y sobre el poder político del diablo que es usado para perseguir a la iglesia, ahora se llama nuestra atención sobre el engaño del materialismo, que deja al hombre anestesiado para que no piense ni busque a Dios. La combinación de estas tres tácticas son las que siempre ha usado el diablo a lo largo de toda la historia.

Anuncio de la caída de Babilonia

(Ap 18:1-3) *“Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites.”*

Una vez más es un ángel quien pone en marcha los acontecimientos. De él se nos dice que Juan lo vio descender del cielo con gran poder, y que la tierra fue alumbrada con su gloria. No sabemos si en ese momento la tierra todavía estará sumida en las tinieblas que habían traído la quinta copa (**Ap 16:10**), pero en todo caso, la presencia de este ángel alumbrará de forma extraordinaria la tierra. Seguramente debamos entender que la gloria de este ángel provenía de su contacto con el Dios del cielo de donde venía, algo similar a lo que le ocurrió a Moisés después de estar en la presencia de Dios en el monte Sinaí (**Ex 34:29**).

Junto a su resplandeciente presencia, todos tendrían que escuchar también su “voz potente”, con la que por dos veces anunciará la caída de Babilonia: *“Ha caído, ha caído la gran Babilonia”*.

El ángel anuncia la caída de Babilonia como un hecho consumado, puesto que algo que determina el soberano Dios del cielo siempre tiene su cumplimiento. Y vimos un anuncio similar en (**Ap 14:8**).

En todo caso, la destrucción de Babilonia ya había sido descrita anteriormente en (**Ap 16:17-21**) como consecuencia de los juicios derramados con la séptima copa. Por lo tanto, debemos entender esta nueva visión como una ampliación de aquella.

A continuación se describe la situación en la que quedará Babilonia después de su destrucción: *“Y se ha hecho guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible”*. Cuando la antigua Babilonia fue destruída, en sus ruinas habitaron distintos animales (**Is 13:21-22**) (**Is 34:10-11**) (**Jer 51:37**), aquí, sin embargo, serán los demonios quienes acecharán en sus ruinas.

También se nos explica el motivo de su destrucción: *“Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites”*. Aquí se destaca la enorme influencia que Babilonia había ejercido sobre las otras naciones para que se corrompieran con ella.

La expresión, *“la potencia de sus deleites”*, podría ser traducida también como *“lujo desenfrenado o insolente”*, dándonos la idea de que los moradores de la tierra se entregarán a una alocada orgía materialista con Babilonia. De esta manera seducía a las naciones, los reyes y los mercaderes.

Según esto, la gran Babilonia se convertirá en la sede del comercio mundial. Allí se firmarán grandes acuerdos económicos que afectarán a toda la humanidad. Y como siempre, la ética y la moral serán ignorados en busca de conseguir el mayor beneficio económico para *“los mercaderes”*, aquellos intermediarios adinerados que sin escrúpulos se aprovechan del trabajo de otros a cambio de una miseria de dinero.

Pero finalmente, ellos también serán juzgados y verán sus negocios venirse a pique. Por algún tiempo habrán pensado que el centro neurálgico de este gran imperio religioso,

político y económico nunca podría ser destruido, pero el juicio divino ya ha sido establecido sobre él y nada lo podrá librar.

Un llamamiento a salir de Babilonia ante su inminente caída

(Ap 18:4-8) *“Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades. Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto; por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga.”*

Aquí encontramos un llamamiento al pueblo de Dios para que salga de Babilonia: *“Y oí otra voz del cielo que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas”*.

Notemos que quedarse allí implicaría *“participar de sus pecados”*. Recordemos que durante el período de la bestia sólo podrán comprar y vender los que accedan a tener la marca de la bestia en sus frentes o manos y estén dispuestos a adorar a su imagen **(Ap 13:16-17)**.

Pero siempre existe la tentación de llegar a algún tipo de acuerdo con el mundo que nos permita vivir más cómodamente y libres de la persecución, pero tal cosa no es posible para el verdadero pueblo de Dios. Constantemente somos exhortados por la Palabra a romper nuestros vínculos con el mundo **(Is 48:20) (Jer 50:8) (Jer 51:6) (Jer 51:45) (2 Co 6:14-18)**. Y aunque en la mayoría de las ocasiones la Palabra nos exhorta a “salir del mundo” en el sentido de *“no conformarse a este mundo” (Ro 12:2)*, aquí parece que el llamamiento es a salir literalmente de Babilonia.

Quizá la pregunta que deberíamos hacernos en este punto es qué hace el pueblo de Dios en Babilonia en estos momentos. El caso nos recuerda al del patriarca Lot. Cuando él se separó de Abraham, poco a poco dejó de ser un peregrino que vivía en tiendas y terminó por acomodarse en la perversa ciudad de Sodoma. Pero un día él también recibió un aviso solemne de parte del Señor para que saliera de allí porque iba a llover del cielo fuego y azufre y la ciudad sería reducida a cenizas **(Gn 19:12-14)**. El salió, pero finalmente perdió todo lo que tenía. Y seguramente algo similar pasará a los creyentes que no temen relacionarse con el mundo.

En todo caso, Dios exhorta a su pueblo a salir de Babilonia porque tiene preparada para ellos una ciudad mucho mejor, la nueva Jerusalén **(Ap 21:2-3)**.

El momento de su juicio había llegado, y la razón es la siguiente: *“Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades”*. La figura usada aquí es como si los pecados de Babilonia se amontonaran como una nueva torre de Babel que llegaba hasta el cielo **(Gn 11:3-4)**.

El hecho de que Dios no juzgue inmediatamente la maldad del hombre no quiere decir que se olvide de ella. En contraste, tenemos el caso de los creyentes, aquellos que han confiado en el sacrificio de Cristo en la cruz, para ellos Dios no se acuerda de sus pecados porque ya han sido pagados **(He 8:12) (He 10:17) (Jer 31:33)**.

Pero para los impíos, no se pueden escapar del hecho de que el castigo sigue al pecado: *“Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto”*. Todos ellos recibirán su justa retribución. Con esto se da respuesta a las oraciones y peticiones de tantos creyentes a lo largo de los siglos **(Sal 137:8) (Jer 50:29) (Ap 6:10)**.

Ahora se nos muestra la actitud de Babilonia antes de su juicio: *“Porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto”*. Ella se veía a sí misma como reina, superior a todos los demás, autosuficiente e independiente, como si dijese: “no necesito nada de Dios”. Su actitud es la misma que la que el profeta Isaías describió de la antigua Babilonia:

(Is 47:7-11) “Dijiste: Para siempre seré señora; y no has pensado en esto, ni te acordaste de tu postrimería. Oye, pues, ahora esto, mujer voluptuosa, tú que estás sentada confiadamente, tú que dices en tu corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay más; no quedaré viuda, ni conoceré orfandad. Estas dos cosas te vendrán de repente en un mismo día, orfandad y viudez; en toda su fuerza vendrán sobre ti, a pesar de la multitud de tus hechizos y de tus muchos encantamientos. Porque te confiaste en tu maldad, diciendo: Nadie me ve. Tu sabiduría y tu misma ciencia te engañaron, y dijiste en tu corazón: Yo, y nadie más. Vendrá, pues, sobre ti mal, cuyo nacimiento no sabrás; caerá sobre ti quebrantamiento, el cual no podrás remediar; y destrucción que no sepas vendrá de repente sobre ti.”

Ella no se sentía viuda porque veía a los reyes de la tierra que continuamente le traían sus presentes. Pero como vimos en el capítulo anterior, será una confederación de diez reyes quienes la acabarán aborreciendo y dejando desolada y desnuda **(Ap 17:16)**.

Por lo tanto, estaba completamente equivocada cuando decía: *“No veré llanto”*. Se jactaba de una ilusión falsa. Su prosperidad material no sería permanente. Su orgullo sería humillado: *“Por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego”*.

La ciudad que había vivido entregada a los placeres y al lujo, vería como su suerte cambiaba en *“un solo día”*. Esto indica lo repentino de su castigo. Una situación similar se vivió en la antigua Babilonia **(Dn 5)**. Mientras su rey Belsasar hacía *“un gran banquete a mil de sus príncipes, y en presencia de los mil bebía vino”*, apareció una misteriosa mano escribiendo en la pared que anunciaba el fin inmediato de su reino. La Palabra nos dice que *“esa misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino”* **(Dn 5:30-31)**.

Ni todo el poder de los hombres malvados y de los demonios será suficiente para impedir el castigo de Babilonia, *“porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga”*.

Lamento por Babilonia

(Ap 18:9-10) “Y los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio, parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio!”

1. Los reyes de la tierra hacen lamento

Los primeros en lamentar la caída de Babilonia son *“los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites”*. Probablemente se refiera a otros reyes diferentes a los que vemos en **(Ap 17:12,16)**. Se trataría de sus amantes **(Ap 17:2)**.

Todos estos se colocan *“lejos por el temor de su tormento”*. Les preocupa que ellos mismos pudieran sufrir el mismo castigo.

Notemos también que su destrucción será por fuego, de ahí que se mencione *“el humo de su incendio”*. Aunque no será esta la única causa. Recordemos:

(Ap 16:18) *“Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra.”*

Todos ellos se lamentarán *“diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio!”*. Sin embargo, su lamento no contiene absolutamente nada de arrepentimiento.

2. Los mercaderes hacen lamento

(Ap 18:11-19) *“Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías; mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol; y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres. Los frutos codiciados por tu alma se apartaron de ti, y todas las cosas exquisitas y espléndidas te han faltado, y nunca más las hallarás. Los mercaderes de estas cosas, que se han enriquecido a costa de ella, se pararán lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentando, y diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas! Porque en una hora han sido consumidas tantas riquezas. Y todo piloto, y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se pararon lejos; y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad? Y echaron polvo sobre sus cabezas, y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay de la gran ciudad, en la cual todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas; pues en una hora ha sido desolada!”*

Los siguientes en lamentar la caída de Babilonia son los mercaderes. Su dolor es provocado por la pérdida financiera que sufren, *“porque ninguno compra más sus mercaderías”*. Una vez más sus lágrimas no tienen nada que ver con el arrepentimiento por sus pecados, sino porque han perdido su fuente de ingresos económicos.

Entre las mercaderías con las que negociaban, la mayoría eran artículos de lujo, pero también había alimentos, ganado y esclavos. En todo caso, describen una sociedad que vivía en el lujo y la opulencia, despreocupada por completo de los pobres. Nos llama la atención la mención de los esclavos como un producto más de las mercaderías de la lista.

Evidentemente, una sociedad apartada de Dios y construida sobre el orgullo, el lujo, el desenfreno y la falta de respeto por la vida humana está bajo la justa condenación de Dios.

Babilonia nunca más volvería a ver estas cosas: *“Los frutos codiciados por tu alma se apartaron de ti, y todas las cosas exquisitas y espléndidas te han faltado, y nunca más las hallarás”*.

Y los mercaderes, al igual que los reyes, *“se pararán lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentando”*. Temen que les alcance algo de la desgracia que había caído sobre Babilonia, y en su hora final, ellos también la dejan sola.

Pero a diferencia de los reyes que en sus lamentos hicieron notar la fuerza de Babilonia (**Ap 18:10**), los mercaderes se refieren a la riqueza de su vestimenta: *“¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas!”*.

Y una vez más son conmovidos por lo repentino de su total destrucción. ¡Tantos años acumulando riquezas con afán y trabajo para ser destruidos en un momento! Nos recuerda necesariamente al hombre rico del que habló el Señor Jesucristo (**Lc 12:16-20**).

3. Los marineros hacen lamentación

Y por último, son los marineros que trabajaban transportando estas mercaderías quienes también hacen lamentación por la caída de Babilonia: *“Y todo piloto, y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se pararon lejos; y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?”*.

Debemos pensar que Babilonia no sólo era un importante centro religioso, político y económico, también era un floreciente centro de distribución. Por eso se lamentan los marineros, porque con la destrucción de Babilonia habrá desaparecido también todo el comercio que tantas riquezas les reportaba. Ellos habían olvidado el valor variable que tienen todas las cosas en este mundo. Habría sido mucho mejor haber considerado invertir en las cosas celestiales que son eternas e inamovibles.

Así que ellos lamentaron haciendo notar lo incomparable que era aquella ciudad: *“¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?”*. Y una vez más se subraya que fue destruida en una sola hora.

Alegría en el cielo

(Ap 18:20) “Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios os ha hecho justicia en ella.”

En contraste con las lamentaciones anteriores, ahora escuchamos una voz de júbilo. Es un clamor de alegría porque finalmente la justicia ha vencido.

Quienes se alegran son aquellos que antes habían sufrido la persecución y muerte de parte de la gran Babilonia. Ellos habían clamado pidiendo justicia (**Ap 6:9-11**), y ahora ven contestadas sus peticiones. Una nota de alegría similar la encontramos en (**Jer 51:48**) cuando el profeta anunció la caída de la antigua Babilonia.

Aunque puede que a algunos no les guste, esto será una demostración del justo juicio de Dios:

(2 Ts 1:5-6) “Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. Por es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan.”

Destrucción final de Babilonia

(Ap 18:21-23) *“Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada. Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti. Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti”*

La descripción de su destrucción comienza con una acción simbólica de parte de un ángel poderoso que *“tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada”*. Esto nos recuerda a lo que siglos atrás había hecho el profeta Jeremías:

(Jer 51:60-64) *“Escribió, pues, Jeremías en un libro todo el mal que había de venir sobre Babilonia, todas las palabras que están escritas contra Babilonia. Y dijo Jeremías a Seraías: Cuando llegues a Babilonia, y veas y leas todas estas cosas, dirás: Oh Jehová, tú has dicho contra este lugar que lo habías de destruir, hasta no quedar en él morador, ni hombre ni animal, sino que para siempre ha de ser assolado. Y cuando acabes de leer este libro, le atarás una piedra, y lo echarás en medio del Eufrates, y dirás: Así se hundirá Babilonia, y no se levantará del mal que yo traigo sobre ella; y serán rendidos. Hasta aquí son las palabras de Jeremías.”*

Podemos estar seguros de que si la Palabra del Señor anunciada por Jeremías se cumplió con total exactitud, lo mismo ocurrirá con este anuncio que encontramos en Apocalipsis.

A continuación encontramos una lista de las cosas que nunca más se volverán a ver en ella: *“Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti. Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti”*.

En resumen, podríamos decir que se acabará para siempre la diversión, el trabajo y la familia. Sólo quedará una densa oscuridad.

(Ap 18:23-24) *“Porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones. Y en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra.”*

Por último, se dan tres razones para el castigo de Babilonia:

- *“Porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra”*. Habían vivido desenfrenadamente rindiendo culto a la riqueza y el lujo dando la espalda a Dios. Y estos mercaderes eran en gran medida los responsables de que esta nefasta influencia se extendiera por todo el mundo.
- *“Por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones”*. Babilonia había ejercido una influencia diabólica sobre todas las naciones. Era la sede de religiones satánicas con las que había conquistado a las naciones. Es paradójico que una sociedad materialista se vuelque en el ocultismo, pero así ocurre también en nuestro tiempo.
- *“En ella se halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra”*. Había perseguido y dado muerte a los santos.

Las bodas del Cordero (Ap 19:1-10)

Introducción

Después de concluir el juicio sobre Babilonia, se nos traslada al cielo, donde tiene lugar una grandiosa acción de gracias como consecuencia de los juicios divinos ya consumados. Los cielos se regocijan después de la condenación de los impíos, porque esto dará lugar a un nuevo orden mundial en el que el legítimo Rey de este mundo vendrá a ocupar su trono en esta tierra donde por tanto tiempo se le ha rechazado.

Por lo tanto, en estos primeros versículos vamos a considerar el gozo celestial por la destrucción final del malvado sistema mundial de la bestia y por la gloriosa victoria del Mesías que se anuncia como inminente. Evidentemente, esta alegría celestial no tiene nada que ver con los lamentos de dolor y tristeza que ocurrían en la tierra cuando Babilonia era destruida (**Ap 18:19**).

A algunos les puede parecer extraño esta alabanza celestial por la destrucción de los malos, pero esto siempre ha sido así en las Escrituras: (**Dt 32:43**) (**Sal 58:10-11**) (**Sal 96:11-13**). ¿Cómo puede ser de otro modo cuando “*Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra*” era un foco de infección para el mundo entero y promotora de todas las persecuciones y muertes contra los cristianos?

No olvidemos que esta explosión de alabanza que resuena en el cielo es en respuesta a los juicios de Dios sobre Babilonia. Allí se terminó con una sociedad cuyos valores estaban en manifiesta oposición contra Dios. Y es lógico que a aquellos que comparten el placer por este mundo presente, no entiendan la emoción que mueve a las multitudes celestiales a adorar a Dios de este modo.

Las multitudes celestiales adoran a Dios por sus juicios

(Ap 19:1-4) “Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos. Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya!”

No se nos dice con exactitud quiénes forman esta “*gran multitud*”, pero es evidente que forman un majestuoso e impresionante coro que elevan sus voces con fuerza para adorar a Dios.

En el capítulo anterior vimos una exhortación al regocijo ante la consumación del juicio sobre Babilonia:

(Ap 18:20) “Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios os ha hecho justicia en ella.”

Y lo que encontramos ahora es la respuesta a esta llamada: “*¡Aleluya! Salvación y gloria y poder son del Señor Dios nuestro*”.

El cántico comienza con la expresión “*¡Aleluya!*”, que es la transcripción de una expresión hebrea que significa “*alabad a Jah*”, es decir, “*alabad a Jehová*”. Es curioso que las cuatro

únicas veces en las que esta palabra aparece en el Nuevo Testamento se encuentran en este capítulo.

En el canto se atribuye a Dios *“salvación, gloria y poder”*. Y es lógico, porque todo lo que acaba de ocurrir es una ilustración perfecta de estas cosas. Primero de *“salvación”*, que aquí tiene que ver mayormente con su etapa final cuando los santos serán glorificados en el reino de Cristo. También de *“gloria”*, porque estos juicios han manifestado la perfección del carácter de Dios. Y por último de *“poder”*, porque en ellos se evidenció la potencia divina. Sin duda, cada uno de estos atributos y acciones de Dios debe despertar la alabanza en nuestros corazones también.

La razón por la que se rinde esta alabanza viene a continuación: *“Porque sus juicios son verdaderos y justos”*. Aunque el castigo puede parecer muy duro, fue merecido y justo. Recordemos los dos grandes crímenes que fueron juzgados: la corrupción de la tierra con las fornicaciones de la gran Babilonia, y los asesinatos de los cristianos: *“Pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella”*. Babilonia enseñaba a pecar a otros, y perseguía a muerte a quienes no la seguían en sus desenfrenos.

La alegría celestial era tan grande, que *“otra vez dijeron: ¡Aleluya!”*. Este segundo *“aleluya”* está relacionado con lo definitivo y perpetuo del juicio divino ejecutado sobre Babilonia: *“Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos”*.

Las consecuencias de este juicio son eternas, como eternas serán también las consecuencias del juicio sobre los que siguieron a la bestia. Esto quedará como un recordatorio permanente de la justicia de Dios.

(Mr 9:48) *“Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.”*

(Ap 14:11) *“Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre.”*

Finalmente, también *“los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes”* también se unieron a la adoración celestial al *“que estaba sentado en el trono”*.

Exhortación a alabar a Dios

(Ap 19:5-6) *“Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes. Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!”*

A continuación una voz celestial exhorta a todos los siervos de Dios para que le adoren. Todos por igual, *“así pequeños como grandes”* deben unirse a la adoración.

En respuesta a este llamamiento, Juan dice: *“Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!”*. Este es el tercer *“aleluya”*, y resuena con mucha más fuerza que los anteriores.

En este caso, la razón de la alabanza no es la caída de Babilonia, sino que *“el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina”*. El universo entero va a ser sometido a la voluntad del único y legítimo Rey. Nada puede frustrar sus planes, porque él es el Todopoderoso, y aunque en este momento todavía no se ha materializado esto, los coros celestiales lo

celebran ya como un hecho consumado. Nada ni nadie podrá impedirlo. Como aprendió el gran rey Nabucodonosor después de haber estado por siete años entre bestias:

(Dn 4:35) “Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?”

La cena de las bodas del Cordero

Ahora se destaca el triunfo de los siervos de Dios mediante el simbolismo de una boda celestial. Se considera a la Iglesia como la desposada de Cristo.

La imagen del matrimonio se emplea con frecuencia en toda la Biblia. En el Antiguo Testamento los profetas hablaron una y otra vez de Israel como la esposa del Señor (**Os 2:19-20**) (**Is 54:5**) (**Jer 3:14**) (**Ez 16**). Y el Nuevo Testamento nos presenta a Cristo como el esposo de la Iglesia.

Sin lugar a dudas, la imagen del matrimonio refleja perfectamente la relación que Dios quiere tener con su pueblo.

- Por el intenso amor que hay entre los cónyuges.
- Por la íntima e indisoluble unión que llega a haber entre ellos, formando una sola carne.
- Por el gozo de amar y ser amados.
- Por la fidelidad que se espera entre ambos.

Ahora bien, para entender bien esta figura es necesario que primero sepamos cómo era la preparación y celebración de una boda en los tiempos bíblicos. Esta se llevaba a cabo en varias fases:

- En primer lugar se llevaba a cabo el desposorio o compromiso. Este era un acuerdo que se llevaba a cabo entre los padres de los novios. Esto ocurría con frecuencia cuando los novios eran todavía niños. En ese momento se pagaba la dote acordada.
- Después de un período de varios años llega el momento de la presentación. El novio, vestido con sus mejores galas y acompañado de sus amigos, se dirigen a la casa de la prometida. Allí recibe a la novia, que junto con sus damas, son llevadas a la casa del novio, donde se celebrará la ceremonia.
- Esta ceremonia era la tercera y más importante fase de la boda, y durante ella se intercambiaban los votos. Después de la ceremonia tendría lugar una comida final a la que seguía la consumación del matrimonio. Esta comida podría extenderse por siete días o más dependiendo de la condición social y económica de los contrayentes.

Este simbolismo se cumple perfectamente en la relación de Cristo con su Iglesia:

- El contrato nupcial fue firmado cuando Cristo redimió a su iglesia por medio de su muerte en la cruz (**Ef 5:25-27**). Desde ese momento, todo verdadero creyente está unido legalmente a Cristo en matrimonio (**2 Co 11:2**).
- Después de un período de separación en el que nos encontramos en este momento, llegará segunda etapa, que se cumplirá cuando Cristo, acompañado de sus santos ángeles, venga a recoger a su iglesia por medio del arrebatamiento.

Este momento cuando el novio viene con sus amigos a buscar a la esposa para llevarla a su casa es al que se refiere la parábola de las vírgenes que encontramos en **(Mt 25:1-13)**.

- Y finalmente, después de la unión entre el esposo y la esposa, venía el banquete, que en este caso no durará sólo unos días, sino que se extenderá por toda la eternidad.

Las bodas del Cordero han llegado

(Ap 19:7-8) *“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.”*

Es importante que notemos que el pasaje que ahora vamos a estudiar tiene que ver con la última etapa de la boda, es decir, el banquete nupcial que tenía lugar después de la ceremonia de unión.

Como no podía ser de otra manera, el pasaje comienza con una exhortación al regocijo y a la adoración: *“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria”*. La razón es que *“han llegado las bodas del Cordero”*. El momento tan largamente esperado ha llegado. A partir de aquí la Iglesia ya siempre estará con Aquel que tanto la amó y estudio dispuesto a entregarse por ella.

Por una parte, *“su esposa se ha preparado”* adecuadamente para este encuentro. Notemos que aquí no se trata tanto de lo que Cristo ha hecho por la Iglesia cuando la lavó y purificó **(Ef 5:25-27)**, sino de la forma en la ella se ha preparado. La imagen es sencilla de entender. Una novia que planifica su boda, dedica tiempo para buscar un vestido bonito que agrade a su esposo. Y así debe hacer también la Iglesia en este tiempo presente, no viviendo para sí misma, sino pensando en agradar a su Esposo que viene a buscarla en cualquier momento.

Pero por otro lado, la esposa manifiesta también una hermosura que *“se le ha concedido”*. Esto sugiere un acto de la gracia de Dios. Tiene que ver con el perdón de sus pecados y la glorificación a la imagen de Cristo; regalos que le son otorgados como resultado de la obra del Cordero en la cruz a su favor.

La forma en la que *“se ha preparado”* y lo que *“se le ha concedido”* para presentarse como una novia hermosamente vestida en la boda, mantienen el equilibrio entre la responsabilidad del hombre y la soberanía de Dios.

El resultado es que ella aparece vestida de *“lino fino, limpio y resplandeciente”*. Sencilla pero hermosa. Nada que ver con el exagerado atavío de la gran ramera **(Ap 17:4)**.

En cuanto a la procedencia del vestido nupcial se nos dice que *“el lino es las acciones justas de los santos”*. Esto no contradice el hecho de que le ha sido dado por Dios, porque al fin y al cabo, todo lo que llegaremos a ser es producto de la gracia de Dios, pero este hecho no anula la responsabilidad humana, y lo que se nos dice aquí es que todo aquello que como cristianos hagamos en este tiempo guiados por el Espíritu Santo, contribuirá a embellecer el vestido que la esposa lucirá en ese momento.

No debemos pasar por alto la exhortación que implícitamente encontramos aquí. Cada cristiano debe contribuir con sus buenas obras a tejer un vestido nupcial que agrade a Cristo en ese día glorioso. ¿Estamos viviendo de tal manera que se cumpla este propósito?

Será un momento tan maravilloso:

(Ap 19:9) *“Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios.”*

Ahora bien, ¿quiénes son los llamados a la cena de las bodas del Cordero? Lo más lógico es pensar que son los propios miembros de la Iglesia.

Es un gran honor ser un invitado a este banquete nupcial. Sin embargo, tal como el Señor explicó en la parábola de la fiesta de bodas (**Mt 22:1-14**), aunque muchos fueron llamados, pocos quisieron ir.

Una promesa tan grande y maravillosa resulta inverosímil, y quizá por esa razón se agrega un solemne énfasis: *“Estas son palabras verdaderas de Dios”*. El deseo de Dios con esta promesa es animar a los creyentes en este tiempo presente cuando quizá tienen que sufrir períodos de persecución y sufrimiento. No puede haber duda; lo que Juan había oído eran palabras reveladas por Dios mismo, y por lo tanto, totalmente fiables.

Juan intenta adorar al mensajero

(Ap 19:10) *“Yo me postré a sus pies para adorarlo. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.”*

Debido a la grandeza de lo que Juan estaba viendo y escuchando, quedó tan maravillado que cayó a los pies del mensajero con la intención de adorarlo. Podemos imaginarnos la impresión que le causó el anuncio de las bodas del Cordero y la participación de la Iglesia en ellas.

Sin embargo, el ángel fue completamente honesto: *“Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús”*. Evidentemente este ángel no era como la bestia que exigía la adoración de los hombres.

Está claro que en el cristianismo no hay lugar para la adoración que no sea tributada a Dios. Cualquier otra cosa sería considerada como idolatría. Por lo tanto, el ángel le dice: *“Adora a Dios”*.

Pero, ¿cómo adorar correctamente a Dios? El mismo versículo nos da la respuesta: *“El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”*. Toda la Palabra de Dios nos lleva a poner nuestra mirada en Jesús. Este ángel, o cualquier otro siervo de Dios, sólo pueden ser transmisores de la revelación, pero el punto central de la Palabra es Jesús. Otros están tan ocupados intentando poner en orden todos los acontecimientos escatológicos, que pierden de vista al personaje central acerca del que hablan.

Debemos tener mucho cuidado y no predicar otra cosa sino a Jesús. Toda la Escritura es el testimonio de su Persona y su Obra. Quiere mostrarnos la belleza y el atractivo de Cristo.

El jinete del caballo blanco (Ap 19:11-21)

Introducción

En el pasaje anterior estuvimos contemplando la escena de una boda, pero ahora hay un cambio drástico, y somos llevados a considerar la visión de un jinete guerrero. Este no es otro que nuestro glorioso Señor Jesucristo, que aquí es descrito en su deslumbrante regreso a la tierra para destruir a sus enemigos e inaugurar su reino. Como veremos, en el momento de su venida, la bestia y el falso profeta serán arrojados a un lago de fuego que arde con azufre, y el resto de sus enemigos serán destruidos.

La Segunda Venida de Cristo es absolutamente esencial para el cumplimiento y consumación de su obra redentora y de las numerosas promesas que Dios hizo a lo largo de todas las Escrituras. Será entonces cuando establecerá su reino en este mundo en toda su plenitud, y todos los demás reinos que han dominado la escena de la historia humana serán desplazados. El día del hombre dará paso al “*día de Jehová*” y entonces se cumplirá lo que el apóstol Pedro describió como “*la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo*” (**Hch 3:21**). Será el momento en que Cristo reinará y restaurará la ruina causada por el pecado y Satanás.

Todos los creyentes de todas las épocas han anhelado este glorioso acontecimiento con el que comenzará la culminación de la historia de la redención. No hay otra opción. El desánimo es generalizado cuando se piensa en que este mundo pueda llegar a convertirse en un lugar mejor para vivir. Parece una utopía inalcanzable. Los políticos han perdido la confianza de la mayoría de los ciudadanos y sus planes de cambio difícilmente logran despertar el optimismo. Y si lo hacen, muy pronto empezamos a ver que es más de lo mismo. Sólo el Señor Jesucristo puede lograr algo diferente para este mundo, y su Segunda Venida dará lugar al comienzo de un nuevo orden definitivo.

Pero no sólo eso, sino que servirá también como justa vindicación del Señor Jesucristo. Recordemos que en su primera venida a este mundo, Cristo fue humillado, despreciado, aborrecido, y finalmente, crucificado. La gran mayoría del mundo se quedó con esa imagen de un Cristo derrotado. Pero la paciencia de Dios ha impedido que Cristo venga antes, dando de este modo la oportunidad para que muchos pecadores se arrepientan, pero finalmente, Dios tiene el deber moral de vindicar a su Hijo, y su Segunda Venida en gloria será ese momento.

Por otro lado, él es el legítimo heredero del trono en la tierra. La bestia y el falso profeta son usurpadores que han tomado lo que no les pertenece. Pero para ocupar su trono, primero es necesario suprimir toda rebelión y juzgar a los impíos. Este será otro de los propósitos de su Segunda Venida. Entonces Cristo será “*Rey de reyes y Señor de señores*” también en esta tierra, como lo es en el cielo.

Servirá también para vindicar el carácter de Dios, su justicia y santidad. Porque a pesar de que este mundo ha rechazado a Dios en sus vidas y tampoco quieren observar sus leyes en el funcionamiento de sus instituciones, sin embargo, cada vez que algo va mal, Dios es el principal culpable. ¿Cómo puede ser que después de haberle dejado fuera de este mundo, todavía sigan acusándole de haber fallado en su deber de gobernar este mundo? Ellos no pueden pedirle cuentas a Dios porque tienen lo que ellos mismos han elegido.

Sin embargo, también los creyentes se han preguntado con frecuencia hasta cuándo la maldad y la injusticia continuarán en este mundo sin que Dios haga nada. Este era el problema que turbó al salmista:

(Sal 94:3-7) “¿Hasta cuándo los impíos, hasta cuándo, oh Jehová, se gozarán los impíos? ¿Hasta cuándo pronunciarán, hablarán cosas duras, y se vanagloriarán todos los que hacen iniquidad? A tu pueblo, oh Jehová, quebrantan, y a tu heredad afligen. A la viuda y al extranjero matan, y a los huérfanos quitan la vida. Y dijeron: No verá JAH, ni entenderá el Dios de Jacob.”

A la vista de todo esto el salmista implora a Dios que se muestre. Está perplejo porque Dios no interviene, ¿cómo puede ser eso? Y mientras tanto, el impío se vuelve cada vez más descarado, más cínico, jactándose de que no hay nadie que le observe ni que le vaya a pedir cuentas por su maldad. ¿Hasta cuando, oh Dios?, pregunta angustiado. La preocupación del salmista tenía que ver con la vindicación del nombre de Dios. Todas estas cosas parecían poner en tela de juicio el carácter moral de Dios y también su capacidad para ponerle freno.

La contestación a esta importante cuestión la encontramos en los salmos que le siguen (Salmos 95 al 99), donde el tono es completamente diferente. En ellos se aprecia que el salmista rebosa de alegría, está lleno de cánticos de alabanza a Dios. ¿Cuál es la razón para este cambio? La venida del Señor en poder y gloria a este mundo para reinar, juzgar y establecer justicia.

(Sal 96:10-13) “Decid entre las naciones: Jehová reina. También afirmó el mundo, no será conmovido; juzgará a los pueblos en justicia. Alégrense los cielos, y gócese la tierra; breme el mar y su plenitud. Regocíjese el campo, y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento, delante de Jehová que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad.”

Cuando él venga a reinar en este mundo, su nombre será vindicado. Entonces nadie tendrá duda alguna sobre su justicia, poder y santidad. En ese momento todo pecado e injusticia será juzgada.

La presentación del Guerrero divino

(Ap 19:11-16) “Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.”

Juan vuelve a ver “el cielo abierto”, como en **(Ap 4:1)**, pero en esta ocasión no es para que él pueda entrar y recibir allí una nueva visión, sino para ver al Señor Jesucristo viniendo en gloria y poder a este mundo.

En este punto, es importante que observemos que quien viene es el mismo Señor Jesucristo en persona, con su cuerpo glorificado, en la plenitud de su majestad. El no enviará a un ángel o arcángel, ni siquiera al Espíritu Santo, que ya vino el día de

Pentecostés. Será el mismo Jesús que ascendió al cielo, tal como los ángeles anunciaron a los discípulos que estaban presentes en aquella ocasión:

(Hch 1:9-11) *“Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.”*

Será una escena deslumbrante, y nadie podrá oponerse a su señorío y majestad. La grandeza de su venida dejará en la sombra los eventos más espectaculares que jamás se hayan conocido en nuestra historia; ni las coronaciones de los más grandes emperadores, ni las entradas triunfantes de los césares por las calles de Roma con sus victoriosas legiones pueden ofrecer un punto de comparación con lo que será la venida en gloria del Señor Jesucristo.

Veamos la descripción que Juan nos ofrece de él:

1. “Y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero”

En su primera venida como Salvador, Cristo cabalgó sobre un pollino hijo de asna y así entró humilde en Jerusalén (**Mt 21:1-11**), cumpliendo la profecía de Zacarías (**Zac 9:9**). Pero su segunda venida será completamente distinta; entonces los cielos serán abiertos y vendrá irrumpiendo en nuestro mundo de una forma dramática. Todo ojo le verá cuando descienda del cielo sobre *“un caballo blanco”* con gran gloria y poder, rodeado de sus santos ángeles. No hay duda de que aquí es presentado como un guerrero victorioso.

Notemos también que Cristo es descrito con diferentes nombres a lo largo de este pasaje. Aquí vemos que *“se llamaba Fiel y Verdadero”*. Con esto se establece un fuerte contraste con los *“falsos cristos”* que le habían precedido, y en particular con la bestia y el falso profeta, que habían conseguido engañar al mundo con *“señales y prodigios mentirosos”* (**2 Ts 2:9**) (**Ap 12:9**). A diferencia de todos ellos, Cristo es absolutamente digno de confianza, y nadie será jamás defraudado por él.

La demostración de que él es fiel y verdadero lo vemos aquí en el cumplimiento de sus promesas. Por fin, después de tanto tiempo, Cristo viene a poner fin a los males de este maltrecho planeta de la manera en que lo habían anunciado las Escrituras.

2. “Y con justicia juzga y pelea”

El hecho de que sea fiel y verdadero le permite también juzgar con justicia. Él no es movido por malas motivaciones cuando juzga y pelea. A diferencia de otros conquistadores que este mundo ha conocido, a él no le mueve la codicia, la ambición, el orgullo o el poder. Su único interés es la verdad y la justicia. Aquí vemos el cumplimiento de lo que Isaías había anunciado en relación al Mesías:

(Is 11:3-5) *“Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura.”*

La justicia será una de las características del Mesías y de su reino.

Es verdad que en nuestro mundo moderno, es muy difícil encontrar que el mismo juez sea el verdugo, pero en Cristo ambas funciones aparecen unidas: juzga y pelea. Podemos decir que su compromiso con la justicia es total y absoluto.

3. *“Sus ojos eran como llama de fuego”*

Una de las razones por las que puede juzgar con justicia es porque su mirada lo penetra todo, y no hay cosa que se pueda esconder de él.

(He 4:13) “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.”

Pero notemos que de sus ojos salían como llamas de fuego, lo que indica que no sólo ve lo que ocurre, sino que también se indigna ante las injusticias y de su mirada sale fuego consumidor.

4. *“Y había en su cabeza muchas diademas”*

Son símbolos de autoridad que sugieren majestad, dominio. Y el hecho de que tenga *“muchas”*, tal vez tenga que ver con que él tomará las coronas de todos los reyes de la tierra. Esta era la costumbre en la antigüedad; cuando un rey conquistaba a otro, tomaba su corona (**2 S 12:30**). Como más adelante vamos a considerar, él es el *“Rey de reyes y Señor de señores”*.

Notemos que a diferencia del dragón que tenía siete diademas (**Ap 12:3**), o de la bestia que tenía diez (**Ap 13:1**), Cristo tiene *“muchas diademas”*. Su autoridad no está limitada como la de ellos.

5. *“Y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo”*

En este pasaje aparecen varios nombres de Cristo, y cada uno de ellos nos da a conocer algo de su carácter y persona. Pero debemos admitir también que hay profundidades de Cristo que no podemos llegar a conocer. El es infinitamente más grande de lo que nadie puede entender, y debemos aceptar nuestras limitaciones.

En este sentido pleno, *“nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre”* (**Lc 10:22**). No hay duda de que hay una relación entre los miembros de la Trinidad que va más allá de lo que ninguna mente humana puede entender.

6. *“Estaba vestido de una ropa teñida en sangre”*

Hay dos posibilidades totalmente válidas que pueden explicar este hecho.

En primer lugar, sus vestidos están manchados de su propia sangre que fue derramada en el Calvario. Esto explicaría que ya estuvieran manchados antes de haber comenzado la batalla. Y coincidiría con la forma en que Juan se refiere habitualmente a Cristo como *“el Cordero que fue inmolado”*.

La segunda opción es que la sangre que manchaba su vestido fuera la de sus enemigos derrotados. En este caso podríamos ver el cumplimiento de una profecía de Isaías:

(Is 63:1-3) “¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosra, con vestidos rojos? ¿éste hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder? Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar. ¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado en lagar? He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los pisé con mi ira, y los hollé con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos, y manché todas mis ropas.”

7. *“Y su nombre es: El Verbo de Dios”*

Juan ya había hablado anteriormente del Señor Jesucristo en estos términos (**Jn 1:1**) (**1 Jn 1:1**). Y dicho sea de paso, este es uno de los detalles que sirven para vincular estos tres escritos de Juan.

En cuanto al significado de este nombre, tiene que ver con el hecho de que de la misma manera que las palabras o los verbos sirven para revelar los pensamientos del hombre, Cristo es la máxima expresión de la revelación de la mente, la voluntad, el carácter y los propósitos de Dios al hombre. Como explicaría el autor de Hebreos, no hay revelación más clara de Dios que la que encontramos en el Hijo (**He 1:3**).

Es oportuno volver a recordar este título de Cristo en este contexto, porque el justo juicio de Dios también forma parte de la revelación de su carácter.

8. “Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos”

Juan no especifica si estos “ejércitos celestiales” están compuesto por santos, por ángeles o por ambos. En todo caso, la victoria final no depende de ellos. Notemos que no portan armas, y sus vestidos no son tampoco apropiados para una guerra. En realidad, parece que su papel consiste en acompañar al victorioso Mesías a la tierra para participar en su reino.

9. “De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones”

La “espada aguda” que Juan ve en la boca de Cristo es un símbolo del poder de la Palabra de Dios.

(He 4:12) “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”

Una vez más se recoge aquí una profecía del Antiguo Testamento:

(Is 11:4) “Juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío.”

La Palabra de Dios tiene un poder increíble. Fue por su palabra que fueron creados los cielos y la tierra. Y por esa misma palabra serán juzgados y condenados los impíos.

10. “Y él las regirá con vara de hierro”

Después de someter a las naciones con su “espada aguda” que sale de su boca, gobernará a las naciones “con vara de hierro”. Con esto se describe la firmeza de su gobierno. Por un lado cumplirá sin excepciones ni dilaciones todo lo que indica la Palabra, pero también defenderá a los pobres de cualquier clase de injusticia.

11. “Y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso”

Nuevamente se enfatiza que él es el encargado de juzgar a las naciones y derramar la ira de Dios.

12. “Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de Señores”

Estos títulos ya habían sido aplicados al Cordero anteriormente (**Ap 17:14**), y sirven para describir a Cristo como el supremo gobernante del mundo, y anticipar su triunfo soberano sobre sus enemigos.

Se hace eco de la declaración de Moisés:

(Dt 10:17) “Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho.”

Cuando Jesús murió en la cruz, el título que Pilato puso sobre ella fue: *“Éste es Jesús, el rey de los judíos”* (Mt 27:37). Y no hay duda de que esa afirmación era cierta, pero debemos decir que Cristo es mucho más que el rey de los judíos, él es el Rey de todas las naciones y no hay autoridad que esté por encima de él.

El anuncio de la derrota de los impíos

(Ap 19:17-18) “Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes.”

Tenemos ante nosotros un nuevo anuncio de un ángel. En primer lugar, notemos que *“estaba en pie en el sol”*, un lugar claramente visible para hacer un anuncio de importancia. Desde allí *“clamó a gran voz”*, con el fin de ser bien escuchado.

Ahora bien, en esta ocasión el anuncio va dirigido a *“todas las aves que vuelan en medio del cielo”*. Su propósito es reunir las para *“la gran cena de Dios”*. Por supuesto, no debemos confundir esta cena con la cena de las bodas del Cordero (Ap 19:9). Aquí los invitados son las aves carroñeras, y su propósito es presentarlo como su estremecedora contrapartida al banquete nupcial del Señor con su Iglesia.

Lo que tenemos ante nosotros es un escenario dantesco, que describe el campo de batalla después de la victoria del Mesías.

Esto nos recuerda las palabras de Jesús cuando hablaba de su Segunda Venida:

(Mt 24:27-28) “Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas.”

Y la profecía de Ezequiel:

(Ez 39:17-20) “Y tú, hijo de hombre, así ha dicho Jehová el Señor: Di a las aves de toda especie, y a toda fiera del campo: Juntaos, y venid; reuníos de todas partes a mi víctima que sacrifico para vosotros, un sacrificio grande sobre los montes de Israel; y comeréis carne y beberéis sangre. Comeréis carne de fuertes, y beberéis sangre de príncipes de la tierra; de carneros, de corderos, de machos cabríos, de bueyes y de toros, engordados todos en Basán. Comeréis grosura hasta saciaros, y beberéis hasta embriagaros de sangre de las víctimas que para vosotros sacrificué. Y os saciaréis sobre mi mesa, de caballos y de jinetes fuertes y de todos los hombres de guerra, dice Jehová el Señor.”

Según Ezequiel, después de que las aves se hayan saciado, todavía llevará siete meses para enterrar los cadáveres restantes (Ez 39:12).

Todo esto resulta especialmente curioso porque todavía no hemos visto la batalla y ya se nos ha presentado el campo lleno de cadáveres. Seguramente sea una forma de decir que contra el Señor no hay fuerza que pueda prevalecer, ni siquiera que se pueda levantar. No hubo lugar para una batalla, fueron derrotados en un instante sin que pudieran hacer nada contra el Señor Dios Todopoderoso.

Notemos que la victoria es absoluta y universal. Las aves son llamadas a comer *“carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, y carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes”*. No falta ninguno, todas las

fuerzas del mal han sido derrocadas y destruidas. Pensemos en los reyes y capitanes, tirados en el campo, sin que nadie los entierre y sirviendo de comida para las aves.

Quizás lo que tenemos aquí sea otra descripción de la gran batalla que tuvo lugar en Armagedón (**Ap 16:12-16**). Encontramos otras alusiones a ella en el profeta Ezequiel (**Ez 38-39**), y en Zacarías (**Zac 14**). En este relato los reyes de la tierra se reúnen para pelear contra Israel, pero el conflicto se resuelve por la repentina destrucción que se produce por la aparición del Mesías. Aunque puede que esta batalla descrita por Ezequiel se refiera a la que encontramos en (**Ap 20:7-10**) y que tiene lugar después del milenio.

La bestia y el falso profeta son apresados

(Ap 19:19-21) *“Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.”*

Ahora Juan retrocede un poco en el tiempo para presentarnos las fuerzas del mal alistadas para la batalla: *“Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos”*. Será sin duda una sorprendente concentración de ejércitos de todas las naciones de la tierra dirigidos por la bestia, y *“reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército”*.

Pero sin que medie la descripción de ninguna batalla, *“la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen”*.

Aunque las fuerzas del mal parecían muy poderosas, fueron como nada en la presencia de Cristo. Los venció con su palabra, sin que mediara batalla alguna: *“Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo”*. De la misma manera que había hablado a la higuera y ésta se secó; o que habló a los violentos vientos y encrespadas olas que se levantaron en el mar y estas se apaciguaron; o que habló a la legión de demonios que habitaban en el gadareno y tuvieron que huir al instante; o que habló a los soldados que fueron a prenderle y todos tuvieron que retroceder cayendo a tierra; del mismo modo Cristo dirá su sentencia y todos los ejércitos serán destruidos en un momento. Ni los hombres, ni la bestia, ni el falso profeta con todos sus milagros, podrán ofrecer resistencia alguna ante la majestad de Cristo.

Cuando la bestia hizo su aparición acompañada del falso profeta, todas las gentes se decían: *“¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?”* (**Ap 13:4**). Aquí tenemos la respuesta: El Señor Jesucristo. Ahora vemos que ambos fueron apresados y *“lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre”*. Por el momento, parece que Satanás no es enviado con ellos, aunque lo será más tarde (**Ap 20:10**). Y allí acabarán también todos los hombres impíos después de ser juzgados (**Ap 20:15**).

Nada queda ya de todo lo que la bestia y el falso profeta habían organizado. Lo que en otro tiempo parecía indestructible, ha desaparecido en un momento, sin esfuerzo alguno. Todo su jactancioso orgullo con el que se rebelaron contra Dios queda en nada. Sus cuerpos quedan tendidos en el campo, sin dignidad alguna, *“y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos”*.

Los mil años (Ap 20:1-6)

Introducción

Seguramente estos versículos son la porción más controvertida del libro de Apocalipsis. Se trata aquí del “milenio”, un término latino que significa “mil”, y que hace referencia al reino de Cristo en esta tierra durante mil años.

A lo largo de los siglos los comentaristas han interpretado este pasaje de varias maneras que aquí resumimos.

1. Amilenialistas

Generalmente piensan que el milenio representa de manera simbólica a nuestra era actual. Creen que se trata de un período de duración indefinida, no de mil años, y abarcaría, según ellos, desde el momento de la ascensión de Cristo hasta su segunda venida, lo que dará comienzo a la eternidad. Rechazan, por lo tanto, que tenga algo que ver con un reinado literal de Cristo en la tierra, porque creen que ya ha estado reinando aquí desde su ascensión. El pasaje anterior en el que se anunciaba la venida de Cristo a este mundo (**Ap 19:11-21**), es interpretado como una recapitulación de todo lo acontecido en la era cristiana, porque según ellos, Cristo no volverá hasta después de este reino celestial milenal. Piensan que Satanás fue atado en la primera venida de Cristo, y que sigue así en la actualidad, resultándole imposible engañar al mundo como lo hacía antes. Interpretan también que los creyentes ya están reinando con Cristo en los lugares celestiales, no en este mundo. Consideran que la “*primera resurrección*” se refiere al nuevo nacimiento del creyente. Asimismo, las “*naciones*” a las que Satanás no ha logrado engañar piensan que son la Iglesia. También enseñan que todas las promesas hechas a Israel en el Antiguo Testamento acerca de un reino terrenal, se están cumpliendo espiritualmente en la Iglesia en el tiempo presente. Creen también que por un breve tiempo antes de la Segunda Venida de Cristo, a Satanás se le otorgará más libertad para actuar.

Se considera que fue Agustín de Hipona el primer teólogo de cierta reputación que adoptó dicha postura. Seguramente fue influido por su hermenéutica alegórica. Más tarde sus puntos de vista fueron adoptados por la Iglesia Católica, y después, con algunas variaciones, por los líderes de la Reforma Protestante.

Es difícil entender cómo el milenio tendrá lugar en el cielo y no en la tierra. Al fin y al cabo, en el cielo el reino de Cristo será eterno, no sólo de mil años o de cualquier otro período concreto de tiempo.

2. Postmilenialistas

Sostienen que la instauración del reino milenal en la tierra tendrá lugar antes de la Segunda Venida de Cristo, y que de hecho será la Iglesia quien traerá el milenio a este mundo por medio de la evangelización.

Pero esta idea de que la iglesia producirá un “mundo perfecto” para que finalmente venga Cristo a establecer en él su reino, es un punto de vista muy optimista que no se corresponde con la realidad que vemos a nuestro alrededor. No parece que la población mundial esté en vías de llegar a convertirse al cristianismo, sino todo lo contrario.

3. Premilenialistas

Sostienen que Cristo volverá antes del milenio, y que será él mismo con su Segunda Venida quien establecerá su reino en la tierra. Creen, por lo tanto, que el milenio tiene que ver con el reinado literal de Cristo sobre esta tierra. En ese momento, habrá creyentes muertos que serán resucitados para reinar con él. Esta será la primera resurrección. Así mismo, asumen que las promesas hechas al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento acerca de un reino mesiánico en esta tierra, tendrán un cumplimiento literal, y que no hay ninguna razón para espiritualizarlas y creer que ya han sido cumplidas en la Iglesia en el período actual. Niegan que Satanás esté atado en esta era presente, como claramente se aprecia en muchos lugares del Nuevo Testamento (**Hch 5:3**) (**1 Co 7:5**) (**2 Co 4:3-4**) (**2 Co 12:7**) (**Ef 2:2**) (**1 Ts 2:18**) (**2 Ti 2:26**) (**1 P 5:8**). Durante el milenio, Cristo va a reinar en esta tierra, y su pueblo se sentará sobre tronos para reinar con él. Según ellos, el milenio apunta hacia el futuro y no al presente.

4. Conclusión

Iremos analizando cada una de estas opciones al estudiar el texto, aunque podemos adelantar que la postura premilenialista es la que más se ajusta a lo que la Biblia enseña.

Satanás es atado por mil años

(Ap 20:1-3) “Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.”

En la Segunda Venida de Cristo descrita en el capítulo anterior, la bestia y el falso profeta “ *fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre*” (**Ap 19:20**). Sin embargo, el dragón que les había dado autoridad a estos dos, había quedado libre. Pero ahora, él mismo será apresado.

Es curioso que quien se ocupa de Satanás es un ángel que desciende del cielo: “*Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón*”. Nos llama la atención lo fácil que le resulta a este ángel cumplir con la tarea asignada. Desde la perspectiva celestial, no parece que Satanás sea un ser tan poderoso.

En este punto es interesante señalar que los amilenialistas dicen que es la predicación del evangelio la que ata al diablo, pero aquí se nos explica con claridad que será un ángel que descenderá del cielo.

Aquí aparecen juntos los cuatro títulos con los que se designa al maligno en este libro: “*El dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás*”. Con ellos se subraya su naturaleza bestial y monstruosa, además de su carácter engañoso y seductor. Este malvado ser ha venido ejerciendo su influencia en el mundo desde el comienzo de la raza humana, por eso se le describe como “*la serpiente antigua*” (**Gn 3:1**).

El primer asunto al que el Rey debe prestar atención para establecer su reino en este mundo es el confinamiento del cabecilla de los rebeldes: “*Y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él*”. A partir de ese momento ya no podrá operar más en los hijos de desobediencia (**Ef 2:2**), tal como lo hace en la actualidad. Además, no debemos olvidar que para este momento, el Señor habrá destruido a los hombres rebeldes (**Ap 19:11-21**).

Pero este no será el destino final de Satanás donde será castigado durante toda la eternidad. Se trata de un encierro temporal con la finalidad de restringir sus actividades: *“Para que no engañase más a las naciones”*. Y puesto que en la Segunda Venida de Cristo serán destruidos todos los rebeldes, quizá lo más razonable sea pensar que la referencia a *“las naciones”* que encontramos aquí deba ser interpretada como *“toda la humanidad”*. Es decir, Satanás no podrá seguir engañando al mundo con sus mentiras.

Una vez más es imposible creer que en la actualidad Satanás esté atado, tal como interpretan los amilenialistas, sobre todo cuando seguimos viendo a nuestro alrededor tantas evidencias de su engañosa y sanguinaria actividad. No hay duda de que el diablo sigue engañando al mundo en nuestros días. Le engaña con respecto a todos los auténticos valores de la vida, de tal manera que sigue siendo totalmente actual el lamento del profeta Isaías: *“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!” (Is 5:20)*.

Pero después de que sean *“cumplidos mil años”*, entonces *“debe ser desatado por un poco de tiempo”*. Pero, ¿por qué es necesario soltar a Satanás de su prisión? En ocasiones las autoridades hacen eso, y dejan de nuevo en libertad a los asesinos. Esta semana contaron una historia terrible en la televisión acerca de un hombre que había amenazado con matar a su mujer si le dejaban en libertad. Le dejaron salir de la cárcel, concediéndole un permiso de 8 horas, y la mató brutalmente. ¿Por qué va a dejar Dios en libertad a Satanás si sabe de antemano lo que va a hacer nuevamente? La respuesta vendrá más adelante.

Los santos reinarán con Cristo

(Ap 20:4) “Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años.”

Una vez que la bestia sea destruida, el reino será entregado al Hijo del Hombre y a sus santos. Esto es lo que profetizó también Daniel:

(Dn 7:22) “Hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino.”

Aunque se dice que se sentaron sobre tronos, la labor que realizarán tendrá que ver con juzgar: *“recibieron facultad de juzgar”*. Esto no es nuevo, puesto que a lo largo de todo Apocalipsis hemos ido viendo una apasionada preocupación por la justicia.

Ahora bien, ¿quiénes serán estos que se sentarán para juzgar? Pueden ser los mismos que Juan vio a continuación: *“Vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos”*. Todo parece indicar que son los mártires de la gran tribulación que habían permanecido fieles y que fueron martirizados. Por supuesto, esto no quiere decir que el resto de los creyentes no vayan a reinar con Cristo, porque eso lo vemos claro en otros pasajes: **(Dn 7:27) (Mt 19:28) (1 Co 6:2) (Ap 2:26) (Ap 3:21)**. Sin embargo, como viene siendo habitual en el libro de Apocalipsis, los mártires reciben aquí un trato de preferencia. Seguramente con el fin de animar a los primeros lectores que estaban atravesando por situaciones muy difíciles de persecución.

Otra pregunta que debemos hacernos es a qué tipo de juicio se refiere aquí. Y no parece que se trate de un juicio para determinar el destino eterno de los hombres, porque eso tendrá lugar después (**Ap 20:11-15**). Aquí parece que la idea es que los santos tendrán un papel muy importante en la organización de los asuntos morales del Reino. Esto nos obliga a preguntarnos si nos estamos preparando adecuadamente para esta tarea. ¿Cómo debería ser para nosotros un mundo justo? ¿Qué decisiones deberían ser tomadas para que este mundo cambiara?

Una vez más, es difícil hacer coincidir la postura amilenialista con todo esto. Ellos piensan que los que reinarán con Cristo son los que han muerto al pecado y han nacido de nuevo, pero lo que el texto bíblico afirma es que serán los mártires por el testimonio de Cristo. Insisten asimismo en hacer notar que lo que Juan vio eran *“las almas”*, lo que les lleva a suponer que no tenían cuerpos, y que por lo tanto no estarían en la tierra sino en el cielo. Pero hablar del alma para referirse a la persona entera no es algo inusual en la Biblia (**Stg 5:20**).

Ahora bien, lo que vemos aquí es que los mártires resucitarán físicamente: *“Y vivieron y reinaron con Cristo mil años”*. Como ya hemos señalado, lo más coherente resulta pensar que fueron muertos por causa de su fe y ahora han resucitado para reinar con Cristo aquí en la tierra, en el mismo escenario donde tanto Cristo como ellos habían sido rechazados y muertos.

Pero, ¿por qué sólo reinarán mil años con Cristo? Evidentemente no se trata del establecimiento definitivo del Reino de Dios en esta tierra. Más bien este período es presentado como una especie de preámbulo del reino eterno del Mesías (**Lc 1:31-33**).

“Esta es la primera resurrección”

(Ap 20:5-6) *“Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.”*

Durante el milenio tendrá lugar la primera resurrección, ahora bien, ¿quiénes serán los que resuciten en este momento y quiénes los *“otros muertos que no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años”*?

En primer lugar debemos decir algo que resulta obvio: no habrá una resurrección general de todos los muertos. Es verdad que el Señor Jesucristo habló de una resurrección para vida y otra para muerte, pero no especificó que ambas iban a ocurrir en el mismo momento (**Jn 5:28-29**). Aquí se especifica que habrá una primera y una segunda resurrección. Ahora bien, en cuanto a esta primera resurrección, tendrá lugar al comienzo del milenio y parece que afectará a los creyentes que hayan sido muertos durante la gran tribulación, muy probablemente de mayoría judía. Por el contrario, la segunda resurrección no se producirá hasta después del milenio, y tendrá que ver con los incrédulos, tal como vemos a continuación en (**Ap 20:11-13**).

Pero aquí surge otra pregunta: ¿dónde debemos encuadrar la resurrección que tendrá lugar en el momento del arrebatamiento de la iglesia (**1 Ts 4:16-17**)? Es evidente que el arrebatamiento tendrá lugar antes del milenio, y por lo tanto, también la resurrección de los creyentes que hayan muerto hasta ese momento. Esto nos lleva a pensar que cuando en Apocalipsis se habla de la *“primera resurrección”*, debemos entenderla como la resurrección de los creyentes, aunque ésta puede ocurrir en diferentes etapas, una en el arrebatamiento y otra en el milenio. En este caso, los creyentes que ya hayan resucitado

en el momento del arrebatamiento, estarán en el cielo con el Señor (**1 Ts 4:17**) y probablemente no participarán del milenio.

A continuación encontramos la quinta de las siete bienaventuranzas que hay en Apocalipsis: *“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección, la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos”*. Evidentemente la “segunda muerte” es la muerte eterna o condenación en el lago de fuego (**Ap 20:14**). Pero los que participan en la primera resurrección, la de los creyentes, serán librados de la condenación eterna.

Los santos que participen en el milenio disfrutarán de pleno acceso y comunión con el Padre y el Hijo: *“Serán sacerdotes de Dios y de Cristo”*.

Además se añade: *“y reinarán con él mil años”*. El propósito de Dios cuando creó al hombre es que fuera su virrey en la tierra. Esto se frustró cuando entró el pecado en el mundo, pero siguió siendo el deseo de Dios. Ahora, durante el milenio, Dios gobernará la tierra a través de hombres redimidos y resucitados.

El propósito del milenio

Aquí llegamos a un punto realmente complejo. Vemos que los santos que habían permanecido fieles durante la persecución de la bestia, ahora son resucitados con cuerpos glorificados, pero tienen que reinar en un mundo que todavía gime bajo la maldición del pecado, y tienen que reinar sobre personas que todavía son pecadoras y no han sido transformadas como ellos. De hecho, como veremos más adelante, muchos de ellos ni siquiera habrán llegado a convertirse.

Sin duda, esto generará cierta tensión en algunos momentos. Ahora bien, debemos notar que se trata de una situación temporal, por mil años. El verdadero problema sería si esto estuviera ocurriendo en el cielo durante la eternidad.

Todo esto nos lleva a preguntarnos cuál será el propósito del milenio. Hagamos un breve resumen de algunas de ellas:

Cumplir las numerosas profecías del Antiguo Testamento que anunciaban un reino terrenal del Mesías con su pueblo Israel en Jerusalén.

Si tal como dicen los amilenialistas, Cristo vendrá para destruir a Satanás y establecer directamente su reino eterno, entonces la humanidad no tendrá idea de lo que él es capaz de hacer por este mundo pecador. Por eso, el milenio, aun con todas sus limitaciones, es un botón de muestra de lo que Dios podrá hacer por la humanidad pecadora si le aceptasen como su Rey.

Durante el milenio, la humanidad vivirá bajo unas condiciones ideales. Como vimos en el capítulo anterior, el Señor Jesucristo habrá venido a reinar en la tierra (**Is 11**), los rebeldes habrán sido destruidos, incluidos la bestia y el falso profeta, y ahora, al comenzar este capítulo, vemos que el mismo diablo, que engañaba a las naciones, es atado y se le impide llevar a cabo sus malvadas intenciones. A todo esto hay que añadir que la tierra será poblada por muchas personas resucitadas y glorificadas, es decir, que ya serán perfectas. Sin embargo, todavía quedarán algunas personas que no habrán muerto en la gran batalla descrita en el capítulo anterior. Estas vivirán en un entorno ideal. ¿Qué ocurrirá?

Con frecuencia, los seres humanos culpan de su pecaminosidad al entorno o las circunstancias en las que viven. En otras muchas, se quejan de sus gobernantes y de las leyes. Pero esto ya no será una excusa durante el milenio. Dios creará un “Siglo de Oro” en el que desaparecerá todo tipo de injusticia social y de corrupción política. En ciertos

sentidos, el hombre vivirá en condiciones muy parecidas a las que había en el paraíso inicial.

En otras ocasiones, en su afán de eludir cualquier responsabilidad propia, el hombre culpa de la maldad en el mundo a Satanás. Pero durante el milenio, él también será atado y no podrá actuar. El hombre, y sólo el hombre, será responsable de lo que ocurra.

Es triste, pero al acabar el milenio vemos que los hombres se rebelan nuevamente contra Dios y su gobierno de justicia. De este modo, el milenio pondrá en evidencia que el problema del ser humano es muy profundo. El pecado ha causado verdaderos estragos en el hombre, y aun viviendo en las mejores condiciones imaginables, permanece su depravación. El mal está dentro del corazón humano y persiste aun sin la presencia de Satanás. La idea de que la naturaleza humana es básicamente buena, es una enorme mentira.

Esta es una de las razones por las que este reino tiene una duración limitada en lugar de ser eterno.

El juicio final de Satanás y los impíos (Ap 20:7-15)

El milenio se termina y Satanás es soltado

(Ap 20:7-10) *“Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.”*

La única manera de comprobar si las condiciones favorables en las que el hombre había vivido en el milenio habían logrado cambiar su corazón, sería soltar nuevamente a Satanás, y esto es lo que ocurre a continuación: *“Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión”*.

Aun las personas que vivan en el milenio tendrán la posibilidad de tomar decisiones libremente. Nadie será obligado a servir a Dios en la eternidad. Por esa razón, al terminar este período, Satanás es soltado y el hombre podrá manifestar con entera libertad cuál es su decisión.

Y como era de esperar, inmediatamente después de ser liberado, Satanás reanuda sus actividades allí donde las dejó: *“Y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog”*.

Dice que intentará engañar *“a las naciones”*. Muchos se preguntan a qué naciones se refiere aquí. Y debemos suponer que durante el milenio la población de la tierra aumentará considerablemente en medio de sus condiciones favorables. Muchas de estas personas que nacerán serán creyentes, pero otros muchos no.

Otra cuestión que despierta mucha curiosidad tiene que ver con *“Gog y Magog”*. ¿Quiénes son estas naciones? Es bastante difícil saber con seguridad a quién se refiere, porque la composición de las naciones al final del milenio será muy diferente de la que conocemos en la actualidad. Además, no debemos dejar de notar que Satanás no sólo engañará a Gog y Magog, sino a *“las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra”*.

En cuanto a Gog y Magog, encontramos una referencia a ellas en **(Ez 38-39)**. Sin embargo, en Ezequiel, Gog es el gobernante de Magog, y no dos naciones como en Apocalipsis: *“Hijo de hombre, pon tu rostro contra Gog en tierra de Magog, príncipe soberano de Mesec y Tubal, y profetiza contra él” (Ez 38:2)*. No obstante, el contexto de esta referencia en el profeta Ezequiel nos puede ayudar a entender a lo que se refiere Juan en Apocalipsis. Ezequiel anuncia en estos capítulos que Gog iba a lanzar un ataque a gran escala contra la tierra de Israel, pero que éste no tendría éxito, sino que acabaría con su propia destrucción. Con el tiempo, entre los judíos, Gog y Magog llegaron a ser símbolo de las naciones que se oponen a Dios y luchan contra su pueblo. Por lo tanto, lo más probable es que la referencia que tenemos en Apocalipsis se base en esta idea, y describa una nueva reunión de todas las naciones para hacer guerra contra Dios y su

pueblo. Esta interpretación sería confirmada porque en ambos casos los enemigos de Dios serán destruidos del mismo modo. Fijémonos en la descripción que nos ofrece Ezequiel:

(Ez 39:6) *“Y enviaré fuego sobre Magog, y sobre los que moran con seguridad en las costas; y sabrán que yo soy Jehová.”*

Finalmente Dios se glorificará en medio de sus juicios y defenderá a su pueblo.

Pero volvamos a los detalles que nos ofrece Apocalipsis. Vemos aquí que Satanás engaña a las naciones incrédulas *“a fin de reunirlos para la batalla”*. Esta batalla es diferente a la que tuvo lugar antes del milenio. En aquella ocasión los ejércitos que luchaban contra el Señor fueron dirigidos por la bestia (**Ap 19:19-21**), mientras que aquí es el mismo Satanás quien los capitanea.

Vemos también que Satanás tendrá mucho éxito engañando a las naciones, porque cuando se nos describe la formación de su ejército se nos dice que *“el número de los cuales es como la arena del mar”*.

Nos resulta incomprensible que después de haber disfrutado de mil años de paz y bendición bajo el justo gobierno del Mesías, los hombres se dejen seducir con tanta facilidad por Satanás, hasta el punto de declarar la guerra contra Dios. Esto sólo es posible, si como dijo el profeta Jeremías, el corazón del hombre es *“engañoso más que todas las cosas y perverso”* (**Jer 17:9**).

Muchos piensan que si los hombre pudieran tener mejores sueldos, mejores casas, el acceso a una mejor educación y sanidad, los pecadores no serían tan malos y las guerras se acabarían. Otros dicen que llegarían a creer en Dios si acabara con las injusticias sociales y este mundo fuera un lugar justo. Pero todo esto es completamente falso. Durante el milenio Dios hará todo esto y mucho más, y sin embargo, al terminar este período, el hombre se rebelará nuevamente contra Dios y se embarcará en una guerra contra él. Está claro que un entorno perfecto no puede producir un corazón perfecto. El corazón del hombre es malo y quiere vivir en independencia de Dios, aunque eso signifique su propia autodestrucción.

Pues bien, como decimos, Satanás logró reunir un gran ejército en muy poco tiempo. Ahora vemos cuál es su objetivo prioritario: *“Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada”*. Esto se refiere probablemente al pueblo de Dios y a la capital del Rey, Jerusalén.

Aquí tenemos la respuesta de Dios: *“Y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió”*. Esta es la última batalla de la historia de la humanidad, y significa la derrota definitiva de Satanás y de los hombres rebeldes. Aun así, esperaríamos la descripción de una gran batalla, pero no hay lugar para eso. El poder de Dios es tan abrumador que no hay lugar ni siquiera para algo que pudiera parecer una batalla. El fuego de Dios descendió del fuego y los consumió a todos en un instante.

Y por último encontramos el fin del mismo diablo: *“Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos”*. Finalmente, toda la trinidad satánica terminan corriendo la misma suerte.

Debemos entender que este *“lago de fuego y azufre”* es una referencia al infierno. Y esto nos lleva a pensar en otra cuestión: ¿No ha estado el diablo siempre en el infierno? Y la respuesta es no. A lo largo del libro de Apocalipsis hemos visto diferentes cambios en cuanto al diablo. En (**Ap 12:9**) vimos que fue arrojado del cielo, en donde acusaba a los santos de Dios. Y un poco más adelante nos dice que fue arrojado a la tierra, y sabiendo

que le quedaba poco tiempo, comenzó una terrible campaña de persecución contra el pueblo de Dios (**Ap 12:12-17**). Al llegar al capítulo 20 vemos que es atado por mil años y se le impide engañar a las naciones (**Ap 20:1-3**), pero al terminar el milenio, vuelve a ser desatado, volviendo a engañar a las naciones y organizándolas para luchar contra Dios, pero como no podía ser de otro modo, es derrotado y lanzado para siempre al lago de fuego y azufre (**Ap 20:10**). Así termina la historia de Satanás, que comenzó en el cielo como un magnífico ser.

(Is 14:12-15) “¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo.”

En cuanto al “lago de fuego y azufre”, debemos notar que es un lugar de tormento sin interrupción: “Y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos”. En la cultura popular muchas veces se piensa en el infierno como un lugar de diversión donde estará la gente interesante de este mundo, pero esto no tiene nada que ver con la realidad.

El juicio ante el gran trono blanco (Ap 20:11-15)

Después de que el diablo fuera juzgado, le toca ahora el turno a los hombres rebeldes que le siguieron, pero no sólo a ellos, porque como veremos a continuación, todos los inconversos resucitarán a fin de comparecer ante Dios en el gran trono blanco. Es realmente un pasaje muy serio y trágico, porque será un juicio definitivo ante el más alto tribunal que se puede encontrar en todo el universo, y por lo tanto, su veredicto será inapelable.

La descripción del gran trono blanco

(Ap 20:11) “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos.”

Juan comienza describiendo una escena que por su majestad y solemnidad le causa una fuerte impresión: “Y vi un gran trono blanco”. Aunque lo que sin duda hacía grande a ese trono era la majestad del Juez que lo ocupaba y la importancia y transcendencia de las decisiones que en él se tomaban. En cuanto al color “blanco” del trono, una vez más debemos pensar en que es usado como un símbolo de la santidad, pureza y justicia que en él se manifestaba.

Ahora bien, ¿quién era “el que estaba sentado en él”? En el versículo siguiente se nos dice que los que comparecían ante aquel trono estaban “de pie ante Dios”. Por lo tanto, debemos concluir que el Juez es Dios mismo. Sin embargo, por otras partes de las Escrituras sabemos que a quien ha sido entregado todo el juicio es al Hijo, al Señor Jesucristo (**Mt 25:31-46**) (**Jn 5:22**) (**Hch 10:42**) (**Hch 17:30-31**) (**Ro 2:16**) (**2 Ti 4:1**).

La presencia del que está sentado en el trono es tan impresionante que “delante de él huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos”. Ahora bien, si resulta que no se encontró lugar para la tierra y el cielo, lo más probable es que fueran completamente destruidos. La desaparición total de la antigua creación es necesaria para luego crear un “cielo nuevo y tierra nueva” (**Ap 21:1**).

Recordemos que no sólo el hombre fue afectado por el pecado, sino que la misma creación recibió también la maldición de Dios por su culpa. Esta es la razón por la que debe ser totalmente destruida.

Por lo tanto, si en este momento ya no existen los cielos y la tierra, entonces debemos suponer que el “*gran trono blanco*” debe estar situado en algún sitio fuera de nuestro mundo, probablemente en el cielo.

Los muertos resucitan para comparecer en juicio

(Ap 20:12-13) *“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.”*

I. ¿Quiénes son los que van a ser juzgados?

Ahora la atención de Juan se dirige hacia los que estaban delante del trono blanco: “*Y vi a los muertos, grandes y pequeños de pie ante Dios*”.

¿Quiénes son las personas a las que se hace referencia aquí? Entendemos que son “muertos espirituales”, es decir, inconversos. Todos ellos resucitarán para comparecer ante el trono de Dios. Creemos que entre ellos no habrá creyentes, porque éstos ya habrán resucitado en “*la primera resurrección*”, ya sea en el arrebatamiento o al comienzo del milenio.

Notemos que no habrá distinción de clases sociales en ese momento, sino que allí estarán por igual “*grandes y pequeños*”. Todas las distinciones que el hombre hace en este mundo serán eliminadas ante aquel que no hace acepción de personas **(Ro 2:11) (1 P 1:17)**. Tanto unos como otros son responsables ante Dios. Ya sabemos que nuestra sociedad actual siempre pone el énfasis en determinadas clases sociales, como los políticos o gobernantes, y también en ciertos tipos de pecados, como los asesinos, violadores, pederastas o ladrones, pero en el juicio de Dios, todos comparecerán por igual.

Juan nota que están “*de pie*”, lo que probablemente implica que están a punto de escuchar el veredicto divino sobre la causa abierta sobre ellos.

Satanás ha engañado a los pecadores haciéndoles creer que pueden vivir como les dé la gana sin tener que dar cuentas a nadie. También les ha hecho pensar que no habrá un castigo futuro, tal como le dijo a Eva en el huerto del Edén: “*No moriréis*” **(Gn 3:4)**. Pero todo esto es mentira, tal como los hombres tendrán ocasión de comprobar por sí mismos al final de sus vidas.

En realidad, este será el juicio final para toda la humanidad, pero Dios nunca a dejado de ejecutar sus justos juicios a lo largo de toda la historia. El diluvio, la torre de Babel, la destrucción de Sodoma y Gomorra, las plagas sobre Egipto, la cautividad de Israel, la ruina de Babilonia o la destrucción de Jerusalén, son sólo unos pocos ejemplos de estos juicios.

Pero todos estos juicios no anulan la necesidad de un juicio futuro y final. No toda la maldad de los hombres ha tenido su justa retribución en esta vida. Por el contrario, muchos hombres malvados han disfrutado de poder y bienestar durante toda su vida. Este

ha sido uno de los grandes problemas de los creyentes durante siglos, porque parecía que la justicia divina quedaba en entredicho. Pero la justicia perfecta de Dios se va a manifestar en este día del juicio final.

2. ¿Sobre qué base van a ser juzgados?

El juicio comienza abriendo los libros: *“Y los libros fueron abiertos”*. Ahora bien, ¿a qué libros se refiere? Debemos notar que se mencionan aquí dos clases de libros.

Por un lado hay un libro en el que están registradas todas las obras humanas: *“Fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”*. No hay nada que se pueda esconder de los ojos de Dios, y él tiene constancia de cada cosa que hemos pensado, dicho o hecho. El apóstol Pablo dijo lo siguiente en cuanto a este juicio:

(Ro 2:16) *“En el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio.”*

Cada uno de nosotros vamos escribiendo ese libro con cada decisión y acción que tomamos en nuestras vidas.

Pero luego hay un segundo libro: *“Y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida”*. Aquí están escritos los nombres de quienes creyeron el evangelio y tienen vida eterna, por eso se le llama *“el libro de la vida”* **(Ap 3:5)** **(Ap 17:8)**, o también el *“libro de la vida del Cordero”* **(Ap 13:8)** **(Ap 21:27)**.

Este segundo libro será abierto para que las personas comprueben que sus nombres no están inscritos en dicho libro, y que por lo tanto, no han creído en la obra de Cristo a favor de ellos.

Ahora bien, ¿no hay cierta incompatibilidad entre ambos libros? Por un lado, nuestros nombres son escritos en el libro de la vida cuando creemos en Cristo, pero por otro, en el primer libro los hombres son juzgados según sus obras. ¿Cuál es la base de este juicio, la fe o las obras?

En la Biblia podemos encontrar las dos verdades. Por ejemplo, se enseña en ocasiones que el juicio se basará en las obras **(Mt 16:27)** **(Ro 2:5-11)**. Pero también se nos dice que para ser salvo es necesaria únicamente la fe **(Jn 3:16)** **(Jn 5:24)**. Ambas verdades son complementarias, porque según el razonamiento bíblico, lo que hacemos pone de manifiesto lo que somos.

Pero puede que haya dos libros por otra razón. Cuando se abra el libro de las obras, no habrá duda de que todos los hombres merecen la condenación. Pero será necesario abrir también el libro de la vida para ver si esa persona creyó en Cristo y aceptó que él pagara en la cruz por sus malas obras.

3. Los muertos son resucitados para que puedan comparecer ante el tribunal de Dios

Los creyentes ya habían resucitado anteriormente, pero ahora les toca el turno a los inconversos: *“Y el mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos”*. Nadie será excluido en la resurrección. La idea es la de un juez que cita a alguien para comparecer en su tribunal y no puede negarse a hacerlo. No hay escapatoria posible.

Se hace referencia al mar, que tantas vidas se ha tragado, y también a la *“muerte y el Hades”*. Estos dos últimos aparecen juntos con frecuencia en la Biblia, como una pareja inseparable. La muerte se refiere probablemente a la tumba, el lugar donde están los

cuerpos muertos, y el Hades describe el reino de los muertos. Ahora se unen los espíritus con los cuerpos.

4. La muerte y el Hades son destruidos

Una vez que la muerte y el Hades han devuelto a todos los muertos, su tarea ha sido cumplida y son *“lanzados al lago de fuego”*. Con esto mismo coincide el apóstol Pablo cuando dice que *“el postrer enemigo que será destruido es la muerte”* (1 Co 15:26).

Tanto la muerte como el Hades son fuerzas malignas, productos del pecado, por lo tanto, son arrojadas al mismo lugar donde ya estaba la bestia, el falso profeta y el diablo (Ap 19:20) (Ap 20:10).

En toda la Biblia la muerte física se presenta como una calamidad aborrecible. Es la justa retribución a la rebeldía humana. Pone al descubierto la enorme miseria a la que llega el hombre pecador. Mientras se enseñorea del hombre es la mayor y más temible de sus desgracias. Es por esta razón que debe ser destruida.

5. El destino eterno de los pecadores

La muerte física en la tierra es temporal, y es considerada aquí como la primera muerte. Pero el lago de fuego es definitivo y eterno, *“esta es la muerte segunda”*.

Esta segunda muerte tiene lugar después de la resurrección, por lo tanto, los hombres volverán a tener su cuerpo, pero estarán muertos, porque estarán separados eternamente de Dios. Esta resurrección para condenación, de la que también habló el Señor Jesucristo (Jn 5:29), será terrible. Los hombres recibirán cuerpos que les durarán para siempre, pero cuerpos pecaminosos, sujetos al dolor y el sufrimiento.

Como hemos visto, su destino final será el lago de fuego: *“Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”*. Allí estarán en compañía de la bestia, el falso profeta, Satanás y todos sus demonios.

La realidad de cómo será el infierno sobrepasa a cualquier cosa que la imaginación humana pueda producir. Un lugar de eterno tormento, en compañía de todos los demonios, sin posibilidad de salir de él. Todo esto resulta sobrecogedor.

Notemos de paso que aquí, como en el resto de la Biblia, no se habla de ningún lugar intermedio como el purgatorio inventado por los católicos. También se contradice claramente la enseñanza de los testigos de Jehová que sostienen que la muerte acaba con la existencia de los incrédulos y que por lo tanto, no hay ningún infierno.

Cielo nuevo y tierra nueva (Ap 21:1-8)

Introducción

Al terminar el capítulo anterior vimos el fin del antiguo orden. La tierra y el cielo desaparecieron, los pecadores resucitaron, fueron juzgados y lanzados al lago de fuego y azufre (**Ap 20:11-15**). Ahora, este capítulo describe el nuevo orden de cosas que Dios va a crear.

Se trata de un nuevo comienzo donde Dios va a hacer todo nuevo. Los creyentes habrán resucitado con cuerpos glorificados, libres de todas las consecuencias del pecado; Satanás ya no estará presente nunca más para tentar a la humanidad; y lo más importante, Dios mismo morará con el hombre en una plena y hermosa comunión.

Sin duda, ésta será la realización del anhelo más profundo que los creyentes de todas las épocas han tenido:

(Sal 73:25-26) “¿A quien tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre.”

(He 11:13-16) “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra; pues los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver, pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad.”

En este mundo actual no hay nada que pueda satisfacer plenamente al creyente. Sin embargo, parece que muchos han quedado atrapados en la locura de nuestra sociedad moderna que falsamente promete satisfacción inmediata a cambio de olvidarse de las auténticas bendiciones de Dios que son eternas. La única manera de librarse de esta mundanalidad es volver a mirar a las maravillas del cielo que nos son expuestas en estos capítulos (**Fil 3:20**) (**Col 3:1-4**).

Tener puesta la vista en el cielo ejercerá una poderosa influencia en nuestras vidas. Nos hará considerar las cosas de este mundo caído como lo que realmente son. Nos traerá gozo y consuelo en las pruebas. Nos animará a servir al Señor en medio de las dificultades, sabiendo que él nos recompensará generosamente en el cielo.

Lo que aquí vamos a encontrar es una descripción de lo que será el cielo, y debemos mirarla con interés, porque allí estará nuestra residencia eterna, y debemos prepararnos ya para el estilo de vida que llevaremos allí.

El fin del orden antiguo

(Ap 21:1) “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.”

La creación presente ha sido gravemente afectada por el pecado (**Is 24:5**), por esa razón, lo que Dios va a hacer no es una restauración de la vieja creación, sino una completamente nueva. El apóstol Pedro anunció esto mismo:

(2 P 3:13) *“Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.”*

Dios va a preparar un nuevo universo para que lo habiten nuevas personas:

(2 Co 5:17) *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”*

La nueva creación tendrá algunas diferencias con la vieja. Por ejemplo, se nos dice que *“el mar ya no existía más”*. Este será un gran cambio, porque en la tierra actual el mar ocupa cerca de las tres cuartas partes de su superficie. Esto implica que las condiciones de vida y el clima serán también diferentes.

La nueva Jerusalén desciende del cielo

(Ap 21:2) *“Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido.”*

La nueva tierra debe tener también una nueva metrópolis que sustituya a la vieja Babilonia: *“Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo”*.

Dios había elegido a Jerusalén como la capital de su reino y decidió poner allí su nombre **(2 Cr 33:7)**. Sin embargo, la Jerusalén actual se ha corrompido a través de los siglos, y en **(Ap 11:8)** es comparada con *“Sodoma y Egipto”* por su pecaminosidad. También el apóstol Pablo comparó la Jerusalén actual con el viejo pacto, *“el cual da hijos para esclavitud”* **(Ga 4:25)**.

Pablo habló también de *“la Jerusalén de arriba”*, y dijo de ella que *“es madre de todos nosotros y es libre”* **(Ga 4:26)**. Según esto, la Jerusalén celestial ya existe en este momento presente y los creyentes que mueren van allí:

(He 12:22-24) *“Sino que os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.”*

En cuanto a la nueva Jerusalén se nos dice que es *“santa”*, algo que también la distingue de la Jerusalén actual. Será santa porque *“no entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira”* **(Ap 21:27)**. Nos cuesta mucho imaginarnos una ciudad así. Hasta ahora el hombre ha fracasado en todos sus intentos de crear ciudades justas, donde no haya mentiras, negocios deshonestos, corrupción política, sobornos, violencia, inmoralidad sexual.

Existe una ciudad así, pero no está en este mundo, sino en el cielo. Pero ahora Juan la ve *“descender del cielo, de Dios”*. No es una ciudad creada por el hombre, sino por Dios mismo, y eso es lo que la hace tan diferente.

Sorprendentemente Juan pasa ahora a describir la ciudad como una esposa: *“Dispuesta como una esposa ataviada para su marido”*. En realidad, esto no nos debería sorprender. Anteriormente Satanás había presentado su malvado proyecto que consistía en una ciudad, la gran Babilonia, y una mujer, la gran ramera, pero ahora tenemos aquí el proyecto original de Dios que Satanás había intentado imitar: la nueva Jerusalén y la esposa del Cordero.

El tema de la esposa del Cordero que se había preparado para las bodas, apareció antes en **(Ap 19:7-8)**, pero ahora va a ser descrita más detalladamente.

La imagen está tomada de una boda judía, cuando la esposa se preparaba luciendo sus mejores galas esperando la venida del esposo para llevarla a las bodas y después a su nuevo hogar.

Dios morará con los hombres

(Ap 21:3) *“Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.”*

Juan escucha una nueva voz y la figura vuelve a cambiar. Ahora se trata de “el tabernáculo de Dios con los hombres”. Esto nos recuerda que en el Antiguo Testamento el tabernáculo era el lugar donde Dios se encontraba con su pueblo, pero también donde él manifestaba su presencia y su gloria.

Por lo tanto, en la nueva Jerusalén Dios “morará con ellos”. Pero no lo hará con las tremendas limitaciones con las que lo hacía en el orden antiguo, cuando el tabernáculo tuvo que ser levantado fuera del campamento, y en el que sólo podía entrar el sumo sacerdote hasta el lugar santísimo un solo día del año. La comunión de Dios con su pueblo será plena, como la que disfrutaban Adán y Eva en el huerto del Edén antes de que pecaran.

Esto será posible porque habrá una nueva relación entre Dios y los redimidos: “Y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”.

Se terminará el sufrimiento

(Ap 21:4-5) *“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.”*

Los creyentes disfrutarán allí del cumplimiento pleno de la bienaventuranza que dijo el Señor:

(Mt 5:4) *“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.”*

La historia de la humanidad está plagada de llanto, clamor y dolor. Todos estos son aspectos trágicos producidos por el pecado. Pero Cristo cargó con todos ellos en la cruz:

(Is 53:5) *“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.”*

En la nueva creación no habrá motivos para llorar. No habrá malas noticias, accidentes, enfermedades, frustración, ni muerte. Como dijo Pablo, “sorbida es la muerte en victoria” **(1 Co 15:54)**.

La razón por la que estas cosas se acabarán para siempre es “porque las primeras cosas pasaron”. Un nuevo ciclo se abre que no tiene nada que ver con el anterior. Una nueva etapa en la que seremos libres de todas las consecuencias del pecado; libres de nuestra naturaleza caída, de toda debilidad, de factores hereditarios y de todo entorno adverso. Seremos libres y santos, con una mente y un cuerpo nuevos para poder servir a Dios.

Atrás quedarán todas las frustraciones del pasado, todos nuestros fracasos personales, familiares, matrimoniales, laborales. Todos nuestros propósitos incumplidos, nuestras

metas inalcanzadas, las relaciones arruinadas, las consecuencias de nuestras malas decisiones, las decepciones y desilusiones. Todo será nuevo.

Sin duda es una promesa increíble, y pudiera ser que algunos albergaran dudas de que tal cosa pudiera llegar a ocurrir, por eso, es el mismo Señor, *“el que está sentado en el trono”*, quien hace esta promesa: *“He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas”*. Es posible que Juan hubiera quedado tan impresionado por la visión que acababa de tener que se olvidó de seguir escribiendo. Pero tenía que registrarlo todo, porque eran palabras de Dios, y por lo tanto, fieles y verdaderas. El es soberano y tiene toda la autoridad para hacer estas cosas.

Dios promete dar el agua de la vida a todo el que tenga sed

(Ap 21:6) *“Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.”*

El mismo Señor desde su trono hace esta afirmación: *“Hecho está”*. Nos recuerdan aquellas otras que Jesús pronunció en sus últimos momentos de vida en la cruz: *“Consumado es”* (**Jn 19:30**). Ambas declaraciones tienen relación. La obra de redención que Cristo consumó en la cruz, será la base sobre la que se fundamentan estas promesas que aquí llegarán a su pleno cumplimiento.

Y el Señor vuelve a identificarse para garantizar sus promesas: *“Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin”*. Como ya hemos señalado en otras ocasiones, cuando Dios dice que es *“el principio”*, no quiere decir únicamente que es el primero en el tiempo, sino el origen de todo cuanto existe. Y del mismo modo, cuando dice que es *“el fin”*, implica que todas las cosas encuentran en él su meta y consumación. Por lo tanto, no hay duda de que está en condiciones de garantizar estas maravillosas promesas.

Y una vez más permanece la invitación a participar en este glorioso futuro prometido por Dios: *“Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida”*. Dios pone la inmensidad de su gracia a disposición de toda criatura humana. Veremos que vuelve a repetir la misma oferta en (**Ap 22:17**).

Todo esto nos recuerdan las promesas del Señor Jesucristo durante su ministerio terrenal:

(Jn 7:37-38) *“En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.”*

Ahora bien, los que se aprovechan de esta generosa oferta son aquellos que tienen un profundo sentido de necesidad espiritual dentro de su ser. Son aquellos que no se conforman con las migajas que este mundo ofrece, ya sea de riqueza, fama, placeres o tesoros. Al fin y al cabo, nada de todo esto puede satisfacer plenamente las profundas necesidades espirituales del hombre.

“Hijos y herederos”

(Ap 21:7) *“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.”*

A todas las increíbles promesas que ya hemos visto, ahora se añade otra más igualmente maravillosa: *“El que venciere heredará todas las cosas”*. Esta frase nos recuerda las promesas que recibieron las siete iglesias en (**Ap 2-3**). De alguna manera, esta última promesa incluye todas las anteriores.

La promesa va dirigida *“al que venciere”*, que como ya sabemos, tiene que ver con los creyentes (**1 Jn 5:5**). Ellos son los que *“heredarán todas las cosas”*. Detengámonos un momento a pensar qué incluye esta herencia. Sin duda es mucho más que la tierra de Canaán que recibió Israel como herencia (**Lv 20:24**). Es mucho más que el mundo presente. Va mucho más lejos de cualquier cosa que podamos imaginar.

En todo caso, el hecho de que lleguemos a ser herederos, está vinculado a la nueva relación que hemos llegado a tener con Dios: *“Y yo seré su Dios, y él será mi hijo”*. No puede haber honor más grande en todo el universo que tener esta relación especial con el Soberano Dios del cielo.

El destino de los incrédulos

(Ap 21:8) *“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.”*

A continuación se enumeran todos aquellos que serán excluidos para siempre de la nueva Jerusalén.

- La lista comienza con *“los cobardes”*. Estos son contrastados con *“los vencedores”* del versículo anterior. Tiene que ver, por lo tanto, con aquellos que niegan a Cristo para mantenerse a salvo. Los que por temor a los hombres, *“al qué dirán”*, o a la pérdida de status social, no llegan a confesar a Cristo como su Salvador. Aunque en el tiempo en que Juan escribía el Apocalipsis, la persecución iba mucho más lejos que recibir algunas críticas injustas; confesar a Cristo se pagaba con la vida.
- Continúa con *“los incrédulos”*. Aquellos que se niegan a aceptar el Evangelio.
- *“Los abominables”*. Es un término general que se aplica a diferentes tipos de personas, aunque con frecuencia se relaciona con la inmoralidad sexual.
- *“Los homicidas”*. Son los asesinos, pero aquí se podría incluir también a los perseguidores del cristianismo.
- *“Los fornicarios”*. El término se emplea en el Nuevo Testamento para referirse en forma genérica al pecado sexual.
- *“Los hechiceros”*. Quizá relacionado con el culto a los ídolos.
- *“Los idólatras”*. Aquellos que ponen otras cosas o personas en el lugar del verdadero Dios.
- *“Los mentirosos”*. Los que no aman la verdad.

Todos estos *“tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”*. En contraste con las maravillosas bendiciones que los hijos de Dios recibirán, aquí vemos el triste destino que aguarda a los pecadores que no quieren aceptar a Cristo.

La nueva Jerusalén (Ap 21:9-27)

Introducción

(Ap 21:9) *“Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero.”*

Ahora Juan recibe una orden de *“uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras”*, y es convocado para asistir a una nueva visión. Lo que se le va a mostrar es *“la desposada, la esposa del Cordero”*. Sin lugar a dudas, hay un claro paralelismo entre la forma en la que comienza este pasaje y el anuncio del juicio sobre la gran ramera que encontramos en: **(Ap 17:1)** *“Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera”*.

Esta claro que en este caso el paralelismo no tiene como finalidad comparar dos cosas que son iguales, sino todo lo contrario, acentuar el tremendo contraste entre las dos visiones: el juicio de la gran ramera y la aparición gloriosa de la esposa del Cordero.

Por otro lado, el orden de los sucesos es totalmente lógico. El establecimiento pleno del reino de Dios no puede tener lugar sin antes haber juzgado a este mundo. Se sigue, por lo tanto, la misma línea de pensamiento que en el pasaje anterior, cuando para establecer el cielo nuevo y la tierra nueva, primero era necesario que aquellos primeros que estaban bajo la maldición del pecado fueran desechos.

Pues bien, lo que ahora tenemos por delante es la gloriosa unión del Esposo y la esposa, de Cristo y su iglesia. Es el momento tan largamente esperado por todos los creyentes. Entonces la Iglesia se mostrará en todo su esplendor, aunque por supuesto, la gloria deberá ser siempre para *“el Cordero”*, quien la ganó por su propia sangre:

(Ef 5:25-27) *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.”*

Sería de esperar que el aspecto que la iglesia tendrá en ese momento futuro se parezca al que presenta en la actualidad, pero lamentablemente, quizá en ese momento sea difícil encontrar casi ningún parecido.

Juan ve descender del cielo la nueva Jerusalén

(Ap 21:10) *“Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios”*

A continuación, Juan es llevado *“en el Espíritu”*, igual que en **(Ap 1:10)** **(Ap 4:2)** **(Ap 17:3)**. Se encuentra sobre un *“monte grande y alto”*, y suponemos que estaba esperando ver a la esposa del Cordero, pero en realidad, lo que se le muestra es *“la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios”*. Esto no es nuevo, porque ya vimos un adelanto en **(Ap 21:2)**.

Es evidente la estrecha asociación entre la Iglesia y la nueva Jerusalén. Esta será la verdadera ciudad de Dios, morada eterna de los creyentes, y desde donde Dios centrará toda la administración de los nuevos cielos y la nueva tierra en la que la iglesia tendrá una labor importante.

La descripción de la nueva Jerusalén

Juan quedó tan asombrado al ver aparecer la nueva Jerusalén, que con grandes dificultades intenta transmitirnos con palabras algo de la gloria que vio en ella.

1. Dios manifiesta su gloria en ella

(Ap 21:11) *“... teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal.”*

De la ciudad se nos dice que tenía *“la gloria de Dios”*, lo que implica necesariamente que Dios mismo estaba en ella como su Dios, y sin duda, esto es lo más importante de todo.

Luego Juan intenta describir la gloria de esta ciudad, y dice: *“Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal”*. La idea parece ser que la luz de la gloria de Dios atravesaba a través de esta piedra preciosísima, produciendo una belleza indescriptible. Parece que Juan no encontraba las palabras adecuadas para transmitir cómo era el fulgor que irradiaba aquella hermosa piedra. Busca la forma de relacionarlo con algo que podamos conocer en nuestro mundo actual, y lo compara con una *“piedra de jaspe”*, aunque cuando veamos con nuestros propios ojos su belleza, nos daremos cuenta de las grandes limitaciones de esta comparación.

2. El muro, las doce puertas y los cimientos

(Ap 21:12-14) *“Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas. Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.”*

Lo primero que ve es *“un muro grande y alto”*. Esto era algo que esperaríamos encontrar en todas las grandes ciudades de la antigüedad. De hecho, eso era lo primero que en la antigüedad veían los peregrinos cuando se acercaban a Jerusalén. Pero en el caso de la nueva Jerusalén, su presencia no deja de sorprendernos. ¿Cuál será el propósito de este muro? Evidentemente no será para defender la ciudad de sus enemigos, porque todos ellos habrán sido enviados al lago de fuego **(Ap 20:12-15)**.

Tal vez debamos interpretarlo como un símbolo de la seguridad que gozarán los que habiten en la nueva Jerusalén. El profeta Isaías había hablado algo al respecto de esto:

(Is 26:1) *“En aquel día cantarán este cántico en tierra de Judá: Fuerte ciudad tenemos; salvación puso Dios por muros y antemuro.”*

Pero pudiera ser que la presencia de este muro fuera necesaria también por algo que vamos a ver a continuación. Sin ese muro no se podría hablar de las puertas y de su cimiento, algo que para el autor es realmente importante.

Vemos que se nos dice que en la muralla había *“doce puertas; y en las puertas, doce ángeles”*. Estos *“ángeles”* funcionarían como una guardia de honor que velarían por la seguridad de cada una de esas puertas.

Y en cuanto a las puertas se nos dice que tenían “*nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel*”; y también que estaban distribuidas de la siguiente manera: “*Al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas*”.

Estos detalles nos obligan a mirar nuevamente hacia el Antiguo Testamento. En primer lugar, nos recuerda que el acceso a la nueva Jerusalén se produce a través de la nación judía. El apóstol Pablo explicó esta conexión:

(Ro 9:4-5) “... De los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.”

El Señor Jesucristo confirmó esto mismo cuando le dijo a la mujer samaritana: “*la salvación viene de los judíos*” (Jn 4:22).

Por otro lado, la disposición en la que las tribus estaban colocadas en las cuatro direcciones cardinales, nos recuerda la forma en la que el pueblo de Israel en el pasado había acampado alrededor del tabernáculo (Nm 2), o a los nombres de las puertas de la ciudad de los que profetizó Ezequiel (Ez 48:31-35).

Después de describir las puertas del muro de la ciudad, pasa a hablar de sus cimientos: “*Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero*.”

Es interesante notar la combinación de los nombres de las doce tribus de Israel con los de los doce apóstoles que encontramos en las puertas y el cimiento del muro. Se subraya con ello que ambos son diferentes pero complementarios.

Si las puertas nos sugerían un camino de entrada, los fundamentos tienen que ver con lo que está debajo y da estabilidad y permanencia. Por supuesto, sería una equivocación pensar que tanto los doce patriarcas como los doce apóstoles eran las puertas y el fundamento. Más bien debemos pensar en lo que ellos representaron y enseñaron.

En este sentido, es interesante considerar la referencia que el apóstol Pablo hizo a ambos en relación con la edificación del nuevo templo santo de Dios:

(Ef 2:19-22) “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”

No deja de sorprendernos la posición de altísimo honor en la que aquellos sencillos pescadores de Galilea fueron colocados por el Señor al ser elegidos para encargarse de colocar el fundamento de la nueva Iglesia.

3. Las medidas de la ciudad y del muro

Lo siguiente que se nos dice de la nueva Jerusalén tiene que ver con sus medidas:

(Ap 21:15-17) “El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. Y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel.”

La escena nos recuerda a la visión que Ezequiel tuvo de las mediciones del nuevo templo (**Ez 40-42**). Ahora bien, ¿cuál era el propósito por el que se midió la nueva Jerusalén?

En primer lugar podemos pensar que Dios mide aquello que le pertenece, pero es probable también que quiera mostrarnos la grandeza de la nueva Jerusalén.

Notamos que tanto su longitud, altura y anchura era la misma; “doce mil estadios”. Esto equivaldría aproximadamente a unos 2.200 kilómetros. Es difícil para la mente humana imaginar una ciudad en forma de cubo de estas dimensiones.

Por supuesto, en una ciudad tan grande habrá lugar para todos. Como el Señor dijo, “en la casa de mi Padre, muchas moradas hay” (**Jn 14:2**).

Pero hay otro detalle que no debemos pasar por alto: la nueva Jerusalén es perfectamente cúbica. Esto puede indicar perfección, pero también nos recuerda al lugar santísimo dentro del hermoso templo que Salomón construyó.

(1 R 6:20) “El lugar santísimo estaba en la parte de adentro, el cual tenía veinte codos de largo, veinte de ancho, y veinte de altura; y lo cubrió de oro purísimo; asimismo cubrió de oro el altar de cedro.”

De alguna manera es como si nos quisiera dar a entender que la totalidad de la ciudad será la morada de Dios tal como lo era el lugar santísimo. Esto nos hace pensar que los ciudadanos de esa santa ciudad tendrán una experiencia constante de la presencia de Dios y disfrutarán de la adoración.

Por último se nos dan también las medidas del muro: “ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel”. Esto equivaldría a unos sesenta y cuatro metros de altura. Si lo comparamos con la altura de la ciudad, el muro sería pequeño, pero si pensamos en el muro en sí, sería muy alto, aproximadamente de la altura de un rascacielos de veinticinco pisos. En ese caso, dejaría ver la ciudad desde cualquier parte.

4. Los materiales de los que estaba hecha

Después se describen los materiales del muro, la ciudad, sus cimientos y sus puertas:

(Ap 21:18-21) “El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio; y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda; el quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio.”

Cuando Juan comenzó a ver la ciudad, lo primero que le sorprendió fue su muro de jaspe que resplandecía con la misma gloria que el Señor sentado en su trono (**Ap 4:3**). Pero al entrar en la ciudad la impresión fue mucho más fuerte: “Pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio”. Una vez más Juan compara la belleza y riqueza de la nueva Jerusalén con los más costosos materiales que nosotros conocemos en este mundo actual, todo ello para intentar darnos una idea del brillo de la gloria de Dios manifestada en cada detalle de la ciudad. Aun así, resulta evidente las dificultades que Juan tenía para describirnos lo que estaba viendo.

Un detalle que nos llama la atención es que hasta los mismos cimientos del muro de la ciudad estaban adornados de doce piedras preciosas, y se nos da una lista de cada una de ellas. Y decimos que nos extraña porque ningún constructor se molestaría en adornar los cimientos de un muro. Sin embargo, esto era la forma en la que Dios había prometido que edificaría a Israel.

(Is 54:11-12) *“Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunco, y sobre zafiros te fundaré. Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunco, y toda tu muralla de piedras preciosas.”*

Aunque es cierto que resulta complicado identificar con exactitud las piedras preciosas de la antigüedad, sin embargo, hay varias ideas que nos quedan claras de esta descripción:

- Vista en su conjunto nos comunica la impresión de una estructura radiante y hermosa. Es una ciudad de luz y color. El cielo no será un lugar triste y gris, sino todo lo contrario. Su belleza no puede ser comparada con ninguna cosa que conozcamos en este mundo presente.
- La gran variedad de piedras preciosas nos recuerdan la diversidad inagotable de las manifestaciones de la gloria de Dios que podremos disfrutar por toda la eternidad.
- Y también nos obliga a hacer una reflexión sobre nuestra vida presente aquí. Muchos se afanan por conseguir riquezas en este mundo, pero lo que aquí es tan costoso por ser escaso, allí será tan abundante que estará en cada parte.

Tenemos también una descripción de las puertas: *“Las doce puertas eran doce perlas”*. Ya se nos había dicho que en las puertas estaban escritos los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel (**Ap 21:12**), pero ahora se nos quiere mostrar la belleza insuperable de cada puerta comparándola con enormes perlas. Unas puertas así dan una idea de la gloria de la ciudad que se encuentra tras ellas, pero también invitarían a entrar.

Y por último se nos habla también de las calles: *“Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio”*. Nosotros no nos fijamos demasiado en este tipo de cosas cuando vamos a una ciudad. ¿Quién presta atención a los materiales con los que está hecho el muro, los cimientos, las puertas o las calles de una ciudad? Pero es que en la nueva Jerusalén cada detalle es asombroso. Fijémonos lo que nos dice aquí: ¡sus calles son de oro! Una vez apareció un artículo en el periódico en el que se hablaba de un novedoso hotel de lujo en el que todas las cosas habían sido decoradas con oro. ¿Cuánto costará pasar una noche allí? ¿Quién puede permitirse algo así? Pues en la nueva Jerusalén hasta las calles son de oro, y cada creyente podrá disfrutarlas durante toda la eternidad por la gracia de Dios.

Por otro lado, es importante también que nos demos cuenta de que aquí se está estableciendo nuevamente una asociación con el templo que el rey Salomón construyó. En él los sacerdotes caminaban sobre el oro, como en la nueva Jerusalén (**1 R 6:30**). Podríamos decir que esta ciudad celestial a la que somos llamados a vivir por toda la eternidad, es la consumación plena de lo que en pequeña escala se nos mostró en el antiguo templo de Israel. Esto viene confirmado por lo que vemos a continuación en la descripción que Juan nos está haciendo de la nueva Jerusalén.

No obstante, antes de que sigamos adelante, debemos notar que con la descripción que se nos acaba de hacer, se está dando respuesta a una pregunta que previamente había sido formulada en este libro. Recordamos que cuando Babilonia fue destruida, la gente que veía el humo de su incendio dieron voces diciendo: *“¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?”* (**Ap 18:18**). A pesar de todas las injusticias que se nos dice que eran cometidas en Babilonia, los hombres pensaban que era imposible que hubiera una ciudad más gloriosa que ella. Eso es lo máximo a lo que el hombre puede aspirar, pero Dios tiene su propio proyecto, que supera infinitamente a cualquier cosa que el hombre pecador pueda construir o siquiera imaginar.

La presencia de Dios en la nueva Jerusalén

(Ap 21:22-23) *“Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.”*

Juan pasa de la descripción de la hermosura de la nueva Jerusalén a la presencia de Dios en ella, que es la verdadera causa de su gloria.

Por otro lado, la presencia del “*Señor Dios Todopoderoso*” en ella hace que toda la ciudad se convierta en el nuevo templo de Dios. En realidad, deberíamos decir que toda la ciudad es el verdadero lugar santísimo. Esa es la razón por la que Juan no vio en ella un templo como siempre había habido en la nación de Israel. La presencia de Dios no estará limitada a alguna parte especial de la ciudad. Esto implica que cada creyente estará constantemente en la presencia de Dios en una comunión santa y perfecta con él. Volvemos así a los momentos cuando Adán y Eva todavía no habían pecado y se paseaban por el huerto del Edén a la luz del día en la presencia de Dios sin tener vergüenza ni temor (**Gn 3:8**).

En este sentido debemos recordar que cuando a Moisés se le ordenó construir el tabernáculo, se le dijo que debía hacerlo siguiendo el modelo celestial que le había sido revelado (**He 8:5**). Por lo tanto, bien podemos decir que lo que ahora tenemos delante es el verdadero templo de Dios, el auténtico y eterno templo de Dios.

Otra de las consecuencias que tendrá el hecho de que Dios mismo more en la nueva Jerusalén es que *“la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella”*. La luz que pudieran dar el sol y la luna no lograrán aportar nada a la luz gloriosa de la presencia de Dios.

Con esto se cumplirá lo anunciado por el profeta:

(Is 60:19) *“El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que Jehová te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria.”*

Un detalle que debemos notar también es la plena armonía e igualdad entre el Padre y el Hijo: *“la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”*. Esto no nos extraña porque sabemos que *“Dios es luz”* (**1 Jn 1:5**), y que también Cristo afirmó: *“Yo soy la luz del mundo”* (**Jn 8:12**).

Las naciones llevan su honor y gloria a la nueva Jerusalén

(Ap 21:24-26) *“Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella.”*

Nos encontramos en estos versículos con algunos hechos sorprendentes. En primer lugar se nos dice que *“las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella”*.

Empecemos por preguntarnos: ¿A qué naciones se refiere? En principio, la conclusión lógica es que son gentiles, es decir, no son exclusivamente de la nación judía. Ahora bien, aparte de esto, es imposible saber a qué naciones se refiere, porque en ese momento, todo será nuevo y no habrá una correspondencia exacta con las naciones que conocemos en el día de hoy. Sin embargo, parece que habrá algún tipo de diversidad nacional, aunque no establecida sobre las mismas bases por las cuales han sido constituidas las naciones en el mundo en el que vivimos hoy.

Es probable que en el nuevo orden mundial establecido por Dios se crearan nuevos pueblos que serán gobernados por los creyentes. Esto podría guardar relación con lo que el Señor Jesucristo enseñó en la parábola de las minas (**Lc 19:11-27**).

Si esto es así, no será de extrañar lo que se dice a continuación: *“Y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella”*. Este será un cambio muy significativo, porque todos los gobernantes de la tierra servirán al Señor y llevarán sus presentes a la nueva Jerusalén, centro del gobierno universal de Dios.

Otro detalle sobre el que Juan quiere llamar nuestra atención es que *“sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche”*. En cualquier ciudad amurallada de la antigüedad, sus puertas serían cerradas al anochecer a fin de impedir que entraran invasores, delincuentes o cualquier otra persona potencialmente peligrosa. Pero en la nueva Jerusalén las puertas permanecerán abiertas día y noche, lo que nos transmite la idea de paz y tranquilidad. En realidad se nos dice que *“allí no habrá noche”*, las tinieblas nunca más harán su aparición. Terminará el temor que nos sugiere la oscuridad y viviremos en un día sin fin, lo que implica también el fin de los ciclos de la antigua creación.

Con todo esto se cumple lo dicho por el profeta Isaías:

(Is 60:11) *“Tus puertas estarán de continuo abiertas; no se cerrarán de día ni de noche, para que a ti sean traídas las riquezas de las naciones, y conducidos a ti sus reyes.”*

Todo esto nos hace pensar que quizá no todos vivirán de manera permanente dentro de la Jerusalén celestial. Podría ser algo similar a lo que ocurría antiguamente con el pueblo de Israel, que tenían a Jerusalén como la capital e iban allí para las grandes celebraciones.

Los habitantes de la nueva Jerusalén

Y finalmente se nos indica qué tipo de personas vivirán en la nueva Jerusalén.

(Ap 21:27) *“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.”*

A diferencia de lo que ocurría en la gran Babilonia, que era *“la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra”* (**Ap 17:5**), en la nueva Jerusalén *“no entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira”*.

Y parece que hay un registro de los habitantes de esa gloriosa ciudad: *“Los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero”*. Esto nos recuerda que nadie podrá estar allí sin haber creído en la obra salvadora de Cristo.

Un río limpio de agua de vida (Ap 22:1-5)

(Ap 22:1-5) *“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.”*

Introducción

A la descripción de la nueva Jerusalén se le añaden ahora algunos detalles que sirven para relacionarla con el paraíso. De este modo, estos versículos nos muestran que la nueva creación libera a la vieja de los efectos del pecado para volverla a llevar nuevamente al estado en el que estaba en el huerto del Edén antes de que quedara maldita por causa del pecado.

Un río de agua de vida que sale del trono de Dios y del Cordero

(Ap 22:1) *“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero.”*

Hasta ahora la descripción de la nueva Jerusalén se ha centrado mayormente en los detalles acerca de su exterior, pero ahora la escena se traslada al interior, al mismo *“trono de Dios y del Cordero”*.

En primer lugar es importante que una vez más notemos que aunque hay un solo trono, sin embargo es compartido por Dios y el Cordero en igualdad.

Luego vemos que del trono sale *“un río limpio de agua de vida”*. Esto es una forma de decir que la vida se origina en Dios y fluye desde su trono para transmitir esa vida a todo cuanto existe.

Ahora bien, la visión de un río de vida no es nueva en las Escrituras, sino que aparece en varias ocasiones en los profetas del Antiguo Testamento. Quizá el mejor trasfondo para la visión que Juan tuvo aquí la encontramos en el río que regaba el huerto del Edén, y que desde allí se repartía en cuatro brazos (**Gn 2:10**). También podemos relacionarla con la visión de Ezequiel, que vio un río que fluía desde el templo y que se iba haciendo más profundo a medida que avanzaba, dando sanidad y vida por doquier (**Ez 47:1-12**). Y la que tuvo el profeta Joel cuando escribió que saldría *“una fuente de la casa del Señor”* (**Jl 3:18**), o la del profeta Zacarías que dijo que *“saldrán de Jerusalén aguas vivas”* (**Zac 14:8**).

A todo esto que los profetas habían vislumbrado, debemos añadir las palabras del Señor Jesucristo en los evangelios:

(Jn 4:13-14) *“Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed*

jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”

(Jn 7:37-39) *“En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.”*

E íntimamente ligado con todo esto, tenemos también algunas referencias en Apocalipsis:

(Ap 7:17) *“El Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.”*

(Ap 21:6) *“Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.”*

Seguramente debemos pensar en este río como un símbolo del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, y transmite la vida de Dios a la nueva creación.

Es verdad que hay algunas cuestiones que quedan sin respuesta en cuanto a este río; por ejemplo, ¿dónde desemboca? ¿cuál es su recorrido? Esto es así porque Juan usa una vez más un lenguaje simbólico en el que no tenemos que buscar lo que no se nos revela.

Lo que sí que nos indica es que *“salía del trono de Dios y del Cordero”*, quizá estaba conectado con el mar de vidrio semejante al cristal que estaba ante el trono **(Ap 4:6)**. En todo caso, era igualmente *“resplandeciente como cristal”*, dándonos la idea de que también reflejaba la gloria de Dios.

El árbol de la vida

(Ap 22:2) *“En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.”*

Relacionado con el *“río de agua de vida”* había un *“árbol de la vida”*. Nos resulta un poco difícil imaginárnoslo, porque crecía a uno y otro lado del río y a la vez estaba en medio de la calle de la ciudad: *“En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida”*. Tal vez la idea sea que sus ramas se extendía por encima del río a ambos lados, transmitiéndonos la idea de un árbol realmente grande.

La referencia a un *“árbol de vida”* no es nueva, porque ya encontramos otro en el huerto del Edén **(Gn 2:9)**. Con esto queda clara la intención del autor inspirado de relacionar la nueva creación con la primera.

Otro detalle interesante acerca de este árbol es *“que produce doce frutos, dando cada mes su fruto”*. La idea parece ser que produce doce clases distintas de fruto, y tiene tal vitalidad que lo hace cada mes. Se resalta así la abundancia y variedad de la provisión divina en la nueva creación, así como su bendición continua. El propósito final es mostrarnos que la vida celestial será plena.

Además de su fruto, *“las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones”*. Esto hace surgir otra pregunta: ¿sanidad de qué? Lo lógico sería pensar en la sanidad del pecado y sus consecuencias, pero todo esto ya habrá sido eliminado en ese momento **(Ap 21:4)**. Tal vez debemos entender que las hojas del árbol de la vida no son para curar ninguna enfermedad, sino para proveer salud y el disfrute de una vida plena en la nueva ciudad celestial. Con esto se cumplirá entonces lo anunciado por el profeta Ezequiel:

(Ez 47:12) *“Y junto al río, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario; y su fruto será para comer, y su hoja para medicina.”*

Y notemos también que esta sanidad será para “*las naciones*”, lo que subraya nuevamente la idea de que en la nueva creación seguirá habiendo una organización de la sociedad por naciones, aunque no guardará relación con la que conocemos en la actualidad. Esto nos sugiere también diversidad en la adoración.

El trono de Dios y del Cordero estará en ella

(Ap 22:3-5) *“Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.”*

1. “No habrá más maldición”

Ahora encontramos una importante promesa: “*Y no habrá más maldición*”. Esto implica que ya no se correrá el peligro de que la nueva sociedad sea condenada a la destrucción.

Una vez más notamos la relación con el comienzo de la revelación en Génesis. Allí vemos que la maldición entró en el mundo por causa del pecado (**Gn 3:17-19**), pero aquí vemos su fin. El pecado condujo a la creación al desastre, pero en la nueva Jerusalén celestial, en la nueva creación de Dios, la maldición será excluida. Pero nunca debemos olvidar que si esto ha sido posible es porque Cristo llevó sobre sí esta maldición:

(Ga 3:13) *“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”*

2. “El trono de Dios y del Cordero estará en ella”

El hecho por el que son posibles todos estos cambios es porque “*el trono de Dios y del Cordero estará en ella*”. La soberanía de Dios, negada y usurpada por Satanás y por el hombre, será restablecida a su legítimo Rey. Sólo él puede establecer un gobierno perfecto de paz. Entonces se verán respondidas plenamente las oraciones que durante siglos han sido elevadas ante Dios:

(Mt 6:10) *“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”*

Notemos una vez más que el Padre y el Hijo comparten el mismo trono en perfecta y santa unidad.

3. “Y sus siervos le servirán”

En esas nuevas condiciones, “*sus siervos le servirán*”. Libres de la maldición del pecado, con cuerpos y mentes perfectas y glorificadas, tendremos el gozo de servir al Señor. Entonces nuestro servicio y adoración serán perfectas. Todos los obstáculos que en el presente encontramos para servir a Dios habrán sido eliminados para siempre.

Notemos de paso que el cielo no es un lugar para la vida contemplativa y pasiva, sino un lugar de servicio continuado centrado en Dios, y aun así, no habrá necesidad de descansar para reponer fuerzas.

Pensemos en una sencilla ilustración. Castilla y León es una parte de España muy fría. Allí son plantadas las fresas en un clima realmente adverso para ellas. Pero cuando ya

están próximas a dar su fruto, son transplantadas a tierras del sur, donde se encuentran con un clima mucho más cálido. Allí la planta que luchaba por dar un poco de fruto en medio del frío, comienza a dar fruto con generosidad. Así ocurrirá también con los creyentes que han luchado en este mundo adverso por servir y adorar a Dios.

4. *“Y verán su rostro”*

En la nueva Jerusalén las puertas serán perlas, su muro de jaspe, sus cimientos de piedras preciosas, las calles de oro, pero lo más importante de todo lo encontramos en estos versículos: *“el trono de Dios y del Cordero estará en medio de ella”*, y *“sus siervos verán su rostro”*.

No puede haber un honor más alto que ver el rostro de Dios. Los salmistas le pedían a Dios con frecuencia que hiciera *“resplandecer su rostro sobre ellos”* (**Sal 31:16**) (**Sal 67:1**) (**Sal 80:3,7,19**). Esto significaba disfrutar de su favor y tener comunión íntima con él. Por eso se encontraba también en la bendición sacerdotal:

(Nm 6:22-27) “Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos y diles: Así bendeciréis a los hijos de Israel, diciéndoles: Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz. Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré.”

Ahora bien, en el Antiguo Testamento sabemos que a Moisés le fue negado ver el rostro de Dios (**Ex 33:20-23**). Pero en la nueva Jerusalén, este será un privilegio de todos los siervos de Dios. Esto será así porque ya el pecado no se interpondrá entre ellos y Dios.

(Is 59:2) “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.”

Entonces se cumplirá lo anunciado por el Señor Jesucristo.

(Mt 5:8) “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.”

Entonces se manifestará plenamente lo que hemos de ser como hombres nuevos:

(1 Jn 3:2) “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.”

5. *“Y su nombre estará en sus frentes”*

Como en el caso de los ciento cuarenta y cuatro mil, aquí también se trata de un sello que sugiere seguridad y propiedad divina (**Ap 14:1**). Ahora, con la misma finalidad, mientras todavía estamos en la tierra, hemos sido sellados con el Espíritu Santo (**Ef 1:13-14**), pero cuando estemos en el cielo tendremos un nuevo sello en nuestras frentes con *“su nombre”*, que revelará el carácter y naturaleza de Dios para su gloria. Por esa razón, debe estar en un lugar bien visible, donde todos podrán verlo con facilidad.

6. *“No habrá allí más noche porque Dios el Señor los iluminará”*

Igual que en (**Ap 21:23**).

7. *“Y reinarán por los siglos de los siglos”*

Aquí se explica a qué se ocuparán los santos en la eternidad: *“Reinarán”*. Esto complementa la verdad ya expuesta en (**Ap 22:3**) *“sus siervos le servirán”*. En realidad, servir y reinar son dos conceptos que deben ir juntos, tal como explicó el Señor Jesucristo: *“el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor”* (**Mr 10:43**).

Vemos también que reinarán en un reino que no tendrá fin: *“por los siglos de los siglos”*. En qué consistirá esta labor de reinar, no se nos dice, pero podemos pensar que Dios puede dar a cada creyente un planeta o un sistema solar para gobernarlo, del mismo modo que a Adán se le dio dominio sobre toda la creación en la tierra.

La venida de Cristo está cerca (Ap 22:6-21)

“Estas palabras son fieles y verdaderas”

(Ap 22:6-10) “Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro. Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios. Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca.”

1. La veracidad y fiabilidad de estas palabras

En estos primeros versículos se subraya la importancia de este libro y se asegura su veracidad y fiabilidad: “Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas”.

Del mismo modo que su autor, el Señor Jesucristo, es “fiel y verdadero” (**Ap 3:14**) (**Ap 19:11**), también sus palabras tienen que ser “fieles y verdaderas”.

2. El origen divino de las visiones de Juan

A continuación se enfatiza el hecho de que todo lo que Juan había recibido por medio del ángel de Dios, era autorizado por Dios mismo, de la misma manera que en tiempos anteriores se había comunicado con sus siervos los profetas: “Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto”. La conclusión es lógica: el Dios que inspiró a los profetas es el mismo que concedió a Juan estas visiones, y de la misma forma que lo primero se cumplió, también se cumplirá lo postrero.

3. El contenido: Cristo viene pronto

En cuanto al contenido de estas últimas profecías, tiene que ver con la inminencia de la venida del Señor, algo que en este capítulo se repite tres veces (**Ap 22:7,12,20**). Su intención es sacudirnos del letargo espiritual para que nos levantemos del sueño y estemos preparados para recibirle.

4. Una bienaventuranza para los que guardan estas palabras

También añade una bienaventuranza muy parecida a la que encontramos al principio del libro (**Ap 1:3**): “Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro”. La única diferencia está en que aquí no dice “el que lee”, puesto que si ha llegado hasta aquí es porque ya lo ha leído, y por lo tanto, lo único que le queda es “guardar”. Ahora bien, ¿cómo se pueden guardar las palabras de esta profecía? Sin duda, es un mandamiento a anhelar la venida de Cristo mientras tenemos una comunión íntima con él.

Notemos también que una vez más la bienaventuranza es individual. Se apela a la voluntad de cada persona y se reclama su obediencia.

5. El autor humano de esta revelación

Si antes se había asegurado el origen divino de estas profecías, ahora se especifica quién fue su instrumento humano: “Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas”. Es importante subrayar que él mismo vio y escuchó personalmente lo que después escribió. No estaba

facilitando material de segunda mano, o cosas que él mismo se había inventado. Esta explicación es muy parecida a las que también dio en su evangelio y epístola (**Jn 21:24**) (**1 Jn 1:1-4**).

Al llegar a este punto, Juan está nuevamente sobrecogido por las revelaciones recibidas, y se postra a los pies del ángel que le mostraba esas cosas con el fin de adorarle. Esta es la segunda vez en el libro que hace esto mismo (**Ap 19:10**). En ambos casos sus iniciativas fueron rechazadas por los ángeles. Por supuesto que el apóstol sabía que sólo Dios debe ser adorado, pero la grandeza de las revelaciones parece que le habían dejado algo desorientado por momentos. ¡Pongámonos en su lugar!

Pero como decimos, el ángel se lo impidió enérgicamente: *“Pero él me dijo: Mira, no lo hagas”*. Queda claro con esto que aun los más distinguidos siervos de Dios no deben ser adorados. La adoración debe ser exclusivamente para Dios: *“Adora a Dios”*. Ofrecer adoración a otra persona, o esperar recibirla de otros, es algo diabólico (**Mt 4:8-10**).

El ángel se identifica como *“consiervo”* de Juan y de los demás profetas de Dios. Se deduce de esto que los ángeles participan junto a ellos en la labor de revelar la voluntad de Dios a los hombres. Juan no tenía dudas acerca de esto, porque muchas de las revelaciones que relata en Apocalipsis las recibió por medio de ángeles.

6. Una orden: “No selles las palabras de la profecía de este libro”

Esta prohibición tenía el propósito positivo de que Juan publicara la revelación de este libro. De ninguna de las maneras debería permanecer oculto, porque ante la inminencia de su cumplimiento, todas las personas necesitan conocer lo que Dios está haciendo y lo que va a suceder pronto: *“Porque el tiempo está cerca”*. Hay, por lo tanto, una clara nota de urgencia.

Recordemos que en (**Ap 5:1-5**) vimos un libro sellado con siete sellos, lo que implicaba que su contenido estaba oculto. Pero a lo largo del resto del libro de Apocalipsis su contenido se ha ido revelando progresivamente. Ahora ya nunca más estará oculto su contenido.

Diferentes reacciones ante la inminente venida del Señor

(Ap 22:11) *“El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.”*

Frente a la segunda venida de Cristo, las personas adoptan posturas muy diferentes. Ante una cuestión tan importante, no puede haber neutralidad. Cada persona tiene que tomar una decisión, y Dios la respeta, haciendo que su juicio sobre ellos sirva para que la postura que tomaron tenga consecuencias eternas.

Como era de esperar, se distingue a los justos de los injustos, a los santos de los inmundos. Cada persona toma su propia decisión y se coloca en uno de estos dos grupos. Entonces, cuando el Señor vuelva, esas decisiones fijarán su destino eterno y determinarán cómo será su carácter para siempre.

Pero incluso antes de que el hombre pase de este mundo a la eternidad, este pasaje parece estar advirtiéndonos de que llegará un momento en que ya no habrá oportunidad de cambiar. Si después de conocer todo lo que Dios ha hecho y va a hacer en este mundo, la persona persiste en rechazarle y endurece su corazón, sólo tiene la opción de seguir adelante por el mismo camino que ha elegido. De hecho, como ya hemos visto a lo largo de Apocalipsis, el pecador que rechaza arrepentirse, se vuelve cada vez más

perverso, blasfemo y provocador. Se vuelve insensible a la voz del Espíritu Santo y ya sólo le queda seguir su propio camino malvado.

Dios llama continuamente a los pecadores al arrepentimiento, pero las Escrituras nos advierten de que puede llegar un momento en que el pecador se endurece a tal punto que Dios lo abandona. Recordemos lo que Dios dijo acerca de los obstinados pecadores del reino del norte en días del profeta Oseas: *“Efraín es dado a ídolos, déjalo” (Os 4:17)*. Y el mismo Señor Jesucristo dijo lo mismo sobre los hipócritas fariseos: *“Déjalos; son ciegos guías de ciegos” (Mt 15:14)*. El hombre quiere que Dios le deje vivir como le da la gana, pero qué triste es cuando llega el punto en que Dios finalmente le permite el deseo de su malvado corazón.

El pasaje parece dar a entender también que en los últimos días antes de la venida del Señor, los hombres afirmarán más y más su postura. Unos siguiendo al diablo para mal, y otros buscando al Señor para santidad. Es como si tanto los unos como los otros llegarán a su madurez; como si ya no hubiera lugar a la tibieza o ambigüedad. Cada uno se comportará como lo que es y no dejará lugar a dudas.

Podemos imaginarnos lo difícil que será para los justos vivir en esos días de consumación del mal, pero la exhortación del Señor es clara: *“El que es justo, practique la justicia todavía”*.

El Señor recompensará a cada uno conforme a sus obras

(Ap 22:12-13) “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.”

Comienza repitiendo la promesa del pronto regreso de Cristo: *“He aquí yo vengo pronto”*. Esto siempre será de ánimo para aquellos creyentes que sufren a causa de su fe, pero desgraciadamente, puede que no sea demasiado importante para aquellos otros que están apegados al mundo y sus valores. Ver el regreso de nuestro Señor debería ser nuestro mayor anhelo y deseo.

En ese momento el Señor recompensará de manera individual a cada persona conforme a sus obras. Parece que aquí está pensando especialmente en los creyentes, y por esa razón habla de *“galardón”*. Se trata de las recompensas que Dios dará a cada uno conforme a sus obras. El apóstol Pablo habló también de esto:

(1 Co 3:11-15) “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.”

¡Merece la pena servir al Señor!

(1 Co 15:58) “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”

Finalmente, para mayor garantía de los que escuchan, es el mismo Señor quien firma esta promesa: *“Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último”*. Es una afirmación que ya hemos visto en ocasiones anteriores (**Ap 1:8,11,17**) (**Ap 2:8**) (**Ap**

21:6). Como decimos, el Señor se presenta aquí con estos títulos divinos para garantizar el pleno cumplimiento de sus promesas. El gobierna la historia desde el comienzo hasta el fin y nada escapa de su control.

“Bienaventurados los que lavan sus ropas”

(Ap 22:14-16) *“Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira. Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.”*

Tenemos aquí la última bienaventuranza del libro de Apocalipsis. Empecemos por notar que está dirigida a *“los que lavan sus ropas”*. Ya sabemos que en este sentido metafórico que usa Juan, el único lugar donde se pueden lavar las ropas es *“en la sangre del Cordero”* (**Ap 7:14**). Por lo tanto, esta bienaventuranza está dirigida a aquellos que han recibido el perdón de sus pecados por medio de su identificación con el sacrificio de Cristo en la cruz.

Esta bienaventuranza permite dos cosas: *“tener derecho al árbol de la vida”* y *“entrar por las puertas de la ciudad”*.

El *“árbol de la vida”* es el mismo que ya fue mencionado en (**Ap 22:2**), y que nos recuerda a aquel otro árbol en el huerto del Edén al que la raza humana perdió el derecho de comer después de haber pecado (**Gn 3:24**). Y la *“ciudad”* tiene que referirse a la nueva Jerusalén de la que se nos ha hablado ampliamente en los pasajes anteriores.

Pero hay un fuerte contraste con aquellos que *“no han lavado sus ropas”* en la sangre del Cordero. De ellos se nos dice que *“estarán fuera”*. Esto implica ser excluidos de las bendiciones de Dios y pasar la eternidad en *“el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”*.

¿Quiénes serán estos? *“los perros, los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira”*. La lista es muy parecida a la que encontramos en (**Ap 21:8**).

- Los *“perros”* en la antigüedad eran sucios animales que merodeaban en los basureros de las ciudades. Se usa metafóricamente en la Biblia para referirse a los que desprecian la salvación de Dios (**Sal 22:16,20**) (**Fil 3:2**).
- Los *“hechiceros”* son personas que sirven activamente a Satanás. Y por supuesto, estarían incluidos también quienes buscan sus servicios.
- Los *“fornicarios”* son los que practican cualquier tipo de inmoralidad sexual.
- Los *“homicidas”*, son los que cometen asesinato.
- Los *“idólatras”* rinden culto a las criaturas en lugar de al Creador.
- *“Y todo aquel que ama y hace mentira”*. Estos son los que siguen el ejemplo de Satanás (**Jn 8:44**). Es interesante tener en cuenta esta conjunción de actitud y acción. Satanás es el padre de mentira (**Jn 8:44**) y el hogar de Satanás es un buen lugar para aquellos que aman y practican la mentira.

Y otra vez el Señor vuelve a garantizar estas solemnes palabras con su propia autoridad divina. Por si acaso alguien tenía dudas, notemos que es el mismo *“Jesús”* quien habla.

Pero aunque se presenta con su nombre humano, el cual mantendrá por toda la eternidad, su autoridad es también divina.

Tal como se señaló en **(Ap 1:1)**, el ángel que ha hablado a Juan tiene toda la autoridad de Jesús al haber sido enviado por él. Notemos también que su mensaje no era privado, sino que iba dirigido a la iglesia: *“Para daros testimonio de estas cosas en las iglesias”*.

Y a continuación hace una interesante declaración en la que aprecia la divinidad y la humanidad de Jesús: *“Yo soy la raíz y el linaje de David”*. Jesús es *“la raíz”* de David, lo que indica el origen de su existencia como persona, así como que también es el creador de la dinastía o linaje de David. Pero por otro lado, Jesús también era descendiente de David, lo que nos recuerda su humanidad y su carácter mesiánico. Como muy bien señaló el Señor en los evangelios durante su controversia con los fariseos; él era tanto el hijo de David como el Señor de David **(Mt 22:41-45)**.

Por último, el Señor es descrito como *“la estrella resplandeciente de la mañana”*. Esta estrella anunciaba la llegada del día, y del mismo modo, la llegada de Jesús pondrá fin a las tinieblas de la noche para dar paso al glorioso amanecer de su Reino. El apóstol Pedro también se refirió al Señor de este modo **(2 P 1:19)**, y debemos recordar que era una descripción con la que se identificaba al Mesías desde los días de Moisés **(Nm 24:17)**.

La respuesta de la Iglesia

(Ap 22:17) *“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.”*

En respuesta al anuncio de la pronta venida del Señor, el Espíritu y la Esposa se unen en una sola voz para decir: *“Ven”*.

Algunos han pensado que este llamamiento a venir se refiere a los que a continuación van a ser descritos como los *“que tienen sed”*, pero esto no parece tener mucho fundamento. Lo lógico es pensar que se dirige a aquel que por tres veces en este capítulo ha dicho *“yo vengo pronto”* **(Ap 22:7,12,20)**.

¿Por qué el Espíritu desea el regreso de Jesucristo? Recordemos que el ministerio del Espíritu es el de glorificar al Señor Jesucristo **(Jn 16:14)**. Pero la última vez que el mundo vio a Jesús, fue en una cruz entre dos delincuentes, rechazado, despreciado y objeto de burla. El Espíritu anhela ver a la segunda Persona de la Trinidad exaltado en belleza, esplendor, poder y majestad. Y esto ocurrirá cuando Cristo vuelva triunfante en su segunda venida.

¿Por qué la Esposa desea el regreso de Jesucristo? La Iglesia está cansada de la batalla contra el pecado, y anhela ver a Jesucristo exaltado, glorificado y honrado. Anhelan su venida, y que los lleve al cielo para vivir por siempre con él. Anhelan el día cuando sus cuerpos mortales y perecederos serán transformados en los cuerpos resucitados, imperecederos e inmortales.

A continuación se presentan dos exhortaciones:

- *“Y el que oye, diga: Ven”*. Esto podría referirse a los miembros individuales de la iglesia que leen o escuchan el libro de Apocalipsis.
- *“Y el que tiene sed, venga”*. Se trata aquí de los que sienten una honda necesidad espiritual en lo profundo de su ser. *“Y el que quiera, tome del agua de la vida”*

gratuitamente". Para ellos, el Señor siempre extiende una amplia y generosa invitación a ir a él (**Is 55:1-2**).

Una maldición para los que modifiquen este libro

(Ap 22:18-19) *"Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro."*

Finalmente hay una última advertencia a los que *"oyen las palabras de la profecía de este libro"*. Ya se les ha exhortado a poner atención a todo lo que está escrito aquí, pero ahora se advierte sobre el peligro de añadir o quitar algo de su contenido.

Lo mismo que con otras partes de la Escritura, nada debe ser modificado (**Dt 4:2**) (**Dt 12:32**) (**Pr 30:5-6**). Con esto se afirma una vez más la plena inspiración de este libro. Pero por otro lado, también nos hace pensar que si no se puede añadir nada a las profecías aquí descritas, es porque la revelación de la verdad ya está completa después de esto.

Esto nos recuerda que cuando nos acercamos a cualquier parte de la Biblia, no lo podemos hacer para imponer sobre el texto nuestras suposiciones teológicas, sino para dejar que sea el texto bíblico el que nos habla abiertamente. Es fácil hacer malabarismos exegéticos con el fin de cambiar lo que la Biblia dice y adaptarlo a nuestras convicciones personales, pero esto no deja de ser una forma en la que añadimos o quitamos de las Escrituras.

Todo intento por desvirtuar la Palabra de Dios será seriamente castigado: *"Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro"*. Si tenemos en cuenta la cantidad de plagas de las que habla este libro, tenemos que concluir que es un castigo terrible. Pero en todo caso, será un castigo que se corresponderá con la gravedad del crimen cometido.

Ya hemos hablado de cómo muchas veces los evangélicos adaptan el texto a sus preferencias personales, pero ¿qué hemos de decir de otras muchas religiones que sin pudor alguno han añadido nuevas "revelaciones" que han colocado por encima de las mismas Escrituras? Pensemos en el Catolicismo Romano, los mormones, los testigos de Jehová o los musulmanes.

La cuestión es tan grave que el mismo Señor añade un segundo castigo: *"Dios quitará su parte del libro de la vida"*. En realidad, esto es totalmente lógico. Quien no se guía por la Palabra de Dios, sino que escucha otras voces, nunca encontrará el camino a la vida eterna.

El Señor afirma su inminente venida

(Ap 22:20) *"El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús."*

Antes de terminar el libro, pareciera como si el Señor mismo tomara la pluma de las manos de Juan para afirmar él mismo lo que ya se había dicho en otras ocasiones: *"Ciertamente vengo en breve"*.

Seguramente, esta necesidad de repetir la misma cosa tantas veces surge por nuestra capacidad para olvidar lo que se nos dice. Por supuesto, también para dar la mayor

certidumbre a un hecho que es presentado como totalmente seguro, pero sobre todo, para promover en nosotros la vigilancia ante su pronto regreso.

Cuando leemos el Nuevo Testamento, vemos que la iglesia primitiva esperaba la inminente venida de Cristo. Por ejemplo, el apóstol Pablo, cuando escribió a los corintios, usó sin traducir el término arameo *“maran-ata”* que significa *“el Señor viene”* (1 Co 16:22). Esto evidencia que esta palabra había llegado a ser una expresión bien conocida con la que los creyentes de todo el mundo manifestaban su anhelo por el pronto regreso de Cristo.

Por eso, la respuesta de la iglesia no se hace esperar: *“Amén; sí, ven Señor Jesús”*. Sólo manteniendo la fe en su segunda venida es posible vivir en santidad en medio de la mundanalidad o la persecución que encontramos en el mundo.

Ahora bien, hemos dicho que la iglesia primitiva aguardaba el regreso de Cristo, pero ¿cuál es la actitud de la iglesia de nuestros días? El mismo Señor hizo una afirmación que nos debe hacer reflexionar seriamente: *“Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”* (Lc 18:8).

Bendición final

(Ap 22:21) *“La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.”*

Apocalipsis es un libro lleno de juicios terribles, sin embargo, termina con una bella bendición, que como no puede ser de otro modo, se relaciona con *“la gracia de nuestro Señor Jesucristo”*.

En un mundo bajo el juicio y la condenación de Dios, no puede haber promesa alguna de bendición si no es por la gracia de Dios. Esto aparece al final, porque es una verdad que nunca debemos olvidar.